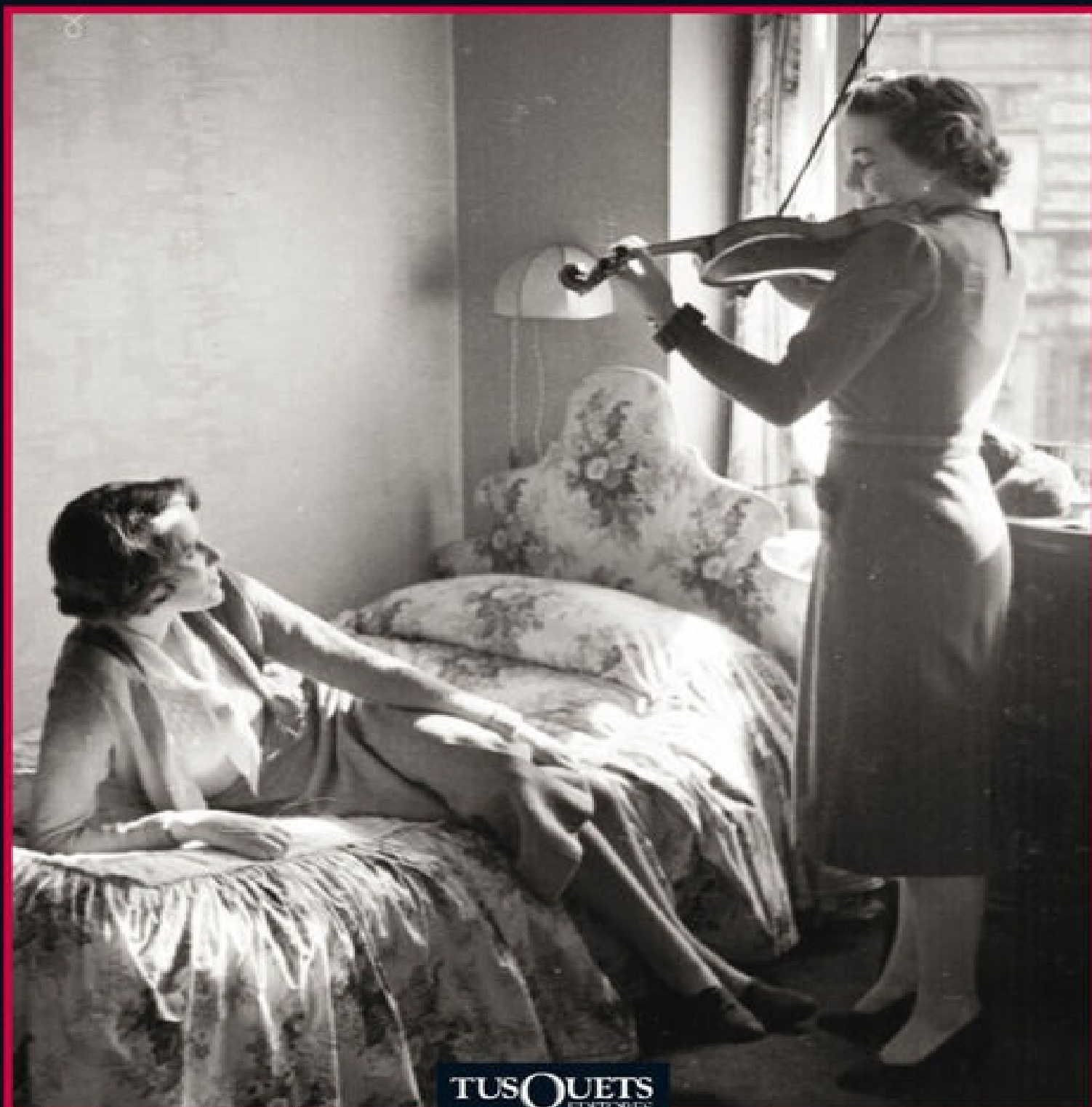


Eugenio Fuentes

SI MAÑANA MUERO

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

Índice

Portada

Primera parte. Los civiles (Julio-septiembre de 1936)

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Segunda parte. Los soldados (Septiembre de 1936 - mayo de 1937)

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Tercera parte. Los muertos (19, 20, 21 de noviembre de 1951)

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Agradecimientos

Créditos

Primera parte

Los civiles

(Julio-septiembre de 1936)

Le había dicho a Almeida que prefería que los asistentes vieran mis cuadros a que me vieran a mí, que no quería asistir a la inauguración, que una inauguración es uno de esos actos sin término medio en los que uno debe parecer brillante a no ser que quiera parecer idiota, pero él había insistido en que resultaba imprescindible mi presencia. Los días siguientes podría ausentarme, pero no esa primera tarde, con la galería llena de periodistas y de posibles compradores. Acepté y por eso ahora escucho al hombre de acento indefinible, como si tuviera la boca seca y dificultades para vocalizar, que me dice:

—Nunca me ha gustado la pintura que ilustra escenas de guerra.

—No es una escena de guerra —replico, porque no quiero seguir hablando de mis cuadros. Nunca he sabido explicarlos: pinto algo y espero a que desaparezcan de mi memoria los motivos por los que lo pinté—. Es un grito.

—Tampoco me gusta la pintura que grita —insiste, y sin embargo no aparta los ojos de la pequeña *Maternidad*.

Abro los brazos señalando a la gente que observa los lienzos, a los curiosos y a los que Almeida había invitado a la inauguración, que merodean hablando en voz demasiado alta para una sala de exposiciones.

—En esta época hay muy poco silencio.

—Sí, demasiado ruido por todos lados —admite.

Por su atuendo, parece rico, y por cómo observa algunos detalles de los cuadros, entiende de pintura. Para el dueño de la galería, es el tipo de cliente perfecto que no solo compra, sino que luego exhibe el cuadro y actúa de publicista: alguien ilustrado y pudiente que tal vez ha heredado la casa burguesa de sus padres y decide renovar la decoración de unas paredes donde suele convivir la vulgaridad de las pinturas con la calidad de los grabados...

Aunque acaso no sea así. He conocido a personas cuyas elegancia y finura de modales ocultan un feroz instinto predatorio para cazar piezas de gran valor por cantidades irrisorias. Ahora sigue observando la *Maternidad* con una profunda concentración, sin acercarse demasiado, como si la escena le hiciera daño y buscara el motivo en algún detalle de la mujer que, con gesto decidido, sin esconderse ni justificar su huida, viene caminando de frente hacia quien la mira. Huye de un fondo de lejanos edificios en ruinas, bajo un cielo del que no se sabe bien si está en llamas, si refleja un atardecer de nubes incendiadas o los rescoldos de una gran explosión. Se ve un fusil a sus pies, pero su actitud no aclara si acaba de soltarlo para coger al niño desnudo, de gesto doloroso y enfermo, que lleva en brazos o si se dispone a soltarlo para coger el fusil. Entre ella y las casas semidestruidas se distingue una masa confusa de hombres con banderas que parecen gigantescas mariposas que revolotean por encima. «Extraordinario», dijo Almeida cuando lo vio por primera vez, sorprendido de que en una tela de medio metro cuadrado cupiera todo aquello, el ambiente de revuelta al fondo y, delante, una mujer que camina sin mirar atrás, segura de poder salvar a su hijo. «Aunque habría quedado mejor un poco más grande. El tamaño es demasiado pequeño para soportar tanta presión. Parece a punto de estallar, romper el marco y expandirse por las paredes. Y podríamos haberlo vendido por un precio más caro.»

—¿Qué tipo de pintura le gusta? —le pregunto.

—Los cuadros que están llenos de silencio: los paisajes sin caballos. Los retratos. Los bodegones —señala los dos lienzos que acaba de comprar y en los que Almeida está colocando la señal de «Vendido»: dos naturalezas muertas, colgadas juntas, porque son complementarias. Una refleja los frutos de la caza: unas truchas sobre las que revolotea un moscardón buscando un párpado bajo el que depositar sus huevos, un conejo, una perdiz, la escopeta que la ha derribado y un sombrero de cazador con una pequeña pluma en el cintillo; la otra, los frutos de la flora: un racimo de uvas blancas, casi transparentes, una granada abierta, unas naranjas, un par de manzanas gordas y orgullosas que humillan a un puñado de albaricoques, más humildes y maduros, y un plato y un cuchillo. Los dos cuadros están llenos de cadáveres y

de frutas maduras y, sin embargo, he intentado que rebosen vida. He deformado sus líneas y agitado sus sombras para huir de ese rancio y viciado costumbrismo de los antiguos bodegones.

—Entonces, ¿por qué quiere comprarlo? —le pregunto volviendo a la *Maternidad*.

—¿Cuál es su precio?

—Mil —multiplico por dos la cantidad pactada con Almeida, porque de pronto no quiero venderlo. Es mi primera exposición individual y a menudo había soñado con este momento. Por supuesto, quiero tener éxito, quiero vender todas las telas y recibir elogios de los críticos, ver al día siguiente mi nombre en los periódicos que saludan la aparición de un nuevo pintor lleno de fuerza, de originalidad y de ese empuje imprescindible para fajarse con cinco metros cuadrados de un lienzo en blanco. Tengo miedo al fracaso, a que nadie compre ni uno solo de mis cuadros y a que, al término de la exposición, deba retirarme mascullando esa patética excusa —«Prefiero conservar mis cuadros antes que malvenderlos»— con que se intenta ocultar la frustración. Quiero que mi pintura me permita seguir pintando. Tengo veinticuatro años y no aspiro a mucho más. Me sentiría muy satisfecho con la suerte de uno de aquellos antiguos y poco conocidos pintores que, amparados en la corte de un monarca, agradecían el mecenazgo dibujando estampas de la familia real y retratos de su soberano, al que le gustaba aparecer vestido con armaduras y cinturones con grandes hebillas de oro, cabalgando sobre lustrosos y dóciles caballos de grandes cuartos traseros, crines ardientes y testuz estrecha, dirigiendo combates mientras, al fondo, el enemigo huye, pero que, en los días libres, eximidos de las obligaciones oficiales, retrataban a frailes, a vendedores o a mendigos y pintaban bodegones.

—De acuerdo —acepta ante mi sorpresa—. Mil. ¿Puede darme una hora para ir a buscar el dinero?

—Sí —le digo.

Almeida se acerca a mí en cuanto el hombre de la voz seca sale de la galería.

—También quiere la *Maternidad*. Va a buscar el dinero. Tardará una hora —lo informo.

—¿Quinientos?

—No. Mil. De pronto me entraron muchas ganas de quedármelo.

—¿Mil? ¿Le pediste mil?

—Sí. Y aceptó. ¿Lo conoces?

—No. No lo había visto nunca. Por su acento, no parece de Madrid. Un ricote de provincias.

—Pero sabe bien lo que quiere —le digo—. No me apetecía venderlo.

—No podemos rechazar mil —concluye.

Almeida es bajo y fuerte, de ojos claros y de labios permanentemente húmedos, como si siempre acabara de comer una fruta muy jugosa. De cara ancha, las finas patillas de las gafas metálicas se le hunden en la grasa que se le embolsa sobre los pómulos, dándole una ambigua expresión de astucia que algún día pintaré. Como buen galerista, reúne tres cualidades: sabe mucho de arte, tiene intuición para detectar el talento y es un usurero. Si por las dos primeras resulta una ayuda inestimable, la tercera lo mancha con la mala reputación del comerciante fenicio que ni crea ni adora a otro dios que el dinero, que tan solo trafica con lo creado por otros. En todo caso, él no es uno de esos marchantes sin visión de futuro que ni arriesgan apoyando el talento ni contribuyen a que surjan grandes creadores, aunque sin duda contribuyen a que surjan grandes especuladores.

Ha transcurrido una hora y la inauguración ha terminado cuando regresa el comprador. Con él vienen dos empleados. Saca del bolsillo de la chaqueta un fajo de billetes y me los entrega. Sin contarlos, se los paso a Almeida, que comprueba la cantidad. Todo está correcto y le firma los documentos de posesión de las pinturas. En el contrato de venta distingo su nombre: Jerónimo de las Hoces. Me aparto a un lado, no quiero saber más de sus transacciones comerciales.

—Se lo llevaremos a donde nos indique, dentro de quince días —le dice Almeida.

—No —De las Hoces niega con la cabeza.

—Cuando clausuremos la exposición.

—No. Será más fácil. Nos los llevaremos ahora.

—Pero eso no es lo normal, a los visitantes les gusta...

—Nos los llevaremos ahora —repite, y hace un gesto a los dos empleados.

—¡No es lo normal! —protesta Almeida, pero se guarda los billetes y concede—: Pero usted es el propietario.

Cada empleado coge uno de los bodegones y los cargan en un coche que espera junto a la puerta. Luego vuelven y descuelgan la *Maternidad*.

—Ha hecho una buena elección. No se arrepentirá —dice Almeida.

—Lo sé —afirma, pero de nuevo mira el cuadro como si lo culpaba de un problema personal.

—Es lo mejor de toda la exposición. Una pintura extraña. Dan ganas de dejar de mirarla para pensar un momento en lo que los ojos han visto y luego volver a mirar para comprobar que es cierto lo que los ojos recuerdan. Lo mejor de la exposición —parlotea el galerista.

—Sí. Pero nadie tendrá la oportunidad de comprobarlo —dice con la boca seca, como si la lengua le raspaba contra las encías.

—¿A qué se refiere? —pregunta Almeida, alertado.

—Ahora lo verá.

Salen a la avenida y los miro a través de la ventana. El chófer está sentado ante el volante del gran coche negro, con las ventanillas abiertas para aliviar el calor de julio. Los dos empleados han guardado atrás los bodegones, pero han dejado la pequeña *Maternidad* en la acera, apoyada contra la pared. A un gesto del hombre, uno de ellos lo rocía con un líquido y, antes de que pueda comprender que es gasolina y reaccionar, el otro empleado acerca una cerilla a la tela, que estalla en una llamarada.

No puedo creer lo que estoy viendo y corro hacia la calle, donde el cuadro arde entre llamas rojas, azules y violetas que parecen haber surgido del agitado fondo de la propia pintura y que deforman los rostros del niño y de la madre. Algunos transeúntes se detienen extrañados a contemplar la escena.

—¡No! —grito, y me revuelvo contra De las Hoces, que también contempla el fuego con un contradictorio gesto doloroso, como si se hubiera visto obligado a quemarlo contra su voluntad, porque había algo en el cuadro de la mujer y el niño enfermo que, colgara donde colgara, siempre le causaría dolor. Perplejo y agraviado, quiero exigirle explicaciones. Todos lo advierten, porque los dos empleados se adelantan un paso y Almeida me sujeta el brazo con firmeza. Sin embargo, mi rabia se calma pronto, no forcejeo con él. En las pocas peleas que tuve siendo niño se agotó mi capacidad para las batallas.

—Cálmate —me pide Almeida—. Cálmate. Lo había comprado. Era suyo.

—No.

—Había pagado por él. Era suyo —repite.

—Ser dueño de un cuadro es una obligación para conservarlo, no una excusa para destruirlo —atino a replicar.

—Era demasiado bueno —dice De las Hoces—. No podía permitir que alguien se lo llevara. Y yo no hubiera podido dejar de mirarlo.

—¡Es absurdo! No lo entiendo.

Pero De las Hoces no responde y su gesto de dolor se atenúa cuando del cuadro surgen unas últimas llamaradas antes de reducirse a un pequeño montón de brasas.

—Dame el dinero —le digo a Almeida sin mirarlo.

—¡No!

—¡Dame el dinero!

—¡No seas tonto! Él no va a aceptarlo.

Duda unos segundos, pero al fin me entrega los diez grandes billetes y antes de que pueda impedirlo los pongo sobre las brasas, que se avivan a su contacto mientras un escandalizado rumor de asombro y de protesta se eleva entre los transeúntes que nos contemplan y se remueven ofendidos.

—¡Estás loco! —gime Almeida mirando el dinero convertido en cenizas.

—Ahora estamos en paz —me dice De las Hoces sin ocultar su sorpresa, con una voz que el fuego parece haber resecado por completo.

—No —replico—. Ahora me debe algo.

He dormido mal durante toda la noche. En dos ocasiones me he levantado a beber agua y luego he tardado mucho tiempo en recuperar el sueño, para, a la postre, despertarme al amanecer empapado en sudor, con la boca seca a causa de una pesadilla. ¡Qué desconcertantes son los sueños, qué turbulentos siempre, cómo extienden sus pólipos para remover los pensamientos más ocultos hasta sacar a la luz su alocada provisión de imágenes! He soñado que todo ardía a mi alrededor. Ardía la galería con los cuadros de la exposición mientras Almeida, al intentar salvarlos, también se quemaba: una figura más en

llamas entre las figuras pintadas en óleos y acuarelas; ardía la ciudad con todas sus casas y jardines e iglesias y monumentos; ardían los cines y los teatros; de pronto se echaban a arder los puentes, ardían los bosques con llamaradas profundas y espirales y ardía el mar prendido por el combustible de las algas; ardían los pianos en mi sueño, y la música ardía con llamaradas mudas, produciendo un extraño silencio; ardían los caballos y los zorros, y al huir aterrados del fuego sus colas prendían los campos de pastos y cereales; ardían los libros y las campanas y las máquinas de coser; ardían los espejos y las banderas, el pan y la sal, los campos de fútbol y las relojerías... Y aunque siempre he discrepado de los surrealistas y me ha parecido un recurso facilón recurrir a los sueños como materia artística, las imágenes eran tan nítidas e intensas, tan avasalladoras, que al levantarme he sentido la tentación de dibujarlas.

Sin embargo, decidido a recuperarlo, coloco sobre el caballete un lienzo virgen, similar en tamaño al de la *Maternidad*. Vacío en mi paleta un tubo amarillo y otro rojo, paso el pulgar por el hueco y empiezo a distribuir los volúmenes del cuadro perdido. Calculo el espacio para el fondo y trazo el contorno de la mujer que avanza llevando en brazos al niño enfermo.

Cuatro horas después, en vano intento ver la escena con los mismos ojos con que la imaginé por vez primera. El pincel lame el lienzo, pero no logra penetrarlo, no lo muerde. Ni la figura, ni el movimiento, ni los rostros reaparecen en mis trazos, ni un rasgo que sirva de apoyo para desarrollar el resto. La madre y el niño han huido, ya no están aquí, resultan marionetas almidonadas, sus ojeras no son convincentes, parecen maquillaje. Dejo su vacío en el centro de la tela y ensayo las figuras del fondo, el escenario, las sombras de las llamas o de las banderas, pero el resultado tampoco se parece al original, todo nace viejo, marchito, apolillado. Las líneas que allí eran superfluas, porque bastaba con las manchas de colores, ahora son necesarias si quiero definir y separar los volúmenes.

Incapaz de seguir encerrado ante la tela, lo raspo todo, me lavo las manos y salgo de casa. Es mediodía y en las calles hay una excitación que amplifica la agitación de días anteriores. Hace mucho calor. Un sol terco y doloroso anida entre los plátanos del paseo y, de tan claro y brillante, decolora como un ácido todo lo que toca. No se ve a nadie sentado en los bancos y los coches

circulan a gran velocidad por la calzada, los tranvías pasan aullando espoleados por sus conductores, frenando solo cuando suena la espasmódica campana de un camión de bomberos o el pitido nasal de algún coche del cuerpo diplomático. La gente camina deprisa o corre, unos asustados, otros contentos: son muy parecidas las prisas del miedo y las de la fiesta. Los pasos emiten una seca resonancia sobre el empedrado, como si fueran ecos de los disparos lejanos que se oyen, quizá de una nueva refriega entre comunistas y falangistas.

La galería está cerrada y en la acera, en el lugar donde ayer ardió la *Maternidad*, aún quedan restos de cenizas. Arrastrado por la inercia de la gente camino hacia Sol bajo un creciente bochorno. El calor parece brotar de las propias esquinas, aumenta de una calle a otra. A medida que me acerco son más frecuentes y numerosos los grupos de hombres que hablan muy serios, como si estuvieran a punto de emprender algo muy grave, pero a quienes les falta alguien que los una y les indique la dirección en la que deben caminar. En un corro de siete u ocho obreros con insignias anarquistas oigo la palabra «guerra» y les pregunto qué ocurre.

—Los militares otra vez —responde uno de ellos.

—Se han sublevado en África.

—En África, y en Burgos, y en Navarra, y en Sevilla...

—Y parece que también aquí, en el cuartel de la Montaña.

Se recrudecen los disparos y huele a humo, y ese olor me hace pensar de nuevo en el cuadro quemado y en De las Hoces, como si hubiera una relación entre él y la rebelión de los militares cuyos vínculos no logro determinar. Uno de los hombres habla de pedir armas al Gobierno para asaltar el cuartel y por un momento siento la tentación de unirme a ellos y dejarme llevar por la excitación de la gente que va y viene, para verlo todo en primera fila y no llegar tarde, cuando ya todo lo importante haya acontecido. Sin embargo, a nadie doy mi nombre ni la mano y retrocedo para volver a casa caminando contra la multitud que avanza hacia la Puerta del Sol.

En la buhardilla, de nuevo en pie frente al caballete, antes de trazar la primera línea, antes incluso de elegir el pincel y el color con el que comenzar, me pregunto qué estoy haciendo mal. El proceso y las intenciones son los mismos que cuando me puse a pintar el cuadro la primera vez, pero ahora no

me atrevo a nada. Estoy paralizado, vacío de ideas, sin mancharme, en pie frente al caballete como frente a una ventana cerrada, esperando que alguien la abra desde fuera.

Como he hecho en situaciones similares, vuelvo a apelar a las lecciones de mi mejor maestro, a quien tanto debo, un viejo pintor que, si durante el primer mes de aprendizaje me tuvo limpiando sus pinceles, tensando y encolando lienzos sobre los bastidores, preparando las pinturas y observando lo que él hacía, sin dejarme trazar ni una línea, también me enseñó los secretos de los colores y las contradicciones de las mezclas, me enseñó a sombrear y a componer, a elegir la postura más correcta de los objetos, me enseñó que a veces es más expresiva la espalda que el rostro, la uña que la mano. Me demostró que el cambio de una sola línea destroza o arregla una figura. Como muchos otros antes que él, fue mejor maestro que pintor e impartió con generosidad y excelencia lecciones que para sí no supo seguir ni aprovechar. Yo fui su alumno preferido, al menos en sus últimos años, y me contó en varias ocasiones el único aspecto de su carrera en que se sentía fracasado.

Durante toda su vida intentó pintar una obra maestra, al menos un cuadro que lo incluyera en la historia de la pintura. Y para eso tomó como modelo lo que sabía que siempre tendría a mano: a sí mismo. Se empeñó en un autorretrato que reflejara la perfecta totalidad de su alma.

Trazó la primera pincelada cuando rondaba los treinta años. Ante un gran espejo de tres hojas estudió detenidamente su rostro y no tardó en pintarlo. Pero como no quedó satisfecho con el resultado y aún disponía de toda la vida por delante, lo arrinconó durante un tiempo que se prolongó más de lo previsto. Diez años más tarde, en una nueva tentativa, corrigió los rasgos con los que no se identificaba, la nariz y la boca, pero fue incapaz de captar la mirada, la luz y la intención de los ojos, de modo que expresaran la totalidad de su carácter. En el brevísimo trayecto que la mirada recorría del espejo a la tela —me contó—, algo se perdía de modo irrecuperable. Insatisfecho, pero sin preocuparse demasiado, lo tachó y volvió a abandonarlo. Ocultó la tela bajo otros lienzos sin terminar y se dedicó a los encargos que por entonces le llegaban con frecuencia, pues había entrado en una época de prestigio, de éxito profesional y económico, de seguridad y soltura en su oficio, convertido en un excelente heredero de aquella tenebrosa tradición del siglo pasado que

confundía oscuridad con trascendencia. No había sabido pintarse a sí mismo, pero había adquirido una gran pericia pintando bodegones, paisajes y retratos de personajes —de matrimonios nobles con familia, de altos funcionarios con los emblemas de sus cargos, de jóvenes burgueses recién salidos de la universidad— que me parecían vestidos por un ropavejero y que posaban en habitaciones decoradas por un tramoyista. Le llovían los encargos y por entonces nunca se le veía con nada entre las manos que no fuera un pincel y a punto de embarcarse en una nueva obra, uno más de los alborotados y oscuros cuadros de su madurez, de un estilo tan pomposo, barroco y recargado de motivos y figuras que, más que demostrar la imaginación y el talento de su autor, revelaban su carencia. En aquellos años de éxito apenas recordaba el autorretrato que ocultaba en la oscuridad su rostro ciego, vacías las cuencas de los ojos.

Había pasado otra década cuando despidió durante quince días a todos sus alumnos, rescató el viejo cuadro, por miedo a perder algunos rasgos de lo que había sido, y se encerró en el estudio diciéndose:

—Aquí tengo todo lo que necesito: mi rostro y el espejo de tres hojas, unos pinceles, el color blanco y el negro, el amarillo, el rojo y el azul.

Con una complicidad que no me debía, y que únicamente me explico porque, aunque criticaba mi tendencia hacia lo nuevo y hacia los colores rubios, me veía no solo como su discípulo favorito, también como su albacea y defensor estético, me confesó que al terminar, después de lavar con aguarrás los pinceles, se miró en el cuadro y descubrió que aquel a quien había comenzado a pintar veinte años antes ya no era él mismo. Su pelo había enrarecido, su nariz había aumentado de tamaño y una ligera papada asomaba bajo su barbilla. Se comparó con lo que veía en el espejo y no pudo ocultar que el retrato resultaba ingenuo y falsario. Sería un engaño dejarlo así, sin incorporar la dosis de dureza y escepticismo con que los años habían ido cargándolo. Las cejas suaves y rasgadas del retrato, sustentadas sobre el trazo de una década antes, no se parecían a las hirsutas actuales; las dos arrugas que bajaban desde los pómulos hasta las comisuras de la boca en realidad eran más profundas y acumulaban dentro dos hondos trazos de sombra que apenas se esbozaban en el cuadro. Así que mi maestro prolongó por unos días su aislamiento para modificar los rasgos en los que la mano del tiempo había

hundido los dedos con mayor crueldad. Sin embargo, comprobó que el resultado final tampoco le satisfacía y que aquella no era la obra que soñó: su autorretrato parecía un golem compuesto con trozos de cadáveres de edades diferentes.

Yo ya había comenzado a estudiar con él cuando asistí al último capítulo. Mi maestro decidió borrarlo todo una vez más y empezar de nuevo, sobre un lienzo en blanco que me mandó tensar, cuando ya había cumplido sesenta años. Sabía que ya no podría recuperar todo lo que había sido y que una parte de su expresión se había perdido para siempre, pero aún confiaba en lograr ese cuadro que colgaría en El Prado. Encajó la paleta en el pulgar y trazó las primeras pinceladas, sin prisas, dispuesto a no transigir con una sola línea de la que no se sintiera orgulloso. Al cabo de varios días comprobó con un sentimiento de terror que tampoco entonces lo haría: estaba comenzando a olvidar lo que sabía y, en cambio, ya no aprendía nada nuevo. Su sólido y clásico estilo había quedado atrás, estancado en el pasado, y el cuadro no aportaba nada nuevo: ni su expresión se parecía a la que contemplaba en el fondo del espejo, ni la luz era la del siglo, ni el color era el apropiado: el tono de coñac que impregnaba todo el lienzo tal vez reflejara su estado de ánimo mientras lo componía, pero resultaba demasiado sombrío.

Aquel fue su último intento, y también quedó sin culminar. Murió de forma repentina hace dos años, desengañado y amargado por el creciente desdén del público hacia su obra y por el éxito de los vanguardistas, de quienes decía que se lanzaban contra el lienzo sin ninguna técnica, porque creían que no se necesita saber nada de pintura para ser pintor. Su indiferencia por cualquier innovación pictórica posterior al impresionismo había derivado hacia un desprecio hostil de las discusiones sobre masas de colores, sobre cubismo o sobre la expresión de las tres dimensiones.

—A pesar de todas esas vanguardias —le gustaba decir—, la gente sigue prefiriendo a un pintor que cuando pinta una guitarra, en el cuadro aparece una guitarra.

Después de haber pasado una buena parte de su vida intentando dibujar cómo y quién era, murió sin ofrecer una respuesta, convertido en un misterio también para sí mismo, obsesionado por un cuadro en el que había entrado siendo joven y del que había salido siendo un viejo de vista cansada, sin haber

dejado tras de sí más huellas que unos trazos fantasmales enterrados bajo sucesivas capas de pintura. A la postre, ha quedado como un pintor mediocre, oscuro, cuyos cuadros dan la impresión de haber sido pintados de noche. Obsesionado por los contrastes entre la claridad y las sombras, muchas veces nos decía:

—Hay dos tipos de pintores: los que parece que pintan de día y los que parece que pintan de noche. Y no se trata de que empleen más luz, o tonalidades más claras en escenarios más abiertos. Rembrandt pintaba de día, aunque muchos de sus cuadros estén llenos de sombras y oscuridad, y en cambio El Bosco y Zurbarán pintaban como si fuera de noche, aunque algunas de sus obras estén llenas de natas y colores blancos. Velázquez era claro y pintaba de día, y Ribera era oscuro y pintaba de noche. Van Gogh pintaba al mediodía, a brochazos rápidos y desesperados, como si tuviera miedo de que se escapara el sol que doraba sus girasoles y ya no volviera a salir al día siguiente, y Toulouse-Lautrec siempre pintaba de noche.

—¿Y quiénes son mejores? ¿Los del día o los de la noche? —le preguntábamos.

—Los mejores fueron los que pintaron la noche porque la amaban, y los que pintaban el día porque lo amaban.

Paso el resto de la tarde pintando y borrando, sin salir de la buhardilla a pesar del poderoso reclamo que suponen los disparos, los coches que circulan a gran velocidad por la calle, el olor a humo de algún incendio, descorazonado por todo lo que me queda por aprender. Al final lo raspo todo y llego a la conclusión de que tal vez se pueda repetir una obra mediocre, pero no se puede repetir una obra que uno cree magnífica, en cuya composición confluyeron de modo irrepetible una serie de circunstancias favorables. No puedo insistir más en la *Maternidad*: ese cuadro existió, fue destruido y con las llamas se acabó. Tal vez era la mejor obra de la exposición, pero con ella se ha cerrado un ciclo en el que di todo lo que supe. Ahora estoy vacío, no encuentro nada nuevo dentro de mí. Comienza una nueva etapa y no sé en qué quiero convertirme, si en un pintor de día o en un pintor de noche, pero al menos sé que no quiero terminar como mi maestro, no quiero pasarme la vida en una buhardilla mirándome en un espejo, intentando pintar mi rostro y morirme sin haberlo encontrado.

—Pinta siempre como si fuera el último cuadro de tu vida. Como si te fueras a morir mañana —me dijo en otra ocasión.

Necesito abordar temas nuevos que me obliguen a pintar a bocanadas. No puedo seguir aquí encerrado, dudando, como el fotógrafo que, a la espera de la imagen perfecta, no se decide a apretar el disparador y, cuando por fin quiere hacerlo, la escena ha pasado de largo y ya no la recuperará nunca.

Al amanecer me despiertan los estampidos de los cañones en una sucesión de descargas sordas y profundas. Al salir a la calle estoy a punto de chocar en la acera con tres hombres armados con fusiles que corren hacia la zona de Príncipe Pío, por donde resuenan los disparos.

—¿Qué ocurre? —les preguntó a dos muchachos, también armados, que parecen haberse rezagado de los otros.

—¡Los militares! —exclama uno de ellos, extrañado de que no lo sepa—. El general Fanjul se ha unido a la rebelión y se ha encerrado en el cuartel de la Montaña con grupos de falangistas. ¿Tienes un arma?

—No.

—No importa. Vamos. Ya te darán un fusil de los que están repartiendo... O coge uno cuando caiga uno de nosotros —dice con ufana ingenuidad—. Vamos, tenemos que barrerlos.

Me dejo llevar y caminamos deprisa por las calles sin niños, pero con grupos de hombres y algunas mujeres mostrando brazaletes de partidos y sindicatos y banderas republicanas que se dirigen hacia el mismo lugar. Desde la Plaza de Oriente se ve el Palacio Real vacío y en silencio, cerradas las hileras de ventanas. Bajamos por Bailén y al llegar a los Carmelitas una barrera de guardias de asalto impide el paso. El estruendo de los disparos llega hasta aquí con intensidad y obliga a elevar la voz para hacerse entender. Sin aval, sin carnet de ningún partido o sindicato, no soy uno más de ellos y no me dejan pasar. Les deseo suerte a los dos muchachos, que son incorporados a una de las patrullas armadas que están formando. Su inconsciente entusiasmo, sus camisas claras, poco apropiadas para el sudor, el humo y la sangre, sobre

pantalones negros me hacen pensar en las escenas de guerra sucedidas ahí mismo, en el mismo escenario, que Goya pintó. Espero que su destino sea diferente.

Retrocedo al cabo de algún tiempo y camino hasta la galería. La puerta está cerrada, pero llamo y Almeida, con cara de sueño y las gafas en la mano, no tarda en abrirme. Con un gesto mecánico se encaja las patillas en los carriles que han cavado en la grasa acumulada bajo las sienes.

—¿Has oído el último parte en la radio? —me pregunta.

—No.

—No es solo Franco en África. También Mola, Queipo de Llano, Cabanellas... y no sé cuántos más. Y aquí en Madrid, Fanjul.

—Lo sé. Vengo de Príncipe Pío.

—Reducirlos no va a ser cuestión de días, ni de semanas... Se necesitarán meses. Voy a cerrar la galería. ¡Mierda! ¿Quién va a venir a comprar cuadros en estas condiciones?

—Es difícil —reconozco.

—Voy a marcharme de Madrid hasta ver en qué queda todo esto. ¡Si al menos fuera pintor!

—¿Para qué?

—A los pintores os viene bien contemplar los desastres de las guerras. Los museos están llenos de cuadros de batallas, de victorias o rendiciones, de asedios, de generales y caudillos, de ejecuciones y fusilamientos. ¡Pero a un galerista...! Un galerista solo puede sobrevivir en una ciudad en paz, llena de burgueses que no saben bien qué hacer con su dinero. Yo que tú saldría a la calle con un cuaderno bajo el brazo y pintaría todo lo que viera. Ya han empezado los saqueos y los destrozos —señala hacia fuera y hacia arriba, hacia el humo de los incendios—, y más tarde, gane quien gane, tendrán que volver a colgar cuadros en las paredes.

Su rostro sudoroso refleja un enorme cansancio, como si también él acabara de llegar del cuartel de la Montaña de pelear contra los de dentro.

—Quizá —le digo, recordando de nuevo la *Maternidad*. No sé por qué me pregunto si De las Hoces estará entre los civiles refugiados en el cuartel. Por la afinidad de la clase social que denotaba su aspecto aristocrático y la

calidad de su coche, posiblemente sí, pero no lo imagino empuñando un fusil y disparando contra los asaltantes que ahora mismo, en lo que parece una traca final, recrudescen los cañonazos y la fusilería.

—Tendremos que desmontar tu exposición. ¿Podrás venir a recoger los cuadros?

—¿Por qué no los dejas almacenados? Puede que todo se solucione pronto.

—Como quieras.

Me despido de Almeida y camino por la ciudad sin ir a ningún sitio concreto, sin una dirección fija, alejándome de la zona del cuartel donde los disparos ya suenan espaciados, según avanza la mañana y llega la tarde, rehuendo las invitaciones para unirme a algunos grupos, tan incapaz de participar en su furia como en su alegría. No pertenezco a ningún partido político, a ningún sindicato, a ninguna organización gremial. Tampoco tengo ninguna fe en la conveniencia de organizar mi vida según consignas ajenas. Amo la libertad individual y la justicia social, pero cuando he hecho amistades a partir de afinidades ideológicas también me he encontrado con verdaderos miserables con quienes compartía ideas, y con gente admirable de ideas diferentes. He conocido a personas ricas a las que era imposible odiar por ser ricas y he conocido a personas pobres a quienes era imposible no odiar a pesar de ser pobres. En cambio, cuando he hecho amistades por vínculos personales, el porcentaje de aciertos ha sido mucho más alto que el de las decepciones.

Madrid, aplastada por la canícula y tensada por el alzamiento militar, parece otra ciudad. El sol, al alcance de la mano, ha bajado hasta la tierra para calentarla desde cerca y todo se encoge sobre sí mismo y se resigna a soportar sus embestidas: el elegante verde de los plátanos del Paseo del Prado, el gastado brillo de los bancos de piedra, los tenderetes de libros y de flores. La ausencia de ropa tendida en los balcones pretende sugerir que las casas están vacías. Muchas tiendas se ven cerradas, el miedo y la cautela enmudecen el habitual rumor de comercio y mercancías, y las contraventanas de los edificios más lujosos, hinchados por balcones panzudos, están encajadas. Algún perro sin dueño vaga oliendo las esquinas, nervioso por el olor a pólvora que tal vez le recuerda cacerías, mientras arriba, bajo los

aleros, se esconden asustadas las palomas. Coches y vigorosos camiones con civiles armados circulan a gran velocidad por la avenida, ondeando banderas rojas y rojas y negras, tal vez cortadas precipitadamente a tijeretazos de los rollos de tela, con iniciales pintadas con grandes letras blancas sobre las carrocerías oscuras, dirigiéndose a alguna manzana donde se ha producido un paqueo, donde una denuncia revela el escondite de un falangista o simplemente como efecto propagandístico, mientras desde las aceras algunos transeúntes los ven pasar y los saludan muriéndose de ganas de subirse a ellos. A lo lejos, algunos estampidos aislados parecen los tiros de gracia con que se ejecuta a los heridos. No se oye ninguna música, ni siquiera de himnos. Nadie canta. Y sin embargo, bajo el calor de esta canícula de esparto y en esta ciudad tan acostumbrada en pocos años a tantos alborotos políticos que acaban con dictaduras y exilian a reyes, todo podría parecer una opereta tropical de cartón y fogueo si no fuera porque las balas son de plomo y la gelatina negra del humo de sacristanes que ensombrece la tarde nace de fuego real.

Los fogoneros del sol trabajan a conciencia y el calor me devuelve a casa, con un cansancio que surge de la ciudad extrañamente silenciosa a pesar de los gritos y de los disparos, de las calles que se van vaciando con la hora de la siesta, del cielo ahumado por los incendios, pero también del cierre prematuro de la exposición, de la *Maternidad* hecha cenizas y del lienzo en blanco que me sigue esperando. Así que me apresuro de vuelta a la buhardilla, de vez en cuando mirando hacia las ventanas cerradas, tras las cuales respiran hombres y mujeres que maldicen por no haber podido escapar de Madrid.

A pesar de lo que decidí ayer por la mañana, vuelvo a ponerme frente al caballete, intentando recordar la cara de la mujer fuerte y los rasgos del niño pálido, enfermo, que coloqué en sus brazos. Y una vez más no surgen las líneas adecuadas. Yo inventé sus rostros y en unas horas los he olvidado, no soy capaz de recrearlos. Mi mano se mueve agarrotada y solo produzco un débil puntillismo que no va a ningún lado.

Lo abandono definitivamente y enciendo la radio mientras me aseo. Un locutor de voz briosa habla de la sublevación de los generales, de las medidas que ha tomado el Gobierno para atajarla y del asalto al cuartel de la Montaña.

La mitad de España está en manos de los rebeldes y parece que la situación es grave. El Gobierno, desconcertado, pide voluntarios para incrementar las fuerzas que van a combatirlos. Se necesitan, dice el locutor, manos para disparar, sí, pero también para cavar trincheras, para conducir y arreglar vehículos, para coser uniformes, para pintar carteles... Los afiliados a partidos y sindicatos deben dirigirse a sus sedes, desde donde podrán incorporarse a las fuerzas del pueblo. En cada barrio se están abriendo lugares para alistar a los voluntarios, proclama con voz triunfante. Pero sintonizo una emisora de Sevilla y el mensaje es muy distinto. La euforia y la esperanza invaden las ciudades alzadas en la otra mitad, confiadas en la eficacia del temible ejército colonial que ya está pasando desde Marruecos a la península.

Sin detenerme a pensarlo, termino de vestirme y me dirijo a una oficina de reclutamiento cercana. Hay gente esperando en una cola ante dos mesas colocadas en la entrada del edificio, donde dos hombres dirigen a los voluntarios hacia las diferentes secciones gesticulando en voz demasiado alta y con tono demasiado autoritario. Al parecer, resulta inevitable que en estas ocasiones de alteración o accidentes aparezcan antes que nada personas que se arrojan el papel de portavoces y organizadores.

—¿Qué sabes hacer? —me pregunta uno de ellos.

—De todo un poco.

—¿Has disparado alguna vez?

—No.

—¿Hiciste el servicio militar?

—No. Había muerto mi padre.

—¿Cuál es tu oficio?

—Soy pintor.

—Pintor —repite, y lo anota junto a mi nombre y mi edad. Luego, como si no supiera bien qué hacer conmigo, me pregunta—: ¿Pintor de qué? ¿De casas, de paredes?

—No. Pintor de cuadros.

Lo piensa un momento.

—Creo que puedes encajar en la Sección de Apoyo y Propaganda. Por allí —señala una pequeña puerta bajo la ancha escalera del edificio.

Al entrar se ve un corto pasillo, en uno de cuyos laterales hay dos bancos de madera. Una muchacha espera sentada y cuando voy a preguntarle se abre otra puerta al fondo y asoma un hombre de mediana edad vestido de civil.

—¿Solo vosotros dos?

—Sí —responde la muchacha.

—Pasad y esperadme aquí un momento, por favor.

Sale y nos deja solos en una habitación iluminada por una pequeña ventana, con una mesa, cuatro sillas y una estantería vacía. Da la impresión de que ha sido montada precipitadamente hace unos minutos y de que nosotros somos los dos primeros visitantes. Viendo las paredes desnudas, dan ganas de pintar en ellas algún fresco que las haga más acogedoras y atraigan la atención de la muchacha, cuyos ojos van de la ventana a las manos que mantiene entre las rodillas.

Me resulta extraño que, de entre todos los voluntarios que podrían agruparse bajo esa ambigua denominación de Apoyo y Propaganda, solo estemos ella y yo. Tal vez a la mayoría los hayan alistado en otras secciones que les permitan incorporarse enseguida a la lucha contra los militares sublevados y correr entre las trincheras con un fusil entre las manos.

—Quizá haya ido a buscar refuerzos —le digo a la muchacha.

—Los vamos a necesitar —responde mirándome de frente. Al sonreír ensancha la boca y deja ver un pequeño hueco entre los incisivos superiores, que no llegan a juntarse. Pero sobre todo destacan sus pómulos, extrañamente altos y redondos, que atrapan la luz y le dan un aspecto exótico y elegante, que agrandan sus ojos al arrastrarlos hacia fuera e impedir que los engullan sus mejillas.

El hombre regresa con una nota donde aparecen escritos nuestros nombres, se sienta tras la mesa y abre un cuaderno en el que no hay nada apuntado. Piensa un momento, pero no sabe qué poner, porque todo parece improvisado, y deja en blanco la primera hoja. Lee la nota y pregunta:

—¿Marta Medina Ortiz?

—Sí.

—Eres músico —dice sin demasiado entusiasmo.

—Sí.

—¿Qué instrumento tocas?

—La viola.

—¿Es como un violín?

—Parecido. Un poco más grande. Un poco más dulce. Un poco más grave —responde con rapidez, como si lo hubiera repetido muchas veces.

—Creo que no he oído nunca un concierto de viola.

—Probablemente no. Si la hubiera oído, seguro que no la habría olvidado.

—Está bien. Le buscaremos alguna utilidad a tu viola. Muchas guerras han tenido su propia música y quizá también esta dure tanto que te dé tiempo para inspirarte alguna melodía.

—Música de guerra —digo antes de pensarlo, recordando la quema de la *Maternidad* porque a su efímero dueño no le gustaba la pintura de guerra.

La muchacha, Marta, me mira desconcertada.

—Supongo que también habrá ocasiones para otras melodías —dice.

—¿Tú eres Rubén Cobos Pumar? —me pregunta el hombre acudiendo a la nota.

—Sí.

—¿Pintor?

—Sí.

—Para ti tengo un trabajo inmediato —dice, satisfecho de encontrar algo útil que ofrecer—. ¿Podrías comenzar dibujando unos carteles?

—¿Qué tipo de carteles?

—De apoyo a la República en la lucha contra los facciosos. Para ser impresos en distintos tamaños: grandes, para las paredes, pero también para publicarlos en la prensa.

—¿Llevarán texto?

—Poco. Algunas palabras o frases de apoyo, que te pasaremos enseguida para que elijas entre ellas el motivo adecuado.

Se agacha hacia su espalda y saca dos cartulinas, a las que les da la vuelta para que yo las vea.

—Algo así —dice.

En la primera se ve a un operario que, con la leyenda DESRATIZADOR escrita en el mono de trabajo y con un bote de desinfectante en la mano, en el que se lee «El Capital», va asperjando un líquido sobre un grupo de banqueros

de rostros ratoniles que huyen despavoridos. El segundo dibujo muestra al rey Alfonso XIII que acude a un muelle donde va a presidir la ceremonia de la botadura de un barco. Pero llega tambaleándose y agarrando por el gollete una botella vacía de champán, con la corbata aflojada y huellas de carmín en las mejillas y en el cuello. El pie del dibujo dice: A PIQUE CON LA MONARQUÍA.

Ambos carteles no me gustan, son demasiado obvios y explícitos, poco sugerentes, de una agresividad innecesaria.

—¿Crees que podrás pintar algo parecido? —me pregunta.

—Creo que sí.

—Estupendo.

Una vez alistados nos dan un pase firmado y sellado que nos permitirá movernos con libertad y sin peligro por la ciudad, más agitada a cada hora que transcurre. Las calles ahora rebosan de euforia: el cuartel de la Montaña ha sido asaltado con éxito y apresados o muertos los militares y falangistas que lo defendían. Ahora sospecho que la guerra resulta inevitable. Si un día los militares salen de un cuartel y en una confrontación política matan a un grupo de civiles, el conflicto puede tener arreglo cuando la sociedad condene a los culpables de las muertes. Pero si son los civiles los que asaltan un cuartel y matan a los militares, creo que ya no hay marcha atrás y que los militares ejecutarán un castigo colectivo para vengarse.

Ha sido una lucha corta, del amanecer al mediodía, culminada con una victoria contundente que llena de optimismo a todos los republicanos. Sin embargo, no estoy tan seguro de que en todos los lugares vaya a resultar tan fácil. Mientras aquí nos dedicamos a pronunciar discursos y arengas, deslumbrados por la frescura y el prestigio de nuevas palabras que todo el mundo grita —libertad, democracia, cooperativas, obreros, metalurgia, cementos y nitratos, mecanización, fraternidad entre campesinos e ingenieros—, a recorrer las avenidas con las bocinas de los coches aullando como lobos, mil kilómetros más abajo, en África, los militares del ejército colonial observan y hacen sus cálculos, ejecutan en un horario exacto los movimientos de tropas y armamento y van cumpliendo sus objetivos dejando que en Madrid el pueblo pierda su energía, que desahogue su furia contra un puñado de iglesias y conventos incendiados en hogueras de conmemoración y cometan asesinatos que serán su mejor coartada a la hora de justificar su sublevación

para salvar a la patria. Este Madrid por el que Marta y yo ahora mismo caminamos grita enardecido y borracho de ideología mientras el ejército avanza en sus planes sin dar un grito inútil y los generales solo emiten bandos de guerra. Este Madrid convulso aplaca su furia atacando con brío el cuartel de la Montaña y se engaña con la facilidad de la victoria mientras los militares se cruzan cables y telegramas con sus planes de ataque y comienzan a ejecutarlos con una implacable determinación. Madrid quema templos y lincha a frailes acusados de envenenar a niños hospicianos mientras los sublevados se refuerzan con escuadrones de voluntarios católicos a quienes la fe llena de valor y les promete una recompensa celestial tras la muerte.

Marta se marcha a su casa y yo subo hasta el edificio de Telefónica y solicito línea para hablar con los míos. La radio ha dicho que toda Galicia está en manos de los militares y sin duda ellos han intentado llamarme para decirme que regrese a Betanzos. Para mi sorpresa, la comunicación se establece con facilidad y cinco minutos después mi madre está en la centralita y su voz se oye nítida. Ella y mi abuelo se encuentran bien. Mis hermanos han salido a la mar.

—Hijo, debes venirte enseguida a casa —me dice muy preocupada, pero contenta de escucharme.

—No puedo, madre. Han cerrado todos los transportes hacia arriba. Pero estate tranquila, yo me encuentro bien, no me falta de nada.

Como todas las madres, también la mía está orgullosa de su hijo, culpa al mundo de cualquier desgracia que le ocurra y se niega a admitir que él sea responsable de algo malo. Ahora sufre al saber que estoy en una ciudad en llamas, bajo toque de queda, de la que la propaganda facciosa debe difundir una imagen apocalíptica de multitudes vociferantes al asalto de cuarteles y conventos.

—Sabía que habría otra guerra —distingo tras ella el sonsonete de la voz de mi abuelo, que la ha acompañado a la centralita.

—No os preocupéis —insisto—. Esto solo durará unos pocos días, como ya ha ocurrido otras veces.

—Sabía que habría otra guerra —repito mi abuelo tras ella, supongo que hablándole a alguien.

Cuando nací, mis padres anhelaban una niña, después de haber tenido tres hijos varones. Pero nací yo, y, como yo, por no sé qué casualidad, también fueron niños todos los nacimientos de aquel mes. Fue entonces cuando mi abuelo comenzó a decir que dentro de veinte años habría otra guerra.

—Y dile al abuelo que no se preocupe, que no me pasará nada... Ahora ya tengo que cortar, hay gente esperando.

Cuando termino de hablar con ella estoy empapado en sudor por el esfuerzo de mentir y parecer convincente. Cuelgo el teléfono como si no pasara nada, aunque la lejanía de mi casa me revela de pronto la gravedad de lo que ocurre, la profundidad de la falla abierta entre las dos zonas. Desde aquí, parece que Betanzos está al otro lado del mundo. Ayer ya comenzaron los combates en la sierra de Guadarrama. En media hora podría incorporarme a la lucha.

Tres días después llevo dos carteles a la oficina de alistamiento. En el primero he dibujado a dos hombres jóvenes, vestidos de civil, cavando una trinchera. Uno hunde la pala en la tierra empujándola con el pie y otro levanta sobre su cabeza un pico, con el que se dispone a ahondar el foso. Sobre un fondo de campos de cereales se ven avanzar uniformes militares y trajes de marroquíes, como una plaga abigarrada y confusa de insectos depredadores. Entre unos y otros, inclinada, se lee en letras mayúsculas: RESISTENCIA.

En el segundo cartel también hay una sola palabra: ALÍSTATE. En el dibujo se ve a un hombre vestido con mono de mecánico y una llave inglesa en la mano izquierda que dicta sus datos a un hombre sentado ante una mesa, a quien se ve de espaldas escribiendo en un cuaderno. Tras el mecánico, dos muchachas esperan su turno. Una de ellas está hablando y la otra la escucha con atención y gravedad. En su hombro cuelga la funda de un violín o de una viola.

No son nada del otro mundo, ni en la composición ni en los colores, pero supongo que es esto lo que quieren. Cuando se los entrego, el hombre que nos alistó se muestra satisfecho. Aunque la chica de la viola se parece a la muchacha con la que coincidí en la oficina, no parece reconocerla.

Tal como le habían pedido tres días antes, Marta acudió con la viola a la oficina de alistamiento. Iba acompañada por Marcelo y en el pasillo se encontró con Rubén, que salía.

—¡Qué coincidencia!

—¿Has venido a entregar los carteles que te pidieron?

—Acabo de dárselos.

—¿Y le han gustado?

—Creo que sí —miró la funda que colgaba de la mano de Marta como una pequeña maleta—. ¿Es tu viola?

—Sí. Me dijo que le gustaría oír cómo sonaba... para saber qué utilidad darle.

—¿Entonces vas a tocar ahora?

—Supongo que sí.

—¿Puedo quedarme a escuchar? Yo tampoco distingo la diferencia entre un violín y una viola.

—Por supuesto. Marcelo —los presentó—. Rubén.

Se estrecharon las manos con esa mezcla de cautela y curiosidad de quien es presentado de improviso a alguien de quien no sabe nada ni recibe otra referencia que el nombre. Los tres pasaron a la pequeña habitación donde el hombre del primer día anotaba algo en el cuaderno, en el que ya se veían hojas escritas. Los saludó satisfecho y se dirigió a Marta:

—¿Tú eres la violinista?

—La violista, sí —lo corrigió.

—Tenemos periodistas contando todo lo que pasa, tenemos poetas escribiendo versos en las trincheras, tenemos pintores en las imprentas... —señaló en la mesa los carteles enrollados que Rubén acababa de entregarle—, pero apenas tenemos músicos. En este país la música nunca le llegó al

pueblo..., o al menos no le llegó cierto tipo de música, así que el pueblo tuvo que inventársela. Hay pocos medios mejores para calmar los ánimos, para elevar la moral y para reforzar el compañerismo que entonar juntos una misma canción. Supongo que para eso se compusieron los himnos —concluyó con un suspiro, como si al terminar se hubiera liberado de algo que traía aprendido—. ¿Cuántos músicos serían necesarios para formar un grupo, una pequeña orquesta con la que llevar algo de música allí donde se necesitara?

—Depende —respondió Marta—. Desde cuatro a veinte o veinticinco.

—¿Cuatro? ¿Sería suficiente con cuatro?

—Sí, si fueran instrumentos complementarios. No se requiere un número fijo. Y tampoco es imprescindible reunir siempre a los mismos. Se podría tocar aunque un día faltara un oboe, o un chelo...

—Está bien. Intentaremos organizar algo. Hay algún otro músico entre quienes os habéis alistado. Esperaremos unos días a ver si se anima alguien más y luego convocaremos una reunión... Aunque no soy muy optimista. Comprendo que los músicos estén demasiado preocupados por sus dedos como para arriesgarlos apretando un gatillo. ¿Es tu viola? —le preguntó.

—Sí.

Marta estaba acostumbrada a la curiosidad que despertaba. Todo el mundo sabía cómo era un violín, pero muy pocos distinguían las diferencias con una viola. Le solían pedir que la enseñara y que interpretara algo con ella. Si lo permitiera, todos se pondrían a tocarla. Pero el responsable del alistamiento no mostró mayor interés.

—Ahora tenemos una reunión, pero ¿podrías venir pasado mañana, a las cinco?

—Sí.

Anotó la fecha y la hora en el cuaderno.

—Para entonces espero poder organizar algo de esa pequeña orquesta.

—De acuerdo.

Abandonaron la oficina y, al pasar ante las mesas de la entrada, donde había aumentado la gente que esperaba para alistarse, Rubén dijo:

—Parece que van llegando refuerzos.

Marta asintió sonriendo, sin confesar que tres días antes, al comprobar que en su sección solo estaban ellos dos, a punto estuvo de marcharse y dejarlo solo en el pasillo.

—¿Tomamos un café? —propuso Marcelo—. Tengo quince minutos antes de volver al trabajo.

—¿Dónde trabajas? —le preguntó Rubén.

—En correos. Soy cartero.

Mientras se los servían ojearon los titulares de la prensa sobre las medidas del Gobierno contra la sublevación, sobre los combates y la necesidad del alistamiento voluntario. A pesar de la censura y del lenguaje ambiguo con que se suavizaban las dificultades, a pesar del celo con que se escondían las derrotas, se detectaba que los militares seguían avanzando en casi todos los frentes, que la rebelión se había consolidado y que su amenaza era cada día más poderosa. Los propios miembros del Gobierno ya afirmaban que no iba a ser fácil detenerlos sin verter mucha sangre y que habría que pagar con dolor la victoria.

—Se está complicando —dijo Marta al leer que los sublevados, sin ninguna plaza en el levante y detenidos en el centro, comenzaban a avanzar a sangre y fuego por el sur de Extremadura.

—Hay que pararlos. Porque no se conformarán con derribar a este Gobierno. Estos vienen para quedarse —dijo Marcelo.

Hasta ese momento, Rubén ignoraba qué relación lo unía con Marta, pero entonces se dio cuenta de que eran pareja, aunque no supiera determinar con qué grado de compromiso. El comentario de Marcelo provocó que ella pusiera la mano en su antebrazo desnudo y musculoso, de huesos anchos, y la dejara allí unos segundos, como si su contacto la reconfortara. Era fácil percibir el vigor de Marcelo, el optimismo que manaba de su fortaleza, de su cristalina salud física. Su rostro, de facciones sin malicia, robustas y ordenadas, pero no singulares, de modo que cualquiera podría identificarse con ellas, habría podido servir de modelo para los voluntarios de los dos carteles que acababa de entregar.

—De momento están ganando la partida. Son ellos los que avanzan —Rubén señaló el mapa en el periódico—. Excepto aquí, en Madrid, y en unas pocas capitales de provincia, son ellos quienes atacan. Nosotros solo nos

defendemos.

Sorprendido por su pesimismo, Marcelo repuso al cabo de unos segundos:

—Pero con tanto ataque se estarán desgastando y no podrán defenderse cuando nosotros tomemos de una vez la iniciativa. Ya lo verás.

—¿Te han pedido que dibujes más carteles? —intervino Marta.

—No lo sé. Va a entregar los dos que le he dado y luego ya me dirá. Pero él cree que me encargarán algunos más.

—Es una buena noticia.

—Sí.

—¿Te dedicas a pintar carteles?

—Carteles no. Otras cosas.

—¿Qué cosas? —le preguntó Marta.

—Son las once menos cuarto —interrumpió Marcelo mirando el reloj de la cafetería—. Tengo que irme, entro de turno en la estafeta. ¿Qué hacéis vosotros?

—Nos quedamos un poco más —dijo Marta, y de nuevo demoró el contacto de la mano en su antebrazo.

—Entonces, nos vemos por la tarde. Hasta otra —le dijo a Rubén.

—¿Qué cosas te gusta pintar? —volvió a preguntarle Marta cuando se quedaron solos.

—Retratos, sobre todo.

—¿Retratos? ¿De personas? —se extrañó, porque tenía algunos amigos que estudiaban bellas artes y a ninguno le gustaba pintar rostros.

—Sí.

—¿Qué tipo de personas?

Rubén se quedó unos segundos pensando.

—Las que provocan miedo —se le ocurrió al fin.

—¿Miedo? —le preguntó, desconcertada—. ¿A qué?

—A que no seas capaz de pintarlas.

—Podrías hacerme uno —le propuso bromeando. Al sonreír, se apreciaba la pequeña y fresca abertura que dejaban entre sí los dos incisivos superiores, la singular estatura de sus pómulos que conferían a su rostro un aspecto irregular, exótico.

—Pero tú no me das miedo. Creo que sería capaz de pintarte —continuó su broma, ocultando que ya lo había hecho, que había tenido que introducir unas modificaciones para que una de las muchachas del cartel no se pareciera demasiado a ella.

—Eso es porque no me conoces.

—Tienes razón. Quedaría mejor si te conociera. Para hacer un buen retrato no basta con pintar lo que se ve.

—¿Qué quieres conocer?

—Todo. Soy muy curioso.

—Te aburrirías.

—Bueno, tengo mucho tiempo. Todo está cerrado por ahí, hay toque de queda por las noches y por el momento la guerra impide salir de la ciudad. Como en las épocas de peste —exageró.

—Pero no vayas a creer que mi vida esconde algún misterio.

—No te creo, todo el mundo tiene alguno, pero no siempre es el que los demás imaginan. Si lo descubro, a lo mejor luego no te gusta el resultado.

—¿Por qué no? Nunca me han hecho un retrato. Yo creo que me encantaría.

Rubén se quedó pensativo unos segundos.

—Entonces tal vez no habría hecho un buen trabajo.

—¿Por qué? —se extrañó.

—Si el retrato le gusta mucho al modelo, es que no es un buen retrato.

—Entonces, ¿me pintarás fea?

—No, eso es imposible —sonrió—. Pero si al mirarte encuentro algo tuyo que no me gusta, también lo pintaré.

—Trato hecho. Y ahora, si tengo que contarte cosas de mí, ¿pedimos otro café?

—De acuerdo.

Diez minutos después, con media mañana por delante para hablar sin prisas, como Rubén le había pedido, Marta le estaba contando:

—... mi tío Félix era hermano de mi madre. Un hombre soltero y algo tarambana, que nunca se casó ni tuvo hijos y que dejó, entre los objetos de su herencia, esta viola. Mi madre dice que nadie le había enseñado a tocar, que había aprendido él solo y que le gustaba hacerlo por las noches, porque la

música le hacía más llevadero el insomnio. Una semana después de su muerte, cuando yo tenía ocho años, fui con mis padres a su casa, un piso profundo y demasiado grande para un soltero. Mientras mis padres rebuscaban algo en un armario del dormitorio, al fondo de la casa, donde no me habían dejado entrar, no sé si por miedo a que descubriera algún secreto poco edificante de mi tío o para apartarme del olor a tabaco, como dijo mi padre, que emanaba de la alcoba, yo curioseé por la sala. En un mueble, sin una protección especial, vi esta funda negra, cerrada como una invitación a abrirla. Saqué la viola y, como había visto en dibujos y en libros, comencé a deslizar el arco sobre las cuerdas, que al principio solo emitieron unos tenues lamentos de gato... No, no es lamentos la palabra, porque no había dolor en aquellos sonidos. Cuando el dolor quería asomar, mis manos lo eludían, abandonaban enseguida ese camino. Eran sonidos inarmónicos que surgían al probar las cuerdas muy despacio y que modificaba hasta que me parecían agradables, como si fuera suficiente haberme equivocado una vez para no volver a equivocarme. No es que tocara como Mozart desde la primera vez que cogí la viola —dijo al ver el gesto algo burlón de Rubén—, pero mis padres dicen que había heredado el buen oído de mi tío y que desde el principio evitaba los chirridos como alguien evita el contacto del fuego desde que sufre la primera quemadura... Bueno, todo eso lo comprendería más tarde, cuando buscaron a un profesor para que me diera clases. Aquel primer día no sé cuánto tiempo estuve allí, pero cuando me di cuenta mi padre, inquieto por mi silencio, había aparecido en la puerta. Yo no había oído el ruido que debió de hacer al abrirla. Me dijo: «Suelta eso, Marta, ¿no ves que es delicado y puede romperse?». Pero no le hice caso y seguí tocando, y un minuto después también estaba mi madre junto a él, escuchando. Como todos los padres, supongo que también los míos se engañan y exageran al recordar aquella escena y convierten unas incipientes dotes musicales en el anuncio de un talento. Mi padre, cuando se le pregunta, todavía sigue repitiendo que ya en aquel momento pensaron que la música surgía de mis manos de forma natural y que por tanto, como el canto de los pájaros o el sonido del viento, podría ser alegre, o triste, o terrible, o repetitiva, pero que nunca dejaría de ser música. Se sintieron obligados a facilitar mis estudios de viola, del mismo modo que algunas de mis compañeras de colegio estudiaban piano, si bien ellas lo hacían como un

entretenimiento o un complemento de su educación, y yo lo haría como la asignatura más importante de mi formación... Es así como llegué a la música, o como la música llegó a mí, sin que yo hubiera intervenido voluntariamente en la elección: con la muerte de mi tío Félix. No tardaron en contratar a un profesor de violín. Era un hombre de Conservatorio Superior que nunca se había sentido cómodo en la interpretación ante el público y que se dedicaba a dar clases particulares de solfeo, de cuerda y algo de piano. Además del trabajo con él, tocaba en casa yo sola, intentando reproducir canciones conocidas. Recuerdo que a mis padres les gustaba mucho una canción infantil, una melodía que no necesitaba mucha habilidad, pero que a ellos les parecía muy triste: esa romanza del rey español que llora la muerte prematura de la reina, a la que amaba profundamente, y a cuyos sones los niños bailábamos al corro en la calle... Con mi profesor aprendí más técnica que teoría, y al cabo de cuatro años, cuando ya había cumplido los trece, confesó que no podía enseñarme mucho más. Vivíamos en Alcalá y el Conservatorio estaba aquí, en Madrid, de modo que para seguir estudiando tenía que venir a clase al menos dos días a la semana. Mi padre es el jefe de la estación de tren de Alcalá de Henares y lo arregló todo para el transporte, para que no faltara a las clases ni tuviera que pagar un precio que, semana a semana, constituiría una carga. Los martes y los jueves, con la complicidad de sus compañeros —ya sabes, la famosa solidaridad de los ferroviarios—, esperábamos el tren que venía de Barcelona con las ruedas despidiendo chispas al frenar, y me subía a algún asiento que hubiera quedado libre o, cuando no, me colaba en el vagón de correos, entre las sacas de las cartas que iban a Madrid. Allí, sola, encaramada sobre los sacos de lona, cogía a veces la viola para que el viaje se me hiciera más corto y repasaba lo que me habían mandado estudiar para ese día, o tocaba cualquier otra pieza cuyo ritmo resultara en aquel momento acorde con el ritmo de las ruedas del tren sobre los raíles, que hacían la función de metrónomo. O imaginaba lo escrito en las cartas sobre las que iba sentada, montones y montones de sobres, extrañada de que tantas gentes se escribieran unas a otras y tuvieran tantas cosas que decirse: declaraciones de amor, o lamentos por un abandono, o noticias de la muerte de un familiar o de un amigo muy querido, o misivas de amistad, o certificados de negocios... Para cada una de ellas también imaginaba una música. Para la carta en la que un

soldado relataba a su familia su vida militar y su añoranza desde un frío cuartel de los Pirineos, elegía con ingenuidad los compases que conocía de la *Marcha Radetzky*; o para consolar el duelo de una muerte, que adivinaba por la greca negra de un sobre, me atrevía a tocar unos acordes del *Réquiem* de Mozart, del Mozart de sus dos últimos años, cuando la enfermedad y las deudas lo habían bajado a tierra y ya no era aquel músico que componía obras como si cazara pájaros en pleno vuelo; o para convencer a una chica de la sinceridad del amor eterno que le juraba un pretendiente, acompañaba los juramentos con un *Lied* de Schubert. Con las notas más o menos torpes que hacía surgir de mi viola aspiraba a dulcificar una negativa de amor, a consolar el desgarró de una pérdida o a acrecentar la alegría de un encuentro. Porque ya, con catorce o quince años, intuía que la música no solo acompaña las emociones o los estados de ánimo de quienes la escuchan, sino que influye y modifica esos sentimientos de los oyentes. Sentada en las sacas de correos, en el vagón que me llevaba y me traía de Madrid, descubrí que la música puede hacer soportable la tragedia... No me mires así..., aunque tienes razón. ¿Descubrí, he dicho? No, eso es ir demasiado lejos. No lo descubrí entonces, ese es un aprendizaje que solo se produce con el dolor propio, cuando es uno mismo quien sufre y encuentra en unos efímeros sonidos que vibran en el aire un alivio inesperado... Y esa fe en su condición terapéutica influyó para que me alistara como voluntaria el otro día, cuando oí que se necesitaba todo tipo de gente y todo tipo de ayuda para colaborar en la lucha, aunque no estuviera muy convencida de que aceptaran mi ofrecimiento... Pero entonces, de acuerdo, sí, aquello era todavía un juego: coger un sobre cualquiera y, por los nombres y apellidos del remitente y del destinatario, por la ortografía y por el tipo de letra, porque había letras torcidas e ininteligibles, no sé cómo los carteros lograban que llegaran a sus destinos, aunque la mayoría de las cartas eran de letra muy cuidada, algunas repasadas dos veces, muy seria, de letra sacerdotal..., por el tipo de letra, te decía, por los lugares de origen y de destino y por el número de cuartillas que contenía, imaginaba el mensaje que iba dentro para completarlo con la música adecuada. Y aquel juego no cesó hasta unos años después, cuando tuve que tomar una decisión, porque ya no podía seguir perdiendo tanto tiempo en los viajes desde Alcalá y porque ya había alcanzado la edad suficiente para vivir sola en Madrid: o dejaba los

estudios de música, o me dedicaba exclusivamente a ellos, como los profesores aconsejaban a mis padres. Así que lo hablamos en casa y tomaron la decisión que ahora me ha traído hasta aquí, a estar tomando un café contigo... El camino no siempre ha sido fácil, pero siempre ha sido apasionante. En ese sentido la música es como el amor, donde hasta el aprendizaje es placentero, aunque haya momentos de dolor o de desilusión, y mal amante es quien prescinde o rechaza como superfluos los prolegómenos por las prisas de llegar pronto al placer. He conocido a músicos brillantes que querían alcanzar de inmediato, con su primer concierto, el prestigio, la fama y la admiración que los maestros solo alcanzaron al final de sus vidas, que pretendían que sus partituras o sus interpretaciones fueran estudiadas en los conservatorios, que resonaran en los palacios de ópera y llenaran las salas de Bayreuth o de Salzburgo. Sin embargo, la precipitación los ha hundido en el olvido y sus melodías solo resuenan en los organillos de Chamberí. Cierto que para dominar la técnica son imprescindibles el tesón y la disciplina, pero incluso esos esfuerzos ofrecen satisfacciones... Y ya vale, creo que he hablado demasiado. Te estarás aburriendo como una ostra.

—No, al contrario —Rubén la había escuchado embelesado, sin apenas intervenir, mientras observaba sus ojos, sus manos, su boca, su pelo, y en algunos momentos pensando en cómo sería su retrato—. Me sorprende mucho todo esto, no tenía ni idea de que la música fuera así. Además, creía que, excepto para el arpa y los coros, era un oficio de hombres.

—¡Y lo sigue siendo, por desgracia! Solo tienes que fijarte en las orquestas.

Salieron a la calle y, sin un destino fijo, comenzaron a caminar Alcalá abajo, hacia el Retiro.

—¿Y ahora?

—Con lo que está ocurriendo, es imposible hacer planes —respondió Marta—. Ha pasado una semana desde la sublevación y todo se ha vuelto muy complicado. Ni siquiera se sabe si en septiembre se abrirá el Conservatorio.

—Se diría que ha pasado un mes.

—Y si los militares siguen adelante con su guerra, cada mes nos parecerá un año.

—No durará tanto —dijo Rubén.

Marta hizo un gesto de duda.

—El primer día yo también me resistía a creer que fuera algo grave: una nueva asonada militar... Aunque la muerte de Calvo Sotelo ha aumentado mucho la tensión. Yo toco en un grupo de música, un quinteto de cuerda, y lo único que me preocupaba era el concierto que dábamos al día siguiente, el diecinueve, en una pequeña sala ahí cerca, en la Gran Vía.

—El diecinueve era domingo —apuntó Rubén.

—Sí. Era muy importante para nosotros, porque podría abrirnos las puertas para otros conciertos de la temporada que empieza en septiembre —contó—. Imagínate lo nerviosos que estábamos aquella tarde, esperando el comienzo mientras espiábamos por las cortinillas de la sala, envueltos en ese olor como polvoriento y amargo de las maderas del escenario, de las cortinas y del terciopelo de los asientos. No vino mucha gente, apenas la mitad del aforo, y bastaba una mirada para advertir la tensión de los espectadores, que, a pesar de lo que estaba ocurriendo fuera, habían acudido a uno de los pocos conciertos que se ofrecían en julio, porque muchos músicos están de vacaciones, huyendo del calor. O quizá fueron porque intuían que aquella sería la última oportunidad en mucho tiempo de escuchar cómo suena un quinteto de cuerda interpretando en tiempos de violencia una música compuesta para tiempos de paz. Cien o ciento diez melómanos que aspiraban a disfrutar de unas piezas de los viejos maestros antes de que sus tímpanos soportaran los estruendos de las bombas que ya estaban cebando los cañones y los vientres de los aeroplanos, como dijo uno de mis compañeros. Casi no había jóvenes, predominaban hombres y mujeres de edad —continuó Marta al comprobar la atención con que la escuchaba Rubén—. La música clásica necesita tiempo y concentración para ser apreciada, quizá porque es exigente y no permite otros ruidos mientras está sonando. El oído es un sentido muy celoso. Tú eres pintor y puedes ver al mismo tiempo muchas de las cosas que tienes delante.

—Sí. Ahora te estoy mirando y veo el tamaño, la forma y el color de tus ojos, pero también estoy viendo la luz del día y la gente con la que nos cruzamos.

—Pero con el oído adulto no sucede así, solo puede atender con precisión a un mensaje, se aturde y se confunde si recibe varios a la vez. Parece que los niños sí, que ellos pueden atender al mismo tiempo a dos

requerimientos sonoros. ¿Pero no has visto cómo se irritan los mayores cuando les hablan dos al mismo tiempo? Te decía que casi todos los asistentes eran adultos o viejos. Salimos los cinco al escenario, saludamos, nos sentamos en medialuna abierta al patio de butacas e hicimos los últimos ajustes antes de comenzar a tocar. ¿Conoces el *Concierto para cuerda en Do mayor*, de Schubert?

—No.

—Schubert lo compuso en 1828, pocos meses antes de morir, y aunque habíamos elegido el repertorio en el invierno anterior, ninguna otra obra habría podido expresar mejor lo que estaba sucediendo ese domingo, el diecinueve. Con el *adagio* de ese concierto Schubert se está despidiendo de la vida, cansado de luchar contra la enfermedad venérea, contra la depresión y, sobre todo, contra su fealdad, contra una fealdad corporal que le impedía establecer relaciones normales con las mujeres de las que se iba enamorando. Y yo creo que el *adagio* hizo sentir al centenar de asistentes que aquella tarde también se terminaba algo esencial para ellos. Los cinco tocamos bien, muy bien, aunque no habíamos podido ensayar todo lo necesario. La apacible tonalidad de Do mayor fluía sin tropiezos. Los *pizzicatos* del chelo parecían vibrar como toques de campana y respondieron muy bien a los *pizzicatos* del violín. Personalmente me sentí muy bien acompañada por la otra viola, y siempre amparada por los dos chelos, que podían disimular un posible error. No habían terminado de sonar los aplausos cuando comenzaron a oírse los disparos, cuyos ecos atravesaban las puertas de la sala. No eran los disparos aislados que ya nos estábamos acostumbrando a oír, sino descargas sostenidas, y hasta el escenario nos llegó el comentario de un espectador que afirmaba que ya estaban asaltando el cuartel de la Montaña, que estaba muy cerca de allí. Algunos asistentes comenzaron a marcharse, se levantaron con discreción, pero el miedo y las prisas les hacían tropezar y ser ruidosos, sus pasos sonaban en los pasillos. Sin embargo, la mayoría continuó sin moverse, con los rostros emocionados y fijos en nosotros, como si se preguntaran: «¿Cómo sabían estos chicos del quinteto que esa era la música más apropiada para hoy?». Su expresión nos obligaba a continuar: «Si ahora permitimos que los de ahí fuera acallen esta música, tal vez no podamos resucitarla nunca», parecían decirnos. Nosotros, en el escenario, nos miramos preguntándonos si debíamos

continuar en esas condiciones, y con un acuerdo espontáneo decidimos que no íbamos a dejar de tocar, que eso era lo peor que podría ocurrirnos. Detener los arcos sobre las cuerdas supondría una claudicación, sería conceder la victoria a los sublevados y aceptar la pérdida de todo lo ganado en estos últimos años que hemos vivido con tanta intensidad, como en un sueño... Al día siguiente nos vimos en la oficina de alistamiento.

—¿Por qué no tocas ahora algo? —le preguntó Rubén de pronto.

Desde hacía algún rato estaban sentados en un banco del Retiro, en uno de los pasillos perpendiculares al estanque.

—¿Aquí? —Marta miró alrededor, pero los jardines estaban casi vacíos. Era la hora de la comida.

—Sí.

—¿Quieres oír cómo suena la viola?

—Llevo tres días preguntándome cómo sonaría cuando tú la tocaras. Y más aún después de lo que me has contado.

Abrió las presillas metálicas y la sacó del estuche, forrado de terciopelo rojo. Luego cogió el arco y tensó las crines con unos delicados giros de la clavija. Al ir a encajarla bajo la barbilla, Rubén señaló en su cuello:

—¿Qué tienes ahí?

—¿Dónde?

Rubén tocó con el dedo un pequeño moretón que podía ser resultado de un golpe, pero también de un beso muy apasionado.

—¡Ah! No es nada. Es la marca del oficio —se rió—. Como un chupetón. Se ajustó la viola en el hombro y comprobó su afinamiento.

—Schubert —anunció.

Rubén la escuchó sin moverse, sentado muy cerca de ella en el banco. Fascinado, sentía su poder de atracción, como cuando se acercaba al mar en su tierra pero aún no llegaba a verlo: lo notaba por detrás de las últimas lomas boscosas y le resultaba imposible no avanzar y asomarse a contemplarlo. Había achicado los ojos para enfocarla mejor, e iban de sus manos a su rostro, pero en esos momentos no pensaba en pintarla. Apenas entendía de música y le pareció un prodigio que el roce de una crin contra una tripa se convirtiera en una música celeste. Pero, por encima de esa admiración del profano hacia el virtuosismo ajeno, distinguió la pulcritud del sonido, la precisión con que la

mano izquierda se movía sobre las cuerdas en el mástil, unas veces con mansedumbre, otras, de repente, con los dedos en llamas. En efecto, el *adagio*, de una tristeza luminosa y calcinante, reflejaba el paisaje de una despedida: lo que queda flotando en el mar cuando el barco se ha hundido. Pero al mismo tiempo, su dificultad le pareció un muro contra los advenedizos. Un aficionado impaciente o sin talento no sabría tocarlo. Le pareció que en los dedos de Marta encontraba la unión que iba persiguiendo en su pintura: la técnica vasalla de la emoción, o, dicho de otro modo, la estética adaptada al corazón.

Marta dejó que se apagara la última nota antes de preguntarle:

—Y dime, ¿crees que ahora podrás pintarme?

—Creo que sí.

—¿Y para qué quiere una campana en la tumba si cuando esté allí ya no podrá oírla? —preguntó Cuaresma.

Hacía demasiado calor en el taller. La temperatura exterior del sol de julio se incrementaba algún grado debido al fogón y, sin embargo, Cuaresma, Antonio Paraíso, Botín y Magro habían acudido a curiosear como solían hacer siempre que Camilo forjaba una nueva campana. Camilo conservaba la antigua y sólida reputación de los herreros y, sobre todo en invierno, en los días de lluvia, no faltaban hombres desocupados, sin demasiado trabajo o sin ningún trabajo a pesar de buscarlo, que se tomaban medio día de descanso y acudían a la fragua a sentarse en el banco de madera y, al calor del fogón, dejar pasar unas horas charlando mientras observaban hipnotizados el golpeteo del martillo sobre el yunque, moldeando el hierro color cereza, o las chispas de la amoladera sobre el filo de un podón o de un cuchillo. O, simplemente, a quedarse callados, pensando o recordando, obedeciendo el atávico instinto de la tribu a reunirse en torno al fuego, como habían hecho diez mil años antes sus antepasados, que en las cuevas de El Paternóster trazaron las pinturas con los dos soles de Breda, sin hacer más ruido que el de algún carraspeo para aliviar el picor del humo o el del susurro de una suela sobre el piso de cemento al cambiar la postura de los pies alpargatados, ociosos y casi felices, como si aquel escenario —el fuego del carbón, el hierro, el corro, la presa de carne que cualquiera de ellos que hubiera matado el día anterior un cerdo o un cabrito o hubiera cazado un jabalí traía para asar sobre las ascuas— fuera el más acorde con su naturaleza.

—¿Qué tamaño tiene? —Magro señaló la campana cubierta con una lona.

—Un metro en boca. Setecientos kilos —respondió el herrero, sin dejar de martillar sobre una barra de hierro rusiente que iba retorciendo para componer la reja de un balcón.

—¿Cuándo la entregas? —preguntó Cuaresma.

—Mañana —respondió Camilo.

—Fundir una campana para la propia tumba no es...

—Una tumba que compartirá con su difunta mujer —apuntó Cuaresma.

—... no es una buena idea —dijo Antonio Paraíso—. Es como si estuvieras llamando a voces a la muerte.

—La muerte llega siempre puntual, aunque no la llames —dijo Botín—. ¿O es que tú te crees inmortal?

—No, pero no pienso darle ideas ni recordarle que aún estoy por aquí respirando. Que tarde lo más posible.

—Bueno, a lo mejor ahora vienen esos generales que anteayer se sublevaron en África y suben por aquí pegando tiros y matan a más de uno antes de que haya pensado en morirse —dijo Botín.

—¿Los generales? —intervino Magro—. No pasarán de Ceuta.

—¡Claro que pasarán! Y a ver si arreglan este país —dijo Botín—. Son los únicos que pueden cambiar las cosas.

Todos sabían que era monárquico y conservador, pero no aireaba su filiación ni peleaba por sus ideas, como quien apuesta a un caballo que cree ganador y se mantiene en silencio durante la carrera a la espera de recoger beneficios.

—En España cambian los gobiernos, pero España nunca cambia —dijo Paraíso.

—No podrán cruzar desde África —insistió Magro—. Será una intentona más, como la de Sanjurjo. Arrestarán a los cuatro cabecillas, exiliarán a otros dos y todo quedará en nada. Las campanas seguirán repicando como siempre.

En la puerta de la fragua se oyó el murmullo del motor de un camión.

—Martín Cupido, que ya viene de Portugal —dijo Cuaresma, aunque no era necesario, porque todos reconocían el suave ronroneo del motor, el más silencioso de los camiones de Breda, tanto que se decía que el duro DAF podía atropellar a cualquiera antes de que lo hubiera oído llegar. En efecto, era prodigiosa la eficacia de los silenciadores de sus tubos de escape, cuyo sigilo resultaba imprescindible para cruzar la frontera con las cargas de café portugués de contrabando. Martín Cupido lo cuidaba con delicadeza, engrasaba su organismo con regularidad y sustituía las piezas gastadas antes

de que se rompieran. Y como todos los amantes de los automóviles, no se conformaba con la eficacia del motor, de los neumáticos o de los amortiguadores. También dedicaba desvelos a su apariencia, de modo que la oscura carrocería del DAF relucía tan impecable como su maquinaria, y el morro respingón no tenía ni un roce.

—Mucha gente aquí, a pesar del calor —saludó. Era un hombre tranquilo, alto y atractivo. Traía en las manos los dos trozos de un telero de la caja.

—¿Se ha roto? —preguntó Camilo.

—Sí. Hay que soldarlo.

—¿Tienes prisa?

—Bastante.

—Trae —dijo—. Lo reforzaré con una pletina.

Cogió los dos trozos de hierro, se los llevó al fondo del taller y comenzó a preparar la soldadura. Tras él se abría un ancho portón que daba a un amplio patio trasero donde se veía un gran montón de hierros oxidados, chatarra y escoria y, en un rincón, la alambrada de un gallinero del que entraban y salían una docena de gallinas.

—¿Por qué tanta prisa, que no puedes esperar a mañana? —preguntó Botín a Cupido.

—Mañana tenemos que llevar la campana al Mausoleo y, por la noche, quiero pasar La Raya. Se dice que van a cerrar la frontera. Que esta vez los militares van en serio.

—No pasarán —repitió Magro.

—¿No pasarán? Se han sublevado anteayer y ya tienen a su lado a la mitad de España. Se está luchando en Madrid, en Oviedo, en Sevilla, en Barcelona... Las capitales se están llenando de cadáveres —insistió Botín.

Al pronunciar la última palabra, la fragua se volvió blanca de repente y todos miraron un segundo hacia el chisporroteo de la soldadura que el herrero había comenzado a aplicar y que desprendía un olor a azufre que recordaba el de la pólvora.

—Yo también he oído que hay miles de muertos —dijo Cuaresma.

—No puede ser verdad —dijo Antonio Paraíso.

—¿Qué?

—Que tanta gente se mate por unas ideas. Las ideas no dan la felicidad. La felicidad puede dártela una mujer, o los hijos, o la salud... Pero que en este país gane el fascismo o el comunismo no hará feliz ni siquiera a la mitad fascista o comunista.

—Tú lees demasiados libros en esa imprenta tuya —dijo Botín.

—No los hará felices, pero sí los puede hacer muy desgraciados —dijo Camilo desde el fondo, deteniendo un momento la soldadura.

—¿A ti te haría feliz la llegada del comunismo? —preguntó Botín a Magro, riendo para disolver el tono dramático creado por las palabras de Paraíso.

—Sí —respondió después de dudar unos segundos.

—¿Pero qué es el comunismo? —preguntó Cuaresma.

Era un hombre torpón e insulso, más testarudo que valiente, más grande que fuerte, bonachón y adinerado, o al menos todo lo adinerado que podía ser un propietario rural de una villa ni demasiado poblada ni demasiado rica. De manos cortas y dedos asalchichados, con el labio inferior húmedo y colgante, con un pelo lacio que ya le raleaba, tenía tendencia a engordar y a hablar en voz demasiado alta y se desconcertaba y se volvía temeroso no ante la lucha contra otros hombres, ni ante el dolor o el peligro físico, sino ante lo desconocido y ante los misterios que siempre generaban las novedades.

—Explícaselo tú, Magro, que tienes ese carnet que dice que lo eres —propuso Botín.

—¿Que qué es el comunismo? Es muy fácil. ¿Cuántos estamos aquí ahora mismo?

—Seis —respondió Martín Cupido.

—Pues si hay un campo con seis encinas, se reparte una a cada uno y ya está todo resuelto. Eso es el comunismo... ¡Y no vayáis a decirme que eso es algo malo!

—Oye, Cuaresma, ¿tú qué harías con tu encina? —preguntó Botín.

—¿Que qué haría con mi...? —un gesto de pasmo inmovilizó el rostro ancho, mal afeitado.

—Sí, con la encina que te dé el comunismo. ¿Qué harías?

Sorprendido, Cuaresma abrió los ojos desmesuradamente, notó el calor que le inundaba la cabeza y luego, de pronto, comenzó a parpadear, satisfecho de haber encontrado una respuesta:

—Compraré un cerdo y lo alimentaré con...

—Tú no tienes por qué comprar ningún cerdo —lo interrumpió Cupido—. Basta con que apartes uno de las piaras que crías en tus tierras y lo ates al tronco de la encina... A menos que Magro haya ido antes con su comunismo y te haya quitado también los cerdos para repartirnos uno a cada uno de nosotros.

—Bueno, el comunismo no es tan rico. Ya nos ha dado una encina. No pretenderéis que también nos dé un cerdo —dijo Antonio Paraíso.

—¿Por qué no? —insistió Magro.

—¿Y tú qué harás con tu encina? —preguntó Botín a Cupido.

—Primero cortaría unas buenas ramas para hacer una cuna con la madera. Mi primer hijo está a punto de llegar.

—¿También se llamará Martín? —preguntó Paraíso.

—No. Si es niño, su madre quiere que se llame Ricardo, como su abuelo —dijo, y continuó—: Y luego el resto de la encina se la daré a Camilo en pago por los arreglos del camión.

—Yo no quiero ninguna encina —dijo el herrero desde el fondo, donde terminaba de soldar—. Yo quiero que me dejéis en paz con mi fragua, sin repartírsela a nadie.

—Pero no hay fraguas para todos. ¿Cómo resuelve eso el comunismo? —preguntó Botín.

—Puede cortar su encina y hacer carbón con ella para alimentar el fuego.

—¿Qué fuego? ¿No ves que todavía el comunismo no le ha dado su parte de la fragua?

—Yo sé de algunos que quemarían su encina, y no para sacar carbón —dijo Cuaresma.

—Sí, y algún otro quizá se colgaría de una rama —dijo Paraíso.

—De una rama de una encina que fuera lo suficientemente grande. Porque Magro no nos ha contado qué pasaría si la encina que le den a él es más pequeña que la que me den a mí —dijo Botín.

—Se poda la grande hasta que sean las dos iguales y ya está —dictaminó Cupido.

—¿Y para quién será la leña? —preguntó Cuaresma.

—Para ti no. A ti ya no van a darte ninguna encina más. Ya tienes demasiadas —dijo Magro.

Cuaresma introdujo la mano en el bolsillo de su chaleco y sacó una bellota: el fruto humilde y bruñido al que la naturaleza no le permitió ser lo suficientemente blando, dulce y digestivo como para convertirse en alimento humano, aunque era un manjar para los animales. Los demás adivinaron que provenía de la Zabalona, porque siempre estaba presumiendo de que aquella encina gigante de uno de sus campos producía frutos dulces como castañas. Los niños las buscaban y todo el que pasaba cerca se desviaba cien metros del camino para ir a coger un puñado de bellotas del árbol formidable cuya copa sobresalía por encima de los demás, como una deformación de la dehesa. Alcanzaba los diecisiete metros de altura, por sus venas corría tranquila la savia, segura de que nadie podría desangrarla, y en su tronco se enroscaba la madera en innumerables círculos concéntricos que apenas lograban abarcar seis hombres con los brazos extendidos. Llevaba seiscientos años dando frutos sin necesidad de los cien días de lluvia que necesitan otros árboles para ser fértiles ni los cien días de sol que necesita la uva para ser vino.

—Es de la Zabalona, ¿no? —preguntó Botín.

—Sí.

—Yo que tú no me preocuparía demasiado por ella. Si durante seis siglos ha sobrevivido a incendios, sequías, aguaceros, podas y rayos, creo que ahora también podrá sobrevivir al comunismo de Magro —dijo Botín.

Por un momento pareció que Cuaresma iba a morderla, pero luego comenzó de nuevo a parpadear y volvió a esconderla en el bolsillo del chaleco.

—Haces bien en guardarla —bromeó Martín Cupido—. Y yo que tú, la enterraría en una maceta en cuanto llegara a casa, para que germine, de modo que más tarde puedas plantarla en el campo si el comunismo te deja sin encinas.

En la puerta de la fragua apareció de repente Chon Cuaresma. Su baja estatura enseguida quedaba olvidada por el gesto enérgico y decidido con que miraba de frente a su interlocutor. Aunque provenía de una humilde familia de campesinos asentada en las huertas del Lebrón, su desparpajo, cierta belleza y, sobre todo, su asombrosa capacidad para estar no tanto en el lugar y en el momento adecuados, sino cerca de la persona adecuada, le habían permitido casarse con un Cuaresma, cuyo apellido había incorporado de un modo espontáneo a su nombre desde la misma noche de bodas, como uno más de los bienes gananciales, de modo que ya nadie la llamaba de otra forma.

—Vienen a buscarte —murmuró Cupido—. Se te va a enfriar la cena.

Los hombres la saludaron y Camilo detuvo un momento su trabajo para hacerle un gesto con la mano.

—No sé cómo podéis estar aquí, tan tranquilos, con la que está cayendo.

—¿Qué?

—Acaban de dar el parte. Se combate ya por toda España. Hay miles de muertos. Es una guerra —informó en voz baja y densa.

Los hombres la miraron en silencio y los ojos se fueron achinando, volviéndose fríos y afilados, como si miraran más allá de la fragua y al mismo tiempo dentro de sí mismos en lugar de mirar a la mujer, como si la intentona golpista de los militares no hubiera alcanzado un tono trágico hasta que ella llegó con la noticia de la guerra y de los muertos.

—¿Qué parte has oído? ¿El del Gobierno o el de los militares? —preguntó Paraíso.

—Los dos. El uno habla de la traición de algunos generales y llama a la población a alistarse para defender la República. El otro habla de traición del Gobierno y llama a la población a defender España. Pero los dos coinciden en que es una guerra y en que hay muchos muertos. Vámonos a casa, es hora de cenar —urgió a su marido, aunque todos sospecharon que sus prisas no obedecían al miedo a que se enfriara la cena.

—¡Juan!

En la puerta, detrás de Chon Cuaresma, apareció la madre de Botín. Traía en la mano un papel doblado.

—Sí.

Botín se levantó, fue hacia ella e intercambiaron en voz baja algunas frases breves con gesto preocupado. Leyó el papel y, tras leerlo, se volvió hacia ellos:

—Yo también me voy. Nos vemos.

Cuando los cuatro desaparecieron de la herrería, Cupido comentó:

—Era un telegrama.

—Y firmado por Primo de Rivera —murmuró Magro con una voz que se había vuelto dura, agria, espesa.

—No creo que le hayan dejado escribir nada desde la cárcel —dijo Antonio Paraíso.

—Lo habrá hecho otro en su lugar. Seguro que los falangistas se están reuniendo y organizando para ir a sacarlo de allí mañana —dijo Cupido.

—Entonces es que de verdad va en serio lo de los militares.

—Media España, según el parte.

—No sé a qué esperan en Madrid para que también nosotros empecemos a movernos —replicó Magro, nervioso. Se levantó del banco y también él salió de la fragua.

—Yo sé de alguno que no esperará a que lleguen los militares para salir corriendo —dijo Martín Cupido.

—Yo imagino a otros quemando en la cocina papeles que no querrán que nadie lea —añadió el dueño de la imprenta.

El día se estaba yendo. Poco a poco la fragua había ido perdiendo luz, menguaba la claridad que entraba por el ancho portalón del patio interior donde se acumulaban hierros inservibles, alambres, limaduras, esquiras oxidadas, restos metálicos de muebles, de herramientas, quincalla retorcida, rojiza, agria.

Camilo terminó de limar la soldadura del telero y regresó junto a ellos.

—Si hay guerra —dijo Antonio Paraíso en voz baja, hablando para sí—, no será una guerra cualquiera. Con una guerra civil, este país se arreglará para siempre o se destrozará para siempre. No habrá término medio.

—Quieres decir que todos tendremos para siempre una encina..., o que ya no la tendremos nunca —dijo Camilo.

—Eso mismo.

—¡Arrrr... rriba!, ¡arrrr... rriba!, ¡arrrr... rriba!

A cada aviso del herrero, los hombres daban un nuevo empujón a la campana sobre los gruesos tablones de madera utilizados como rampa para subirla al camión de Martín Cupido. Dos de ellos tiraban de las sogas desde la caja y otros tres empujaban desde abajo. En pocos minutos los setecientos kilos de bronce estaban en el remolque y su propio peso la hacía tan estable que apenas era necesario sujetarla con sogas para un trayecto tan corto.

Apoyada sobre tablones para evitar cualquier roce, todavía tierna y caliente, recién salida de la fundición, de hombros rectos y copa esquilonada, parecía una gran pera de bronce con el pedúnculo del yugo de roble que aún conservaba el color de la madera. Afinada en Sol sobre una aleación 78/22 de cobre-estaño, prometía un sonido limpio y penetrante.

Jerónimo de las Hoces esperó a que Cupido cerrara el portón del remolque y le ordenó:

—Vamos.

Montó en el Hispano-Suiza y el chófer arrancó suavemente, seguido por el DAF, que, a pesar de su corpulencia y de la mayor potencia del motor, emitía menos ruido que el coche, solo un leve susurro amortiguado por silenciadores que lo hacían casi indetectable en los caminos fronterizos. Atravesaron Breda y diez minutos más tarde llegaron al Palacio, separado un kilómetro de la villa. Los dos vehículos rodearon la fachada del edificio principal y avanzaron hacia la parte posterior de la finca, que declinaba suavemente hacia el arroyo, hacia los terrenos delimitados por una tapia de piedra. Hasta unos años antes aquel recinto había servido como campo de equitación y como cercado donde guardar los caballos a los que tan aficionada era la dueña de la casa, pero ahora solo se veían al fondo unos cuarteles de hortalizas y un puñado de descuidados árboles frutales. En la parte más

cercana al Palacio, un muro sujetaba la tierra en pendiente, de modo que quedaba un terreno completamente horizontal donde unos parterres acotaban unos macizos de hortensias, rododendros y rosales. En el muro de contención, de grandes sillares de granito, se habían practicado unas hornacinas, a la manera italiana, donde brillaba un puñado de estatuas de mármol blanco. Desde la cabina del camión, al pasar, Martín Cupido observó con curiosidad las figuras mitológicas y, con pudor, la hermosísima estatua de una Andrómeda desnuda. En la boca, en los pechos y en el sexo se veían huellas de disparos de escopetas de balines. Siendo adolescente, también él había venido a ofenderla y desde entonces tenía la sensación de que algún día la estatua comenzaría a hablar y a reprochárselo.

Dejaron a un lado el jardín renacentista y el camión siguió avanzando muy despacio tras el Hispano-Suiza, rodeando el muro para subir la suave rampa que conducía al Mausoleo edificado en la parte más elevada. El coche se detuvo y De las Hoces salió y, con un gesto circular de la mano, le indicó que debía dar la vuelta y dejar el remolque del camión lo más cerca posible de la puerta.

Hasta entonces muy pocos lo habían visto de cerca, pues habían impedido que merodearan personas que no trabajaran en la obra. Diseñado hasta el último detalle por un arquitecto catalán que, sin embargo, desde el trazado de la planta y la colocación de los cimientos apenas había supervisado la ejecución posterior del proyecto, sus indicaciones habían sido cumplidas con exactitud por el propio Jerónimo de las Hoces, por un arquitecto de Mayorga y por la pericia de los albañiles y canteros locales.

Sobre una planta de veinte metros de diámetro se elevaba una construcción circular de granito visto, con el nacimiento de la cúpula muy bajo, a cinco metros de altura, de modo que parecería brotar del suelo como un túmulo primitivo si no fuera porque su perfecta convexidad de media esfera atemperaba su carácter funerario y le otorgaba un aire de homenaje. En la cúspide se alzaba una amplia linterna de dos pisos en forma de torrecilla octogonal. En el primero, los ocho vanos del lucernario daban luz al interior y eliminaban esa atmósfera húmeda y subterránea de ese tipo de edificios. El segundo nivel, en cuyo solado se abría una ancha trampilla por la que subirían la campana, serviría de campanario.

En el lado opuesto a la entrada y en la cota más baja, de modo que no se veía desde el frontal, se camuflaba un edificio anexo destinado a servicios complementarios: capilla, vivienda del cuidador o simplemente almacén.

Para Breda, la construcción del Mausoleo representaba un final. La vieja estirpe que había fundado la villa tres siglos antes se derrumbaba agotada, sin más herederos que un recién nacido y ya huérfano que lloraba en la cuna de un modo inconsolable, sin que nadie acertara el modo de detener su llanto, y un viudo que aceptaba el derrumbamiento y empleaba sus últimas fuerzas y recursos en erigir un edificio funerario que albergara los despojos de la muerte: un caparazón de piedra para proteger el reposo eterno de quince generaciones de De las Hoces muertos, junto al viejo Palacio que había cobijado a quince generaciones de De las Hoces vivos, siempre ostentando orgullosos el viejo escudo donde dos hoces de piedra le cierran amenazadoramente el paso a una espiga de trigo. Sí, la inauguración del Mausoleo sería la última exhibición de una aristocracia local que hasta entonces había convertido en espectáculos multitudinarios sus ceremonias familiares y que, a partir de ese último acto, comenzaría a esconderse como el viejo oso que, al comprobar la hostilidad del ambiente, se retrae a su guarida y se inmoviliza para vivir de sus reservas.

¿Cuándo había sentido Jerónimo de las Hoces la necesidad de reunir en un único asilo los huesos familiares, dispersos bajo las losas de la iglesia primero y, más tarde, en el insuficiente panteón que la familia poseía en el cementerio de Breda? ¿Cuándo? Quienes presumían de conocerlo aseguraban que había manifestado ese propósito el mismo día de la muerte de su esposa, convencido de que no existía otra mujer sobre la tierra capaz de conseguir que la olvidara y dispuesto a levantar un edificio del tamaño de su dolor. No era un desmemoriado, pero hubiera querido serlo para no sufrir tanto. No era viejo, pero hubiera preferido tener treinta años más para que el deseo no aumentara la zozobra que le causaba su ausencia. No era rencoroso ni violento, pero había clamado por encontrar un culpable —alguien responsable de su muerte, un dios, una ley...— que no fuera un caballo contra el cual descargar a golpes el dolor de su herida.

La tragedia había ocurrido el primer día que montó tras el parto. Esa mañana se vistió de nuevo el traje de amazona con el que todos en Breda estaban acostumbrados a verla cabalgar desde el Palacio hasta las riberas del Lebrón: la chaquetilla oscura sobre la camisola blanca, el pantalón también blanco y las altas botas de montar que le llegaban hasta las rodillas y que lucían en los tobillos unas espuelas inglesas. Los niños que no conocían otro uso de los animales que servir de alimento, de bestias de carga, de vigilantes o de ayudantes para la caza, pero nunca de instrumento de ocio, la miraban pasar apartándose a un lado del camino: una veloz mancha de fuerza, sudor animal, viento y perfume que desaparecía dejando a sus espaldas una estela de polvo y el suave tintineo de las argollas y hebillas de los arreos. Para una amazona tan apasionada, que encontraba en aquellos paseos y carreras por los campos de Breda una de las pocas diversiones con que combatir el tedio rural, debieron de ser muy largos aquellos ocho meses de reposo, desde que supo que estaba embarazada hasta que cicatrizaron las heridas del parto. A partir de ese dato sobre su impaciencia se fueron levantando las primeras hipótesis para explicar el accidente: que estaba desentrenada y que debió de perder el equilibrio o cometer algún error de cálculo. Que la ansiedad, el vértigo o el placer de volver a montar a *Ciclón* le hicieron olvidar la prudencia necesaria y espolearlo o castigarlo hasta el desbocamiento, hasta que el caballo la arrojó contra el muro de piedra junto al que la encontraron con el cuello roto. En cambio, otros afirmaban que no hubo tales razones y que el animal la volteó intencionadamente de la silla. Nadie lo había montado en aquellos ocho meses de espera, no solo porque sus dueños lo habían prohibido, también porque *Ciclón* no lo habría permitido. Era un purasangre de cuatro años, a quien ella había mimado desde poco después de nacer. Se había acostumbrado a su dueña como un perro, relinchaba y movía la cola al verla y lamía en su mano el terrón de azúcar que siempre le daba antes de salir a galopar por los caminos de cabaña: un caballo que parecía feliz cuando ella se subía a su lomo y se alejaban al galope, como el amante que huye con la amada a quien acaba de raptar. Quienes habían observado de cerca aquella intensa relación entre el caballo y su amazona fueron los primeros en propalar la hipótesis de que *Ciclón* no había podido soportar el nuevo olor con que aquella tarde había reá parecido su dueña, el tufillo a talco y a bebé mezclado con el dulzón

efluvio de la leche materna: un animal macho que olisquea celoso a la hembra que reaparece tras una larga ausencia y que detecta en la mano que le ofrece dos terrones de azúcar el aroma del engaño; un animal macho que siente que ella no ciñe sus muslos sobre él con la misma pasión e intensidad que ocho meses antes y que, en cambio, intenta compensar esa lasitud con el castigo de la espuela; un animal macho, visceral e indomable, que añora sus palabras de elogio, sus suspiros, sus mimos, que ahora van dedicados al bebé cuyo llanto nunca se detiene por las noches, que añora sus antiguas caricias en el cuello a pesar de la espuma de sudor tras la carrera, porque las excrecencias de su exuberancia hormonal ya le provocan rechazo por su falta de higiene; un animal macho excitado que galopa y galopa esperando que el agotamiento físico acabe con el deseo, para comprobar que a la postre no ha hecho sino incrementarlo, y que trata de mantener su dominio cuando las condiciones han cambiado, hasta que de pronto comprende que ya es demasiado tarde, que siempre llega un momento en que ya es demasiado tarde y que se acaba la felicidad que tenía entre las manos...

Tal vez De las Hoces organizó los actos del funeral con tanto boato para compensar la humildad del viejo panteón familiar, como si se disculpara por no haber previsto un alojamiento digno para su cadáver. Aunque bajo el suelo de la iglesia estaban enterrados algunos de sus antepasados, ese privilegio había prescrito tiempo atrás, de modo que tampoco disponía de aquel lugar para dar testimonio de su amor. Pero al menos decidió rodear la torre de la iglesia con una tela negra de tres metros de ancho, como un brazalete alrededor del cuerpo de granito, para que todos conocieran la amplitud de su aflicción. Y sin duda ese reclamo contribuyó a atraer al funeral a toda la gente de Breda y a conocidos de otros lugares, ya de por sí conmocionados por la violencia de la muerte y por la juventud y belleza de la víctima. No se cabía en el templo, y por sus tres puertas abiertas de par en par, donde se apretujaban los asistentes que no habían logrado un hueco en el interior, sin espacio para arrodillarse cuando el rito lo exigía, penetraron las campanadas que el reloj, enloquecido desde la quema de la iglesia en mayo del treinta y uno, decidió dar en el momento en que el sacerdote derramaba sobre el féretro las últimas palabras de la ceremonia: veintidós toques, a pesar de que eran las seis de la tarde, veintidós toques que todos los presentes escucharon en

silencio, contándolos, esperando a que el caprichoso reloj se detuviera, buscando un simbolismo o un mensaje secreto de sus engranajes retorcidos por el fuego.

Todos, sin embargo, abrieron paso enseguida cuando Jerónimo de las Hoces y los tres hermanos de Adriana, llegados precipitadamente de Madrid, cargaron con el féretro hasta el cementerio, seguidos por una multitud que caminaba tras ellos en silencio, intercambiando lágrimas.

Tampoco cabían en el cementerio, y muchos se quedaron fuera, reunidos en grupos en la explanada donde los muchachos de Breda habían clavado dos porterías y se retaban, organizados en equipos de barrio, a jugar partidos de fútbol. Separados por sexos, los hombres fumaban preguntándose por qué, si tenía tanto dinero y parientes en las capitales, la familia De las Hoces seguía viviendo y muriendo en Breda, mientras las mujeres comenzaban ya a echar de menos a aquella aristocrática y hermosa figura de amazona que representaba para ellas un misterio y lamentaban la suerte del niño que lloraba inconsolable en la cuna, como si ya fuera consciente de su orfandad.

Entre sutiles efluvios de podredumbre y de flores secas, los primeros en llegar habían ocupado los huecos frente al panteón y se fueron arracimando alrededor, en los senderos entre las filas de tumbas. Y ya los sepultureros cerraban el nicho y amontonaban las coronas y los ramos de flores, y De las Hoces y los tres hermanos de Adriana se disponían a regresar cuando aún seguía llegando gente. El reflujo de los asistentes chocó contra quienes intentaban acercarse y, entre la confusión y las prisas, algunos se vieron obligados a pisar sobre las viejas tumbas sin lápidas, señaladas con un pequeño túmulo y una simple cruz. Las más frágiles cedieron bajo el peso y los pies se hundieron entre gritos sobre los restos de los esqueletos, produciendo unos chasquidos secos y flatulentos con que estallaban un fémur o una calavera, levantando una mezcla grisácea de polvo y de cenizas y ahuyentando a algunos topos aterrorizados que, en su ciega huida entre las piernas de los asistentes, desencadenaron más gritos, chillidos irreverentes y movimientos femeninos de pánico que incrementaron la confusión.

Así que tal vez tenían razón quienes opinaban que fue tras el entierro cuando el aristócrata decidió construir el Mausoleo, al contemplar tal barullo en el cementerio y concluir que aquel lugar deteriorado, abigarrado y poco

solemne no solo no era un refugio digno para proteger su reposo. También era frágil. Y aunque debía resignarse a aceptar la dolorosa fragilidad de los vivos, al menos intentaría prolongar con solvencia el recuerdo de los muertos.

—Ahí vale —ordenó.

Martín Cupido tensó el freno de mano, apagó el motor y saltó de la cabina. Del remolque bajaron Camilo y los dos empleados, que colocaron los tablones como rampa.

Botín, que trabajaba para De las Hoces como encargado de labores rurales, llegó en ese momento caminando desde el Palacio.

—¿Vienes solo? —se extrañó el aristócrata.

—Sí.

—¿Y los otros?

—Se han ido —dijo en voz baja, rabiosa, mirando hacia el suelo, como si él fuera el responsable de haberlos dejado escapar.

—¿Adónde?

—Traté de impedirselo, pero no me hicieron caso.

—¿Adónde? —repitió, aunque ya parecía saberlo.

—A alistarse en el ayuntamiento. A defender la República, han dicho. Con esas gentes que han llegado de fuera y que los están llamando.

—¿Qué tipo de República es esa que empuja a los trabajadores a faltar a su trabajo? —preguntó con ironía.

—Se lo advertí. Pero eso es lo que dijeron al irse.

De las Hoces miró a sus dos empleados, que esperaban en silencio, como si les preguntara si también ellos pensaban marcharse.

—Bien. Vamos a bajarla. No creo que venga la República a impedirnoslo.

Cupido y los dos hombres subieron al remolque y colocaron la campana sobre la rampa de tablones. Sujeta con las sogas, la dejaron resbalar despacio hasta el suelo y, desde allí, la empujaron hasta la ancha puerta, que De las Hoces había abierto con una llave enorme.

Por primera vez permitía el acceso al Mausoleo a alguien ajeno a la obra, y los cinco hombres —Martín Cupido, Camilo, Botín y los dos empleados— se detuvieron a observar el interior, admirados por la perfección de la fábrica: un espacio circular y diáfano, con un pavimento de mármol claro que aspiraba

y retenía la luz cenital que se colaba por los amplios tragaluces de la linterna. El suelo y las paredes brillaban, vacías de la decoración que debía acompañar el descanso de los muertos excepto por unos cuadros y un par de muebles auxiliares. Aún carecía del ajuar funerario. En aquel espacio semiesférico, cerrado, sin una grieta, se agudizaban los sentidos y detectaban con precisión el susurro de las alpargatas, cualquier olor, cualquier variación de la luz al cruzar la sombra de un pájaro. Con las bocas ligeramente abiertas, respiraron sin ruido, como si la respiración misma produjera un eco que los obligara a tragar de nuevo el aire respirado. Las paredes comenzaban a combarse a una altura de cinco metros y producían un efecto de protección e intimidad. Una estrecha pasarela de obra, con los soportes engarzados en el muro, recorría a media altura todo su perímetro y lo dividía en dos niveles. En el inferior se habían practicado ocho hornacinas, en paralelo a la linterna octogonal, que hacían pensar en las del jardín italiano de fuera. Pero estas estaban vacías y destinadas a un fin muy distinto: si afuera había gozosas estatuas de mármol, aquí faltaban los muertos, los cadáveres que se enterrarían en posición vertical, para que desde su sitio miraran a quien los miraba, para que desde su eternidad pudieran contemplar el vano, efímero y ridículo esforzarse de los vivos. Adriana sería la primera en ocupar su posición, en la hornacina del fondo, frente a la entrada.

En los entrepaños ya se habían colgado algunos cuadros, pero ninguno representaba un rostro ni una figura humana, como si los retratos pudieran distraer la atención de las figuras que representarían a los enterrados en las hornacinas. Solo se veían tres paisajes y dos naturalezas muertas y complementarias: una mostraba los frutos de la caza; la otra, los frutos de la flora.

—Ya habrá tiempo para mirar, cuando todo esté terminado —dijo De las Hoces—. Ahora, vamos con la campana.

Los cinco hombres y el chófer extendieron por el suelo una vía de tablones para proteger el mármol y, sin demasiado esfuerzo, haciéndola rodar, desplazaron la campana hasta el centro del círculo, desde donde la elevarían hasta la linterna. A cada uno de los brazos del yugo engancharon la soga de un

polipasto y comenzaron a izarla. Las sogas se tensaron, crujió el yugo y los hombres se esforzaron por no ceder ni uno solo de los centímetros que iban subiéndola a tirones, al ritmo que Camilo iba pautando:

—¡Arrrrr... rriba!, ¡arrrrr... rriba!, ¡arrrrr... rriba!

En mangas de camisa, con las axilas oscurecidas por un rodal de sudor, los seis hombres, iluminados cenitalmente, tensaban los brazos sobre las gruesas sogas, doblaban ligeramente las rodillas al tirar de ellas y componían una estampa de esfuerzo mitológico y antiguo, luchando contra la resistencia mineral del bronce a abandonar la tierra para ir a habitar los dominios del aire. Poco a poco, la campana fue elevándose hacia la cúpula y con cada metro ganado parecía que pesaba menos. O eso dedujo De las Hoces contemplándola ya allí arriba. Unos tirones más, pautados siempre por la voz monocorde de Camilo —¡arrrrr... rriba!, ¡arrrrr... rriba!—, que dejaba unos segundos para tomar aliento, y el yugo de roble alcanzó los mechinales donde sería encajada.

Lo más duro del trabajo ya estaba hecho y solo faltaba recibirla y sellarla en el muro del que no debería moverse mientras el propio Mausoleo se mantuviera en pie. Fijaron las sogas y descansaron del esfuerzo frotándose las manos enrojecidas por la aspereza del esparto.

—¿Algo más? —preguntó Martín Cupido.

—No —dijo el herrero—. Gracias.

Jerónimo de las Hoces salió con él y le pagó el transporte. Cupido se marchó en el camión y Camilo, Botín y los dos ayudantes se sentaron a comer en el exterior, junto a la pared en sombra.

El aristócrata caminó hacia el Palacio, apenas separado doscientos metros del Mausoleo, no tanto para el almuerzo como para comprobar el estado de su hijo. No era un padre despreocupado por su sufrimiento, pero se sentía impotente para aliviarlo. Había cumplido dos años y ya no pasaba las noches llorando sin que nadie acertara la forma de consolarlo, pero todavía gemía y gritaba y rompía el sueño del aya, como si echara de menos a su madre muerta y la llamara. Lo había oído llorar tantas veces entre sueños, en la duermevela por la muerte de Adriana, que en su cabeza se confundían las dos ceremonias —bautizo y entierro— en una sola. Y el entierro imponía su trágica preeminencia y teñía el bautismo de un halo trágico.

Cuando regresó una hora más tarde, al acercarse tuvo tiempo de escuchar en boca de los cuatro hombres que lo esperaban, con las espaldas apoyadas en la pared, las mismas palabras que acababa de oír en la radio: guerra, militares, república, sublevación... Callaron al verlo llegar, se pusieron en pie y entraron tras él en el Mausoleo.

Al final de la tarde el trabajo había terminado y, encajada en los muros, la campana colgaba airosa y elegante. De las Hoces subió hasta allí arriba en la plataforma instalada como ascensor gracias a los polipastos y se coló bajo la falda de bronce. Con el dedo fue siguiendo las palabras latinas que había ordenado grabar en el interior del labio: VIVOS ADMONEO, FUNERA PLANGO. Advierto a los vivos, lloro por los muertos, tradujo para sí. Y a continuación, en un tamaño de letra más pequeño, la firma a la que el herrero nunca renunciaba: CAMILUS ME FECIT. BREDÁ, ANNUS DOMINI MCMXXXVI.

Conmovido, fue el último en descender y contempló desde abajo la campana equilibrada en el fiel de la luz amarilla del verano. Ya solo restaba que los albañiles colocaran el suelo del lucernario, que amortiguaría su sonido en el interior, dejando una pequeña tronera para la cuerda que la volteaba. Pero no pudo resistirse a comprobar su tañido de alegría o de tristeza, su potencia para calcular la distancia que alcanzaría su llamada. Agarró la cuerda tan arriba como llegaba su mano, tomó aire y dio un fuerte tirón que hizo que por primera vez el bronce vibrara con el golpe del badajo: un solo toque que inundó el interior del Mausoleo y dio vueltas resonando bajo la cúpula antes de escapar con limpieza, nitidez, orgullo y energía hacia el exterior, hacia los campos cercanos, hacia la villa que en el silencio de julio, en alerta por las últimas noticias de la guerra, pareció inmovilizarse y escuchar aquel tañido que nunca antes había oído, la nota en Sol que recorrió los aires y se deslizó sobre los tejados, el tañido aislado, anacrónico, extraño que aumentó el silencio de Breda y dejó a sus habitantes esperando su continuación para comprobar si la nueva campana doblaba por los muertos de la guerra, si anticipaba un toque de rebato por fuego o un ataque sobre el consistorio republicano, o si se atrevía a llamar a los creyentes a un oficio eclesiástico. ¿Qué campana era aquella cuyo son nunca habían oído? ¿Quién la estaba tocando? ¿A qué los convocaba? Unos apagaron la radio en la que escuchaban, con el volumen al mínimo, una emisora prohibida que informaba

de la creciente dureza de la guerra. Otros temieron que aquel toque fuera la señal para que algunos de los grupos de forasteros que habían aparecido por las calles entraran en las casas en busca de alguien que rumiaba su miedo temblando en una alcoba. Otros volvieron a calcular las horas que faltaban para la llegada de la noche y pasarse a la otra zona y preparaban la mecha con que, antes de escapar, prenderían fuego al establo del enemigo. Y unos pocos, en fin, confiaron en que anunciara el inicio de una tregua.

Satisfecho de su sonido, profundo y sostenido, de la frescura de su aliento, esperó a que todos salieran, y estaba cerrando la puerta del Mausoleo cuando uno de sus empleados anunció:

—Viene un coche.

Por la suave rampa del jardín subía un Daimler en una marcha corta para no sucumbir bajo el peso de un abigarrado grupo de milicianos repartidos entre los asientos y los estribos. El conductor detuvo el coche y siete hombres armados —unos con fusiles, otros con pistolas y otros solo con cartucheras, como si no tuvieran armas para todos— bajaron y observaron la campana.

Entre ellos reconoció a Magro, un obrero algo revoltoso que había trabajado en ocasiones para él, pero intuyó que el conflicto, si aparecía, surgiría de los otros, de los forasteros: comunistas, anarquistas y partidarios del Frente Popular que en los últimos días estaban llegando a Breda, huyendo de los militares y de las pistolas de los falangistas, que habían ido tomando la mayoría de la provincia. Aunque muchos de los huidos habían continuado hacia Madrid, espantados por la brutalidad de la represión, en Breda y su comarca habían recalado grupos de refugiados que habían improvisado de manera intuitiva y desordenada un frente comarcal, con el que habían logrado detener en el Lebrón y en el Puente del Jinete el avance de unos sublevados que, ante la firmeza de su resistencia, se habían visto obligados a esperar en la margen izquierda del río a que el grueso del ejército colonial que avanzaba a sangre y fuego desde el sur llegara en su ayuda con apoyo de artillería y de aviación, convencidos de que el frente republicano sería barrido en cuanto sufrieran una verdadera embestida.

Demasiado numeroso para convertirse en guerrilla y demasiado caótico para ser ejército, el núcleo de la resistencia estaba formado por patrullas de milicianos armados sin unas claras directrices de combate, pero con una

conciencia muy precisa de quién era el enemigo, y sin una jerarquía definida, pero por eso mismo muy peligrosos.

El miliciano que conducía el coche, y cuyo aspecto distinguido lo diferenciaba de los otros, sobre los que parecía mandar, miró hacia la campana, donde el bronce aún retenía un último brillo de sol y preguntó:

—¿Quién ha tocado?

—He sido yo —respondió De las Hocas.

—¿Para qué?

—Para probar su sonido. Acabamos de colocarla —dijo sin requerir a ninguno de sus empleados para que corroboraran sus palabras.

—No es buen momento para llamar a misa —intervino otro miliciano que llevaba un pañuelo rojo al cuello.

—¿Y cómo suena?

—Bien —respondió.

—Tan bien que por lo menos se oye a dos leguas de aquí.

—Incluso la pueden haber oído en las líneas de los fascistas —insistió el miliciano del pañuelo.

—Acabamos de instalarla. Solo la he probado para ver cómo suena —repitió con firmeza el aristócrata.

Se sentía extraño ante ellos, pero no tenía miedo, solo una mezcla de curiosidad y prevención. Para él era una situación inédita e incómoda comprobar que los que siempre habían estado por debajo —y no por violencia o coacción, sino de un modo natural, como en el suelo el agua está bajo los pies—, ahora se elevaban sobre él. Nunca había mantenido una conversación tan larga, de igual a igual, con aquellos hombres que vestían pantalones de pana arenosa, pelada en las rodillas y en los muslos, que calzaban alpargatas hechas con dos tiras de cuero y un trozo de neumático, a quienes siempre había visto trabajando en sus campos, conformados a alimentarse de septiembre a junio con cualquier comida de cuchara en la que flotaran en el agua un puñado de legumbres, un diente de ajo y un hueso de cualquier animal de sangre caliente y no venenoso, y en verano con un gazpacho, que preparaban en cuencos de madera, a base de pan duro, agua y unas gotas de aceite y de vinagre que llevaban sin mezclar, en el mismo recipiente hecho con un cuerno de vacuno y dos tapones de corcho, y con unos fiambres oscuros y endurecidos

que cortaban con facilidad, hábiles en el manejo de temibles navajas de hoja más negra que gris, y que engullían sin apenas masticar en bocas almenadas por la carencia de algunos dientes, con esa voracidad de quienes, por más que coman, nunca llegan a saciar el hambre que pasaron en la infancia. Por las noches, si no estaban demasiado cansados, acudían a sus tabernas a buscar consuelo y consulta con el padre vino. La mayoría eran analfabetos, y cuando les pedía que firmaran el recibo del sueldo, no sabían hacerlo o solo lograban perfilar su nombre y apellidos con una letra esforzada y agrícolá.

El que mandaba la patrulla se acercó a la puerta cerrada del Mausoleo e intentó abrirla.

—La llave —pidió.

—No —dijo De las Hoces.

El golpe que recibió en la espalda, dado con la culata de un fusil, lo empujó hacia delante.

—La llave —repitió el que mandaba, extendiendo la mano.

De las Hoces la sacó del bolsillo, pero no hizo ningún movimiento para entregársela. Se la arrancaron de las manos y el jefe de la patrulla abrió la puerta. Entraron y miraron en silencio el recinto circular, vacío y solemne.

—¿Y esto es una tumba para guardar cadáveres? —preguntó el miliciano del pañuelo.

—Sí —respondió por primera vez Magro.

—Aquí, en lo alto de la colina, para que incluso después de muertos los nobles sigan mirando al pueblo por encima del hombro.

—Podían enterrarse bajo tierra, como todos —dijo otro.

—Este edificio queda requisado —decidió el jefe al cabo de unos segundos.

—No pueden hacer eso —respondió De las Hoces con voz calmada—. Es propiedad privada y no hay ninguna necesidad que lo justifique.

—¿Privada para quién?

—Ni siquiera la República que ustedes defienden permite que se viole la propiedad privada.

—¿Ustedes? ¿Es que tú no la defiendes? —preguntó el jefe volviéndose hacia él.

—Yo siempre acato la ley —respondió De las Hoces.

—Este está a favor de los facciosos —murmuró el miliciano del pañuelo—. No hay más que ver cómo viste.

—Ahora estamos en guerra y para ganarla hay que dejar atrás un montón de derechos que solo valen para los tiempos de paz: propiedad privada, normas, ley, tierra, tumba. Los fascistas acechan ahí al lado, esperando que nos descuidemos para venir a cortarnos el cuello. Y nosotros necesitamos edificios como éste para alojar a los compañeros. Es un buen refugio —añadió mirando las gruesas paredes y, todavía, al ver el campanario en lo alto—... y un buen puesto de observación. Seguro que desde ahí arriba hay una vista excelente.

—No pueden hacer eso —repitió.

—¡Claro que podemos! ¡Un edificio así no puede desaprovecharse para guardar a los muertos cuando hay tantos vivos por aquí sin un mal techo! ¡Magro!

—Sí.

—Este será uno de los alojamientos que vamos a utilizar. Eso sí, una advertencia.

—¿Qué?

—Que nadie toque nada. Mientras estemos aquí no quiero que nadie toque nada. Cuando tengamos que irnos, todo debe quedar como está ahora.

—Nada queda igual después de... —replicó De las Hoces, porque a pesar del culatazo seguía sin sentir miedo. Estaba seguro de que, más que daño personal, de la ocupación del Mausoleo y de su contacto con ellos saldría suciedad y manoseo y deterioro del edificio, si no su destrucción.

—¿De una guerra, quiere decir?

—Sí, de una guerra.

—Pero no habremos sido nosotros quienes lo deterioremos. Que todo siga entonces como está ahora es lo mejor que podemos esperar cuando hayamos salido de este atolladero.

Ha transcurrido poco más de una semana desde que el primer toque de corneta en las agrias colinas del Rif había llamado a la sublevación contra la República, pero los generales rebeldes ya tienen al menos una certeza: el territorio en su poder ha quedado dividido en dos bolsas, una muy amplia y estable, que a grandes trazos ocupa el cuadrante noroccidental de la Península y que desciende hacia el sur lamiendo la frontera con Portugal hasta detenerse en los farallones con que la Sierra de Gredos se estira hacia poniente, formando balcones desde donde la meseta castellana se asoma a Extremadura; y otra pequeña y embrionaria, enquistada en el valle del Guadalquivir, que, sin embargo, crece espasmódicamente alimentada desde África por el ejército colonial. Ambas están separadas por el cinturón republicano de Extremadura, una zona militarmente frágil, sin grandes alojamientos castrenses, y poco poblada, sin masas de proletariado urbano, con un puñado de pequeñas ciudades que aún conservan sus trazados antiguos, sus carcacas medievales, puesto que ni han tenido desarrollo industrial ni explosión demográfica que exigieran suelo para construir fábricas y viviendas, de modo que nunca hubo necesidad de derribar sus murallas. Sobre una población en su mayoría agrícola, medran unos terratenientes rancios y caciquiles y una pequeña burguesía de comerciantes acomodados que nunca tuvieron ni la lucidez ni el coraje para convertirse en empresarios productores y se conformaron con el viejo, colonial intercambio de materias primas por manufacturas. Orográficamente, en el tramo medio de las cuencas del Tajo y del Guadiana se despliega un territorio ondulado, con cultivos de cereales, pastos, olivo y vid, y grandes y nutricias dehesas, que presenta pocas dificultades geográficas para un avance militar bien organizado que abra la gran avenida de acceso hacia Madrid que necesitan. En los dos grandes ríos se conservan sólidos puentes desde las épocas romana y medieval, y los más pequeños llevan un caudal

escaso en verano. Las montañas que deben atravesar tampoco son elevadas: en el sur, fronterizos con Andalucía, unos primeros serrijones más ásperos que altos; en el centro, separando las cuencas de ambos ríos, unas estribaciones de los Montes de Toledo que se van debilitando conforme declinan hacia el oeste, camino de Portugal, y solo aquí y allá, en unos últimos arrebatos de orgullo, aún levantan algunos picachos de mayor altura antes de disolverse en La Raya lusitana, agotados en su esfuerzo geológico. Un hipotético avance no necesitará atravesar las sierras más altas, las de Gredos, puesto que antes de llegar al límite regional ya habrán contactado con la bolsa del norte, para, con las fuerzas reunidas, enfilarse hacia el este, camino de Madrid.

Los cables telegráficos, las llamadas de teléfono, los contactos por radio entre ambas bolsas son frecuentes en esas primeras semanas: es urgente unirlos y establecer un amplio frente comunicado, de modo que las tropas sublevadas puedan desplazarse y socorrerse mutuamente allá donde sea necesario, en cuanto el desprevenido, caótico y fragmentado ejército republicano se organice y emprenda el contraataque que se espera; también se le cortará al enemigo toda vía de comunicación con Portugal y se obligará a las fuerzas del Gobierno a mirar siempre hacia el norte o hacia levante, en una dirección — esta última — que ya no abandonará hasta el fin de la guerra, cuando desde el puerto de Alicante zarpe el *Stanbrook* con los últimos embarcados rumbo a Orán.

Hay en esa elección, además, otro motivo de índole personal: puesto que las fuerzas de Mola han sido frenadas en seco en las alturas de Somosierra, en lo que se considera un fracaso inesperado, las prisas de Franco por jugar sobre seguro conquistando un territorio fácil en su rápido avance sobre Madrid revelan su interés por demostrar su superioridad como estratega, en esos primeros días en que aún no se ha decidido quién será el más alto jefe militar y los candidatos se esfuerzan por exhibir méritos para alcanzar el liderazgo.

Para los sublevados, pues, resulta estratégicamente imprescindible cortar con tenazas el ancho cinturón extremeño que ahoga sus comunicaciones. Saben que las avanzadas fulgurantes en los comienzos de una guerra siempre tienen un efecto intimidatorio y derrotista sobre los nativos del territorio y provocan un sentimiento de optimismo y euforia en el ejército que ataca. Los generales

rebeldes también son conscientes de esa baza al ordenar un rápido avance sobre un terreno precariamente defendido por unas pocas unidades castrenses, por un puñado de guardias civiles y de asalto que solo esperan el momento adecuado para cambiar de filas y por unos grupos de milicianos y civiles comprometidos y entusiastas, pero inexpertos, carentes de entrenamiento militar y de bautizo de fuego, bisonños y poco disciplinados para soportar la incomodidad de las trincheras, los estruendos de las explosiones y la siempre aterradora visión de la sangre derramada con violencia, y dar, en caso de resistencia, una lección y un ejemplo del rigor a que puede llegar la bota militar con otras regiones leales a la República, para que todos sepan a qué atenerse si no agachan la cabeza.

Esa fue la estrategia que había trazado aquel hombre hermético, implacable y orgulloso, paciente, calculador, astuto y tenaz, más ambicioso de poder que de gloria, siempre con aspecto de acabar de salir de las manos de un peluquero que atendiera más a la medida militar que a la estética, y de la que nada ni nadie logró desviarlo, ni las opiniones de sus colegas generales, ni las excusas de la tropa, ni los sufrimientos de la población civil. La de Extremadura había de ser la primera gran campaña victoriosa de una guerra en la que era más peligroso permanecer en la retaguardia que en el frente. Esa primera decisión suya habría revelado con claridad sus intenciones si no hubieran estado todos tan aturridos por los acontecimientos: en lugar de avanzar de inmediato desde Sevilla a Madrid por el camino más rápido y más corto, apoyándose en Córdoba, donde acumulaba fuerzas suficientes para embestir contra el balcón de un Despeñaperros en el que intentaban fortificarse las tropas leales, eligió el camino de Extremadura porque allí, en caso de derrota, siempre tendría cubiertas las espaldas, en un Portugal amigo que, bajo el amparo de su conmitón Oliveira Salazar, alternaba los mueras al comunismo con los vivas a Nuestra Señora de Fátima. Eludió el combate porque no era audaz ni valiente, no al menos en el sentido que entre los militares se tiene del concepto del valor, sino un jefe cauteloso que alcanzó sus éxitos dando siempre pasos pequeños, que nunca arriesgó al todo o nada en la batalla y prefirió la seguridad de un mínimo botín al riesgo de ganar con gloria. Fue más un cabecilla que un caudillo, un adalid más que un líder, un militar astuto y ventajista que, basándose en el lema «Divide, espera y

vencerás», se sobrepuso a todos los problemas, dificultades y contraataques republicanos, hasta que la gente, convencida por una eficaz y machacona propaganda desde los medios de comunicación, desde los partes de guerra y desde los púlpitos, terminó por creer que era valiente en lugar de oportunista. Cuando aún no se había cumplido un año de la contienda y el azar ya había acabado con Sanjurjo y con Mola, que lo precedían en el escalafón, su aparato de propaganda aprovechó aquellos accidentes para ungirlo no solo como el favorito de la suerte, también de la divinidad, dotándolo así de una aureola sobrenatural. Tampoco fue brillante en la oratoria —esa virtud que tantas veces ha ido de la mano con el talento estratégico—, como los generales de la antigüedad a los que tanto admiraba. A todo lo que llegó fue a utilizar una prosa de tópicos grandilocuentes y aliñada con metáforas agrarias: «Hoy estamos sembrando la semilla del mañana», «Arrancaremos de raíz las malas hierbas para que crezca el trigo». Nunca improvisó una arenga que emocionara a sus tropas o enardeciera su valor en el combate. No tuvo la claridad de Mola, ni la seca contundencia de Yagüe, ni la venenosa ironía de Queipo de Llano, ni dejó para la posteridad una frase brillante con la que ser recordado. Alejó de sí a la gente elocuente para que no se advirtiera la torpeza de su palabra, y para ocultar su mediocridad se rodeó de una áspera y sumisa corte de mediocres que tampoco encontraron las palabras adecuadas para expresar sus razones. Y hasta el final no eligió entre ellos a ninguno como favorito claro o heredero para sustituirlo en caso de accidente: al contrario, para prevenir cualquier conspiración, suscitó recelos y rivalidades entre sus ayudantes. Nada, pues, ha quedado de aquellos años grises: ni una idea vigente, ni un lema eterno, ni un eslogan que no hubiera dicho antes el joven ideólogo, prematuramente muerto, a quien le gustaba rodearse de poetas, ni un ideario coherente que demostrara a las masas que estaban haciendo lo justo y lo correcto, como los idearios de sus colegas alemán e italiano. Convencido de que la crueldad es una de las más eficaces armas de guerra, fue implacable con sus adversarios incluso después de haber alcanzado la victoria, para la que contó no solo con la mayor parte del ejército, también con la colaboración de esos dos aliados extranjeros —los italianos y una Legión Cóndor que pisó suelo español por primera vez en tierras extremeñas— y con las hordas rifeñas que trajo de África. Él, que odiaba a los moros, que había levantado su

fulgurante carrera militar pisando sus cadáveres, a quienes había diezmado sin piedad en las ásperas gargantas del Rif y de quienes conocía la extrema crueldad a que llegaban con sus enemigos —aquella costumbre de embutir en la boca de sus víctimas el sexo que acababan de mutilar con sus gumías oxidadas—, ¡cuánto más debía de odiar a sus compatriotas republicanos para lanzar contra ellos sin reparos las harcas, sabiendo lo que harían con los prisioneros! ¡Cuánto odio y cuánto cálculo, puesto que el ejército indígena le resultaba barato: aguerridos en el combate, exigían poco, se conformaban con un mísero sueldo y con el derecho al botín, provocaban pánico en el enemigo, no podían cambiar de bando y su mantenimiento era sencillo hasta en la muerte: la misma chilaba que vestían les servía como sudario! ¡Cuánto odio debía de acumular aquel hombre receloso e impenetrable para seguir aplicando contra los vencidos en tiempos de paz los mismos métodos que le habían proporcionado éxitos en tiempos de guerra! Entre los generales coetáneos que lo conocieron de primera mano solo despertó dos sentimientos: el odio o el temor. Nunca el aprecio. Nadie manifestó cariño personal hacia él, ni él pareció necesitarlo. Tampoco consejo: cuando lo pidió, fue para cumplir con el expediente de escuchar, pero decidido a no seguirlo si no coincidía con sus decisiones.

En 1936, Breda era una villa demasiado pequeña para ser considerada ciudad y demasiado grande para ser catalogada como pueblo. No podía quedar reducida al nivel de esas aldeas en las cuales la mitad de las construcciones son casas y la mitad establos y graneros, pero tampoco había superado su carácter rural para convertirse en una de esas pequeñas ciudades de provincia que basan su prosperidad en acoger organismos de la administración que las dotan de grandes edificios públicos y en un mercado semanal donde los campesinos de la comarca gastan en servicios, comercios y manufacturas una buena parte de las ganancias que obtienen vendiendo sus productos. Hasta entonces su nombre nunca había figurado, marcado con una cruz, en los planes de conquista de ningún monarca y, excepto algunas violentas escaramuzas de guerrillas contra las tropas napoleónicas, jamás había ocupado un lugar destacado en una campaña bélica. Desde su fundación, tres siglos antes, por el

primer Jerónimo de las Hoces, que combatió en Holanda con los tercios de Spínola, nunca había conocido la guerra. Tampoco había mostrado ningún particular encanto ni había sobresalido por ningún talento especial de sus habitantes, orgullosos y huraños, toscos y laboriosos, más preocupados por extraer el alimento de sus fértiles tierras y en dirimir en privado sus rencillas internas que en intervenir en las rencillas del mundo.

Y sin embargo, geográficamente Breda ocupaba un enclave estratégico, a medio camino entre la penillanura del Tajo y las sierras de Gredos, cuya vertiente sur forma un alto, limpio y prolongado balcón geológico sobre la región. A cuatro kilómetros al este de la villa corre de norte a sur, aunque siempre ganando terreno hacia poniente, el río Lebrón, que, nacido en las cumbres castellano-leonesas, desprecia al Duero y se deja atraer, como un adolescente inquieto que escapa de su tierra en busca de nuevos paisajes, por otros territorios donde dar rienda suelta a su energía. Es un río profundo, de caudal constante y engañoso, que a su paso va recogiendo las aguas de arroyos y riveras descolgadas del Volcán y del Yunque para llevarlas de la mano hasta el Tajo, ese río largo y mesetario que tanto agradece su generoso aporte porque sabe bien cuánto tiene que llover para alcanzar una crecida. Para cruzarlo, junto a las Huertas de la Abundancia, unas ubérrimas vegas de tierras hondas, suaves como terciopelo, que siempre esperan con impaciencia que caiga sobre ellas la semilla para fertilizarlas, fue construido hace tiempo el Puente del Jinete, un hermoso viaducto de cinco arcos y cuatro sólidos pilares de granito cuyos tajamares astillan con decisión las aguas.

Una vez que, a mediados de agosto, el ejército sublevado ha logrado unir por Extremadura el cuadrante noroeste peninsular con el territorio que Yagüe y Castejón vienen conquistando desde el sur, su avance gira noventa grados hacia Madrid. Sin variar los métodos represivos que tanto les facilitan los resultados bélicos, la poderosa columna formada por el ejército regular, los legionarios y los mercenarios marroquíes y apoyada por grupos de voluntarios falangistas enfila sus armas hacia el corredor de Talavera de la Reina, un territorio llano que sigue sin presentar grandes obstáculos. Aplastan sin miramientos la resistencia que ofrece Naval Moral de la Mata y ya se imaginan

llegando hasta Carabanchel, desde donde columbrarán la mole del Palacio Real, vacía de su inquilino, como testimonio de las trágicas circunstancias que han conducido hasta la guerra y como una invitación a ocupar con los uniformes el hueco dejado por la monarquía.

Un poco más al sudeste, sin embargo, el coronel José Moscardó se ha encastillado con unos cientos de partidarios en el Alcázar de Toledo y lanza desde allí desesperadas llamadas de socorro. Las prisas por alcanzar Madrid y por acudir a liberarlo provocan que el territorio no vaya quedando del todo *limpio*. Atrás, bajo los faldones de las sierras, resiste una difusa zona republicana delimitada por el Lebrón y defendida por unos centenares de milicianos que han ido retrocediendo hasta allí, sorprendidos por la rapidez del avance militar, y por unos restos de guardias de asalto y del ejército regular que, con un puñado de coches y camiones y algo de armamento pesado, se han negado a traicionar el juramento de lealtad al Gobierno legítimo. Y al sur del Tajo se ha fortalecido un espolón en los galayos de la sierra de Las Villuercas, convertida en la primera trinchera estable del amplio territorio republicano que se extiende desde los Montes de Toledo a los arrabales de Córdoba, bien defendido por las tropas excedentes de Valencia y de Murcia. Al norte, las sierras de Madrid sostienen con entereza la presión de la vieja Castilla sobre la capital.

Es en esos días de agosto, tras la masacre de Badajoz, cuando en un despacho de Madrid el capitán Fermín Guedea, adscrito al Estado Mayor, extiende el mapa de España sobre su mesa pensando en alguna forma de detener el fulgurante avance rebelde por el corredor del oeste, por donde los militares le han ganado la espalda al desconcertado Gobierno republicano. Preocupados por mantener las posiciones asturianas y vascas de la cornisa cantábrica y porque nada se complique en la mitad oriental, donde tanta influencia ejercen Valencia y Cataluña, los militares y políticos republicanos han dejado el oeste peninsular en el olvido, continuando así una secular tradición de abandono, cuando no de marginación, de unas tierras no demasiado pobladas, sin apenas tejido industrial y nada reivindicativas, acostumbradas a soportar en silencio ese desdén histórico. Al cabo de unas horas hundido entre mapas de un territorio que conoce bien, porque de allí procede su familia, entre gráficos de datos y memoriales, entre cifras y

escalas, levanta la cabeza y se frota los ojos cansados tras las gafas de miope. Es un hombre joven y patriota, de firmes ideas republicanas, uno de esos militares cultos y políglotas, buenos oradores y algo excéntricos, que han existido en todas las épocas y en todos los ejércitos y que con frecuencia se ganan el recelo de sus compañeros más castrenses. Un oficial que ha conocido todas las carencias, corruptelas y brutalidades de la milicia y a quien, sin embargo, le sigue gustando su oficio, por lo que no ha tenido dificultades para alcanzar el grado de capitán, más por estudios de tratados de estrategia, conocimientos teóricos e historia de ejércitos y batallas que por experiencia en el combate real. Siempre meticulosamente afeitado, como para compensar la dejadez de otros miembros de la milicia y para no dar excusa a que sus subordinados no cuiden su aspecto, va siempre bien vestido y con el calzado brillante. Durante un tiempo ha servido en África a las órdenes de Franco, pero nunca encajó bien en aquel ambiente de militares fanfarrones, ambiciosos y puteros. Con los ojos cerrados recuerda que fue ahí, en el oeste peninsular, donde se decidió favorablemente la vieja guerra de la independencia contra los franceses, la última contienda ganada por España como nación antes de hundirse en una desoladora sucesión de guerras carlistas y de derrotas en el exterior. Las victorias sobre los poderosos y arrogantes mariscales napoleónicos en La Albuera y en Los Arapiles, con un ejército de aluvión donde se mezclaban las tropas regulares con las patrullas de guerrilleros voluntarios, con el que tantas similitudes tienen ahora las brigadas mixtas de soldados y milicianos, partieron en dos mitades el territorio dominado por los franceses, cortaron sus vías de comunicación, los hundieron en el desconcierto y abrieron el camino hacia Madrid, obligando a José Bonaparte a evacuar precipitadamente las tropas imperiales de Andalucía para no quedar aisladas. El curso de la guerra cambió a partir de entonces hasta la definitiva expulsión de los invasores.

El recuerdo provoca en Guedea un estremecimiento patriótico al advertir que en esa zona, a cuya defensa tan irresponsablemente han renunciado, se encuentra la clave para modificar el rumbo de una guerra que, contra todas sus previsiones, en apenas un mes de combates tantas ventajas ha proporcionado a los sublevados y tantos sinsabores al Gobierno. Humedece con un soplo de

aliento los cristales de las gafas, los limpia con el pañuelo y se pone en pie. Enrolla los mapas, los encaja bajo el brazo y se dirige al despacho de su superior con los datos brincando en su cabeza.

Basta una hora para que su propuesta sea tomada en consideración y se le encargue la redacción de un plan más detallado donde concrete la estrategia. Durante dos días es retirado de cualquier otra labor, pero solo necesita una noche y, encerrado en su despacho, sin más ayuda que la de un soldado mecanógrafo que, ante la continua corrección y ampliación de los escritos, lucha contra el sueño, elabora un sorprendente plan de una ofensiva en el que todo está planificado, desde la actual situación del enemigo hasta los objetivos militares finales, los recursos necesarios, la duración y profundidad del ataque, los escenarios, las ventajas e inconvenientes, los riesgos y el orden de retirada en caso de derrota. Un plan para cortar a cuchillo la retaguardia de los sublevados presionando sobre un punto del corredor por el que la columna de Yagüe avanza imparable hacia Talavera, sin necesidad de empeñar excesivas fuerzas ni de gastar demasiado material. Excitado por la propia claridad de la estrategia, que se ilumina más según avanza en su dictado al mecanógrafo que con el paso de las horas se va rindiendo al sueño que le producen el cansancio y el sonido de lluvia del teclado de la máquina, Guedea explica en un puñado de cuartillas los pasos y las condiciones para una doble ofensiva, a modo de tenaza, coordinada desde dos puntos de ataque. Por un lado, desde las posiciones republicanas del sur, concentradas en los Montes de Toledo, que tienen su punta de lanza en la sierra de Las Villuercas, y cuyo grueso de tropas es la prestigiosa Columna Fantasma del comandante Uribarri; por otro, desde las posiciones del norte, desde la comarca de Breda, en las faldas del Yunque y del Volcán, donde han quedado encerrados unos centenares de milicianos y militares en letargo que Franco y Yagüe, con las prisas por avanzar hacia Madrid y hacia Toledo, no se han detenido a vaciar, confiados en sus tácticas de astucia, cautela y paciencia para dejar que al enemigo se le pudran entre las manos problemas que ellos verán resueltos con el simple paso del tiempo. Sin duda también ellos tienen constancia de esas fuerzas, porque los milicianos y unos pocos guardias de asalto han resistido bien los embates de las patrullas de guardias civiles que han intentado anularlos. Pero en su rápido avance parecen despreciarlas, convencidos de

que el esfuerzo necesario para reducirlos es superior a la ganancia territorial, porque los grupos allí atrincherados huirán aterrorizados en cuanto estallen a su lado unos pocos impactos de artillería o vendrán por sí mismos a llamar a las puertas de los cuarteles a pedir unas mantas, un poco de comida y unas botellas de aguardiente en cuanto los rigores del invierno, que a mediados de octubre ya se encarama a aquellas cumbres, ejerzan sobre ellos un poco de presión.

Guedea planifica una ofensiva de cincuenta kilómetros desde cada uno de los flancos sobre unas posiciones sin defensas ni fortalezas ni apenas retenes, sin temor siquiera a ser atacadas, tan confiadas se hallan tras su fulgurante avance de quinientos kilómetros en un mes, desde su desembarco en Tarifa, que no esperan ningún daño de esas tierras ásperas que han dejado al norte. A Guedea la experiencia le dice que sus ocupantes no saben combatir en campo abierto, aunque sí pueden convertirse en buenos soldados si se les despoja de su indomable tendencia al combate de guerrillas, como les suele suceder a los nativos de pueblos de montaña. Si entre ellos y la Columna Fantasma de Uribarri logran cortar el pasillo y copar la retirada de Yagüe y de sus unidades, las más preparadas y con la moral más alta del ejército sublevado, quedarán sin posibilidad de ayuda lateral, de modo que no solo supondría una suculenta victoria con ganancia de tiempo, territorio y armamento; también el primer aviso serio de que el rumbo de la guerra puede cambiar. De paso, sostiene Guedea en su informe, se cercenarán las esperanzas de liberación de ese terco y heroico coronel que resiste en el granito de Toledo y que despierta la admiración de la prensa internacional soportando todo tipo de sacrificios, incluso el de su hijo. La operación será como dar un puñetazo sobre el tablero de la Meseta mientras se exclama: «¡Hasta aquí hemos llegado! A partir de este momento no habrá más concesiones ni debilidades. Eso que llamáis el Alzamiento será detenido y seréis castigados todos los responsables».

Estremecidos por la masacre de Badajoz, de la que siguen llegando informaciones que desvelan lo sucedido en la plaza de toros, el plan es aceptado y se decide acelerar su ejecución. Con ese entusiasmo contagioso de las ideas brillantes, cuya claridad ya parece suficiente para movilizarlo todo a su favor, se pone en marcha precipitadamente, como tantas decisiones republicanas de aquellos días, sin haber reunido la información necesaria y sin

aportar el armamento y los recursos solicitados, confiados en los informes que certifican la actitud prorrepblicana de una población que ayudará al ejército del Gobierno e incrementará sus filas en cuanto les pongan un arma en las manos.

En el sur resulta fácil reforzar las tropas. A la Columna Fantasma se le ordena colocarse en los galayos del norte de la Oretana, frente a las líneas enemigas, para saltar sobre ellas en cuanto se le indique. En cambio, el fortalecimiento del norte presenta muchas dificultades. Para llegar hasta las riberas del Lebrón es necesario salir de Talavera, sobre la que ya lanzan su sombra los sublevados, y atravesar un amplio territorio ocupado. A pesar de su permeabilidad y del apoyo de grupos de guerrilleros que actúan en las faldas de la sierra, la operación es delicada y exige un arrojo y una decisión inquebrantables y un claro conocimiento del terreno. Por eso mismo se le encarga al propio Guedea, recién ascendido a comandante, que prepare en Talavera una compañía de doscientos hombres, mitad soldados, mitad milicianos, una docena de caballos y unas reatas de mulas para ser cargadas con material de transmisión, medicinas, municiones y armamento que incluye fusiles, ametralladoras ligeras y pesadas y una batería de morteros.

Pocos días antes de que sea conquistada la ciudad y de que las tropas marroquíes de Yagüe enlacen con las de Mola en las inmediaciones de Arenas de San Pedro, cerrando definitivamente el tránsito republicano por la falda sur de Gredos, el convoy parte una medianoche y en un audaz y arriesgado golpe de mano, con sus miembros divididos en grupos caminando tras las mulas, logra atravesar el territorio de un modo fulgurante y silencioso, faldeando las laderas de la sierra, sin más obstáculos que unos controles que son esquivados o neutralizados por los guías que abren el camino. El terreno quebrado de bosques y gargantas permite el camuflaje durante el día y la incursión resulta tan inesperada que cuando una pareja de atónitos guardias civiles descubre el convoy que avanza en la noche y comprueba que es del enemigo, la columna ya ha pasado y solo pueden enviar un telegrama a la lejana capital de la provincia describiendo su composición de un modo vago, sin datos ni cifras exactas. De ese modo llegan al Lebrón, la última dificultad, y ante la imposibilidad de cruzarlo por el Puente del Jinete localizan el vado previsto. Allí hay vigilancia de los sublevados, pero ya están tan cerca del destino y queda tan lejos su

punto de partida, sin retroceso posible, que embisten con decisión y barren al enemigo para pisar suelo de Breda sin más bajas que tres muertos, algunos heridos y algunas mulas desangrándose en las aguas del río. Así alcanza su objetivo un contingente de infantería y armamento ligero para, con la excusa de reforzar la resistencia, preparar la ofensiva desde el norte, descolgándose desde las laderas del Yunque. El Volcán, el monte gemelo que se alza al oeste de Breda, ha quedado en zona de nadie y parece muy lejano, de modo que, en los atardeceres, las dos cumbres añoran el eterno diálogo que establecían por medio del viento y se envían, a través de las rapaces que no saben de guerras ni fronteras, mensajes sobre la irremediable e inmortal estupidez de los humanos.

Cuando al amanecer de uno de aquellos días de septiembre el alcalde republicano de Breda aún está preguntándose qué hay allí para atraer las miradas de Madrid, pues el día anterior han recibido un mensaje que anuncia la llegada a la villa de tropas de la República con una misión especial, a cuyas órdenes deben ponerse todos, oye desde su despacho en el ayuntamiento un murmullo creciente y un ruido de cascos y poco después contempla la entrada en la plaza de la cabeza de un convoy de mulas precedidas por un par de caballos. Desde el balcón ve desmontar a un hombre de unos treinta y cinco años, vestido de paisano, pero con ese envaramiento de quien está acostumbrado al uniforme. Hay algo incongruente entre sus ropas de campesino y sus gafas de miope. Antes de caminar hacia el ayuntamiento, mira alrededor y asiente con la cabeza, como si lo que ve fuera tal como lo había imaginado. Otro hombre de unos cincuenta años lo sigue llevando en las manos una pesada cartera de documentos y varios mapas bajo el brazo.

El alcalde aún no se ha retirado del balcón, está observando a los soldados y milicianos que van llegando detrás y que, fatigados, enseguida se sientan en el suelo, bajo los soportales, apoyando las espaldas contra las paredes de las casas, cuando oye sus pasos subiendo la escalera. Mientras duda con qué palabras recibirlos, escucha cómo preguntan por él. Sale a la puerta del despacho y los invita a pasar.

—Comandante Guedea —se presenta a sí mismo el hombre más joven, y luego a su ayudante—: El capitán Méndez.

—José Gómez —dice el alcalde—. Ayer recibimos el mensaje de Madrid. Pongo a su disposición todo lo que necesite —añade señalando el despacho, con esa servidumbre del rústico hacia el hombre de ciudad, siempre que venga avalado por algún estamento del poder que elimine su desconfianza.

Guedea no desplaza, sin embargo, al alcalde de su silla. Pide un espacio en el ayuntamiento donde establecer un puesto provisional de mando desde el que comenzar la organización militar de la zona, dos máquinas de escribir, teléfono y una sala amplia donde puedan reunirse los ocho o diez componentes del Comité de Defensa.

Es ese día de septiembre cuando verdaderamente la guerra llega a Breda. Lo que hasta entonces habían sido unas escaramuzas entre milicianos y guardias civiles disparándose de una a otra orilla del Lebrón, se convierte a partir de entonces en un frente de combate en toda regla... si es que las guerras civiles admiten algún tipo de reglas.

Caminamos por la noche para no ser detectados y descansamos en las horas de luz, siempre ocultos en el interior de bosques de robles o castaños que nos protegen de la curiosidad ajena, aunque en estos días la gente tiene miedo a salir al campo y todo se ve muy solitario. Distribuidos en grupos y conducidos por guías de la zona, hacemos marchas de ocho horas, alumbrados por la medialuna y en silencio, sin más ruido que el martilleo de los cascos de los caballos y de las mulas que portean armas, municiones, aparatos de transmisión y material médico. Cada uno de nosotros también carga con su propio equipo y con provisiones para cuatro días. Yo he añadido unos cuadernos, unos pinceles y unos pocos tubos, aunque no sé si dispondré de tiempo y ocasión para pintar algo que merezca la pena. Cuando llevamos varias horas caminando, aparecen la fatiga y el dolor en las piernas, pero el cansancio facilita que durmamos profundamente durante el día, que así se hace más corto. Parece que estuviéramos en una guerra del siglo pasado en la que aún no se han inventado los motores.

A veces, cuando pasamos cerca de algún pueblo, de algún racimo de casas o de alguna finca que puede estar habitada, nos desviamos o nos detenemos hasta comprobar que no hay riesgos.

—En una marcha de este tipo, tan importante es avanzar deprisa como saber detenerse a tiempo —nos había aleccionado el comandante Guedea antes de salir.

A pesar de toda nuestra cautela, ayer, en la tercera noche, en un cruce de caminos los guías chocaron con una pareja de guardias civiles y por fortuna pudieron anularlos. Al pasar, vimos sus cadáveres a un lado del camino, antes de que nuestra retaguardia los escondiera y confundiera las huellas.

Voy en el segundo grupo, con otros treinta milicianos y soldados, mezclados en una misma disciplina. En ocasiones me sorprende verme aquí, tan implicado en la lucha, porque me alisté para pintar carteles y convencido de que todo esto duraría solo unas semanas. Pero es increíble lo fácil que resulta convertir a cualquiera en soldado: te alistas casi por inercia y por incapacidad para quedarte en tu casa aplaudiendo el valor de los demás, te ponen un arma en las manos y a partir de ese momento te llevan en volandas desde tu pacífica vida de civil hasta una trinchera donde disparas contra tus vecinos.

En las semanas de adiestramiento previo en Talavera, y a pesar de los riesgos contra los que nos habían prevenido, hacíamos bromas y reíamos, pero ahora ya todos callamos o hablamos en susurros. Nos enmudece esta sensación de haber atravesado el frente y de estar en territorio enemigo. Aunque no lo decimos, nos calla el miedo.

Marta y Marcelo van en el tercer grupo, oí sus nombres cuando nos iban distribuyendo. Algunas veces miro hacia atrás, pero en la oscuridad no logro distinguirla, solo se aprecian vagamente las siluetas que caminan. No sé qué hace ahora mismo, en esta cuarta y última noche del trayecto, ni en qué piensa, no sé si habla en voz baja o si calla, no sé si vigila o si se apoya, cansada, en los fuertes hombros de Marcelo, no sé si coge furtivamente su mano, no sé si sonrío a la última broma que inventa el gracioso de su grupo. No sé si piensa en mí.

—Estamos llegando al río —susurra Mangas, que siempre está bien informado.

Mangas es un tipo pequeño, delgado y pelirrojo, con un humor permanente y algo cáustico y con una fe inquebrantable en que el mundo será pronto anarquista, naturista y nos entenderemos en esperanto. Desde que salimos de Madrid nos hace reír con anécdotas bestiales sucedidas entre médicos y pacientes en el hospital de Madrid donde trabaja como enfermero, con ocurrencias ingeniosas que pronuncia muy deprisa, sus labios moviéndose a un kilómetro por segundo. Siempre va con otro miliciano que parece muy serio, como si lo hubieran obligado a alistarse, aunque al parecer fue uno de

los primeros voluntarios comunistas. Se llama Tena. Aunque ambos discrepan interminablemente por su ideología, y a veces por cuestiones baladíes, son grandes amigos. La primera vez que oí que los citaban, alguien preguntó:

—¿Mangas y Tena? ¿Qué nombres son esos? Suenan como si fuera una sastrería.

—O una pareja cómica —dijo Rocha, el miliciano de más edad entre nosotros, un cómico de la legua que aún no ha tenido ocasión de demostrar su talento de actor.

—¡Lo son! ¡Y eso que acaban de conocerse! —replicó otro.

Ahora nos detenemos y, antes de comenzar a descender hacia el tajo del río, los guías se adelantan a comprobar si está libre el camino. Cuando acabamos de quitarnos los macutos para descansar, suenan disparos en la orilla, que son respondidos por unas secas y espesas ráfagas de ametralladora. El tiroteo se encrespa durante quince o veinte minutos y cesa de pronto con la misma brusquedad con que había comenzado. Hasta nuestro grupo llega corriendo uno de los enlaces y nos grita:

—¡Deprisa, deprisa! El camino ya está libre y hay que cruzar el vado. Que no se os mojen los fusiles ni la munición. ¡Deprisa! Al otro lado del río ya nos esperan los nuestros.

Nos lanzamos pendiente abajo y cruzamos por un vado de piedras. El agua nos llega a la altura de las ingles. Algunos tropiezan y se hunden con todo el equipo, pero se levantan enseguida y continúan hasta la otra orilla, donde nos obligan a seguir adelante para no entorpecer el paso de los que vienen detrás y de las mulas nerviosas que avanzan con sus cargas.

Más adelante, por fin, nos reagrupan a todos y aunque suenan nuevos disparos a nuestras espaldas, ya estamos a salvo. En el recuento nos confirman que han muerto tres de los nuestros, que hay varios heridos y que se ha perdido un par de mulas. Sin embargo, no vemos esas pérdidas como un fracaso. Después de cuatro noches avanzando por un territorio controlado por los facciosos, hemos alcanzado el destino pagando un mínimo peaje.

Una hora más tarde llegamos a las afueras de la villa cuyo nombre era un secreto antes de salir de Talavera, pero que luego todos hemos mencionado cien veces: Breda. Las bombillas de las calles están apagadas y solo se ve iluminada, aquí y allá, alguna ventana tras la que alguien madruga. Avanzamos

por una calle no demasiado ancha mientras comienza a clarear rápidamente y algunos rostros se asoman a observarnos. Al llegar a la plaza, muy cansados, nos sentamos bajo los soportales. En el balcón del ayuntamiento ondea la bandera tricolor y, por encima, un gran reloj central que marca la hora, las siete. En ese momento comienzan a sonar unas campanadas que vienen de otro sitio. Cuando se detiene en la quinta, todos nos quedamos en silencio, esperando, pero no suena ninguna más.

—¿Cinco? —extrañado, Mangas señala el reloj del ayuntamiento.

—Son las siete —confirmo mirando mi reloj.

—Las otras dos las han robado los fascistas —bromea Tena.

—Pues que nos indiquen dónde está el frente, que ahora mismo vamos a exigir que nos las devuelvan —dice Mangas.

—Tranquilo. ¿Tanta prisa tienes por que te maten?

—Ni pienso dejar que me maten ni pienso matar a nadie. Por lo menos, no seré el primero en disparar.

—Entonces, ¿para qué has venido hasta aquí?

—Para evitar que maten los fascistas. En cuanto vean que todo el mundo está contra ellos de una manera decidida, entregarán las armas y regresarán a los cuarteles.

—¡No puedo creer que seas tan ingenuo! —le reprocha Tena—. ¡Ya estás otra vez con tus ideas anarquistas de hacer cada uno la guerra por su cuenta y como le da la gana!

—¡Estás hablando como los políticos! ¡Todos juntos como borregos balando la canción del partido! Ya sabemos que los comunistas, para luchar, tenéis que actuar en grupo, que no os atrevéis a ir solos a ninguna parte — replica, pero el tono jocosos de su voz y su expresión amistosa despojan de acritud a sus palabras.

—¿Que no vamos solos a ninguna...? Por mucho que te pese, seremos los comunistas quienes ganemos esta guerra. ¿Y sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque es la primera vez en la historia en la que, gracias a nosotros, el proletariado participa por voluntad propia en una guerra para defender sus propios intereses, no para defender a los reyes ni como mercenarios para

ganarse el pan bajo otras banderas. ¡Y contra esa unidad no valen nada todos los militares con todos sus cañones!

—¡Ya estás hablando otra vez como los políticos! —repite.

Ambos se eternizan en discusiones así, y sin embargo uno no puede estar sin la compañía del otro, unidos por una amistad inquebrantable.

A la plaza han comenzado a llegar algunos milicianos nativos de los grupos que vamos a reforzar. Se mezclan con nosotros, nos damos las manos mientras los encargados se llevan las mulas cargadas de armamento y municiones. Del ayuntamiento sale Guedea vestido ya de militar. Aunque es bajo, miope y poco atractivo, el uniforme le da cierta prestancia, quizá porque los uniformes y las sotanas solo les sientan bien a quienes tienen fe en lo que representan. Lo siguen el capitán Méndez y un civil a quien un miliciano señala como el alcalde de Breda.

Dos hombres sacan una mesa y la colocan ante la puerta. Guedea se sube en ella y nos mira asintiendo, como si fuera este tipo de tropa heterogénea y desordenada lo que esperaba encontrar, hasta que se hace un completo silencio.

—Parece un gallo encima de una piedra antes de cacarear —murmura Mangas, que parece obligado a protestar contra cualquier manifestación de autoridad.

—Cállate, que va a hablar. Es el jefe —dice Tena.

—Los anarquistas no tenemos jefe.

Pero se calla en cuanto suena la voz de Guedea:

—Ahora que por fin ya estamos aquí, no quiero saludaros con la palabra «Bienvenidos», porque acabamos de llegar a un frente de combate, y a nadie se le debe dar la bienvenida cuando llega a una guerra. Una guerra no es un acontecimiento feliz... Pero nosotros no la hemos querido, han sido algunos traidores quienes se han sublevado contra la voluntad del pueblo y contra la democracia para volver a instaurar el régimen de siempre, para que el poder siga en manos de los caciques y de los capitalistas. Sé que muchos de vosotros no sois militares de profesión, que no habéis nacido con un fusil en las manos, pero ellos os están obligando a empuñarlo. Pues bien, ¡lo empuñaréis con firmeza hasta derrotarlos! Una guerra, os decía, no es un acontecimiento feliz. Y sin embargo, en buena parte habéis venido aquí voluntariamente para

detener el avance de los traidores. Por eso no os digo «Bienvenidos» — repitió—. Os digo «Gracias». Gracias por estar aquí ahora, en este lugar del que tal vez nunca antes habíais oído hablar, defendiendo al pueblo frente a la tiranía. Gracias por haber abandonado vuestros hogares, vuestras familias, vuestros trabajos para convertirlos en soldados...

—Vale, vale —murmura Mangas a mi lado.

—Cállate —dice Tena.

—Si ganamos esta guerra, no será gracias a discursos para quienes ya estamos convencidos. ¿Cuándo vamos a las trincheras?

—¿Por qué tienes tanta prisa en que te maten? Además, ¿tú has disparado alguna vez en tu vida?

—No.

—Entonces, mejor que le dejen tu fusil a alguien que sepa utilizarlo. ¡Y deja ya de hablar! El comandante nos está mirando.

—En los últimos tiempos —sigue hablando Guedea—, el hombre político ha sido el ideal de muchos jóvenes que soñaban con mejorar este país. Ahora la guerra nos ha obligado a retroceder a las épocas antiguas en las que el soldado era el ideal de una comunidad. Ahora, de nuevo, necesitamos soldados más que oradores...

—Entonces, ¿por qué sigue hablando? —sisea Mangas.

—Espera a que termine.

—... Ellos afirman que hacen esta guerra en nombre de la patria, en el nombre de España. Pero yo me pregunto cómo se puede amar a España y al mismo tiempo intentar matar a la mitad de los españoles... No, los fascistas no aman a España, aman sus propios intereses y el mantenimiento de sus privilegios.

—¡Muera el fascismo! —grita delante de nosotros una miliciana que va tocada con un gorro rojo con las iniciales CNT.

Conmovidas por el grito femenino, se alzan otras voces gritando muerte.

—Ya veremos si mantiene el mismo entusiasmo cuando esté en las trincheras y caigan los obuses por todos lados —ahora murmura Tena.

—¿Es que tienes algo en contra de las mujeres soldado?

—¡Sí! Si no hubieran votado a Gil Robles en el treinta y tres ahora no estaríamos aquí obligados a defenderlas de los legionarios y los regulares. ¿Tú qué opinas? —me pregunta.

—Yo no tengo nada en contra de las mujeres que luchan —respondo haciendo un enorme esfuerzo por no mirar hacia atrás, hacia el lugar donde he visto a Marta.

—¿Lo ves? —dice Mangas, como si mi opinión fuera importante—. Es la primera guerra en que las mujeres vienen a luchar vestidas con el mismo uniforme que los hombres.

—Sí. Antes se limitaban a provocarlas y luego nos mandaban a los hombres a matarnos.

—Ahora que también vienen al frente tal vez ya no quieran seguir provocándolas. Si tuviéramos por aquí a más compañeras estoy seguro de que ganaríamos antes.

—¿Tú crees?

—Sí. ¿Tú saldrías huyendo de la trinchera sabiendo que ellas te están mirando y que por ahí viene gente vestida con chilabas?

—Creo que no las dejaría solas —reconoce Tena.

—... Así que estamos aquí para detener el fascismo y expulsarlo de España para siempre —continúa Guedea—. Nuestra misión inmediata es pararlos y que no crucen el río. Más tarde, cuando llegue la hora, lo cruzaremos nosotros. De momento, si nos atacan las tropas de Franco, lucharemos delante del Lebrón. Si a pesar de nuestros esfuerzos nos hacen retroceder, lucharemos en el Lebrón. Y si todavía llegan más enemigos y no podemos detenerlos, seguiremos luchando a este lado del Lebrón —eleva la voz—. ¡Compañeros! ¡Camaradas! ¡Viva el pueblo! ¡Abajo el fascismo!

Todos, yo también, gritamos vivas y mueras, contagiados por la excitación colectiva. Muchos habitantes de este lugar han ido saliendo de sus casas y la plaza está llena. El capitán Méndez se sube a la mesa y nos divide en dos grupos para darnos alojamiento: a unos los conducen hacia la escuela. A otros nos llevarán a un lugar que alguien llama el Mausoleo. El nombre no suena bien, hace pensar en la muerte, como un mal augurio, pero también

evoca muros gruesos y sólidos que pueden convertirse en refugio y fortaleza. Comenzamos a caminar y miro a mis espaldas. Marta y Marcelo también vienen en el grupo.

Nuestro guía y mando inmediato es un miliciano nativo llamado Magro, con mando sobre nosotros por su experiencia militar en la guerra de Marruecos y, según comenta alguien, por estar afiliado al Partido Comunista. Nos ayudará a orientarnos en el terreno, hará de enlace entre nosotros y los oficiales en esta embrionaria organización militar que quiere imponer Guedea. Lo seguimos desde la plaza hasta las afueras de la villa, donde leemos en una tapia una pintada: BIENBENIDOS MILICIANOS, escrita con grandes letras negras que todavía huelen a alquitrán. Caminamos un kilómetro más hasta llegar a una especie de palacio o fortaleza.

—Ese sí que no sería un mal alojamiento —dice Mangas.

—Pero no es para nosotros, está habitado —explica Magro—. La planta alta sigue ocupada por su dueño, un viudo con un hijo muy pequeño. Perdió a su mujer por una caída de caballo. Y abajo se ha instalado el Comité de Defensa y parece que también lo hará el nuevo comandante.

Rodeamos el palacio y también dejamos atrás una especie de patio o jardín con algunos parterres poco cuidados y con un muro de granito para contener la inclinación de la ladera en el que se hundan varias hornacinas con estatuas de mármol de figuras desnudas. Es sorprendente encontrar aquí, en un poblachón entre las sierras y la llanura, estas estatuas que refulgen en sus peanas para volver estrábicos a los adolescentes rurales que las contemplan. Tendré que venir a verlas más despacio, con más luz, con sol.

Y enseguida llegamos al Mausoleo.

Tampoco imaginaba algo así: un monumento no solo para recordar a los muertos, sino para recordarlos con orgullo. Para que al pensar en ellos, los vivos sientan dolor, pero no angustia, porque tienen la seguridad de que allí están bien alojados. Es un edificio austero de fachada, con un cimborrio de baja estatura sobre el que se levanta una cúpula rematada en una linterna con un campanario. Construido hacia dentro, su interior atrae como un imán precisamente porque da la impresión de querer ocultarlo, protegerlo, sea lo que sea lo que ahí se guarde. No parece que a su solidez le puedan afectar las tormentas, los terremotos, el paso del tiempo: por la cúpula resbalará el agua,

los cimientos formarán un cinturón que podría removerse, pero no fragmentarse, y contra el paso del tiempo opone la forma de las construcciones más duraderas.

No soy el único que se ha detenido a observarlo.

—¿Y dices que esto es una tumba? —pregunta Rocha, el actor.

—Sí. Un mausoleo —responde Magro.

—¿Y hay alguien enterrado ahí dentro?

—No, aún no.

—Entonces, si no hay nadie enterrado, todavía no es una tumba. Si nos instalamos ahora, será una vivienda.

—¡Una advertencia! —nos previene Magro—. Nadie debe tocar nada del edificio. Son órdenes de arriba. Cuando hayamos ganado la guerra y nos vayamos, debemos dejarlo todo como está ahora. ¿Entendido?

—Sí —aceptamos.

Entramos en el edificio, en el espacio circular, claro y vacío de todo excepto de unos pocos muebles auxiliares y cinco cuadros colgados en los huecos entre las hornacinas, bajo una pasarela que circunda todo el muro: tres paisajes y dos naturalezas muertas. Con sorpresa, con asombro, con incredulidad, me quedo inmóvil en la puerta al reconocer mis dos bodegones, los que compró el hombre que quemó la *Maternidad*. El placer que siento normalmente cuando encuentro un cuadro mío donde no espero encontrarlo ahora se convierte en inquietud. ¿Qué hacen aquí? ¿Quién los ha traído hasta este lejano lugar? ¿Dónde está su dueño?

—¿Ocurre algo? —me pregunta Marta, detenida a mi lado.

—¿Por qué?

—Parece que has visto algo que preferías no haber visto.

—No —le digo, porque ahora mismo, con todos alrededor, no sabría cómo explicárselo.

—Pues vamos. No te quedes ahí parado.

Pero es ella la que se adelanta, atraída por los dos lienzos gemelos, y se detiene a observarlos con atención.

—Estos dos bodegones... —dice al cabo de unos segundos, y se calla, absorta en lo que ve.

—¿Te gustan?

—Mucho. Y están en el lugar más adecuado para ellos. En un mausoleo. Hacen que te sientas como algo... efímero, pasajero. Que una misma va a durar poco más que esa perdiz muerta, que la piel también se nos arrugará como las mondas de esas naranjas.

Se queda en silencio, entre las voces de los demás, que curiosean o miran la linterna, como arrepentida de haber penetrado en un territorio que no es suyo, esperando que yo diga algo. Pero su comentario es tan atinado que no tengo nada que añadir.

—¿Ves eso?

—¿La manzana? —le pregunto.

—No. El gusano que asoma por ella la cabeza.

—Sí.

—¿No te parece una advertencia propia de este lugar?

—Sí —le digo. Ahora comprendo por qué De las Hoces no dudó en comprarlos.

Varias milicianas llegan hasta nosotros y la que parece dirigirlas, una muchacha con el pelo color arena y los ojos profundamente azules, pregunta:

—¿Eres Marta?

—Sí.

—Soy Gema. Me han encargado que busque alojamiento para las chicas. Venid conmigo —se dirige hacia una puerta integrada en la decoración, ahora abierta, que da acceso a un edificio anexo—. Ya sé que todos estos son gente respetuosa con vosotras —sonríe señalándonos—, pero creo que dormirán más tranquilos si nosotras ocupamos unas habitaciones que nos han reservado ahí dentro.

Hay algunos gritos de protesta, pero se marchan y nosotros empezamos a instalar, bien ordenadas, varias filas de camastros y literas que descargamos de dos camiones que han llegado hasta la puerta, dejando en el centro un ancho pasillo, de modo que podamos dormir sin demasiadas apreturas sesenta o setenta voluntarios. Cada uno va ocupando su sitio sin un orden preciso.

De los camiones también descargan algunos muebles, no sé si ofrecidos voluntariamente, no sé si requisados por la fuerza: unos bancos traídos de la iglesia, de madera bruñida y fatigada por haber sostenido a tantos fieles, sillas, un par de grandes arcones, de tablas gruesas, tan secas y endurecidas

que no podría morderlas la carcoma y de herrajes tan sólidos que protegerían las puertas de un banco, y varios de esos profundos armarios rurales más aptos para colgar capotes, gabanes de paño grueso y todo el andamiaje de los trajes folclóricos que para guardar las austeras chaquetillas, las chambras, las blusas y el pequeño ajuar de mudas y útiles de limpieza que cada uno de nosotros ha traído, que no exigen ni perchas ni mucho espacio.

Como hemos caminado durante toda la noche, nos dejan el resto del día para instalarnos despacio y descansar, aunque estamos demasiado excitados para dormir.

Por primera vez en varios días me tumbo en una cama, con las manos en la nuca, mirando la cúpula que nos protege. El Mausoleo no es un mal alojamiento. Pocos de nosotros habrán vivido en un edificio así, tan perfecto, bajo un techo tan alto y sobre suelo de mármol. Es curioso, pero al entrar, a pesar de la situación de guerra que nos rodea, no he pensado en su función de tumba, ni en la fortaleza de sus muros para protegernos si llegan las bombas, ni en la comodidad del espacio. He pensado cuánto me gustaría pintar estas paredes blancas y desnudas por encima de la pasarela que recorre toda la circunferencia. A ningún pintor se le podría ofrecer mejor regalo que este lienzo circular para una única secuencia, sin izquierda ni derecha, sin comienzo ni fin, para una escena continua que fuera como lo que ven los ojos, que no establecen límites ni contornos. En el cuadro, el límite lo establece el marco, pero no hay marcos en la naturaleza, ni en el aire, ni en el cielo, ni en el paisaje, donde al girar la cabeza se ve todo alrededor, sin coto ni limitación. Tumbado, cierro los ojos e imagino el desafío de estas paredes, de este nido al revés: un pintor frente a una gran superficie virgen ante la cual aceptar definitivamente su mediocridad o ante la cual reconciliarse con una inspiración siempre huidiza y veleidosa, desamparado de otras armas y recursos que su talento frente a un vacío que debe llenar con sus fantasmas, sus únicos modelos bajo la luz cenital de la linterna, que irá variando de inclinación y de temperatura a lo largo del día para alumbrar las líneas y sombras salidas de su mano. Ante este escenario se demostraría de una forma palmaria si era uno de esos limitados pintores que se aplicaban a las líneas o se aplicaban a los colores, o si, por fortuna, formaba parte de ese reducido y privilegiado grupo de creadores que podían con ambas cosas a la vez...

—¡Escuchad, escuchad! —me despierta la voz de Magro. Me incorporo y veo en el reloj que he estado dormido durante más de una hora—. Se necesitan diez voluntarios.

—¿Para ir al frente? —pregunta Mangas, también frotándose los ojos.

—No, todavía no.

—No sé por qué tienes tantas prisas en que te maten —bromea Tena.

—Hay que llevarse de aquí estos cuadros —nos señala los dos bodegones y los tres paisajes.

No sé quién es el autor de los paisajes, pero no le gustaría nada ver lo que han hecho con uno de ellos, el que representa una idílica ermita rural. Alguien ha escrito, con grandes letras de pintura negra, dos palabras sobre el lienzo: ARTE BURGUES. No será fácil borrarlas sin dañarlo.

—¿Quién ha hecho eso? —pregunto aturdido aún por el sueño y el desagradable despertar.

—No se sabe —responde un soldado—. Nadie dice nada.

—¡Diez voluntarios! —pide Magro.

—¿Adónde hay que llevarlos? —pregunta el primero que se levanta.

—Aquí al lado, al Palacio que habéis visto al llegar.

—Voy —digo.

Entre los diez voluntarios están Marta y Gema, tal vez deseosas de demostrar que pueden hacer lo mismo que los hombres. Al descolgar los cuadros yo sostengo por un lado el bodegón de la caza y la pesca. Gema lo sostiene por el otro lado y se queda unos segundos mirando con curiosidad los ojos brillantes de las truchas, los dientes que asoman entre los labios del conejo muerto, el sombrero de cazador y su pluma, por encima del breve y seco trazo de mi firma, en la que nadie que no la conozca previamente identificará mi nombre.

—Es extraña —dice Gema.

—¿Qué?

—Esta pintura. Son animales muertos, pero... —vacila sin encontrar las palabras que le sirvan para lo que quiere decir.

—¿Qué?

—Dan como respeto..., o pena. Yo no sería capaz de cocinarlos. ¿Has visto lo que han hecho con ese cuadro? —señala el paisaje manchado con la pintura.

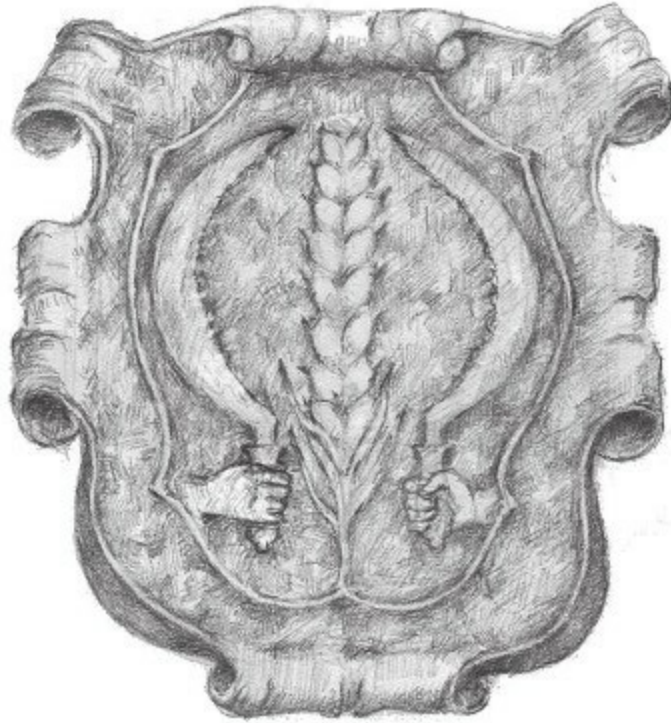
—Sí. ¿Quién ha sido?

—No importa quién. Ha visto el precio escrito en el marco y no se ha resistido. Ha dicho que en eso se gastan el dinero los ricos, en pintar cuadros con iglesias. Que el cuadro valía más que una tierra con la que podría alimentar a su familia y que por una pincelada le habían pagado más al pintor que a él por una semana sudando en el campo de sol a sol.

—Pero no ganaba nada ensuciándolo.

Cargamos el cuadro con cuidado y lo llevamos hasta el Palacio. En la fachada de granito, sobre el dintel de la puerta, se ve un orgulloso escudo donde dos hoces empuñadas por dos rígidas manos cierran el paso a una espiga de trigo. Magro explica que es el emblema de la familia De las Hoces, dueños del Palacio y fundadores de Breda.

En el piso de arriba se agita levemente la cortina de una ventana revelando que alguien nos acecha, un gesto propio de estos tiempos de temor y de sospecha en los que se vuelve receloso incluso quien nunca sintió la mínima curiosidad por el comportamiento de sus vecinos.



Apoyamos los cuadros en el suelo y Magro habla con el miliciano que vigila el acceso, puesto que la planta baja está ocupada por el Comité de Defensa. Nos dejan pasar y entramos a un amplio zaguán que deja ver unas anchas escaleras de granito al fondo de un patio porticado. Subimos con los cuadros y Magro llama a una puerta. Enseguida, como si nos hubieran estado esperando, nos abre una anciana vestida de negro. Apenas hace un gesto y la seguimos hasta una galería abierta sobre el patio, donde nos indica que esperemos mientras ella vuelve al interior con silenciosos pasos de sirvienta. Sin sorpresa ya, medio oculto entre mis compañeros, veo acercarse desde el fondo al hombre que en Madrid, en la acera de la galería, hizo quemar la *Maternidad*. Ahora parece más delgado, más débil que entonces. Tal vez debería sentirme enfadado con él, pero lo cierto es que no guardo ningún rencor.

—Traemos los cuadros, como le prometimos —dice Magro con un tono cortés que resulta extraño después de haber escuchado en estas semanas tantas valentonas, tanta agresividad.

—Bien —responde con su inconfundible voz seca que necesita más saliva para poder vocalizar.

Mira atentamente el primer bodegón, como si temiera una falsificación, indiferente a los portadores, sin mostrar hacia ellos interés ni desprecio, como si fuéramos un elemento más de los marcos que soportan los lienzos, interesado únicamente por el dibujo, por el color, por la luz y la sombra. Pero me ve al llegar al bodegón de los animales y sus ojos se quedan fijos en mí unos instantes, sorprendido mientras parece buscar en mis pupilas el reflejo de unas llamas que devoran un cuadro.

—Hay un problema... —dice Magro.

—Bien —repite De las Hoces sin escucharlo, y hace un esfuerzo por empujar sus ojos hacia los ojos de las truchas, pero su voz ha cambiado, suena más ronca, tal vez temiendo que le exija el pago de la deuda que certificaron mis últimas palabras aquel día, de modo que no parece su voz, como si fuera un ventrílocuo quien hubiera hablado. Vuelve a mirarme y sé que se está preguntando qué he contado de él y por qué estoy callado, por qué no revelo que estas dos naturalezas muertas las he pintado yo, por qué no les cuento a todos que él quemó un cuadro de una maternidad porque no le gustaba lo que veía.

—Hay un problema —repite Magro—. No hemos podido evitarlo.

Le muestra el cuadro con los brochazos negros que ensucian el paisaje y, al descubrirlo, De las Hoces da un paso atrás y un gesto de rabia cruza por su rostro durante un instante tan breve que no logra descomponer su contención aristocrática, que reaparece con la misma rapidez con que desaparece su expresión de furia.

—No es eso lo que me prometieron —dice, ya recuperada su carencia de énfasis, sin preguntar siquiera quién lo ha hecho ni exigir un castigo. Vuelve a mirarme y el gesto de temor se ha hecho más nítido, tal vez pensando que he sido yo quien ha manchado el cuadro, pero le sostengo la mirada y creo que ve en ella que no sé nada de ese asunto.

—No pudimos evitarlo... Pero tal vez pueda arreglarse —dice Magro.

—¿Arreglarse?

—Borrarlo.

—No —niega enseguida, sin duda temeroso de que vayan a estropearlo aún más—. Ya me encargaré yo de eso. Todo lo demás allí dentro, ¿está bien?

—Todo bien.

De las Hoces nos da la espalda y vuelve hacia sus habitaciones.

—¿Quién es? —le pregunto a Gema cuando salimos.

—Un hombre raro. Pertenece a la nobleza, pero no se puede decir que se comporte como los nobles. Por lo menos sus empleados no se quejan del trato que les da. No abusa de nadie, nadie tiene cuentas pendientes con él. Desde que murió su mujer vive muy aislado, metido en su mundo.

Nos habla del accidente del caballo, del Mausoleo que hizo construir para enterrarla, del niño que llora por las noches.

Marta me hace un gesto para que nos rezaguemos y me pregunta:

—¿Te conocía?

—¿Quién?

—Él. El dueño del Palacio. El dueño de los cuadros.

—No —miento.

—Te miraba mucho —insiste. Sé que está recordando mi sorpresa al descubrir aquí los bodegones, así que nos quedamos atrás y le cuento lo que pasó en la galería, en Madrid, la exposición de mis cuadros y la quema de la *Maternidad*.

—¿Y no quieres que se sepa?

—No. ¿Para qué? ¿Qué arreglaría con eso? No parece que vaya a seguir quemando cuadros.

Cuando llegamos al Mausoleo vemos cómo Gema corre a saludar a un hombre que la está esperando.

—¡João! —grita abrazándolo—. ¡Ya has llegado!

—João —Magro le estrecha la mano—. ¿Cómo has logrado cruzar? Dicen que hay un guardia civil en cada paso de La Raya.

João es mudo y responde con gestos tan expresivos que todos lo comprendemos. Pero Gema, a quien abraza por la cintura, no se resiste a traducir:

—¡A João no lo paran las fronteras! Ha cruzado por los túneles de la vieja vía.

—Mal momento para venir. Con esta guerra...

—Precisamente. ¡No iba a dejarme sola! —traduce Gema, sonriendo orgullosa.

—¡Viva la unión de los proletarios del mundo! —grita alguien.

—¿Tenéis un fusil para mí? —pregunta João con gestos.

—Lo buscaremos —dice Magro—. Pero antes debes alistarte en las oficinas del Comité.

—¿Dónde están?

—Te acompaño. —Gema lo lleva hacia el Palacio.

Entramos en el Mausoleo, donde están colocando en un lateral los bancos de la iglesia y unos grandes tableros a modo de mesas que sirvan de comedor. Ya huele a comida caliente. Nos organizan en dos turnos y unas mujeres nos sirven a cada uno un plato de un guiso oscuro y sustancioso donde han mezclado un poco de todo: carne, verduras, legumbres, y una buena porción de unos grandes panes blancos que sonrían hasta que la navaja los va cortando en rebanadas.

—¿Todo esto es comestible? —pregunta una voz con sorna.

—Todo lo que hay dentro del plato es comestible —responde fingiendo severidad una mujer muy guapa, que lleva un delantal blanco. Resulta casi imposible resistirse a admirarla. Alguien nos informa de que se llama Julia y está casada con el barbero de Breda—. Así que queremos ver todos los platos limpios. Quizá no volváis a saborear un festín así en mucho tiempo.

Tiene razón. Su sabor es mucho mejor que su aspecto, y después de cuatro días comiendo frío y seco, el guiso nos resulta un manjar. La larga noche caminando, la espera antes de instalarnos y el paso de las horas nos han despertado un apetito feroz y cuando regresan las mujeres todos los platos están limpios. Nos reparten unas galletas redondas, algo arenosas, y un café, ese brebaje especialmente cargado con que en las zonas rurales se pretende agasajar al invitado.

Segunda parte

Los soldados

(Septiembre de 1936-mayo de 1937)

Aunque era una persona sociable y comunicativa, a lo largo de sus años de estudios musicales Marta había desarrollado una gran habilidad para encontrar lugares de soledad y silencio, incluso reducidos y poco cómodos, donde reservarse momentos de independencia y aislamiento en los que nadie supiera dónde se hallaba. Por eso temía que dentro del Mausoleo estuvieran todos demasiado apelotonados, pero se alegró cuando Gema separó a las muchachas de los hombres y las alojó en el edificio anexo. Las milicianas ocuparon dos habitaciones con literas en las que no sufrían excesivas apreturas.

Gema había nacido en Silencio, un pequeño pueblo a treinta kilómetros al sudoeste de Breda, pero desde niña vivía en la villa, adonde se había trasladado su familia. Marta congenió enseguida con ella.

—¿Vienes sola? —le preguntó mientras se instalaban.

—No. Con mi novio —respondió Marta.

—¿También ha venido voluntario?

—Sí. Está por ahí.

—¿Cómo se llama?

—Marcelo.

—Me das envidia. Mi novio no está aquí. Se llama João.

—¿Es portugués?

—Sí. Vive al otro lado de La Raya, pero viene a verme cada dos o tres semanas. Bueno, venía. Ahora han cerrado la frontera y no dejan cruzar a nadie, aunque él sabe cómo pasar.

—¿Es contrabandista? —le preguntó.

—¡No! —exclamó sonriendo—. Es maquinista de tren.

—Cuando venga, me lo presentas.

—Espero que sea pronto, tengo muchas ganas de verlo. Me ha hecho llegar una nota. Dice que también se va a alistar como miliciano.

Colocaron la ropa en el armario y Marta reservó un hueco para la viola. Luego, al salir, vieron que muchos de ellos estaban acostados, descansando en las literas.

—¡Ya están tumbados! —refunfuñó Gema, como si en su calidad de veterana se sintiera obligada a decirlo.

—Hemos estado toda la noche caminando —los justificó Marta, que, como ellos, deseaba descansar.

—Tú también y no te has acostado. ¡Los hombres! No desaprovechan la mínima oportunidad para ponerse en horizontal, como si no hubiera un montón de cosas que...

Las interrumpió la entrada de Magro y oyeron que pedía diez voluntarios. Dos o tres milicianos se levantaron, tal vez creyendo que sería para participar ya en alguna escaramuza, pero se echaron atrás cuando explicó que se trataba de trasladar los cinco cuadros de las paredes, que era necesario proteger. Mientras habían estado dentro, alguien había ensuciado con una pintada uno de los paisajes. Ante la brutalidad de aquel borrón sobre la delicadeza del lienzo, Marta se sintió personalmente ofendida, como si alguien hubiera gritado una obscenidad en medio de un concierto. Su malestar aumentó al comprobar la indiferencia con que la mayoría de los milicianos contemplaba la agresión, como si se tratara de una merecida represalia. Esa sensación contribuyó a que diera un paso adelante y se ofreciera voluntaria para el traslado. Rubén y Gema también se adelantaron.

Mientras esperaban en la puerta del Palacio, Gema señaló:

—Mira cómo se mueve aquella cortina. Seguramente el dueño del Palacio ahora nos está mirando.

Ya arriba, una anciana les hizo pasar a una galería donde enseguida apareció De las Hoces. ¡Qué extraña le resultó a Marta su expresión! Parecía que soportaba una carga muy pesada, o un secreto que deseaba compartir, pero el orgullo lo obligaba a mantenerse en silencio. Por un lado, solo alguien con aquel gesto de resignación y pérdida podría haber pensado en levantar un edificio para albergar tumbas en un lugar perdido, donde pocos acudirían a visitarlas, pero al mismo tiempo su altivez explicaba que esa construcción

fuera un mausoleo y no un panteón cualquiera. Ignoró a los porteadores, solo interesado por el estado de los cuadros, como si recelara algún daño, hasta que descubrió a Rubén, que estaba junto a ella. Aunque ninguno de los dos dijo nada ni hizo ningún movimiento, creyó que el aristócrata lo reconocía y que el siguiente movimiento de sus ojos lo vinculaba con el bodegón de los animales. Y esa chispa rescató una imagen de unas horas antes, la de Rubén en la puerta del Mausoleo, pasmado al descubrir los cuadros, y dirigió la atención de Marta hacia la firma de los lienzos, en la que nunca había reparado, un trazo rápido y confuso en el que, sin embargo, se distinguía nítidamente la primera mayúscula, una R, antes de disolverse en una culebrilla indescifrable.

Distraída por la sospecha, apenas prestó atención al diálogo que Magro y De las Hoces mantuvieron sobre el cuadro manchado y, cuando salieron del Palacio, demoró sus pasos para retrasarse con Rubén.

—¿Te conocía? —le preguntó.

—¿Quién?

—Él. El dueño del Palacio. El dueño de los cuadros.

—No.

—Te miraba mucho.

—No recuerdo a toda la gente que conozco.

—¿Tú pintaste esos cuadros? La primera letra de la firma es una erre — insistió Marta, a quien ya le resultaba evidente que no sabía mentir.

—Sí, tienes razón, los pinté yo —reconoció, como si hubiera estado esperando una excusa para hacerlo.

Esperaron a que Gema y los demás se adelantaran. Por primera vez iban a compartir un secreto solo entre ellos dos y a Marta esa complicidad por parte de Rubén le agradaba mucho. La naturaleza la había predipuesto más a escuchar secretos que a generarlos ella, y sabía que una confidencia siempre pone a prueba a quien la recibe. Decidida a mantener su habitual discreción y ganarse su confianza, escuchó con atención mientras Rubén le contaba su perplejidad y su desconcierto al encontrar en el Mausoleo los dos bodegones. De las Hoces había comprado en Madrid también otro cuadro suyo, una pequeña *Maternidad* a la que le tenía mucho aprecio, para quemarla minutos después en la calle, en la puerta misma de la galería.

—No tengo ningún motivo para ocultarlo —concluyó—, pero tampoco encuentro ninguna razón para ir contándolo. Si lo hiciera, tal vez le provocara algún problema... en un ambiente con tendencia a resolverlos de un modo drástico. Mira lo que han hecho con el paisaje de la ermita. Y no quiero sentirme responsable de los problemas de nadie.

—¿Pero por qué lo quemó?

—No lo entendí entonces, pero ahora puedo hacer conjeturas. El cuadro era una *Maternidad*. Al llegar aquí esta mañana, Magro nos contó que la mujer de De las Hoces murió de un modo trágico y que vive solo con su hijo pequeño, del que dicen que llora muchas noches, como si llamara a su madre muerta. No sé si eso tiene alguna relación, o si los rostros pintados le recordaban algo, pero no debió de gustarle. Además, el fondo reflejaba un ambiente de violencia y revueltas sociales.

—¿Quieres decir que es un faccioso?

—No, solo quiero decir que no es de los nuestros.

Al llegar al Mausoleo, Gema les presentó a su novio, un muchacho portugués que había venido a verla. Marcelo estaba esperando a Marta y se sentaron a comer. Desde que habían salido de Madrid pasaban mucho tiempo juntos, pero Marta no sabía si eso era bueno o malo, si los uniría definitivamente o resquebrajaría una relación que aún no había pasado por ninguna prueba difícil.

Sin dejarlos descansar mucho tiempo, porque ya estaban en Breda y era necesario recuperar el ritmo natural del sueño y la vigilia, al día siguiente los reunieron en la explanada y los agruparon por patrullas mixtas respetando las afinidades surgidas entre ellos. Así fue como quedó formado un pelotón en el que se mezclaban voluntarios de fuera —Tena, Mangas, Marcelo, Marta, Rubén, João, Rocha— con nativos de la zona: Magro, Gema y un miliciano al que llamaban Viriato, aunque nadie parecía saber si ese era su verdadero nombre, un apellido o un apodo. No era fácil determinar si estaba más cerca de los veinte o de los treinta años, y él tampoco daba muchos datos sobre sí mismo: era muy callado, convencido, como tantos campesinos acostumbrados a que solo del trabajo físico se saca sustento, de que cualquier acto suyo que

mereciera la pena no sería promovido por palabras, sino por sus fortísimos brazos y por sus manos de piedra: las frotaba y parecía que iban a saltar chispas. Tenía el cuello tan ancho como su cabeza y en su rostro los ojos pequeños y una nariz de base ancha y punta estrecha contribuían a dar una imagen de fortaleza inexpugnable, de esa fuerza discreta que no proviene de la corpulencia ni de la brutalidad, sino de la energía interior. Su habilidad como cazador furtivo era leyenda entre los otros milicianos de la zona, y también leyenda era su puntería. Se había traído al alistamiento su propio fusil, un oviedo que cuidaba con mimo, y recordaba así a esos jugadores de billar que van al café con su propio taco, que no prestan a nadie, y hacen malabarismos sobre el tapete verde. Nunca se precipitaba al disparar y se tomaba todo el tiempo necesario: decía que no era el tirador quien tenía que apresurarse, sino la bala la que debía volar desde el cañón del fusil.

—¿Viriato? ¿Has dicho que se llama Viriato? —preguntó Mangas al oír por primera vez su nombre.

—Sí —respondió Tena leyendo la lista que les habían entregado.

—¿Y eso qué es: un nombre, un apellido o un apodo?

—No sé. Solo pone Viriato.

—¿Quién es?

—Me han dicho que es un tipo capaz de cazar en el monte cualquier animal que no esté refugiado en el fondo de su madriguera. Y que puede levantar por encima de su cabeza a cualquier persona, animal o cosa que se esté quieta unos segundos y que no pese más del doble que él.

En lo alto de la jerarquía, por otro lado, el comandante Guedea no demoraba sus planes para organizar con aquellas unidades dispersas y heteróclitas de milicianos y soldados un cuerpo estructurado y eficaz donde cada uno supiera qué sitio ocupaba y cuál era su función. La patrulla de Marta quedó a cargo de Tena, renombrado cabo porque ya lo había sido durante su servicio militar. Mangas, que se resistía a reconocer cualquier rango de autoridad, con mayor dificultad la aceptaba de alguien a quien consideraba un igual. Los pequeños galones rojos en la camisa de Tena le hicieron fruncir el ceño y no pudo contener un comentario:

—Supongo que, en la situación en la que estamos, debe haber alguien que dé órdenes, pero hubiera preferido que fuera otro.

Sobre Tena estaba Magro, y sobre este, el teniente Noguero. La sección fue reunida en el jardín de las estatuas, donde se les ordenó revisar y engrasar sus fusiles, de los que desde ese momento eran definitivamente responsables. Luego les hicieron formar filas para contarse con rapidez.

—¿Para qué sirve todo esto de las filas, cabo? —preguntó Mangas mirando a Tena no a los ojos, sino a los pequeños galones rojos en la nueva camisa que le hacían sentirse incómodo.

—Para organizarnos rápidamente en caso de ataque o de defensa. El orden se convierte en seguridad y en eficacia en el combate —repitió la consigna que les habían dado unos minutos antes.

—Los fascistas nos matarán más fácilmente si vamos en fila, como muñecos de feria, que si cada uno busca un hueco donde meterse.

—No protestes tanto y ponte en tu sitio. ¿O es que crees que por ser anarquista ellos van a dejar de dispararte si te encuentran en el punto de mira?

Mangas rezongó todavía, pero se incorporó a su lugar en los últimos puestos, porque era de baja estatura.

Pasaron lista y esa tarde ya no les exigieron más esfuerzos. Rompieron filas bajo un atardecer embrujado por las nubes de septiembre, que se iban mudando una tras otra por el cielo. Se aseaban en unos bidones de agua que Guedea había hecho colocar provisionalmente en un lateral del Mausoleo cuando oyeron el toque limpio, vibrante de la campana que los convocaba a la cena.

Lo terrible no era que ella cambiara, pensó Marta cuando Marcelo le propuso que dieran los dos solos un paseo por la explanada, porque lo que le apetecía era quedarse allí, sentada en la oscuridad del exterior bajo la luna provinciana y apacible que los iluminaba suavemente, con la espalda apoyada en la pared, disfrutando de la charla y de las bromas del grupo, cerca de Gema y de Rubén. Lo terrible era que Marcelo seguía siendo el mismo y, por tanto, no existían razones para que ella cambiara. Su nobleza de comportamiento, su habitual conformidad, su incompatibilidad con la intriga y con los secretos, la claridad con que distinguía lo importante de lo superfluo, la serenidad con que enfrentaba las situaciones más extrañas y la naturalidad con que estaba

enamorado de ella sin necesidad de demostrar en todo momento que lo estaba hacían que en su relación todo fuera sencillo, sosegado y previsible. Cuando no sabía algo de él, podía adivinarlo, de modo que no siempre necesitaba escuchar todo lo que decía. Sin embargo, al regresar al Mausoleo media hora después, no habría sabido responder sobre qué habían hablado, porque Marta se había hundido en sus propios pensamientos.

—Te quiero —dijo Marcelo antes de que regresaran a la zona de luz, como si resumiera algo que venía diciendo.

—Yo también —respondió enseguida, para ocultar su mala conciencia al comprender que era su bondad lo que la incomodaba, no su acritud ni su intransigencia. Su intransigencia le habría dado un motivo para rechazarlo, pero sucedía lo contrario: a veces le exigía más de lo que podía dar, y él no se demoraba en satisfacerla, y en cambio ella no daba todo lo que tenía y que Marcelo nunca exigía.

A pesar de todo, Marta se durmió en cuanto cerró los ojos esa noche, y al despertarse por la mañana tuvo la sensación de que no se había movido durante el sueño, porque la litera —montada con una sola sábana y una manta gris, militar, que olía a alcanfor— apenas estaba arrugada.

Esa mañana la dedicaron a aprender geografía siguiendo el riguroso programa de Guedea. Ante un mapa de Breda, les indicaron el punto que ocupaban, las dificultades orográficas y los límites donde comenzaba el territorio enemigo. Y ante otro plano que abarcaba toda la zona, el teniente Noguerol les expuso lo que se esperaba de ellos: fortalecer las posiciones, familiarizarse con las distancias y adquirir un claro sentido de la orientación y de los puntos cardinales para cuando llegara el momento de moverse sobre el terreno. A pesar de que la comarca estaba retirada de los centros de decisiones, aquel territorio entre las laderas del Yunque, una montaña de dos mil cuatrocientos metros que en noviembre tendría su cima coronada de nieve, y la amplia hoz del Lebrón, era importante para los objetivos militares de la República.

Luego, por la tarde, el equipo de sanidad formado por un médico, dos enfermeros y algunos ayudantes con experiencia, Mangas entre ellos, montaron una camilla y les enseñaron unos rudimentos básicos de actuación en caso de

ser heridos: cómo apretar un torniquete para detener una hemorragia o cómo entablillar un brazo roto.

—Una herida siempre duele, pero no siempre es incurable —les dijo el médico, actuando con seguridad y presteza para ganarse su confianza.

Otro día retomaron las prácticas de tiro con fuego real que ya habían entrenado en Madrid y en Talavera. Alejados de Breda, dispararon contra dianas de cartón y a Marta volvió a sorprenderla el ácido y áspero olor a gato que dejaba en su lengua la pólvora quemada, el olor acre y femenino, el ardor en su nariz que no se acostumbraba al fuego. Con todo, lo más desagradable era el ruido: los continuos estampidos, secos, duros, en una misma nota, que herían los tímpanos. Al terminar la práctica sonaron a lo lejos disparos de los sublevados, como si respondieran automáticamente a cualquier tiroteo, aunque no fuera dirigido contra ellos, como si en todo momento quisieran demostrar que también serían los últimos en hablar en aquella trágica confrontación nacional que habían desencadenado.

—¡Ya estamos preparadas para entrar en combate! —bromeó Gema cuando regresaban.

—No seré yo —dijo Marta—. Ni siquiera he acertado en el cartón de la diana.

—No te preocupes por eso —dijo el teniente Noguero, que en ese momento caminaba junto a ellas—. La puntería mejora cuando sabes que te va a servir para algo. Y tú todavía no estás convencida de que pronto te será útil.

Después del largo día los dejaron descansar y dedicarse a su higiene personal y a sus asuntos privados. Al quedarse sola en la habitación de las muchachas, Marta sacó la viola de la funda. La afinó y comenzó a tocar muy despacio para consolar los oídos de los estruendos de la mañana, para serenar el pulso de los dedos, que seguían temblándole desazonados.

—Oyéndote, cualquiera diría que es más fácil tocar el violín que acertar con un fusil en una diana colocada a veinte metros —dijo a sus espaldas Gema, que había entrado sin hacer ruido.

—No es un violín, es una viola.

—Pues tocas muy bien la viola.

Marta se encajó de nuevo la viola en el cuello y comenzó a interpretar la *Suite n.º 2 para viola* de Bach, que siempre le resultaba tan fluida y tan refrescante. Fuera lo que fuera lo que hubieran hecho sus manos, e incluso tocando de un modo tan mecánico como en ese momento, Bach la arrastraba con delicadeza de una nota a otra y terminaba limpiando sus dedos de temblores y suciedad para dedicarlos únicamente a la melodía. Cuando miró hacia Gema, vio tras ella, en el hueco de la puerta, sin atreverse a entrar, a varios milicianos que amontonaban sus rostros duros y curiosos, llenos de barba.

—Hoy vamos a conocer sobre el terreno algo de lo que el otro día vimos en los mapas —les dijo el teniente Noguerol al volver del Palacio, donde recibían las meticulosas órdenes diarias de Guedea, que ya había instalado allí sus dependencias—. Los que lo tengan, que se pongan un buen calzado, porque será un paseo largo.

Bajo la tutela directa de Noguerol y de Magro, la sección se puso en marcha antes del amanecer, separada unos cincuenta metros de las otras secciones. Cargado cada cual con su fusil y su equipo de campaña, avanzaron hacia el norte, en sentido contrario a las vegas del Lebrón, donde estaba el frente. Los pequeños huertos y parrales que rodeaban Breda dieron pronto paso a los cercados de olivos, y ese segundo cinturón se fue convirtiendo después en campos de pastos y en fincas de encinas y de robles de mayor extensión hasta disolverse definitivamente en monte, a medida que se alejaban y ascendían de cota: un terreno ya sin cercas ni tapias ni alambradas, con menos arbolado que manchas de arbustos que Magro iba clasificando en retamas, brezos, carquesas y piornos que mordisqueaban pequeños grupos de caballos semisalvajes, peludos y de poca alzada, que los miraban un instante desde lejos antes de huir con un galope recio y furibundo.

Habían caminado durante cuatro horas a buen ritmo y, a pesar de la buena forma que mantenían desde las marchas nocturnas, ya notaban el cansancio cuando les hicieron detenerse. Hacía calor. Dejaron que se formaran libremente los grupos para comer y refrescarse, para charlar, para decidir al lado de quién les gustaría estar a cada uno cuando comenzara la lucha de

verdad y los disparos no fueran dirigidos contra una diana de cartón. Sentados en las piedras o en la tierra, de la que el sol levantaba un polvo dorado que les secaba la boca, veían más cercana la silueta del Yunque, detenido su crecimiento al alcanzar los dos mil cuatrocientos metros. Y abajo, Breda, tendida sobre sus cuatro puntas, el pico, la cola y las dos alas, con su peculiar forma de paloma que el tiempo hubiera aplastado contra el suelo. Más allá todavía, la llanura donde dormitaba la guerra, el succulento valle del Lebrón, en deuda con las viejas montañas, de cuya tierra fértil, y en alianza con la erosión, se había ido apropiando a lo largo de los siglos y, por eso mismo, siempre temeroso de sus reacciones vengativas en forma de riadas.

—¡Qué seca está la tierra! —comentó Tena.

—Seca y dura —añadió Mangas descalzándose, porque algo le molestaba en el pie.

—Estamos a finales de septiembre. Ha pasado el verano y aún no ha entrado de verdad el otoño —dijo Viriato, que no solía intervenir en la conversación.

—La tierra no es culpable de que hayas olvidado cortarte las uñas —dijo Magro, a quien no parecía gustarle que gente de fuera viniera a criticarla.

Viriato alertó sobre el ruido de un motor y unos segundos después vieron la pequeña mancha oscura de un avión que se dirigía hacia ellos. Se agacharon con precaución, pero Marcelo se puso en pie, gritando:

—¡Es de los nuestros! De los que nos ha regalado Francia.

En efecto, era un aparato del Gobierno, que los sobrevoló mientras lo saludaban agitando los brazos y los pañuelos. Rápido y ágil, su presencia en el cielo parecía un antídoto contra la derrota y los llenó de euforia.

—Pero no nos lo ha regalado Francia —dijo Rocha—, los ha comprado el Gobierno. Europa no nos va a ayudar en nada. Esta guerra la tendremos que ganar nosotros solos.

—¡Claro que la ganaremos, en cuanto nos envíen al frente en lugar de estar saltando por el monte como cabras! —exclamó Mangas.

—Europa no nos dejará solos —intervino Marcelo con su habitual optimismo.

—¿Tú crees que bajarán hasta aquí para ayudarnos? —discrepó Rubén.

—Estoy seguro.

—Yo creo que no. Esta es una guerra de secano —señaló alrededor—. Y las guerras en seco no tienen prestigio, no alcanzan el aura de esfuerzo y de heroísmo de las guerras cuyo escenario es el barro, la lluvia y el frío. La sangre vertida en el hielo brilla y perdura, y la sangre vertida en la arena enseguida desaparece, y enseguida se olvida.

—Espera un poco a que llegue aquí el invierno y verás lo que es el agua y el frío —dijo Magro.

—No se necesita estar embarrado para saber de guerras —replicó Rubén, que había visto demasiados cuadros de batallas en horizontes abiertos como para no imaginársela también allí—. Estos paisajes servirían de escenario para cualquier combate —reconoció—, pero hasta aquí no llegarían los periodistas ni los fotógrafos. Se quedarán en Madrid y en Barcelona, aunque la guerra verdadera suceda en lugares como este. En los primeros días, cuando se produjo el asalto al cuartel de la Montaña, aún se podía dudar si aquello era la guerra. A pesar de su gravedad, podía quedarse en una revuelta. Pero aquí ya no hay duda y todo indica que será dolorosa... aunque para Europa no tenga prestigio —repitió mirando a Marcelo—. Somos un pueblo de segunda y solo podemos hacer guerras de segunda.

—Tal vez tengas razón —dijo Marcelo después de unos instantes—. Pero creo que todo irá mejor si te guardas para ti esas ideas.

Terminó la parada y el teniente Nogueroles ordenó el regreso hacia Breda. La vuelta se hizo más rápida, porque el camino era descendente y tenían ganas de llegar y descansar. Marta se fue rezagando en el grupo hasta que llegó junto a Rubén, que iba solo, rumiando la conversación sobre la guerra en la que se había mostrado tan pesimista y tan locuaz, desconfiando todo lo que un voluntario podía desconfiar sin caer en el derrotismo o en la sospecha.

A Marta, sin embargo, no eran sus opiniones políticas lo que más le interesaba de él, sino sus opiniones sobre asuntos personales. El descubrimiento de que los bodegones eran suyos la había impresionado y sentía que aquel pequeño secreto establecía entre ellos una complicidad mayor que la derivada de respirar el mismo aire en el Mausoleo, de compartir agua y comida y de creer en una misma ideología. Por otra parte, a una muchacha tan urbana como ella le resultaba una novedad apasionante caminar con un pintor por un lugar así, entre árboles y arbustos, por un monte que existía mucho

tiempo antes de que ningún hombre hubiera pensado que podía ser el escenario de una guerra, con las cumbres duras, grises, peladas a sus espaldas y enfrente, a lo lejos, una llanura de tierras hondas y feraces que habían ido recogiendo durante milenios toda la fertilidad que perdían las montañas. En aquel paisaje, bajo un cielo de nubes otoñales entre las cuales el sol parpadeaba con asombro, un pintor vería cosas que ella no podía percibir y sería capaz de transformarlas en emociones.

Sin embargo, Rubén apenas hablaba. Caminaba mirando hacia el suelo como si temiera tropezar, con un gesto concentrado en el rostro sudoroso y con la respiración agitada por el esfuerzo, como si estuvieran subiendo el monte en lugar de bajarlo. Sabía que no tenía razón en las discrepancias mantenidas con Marcelo. En vísperas de la entrada en combate, su pesimismo estaba fuera de lugar y era contradictorio: si no creía en la guerra, ¿entonces por qué se había alistado como voluntario? Media hora de camino le había bastado para reconocer su contradicción. Se había opuesto a Marcelo hablando de la guerra porque no podía oponerse hablándole de Marta.

Y algo de todo eso debió de advertir ella cuando, confusa, aceleró el paso y lo dejó de nuevo solo en la cola de la sección.

Las mejoras en el Mausoleo habían continuado y en la parte trasera del anexo se instaló un depósito de agua del que salían tres grifos que permitían ducharse rápidamente. Las muchachas tenían un pequeño aseo en el interior, pero los hombres fueron obligados a pasar por allí con una pastilla de jabón. En la puerta, además, habían pinchado una circular firmada por el propio Guedea, que, con su habilidad para impartir órdenes que sus hombres comenzaban obedeciendo y terminaban cumpliendo sin saber que obedecían, insistía en la necesidad de la higiene para mantener la salud y, con ella, la eficacia militar. A partir de aquel día era obligatorio ducharse al menos una vez a la semana y se castigaría a quien presentara un mal aspecto personal o una deficiente conservación del uniforme.

Para que no faltara nada, una tarde al salir del Mausoleo Marta vio que un barbero cortaba el pelo a un soldado sentado en una silla. Junto a él había otra silla vacía y una mesa con los útiles de la profesión. El barbero era un

hombre de baja estatura, que resultaba casi invisible al lado de su mujer, Julia, cuya belleza tanto había llamado la atención de los milicianos al servirles la comida el primer día. De cuando en cuando barría los pelos que iban cayendo al suelo.

Mangas apareció a su lado con el pelo rojo mojado y aplastado y la piel enrojecida a fuerza de frotarse con las ásperas toallas, pero en el rostro quedaba la sombra de la barba.

—¿Cuánto hay que pagar por un afeitado? —le preguntó a la mujer.

—Los voluntarios, nada —respondió invitándolo a ocupar la silla vacía.

Mangas se sentó y Julia le puso un paño en el cuello y comenzó a batir la espuma en la escudilla para que el barbero no tuviera que esperar. Sin embargo, el barbero detuvo su trabajo con las tijeras y se quedó mirando a su mujer, a las manos que encrespaban la espuma sin demasiada habilidad y expandían un olor a jabón fresco y fragante. Sonrió al ver cómo se esforzaba en una tarea en la que no tenía mucha habilidad y le dijo:

—Ya vale. Está muy bien.

Terminó de cortar el pelo y, tijereteando, observó el resultado de un lado y otro de la cabeza. Satisfecho, retiró el paño, lo sacudió con un par de chasquidos y con un gesto de la mano quitó importancia al agradecimiento que le dispensaba el soldado, que se quedó allí al lado con gesto complacido, como si no supiera adónde ir ni qué hacer con su atildado aspecto.

Tena llegó caminando desde el Palacio y ni su ropa sucia ni su rostro tenían el aire festivo que iba impregnando a los demás.

—Mañana —dijo en voz alta, sin mirar a nadie.

—¿Mañana? —preguntó Mangas desde debajo de la espuma.

—Quieto —le pidió el barbero—. No hables ahora.

—¡Se acabaron las vacaciones! El capitán Méndez nos ha reunido y nos ha comunicado que mañana vamos al frente. Bautizo de fuego.

—¡Bien! —exclamó Mangas, que con el paso de los días y el contacto con las armas había ido olvidando sus primeros propósitos de convencer al enemigo con palabras y ya no renunciaba a apoyar sus filantrópicos argumentos con el fusil. Al moverse, el barbero tuvo que apartar la navaja de su cara.

—¡Quieto!

—Como sigas hablando, yo sé de uno que mañana tendrá que quedarse aquí, a cicatrizar alguna herida. ¡Aunque quizá sería lo mejor!

El barbero le pinzó la nariz con dos dedos y comenzó a afeitarse el labio superior, lo que le impedía hablar.

—¿Tan pronto? ¡No puede ser! —protestó la mujer—. Si acaban de llegar y no han tenido tiempo suficiente para... No pueden enviarlos allí tan pronto.

—Son las órdenes —repitió Tena.

—No se preocupe, señora —dijo Mangas en cuanto el barbero lo dejó libre un instante para limpiar la espuma sucia en la escudilla—. No nos pasará nada.

—No os han preparado lo suficiente. ¡Lleváis aquí solo unos días!

—No necesitamos nada más —dijo el soldado.

Sin embargo, Marta pensó que Julia tenía razón. Por primera vez sintió miedo y dudó de la conveniencia de haberse alistado en Madrid tan precipitadamente. En días anteriores había visto las heridas, los gestos de cansancio de los soldados y milicianos que regresaban del turno en primera línea y había comprobado que la guerra era mucho más que desfilar con un fusil descargado por la Gran Vía o que subir a un camión y acercarse a la sierra a contemplar con prismáticos las posiciones del enemigo. Sin embargo, se dijo que volvería a hacerlo. Marta estaba convencida de la necesidad de defender la libertad que había traído la República, aunque la carencia de orden en la gestión de esa libertad podía acarrear su destrucción.

Esa noche durmió mal y estaba muy cansada cuando, antes del amanecer, les hicieron formar a todos en la explanada del Mausoleo, una pequeña multitud en medio de la cual se sintió amparada. Eran muy pocos para emprender ellos solos algo que modificara el frente, pero eran demasiados para que no muriera alguno en cualquier refriega. Todos llevaban sus fusiles y a cada uno de ellos le entregaron un puñado de balas.

Del Palacio llegaron Méndez, Noguerol y los sargentos, y el capitán les dio las últimas instrucciones para su primer contacto con el enemigo: obedecer rigurosamente las órdenes, no desperdiciar una munición que no sobraba y, sobre todo, protegerse y regresar indemnes cuando terminara el día:

no solo vivos, tampoco heridos, puesto que en una guerra un soldado herido a quien hubiera que trasladar, curar y recuperar se convertía en un problema más grave que un soldado muerto.

Los distribuyeron en secciones bajo la tutela de un cabo. En el grupo de Marta, Tena hacía gala de una responsabilidad algo ostentosa que se convertía en una provocación irresistible para Mangas. Subieron en varios camiones que los trasladaron cerca del frente para hacer a pie el último tramo. Como en las marchas, cada grupo se separó cincuenta metros del anterior y del siguiente y caminaron en dirección sur, internándose en una dehesa de grandes encinas, sobrias, centenarias, corpulentas, cuyo aplomo y honradez hacían pensar que no eran árboles inútiles, que no estaban allí en vano. En sus copas espumeaban las bellotas aún tiernas y en sus troncos de leña dura y cálida la base se ensanchaba asentándose en el suelo con firmeza.

Enseguida divisaron el Lebrón, que ahora veían por primera vez a la luz del día: un río oscuro y tranquilo, con más caudal del que podría imaginarse en aquel paisaje de secano. Avanzaron un trecho sin acercarse a su orilla, entre las densas, jugosas choperas y alamedas, alternadas con cercados de hortalizas y árboles frutales. En muchos de ellos se levantaba una casa pequeña, austera, con la parte inferior de sus muros construida de pizarra vista y la superior de adobe, cubiertas a dos aguas con teja árabe. En aquel momento daban la impresión de estar vacías, pero los cuidados surcos de las huertas indicaban que alguien trabajaba cerca.

—Este lugar se llama Huertas de la Abundancia —les dijo Magro señalando las norias con las que se extraía el agua que se filtraba del río.

Y enseguida vieron el Puente del Jinete, la sólida elegancia de los cinco ojos cortados por la mitad por las cuchillas del agua. Sin que nadie se lo ordenara, todos se quedaron callados o hablaron en susurros.

—La otra cabeza de puente también es nuestra, pero detrás están los fascistas —Gema señaló el otro lado del río.

Les ordenaron que nadie se separara de su grupo y desde sus posiciones vieron venir a los soldados y milicianos a quienes iban a sustituir, a algunos de los cuales reconocieron de días anteriores. No había heridos, pero todos estaban sucios, cansados, con cara de sueño.

—¿Todo tranquilo ahí delante? —preguntó Magro a uno de ellos.

—Hasta ahora sí. Quizá el jaleo empiece un poco más tarde.

Atravesaron el Puente del Jinete agachándose para protegerse con el pretil y llegaron a las trincheras que defendían las posiciones en la otra orilla. Conscientes de la importancia estratégica de dominar ambos extremos, a las fortificaciones centrales que controlaban el acceso por el camino principal se le habían añadido otras en ambos flancos, formando un arco de circunferencia que en la parte izquierda resultaba muy favorecido por la orografía: el Montón de Trigo era una empinada colina elevada junto a la orilla, desde la cual se impedía sin demasiado esfuerzo que el enemigo se acercara. Para tomar el Puente del Jinete se hacía necesario tomar primero el Montón de Trigo.

El pelotón de Marta, empuñando con fuerza los fusiles y con una ración de balas en los bolsillos o en las cartucheras, siguió a Noguero por la trinchera que se desviaba hacia la colina. Allí Magro los fue distribuyendo a cada uno en una posición, separados unos de otros por unos pocos metros. Cuando le indicaron su sitio, a pesar del miedo, Marta se sintió protegida: a su izquierda estaba Marcelo, y luego Tena, y luego Mangas. A su derecha, Gema y João y, tras ellos, Viriato. No vio a Rubén, que había quedado oculto por la suave curva con que la zanja se adaptaba al terreno.

Ella no tenía ninguna experiencia en fortificaciones, pero la trinchera le pareció un poco chapucera, una simple excavación tirada a cordel, con la tierra amontonada delante como parapeto, como si quienes la habían cavado pensaran que no sería necesario mantenerla durante demasiado tiempo. No había aspilleras y, según comentó alguien recordando su experiencia en la guerra de África, dejaba sin protección algunos ángulos muertos.

Magro regresó repitiendo:

—¡No se dispara si no se da la orden!

Se quedó agachada, amedrentada al ocupar por primera vez un escenario que ya no era de entrenamiento ni de maniobras contra un enemigo imaginario. Allí no había ninguna épica de la que hablaban las consignas. Al apoyarse en la tierra se rebozaban en polvo, en una postura incómoda, y cualquier necesidad fisiológica adquiriría matices escatológicos. No quiso pensar en cómo sería la zanja cuando lloviera. Por otro lado, el cartucho que esperaba en la recámara de su máuser no era de fogueo ni las siluetas que distinguiría cuando asomara la cabeza serían las de unos inofensivos muñecos de cartón.

En el Montón de Trigo todo era de plomo, carne y hueso y constituía un peligro que la obligaba a actuar con unos principios muy diferentes a los que hasta entonces había obedecido. Y a pesar de todo, el miedo no la vencía, aunque sentía miedo a que pudiera vencerla y a que, ante un tiroteo que produjera sangre o ante un ataque decidido, arrojara al suelo el fusil y saliera huyendo sin mirar atrás, abandonando a sus compañeros. A su lado estaba Marcelo y supo que si fuera necesario asumir una dosis de riesgo, él se encargaría de aportarla por ambos. En silencio agradeció su valentía, de la que ya había tenido pruebas en el pasado. Al fondo, tras él, vio la cabeza pelirroja de Mangas agachado y prevenido, aún más reducida su estatura, y, señalándolo, le dijo a Marcelo:

—Es el único que tiene casi tanto miedo como yo.

—Miedo tenemos todos —confesó.

—¿Qué se ve ahí delante?

Marcelo asomó la cabeza muy despacio y Marta lo imitó y oteó entre dos piedras. Ante ellos descendía la ladera hasta llegar al cauce de un arroyo seco en el que crecían arbustos y algunos chopos. Más allá la tierra se ondulaba suavemente en campos de labranza, ahora en barbecho. A una distancia media apreciaron el cordón amarronado de la tierra removida para cavar otras trincheras parecidas a las suyas, ocupadas por combatientes parecidos a ellos, también conscientes de que el Puente del Jinete era una posición estratégica para controlar la zona.

—¿Los ves? —preguntó Marcelo.

—Se ve dónde están. Pero no se mueve nada.

Se acercó hasta ella y se asomó a mirar con los prismáticos que le había dejado Tena.

—Mira con esto. Se ven como si estuvieran ahí mismo.

Le pasó los prismáticos y, en efecto, a Marta le dio la impresión de que se hallaban al lado. En su panorámica distinguió algún casco desplazándose, algunos brazos y, de pronto, chocó con un soldado que la apuntaba con su fusil.

La bala levantó un poco la tierra a su lado y el miedo le hizo caer hacia atrás, asustada, temblando de pánico y estupor, porque era la primera vez que alguien disparaba contra ella. Hubo más disparos y pronto, sin que hubiera

oído la orden, estaba envuelta en un tiroteo violento y encrespado, entre estampidos que parecían surgir de dentro de la tierra.

Se levantó y unos minutos después también ella había aprendido a asomarse un segundo para disparar y a agacharse para cargar. Aunque recordaba el comentario del teniente de que la puntería mejora cuando se vuelve necesaria, estaba convencida de que toda su actuación solo era un despilfarro de pólvora y de balas.

Luego, de un modo tan repentino como había comenzado, el tiroteo se detuvo a uno y otro lado y solo algunos disparos residuales se oyeron todavía, como si nadie quisiera devolver a la cartuchera la bala que ya había encajado en la recámara.

—Que nadie se mueva de su sitio —les ordenó el teniente Noguero, que pasó a su lado con dos camilleros, comprobando cómo estaban—. Y agachad bien las cabezas. No creáis que porque vosotros no disparéis ellos van a dejar de hacerlo.

—Tal vez si nadie disparara... —dijo Mangas, debatiéndose entre su discurso dialogante y la furia con que unos minutos antes había empleado su fusil.

—No seas ingenuo y agáchate —dijo Tena—. No quiero que te atraviesen esa dura cabezota anarquista..., porque no creo que la bala encontrara ahí dentro mucha resistencia.

—¡Para ya con tus discursos! ¡No sé cómo todavía te queda saliva en la boca!

El teniente reapareció seguido por los dos camilleros, que ahora llevaban en unas andas a un herido o muerto: estaba inconsciente y una venda ensangrentada le cubría la frente. Al verlo, Viriato se levantó y preguntó:

—¿Cómo está?

—Mal —respondió uno de los camilleros.

—¿Lo conocías? —le preguntó Gema cuando desaparecieron.

—Sí. Un buen compañero.

Se quedaron todos en silencio, sin moverse de sus posiciones, como les había ordenado el teniente, sin disparar y sin dejarse ver, respirando agitados el aire seco, sulfúrico y caliente, cargado de partículas de tierra quemada y de

pólvora quemada, que les secaba la garganta y dificultaba la respiración, por primera vez conscientes del profundo dolor que provocaban unos disparos de fusil que hasta entonces no habían parecido trágicos.

—Ahora todo está otra vez tranquilo —dijo Tena, que se había asomado a otear con los prismáticos.

—Les hemos dado su merecido —intentó bromear Mangas, pero nadie sonrió.

Era mediodía y sacaron la ración de comida que les habían repartido por la mañana. Agachados, encogidos sobre la rebanada de pan, el trozo de carne, el huevo duro y la manzana, parecían ardillas comiendo nueces y engullendo deprisa, con miedo de que se reanudaran los disparos o de que viniera alguien y les quitara el alimento.

Uno de los camilleros pasó junto a ellos y Tena le preguntó:

—¿Cómo está el herido?

—¿Cuál de ellos? Ah... Ha muerto.

Marta bebió agua de la cantimplora para deshacer el nudo que apretaba su garganta. No se oía nada en la trinchera una vez terminado el recuento de daños, como si los animales que no hubieran huido del Montón de Trigo y las encinas inmóviles y piadosas también supieran que alguien había muerto. De pronto Viriato se levantó y se alejó de ellos con su fusil, hasta desaparecer tras la curva. Luego oyeron un solo disparo y enseguida lo vieron regresar sin decir nada y sentarse un poco apartado. Nadie le preguntó y Marta guardó en la fiamblera la comida que no podía tragar mientras pensaba que la guerra era aquello: se podía matar sin que nada cambiara, sin que nadie acusara.

Al atardecer se produjo un nuevo intercambio de disparos, menos intenso que el de la mañana, como un recordatorio antes de que cayera la noche.

De vez en cuando un olor, un objeto, unas palabras lo cogían de la mano y lo llevaban de paseo por los prados de la memoria, y el hombre que era ahora contemplaba al muchacho que había sido quince años atrás, escandalizado de que todo aquello le hubiera ocurrido a un niño y hubiera sido capaz de soportarlo. Ahora volvió a verlo arrancando una rama de chopo —larga, lustrosa, elástica, llena de hojas— y saltando al suelo desde lo alto flexionando las piernas para amortiguar la caída. Vio cómo agarraba las riendas del viejo caballo, pero no se montaba en él, y decía:

—Vamos.

Los otros dos lo siguieron caminando deprisa, imitando su paso decidido, enérgico, invariable en su ritmo. Bordearon la laguna donde los violeros giraban en su estúpido vuelo, arracimados en embudos aéreos, fáciles presas para los murciélagos. Antes de llegar a la ermita ató la mano izquierda del caballo a un cabo de la soga, y el otro cabo a una estaca que clavó en el suelo, de modo que el animal tuviera un radio de diez metros donde pastar. Mientras aseguraba la estaca con ayuda de una piedra, los otros dos observaron sus pies descalzos, el talón endurecido y calloso, las manos que aferraban la piedra con dedos anchos, fuertes, pero todavía cortos, porque aún no había completado su crecimiento: la mano de un niño con uñas de hombre.

—¿Hasta qué hora te deja tu madre?

Sin levantarse, el muchacho, Ugarte, volvió la cabeza hacia el que le había preguntado y lo miró un instante con dureza, casi con desprecio, antes de seguir hundiendo la estaca con golpes un poco más fuertes, rabiosos.

—Mi madre no tiene por qué decirme a qué hora debo volver —repuso, y enseguida añadió—: Todavía queda mucho sol.

Dio dos golpes más, calculó que la astucia y la vejez del caballo no serían suficientes para desclavar la estaca y dijo:

—Vamos.

Comenzaron a subir la suave pendiente hacia la ermita, aislada en la cima de la loma, recortada contra el sol de la tarde con esa paz de los pequeños templos rurales que solo albergan la talla de una virgen oscura o de un santo en un retablo austero, sin apenas objetos de valor, sin tumbas en el suelo. Llegaron al pequeño pórtico sostenido por dos columnas de granito y observaron el ancho resquicio que en lo alto de la puerta de arco de medio punto dejaban las dos hojas de gruesas maderas, que no encajaban bien.

—Vamos —repitió, pero ya no se dirigía a los dos muchachos, sino a los murciélagos que vivían en la ermita cerrada y que se alimentaban del aceite de las lámparas y de los mosquitos de la laguna.

Uno de los muchachos golpeó varias veces la puerta con la mano.

—Los vas a asustar y no van a querer salir —dijo el otro.

—Tienen que despertarse.

—Para eso no necesitan tus golpes, los despierta la luz del sol cuando se va.

—Duermen durante el día y viven por la noche.

Ugarte no intervino en la discusión. Los dejó hablar, esperando con la larga rama de chopo en la mano, sin ninguna impaciencia, como si deseara que no salieran todavía y lo obligaran así a permanecer allí el resto de la tarde, hasta bien entrada la noche. Notó cómo una lágrima se desbordaba de su ojo izquierdo y dejó que corriera por su mejilla hasta llegar a la comisura de la boca, donde la atrapó con un gesto rápido, elástico, de la lengua, que en su forma de moverse tenía algo de rana o de camaleón.

—Ahí está —susurró uno de los muchachos al cabo de unos minutos.

En el hueco del dintel vieron asomar la cabeza pequeña y ciega, el morro afilado como el de un ratón, como un ciego que antes de salir de su casa se detuviera unos segundos en el portal y escuchara y oliera el aire para detectar algún peligro. Luego, confiado, sacó el cuerpo, extendió las alas y se lanzó a volar girando hacia la izquierda, hacia la laguna. Instantes después asomó otra cabeza.

Le pasó la rama a uno de los muchachos y dejó que lo golpeará al salir. El murciélago cayó al suelo con un afilado y angustioso chillido, pero se recuperó enseguida y remontó el vuelo antes de que pudieran atraparlo.

—¡Ahora no saldrán más! —protestó el muchacho que no tenía la rama.

—Sí saldrán. Tienen que comer.

—No, no saldrán. Los habrá avisado con ese grito. O de otra forma. Se lanzan mensajes que nosotros no oímos. Lo ha dicho el maestro.

—¡Callaos! —les ordenó.

—Lo ha dicho el maestro. Son señales eléctricas, como las del telégrafo.

—¡Cállate! —gritó.

El chico lo miró sorprendido por la violencia de su reacción y vio los dos ojos húmedos, a punto de dejar escapar las lágrimas. Luego desvió la mirada para espiar el dintel.

Ugarte avanzó dos pasos, recuperó la rama y la sostuvo en alto con las dos manos, esperando. El sol ya se apoyaba en la línea del horizonte y sus últimos rayos se colaban bajo el pórtico y acariciaban la puerta de la ermita con el aviso de la llegada inminente de las sombras que, de algún modo, percibían los ciegos murciélagos como una señal para salir a su nerviosa, acalambrada depredación sobre la superficie de la laguna. Tensó los brazos cuando asomó la nueva cabeza y el golpe preciso de la rama lo aturdió sin matarlo. Lo cogió por la punta de las alas y lo extendió sobre el cartón, dejando que los otros lo crucificaran. El murciélago emitía leves chillidos de ratón, abría la boca y mostraba los colmillos diminutos y afilados, como si le faltara el aire.

Uno de los muchachos sacó un paquete de cigarrillos. Encendió uno con un chisquero, dio un par de caladas y se lo pasó al otro. Luego le ofrecieron a él, que negó con la cabeza, sin hablar, con dos o tres movimientos cortos y rápidos. Acercaron la colilla a la boca abierta del murciélago, que durante unos instantes pareció inhalar el humo y dejar escapar una pequeña voluta.

—Le gusta el tabaco —dijo uno de los chicos.

—Más que la sangre —sonrió el otro.

Le hicieron fumar varias veces más y el murciélago, intoxicado, dejó de estremecerse y pareció morir. La oscuridad había ido invadiendo el pórtico y los dos muchachos lo advirtieron de pronto.

—Tenemos que irnos —dijo uno de ellos.

—¿Ya? —preguntó él.

—Sí. Es tarde.

—¿Ya?

—Es tarde.

—Vale. Iros para que no os castiguen mañana sin salir —dijo con voz dura, burlona, para ocultar que envidiaba su suerte de poder regresar en cualquier momento a casa, de seguir manteniendo su inocencia.

Los dos muchachos se alejaron y él, buscando algo, miró hacia el viejo caballo, hacia la laguna y hacia el cielo en el que comenzaban a puntear las estrellas y que ahora ya parecía más grande que la tierra, pero no encontró nada a lo que agarrarse. Su madre lo había enviado al huerto que tenían junto al molino a guardar los animales y a recoger el caballo. Nunca tardaba menos de dos horas, el tiempo suficiente para hacer lo que quería ocultarle.

—No voy a volver. No voy a volver a casa nunca —murmuró en voz baja, terca, con desesperación

El caballo relinchó pidiendo el regreso al establo, a la ración de cebada y heno, a la tibia fermentación del lecho de paja y excrementos. Se levantó y fue hacia la orilla, donde el animal lo esperaba con ojos afables y pacientes. Arrancó la estaca y enrolló la soga sobre ella con movimientos expertos. Luego, de un salto, se encaramó sobre él y, sin prisas, dejó que eligiera el camino.

La casa estaba en las afueras, al otro lado de Breda, aislada junto a la carretera. El muchacho no impidió que el caballo rodeara la laguna y caminara despacio de regreso hacia ella. Solo cuando ya se había cruzado con el hombre se dio cuenta de que no había respondido a su saludo —«Vamos de recogida, que ya es tarde»— y miró hacia atrás, de nuevo envidiando sus prisas por llegar a un hogar con la cena recién cocinada por alguien que lo esperaba. Tiró de la rienda del caballo y torció hacia la derecha, hacia un huerto de olivos que plateaban en las sombras cada vez más densas. Bajó de un salto, enganchó la rienda a una rama y se sentó con la espalda apoyada en la corteza áspera, gris, llena de verrugas, mirando a lo lejos la silueta de su casa, frente a la única bombilla que iluminaba el cruce de la carretera con la calle que conducía hacia el centro de la villa. Al acabar el luto por la muerte de su padre, también había acabado la tendencia a mantener cerradas las ventanas. No se movía nada, tal vez ya se habría ido, pero él siguió sentado en la oscuridad, sintiendo cómo todo el campo de olivos, las eras y la dehesa que se

extendía tras él acompañaban su corazón con sus latidos. Sus ojos oscilaban entre la casa y el cielo donde la primera rebanada de la luna ofrecía su minúscula luz a la voracidad de los humanos aterrorizados por las sombras, reacomodaba los dibujos de las estrellas que, en su ausencia, se habían desordenado y prestaba a la noche una falsa apariencia de paz. No sentía hambre ni cansancio ni sueño, escuchando cómo el caballo a su lado, paciente y viejo, mordisqueaba algunas hierbas y las masticaba despacio, con dificultad, como si los años le hubieran hecho perder algunas piezas de la boca. Casi le doblaba la edad: veintidós años frente a los trece suyos. Ya había vivido demasiado y no tardaría mucho en morir, se dijo, pensando en su padre, cuando aún vivía y regresaba del molino montado en él, envuelto en aquella blanca palidez de las ropas y del pelo que le permitía ocultar la propia palidez de su piel. Había sido un hombre de permanente malhumor, cansado y hosco, que había visto cómo la mayoría de los proyectos que emprendía terminaban en fracaso: había tomado por esposa a una mujer quince años más joven que él y no fue necesario mucho tiempo de matrimonio para comprobar que la edad concede prerrogativas de sabiduría y experiencia, pero que no supone ninguna garantía en el orden de los sentimientos. Por una serie de circunstancias había combatido fugazmente contra los franceses en las trincheras de la línea Maginot y había perdido la guerra, de donde volvió con unas llagas crónicas e insidiosas y una dificultad respiratoria que atribuía a los gases inhalados, con un miedo insuperable ante la explosión de cualquier petardo, ante cualquier olor o gas no inventariado. Había empleado todos sus ahorros en la compra de un viejo molino harinero movido por las aguas de un arroyo del Lebrón y había visto cómo la llegada de la electricidad facilitaba la instalación de nuevas máquinas en otros molinos de la competencia que dejaban obsoleto y arruinado su sistema de ruedas, correas y cangilones. Cualquier segador o campesino que llegara hasta allí podía oírle maldecir los nuevos modos de producción basados en motores:

—Con una hoz alguien podría cortarse un dedo si fuera tan estúpido de mirar para otro lado mientras la usa, pero cualquiera de esas máquinas del diablo que algunos están comprando les cortará un brazo o una pierna al mínimo descuido. ¡Claro que siempre habrá otro idiota para sustituirlo, porque ya están dejando a más de uno sin empleo!

Con los ojos cerrados, oyendo el suave masticar del caballo, volvió a su cabeza el relato que tantas veces había oído contar a su padre, tan cercano que parecía formar parte de su presente, tan nítido que podía pensar que también él lo había protagonizado, aunque entonces solo tenía ocho años. Sin ningún esfuerzo para evocarlos, oyó los pasos furtivos de los dos hombres por la carretera de tierra, en mitad de la noche, y vislumbró el reflejo de la luna en el acero de las hachas. Los vio detenerse junto a uno de los postes de álamo que se levantaban cada cuarenta o cincuenta metros, clavados dos días antes, la madera embreada y oscura y, en lo alto, las dos manchas blancas de los aislantes de porcelana.

—¿Aquí? —susurró el otro, un hombre bajo y fuerte.

—Sí. Tú, en este —ordenó su padre—. Yo voy al otro.

Su padre caminó hasta el siguiente poste mientras a su espalda comenzaban a restallar, mordiendo la madera, los golpes del hacha manejado por el ayudante. Luego, unos segundos más tarde, se alternaron los dos ritmos en medio de la noche oscura, sedosa y profunda, como leñadores que rivalizaran en una apuesta, los secos chasquidos levantando esquirlas con una furia que no emplearían para derribar un árbol lleno de savia, como si también con su actitud pretendieran demostrar lo falsario de aquellos troncos muertos, sin raíces ni ramas ni frutos. No tardó mucho en oírse el crujido de un poste al inclinarse y enseguida el golpe sordo que provocaba al caer en la tierra. Todavía fueron necesarios algunos hachazos más, allá al fondo, donde su padre, poco experto en el manejo del hacha y menos fuerte, pero igualmente decidido e inflexible, tardó un poco más en derribarlo. El ayudante se acercó a él.

—Bueno, ya está —gruñó su padre, sonriendo con rabia, sin alegría, pisando el poste caído como si fuera un trofeo de caza.

—Lástima —dijo el hombre bajo.

—¿Por qué?

—Podríamos llevármolos.

—No —negó su padre.

—Si mañana traemos un carro...

—No.

—Traemos un carro y... Son vigas estupendas para cualquier tejado — insistió.

—No. Terminarían encontrándolas.

—Lástima —repitió, golpeando con la punta de la alpargata la viga dura, embreada, resistente.

—Vamos. Hay más trabajo —ordenó su padre dirigiéndose hacia otros postes.

Los dos hombres se adentraron en la oscuridad de la memoria del muchacho y su lugar fue ocupado por una conversación de la que él fue testigo, por aquellos mismos días, en la fragua de Camilo, adonde su madre lo había enviado con el encargo de afilar las tijeras de la costura. Entró allí con timidez, porque la fragua lo atraía y lo amedrentaba al mismo tiempo. Mientras en su casa se valoraba la inmovilidad y el silencio, allí todo empujaba a estar despierto: el ácido olor a azufre y a metal quemado en el fuego siempre encendido, los golpes del martillo en el yunque o el silbido de la taladradora, las chispas de la amoladera o el resplandor de las soldaduras. El herrero se sentó ante el pedal y comenzó a mover la cadena que hacía girar la piedra mientras él observaba las brillantes chispas que escupía al contacto del acero, que parecía que atravesarían la carne de cualquiera y sin embargo no quemaban al herrero. El muchacho oyó las palabras sin pensar demasiado en ellas, porque en la infancia los oídos oyen y los ojos ven lo que la cabeza aún no entiende, sin saber que años más tarde la memoria lo obligaría a recordarlas cada cierto tiempo, un día y otro día, para que no las olvidara nunca, apenas modificadas por el paso de los años, talladas en el atento silencio con que los hombres sentados en el banco escuchaban y fumaban. Camilo también hacía trabajos en hierro que le encargaban los hombres de la luz que clavaban los postes que su padre derribaba por las noches y en Breda era el partidario más entusiasta de la llegada de la electricidad:

—Breda quedará iluminada como si siempre fuera de día y siempre hubiera sol. Se acabarán los incendios de los braseros dentro de las casas, los tufos y los malos humos, el olor a aceite quemado de los candiles y las manchas de la cera. Los sastres podrán coser toda la noche sin perder el hilo y los escribientes podrán escribir hasta el alba sin quemarse las pupilas. El hombre podrá ver desnuda en la noche a su mujer, y la mujer a su hombre, y

los niños dormirán sin miedo a las tinieblas, bastará con girar un pequeño botón para ahuyentar a los monstruos y a las ratas... El hombre del saco ya no campará a sus anchas por lo oscuro —añadió Camilo mirándolo con simpatía—. Podremos salir a las calles sin tropiezos, porque también las calles estarán iluminadas. Será como cuando en Breda tuvimos una vez dos soles, el parhelio, que hizo que fuéramos así, al mismo tiempo violentos y apacibles, eufóricos y tristes, paganos y creyentes. A partir de ahora, el sol dejará de ser tan importante y necesario. Y si un día se agota, nos quedará esta luz, esta fuerza que corre por dos hilos y que moverá estufas de calor y ruedas de molino y máquinas que harán todo el trabajo y permitirán al hombre el descanso y el ocio. Será como si hubiéramos llegado al Paraíso.

—Como si hubiéramos vuelto, Camilo, como si hubiéramos vuelto —lo corrigió uno de los hombres.

A pesar de los pequeños sabotajes, la luz llegó a Breda. Los operarios forasteros de la cuadrilla tendieron los últimos cables bajo los aleros de los tejados y en cada esquina instalaron uno de aquellos globos de cristal. Luego acordaron una fecha para la inauguración y alguien advirtió que sería una noche muy oscura, porque tocaba luna nueva.

La electricidad también había llegado al nuevo molino de la competencia. Su padre había entrado en una excitada cólera al comprobar que perdía clientes, que aseguraban que de las modernas máquinas la harina salía más blanca, más cernida, menos húmeda y en la mitad de tiempo. En aquellos días apenas paraba en casa, pero ni su madre ni él hubieran podido decir dónde se encontraba. Una vez alguien que pasaba por el cruce habló con ella y ella lo mandó a buscarlo a la taberna. Su padre estaba rodeado de cuatro o cinco hombres que lo escuchaban en silencio, las manos sosteniendo los vasos de cristal gastado, casi opaco a fuerza de fregados.

—Madre dice que vaya usted a casa —le dijo.

—¿Qué? —lo miró agitando el áspero aliento a vino, parpadeando con rapidez, como si no lo reconociera.

—Madre dice que vaya usted a casa —repitió sin mirar alrededor, a los rostros de los hombres, temiendo que hubieran aparecido las sonrisas.

—Sí, ahora iré. Dile a tu madre que... En cuanto termine aquí de explicar... Vete y dile a tu madre que ya iré, en cuanto termine... —farfulló, incapaz de hablar y pensar al mismo tiempo.

—Madre dice que... —insistió todavía, asustado por la intensidad de un sentimiento para el que no encontraba un nombre, en cuyo centro se condensaban dolor, rabia, miedo, rebeldía y vergüenza e impotencia para impedir aquella situación que a su padre le hacía daño y no hacía ningún bien a los demás.

—Vete ahora y díselo a tu madre —repitió, y en su aturdimiento aún debió de encontrar un resto de lucidez para adivinar lo que su hijo estaba pensando, porque añadió—: Vete ahora... Tú nunca me has desobedecido.

Se limpió las dos lágrimas y entonces sí miró alrededor, a los rostros que ya sonreían, preguntándose por qué no lo ayudaban, por primera vez echando de menos algo que fuera más fuerte que los hombres, no al dios callado, invisible e indiferente del que hablaban en la iglesia, sino a algo más cercano y terrenal, un orden, un principio, un poder, una ley acatada por todos que impidiera que un hijo viera borracho a su padre.

Volvió despacio a casa y su padre no tardó en llegar. Pero siguió saliendo por las noches, como si quisiera aprovechar las últimas oportunidades de oscuridad antes de que siempre fuera de día, como anunciaba Camilo en la fragua, y ya ni siquiera utilizaba el hacha ni los alicates, porque los guardias civiles vigilaban para proteger el tendido. Una noche, mientras cenaba con su madre en la cocina, lo oyeron llegar, recorrer el pasillo hasta el patio trasero y sacar agua del pozo para lavarse. Luego volvió a salir, y hasta la mañana siguiente no supo que lo habían golpeado y que él había golpeado a alguien, cuando vio a su madre lavando su camisa manchada de sangre. Durante unos días creyeron que estaba en el molino, adelantando el trabajo atrasado, pero luego supieron que había logrado agrupar en torno a él a un puñado de supersticiosos y de dañados en sus intereses por el tendido eléctrico que veían en aquel progreso la mano del diablo. Él sí había estado en la guerra, les decía, y sabía bien lo que eran los gases y las armas químicas. Él sí había visto las llagas de las víctimas y podía jurar que sus efectos resultaban más dolorosos que los de la metralla. Cada vez más cegado por su loca elocuencia, inspirado por la posibilidad de dejar de ser el pobre hombre vencido que

siempre había sido, convenció a los supersticiosos de que aquellas bolas de cristal eran como granadas, ya lo decía su nombre, pequeñas bombas que al contacto con la electricidad podían estallar hincando el vidrio en la carne y emitiendo un gas invisible que quemaba la piel y envenenaba los pulmones.

—Y aunque fuera cierto lo que prometen —añadía—, ¿para qué tanta luz? Este país no necesita más iluminados, hay tanto sol tantos días al año que no necesitamos que nadie venga a cambiar el equilibrio entre la luz y la oscuridad, nosotros también sabemos vivir en la tiniebla. Y además, hay cosas que deben permanecer siempre en la sombra.

La noche anunciada, toda la villa de Breda estaba alerta, esperando a que estallara la luz. Los supersticiosos, comandados por su padre, habían huido al monte. El muchacho iba con ellos. Desde la ladera del Yunque, bajo el olor de las antorchas y las velas y las lámparas de carburo, vieron encenderse las bombillas después de un largo parpadeo que hizo temer un último sabotaje. En alerta, contemplaron el mapa de luces allá abajo, esperando que de un momento a otro comenzaran los fulgores de las explosiones, los estampidos, los gritos lejanos de dolor..., extrañados enseguida de que nada anómalo ocurriera.

—¿Cuándo van a explotar? —preguntó.

Su padre lo miró bajo la débil luz de la antorcha que sostenía en las manos, sus pequeños ojos de topo descubriéndolo a su lado, sin afeitarse la barba grisácea. Y en ese instante, antes de que hubiera hablado, una pequeña ráfaga de viento vino a apagar la antorcha moribunda y solo quedó su huesuda silueta recortada contra la tenue claridad de las estrellas.

La respuesta a su pregunta le vino de abajo: de pronto oyeron el lejano retumbar de un tambor, pero su repique no era procesional, sino festivo. El muchacho pensó que era mejor así, que prefería no poder ver en la oscuridad la cara de su padre, aunque aún no era consciente de que acababa de aprender qué es la humillación: un hombre que por entonces ya tenía más de cuarenta años y en todos sus proyectos no conocía otro resultado que el fracaso. En la guerra había combatido fugazmente en la trinchera equivocada; en el amor nunca había conseguido despertar la ternura de una muchacha más joven que él; y en su profesión había adolecido de toda perspicacia comercial. El último

capítulo suponía la pérdida de credibilidad ante quienes ya comenzaban a bajar hacia el reclamo de las luces, el ruido y la fiesta, sin mirar hacia atrás, sin despedirse del hombre que los había conducido hasta allí arriba.

En Breda, en cambio, todos los habitantes se habían echado a las calles y contemplaban admirados el alumbramiento. En cuanto parpadearon las bombillas, Camilo corrió hacia su casa, cogió el tambor sin escuchar los reproches de la vieja matrona y volvió a salir tras besar a su mujer, que estaba en la cama con los espasmos del parto. En la calle se detuvo ante la primera bombilla encendida y ejecutó un furioso redoble de bienvenida.

—¿De dónde viene esta luz? —le preguntó uno de los chicos que la miraban extasiados.

—Del cielo no viene —respondió sin saber de dónde le brotaba la respuesta—. Esta no ciega a los hombres.

Se alejó hacia la siguiente esquina, donde esperaba impaciente otra bombilla encendida. Seguido ya por un grupo de hombres y mujeres, de niños excitados por la noche en vela, volvió a repicar con el tambor. Al herrero todo aquello le parecía un prodigio. Si los hombres habían logrado traer la luz maniatada por dos hilos y encerrarla sumisa en una limpia bola de cristal que no necesitaba ni pabilo ni aceite, que no olía ni manchaba ni dejaba residuos..., si habían logrado arrebatarse ese atributo a Dios, es que Dios no existía, porque ningún dios podía dejarse robar tan fácilmente. Lo que Él hizo el primer día de la Creación lo habían hecho ahora los hombres con alambres del mismo cobre que él utilizaba para fabricar las campanas y con unos troncos de álamo embreados. Las obras de los otros cinco días, entonces, no tardarían mucho en llegar.

Cuando, al amanecer, el herrero volvió a casa, con los tímpanos vibrándole furiosamente, la partera cortaba el cordón umbilical de una niña grandota y fuerte. Le palmeó dos veces las nalgas y la criatura rompió en un llanto enérgico y afirmativo. Camilo soltó el tambor, levantó el bulto que le entregaban y anunció:

—¡Se llamará Luz!

A esa misma hora el muchacho bajaba de la sierra siguiendo los pasos largos, ofendidos, humillados del padre, que moriría un año más tarde, en una angustiada agonía, escupiendo trozos de unos deteriorados pulmones que se

negaban a admitir más aire.

La respiración tibia y vegetal del caballo, que ya no masticaba y solo esperaba paciente y somnoliento la vuelta a casa, le hizo regresar de sus recuerdos. Miró hacia el cielo y, entre las ramas del olivo, no encontró en el mismo lugar las estrellas que antes había visto y supo que había pasado mucho tiempo allí sentado, con la espalda apoyada en el tronco, sin notar las asperezas y protuberancias de la corteza. Más allá de la casa, los habitantes de la villa habrían cenado y se prepararían para dormir.

—Ya debe de haberse ido —le susurró al caballo.

Se levantó, cogió la rienda y caminó hacia la casa. Las lágrimas corrieron por sus mejillas y las limpió con la manga de la camisa sin darse cuenta de que lo hacía, con un movimiento tan mecánico como la respiración o el parpadeo. Había llegado al inicio de la calle y se detuvo en la primera esquina. Miró hacia el alero sintiendo que no era él quien miraba a la bombilla, sino la bombilla quien lo miraba a él y alumbraba la fachada de su casa con una luz débil, amarillenta y podrida, pero suficiente para que todos vieran quién entraba y salía. Sin moverse, buscó en el suelo la piedra adecuada, un canto plano y redondeado. Lo sopesó entre el índice y el pulgar y, sin soltar la rienda, lo lanzó contra la bombilla, que estalló sin demasiado ruido y dejó que la oscuridad recuperara el espacio perdido. A sus espaldas oyó la puerta de la casa que se abría y la voz de su madre:

—¿Quién anda ahí?

Avanzó en silencio para que el ruido de los cascos del caballo respondiera por él. Al llegar junto a ella, su madre lo abrazó y le besó las mejillas, de modo que sus labios sorbieron una de sus lágrimas.

—¿Por qué tardabas tanto? ¿Ha ocurrido algo? Estaba muy preocupada y ya iba a salir a buscarte.

—Me he entretenido en la laguna.

—Pero es demasiado tarde —insistió con ese cuidado por cobijar a los hijos en casa antes de la caída de la noche propio de quien había vivido antes de la llegada de la luz eléctrica. Advirtió la oscuridad de la calle y preguntó —: ¿Qué ha pasado con la bombilla?

—No sé.

—¿Tú no habrás...?

—No —mintió, sin mirar hacia el lugar donde había estado flotando la luz unos minutos antes, únicamente concentrado en descubrir un olor distinto en las manos de su madre, en su pelo, en el brazo que le rodeaba el hombro. No advirtió nada y solo entonces volvió el rostro hacia la calle oscura que se iluminaba a lo lejos, en la siguiente esquina. «Tú también deberías alegrarte por esta oscuridad. Tú también, tú también, tú también», se decía.

—Entra —lo empujó suavemente hacia la casa—. Se habrá enfriado la cena. Ve lavándote un poco. Yo guardo el caballo.

Dentro estaban encendidas las luces, brillaban las bombillas alimentadas por los cables que él había traído y ordenado instalar para desterrar lámparas y candiles, los grasientos reflejos de las velas que antes, en vida de su padre, apenas se movían de sitio hasta que se consumían dejando en los platillos una oblea de cera. «¿Por qué precisamente él? ¿Por qué? ¿Por qué precisamente él?», se preguntó recordando las pocas veces que lo había visto, que lo había observado en silencio, buscando motivos para odiarlo: un hombre joven, de la edad de su madre, un técnico que había sido destinado allí para instalar el tendido de quien lo solicitara, para reparar las averías, para ordenar que cambiaran las bombillas fundidas de las calles. Un hombre que sabía cocinar más de lo habitual en un hombre, tal vez porque era soltero, aunque se sabía que de cuando en cuando recibía cartas de Madrid y de Bilbao con nombres femeninos en el remite cuyos apellidos no coincidían con los apellidos del destinatario. Un hombre cuyos comentarios sobre las mujeres no eran los tópicos repetidos y heredados de los padres, que pronunciaba palabras que apenas se habían pronunciado en Breda, cosas como sindicato, democracia, república y que hablaba después de haber tenido en cuenta la opinión de los demás. Un hombre que ha visto mucho mundo —decían de él—, que sabe contar lo que ha visto y que de todo eso pretende deducir cómo será el futuro, pero a quien Breda no le permitió ascender desde la categoría de charlatán que le atribuían a la de visionario: admitió su presencia sin ninguna oposición ni reproche, pero no lo acogió como a uno de los suyos. Y era precisamente a ese hombre, el último a quien su padre se habría dirigido para charlar un rato en la taberna o para solicitar un favor, un técnico que representaba todo lo que él odiaba, a quien su madre le había permitido ocupar su sitio.

Su madre estaba en el establo poniéndole la comida al caballo y él miró alrededor, en la cocina, preguntándose dónde se sienta, dónde toma el café que ella le prepara, buscando en la mesa y en las sillas una huella, un indicio de su presencia, una sombra.

—Estarás cansado y hambriento —dijo su madre al volver.

Retiró la tapa de la cazuela y sirvió las patatas en dos platos, y luego los huevos y el trozo de queso. El muchacho engulló la comida con aquel apetito voraz que siempre lo dominaba cuando estaba nervioso y, al terminar, para que ella no pudiera preguntarle nada, dijo que necesitaba ir al establo. Allí se quedó de pie, en silencio, oyendo a sus espaldas la masticación dificultosa y los resoplidos con que el viejo caballo hundía el morro en la profundidad del pesebre y apartaba el heno buscando la dulce cebada, envidiando que con tan poca cosa —un manojo de hierbas secas y un puñado de cereal— se pudiera ser feliz. Desde las tinieblas, por la pequeña ventana de la cuadra, se veía la esquina solitaria donde comenzaba la calle. Ahora que todo estaba oscuro tal vez él no se diera ninguna prisa en sustituir la bombilla rota, negando la rapidez y eficacia con que actuaba siempre.

Así estuvo un tiempo, hasta que dejó de oír los ruidos que ella hacía en la cocina al recoger y limpiar los platos. Salió, cerró la puerta del establo y entró en la casa. Su madre estaba escogiendo las legumbres que al día siguiente serían su alimento. El muchacho observó sus manos, los cuidados dedos que le permitía su reciente trabajo de telefonista, su cabeza inclinada hacia la mesa, el rostro abstraído que siempre le parecía de una hermosura incommensurable y que, sin embargo, nunca oyó que elogiara su padre. Sintió el dolor insoportable del desgarramiento que se producía en su interior al romperse en dos mitades, arrancadas por fuerzas opuestas: el cariño y la dulzura y, al otro lado, el rechazo y la vergüenza. De un manotazo brusco se limpió las dos lágrimas que inundaban sus ojos, antes de que desbordaran sus párpados. El movimiento atrajo la atención de su madre.

—Hoy estás peor. Tienes muy irritados los párpados.

—Igual que siempre —negó.

—Pronto iremos a que te vea otra vez el médico. Dijo que había que esperar a que terminara el crecimiento y tú ya eres un hombrecito —sonrió. Luego repitió lo que había dicho muchas veces—: Es una operación fácil.

Abrir los conductos obstruidos de los lacrimales para que el agua drene hacia la nariz. Luego todo estará bien.

—Sí.

—Iremos en cuanto pase el calor. Dijo que no es conveniente operar en verano.

—Sí —dijo.

Se frotó los ojos que le picaban.

—¿Tienes sueño?

—Mucho.

—Anda. Vete a acostar, que no has parado en todo el día.

En su habitación, se desvistió rápidamente y se acostó con los ojos abiertos en la oscuridad, sin sueño. En la cocina dejó de oírse el rebotar de las legumbres secas en el plato y por la ventana abierta solo entraban los ruidos que en el exterior hacía la noche: el ladrido de un perro insomne, el chisteo de algún pájaro nocturno, el zumbido de un insecto, la veloz carrera de un gato o de su víctima. Se preguntó qué estaría haciendo su madre en ese momento y luego, de repente, al mirar hacia la puerta, la vio en el hueco, recortada contra la tenue claridad del pasillo. Cerró los ojos, pero oyó cómo se acercaba y se sentaba en la cama junto a él y le pasaba la mano por el pelo como si todavía fuera un niño fácil de engañar enviándolo al molino a buscar el caballo.

—Hijo.

Dos lágrimas gordas, pesadas, resbalaron desde sus ojos a sus pómulos y luego a sus orejas y supo que en ese momento habrían resbalado incontenibles aunque no hubiera nacido con los conductos lacrimales obturados, porque eran fruto del llanto, pero no dijo nada ni se movió. Aceptó la caricia en su pelo, tan dulce y a la vez tan dolorosa, en silencio, porque ahora no podría engañarla aunque hubiera jurado que no, que no, que no estaba llorando.

—Hijo.

Aunque estuvo a punto de erguirse y abrazarla con desesperación, no respondió a su nueva llamada al pensar que tal vez hubiera acariciado de esa misma forma, unas horas antes, al hombre de la luz. Apretó los dientes en la oscuridad y tragó saliva, decidido a volverse contra la pared y darle la espalda cuando notó que ella estaba estremeciéndose, haciendo un esfuerzo

más intenso que él mismo. Era como si en su madre hubiera dos mujeres: una que ni siquiera era mujer, que solo era madre, un ser asexuado, sereno, cálido y tierno, vigilante de su bienestar, enormemente dulce y generosa con los besos que se acumulaban en sus labios, y otra que era una mujer como todas las mujeres. «Tengo que resistir», pensó, «porque si ahora cedo ya nunca podría dejar de abrazarla y aceptaría que todo está bien así, y entonces él podría venir a casa incluso cuando yo no me haya ido a... ¡Si no tuviera trece años, si al menos no tuviera trece años y fuera tres veces mayor, tal vez yo también sería dos personas a la vez y no me resultaría extraño que...! Tal vez a esa edad uno ya ha aprendido a oír llorar a una mujer sin moverse a consolarla», pensó confusamente, sin saber que esa noche se estaba convirtiendo en un adulto mediante un proceso doblemente fatigoso, porque no tenía a nadie de quien aprenderlo. Sus ojos habían vuelto a inundarse de lágrimas, y la rabia, la vergüenza y el orgullo comenzaban a disolverse en su interior y lo volvían compasivo y exangüe. Ya iba a extender las manos hacia ella cuando oyó el relincho del viejo caballo en el establo, como si hubiera detectado a algún intruso dentro de su campo olfativo, y de nuevo lo imaginó allí cerca, mirando intrigado la bombilla rota de una pedrada, antes de dirigirse hacia la casa donde lo esperaba su madre... Endureció los músculos para obligarse a permanecer inmóvil, con la boca abierta para ocultar su agitada respiración, para demostrarse que era capaz de escuchar su llanto sin sentir él mismo cómo brotaban sus lágrimas, para soportar la desesperación de haber descubierto lo complicado y terrible de la vida diez años antes de lo que hubiera sido justo descubrirlo, concediéndole aún una década de inocencia.

Luego, como había comenzado, la mano de su madre dejó de acariciarle el cabello. Se levantó y se marchó con paso vacilante, mientras él permanecía en la cama inmóvil, callado y muriendo.

Y pasaron aquellos años y quedaron atrás las primeras peleas con sangre, los primeros amores, las primeras monedas recibidas con orgullo a cambio de tan poco: unas horas de su tiempo y el trabajo de sus manos en tareas del campo, recogiendo pasto, o uvas, o aceitunas, o cuidando un hato de vacas, porque el molino fue definitivamente abandonado. Pasaron los años y un día el

viejo y longevo caballo de su padre no se levantó más, despreció la cebada y se tumbó en el establo y se dejó morir con la boca abierta, enseñando los grandes dientes amarillos, como si estuviera sonriendo. Pasaron los años y todo fue cambiando, e incluso el hombre de la luz fue destinado o huyó a otro lugar, y su madre volvió a quedarse sola con él y con el secreto entre ambos que nunca se dijeron. Una tarde la vio llorar al terminar de leer una carta sin remite, pero con el membrete de una compañía de electricidad. Cuando ella se fue al trabajo, la encontró y la leyó temblando, y desde entonces le quedó grabado en el alma el odio a ese tipo de hombres que saben muy bien cómo conseguir que las mujeres los amen, aunque ellos mismos no sepan amar por una supina falta de imaginación; a ese tipo de hombres que adondequiera que llegan siempre encuentran a una mujer a mano, de la que exigen cuidados y placer y a la que reemplazan con una pasmosa facilidad por otra que tampoco les dura mucho tiempo, por otra que desde el principio también creyó que su interés iba dirigido solo a ella, cuando en realidad les hubiera servido cualquiera medianamente hermosa que en ese momento estuviera por allí cerca disponible; que entonces entran en sus vidas malversando su inocencia y destrozándolo todo, con la falta de delicadeza del oso que, buscando la miel, destroza la delicada construcción de la colmena; que, como el pulgón a la rosa, las rodean desde el cuello a la flor y van ennegreciendo su tersura, chupando su belleza y su energía hasta que las van afeando y marchitando prematuramente... Y pasaron más años todavía y encontró un buen trabajo en Barcelona que durante unos años lo alejó de Breda. Y por allí fuera la vida se mostró con él algunas veces justa y generosa, pero casi siempre ingrata y dura y solo con esfuerzo logró arrancarle algunos frutos placenteros. Por supuesto, soñaba con encontrar a la mujer adecuada entre toda aquella agitación de costumbres que había traído la época: se veía con unas tijeras de jardinero podando las hierbas manchadas de pulgón para hacer sitio al nuevo brote que florecería limpio de parásitos. Por entonces sucedieron las convulsiones políticas, las elecciones y la huida del rey y la llegada de la República. Y él regresó a Breda.

No había sido un niño feliz. Y quizá porque no sentía ninguna nostalgia del pasado, tenía una terrible añoranza de un futuro mejor. Sin duda esa actitud de esperanza le hizo escuchar con tanta atención una noche una emisión de

radio en la que un hombre, joven por el timbre y la energía de su voz, hablaba de política y de España con un discurso que le pareció claro y emotivo. Acababa de fundar un nuevo partido, Falange Española, e invitaba a afiliarse en él a todos aquellos que anhelaran un orden nuevo para España y para su propia vida:

—A ningún español de buena fe que acuda a nosotros le cerraremos las puertas por razones de edad, o de lugar de nacimiento, o de condición social. El español de buena fe que llame a las puertas de Falange deja de ser joven o viejo, de ciudad o de campo, vasco o andaluz, rico o pobre, para ser simplemente español y falangista... —oyó en la transmisión.

Al terminar, dijeron el nombre del orador: José Antonio Primo de Rivera.

Unos días después volvió a escuchar otra intervención suya y no lo dudó más: escribió una carta al Teatro de la Comedia desde donde habían transmitido por radio su primer discurso.

No habían transcurrido dos semanas cuando recibió el manifiesto ideológico y un puñado de fichas de afiliación. Rellenó la suya y mereció la pena esperar otra quincena para recibir el flamante carnet con su nombre asociado a un número de tres cifras y una carta firmada por el propio José Antonio en la que no solo le daba la bienvenida a Falange, también le pedía el esfuerzo —puesto que era el primer afiliado de aquella población, que posiblemente nunca antes había oído mencionar— de difundir en Breda el ideario de la organización.

Todo esto había ocurrido tan solo tres años antes, de modo que no necesitó esforzar la memoria para evocarlo —al menos no con la sombra de dolor y pesadilla con que recordaba los episodios de su adolescencia— cuando, a mediados de diciembre del treinta y cinco, recibió una carta confidencial donde se le comunicaba que un mes más tarde José Antonio viajaría a la capital de la provincia a pronunciar un mitin. Se le encargaba la movilización de los afiliados y simpatizantes de la comarca y la organización de los medios necesarios para trasladarlos los cien kilómetros que separaban Breda de la capital.

Tampoco en esa ocasión dudó sobre su deber, como denominó el encargo, contagiado del vocabulario elegante y trascendente que Falange estaba imponiendo a todas sus acciones. Se sentía demasiado agradecido como para

no ser generoso. Falange le había permitido aliviar las tensiones que lo agarrotaban. Al ver reflejados en su ideario muchos de sus anhelos, al sublimar su odio al desorden en la vida privada mediante el odio al desorden en la vida colectiva de la nación, había encontrado un equilibrio personal del que antes carecía. Tras esa transferencia del rencor se sentía más relajado y seguro de sí mismo, en armonía con unos camaradas que compartían sus mismas ideas. Hasta entonces había vivido inclinado, encogido sobre su atormentado corazón, y ahora, al erguirse codo con codo con los suyos, por primera vez se daba cuenta de su alta estatura. Así que convocó a los afiliados que había ido aglutinando junto a él y les dijo:

—Voy a daros una excelente noticia. Dentro de un mes vendrá José Antonio a la capital de la provincia para hablarnos de tú a tú de todo lo que hasta ahora solo habíamos leído o le habíamos escuchado por la radio. Ahora podremos oírlo en persona, podremos ver a quien solo hemos visto en fotografías, podremos estrechar su mano. Únicamente tenemos que buscar los medios de transporte necesarios para nosotros y para todos los que quieran acompañarnos. Todo esto nos exigirá algunos esfuerzos.

—¡No importan los esfuerzos! —exclamaron, entusiasmados con la noticia.

—De acuerdo. Entonces, vamos a comenzar desde ahora mismo la distribución de tareas.

La respuesta de la gente fue menor de la que esperaban, pero llenaron dos coches y un camión y el día acordado emprendieron el viaje hacia la capital. En algunos taludes de la carretera vieron, pintado o estarcido, el escudo con el yugo y las flechas que comenzaba a popularizarse, y en grandes letras blancas las palabras FALANGE ESPAÑOLA, o, cuando no había espacio, solo las siglas F.E. A Ugarte, que conducía uno de los coches, aquella predilección por estampar la firma sobre las piedras en lugar de sobre vallas o sobre efímeras tapias de barro le pareció una metáfora de la ambición y el afán de eternidad de su partido.

Tardaron más de dos horas en llegar a la ciudad y aparcar cerca de la avenida donde estaba el teatro. En muchos balcones festoneaba la bandera nacional y grupos de hombres —y mujeres y algunos niños—, muchos vestidos con camisas azules y con el pelo atusado con brillantina y peinado hacia atrás,

en ángulo agudo con la frente, charlaban esperando en la ancha acera o entraban en la sala. En las cinturas de algunos jóvenes, bajo la tela, se apreciaba el bulto de la pistola, pero lo que les daba una mayor sensación de seguridad y fortaleza no eran las armas, sino la expresión de quienes las portaban, la cercanía amistosa de los armados. Un poco cohibidos, sin osar mezclarse todavía entre los grupos más jóvenes y entusiastas que bullían en el patio de butacas, prefirieron subir al anfiteatro.

Dos dirigentes provinciales salieron al escenario acompañando a José Antonio y todos se pusieron en pie y saludaron con el brazo en alto.

—¡Camaradas! —intervino el primer orador—. Quiero daros las gracias a todos los que estáis aquí esta tarde, en especial a quienes habéis venido de lejos, de nuestros pueblos y aldeas, a escuchar a nuestro líder, a dar fe y testimonio de que los españoles no estamos dormidos, ni derrotados, ni contemplamos con indiferencia lo que le está sucediendo a nuestra patria en esta dolorosa época. ¡Gracias a todos por vuestra presencia! ¡Ahora, vamos a escuchar a nuestro Jefe Nacional, a José Antonio!

Todos volvieron a aplaudir, entre gritos de apoyo que resonaban desde distintos puntos del teatro. Ugarte se dejó contagiar por el fervor. Se sentía parte de una familia en la que no era preciso conocer a cada uno de sus miembros para tener la seguridad de que lo ampararían en caso necesario, de que ninguno de ellos lo traicionaría. Todo le resultaba sincero, entrañable, fraternal. Incluso aquella manera campechana de invocar a los líderes por sus nombres de pila, tuteándolos —José Antonio, Gonzalo, Rafael...—, y, en cambio, de nombrar a los adversarios por el apellido —Azaña, Largo Caballero, Gil Robles...— revelaba una camaradería sencilla y directa entre todos los falangistas que dejaba atrás lo individual para cohesionarlos en la idea de una patria como unidad espiritual.

José Antonio se acercó al micrófono y el teatro se inmovilizó en silencio esperando sus palabras. El tono pálido de su piel contrastaba con el pelo negro, bien peinado, con los ojos oscuros y profundos, con el perfil numismático. Las fotografías que Ugarte había visto de él no lo favorecían: solía aparecer tristón y apagado, con el labio superior montado sobre el inferior, con unas profundas ojeras que sugerían que no había dormido bien la noche anterior y que le daban un aire de hombre delicado y frágil. En cambio,

allí, en presencia y en movimiento, emitía una energía, un magnetismo, un ardor y una firmeza en la infalibilidad de sus convicciones que nadie dudaba de que cumpliría sus promesas.

Ugarte vio que el hombre que estaba a su lado lo miraba con curiosidad, y entonces se dio cuenta de lo que había visto unos segundos antes sin prestarle atención: cómo su hijo, un niño de cinco o seis años, vestido con el uniforme de flecha, había susurrado a su padre:

—Papá, ese señor está triste.

Solo al mirarlo advertían que estaba llorando, porque ningún ruido, ningún gesto, ningún estremecimiento lo indicaba, solo el simple flujo corporal en el que las lágrimas que encontraban obstruido su cauce natural desbordaban raudas y silenciosas por los párpados. Se limpió de un manotazo rabioso y prestó atención a José Antonio, que ya había comenzado a hablar:

—Querían que perdiéramos la fe en España. Pretendían hacernos creer que España ya no puede lograr nada grande en la Historia. Pero desde Falange hemos recuperado la fe y gritamos que es mentira que España haya muerto. Todos vosotros sois la prueba de su vitalidad, de su alegría, de su disposición al sacrificio si es necesario. En los momentos de peligro, cuando nuestra nación fue invadida y corría el riesgo de romperse, nunca careció de soldados. Ahora tampoco. Desde Falange levantamos la voz para hacer un juramento: vamos a levantar a España, amenazada y herida por los separatismos, y vamos a levantar a los españoles, amenazados y hundidos por las luchas políticas y por la lucha de clases. No podemos quedarnos de brazos cruzados preguntándonos: ¿Qué será de España? En lugar de esos lamentos de los tibios, de los débiles, de los cobardes, de los resignados, nosotros nos hacemos otra pregunta: ¿Cómo queremos que sea España? Desde Falange vamos a satisfacer dos necesidades eternas del hombre: pan y fe. Pero a cambio también vamos a exigir esfuerzo y sacrificio. Porque nosotros no nos conformamos con dar limosna: ni un mendrugo de pan para hoy, olvidándonos del mañana. ¡No! Nosotros ofrecemos un haz de espigas para sembrarlas y una camisa azul para vestirla junto a otros españoles, aunque haya momentos en que pasemos hambre y frío. ¡Una camisa azul con un haz de flechas rojas bordadas en el pecho, a la altura del corazón, como si las hubiéramos bordado con sangre!

Los asistentes escuchaban con fervor, se estremecían cuando José Antonio perfumaba el discurso político con metáforas poéticas que conmovían al ser comprendidas, tras un segundo de sorpresa por lo extraño de aquel nuevo lenguaje. Entonces lo interrumpían con un clamor unánime e hipnótico: «¡Falange, Falange...!», o «¡José Antonio, José Antonio...!», que retumbaba en todo el teatro y escapaba por los vomitorios para recorrer toda la ciudad, para avergonzar a su población por su apatía y conformismo, cuando no por su traición.

—No queremos a gobernantes surgidos de la manipulación y de las urnas. El más noble destino de todas las urnas es ser rotas. Queremos gobernantes levantados desde el valor, desde la fe, desde el patriotismo. Queremos gobernantes que también sean poetas. ¡Se está acabando la hora de los enanos, se está acabando la hora de los esclavos! ¡Ni enanos subidos en sus poltronas ni esclavos encorvados por las cadenas!... —seguía hablando, envuelto en un creciente resplandor de heroísmo patriótico que tenía algo al mismo tiempo de delicado y de brutal, con una estudiada precisión gramatical y un acento dulce en el que a veces asomaba una nota de jactancia. Apenas se concedía un segundo de descanso entre una y otra idea de su programa, como si no dispusiera de tiempo para todo lo que tenía que decirles, y llevaba en volandas al auditorio—: Un falangista es siempre disciplinado con sus jefes, hermano para sus camaradas, inflexible con el adversario y piadoso con el arrepentido, pero ni despectivo ni infame ni cruel con nadie. Tenemos la convicción de que ser falangista es la mejor forma de ser español, y de que ser español es la mejor forma de ser hombre. Por eso nada ni nadie nos apartará de nuestro deber. No importa si en este empeño recibimos algunos golpes. Estamos dispuestos a un combate limpio y noble que no admitirá treguas ni componendas, que solo terminará con la completa derrota o la completa victoria.

Otra vez se renovaron los aplausos y el mismo grito —«¡José Antonio, José Antonio, José Antonio...!»— estremeció el teatro. El orador provincial tomó de nuevo la palabra:

—¡Camaradas! Me han dado permiso para anunciaros una primicia: dentro de unos pocos días los falangistas tendremos nuestro propio himno. Ya están en marcha las grabaciones y en breve será lanzado al aire. Mientras

tanto, vamos a escuchar la letra.

Una muchacha bellísima subió al escenario y con voz emocionada comenzó a leer unos versos que hablaban del renacer de la patria y de camaradería, que anunciaban la inminente llegada de una primavera feliz y homenajeban sin llanto ni tristeza a los compañeros muertos que hacían guardia sobre los luceros, en pie en la noche limpia y estrellada. Los rostros encendidos escuchaban inmóviles y tensos, en completo silencio. Ya se habían producido muchos ataques a falangistas y los más enfervorecidos mostraban en sus gestos una unánime disposición al sacrificio, un aire entre enamorado y belicoso, de profetas convencidos de su fe y dispuestos, a una orden del líder, a ir a predicarla a ciudades de paganos hasta conseguir o la conversión de las masas o un tiro en el pecho.

Terminó el mitin y se fueron marchando del teatro, aún conmovidos porque tantas emociones pudieran haber cabido en tan poco tiempo. En el mitin habían resonado los tambores y los clarines de guerra, pero también habían reservado momentos para los versos y para la fraternidad. Los dos coches y el camión volvieron a tardar más de dos horas en recorrer el trayecto hasta Breda, pero a Ugarte le parecieron minutos. Era de noche y pasó todo el tiempo mirando las luces que iluminaban la carretera, recordando todo lo visto y oído y soñando con una España nueva, fuerte, unida y formidable donde hombres y mujeres se conjuntaran en un destino armónico, en el que no hubiera varones de cuarenta años que tenían su primer hijo con mujeres de veinte, a las que dejaban viudas demasiado jóvenes...

La memoria cerraba su itinerario dos meses antes, al huir de Breda en cuanto llegaron noticias del alzamiento militar y la villa quedó en manos republicanas. Sabía que irían a buscarlo y escapó de la tierra en la que había nacido y vivido, por temor no tanto a quienes lo conocían desde niño cuanto a las gentes de fuera que, con cualquier excusa, venían a perturbar el orden antiguo. Había sido de los primeros en salir, pero se había jurado que también sería el primero en regresar para imponer definitivamente el orden nuevo, como ya estaban haciendo en las zonas conquistadas. Desde la trinchera que ahora ocupaba alcanzaba a ver con los prismáticos las trincheras en la cima del Montón de Trigo donde se habían hecho fuertes los republicanos: muchachos mezclados con muchachas, soldados mezclados con civiles

formando aquellas brigadas mixtas a las que se había visto obligado a recurrir el Gobierno de Madrid. Al fondo y a lo lejos, por encima de la loma redondeada como un pecho femenino, se columbraba la cima del Yunque, a cuyo amparo se había acogido con su padre aquella lejana noche de derrota y vergüenza, siendo un niño, cuando se encendieron las bombillas y un soplo de viento apagó la antorcha que llevaba. En sus laderas había alimentado al viejo caballo, había buscado nidos y cazado conejos, y en el fondo de sus cuevas prehistóricas dormían los huesos de sus antepasados. Y ahora, como entonces, habían venido a usurpar su propia tierra unos tipos que nunca antes habían oído su nombre ni habían pisado por allí, unos tipos disfrazados con pantalones de pana que aún olían al alcanfor de la tienda. Eran gentes así, como las que ahora veía con los prismáticos, junto a un puñado de campesinos rencorosos o engañados por falsas promesas de propiedad y descanso, los que habían destrozado a España, intentando gobernarla con doctrinas... ¿Doctrinas? No, no llegaban a eso... ¡Con teorías falsarias!

¡Claro que harían una limpieza cuando volvieran a entrar en las calles de Breda! Una limpieza a fondo, profunda y... dolorosa, acorde con la limpieza que estaban llevando a cabo por toda la patria de la incontable manada de separatistas, anarquistas y marxistas, y de los necios republicanos que permitían tales aberraciones, se dijo secando una lente de los prismáticos manchada por una lágrima. El Montón de Trigo no suponía más que un pequeño inconveniente que no tardaría en ser solucionado. En cuanto llegara la artillería prometida por Yagüe y pudieran enviarles unos pocos cañonazos, saldrían corriendo de sus ventajosas posiciones. Por algunos desertores republicanos tenían información precisa sobre los efectivos del enemigo. La única sección que les funcionaba con garantía, con experiencia y sin desmayo era la de zapadores, y no por su organización militar, sino por la habilidad de los campesinos con el pico y la pala para cavar trincheras.

Tal vez el enemigo podría conseguir que aquella amalgama de dependientes, estudiantes, labradores y soldados, desde una posición favorable y llevados por el entusiasmo del momento, se comportaran con valor en una batalla, pero les resultaría muy difícil convertirlos en un ejército disciplinado y estable. Les faltaban cuadros de mando, y de los que disponían no debían de estar muy satisfechos: en las filas republicanas, los militares

aficionados mandaban sobre los profesionales de la milicia, los *amateurs* daban órdenes a los generales. «Ellos se despojarán del uniforme en cuanto acabe la guerra», se decía, «y en cambio nosotros llevamos el uniforme pegado a la piel, no sabemos vivir de otra manera.»

Y contaban, por último, con otra ventaja esencial: el castigo. Un militar sabía que ante cualquier desobediencia sería pasado inmediatamente por las armas, pero un miliciano podía desacatar una consigna sin recibir un correctivo tan severo. Y esa era una condición imprescindible para ganar una guerra.

El reloj de la iglesia de Breda ha dado nueve campanazos, una cifra que solo resulta extraña porque ahora son las dos de la tarde. Se oyen bien desde aquí, desde la explanada del Mausoleo, y cada vez que suena un tañido se hace un silencio y todos escuchamos para ver cuántos da intentando hallar alguna lógica, algún orden extraño en los números, buscando un mensaje oculto que no logramos encontrar, porque no hay ninguna secuencia, todo es tan aleatorio como una lotería.

Tal vez por eso han comenzado las apuestas. Unos minutos antes de que llegue la hora en punto, porque en esa medida el reloj quemado en 1931 sí es exacto, alguien dice un número del uno al veinticuatro —nunca ha pasado de esa cifra— y le entrega una peseta a quien guarde el fondo. Quien acierta se lleva el dinero. Si hay más de un ganador, se reparte entre ellos.

Nos distraemos con cosas así en estos días de octubre cada vez más fríos y temblones, en ocasiones lluviosos. Jugamos a las cartas o escribimos a casa para demostrar que no hemos olvidado a los nuestros, nos contamos anécdotas del lugar de origen de cada uno, nos animamos con las victorias de Durruti o El Campesino, o nos reímos con chistes sobre Mola y sobre Franco que no siempre logran ocultar el temor que nos producen. Ayer, sin ir más lejos, jugamos un partido de fútbol entre soldados y milicianos, en un campo cercano al cementerio, un terreno algo irregular con unos palos clavados en el suelo a modo de postes de las porterías y, como largueros, una cuerda que, atada al principio a la altura reglamentaria, fue poco a poco descendiendo unos centímetros. Perdimos siete a tres.

Hay una soterrada rivalidad entre la tropa regular y los milicianos. Ellos nos consideran unos indisciplinados, militarmente una panda de inútiles, unos aficionados que huiremos en cuanto la lucha se ponga peligrosa; y nosotros

pensamos de ellos que son tibios ideológicamente, que están luchando por la República porque la sublevación les sorprendió en este lado, pero que igualmente podían estar en las trincheras de enfrente, y que pueden desertar.

Al terminar el almuerzo de legumbres de lata que, para mi sorpresa, los milicianos campesinos valoran mucho más que las frescas, hemos salido a la explanada para hacer unos ejercicios de instrucción, que ya ejecutamos con soltura. Al caminar al unísono, se me ocurre que a los hombres nos gusta concordar nuestro paso con el de nuestros compañeros. Cada vez que, a un grito de Noguerol, pisamos fuerte, se diría que nos sentimos poderosos al martillar la tierra, capaces de modificar su trayectoria en el espacio. Luego también nos hacen practicar el combate cuerpo a cuerpo y pronto surgen apuestas sobre quién es capaz de tumbar a Viriato, que nos va volteando uno a uno sin que parezca que le afecte el cansancio. Como hemos cumplido, nos dejan libre el resto de la tarde y la aprovechamos para descansar, para la ducha semanal obligatoria, para lavar la ropa que se nos ha ido ensuciando, para escribir cartas a familiares o a amigos que, nos aseguran, llegarán a sus manos a pesar de que estemos aislados en esta zona. Escribo a mi madre, en Betanzos, y como nos tienen prohibido informar sobre nuestra situación, solo le digo que estoy bien, en un frente tranquilo donde los dos ejércitos parecen satisfechos en esta especie de tregua sorda y seca.

Oigo fuera ruido de motores y salgo a la explanada. Acaban de llegar varios camiones. Alguien cuenta que son rusos y, como llevan grabados en el frontal y en el remolque los signos 3HC, enseguida los han bautizado: 3 Hermanos Comunistas. De ellos bajan soldados de reemplazo que serán instalados en tiendas de campaña en la parte posterior del Palacio. El comandante está reorganizando nuestras fuerzas dispersas por toda la comarca y agrupando en Breda las que participarán en la inminente ofensiva que se prepara. Todos dicen que es un asunto secreto, pero al mismo tiempo todos aseguran que lo conocen y hablan en susurros del inminente ataque, aunque no hay acuerdo sobre la dirección ni el objetivo.

Los soldados visten uniforme reglamentario y aunque nos saludan al pasar junto a nosotros, los voluntarios civiles, muestran esa superioridad que deriva de conocer el oficio de la guerra y de su mayor pericia en el manejo de

las armas: han agrupado los fusiles en círculos, apoyados por el cañón en perfecto equilibrio.

—Y artillería —dice Tena a mi lado—. Han traído varios morteros a las caballerizas del Palacio.

—Esto se pone serio.

—Ahora es cuando de verdad va a empezar la guerra.

Magro se acerca hasta mí y me pregunta:

—Tú eres el pintor, ¿no?

—Sí.

—A lo mejor te apetece venir a ver una cueva con pinturas rupestres.

—¿Dónde?

—No lejos de aquí, a unos kilómetros, en una zona que llamamos El Paternóster. Por allí abunda la caza y dentro de quince minutos salimos en un camión a ver si nos traemos un par de ciervos. En la cocina andan escasos de carne. He pensado que, mientras unos vamos tras la caza, a ti te gustaría ver esas pinturas. Y los dos soles.

—¿Qué dos soles?

—Aquí hubo una vez dos soles al mismo tiempo. Desde entonces estamos un poco locos —con el dedo hace un gesto de molinillo sobre la sien y me sigue hablando de lo que ellos llaman «parhelio»—. Deslumbrados. No sabemos bien adónde mirar.

—Me parece una idea estupenda. Voy con vosotros.

—En quince minutos. Aquí mismo.

Me ato bien las botas, cojo un cuaderno y los lapiceros y vuelvo a la explanada. Marta también está esperando.

—¿También vienes?

—Sí —responde.

No veo a Marcelo, pero no pregunto por él. Sin embargo, ella adivina en qué estoy pensando, porque añade:

—Marcelo no puede venir. Está de guardia.

Por el camino se acerca el camión que va a llevarnos hasta El Paternóster. Es un vehículo más ligero que los 3 Hermanos Comunistas y su motor emite menos ruido que un coche. En la caja veo a Viriato y a otros dos milicianos de la comarca. Los tres van armados con fusiles.

—¡Martín Cupido! —Magro llama al conductor levantando el brazo—. Justo a tiempo.

—Cuando queráis —nos indica al pararse junto a nosotros—. La señorita en la cabina, conmigo —bromea.

Delante suben Marta y Magro. Yo voy en la caja, con Viriato y los otros. Por la ventanilla trasera de la cabina veo su pelo, la media melena oscura, los mechones que suavemente agita el aire, su perfil cuando mira a uno u otro lado. En estos días al aire libre le ha caído una rociada de pequeñas pecas sobre la nariz y los altos pómulos que le hacen parecer más joven. Ahora mismo podría extender el brazo y acariciar su cabeza, su cuello, deslizar los dedos por el rostro que a veces sonríe a algún comentario que hayan hecho Cupido o Magro.

—¡Mirad allí! —exclama más adelante un miliciano.

Con el brazo señala una loma al otro lado del cauce de un arroyo. Un grupo de ocho o diez ciervos observan desde lejos el camión y, de pronto, sus músculos flexibles, trémulos, poderosos parecen estallar y huyen sin esfuerzo, ingrávidos, como si no pisaran la tierra, alejándose entre las encinas y los alcornoques.

La pista de tierra se ha vuelto más estrecha y más áspera y el camión reduce la velocidad, bamboleándose en los baches, rozando a veces contra las ramas de los árboles. Llegamos a un claro en el que se apilan montones de troncos de pinos que dan la impresión de llevar allí algún tiempo y que se pudrirán o arderán si nadie los recoge. El camión se detiene y todos, excepto el conductor, nos bajamos. Desde aquí avanzaremos a pie y hablando en voz baja. Las encinas han dado paso a los robles, que alternan con manchas de matorral, con pequeñas vegas de pasto que dejan ver ya las señales verdes y tostadas del otoño, con zonas de pinos en cuyas cortezas brillan rosarios de resina. De vez en cuando suenan cantos de pájaros que no conozco, pero la necesidad de sigilo me impide que le pregunte a Viriato por ellos. Según ascendemos, la vereda va quedando reducida a un sendero apenas definido. Sin darnos cuenta, el bosque se ha hecho más profundo, huele a fermentación y a clorofila.

Viriato se adelanta unos metros y avanza encorvado entre los arbustos. Nos llama con un gesto de la mano y señala la vega donde corretea un arroyo: el pasto húmedo y el agua han atraído a una manada de ciervos que beben y mordisquean los juncos, pero están demasiado lejos para dispararles. Aunque tenemos la brisa de cara, nos detectan, nos miran unos segundos y salen huyendo sin excesiva alarma.

Seguimos avanzando hacia el arroyo y Magro nos muestra el cauce que viene del norte, encajonado entre cerros. Señala hacia el fondo, hacia unos galayos grises con chorretones blancuzcos de las heces de las rapaces que anidan en sus paredes. En el centro se distingue una mancha negra.

—¿Veis allí? —nos pregunta.

—Sí.

—Es la cueva de las pinturas. No tiene pérdida. Seguí el cauce del arroyo, sin dejar la vereda que va siempre ascendiendo.

—¿Cuánto se tarda?

—Un poco más de media hora.

—De acuerdo —digo.

—Nos vemos aquí dentro de... unas tres horas —calcula—. Si hubiera necesidad, os llamamos con un disparo.

—Que se os dé bien la caza —les deseo cuando comienzan a caminar.

—Tened cuidado en la última repisa. Es el único riesgo —nos informa antes de marcharse, riendo—, porque por aquí ya no hay osos.

Los vemos alejarse y nos quedamos quietos, un poco intimidados por la poderosa naturaleza que nos rodea. Me cuelgo en la espalda la pequeña mochila con los cuadernos y los lapiceros y cojo un palo del suelo, pensando en alguna serpiente, alguna alimaña.

—¿Vamos? —pregunta Marta.

Camina delante de mí, con paso decidido en el suelo irregular, sin perder la referencia de la mancha negra de la cueva y de vez en cuando mirando hacia atrás para comprobar que sigo junto a ella.

—¿Cansada? —le pregunto cuando se detiene un momento a calcular cuánto hemos ascendido.

—No. Me cansaba los primeros días, pero ya me he acostumbrado. Por una razón o por otra, no hemos dejado de caminar en las últimas semanas.

—Como en las guerras antiguas. Entonces las ganaban quienes se desplazaban con mayor rapidez y lograban sorprender al enemigo.

—¿Y crees que ahora ocurrirá lo mismo?

—Algo parecido. Pero ahora tendrá más posibilidades de ganar quien tenga más motores.

—Pues acabamos de recuperar varios camiones.

—Serán imprescindibles para esa ofensiva de la que se habla tanto que seguramente ya lo sabrán también en el otro lado. Como tardemos mucho más, cuando nos decidamos a avanzar nos estarán esperando con la mecha encendida.

—¡Sigues igual de optimista! —dice con ironía.

—Me gustaría serlo. Pero hasta ahora han sido ellos quienes se han movido y se han armado con mayor rapidez. Y la capacidad de combate de un hombre es muy pequeña comparada con la capacidad de destrucción de un cañón.

No quiero caer de nuevo en el derrotismo de aquella primera marcha, pero algo me impide evitarlo. Creo que sé lo que es: intento distinguirme de Marcelo, no verme envuelto en su expansivo optimismo ni desaparecer mimetizado en su sencilla nobleza.

—Eres un tipo extraño —dice Marta reanudando la marcha.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? No confías en nuestra capacidad para ganar —va contando con los dedos—; crees que Europa nos dejará solos porque esta es una guerra..., ¿cómo dijiste?, sí, de secano; no consideras que la fe en las ideas sea un arma decisiva; valoras más una máquina que a un combatiente... Y a pesar de todo eso te has alistado como voluntario. El otro día, en las trincheras, me fijé en ti cuando nos disparaban. Y no parecías acobardarte —me concede.

—Espero no hacerlo tampoco si llegan momentos más duros.

Marta reflexiona unos segundos y luego dice:

—Pero si piensas así, ¿por qué aceptaste venir? ¿Por qué no te quedaste en Madrid?

Ahora soy yo quien necesita unos momentos para responder:

—Porque no me parecía bien quedarme allí esperando a ver quién era el vencedor. No estoy afiliado a ningún partido, pero sé muy bien quién quiero que gane. Con la República siempre podré ser lo que soy y seguir haciendo lo que hago sin que nadie me obligue a nada. Pero si triunfaran ellos, estoy seguro de que me obligarían a cantar su himno con el brazo en alto, a gritar sus consignas, a aplaudir a su líder, a rezar a su único dios. No, no me gusta nada lo que imagino que ocurriría si ganaran.

—No ganarán —dice Marta con firmeza—. Lo impediremos entre todos los que no queremos que nos obliguen a todo eso que has dicho.

Parece que Marta va a añadir algo, pero sin darnos cuenta ya hemos llegado a la repisa que mencionó Magro. Hay que recorrer unos veinte metros por una especie de balcón de piedra, no demasiado ancho y sin ningún asidero. Abajo rumorea el arroyo con su pequeña corriente sobre un lecho de pizarras que cortan el agua con hachazos blancos. No es peligroso pasar si se camina junto a la pared, pero Marta no parece muy segura.

—Dame la mano —me pide.

Avanzamos despacio, sin dificultad, hasta que, tras un suave giro, se ensancha la repisa y ya estamos ante la entrada de la cueva. Su altura se acerca a los dos metros, pero la oscuridad impide ver su profundidad. Nos adentramos un poco y enseguida Marta señala hacia la pared izquierda:

—¡Mira!

En efecto, ahí están las pinturas, de un color ocre rojizo sobre el gris de la piedra: unas figuras filiformes de ciervos y caballos y de hombres que les arrojan lanzas y flechas. Observamos conmovidos los trazos duros y concisos, con una intensa concentración de significados. Un poco más adentro, según nuestras pupilas se van adaptando a la disminución de la luz, vemos también las manos del pintor, la huella de su palma como la firma inocente del analfabeto que imprime en el papel la huella de su dedo manchado.

—¡Mira! —le digo yo ahora, señalando los dos círculos en la pared.

—¡Los dos soles!

—El parhelio del que hablaba Magro. Los habitantes de Breda creen que un día existieron al mismo tiempo esos dos soles. Por eso dicen de sí mismos que son gentes extrañas, especiales. Si se vuelven locos o cambian de ideas de

un día para otro, dicen que es a causa del parhelio. Si se enamoran de la mujer de otro hombre, culpan al parhelio. Dicen que es bajo su influencia cuando se suicidan.

—¿Tú crees que nos afectará también a nosotros? —me pregunta sonriendo.

—¿En qué sentido?

—En que nos volvamos locos y hagamos cosas que nunca habíamos pensado hacer.

—Ya nos ha afectado, porque las estamos haciendo, ¿no? ¿Acaso tú habías imaginado alguna vez que estarías disparando en una trinchera?

—No, nunca —vuelve a mirar los dos soles y ambas ideas se asocian en su cabeza, porque me pregunta—: ¿No has pensado en pintarlo?

—¿Qué?

—Todo esto. La guerra, los soldados, esta cueva..., antes de que...

—¿Nos ocurra algo?

—No. Antes de que lo olvides. Ahora que es todo tan intenso, para que quede un testimonio de lo que estamos viendo. Ellos —señala las huellas de las manos— se decidieron a hacerlo. Ahora están todos muertos.

—Buenos, los ciervos han sobrevivido —le digo, porque acaban de sonar unos disparos a lo lejos—. A menos que Viriato los esté cazando a todos.

—Tú podrías hacerlo muy bien —insiste con seriedad, sin aceptar el tono de broma que le propongo.

—No estoy tan seguro.

—Vi los carteles que pintaste en Madrid y los bodegones que llevamos al Palacio.

—Pero hay una diferencia esencial —replico al cabo de unos segundos.

—¿Qué diferencia?

—Obsévalas —le pido. Nos acercamos un poco más, hasta casi tocarlas con los dedos—. Estas figuras están llenas de optimismo... Del optimismo que tú dices que me falta. Mira qué agilidad en los movimientos de los animales, qué decisión en los cazadores. Fueron pintadas por un hombre que en ese momento era feliz.

—¿A pesar de todos los terrores y dificultades que lo rodeaban? —duda.

—A pesar de todos los terrores y dificultades que podían rodearlo. Quienquiera que fuese, pintaba convencido de que ese día la caza le iba a ser propicia. Pintaba lleno de esperanza.

—¿Y tú no puedes hacer lo mismo?

—No, creo que no. Ellos convivían con los animales y sabían pintarlos en movimiento. Nosotros —le digo, negándome a la personalización que me propone— ya solo sabemos pintar a los animales muertos.

Marta se queda en silencio, pensativa, mirando las pinturas rojizas, en las que parece buscar confirmación a mis palabras. Abro el cuaderno, me siento en el suelo y comienzo a copiar las figuras de los cazadores y de los ciervos, dejando que mi mano cabalgue con rapidez sobre el papel y decida las variaciones, que no sé si me servirán para algo. Durante una hora trabajo concentrado, con prisas, voy llenando hojas del cuaderno como si solo me concedieran una oportunidad para ver estas pinturas. Cuando ya he bosquejado el suficiente material, oigo varios disparos de los cazadores. Tal vez se hayan oído más, pero no me he dado cuenta. Al mirar hacia la entrada no veo a Marta, que me ha dejado solo. Está fuera, en la plataforma, sentada con la espalda apoyada en la pared, contemplando el abierto panorama que se extiende ante nosotros y que, buscando las pinturas, no habíamos apreciado. El sol ha ido cayendo hacia el oeste, como si se agachara para alcanzar mejor los detalles de su rostro, de modo que la luz inclinada ha perdido su dureza e ilumina con suavidad los árboles lejanos, las rocas, las colinas. Frente a nosotros, casi a la misma altura, pero muy elevados sobre el suelo, algunos buitres planean en círculos, y más arriba dos águilas autoritarias y orgullosas vuelan mostrando su supremacía. No me ha visto salir y observo en silencio el perfil de su rostro, extrañamente sereno en la contemplación del paisaje, los altos pómulos, la nariz moteada de pecas, la boca apenas esbozando una sonrisa, a punto de desplegarse, como cuando está contenta. Sé que alguien que no la aprecie diría que no es tan hermosa, que su rostro no es tanto irregular como imperfecto, que yo la miro con ojos favorables porque estoy enamorado de ella, pero a mí me basta la proporción de belleza que posee, no necesito más. Por un momento siento el deseo de pasar otra hoja del cuaderno y pintar su expresión, pero sé que sería insuficiente: sería como conformarse con acariciar la carcasa de una bomba cuando se está deseando que la pólvora

te incendie el corazón. Ahora mismo solo lamento que la repisa no esté en un lugar aún más elevado, más alejado de las tierras de abajo donde los demás cazan y se afanan en sus conflictos y construyen trincheras y se matan.

Cada paisaje tiene una hora mágica que lo favorece. A los ríos tranquilos les sienta bien el alba, la primera claridad que baja a mecerse en su corriente. Al bosque lo embellece el mediodía, cuando la luz se cuelga en vertical y tiembla agitada por las hojas. No necesito haber estado aquí a otras horas para saber que es el atardecer su momento mágico.

Nos queda poco tiempo para contemplarlo, pronto tendremos que regresar, pero me siento junto a ella en la repisa, con la espalda apoyada en la pared y las piernas extendidas.

—Me quedaría aquí toda la tarde —dice.

—Y pasaríamos la noche dentro de la cueva, junto a los fantasmas de los cazadores y de sus presas.

Marta me mira sonriendo. El color de sus ojos, como pizarras mojadas por la lluvia, con chispas marrones y verdosas, no es muy diferente de las rocas en las que apoya la espalda. Me inclino hacia ella y la beso. Luego, ella coge mi mano.

—Sabes que estoy con Marcelo —dice.

—Pero no estás enamorada de él —le contesto, y antes de que me pregunte, añado—: Si lo estuvieras, yo no estaría aquí ahora.

—¿Dónde estarías?

«En una trinchera, haciéndome matar», es lo primero que se me ocurre, pero no lo digo. Sonarían exageradas y tramposas, aunque sea cierto lo que quieren decir.

—Tal vez en Madrid.

Nos asusta un disparo más cercano que suena de pronto, como si nos sorprendiera cometiendo un delito. En este silencio, en esta última hora de la tarde, ante esta visión, su estampido violento y perentorio destaca como una anomalía.

—Nos llaman —se lamenta Marta en voz muy baja—. Lástima que tengamos que irnos tan pronto.

Pero todavía entramos en la cueva y observamos otra vez las pinturas antes de emprender el regreso. No tardamos mucho en llegar hasta la bifurcación donde nos habíamos separado. Allí nos está esperando uno de los hombres, que nos guía hasta el camión mientras nos cuenta que han cazado dos animales.

De nuevo, Marta sube a la cabina. En la caja, mis pies chocan con las patas de los ciervos muertos, que todavía sangran y la sangre mancha el suelo de madera. En sus ojos abiertos aún brillan unas lágrimas, quedan unas hilachas de terror. Marta vuelve la cabeza y por la ventanilla observa los cadáveres con un gesto de lástima y de rechazo. Luego me mira y sus ojos me recuerdan lo hablado allí arriba: ya solo somos capaces de pintar animales muertos.

Cuando llegamos al Mausoleo, al oscurecer, los soldados ya están instalados en sus tiendas de campaña. Descargamos del camión las piezas cobradas y las llevamos a las cocinas del edificio anexo, donde las encargadas enseguida comienzan a afanarse en su preparación.

Marcelo viene hacia nosotros y besa a Marta.

—¿Qué tal la excursión? —nos pregunta—. ¿Visteis esas pinturas?

—Sí. Son extraordinarias —le dice.

—Yo también quiero verlas. Tenemos que ir otro día —propone.

Los veo salir del Mausoleo a la noche. Marcelo coge la mano de Marta, que yo he tenido entre las mías, y ese sencillo gesto me causa un agudo pinchazo de dolor.

Nadie nos despierta al día siguiente y en el gran dormitorio colectivo que es el Mausoleo algunos comienzan a removerse, a hablar en voz alta, a bromear con los reflejos del cuerpo, con todas sus variantes gaseosas. Fuera se oyen ruidos de motores.

Poco después entran el capitán Méndez, el teniente Noguero, Magro y los cabos y nos ponen en movimiento. Adivinamos que va a ocurrir algo importante, porque nos han dejado descansar una hora más. Tras el desayuno, más fuerte que otras mañanas, nos agrupan por secciones y nos confirman que

en unas pocas horas comenzará la ofensiva. Debemos estar preparados para obedecer las órdenes sin ningún titubeo. Un comportamiento erróneo o cobarde de una unidad puede llevar al desastre toda la operación.

Revisamos los fusiles y nos dan dos peines de balas a cada uno, con el consejo de que no las desperdiciemos, puesto que no sobran. Solo los cabos y los soldados veteranos llevarán granadas. Además, dispondremos de ametralladoras Maxim y de algunos morteros que están siendo cargados a lomos de una docena de mulas, con el pelo rapado muy corto y filigranas en las ancas, que se diría sordas, pues permanecen tranquilas en medio de la agitación, sin espantarse por la carga, el ruido y el nerviosismo de alrededor, comiendo el pasto que les han echado junto a las hornacinas, a los mismos pies de las estatuas de mármol.

A mediodía volvemos a comer, ahora una ración doble de un guiso de patatas con verduras y con la fibrosa carne de los ciervos cazados el día anterior. Luego, a cada uno nos dan una cantimplora, media libra de pan de munición y una fiambra metálica llena de comida, con el sello del Ejército de Tierra, que nadie sabe cómo han llegado hasta aquí.

—¡Pareces una tortuga pelirroja! —le grita Marcelo a Mangas.

En efecto, cargados con todo el equipo, parecemos tortugas llevando a las espaldas, en lugar de un caparazón, una mochila de la que cuelgan utensilios de cocina y una manta enrollada. Por fin nos hacinan en los camiones que nos llevan hacia el sur, por el camino de las Huertas de la Abundancia, hasta las cercanías del Puente del Jinete. Allí, una parte de la expedición baja de los camiones para concentrarse en el Montón de Trigo. A nosotros nos hacen continuar con sigilo hacia el sudoeste por una vía de carros que tortura los amortiguadores. Tena, que siempre dispone de información útil, nos cuenta que una tercera compañía ha quedado de retén en Breda, desde donde podría acudir a cualquier punto que fuera necesario reforzar.

En el terreno llano donde se detienen los camiones, porque a partir de aquí no podrán continuar, nos espera ya un grupo de soldados con la reata de mulas que se adelantaron esta mañana, con las riendas atadas a las ramas de las encinas. Nos distribuyen en pelotones bajo las anchas copas y a partir de ahora nos encarecen que actuemos con sigilo y disciplina, que permanezcamos ocultos ante un improbable vuelo de observación de la aviación fascista. El

aviso resulta innecesario: nos hemos agrupado instintivamente como para darnos mutua protección. Atrás, a unos veinticinco kilómetros, ha quedado Breda.

Sentados en la tierra seca y tibia, hay una suerte de impaciencia en todos nosotros a pesar de que nos dirigimos hacia un enfrentamiento mucho más peligroso que las escaramuzas en las trincheras del Montón de Trigo, como si prefiriéramos marchar contra el enemigo que permanecer aquí esperándolo. Y de esa impaciencia surge la confianza en la victoria y el regocijo con que escuchamos las discrepancias entre Mangas y Tena, incapaces de tomarlas en serio. Ahora mismo Tena le está criticando su anémica falta de puntería:

—Quizá acertarías alguna vez si al disparar no miraras para otro lado, como si no quisieras ver adónde envías la bala.

—El problema, mi cabo —replica con un retintín que Tena no acaba de encajar—, es que me habéis dado un fusil que es amigo de los fascistas.

—¿Nos estás acusando de sabotaje?

—Yo apunto bien, pero el fusil nunca obedece. Desvía las balas hacia otro lado.

—No te creo. Y además sé una manera de comprobarlo: apúntate a la cabeza y dispara, a ver si también el fusil desvía la bala hacia otro lado.

—Seguro que entonces acertaba. Ya te he dicho que es un fusil fascista.

—No te preocupes, que te lo cambiaré por el mío. Ahora lo único importante es detener a los sublevados que se dirigen hacia Madrid. Y nos ha tocado combatir en una zona clave. Aunque tú debes ir en segunda fila.

—¿Por qué en segunda fila?

—Porque se puede confiar en que los anarquistas os portéis con valentía en un combate, pero nunca en que seáis capaces de organizarlo.

—Los anarquistas no necesitamos vuestras estrategias dictadas por Moscú. Nos basta y nos sobra con nuestra capacidad para improvisar.

—No creo que las balas de los fascistas te dejen mucho tiempo para improvisar, sobre todo si es verdad lo que dices de ese fusil con el punto de mira torcido que te han dado.

—¿Por qué Franco tiene tantas prisas por llegar a Madrid? —pregunta Rocha.

—Porque necesita demostrar que es más listo que Mola y que Queipo de Llano para que lo nombren jefe supremo de todos ellos.

En estos momentos ninguno de nosotros piensa en una posible derrota y me pregunto si Guedea ha organizado un plan de retirada, por si fuera necesario. Miro alrededor, a nuestro grupo, donde nos mezclamos un puñado de voluntarios llegados de Madrid, sin apenas experiencia para desenvolvernos por el campo, donde no lograríamos sobrevivir sin ayuda más de tres días, con unos cuantos milicianos de la zona, casi todos ellos de ese tipo de campesinos que la naturaleza ha estado fabricando durante muchos siglos para ponerlos a su servicio: de baja estatura, cetrinos, con las frentes surcadas por arrugas profundas como alambradas, endurecidos por la tierra y adaptados con perfección a ella. La cuestión, aquí y en toda España, es saber si esta improvisada amalgama, compactada por unos pocos militares profesionales, será suficiente para vencer al ejército de Franco.

Falta muy poco para que se oculte el sol cuando nos ponen en marcha, de modo que cuando nos internemos en la otra zona ya será de noche. Nos prohíben fumar, hablar en voz alta y separarnos de nuestra unidad. Marchamos a un paso normal, sin prisas, como si temieran fatigarnos, y cuando hemos caminado dos horas nos dejan descansar un tiempo. Los guías se adelantan, pero regresan al cabo de media hora y de nuevo marchamos por un terreno descendente hasta llegar a un río de escaso caudal, que atravesamos pisando sobre unas pasaderas. El mayor ruido surge de las mulas cargadas con los pertrechos, que se detienen a beber y a resoplar sin sacar el morro del agua.

Vamos notando el cansancio en el ritmo más lento de los pasos, en la cautela y el silencio con que nos movemos. Apenas hablamos, conscientes de que ya estamos hundidos en zona enemiga. Por delante distingo a veces a Marta, que camina junto a Marcelo, y en algunos momentos de la marcha coincidimos juntos, sin decir nada, mirando al suelo para no tropezar o, de cuando en cuando, a la luna creciente que ilumina el camino, a las oscuras lomas que vamos dejando a los lados.

Desde un altozano distinguimos un puñado de débiles luces, situadas a dos o tres kilómetros delante de nosotros. Se trata del primer obstáculo enemigo que debemos superar. Uno de los milicianos nativos nos indica que es

una aldea con un extraño nombre, Silencio, que parece el más adecuado posible para esta noche. Las mulas quedan atrás y avanzamos hasta una chopera donde descansaremos hasta el amanecer, cuando comenzará el ataque.

Tumbados en el suelo, utilizamos las mochilas como almohadas. Cierro los ojos y solo descubro que me he dormido, fatigado por la caminata, cuando alguien me despierta mientras se oye un lejano retumbar de explosiones. No puedo moverme durante unos instantes, aturdido por la pesadilla interrumpida: soñaba que no tenía manos. Alguien me las había cortado o, sencillamente, se habían desprendido de mis muñecas sin causarme dolor, sin derramar sangre. Estaba sentado en la hierba y las veía a mi lado, pero no podía cogerlas para pegarlas en mis muñecas, porque no tenía dedos. Sabía que bastaba con colocarlas en los muñones para que volvieran a su sitio sin secuelas, pero no podía hacerlo. A mi alrededor había mucha gente que me miraba con piedad, pero nadie se movía, no intentaban ayudarme.

—¡Hay que espabilar! —me urge Viriato—. Es en el Montón de Trigo.

—Ya ha comenzado el ataque de los nuestros —dice Marcelo cargándose la mochila a la espalda.

—Entonces, todo está bien, ¿no? —pregunto.

La respuesta nos la da Magro, que viene corriendo hasta nosotros, maldiciendo:

—¡Mierda! Algún inútil se ha precipitado o se ha dejado ver antes de tiempo. ¡Han comenzado a atacar en el Montón de Trigo!

—¿Y eso es malo? —pregunta Gema.

—Debían esperar al amanecer, coordinados con nosotros. ¡Moved el culo! Vamos a tomar esas cuatro casas antes de que los fascistas puedan quitarse las legañas de los ojos.

Ya estamos en pie, cada uno con su equipo, esperando las órdenes. Alguien pasa corriendo a avisar al grupo de los rezagados que conducen las mulas con las ametralladoras y morteros y enseguida nos hacen avanzar deprisa hacia la aldea, divididos en dos columnas. La nuestra se adelanta por la derecha, hacia el flanco donde, bajo la primera claridad que entra por el este, se distingue un pequeño campanario. La otra columna avanza siguiendo un arroyo que la delimita por la izquierda.

Antes de llegar a las primeras casas nos detiene en seco una descarga de fusilería desde unos corrales que parecían abandonados, en un huerto de parras y de olivos. Nos lanzamos a tierra y buscamos refugio tras las piedras, tras los troncos, en cualquier hoyo entre los surcos. Se oyen algunos gritos de dolor. Si hasta ese momento nuestro avance había sido muy rápido, estos disparos que provocan la primera sangre bastan para demostrarnos la dificultad de la ofensiva.

El capitán Méndez tarda en asumir la sorpresa y preparar una alternativa al plan original, que no esperaba encontrar tan pronto resistencia. Nos reagrupan y nos ordenan atacar el flanco derecho de los corrales, donde las parras y los olivos ofrecen cierta protección. Los mejor situados abrirán un fuego nutrido para cubrir el asalto. En ese grupo, comandado por Viriato, también está Marta. A una orden del capitán saltamos una pared de piedra a hueso y avanzamos a rastras entre las cepas ya sin hojas que apenas ofrecen protección ni camuflaje. Marcelo repta hacia delante de un modo temerario y los demás intentamos seguirlo, pero los latigazos de los disparos nos impiden acercarnos. Una bala levanta delante de mis ojos un puñado de tierra y, muy asustado, me aplasto contra el suelo, hundido entre dos surcos, inmóvil, escuchando el grito de dolor que a mi lado lanza uno de los nuestros.

—¡Me han dado! ¡Ayuda!

Es uno de los voluntarios de Madrid. Tiene enrojecido el muslo derecho, pero por fortuna está a cubierto, protegido tras el brocal de un pozo que queda unos metros a mi derecha. Me arrastro hasta llegar junto a él. Un airado chorro de sangre brota de la herida, en el centro de la pierna, y da la impresión de que afecta al hueso, porque no puede moverla.

Se intensifica una nueva oleada de tiros y, en el espeso estruendo, apenas se distinguen de dónde proceden los disparos. No sé cómo lo ha conseguido, pero Mangas llega hasta nosotros.

—No dejes ni que se asomen —me pide con una seriedad inhabitual en él.

Apoyo el cañón del fusil en el brocal y disparo mis primeras balas hacia las troneras de los corrales en cuanto advierto en ellas una sombra, un movimiento.

—¿Cómo te llamas? —le pregunta Mangas.

—Juan Larios.

—No te preocupes, Larios —se quita el cinturón y se lo ata a modo de torniquete en lo alto del muslo—. No te vas a morir de esta. Te lo digo yo que soy enfermero.

—Duele —gime, muy pálido.

—Aguanta un poco.

—Tengo sed.

Le doy agua de mi cantimplora y limpio el sudor que, a pesar del frío, brilla en su frente.

—Aguanta un poco —repite Mangas—. Vamos a echarlos de ahí y entonces podrá venir el médico a curarte.

—Vale, pero daos prisa. Dadle duro a esos cabrones.

Pero no nos permiten avanzar. Tiran bien y saben dónde hacer más daño, porque se oyen más gritos y no hay mucho progreso. De pronto suena a nuestras espaldas el tableteo de una ametralladora y en los muros de los corrales comienzan a saltar esquivas.

—¡Al fin han llegado las mulas! —grita Mangas.

Amparados bajo su cortina de plomo nos lanzamos a un ataque más decidido. Como nos han enseñado en la instrucción, elegimos un parapeto — un olivo, un surco profundo, unas piedras— y de una carrera llegamos hasta él. Mangas ya ha salido y, sin pensarlo, me dispongo a saltar ahora que ha disminuido el riesgo, pero Larios me sujeta la manga y me pide con un gesto de súplica:

—No me dejes aquí solo.

Ha cambiado de opinión, quizá porque, a pesar del torniquete, la mancha de sangre en su pierna se va agrandando y empapa la tierra.

—Tengo miedo —confiesa.

—No te preocupes, me quedaré contigo. Pronto vendrán a recogerte.

La lucha se recrudece porque, recuperados de la sorpresa, ellos han vuelto a organizar la resistencia. Sin embargo, ya hemos alcanzado posiciones favorables muy cercanas a los corrales desde donde podemos acosarlos. Marcelo, protegido tras unas rocas, coge una granada que no sé de dónde ha sacado, le quita la anilla con la boca y, arriesgando muchísimo, corre unos

pasos y la lanza hacia el interior del refugio. El estallido los hace enmudecer y va seguido de un avance definitivo. Dentro se oyen disparos y, al cabo de unos minutos, se apagan por completo.

Llamo a voces a los enfermeros y cuando vienen a recoger a Larios, ya desvanecido, puedo ir a los corrales. Dentro hay doce o catorce cadáveres de guardias civiles y paisanos de los que nadie se preocupa. Salgo de allí y entro en las calles de Silencio. En una esquina, al fondo, disparan nuestros soldados, pero la situación se ha estabilizado, porque ya no tenemos que avanzar en campo abierto contra un enemigo encastillado. Algunos milicianos suben a los balcones, a los tejados, buscando mejores posiciones.

—Los últimos se han refugiado en la iglesia y nos están obligando a perder mucho tiempo —nos dice Magro cuando llegamos junto a él, esperando órdenes.

Se oyen disparos al otro lado, por donde hostiga la columna que avanzó por el arroyo.

De repente, detrás de mí están Marcelo, Marta y Viriato, que se asoma un instante a la esquina, retrocede y desaparece por la puerta de la primera casa. Marta lleva en las manos su fusil y, al descubrirme, sonrío con un inconfundible gesto de alivio. Nunca la había visto tan seria, temblorosa y ruborizada, como si sus mejillas hubieran absorbido el calor de su arma al disparar. ¿Cuántas Martas más conoceré antes de que acabe esta guerra?

Un estruendo mayor resuena en toda la calle: es uno de nuestros morteros, que ha comenzado a bombardear la iglesia. Esperamos un tiempo a resguardo hasta que, tras haber lanzado una docena de obuses, alguien grita desde un tejado que en el campanario están ondeando una bandera blanca. La toma de Silencio ha terminado. Suenan entre nosotros voces de euforia y entonces me doy la vuelta.

—¿Adónde vas? —me pregunta Marta, extrañada. De nuevo, algo nos separa precipitadamente.

—Ahí atrás.

—¿Para qué?

—Delante ya no se necesita ninguna ayuda...

—Nadie la pide —me interrumpe—. Al contrario, vamos a celebrarlo.

—Tengo que ver cómo está un compañero herido.

Al llegar a la casa que me han indicado dos camilleros oigo desde la puerta algunos gemidos de dolor.

—¿Buscas a alguien? —me pregunta un enfermero.

—A un miliciano con un tiro en la pierna. Se llama Larios.

El enfermero niega con la cabeza y lo sigo hasta una sala donde han alineado en el suelo ocho cadáveres. Uno de ellos es el de Juan Larios.

—Cuando lo trajeron ya no pudimos hacer nada. La femoral. Se había desangrado. ¿Era compañero tuyo?

—No, apenas lo conocía —me esfuerzo para que mi voz suene firme.

Salgo de la casa con un nudo en la garganta. Ahora ya conozco la imagen horrible que ofrece un campo de batalla, la ausencia de épica que hay en los disparos, en la sangre de los heridos y de los muertos. Si alguna vez la guerra había sido hermosa, ya solo queda lo sucio y lo feo. Los héroes antiguos que combatían cuerpo a cuerpo han sido sustituidos por tiradores agazapados y sin rostro que ni siquiera son jóvenes. No, ni tiene grandeza el paisaje de la batalla ni la guerra extrae de los hombres lo mejor que llevan dentro.

Cuando regreso a la plaza todo está tranquilo. Al verme, Marta se acerca y me pregunta:

—¿Qué ha pasado con el herido?

—Ha muerto.

—Ven —dice solamente, llevándome al amparo de nuestro grupo.

—Han encerrado a los guardias civiles y a los falangistas voluntarios, pero no se sabe qué harán con ellos —nos informa Mangas.

Todos descansan, fuman, comen y beben vino de las provisiones que han encontrado en una bodega. Yo también me uno a ellos y al comer desaparece el sabor de la pólvora quemada que infecta las encías. Apenas cabemos en esta pequeña aldea, muchos de cuyos habitantes siguen encerrados en sus casas. Sentados en las aceras, charlamos y celebramos nuestra primera victoria, olvidando a los muertos. A lo lejos se siguen oyendo ecos de explosiones de morteros en el Montón de Trigo. El capitán Méndez y el teniente Nogueroles pasan a mi lado caminando muy deprisa.

—¡No sé qué hacen todavía allí detrás! En esta ofensiva son imprescindibles la rapidez y la sorpresa —se queja Méndez.

Poco después nos llega la información que ha traído uno de los guías: los de Franco resisten en el Montón de Trigo y los jefes dudan sobre qué decisión tomar: esperar, retroceder para ayudarlos o continuar el avance, si bien de un modo más lento, dando tiempo a que terminen su tarea y se incorporen a la ofensiva. Si solo avanza nuestra compañía, corremos el riesgo de quedar cortados en terreno hostil.

Hasta dos horas después no deciden un plan y es media tarde cuando envían una bien armada y ágil sección de apoyo de vuelta hacia el Montón de Trigo, donde se ha enquistado la resistencia. A los cincuenta expertos combatientes se les unen seis mulas para transportar una Maxim y varios morteros, que incrementarán su potencia de fuego.

A los demás nos dejan descansar en esta aldea, Silencio, con un oído orientado hacia el nordeste, donde resiste el bastión que no podemos dejar a nuestras espaldas, y el otro hacia el sur, por donde los militares de Franco podrían aparecer en cualquier momento, en cuanto hayan comprendido que nuestra ofensiva no se limitará a un escarceo de hostigamiento que retrocede después de haber causado algunas heridas, provocado algunos incendios y obligado a modificar los planes del enemigo, sino que hemos decidido cortar sus líneas y ocupar este territorio. Me pregunto si Franco y Yagüe no estarán tomando ya las medidas necesarias para impedirlo. Descansamos, sí, reunidos en grupos, charlamos esperando, pero mantenemos los fusiles al alcance de la mano.

Marcelo saca de su mochila el detallado mapa de correos que suele llevar consigo y señala de dónde salimos ayer por la tarde, dónde nos encontramos ahora, dónde queda el Montón de Trigo y cuánto nos falta para alcanzar la carretera general. Un poco más abajo discurre el Tajo, que deben cruzar nuestros compañeros de la Columna Fantasma de Uribarri avanzando en sentido contrario unos cincuenta kilómetros desde los Montes de Toledo, hasta encontrarnos en el punto exacto que Guedea haya determinado y que nosotros desconocemos. Establecido el contacto, nos tocará mantenerlo hasta que desde Madrid y desde Toledo refuercen la ofensiva.

Sobre el mapa todo parece asequible; y la estrategia, óptima. Sin embargo, una mirada a la escala revela la dificultad: en este terreno de llanuras, amplio y permeable, sin grandes dificultades orográficas, resulta más

fácil alcanzar la carretera bajando desde las sierras que mantener después la posición conquistada. La misma facilidad de avance de que ahora gozamos la tendrían luego los militares si decidieran contraatacar. No es necesario ser un estratega para comprender que no será lo mismo combatir en estos frentes abiertos que en las colinas de Breda que ya conocemos. Cuanto más áspero e incomunicado es el terreno, más favorece nuestras tácticas de guerrilleros; cuanto más llano y abierto, más favorecerá a un ejército regular pertrechado con motores.

—Ya hemos hecho la mitad del trabajo —dice Marcelo con su habitual optimismo.

—No estés tan seguro —advierde Tena—. El comandante Guedea luchó en África a las órdenes del mismísimo Franco y...

—¿Por qué no le pegó un tiro entonces? Nos hubiera ahorrado todo esto —lo interrumpe Gema.

—... y dice que nada lo irrita más que perder un territorio que ya había conquistado.

—Pero nosotros no somos moros —dice Marcelo.

—Nosotros ahora somos soldados —dice Mangas.

—Pero no militares —les digo.

—¿Acaso no es lo mismo?

—No. El soldado está deseando que acabe la lucha para dejar de serlo. El militar teme que acabe la lucha.

—Sea como sea, esperaremos a que vengan los de Franco y les daremos una buena paliza —concluye Marcelo con buen humor.

Los ecos lejanos de estampidos siguen llegando desde el Montón de Trigo mientras avanza la tarde. Estamos cansados después de un día tan intenso y agradecemos las últimas órdenes: hay que buscar acomodo para dormir unas horas, mientras podamos, porque reemprenderemos la marcha en cualquier momento de la noche.

Abrimos las fiambreras y comemos una parte de las raciones de carne y queso. Nos guardamos un puñado de higos secos, unos tacos del jamón y un trozo del pan que tenían en sus despensas los guardias civiles y que nos vienen repartiendo.

Luego aparece Viriato y nos dice que ha encontrado un buen lugar para dormir. Lo seguimos hasta un henil y extendemos el pasto seco por el suelo. Con las mochilas a modo de almohada nos tumbamos a descansar. Soldados en estado de reposo.

Viriato extiende su manta, se acuesta sobre ella boca arriba y un minuto después ronca profundamente, adaptado con facilidad al duro latido de la tierra: un campesino cuya vida, de haber nacido veinte años atrás o veinte años más tarde, habría sido la de un callado pastor de cabras que cada día sube al monte con el rebaño, que conoce cada una de las piedras de su territorio, que identifica las huellas de animales dañinos o de animales que caza como furtivo y las hierbas que curan la diarrea o quemar las verrugas y que sabe utilizar con suma habilidad una navaja corva para cortar el cordón umbilical de un cordero, para partir la hogaza y el fiambre o para tallar una y otra vez la misma figura: la de un monje con capucha y barba que ora con los ojos cerrados. La guerra, sin embargo, lo ha sorprendido en la edad de los soldados y utiliza su habilidad con el fusil para matar a otros hombres, orgulloso de su puntería y al mismo tiempo avergonzado de las muertes que causa, porque nunca habla de los enemigos abatidos.

Mangas comienza a chasquear la lengua para interrumpir sus ronquidos, pero sin éxito: los chasquidos detienen unos instantes la ruidosa respiración que, tras la parada, resurge con más fuerza.

—Tápale la boca con un calcetín —pide alguien.

—Primero habría que descalzarlo y no sé qué sería más difícil de soportar: sus ronquidos o el olor de sus pies.

Nos reímos, profundamente agradecidos por estas bromas que alivian la tensión que hemos soportado durante todo el día.

—Duerme a pierna suelta, tan relajado que luego tiene el pulso más firme que una piedra —comento, admirado de que alguien pueda organizar así su vida, con ingredientes tan sencillos: comer, caminar, descansar, disparar contra un animal que sirva de alimento o contra un enemigo que solo es un enemigo y a quien, por tanto, se puede matar.

Mangas vuelve a chasquear la lengua y Viriato vuelve a callarse unos segundos, en los que todos aguardamos expectantes hasta que el silencio se rompe con un resoplido más sonoro y prolongado.

A pesar de los ruidos, el cansancio se va imponiendo y llega el sueño. Otra vez tengo la sensación de que solo han transcurrido unos minutos cuando las voces nos ponen en pie.

—¡Reemprendemos la marcha! —grita Magro—. Ha caído el Montón de Trigo.

—¿Han vuelto los nuestros?

—No, pero no podemos esperarlos. Ya nos alcanzarán luego.

—¿Y los facciosos?

—Unos muertos, otros prisioneros y algunos huidos.

Los primeros morterazos cayeron antes del amanecer, como si estuvieran impacientes y no hubieran podido sujetar su inquietud, pensó Ugarte. Confiados en la ventaja de sus posiciones en el Montón de Trigo, cuya alta cota les concedía un mayor alcance, los republicanos habían dado rienda suelta a uno de sus descontrolados impulsos que, si bien les permitían un primer momento de ventaja, a la larga les harían perder la guerra. La precipitación del enemigo al disparar los había puesto en guardia y, con la llegada de la luz, pudo ver con los prismáticos la tropa mixta de soldados y milicianos que se agitaba en las trincheras. En las últimas semanas habían reordenado y reforzado hombres y armamento, tal como habían detectado sus fuentes de información, que también hablaban de una próxima ofensiva republicana cuya última intención él no adivinaba. Tal vez el fuego de mortero que ahora desplegaban fuera el anticipo de ese ataque anunciado.

Como jefe de los voluntarios falangistas que operaban en aquel frente, él tenía la obligación de poner su grupo al servicio de la autoridad militar, si bien los méritos demostrados en aquellas pocas semanas, el conocimiento del terreno y los aciertos estratégicos le habían permitido conquistar una autonomía de movimientos que nadie discutía. Comandaba una escuadra que oscilaba entre veinte y veinticinco camaradas, según las necesidades o permisos que se concedían por asuntos personales. Aunque había algunos de fuera, la mayoría provenía de la comarca: un grupo de hombres engatillados y encamisados, con un detente de color rojo bordado en el pecho a la altura del corazón, casi todos jóvenes, solidarios y muy concienciados ideológicamente para acatar con disciplina las órdenes, incluso las más duras, las que no se referían al combate, sino a la retaguardia. Había probado su temple en las primeras operaciones de limpieza y, después de algunos vómitos, se habían

comportado como verdaderos patriotas que obedecían sin indecisiones ni demoras. Y en cuanto a la lucha en las trincheras, aprendían rápido las lecciones de estrategia y eran tan eficaces como los soldados de tropa.

Al amanecer se produjo el asalto a sus posiciones.

—Esto no es una escaramuza más, sino una ofensiva en toda regla — admitió por fin el capitán al mando, un africanista que menospreciaba en exceso a las fuerzas republicanas encerradas en la comarca.

Al conocer que también se combatía en Silencio, pidieron ayuda por radio y enviaron un enlace a Éufrates para informar al mando de la gravedad de la situación. Pasado el mediodía recibieron la orden de resistir hasta que al día siguiente pudieran enviarles ayuda. Habían logrado rechazar una segunda embestida y reorganizar sus posiciones en espera de la noche, pero dos horas antes del atardecer fueron sorprendidos por nuevos disparos de morteros y de ametralladoras y se vieron obligados a retroceder ante el empuje de los refuerzos republicanos. Antes de quedar copados y para evitar que la derrota se viera agravada por una completa masacre, abandonaron sus posiciones y cargaron en los pocos vehículos de que disponían a los heridos y el armamento semipesado. Los demás, en orden y a pie, retrocedieron hacia el sur.

Muy entrada la noche, en la creencia de que el enemigo estaba tan fatigado como ellos y no saldría en su persecución, el capitán africanista decidió detenerse, temeroso de un encuentro en la oscuridad con alguna patrulla republicana avanzada. No sabían qué ocurría a su alrededor ni hasta dónde habían avanzado después de ocupar Silencio, y se sentían sin fuerzas para enfrentarse a tropas frescas en caso de un encontronazo en situación desfavorable. Estableció los turnos de guardia y ordenó descansar junto a un pequeño arroyo. Era un centenar de hombres cansados y hambrientos, con las ropas, las manos y los labios oliendo a pólvora y con los oídos vibrando después de haber soportado estallidos durante quince horas. Aunque su destino, Éufrates, no quedaba lejos, Ugarte aplaudió la decisión de detenerse a descansar.

Las primeras luces del día siguiente los descubrieron en pie, y el olor a pólvora en la piel ya venía mezclado con los eternos efluvios del suelo: el seco y polvoriento aroma de la coscoja, el apenas perceptible hedor de

cadáveres de insectos y de excrementos de conejos, el ácido y luctuoso olor a la vejez de la tierra que despertaba el otoño. En el crujiente amanecer nadie hablaba, solo se oían los susurros al estirar la ropa arrugada por haber dormido vestidos, algún chasquido del cuero de un corraje, algún carraspeo.

Ugarte detuvo el gesto de abrocharse el cinturón, con el yugo y las flechas grabados en la hebilla, y contempló a un muchacho de los suyos, muy joven, que se demoraba lavándose con furia las manos en el agua del arroyo.

—Vamos, no te entretengas.

—Estoy sucio de sangre —señaló sus manos y la camisa azul con una mancha oscura, seca ya, que no había advertido en la oscuridad, y añadió—: De un camarada herido.

—La sangre de un camarada nunca ensucia —le dijo, cediendo a la grandilocuente retórica aprendida en los artículos de la revista *FE*.

El muchacho miró hacia su jefe y vio los ojos húmedos, las lágrimas a punto de desbordarse de los párpados. No aguantó su mirada y bajó la cabeza.

—¿Qué edad tienes?

—Diecinueve años.

—Aún te mancharás de sangre más veces —le dijo, porque aunque todavía no habían transcurrido cien días de guerra, la creciente dureza de los combates, la brutalidad de la represión y el encono en las posiciones políticas demostraban ya que todos los españoles nacidos entre 1910 y 1920 estaban condenados a mancharse las manos de sangre—. Bien para ensuciarnos con la de los enemigos de la patria, bien para purificarnos con la de nuestros camaradas. ¡Venga, vámonos ahora! ¡Ya nos tocará regresar y entonces será para quedarnos!

Reemprendieron la marcha divididos en dos grupos, todavía con desconfianza, aunque no se apreciaba ningún indicio de que los republicanos hubieran llegado en la noche tan al sur. Delante iban los soldados con los uniformes pardos. Detrás, ellos, la pequeña escuadra azul de falangistas. A ese ritmo ligero, en dos horas alcanzarían la carretera y allí ya podrían recibir ayuda y refuerzos. Quizá incluso dispusieran de nuevo de vehículos. Mientras tanto, debían seguir caminando entre las encinas nobles, nutricias y sumisas a pasos rápidos, pero no entristecidos. La derrota en el Montón de Trigo, los compañeros caídos y aquella humillante retirada representaban los sacrificios

de los que había hablado José Antonio al afirmar que Falange se fortalecía con cada uno de sus muertos: por cada caído, diez nuevos militantes acudían a ocupar su sitio, de modo que siempre tendrían un hombre más de los necesarios para ganar la batalla. Un sacrificio útil y una lección para el futuro al demostrar que la victoria no sería fácil y que, para evitar posibles retrocesos, habría que ir asentándola de pueblo en pueblo, de río a río, monte tras monte, casa a casa si fuera necesario, hasta que toda España quedara limpia, aunque para llegar a esa limpieza hubiera que pasar antes por episodios de dolor y desolación.

El mismo sol parecía de acuerdo con sus pensamientos al asomar en un cielo del rosado color de las heridas una vez desinfectadas, limpias de sangre, iluminando los rostros fatigados y serios, en alerta. Quizá también él tuviera aquel aspecto desaliñado y sucio, aunque siempre se esforzaba por ofrecer una imagen aseada e higiénica acorde con lo que veía en su interior, un ser puro que ni bebía ni fumaba ni jugaba ni fornicaba, al menos no hasta culminar la titánica tarea de redimir de sus impurezas a la patria. La patria era su única pasión, y su mayor desvelo, que no sufriera menoscabo. ¿De dónde había surgido aquella tierra que exigía de él tanto amor y tanta entrega?, se preguntaba a veces. ¿De qué desgarró geológico y sangriento, para que la Historia la hubiera castigado como no lo había hecho con ningún otro país de Europa? ¿Tan incompatibles eran las sangres de iberos, romanos, godos y árabes mezcladas en ella como para producir tantos enfrentamientos? ¿Qué incestos hubo que ahora debían ser purificados?

Se detuvo un momento y miró hacia atrás, hacia las sierras donde se elevaban enfrentadas las cimas del Yunque y del Volcán. Dieciséis años antes había vivido un amanecer muy similar de ofensa, humillación y derrota y se recordó bajando la ladera del Yunque junto a su padre, entre un olor a azufre y a cenizas procedente de la combustión de las antorchas y de las lámparas de carburo con que se habían iluminado durante toda la noche en el monte mientras las bombillas eléctricas iluminaban por primera vez las calles de Breda. Pero ahora ya no era un niño de ocho años y llevaba una pistola en la cintura, pensó limpiándose una lágrima de un manotazo, y aunque no era un novio de la muerte, como cantaban los legionarios de Yagüe, algunas noches de limpieza ejercía como su vicario, y cada vez que él avanzaba morían

hombres, y allí por donde pasaba la patria quedaba purificada. Ahora podría apagar a disparos todas las bombillas de la comarca, no a pedradas, como había hecho entonces para ocultar la vergüenza de... No, ahora ya no estaba solo en el mundo. Conocer a José Antonio había sido el mejor regalo, y alistarse en sus filas había sido un honor; y ahora que lo tenían preso en el penal de Alicante, amenazado de muerte, luchar por sus ideas era un deber. Había encontrado la fraternidad en el partido, al que había llegado no por tradición familiar, ni por defender unos privilegios de casta o apellidos, ni mucho menos por unos intereses económicos que despreciaba, sino por honor y anhelo de un orden político y personal en el que todo encajara de forma natural, por rechazo y odio hacia todo lo que significara caos, corrupción o desintegración de las leyes naturales, hacia todo lo que se había hecho carne en aquel técnico que entraba en la casa de su madre viuda después de haber provocado la muerte de su padre... ¡Ahhhh! Algunas veces imaginaba que se encontraba con él cara a cara, durante un control rutinario o durante una visita a una central eléctrica, y que obligaba a todos a marcharse y se quedaba a solas con él y le preguntaba: «¿Te acuerdas de mí? ¿Te acuerdas ahora ya? ¿Quién te creías que eras tú? ¿Por qué tuviste que elegirla precisamente a ella para manchar su dulzura y su inocencia?».

—¡Ya está ahí la carretera! —gritaban a su alrededor.

En efecto, habían llegado y ahora todo cambiaría. No se veía a nadie en ningún sentido.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—A medio camino entre Matapán y Éufrates.

Asintió con la cabeza, porque en cualquiera de las dos poblaciones encontrarían refugio y acomodo. En su avance hacia Madrid iban dejando pequeños retenes que mantenían el camino abierto y en ambos puntos debían de estar esperándolos desde la llegada de los vehículos con los heridos.

Caminaron hacia Éufrates hasta que se encontraron con dos camiones que venían a recogerlos y subieron en las cajas. En el pueblo ya estaban alertados contra la ofensiva republicana en el Montón de Trigo y en Silencio, aunque no sabían con exactitud ni las tropas ni las armas empleadas ni la última intención que perseguía. En cualquier caso, estaban recopilando información y reuniendo a hombres y armamento para aprestar la defensa.

Fueron alojados en las aulas de la escuela, en el extrarradio, que ya unas semanas antes habían sido habilitadas para albergar a los moros de Yagüe. En la pizarra uno de ellos había escrito con caracteres árabes una leyenda que nadie se había ocupado de borrar, pero no se sabía si se trataba de una plegaria, de una amenaza o de un insulto. Ugarte la borró con un trapo. Hasta allí les llevaron comida —lentejas y latas de sardinas, que engulleron hambrientos— y los dejaron descansar.

Ugarte salió a la calle y caminó alejándose del pueblo hasta un crucero levantado en una pequeña loma. Se sentó en los peldaños a mirar la sierra lejana con una furiosa impaciencia y una insoportable avidez de conquista. Absorto en su contemplación no advirtió que un sacerdote estaba a su lado, como si se hubiera materializado del mismo aire, delgado y endurecido, con un rostro curtido, encajado en una barba en collar que agudizaba su expresión de severidad. La sotana, ancha y corta, como heredada de alguien gordo y bajo, dejaba ver los tobillos lampiños y oscuros, los pies calzados con unas sandalias hechas con un trozo de caucho y dos tiras de cuero, componiendo una figura ascética y extraña, muy distinta de los orondos obispos de gorduras medievales que se estaban fotografiando con báculo y tiara junto a Franco y Queipo de Llano.

—Yo también estoy impaciente por llegar hasta allí.

—¿A Breda? —le preguntó, porque, en la fresca transparencia del día, la mirada del sacerdote también se dirigía más allá del Montón de Trigo y saltaba el Lebrón para enfocarse en la base de la sierra donde descansaba la villa.

—Sí. Se lo prometí a los muertos —dijo con una voz cortante, seca, como de huesos entrechocando.

Hizo un gesto vago, remitiendo al pasado, y Ugarte advirtió que no tenía mano izquierda. La manga de la sotana estaba vacía hasta el codo. Entonces supo de quién se trataba. No recordaba su nombre, pero a menudo había oído hablar de él y había escuchado la copla que corría por las filas:

Con la cruz y la pistola
de este sacerdote manco,
alcanzarán la victoria

los falangistas de Mola y los soldados de Franco.

Prendidos a la copla venían otros datos, entre admirativos y truculentos, de los que tanto les gustaba relatar y oír por las noches a la tropa reunida alrededor de los vivaques. Se contaba que había perdido el brazo izquierdo al intentar sofocar el incendio de la iglesia de Breda en mayo de 1931. Una viga en llamas le cayó encima y le destrozó el antebrazo. Tras la recuperación fue trasladado a una lejana parroquia de la costa andaluza, pero también desde allí habían llegado noticias de un sacerdote manco que ofrecía misa levantando la hostia y el cáliz con una sola mano, enterraba a los muertos con una sola mano y con una sola mano, pálida y huesuda, agarrada a la puertecilla del confesonario, asomando por la cortina corrida, los dedos moviéndose de vez en cuando por la impaciencia o el escándalo, confesaba a los penitentes. Cuando se produjo la rebelión militar había estado a punto de ser fusilado. Había logrado despojarse de la sotana y vestía de civil para ocultar su identidad cuando fue apresado entre un numeroso grupo de sospechosos. Se contaba que los anarquistas, sin avisar lo que pretendían, habían hecho que los prisioneros bajaran y subieran escaleras con cualquier motivo para observar a quienes, en un reflejo condicionado, al bajar alzaban las perneras de los pantalones con el mismo gesto con que los eclesiásticos se alzaban la sotana para no tropezar. Lo descubrieron y solo la rápida intervención del ejército en Málaga lo había salvado. Inmediatamente había solicitado una capellanía castrense y lo habían destinado a la columna Yagüe desde su salida de Sevilla. Al igual que los soldados, los regulares y los marroquíes avanzaban con sus armas y provisiones, con sus uniformes, chilabas y pertrechos necesarios para la lucha, él viajaba armado con los objetos del culto, de los que nunca se separaba, guardados en una mochila militar: el cáliz y la patena, el pan ácimo y el vino, la casulla, el alba y la estola, una cruz de plata con peana y una Biblia con las cantoneras carcomidas por el uso. Cada día de campaña encontraba un hueco, al amanecer o al crepúsculo, para ofrecer una misa y elevar una plegaria por la victoria en la cruzada y para confesar, sentado en una piedra apartada, inclinándose ligeramente para escuchar los pecados con una expresión de furia e incredulidad. En alguna ocasión de urgencia o de

peligro había colocado la pistola junto al cáliz y había oficiado la ceremonia en un improvisado altar de puntapié, escoltado por dos cañones, sobre el que extendía un corporal blanco con una mancha de sangre. Convencido de la obligación de llevar a Dios a todos los corazones de los españoles, aunque fuera a fuerza de balas, y de grabar Su nombre en las carnes del ateo, aunque fuera a fuego, no dudaba en despojarse de alba, estola y casulla con un rápido gesto y pasar directamente de la misa al combate, del confesonario a la trinchera, de dar la extremaunción a un herido a bendecir al reo que iba a ser fusilado ante una tapia. Fanático, asceta, pobre, intolerante e indomable, había logrado soportar los latigazos del sexo y nunca había amado a una mujer ni había probado la dulzura de un beso. Tampoco aceptaba regalos personales de nadie, porque nada necesitaba, virtuoso hasta ese extremo en que la virtud se convierte en orgullo. Su única debilidad era la conservación del patrimonio ornamental de la Iglesia. Obsesionado por mantener el esplendor de los rituales, se decía que guardaba en lugar seguro un enorme tesoro de orfebrería religiosa, vestiduras sagradas, obras de arte, cuadros y esculturas de contenido piadoso, libros y códices, joyas del ajuar de vírgenes y santos que, con la excusa del peligro y del recuerdo de los incendios de iglesias y conventos, había ido reuniendo en aquellos tiempos de aflicción y peligro... Por supuesto, era odiado por los republicanos y hasta las manos de Ugarte habían llegado algunos artículos de prensa y algunos panfletos incendiarios en los que se juraba que la próxima vez que lo atraparan no saldría vivo: los anarquistas habían jurado colgarlo de una campana o estrangularlo con un rosario para que las cuentas quedaran bien marcadas en su cuello.

—¿Qué quiere decir?

—Sígame. Es aquí al lado —se limitó a responder.

Se dio la vuelta y comenzó a caminar con pasos rígidos, como si tuviera dificultad para articular las huesudas rodillas, sin mirar atrás, seguro de que Ugarte lo seguía.

Pero no se dirigió hacia la iglesia, sino hacia el pequeño cuartel de la Guardia Civil. Saludó con un gesto al número que guardaba la puerta y avanzó por el pasillo sin acortar los pasos rígidos y largos, hasta llegar a una celda con la puerta de barrotes de hierro.

—Tengo que devolverlo. Lo prometí.

En la celda se amontonaban cuadros de tema religioso apoyados contra las paredes, tallas, vestiduras y piezas de orfebrería religiosa, pero entre todo aquello destacaba la estatua colocada en el centro, mirando hacia la puerta, la figura negra del santo ascético y descalzo que Ugarte había visto durante toda su infancia en la iglesia de Breda y que había desaparecido en los primeros días del levantamiento militar. Por esa indomable tendencia de los creyentes a besar los pies desnudos de los santos a cambio de favores y milagros, los labios de los fieles habían borrado a fuerza de besos la pintura negra de la talla, y en su lugar brillaba la madera bruñida.

—Temía que la hubieran destruido. ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—Todavía quedan gentes leales y piadosas. La sacaron de Breda una noche, en los primeros días. Alguien recordó lo ocurrido en el treinta y uno, todo lo que se perdió en el incendio. De modo que ahora no se quedaron de brazos cruzados esperando a que alguien arrimara una cerilla —contó con su voz seca, huesuda, caliza.

—¿Por qué aquí? —extrañado, Ugarte señaló la celda cerrada con llave, como si el santo pudiera escaparse.

—¿Conoce otro sitio más seguro? De aquí nadie podrá robarla. Y aquí está cerca de los condenados. Tal vez ayude a alguno a arrepentirse antes de presentarse ante Dios.

Le dio la espalda y caminó hacia la salida con pasos hoscos y rápidos, como si tuviera que moverse con rapidez para que la carencia del antebrazo no lo desequilibrara, ondeando la sotana que no llenaba la carne enteca y espartana y que chasqueaba como un saco lleno de palitroques. Saludó con gesto familiar a los guardias con quienes se cruzaron, que solo respondieron con un escueto «Padre», sin mencionar su nombre, que acaso ellos tampoco sabían.

—Prometí que lo devolvería. Se lo prometí a la gente que se arriesgó por traerlo.

—Todos le ayudaremos a cumplir su promesa —dijo Ugarte.

Notó que dos lágrimas estaban suspendidas de sus pestañas y las enjugó antes de que el cura las viera.

—¡Usted y esos muchachos suyos, tan valientes!

—Sí.

—Comportándose como héroes...

—¿Héroes? —lo interrumpió Ugarte—. No, padre, no les diga eso. Alguno podría creerlo y sentirse invulnerable y no agachar la cabeza en las trincheras. Solo son muchachos que aman a su patria. Además, el ejército no quiere héroes, desconfía de ellos con el mismo recelo con que las jerarquías eclesiásticas desconfían de los místicos. El ejército lo que quiere es disciplina, obediencia y sacrificio.

—¡Muchachos condenados a una guerra que ellos no han provocado! —matizó.

—Ellos aceptan el sacrificio, padre.

—¡Pero Dios no! ¡Dios hará que su sacrificio no sea en vano! —exclamó de nuevo con voz endurecida por la ira—. ¡Dios no desenvaina su espada para hacerla brillar al sol, sino para cortar las cabezas de sus enemigos!

—Ayer, sin embargo, nos golpearon ellos —se atrevió a contradecirlo.

El sacerdote lo miró con fiereza, como si hubiera negado un dogma o pronunciado una blasfemia.

—¡No lo dude!

—Qué.

—Nunca perderemos esta guerra. Tenemos soldados y sabemos que son valientes. Tenemos un Dios a quien oramos. Tenemos una patria a la que defendemos.

—Sí, padre.

—Nunca perderemos esta guerra.

Al día siguiente era domingo y sonaron las campanas anunciándolo. El propio sacerdote fue a la escuela a buscarlos para que todo el que no estuviera herido acudiera a la misa.

La iglesia estaba abarrotada, porque para los habitantes de Éufrates su presencia allí no era solo un refugio en el presente, también era una coartada para el futuro.

En la homilía, el sacerdote pareció aludir a Ugarte cuando habló de la necesidad de instalar el reino de Dios en la tierra aunque fueran necesarios muchos sacrificios y en algunos momentos se sufrieran derrotas. En su homilía

dirigió el odio contra los gobernantes republicanos: nada ni nadie los salvaría de la condena. La obligación de los cruzados era enviarlos a resolver sus pecados cara a cara con Dios.

Luego, en la consagración, levantó el pan con una sola mano, y con una sola mano bebió el vino y se quedó unos segundos de espaldas, orando, tan inmóvil y reseco y endurecido como las viejas tallas de madera del retablo, antes de volverse para repartir las obleas a los comulgantes con una sola mano.

Al terminar la misa aún no se sabía nada del avance republicano, pero Ugarte fue convocado con urgencia a una reunión con el comandante, que escuchó sus explicaciones y les ordenó que estuvieran preparados. Las órdenes recibidas decidían que no serían sustituidos. Si ellos habían sufrido la derrota en el Montón de Trigo, ellos mismos debían corregirla. Franco no permitía bajo ninguna excusa que se perdiera un territorio que ya había sido ganado. Al día siguiente llegaría un nuevo tabor de regulares que días antes había salido de Sevilla para reforzar la tropa y suplir las bajas. Todas las fuerzas se concentrarían allí mismo, en Éufrates, antes de iniciar la contraofensiva. Serían apoyados por artillería y, en caso necesario y si todo iba bien en otros frentes, tal vez podrían contar con alguna ayuda de la aviación. En cualquier caso, con las fuerzas disponibles había que reconquistar el Montón de Trigo, sobrepasarlo, cruzar el Lebrón y de una vez por todas llegar a las puertas de Breda. Cualquier otro desenlace sería considerado un fracaso.

Ayer, sábado, fue una jornada de descanso, no tanto para que nos recuperáramos de la lucha en Silencio y para curar a los heridos como porque nos habíamos quedado escasos de suministros y municiones. La resistencia que encontramos allí y en el Montón de Trigo fue más dura de lo esperado y desorganizó nuestros cálculos. Por la tarde llegaron también algunos refuerzos de tropa para suplir las bajas y mantener el número de nuestros efectivos. Tena nos sigue informando de todo lo que ocurre.

Y esta mañana las nubes han amanecido llenas de sangre, como si hubieran absorbido la vertida en los días pasados. Poco después del amanecer reemprendemos la marcha hacia el sur con el objetivo de alcanzar y cortar la carretera nacional. Nuestra estrategia ha dejado de ser un secreto. Avanzamos en dos columnas: la nuestra, que baja desde Silencio por la margen derecha del Lebrón, debe tomar Éufrates; la otra descenderá hasta Matapán. Marcelo nos vuelve a mostrar nuestra situación en su detallado mapa de correos, que cuida como un tesoro. Entre ambas poblaciones hay quince kilómetros, y debemos ocuparlas y hacernos fuertes en ese tramo de carretera, en espera de que lleguen desde el sur los compañeros valencianos de la Columna Fantasma de Uribarri, atrincherados más abajo, en los Montes de Toledo. No están lejos. Desde algunos altozanos se columbran las serranías bajas y oscuras que ya deben de estar sobrepasando para llegar al Tajo, cruzarlo y venir a reforzar nuestras posiciones. Tena nos dice que el contacto por radio sigue establecido y algunos, arrastrados por su fama, ensalzan las campañas de Baleares y de Valencia donde han intervenido.

Avanzamos deprisa, sin encontrar resistencia, guiados por dos milicianos del mismo Éufrates que habían huido cuando fue ocupado por los militares y se habían refugiado en Breda. Sin embargo, nos hemos vuelto cautelosos. La

dolorosa experiencia de Silencio nos ha demostrado que en esta guerra nada es fácil y que cualquier victoria debe ser pagada con sangre.

Según nos acercamos al pueblo la dehesa va dejando poco a poco huecos donde las encinas han sido taladas para despejar terrenos destinados a cultivos de cereal, de vid, de olivos. Pero los campos siguen desiertos, no vemos a nadie trabajando en ellos. Tampoco vemos vacas, ni cerdos, ni ovejas, como si hubieran escondido a sus animales en los establos para que no nos los comamos. En las guerras es proverbial el hambre de los soldados. Solo se oyen nuestros pasos, que también han ahuyentado a los animales salvajes, agazapados en sus madrigueras. En estos terrenos más abiertos nos sentimos desprotegidos y avanzamos mirando con cautela a todos lados, hasta que por fin nos detienen en una colina desde donde se ve la carretera solitaria y el pueblo. Desde nuestra posición no se distingue a nadie por sus alrededores. Tal vez nos han detectado y sus habitantes y defensores estén en sus refugios o encerrados en sus casas, atisbando por un hueco de las ventanas o entre dos tejas corridas.

—Nos están esperando —dice Magro cuando, antes de acercarnos a las casas, nos avisan con algunos disparos lejanos.

El capitán Méndez nos detiene e intenta evitar lo ocurrido en Silencio. Envía a dos emisarios con una bandera blanca a pactar la rendición, pero regresan media hora después con una negativa: no hay rendición ni pacto. Ni siquiera pudieron hablar con un alcalde que se preocupara por sus paisanos. En los lugares que va ocupando, Yagüe sustituye la administración civil por la administración militar, y con los militares no hay posibilidad alguna de diálogo. Así que toca de nuevo combatir. En nuestra sección todos nos buscamos con la mirada, Marcelo, Marta, Gema, Mangas, Viriato, João, bajo las órdenes del teniente Noguerol, del sargento Magro y de Tena, a quien no nos acostumbramos a llamar cabo. Como actores novatos e inseguros que, al salir a escena, se acercan a la concha donde se esconde el apuntador, por miedo a olvidar el texto, así nosotros buscamos amparo en el grupo en cuanto nos exponemos al peligro.

Mientras el grueso de la compañía se dispone al asalto, esta vez nos ordenan quedarnos a cubrir la carretera por el oeste, con la consigna de impedir que alguien se acerque. Por un lado, el encargo nos llena de inquietud,

porque no sabemos quién puede aparecer por este asfalto vacío que se pierde a lo lejos, pero por otra parte nos sentimos contentos de alejarnos de la lucha en primera línea. Apoyados por una ametralladora Maxim, formamos un grupo de veinte, una sección mixta donde nos mezclamos milicianos con soldados de reemplazo, como ya viene siendo habitual.

Magro elige el lugar donde apostarnos: en lo alto de un cambio de rasante, a un kilómetro de Éufrates. A un lado de la carretera tenemos una pared de piedra en seco de una finca, y al otro, unos pocos pinos con los troncos pelados y paraguas verdes en lo alto que emiten un sereno murmullo, que también pueden servirnos de parapeto, porque no sabemos ni quién vendrá ni cuánto tiempo estaremos aquí, desde donde podemos ver al mismo tiempo la larga recta de la carretera y la población en donde se recrudece el combate. En la cuneta improvisamos un nido para la ametralladora y atravesamos en el asfalto dos filas de piedras, separadas unos metros y cada una ocupando una mitad de la calzada, de modo que cualquier vehículo tendrá que maniobrar muy despacio en una doble curva para poder pasar. De momento, la carretera sigue desierta, nadie transita por ella en estos días de lucha en los que todo el mundo tiene miedo a salir de sus casas.

—¡Viene un coche!

El grito nos sorprende un tiempo después y nos colocamos en nuestros puestos, porque todo lo que llegue por ese lado de la carretera procede del enemigo. En efecto, al final de la larga recta aparece un coche militar, pero se detiene en seco al divisarnos, tan sorprendido como nosotros, con la misma actitud de alerta y de tensión. Luego, al cabo de un minuto, maniobra, da la vuelta y desaparece tras la curva.

—Ya saben dónde estamos —dice Magro—. No tardarán en volver.

Envía a un enlace a comunicar la novedad mientras nosotros aguardamos expectantes, de vez en cuando mirando hacia atrás, hacia Éufrates, donde continúa el combate sin que hayamos podido avanzar demasiado.

El enlace regresa enseguida con la orden de fortificarnos y de no dejar pasar a nadie.

—¿Qué ocurre ahí detrás? —le pregunta Tena.

—Les estamos dando fuerte, pero ellos resisten. Hay un cura que no les deja retroceder.

—¿Un cura en las trincheras? Creía que en cuanto nos veían corrían a esconderse en las sacristías —dice Mangas.

—Este no. Dicen que no tiene miedo, que incluso es un buen blanco cuando va corriendo de una posición a otra. Algunos tiradores juran que le han dado, pero es como si las balas atravesaran la sotana sin herirlo.

—Espera a que le apunte Viriato.

—Las cosas van mejor en Matapán. Los nuestros acaban de tomarlo. Esta vez se han portado.

—¡Bien! —gritamos.

—Solo falta que aparezcan de una vez los de la Columna Fantasma de Uribarri —Marcelo mira hacia el sur, de donde no llega ningún ruido, ninguna señal.

—Aparecerán —dice Mangas, que se siente obligado a defenderlos por su filiación mayoritariamente anarquista.

—A menos que sean los fantasmas de la Columna Uribarri —bromea Gema, pero nadie ríe, porque ha verbalizado un temor que hora a hora se va extendiendo entre nosotros.

—Llegarán por la noche, en la oscuridad, como los murciélagos que llevan en su insignia —insiste Mangas.

Esperamos sin hacer nada, inmóviles, notando ya el frío que aumenta cada día. Comemos los restos de las provisiones y volvemos a observar la carretera y a escuchar, ahora también los oídos dirigidos hacia el sur. Nosotros hemos cumplido nuestro trabajo, hemos tomado Silencio y hemos avanzado desde el Montón de Trigo hasta el objetivo propuesto. Ahora les toca a ellos.

—¿Crees que vendrán los de ahí abajo? —me pregunta Marta, que aparece a mi lado.

—Sí. Habrán tenido algunas dificultades. Como nosotros. Pero vendrán.

—Dicen que entre ellos hay muchos presos comunes a quienes han sacado de las cárceles de Valencia.

—¿Dónde has oído eso?

—Lo dicen algunos.

—No importa de dónde vengán, pero que vengán ya.

—Los que han venido son los moros de Franco —Gema señala de pronto el fondo de la carretera.

En efecto, sus siluetas van apareciendo por la curva, contra el sol de la tarde, avanzando en dos filas, sin ocultarse y sin precipitación, como fantasmas envueltos en las chilabas blancas, las cabezas tocadas con turbante. Tras los marroquíes se distinguen los uniformes color garbanzo de los regulares, con el tarbuch rojo en la cabeza. Contenemos la respiración, nos agachamos un poco más y empuñamos los fusiles con más fuerza para disimular el miedo. Todos hemos leído las noticias de lo que hicieron en Badajoz. Magro reacciona enseguida y envía corriendo al enlace con la petición urgente de refuerzos.

Se detienen antes de llegar al alcance de nuestros fusiles y sin alterar su disposición nos observan calibrando nuestras fuerzas. Unas figuras militares salen de un coche, merodean alrededor y dejan paso a un cañón que avanza por el centro de la carretera.

—¡Con eso sí van a hacernos daño! —exclama alguien.

—Teníamos que haber cavado trincheras. Las piedras sueltas y los pinos no resistirán sus obuses —se lamenta Tena.

Delante de nosotros los regulares se despliegan a izquierda y a derecha, en campo abierto, ampliando el frente. Pero enseguida nos llegan refuerzos, hombres y otra ametralladora, que el teniente Noguero distribuye por los flancos, alargando nuestra línea de defensa.

Marta sigue aquí cerca, a mi derecha, al lado de Gema, y por primera vez las veo amedrentadas ante la clase de enemigos que tenemos enfrente. Con habilidad, se recoge el pelo en una coleta, tal vez para evitar que los marroquíes vean que es una mujer. Me gustaría tener aquí los lápices y el cuaderno para dibujar su rostro, con ese tono tostado y con las pequeñas pecas sobre la nariz y los altos pómulos que con el aire libre ha adquirido su piel, para hacerle el retrato que le prometí y que nunca acabo de abordar. Si ella no estuviera aquí, creo que pediría el regreso a Madrid. No puedo ocultar que yo también tengo miedo ahora mismo, en medio de esta carretera solitaria, bajo este sol frío y silencioso. He venido a la guerra y la guerra me ha traído al amor. Pero una guerra no es el mejor lugar para enamorarse. El amor te puede empujar a hacer disparates que evitarías con la cabeza fría.

—¡Cuidado! —grita Tena.

Un silbido corta el aire y dos segundos después el obús del cañón estalla unos veinte metros delante de nosotros levantando una palmera de tierra. En el silencio que lo sigue nos miramos unos a otros para comprobar que no hay nadie herido. Siento un escozor en la mano derecha. Al tirarme contra el suelo he aplastado con la mano una camada de orugas procesionarias y sus pelos urticantes se me han clavado en la palma y en los dedos, que enseguida empiezan a enrojecerse y a hincharse. Instintivamente me limpio con un pañuelo, pero Viriato, que lo advierte, me detiene:

—¡No te limpies así! Si te frotas se te irritará más. Lávate.

Me pasa su cantimplora y me echo agua en la mano, pero no parece que haga mucho efecto. Se está inflamando y me pica con un incómodo escozor hasta que el aviso de un nuevo bombazo me obliga a olvidarlo. Entre dos piedras veo que los regulares siguen en la misma posición, pero en la carretera los militares maniobran con el cañón, confiados y sin prisas, porque nuestras ametralladoras todavía no pueden alcanzarlos. De nuevo se oye otro silbido y nos aplastamos contra el suelo, clavándonos en las mejillas las oxidadas limaduras de los pinos, pero el proyectil esta vez nos sobrepasa y estalla a nuestras espaldas. No tardarán en ajustarlo y, con nuestros medios, no podremos hacer nada contra él. Una de nuestras ametralladoras envía una ráfaga que no les daña.

—Van a intentar machacarnos a cañonazos antes de lanzarse al asalto —murmura Magro.

La tierra entera se tambalea hacia atrás cuando justo delante de nosotros estalla otro obús que mutila un pino adolescente. Me quedo sordo unos segundos y al abrir y cerrar la boca para desbloquear los tímpanos el polvo cruje entre mis dientes.

—¡Agachaos! —grita Magro—. ¡Agachaos!

Van ajustando el punto de mira y no tardarán mucho en hacernos daño. A nuestras espaldas suena el motor de un camión que no sé de dónde hemos sacado y de la cabina baja el capitán Méndez y viene hasta la primera línea. Se tumba en la cuneta y observa con los prismáticos. Esconde la cabeza antes de que suene el silbido y quienes estamos cerca lo imitamos. El proyectil cae esta vez al otro lado de la carretera y provoca gritos de dolor.

—Aquí no podremos defendernos —decide—. Hay que retroceder hasta Éufrates. Con orden y sin prisas. ¡Teniente!

Abandonamos las posiciones comenzando por los flancos, sin caer en la desbandada y alternándonos al retroceder, como hemos practicado en la instrucción. A mí me toca quedarme y, dos puestos más allá, también a Marta, pero oigo que Marcelo le dice:

—Vete tú primero. Me quedo yo.

Al verlos retroceder, apenas puedo contener el impulso de salir corriendo tras ellos. Suena un nuevo relincho del cañón y me pego contra el suelo cubriéndome la cabeza con los brazos. Ha estallado aquí al lado, porque me llueven terrones de tierra, y al abrir los ojos me cuesta reconocer lo que veo: Marcelo está sentado en medio de la sangre y del polvo y mira aturdido su pierna izquierda, que el proyectil del cañón le ha arrancado y ha lanzado a varios metros. Intenta arrastrarse apoyándose en las manos, pero cae sobre su propia sangre. El desgarrador grito de Marta no logra sostenerlo.

Creo que yo también estoy gritando cuando me levanto y corro hacia él sin saber qué hacer, cómo ayudarlo. Marta ha vuelto y está arrodillada a su lado y le acaricia el rostro, le besa la frente, los ojos que apenas puede mantener abiertos, que se van cerrando tras cada convulsión. La sangre empapa el blusón del que Viriato —más rápido y eficaz que nosotros, con esa sabiduría campesina de la anatomía de los mamíferos— se ha despojado y ya aprieta en vano contra el muñón, bajo la ingle, insuficiente para contrarrestar el bombeo del corazón.

—¡El médico! ¡Hay que llevarlo al camión! ¡Hay que llevarlo al camión! —gime Marta, que coge su mano con fuerza, como si no pudiera morir mientras ella lo esté sujetando.

Marcelo abre los ojos, la mira y aprieta su mano sin hablar. Tiene el rostro muy pálido, la respiración acelerada y hay un terrible contraste entre sus labios resecaos y sus ojos, que brillan con un fulgor de espanto y comprensión, incapaces de expresarlo. Tampoco yo sé cómo describir este horror, es más fácil pintar la guerra que contarla.

El teniente llega junto a nosotros y se agacha y mira la herida con un gesto de exasperación y de piedad. Muy cerca vuelve a caer otro obús, pero no nos movemos, convencidos de que nunca caen dos bombas en el mismo

lugar. Suenan nuevos gritos, roncros los de dolor, estridentes los de alguien que pide ayuda, como si todos nos encontráramos muy lejos y no pudiéramos oírlos. Me arden los ojos y un nudo en la garganta me impediría decir algo, si es que tuviera algo que decir para aliviar su agonía.

Quedamos aquí muy pocos, a los lados de la carretera. Los demás han cargado las ametralladoras en el camión y se han marchado a pie, corriendo hacia nuestras posiciones en torno a Éufrates.

—Los regulares —Viriato señala su avance.

—¡Hay que largarse inmediatamente! —nos ordena Noguero.

Marcelo ya ha muerto cuando Viriato lo coge en brazos: tiene una lasitud, un peso que lo empuja contra el suelo, como si quisiera disolverse en la tierra. Corremos hacia el camión, donde se quejan otros heridos.

En Éufrates hemos tomado una buena parte de las calles, pero la lucha continúa. Con la llegada de la noche nos refugiamos en casas donde los proyectiles de su artillería no podrán hacernos tanto daño, en espera de las decisiones que se tomen ante la nueva situación. La Columna Fantasma hace honor a su nombre y sigue sin dar noticia de su existencia, mientras los facciosos asediados en el pueblo toman nuevos bríos y se defienden con ahínco al conocer que llegan tropas en su ayuda.

No hemos tenido tiempo para recuperarnos cuando de nuevo truena un cañonazo, aunque no demasiado cerca de nosotros. De momento, desde los sólidos muros de las viejas casas podemos defendernos de su acoso. Poco a poco se va apagando el sordo retronar de disparos que provienen de todas direcciones. Tena nos dice que en Matapán la situación es similar. Después de que tomáramos el pueblo, Yagüe ha hecho retroceder una compañía para recuperar lo perdido. El capitán Méndez sigue pidiendo ayuda por radio, pero parece que no podrán enviarla hasta dentro de dos o tres días.

—En dos o tres días los fascistas nos habrán corrido a bombazos de vuelta hacia la sierra —dice Mangas.

—Y la Columna Fantasma, ¿cuándo viene? —hasta João pregunta con gestos expresivos.

—Los tienen retenidos en la sierra de Las Villuercas y no logran romper las líneas.

Nos invade un pesimismo que no surge solo del fracaso de la ofensiva; también de los cadáveres que se enfrían en la caja del camión y con los que nadie sabe qué hacer. La noche va cayendo con bruscos golpes de sombra y frío y poco a poco remiten los disparos, aunque no dudamos de que mañana retomarán la ofensiva y nos hostigarán de nuevo entre dos fuegos.

Magro organiza los turnos de guardia. Trae en las manos los objetos personales de Marcelo y se los entrega a Marta: la cartera con carnets y fotografías, una llave, una cadena y el mapa de correos, en el que esta carretera está señalada en rojo.

Marta lleva toda la noche acurrucada en un rincón, sin apenas responder a quienes le dirigimos unas torpes expresiones de duelo. Solo soporta la compañía de Gema, que le habla de vez en cuando, le toca el hombro, la abraza. Quizá su vida en Breda, su familiaridad campesina con los ritos de la muerte le permiten encontrar las palabras de consuelo que los demás no encontramos. Relevado del turno de guardia, las imito y me recuesto en la mochila, en este caserón donde estamos alojados.

Me encuentran despierto los primeros disparos del amanecer y salimos de nuevo a defender nuestro sitio. No hemos logrado tomar todo el pueblo, pero ahora tampoco les será fácil movernos de nuestros refugios, contra los que su cañón no tiene tanta eficacia. Pasamos la mañana entre las escaramuzas que nos impiden relajarnos y la impaciencia por recibir alguna novedad de los fantasmas de Uribarri, como ya hemos comenzado a llamarlos. De vez en cuando ellos también descansan, pero entonces su silencio no nos preocupa menos que sus disparos.

Junto a mí, Viriato abre el mapa de Marcelo que le ha dado Marta. Estudiamos de nuevo nuestra posición, hacemos cálculos y maldecimos la oportunidad que estamos perdiendo, con la sensación de que aquí, en esta carretera señalada en color rojo que debemos mantener en nuestras manos, no se está librando solo una escaramuza por la conquista de una cota, ni una batalla por el control de una ruta fundamental para los sublevados en su camino hacia Madrid, sino que en esta zona y en la contraofensiva anunciada

por el Gobierno para avanzar más tarde hasta la frontera portuguesa y volver a partir en dos el territorio rebelde, aquí se está decidiendo el resultado mismo de la guerra.

—¿Tú crees que en Madrid nos toman en serio? —pregunta Mangas—. Cualquier acción en esta zona contra los facciosos les viene muy bien, pero no parecen dispuestos a jugársela.

—Pues Franco sí se lo toma muy en serio. Si no, ¿por qué responde con tanta rapidez y con cañones? —le digo.

Resistimos todo el día sin que varíen sustancialmente las enquistadas posiciones y sin recibir noticias de la llegada de apoyos. La constante lucha va erosionando nuestra resistencia y no nos deja ni tiempo para salir a enterrar a los muertos de ayer tarde, al menos respetados por el frío otoñal.

Y a la mañana siguiente el cañón de los facciosos de nuevo levanta el hocico y nos despierta ladrando. Al mediodía llega el teniente Noguero con lo que resulta inevitable: el comandante Guedea ha ordenado la retirada. Ante la soledad en que nos han dejado los nuestros y la sospecha de que hemos sido utilizados para montar una maniobra de distracción que alivie la presión sobre Madrid al obligar al enemigo a mirar hacia su retaguardia, ante nuestra creciente escasez de suministros y ante la desfavorable situación estratégica, en la que, paradójicamente, corremos el riesgo de quedar copados si los facciosos penetran por el norte, debemos retroceder hasta nuestras anteriores posiciones en el Montón de Trigo. Ahora nos parece mentira que hayamos sido tan ingenuos para creer que medio millar de hombres podría llevar a cabo una empresa de tal envergadura.

—¿Sabes qué es lo que más me duele? —me pregunta Mangas, irritado, mientras enrolla su manta.

—¿Qué?

—Que otra vez nos hayan tomado el pelo los políticos de Madrid. Porque no es la valentía de los facciosos lo que nos obliga a retirarnos, sino nuestra torpeza y nuestra descoordinación.

Recogemos las armas y los pertrechos y comenzamos la retirada en cuanto gana la noche. Apenas hemos estado aquí tres días. Habíamos avanzado con los suficientes suministros para una ofensiva, pero no para mantenernos durante mucho tiempo, como guerrilleros que esperan encontrar sobre el

terreno todo lo necesario para su subsistencia, convencidos de que en su ataque se verán apoyados por aliados nativos. Una vez logrado el objetivo de controlar la carretera, comprobamos que en realidad no habíamos calculado bien las armas necesarias, ni los alimentos y medicinas, ni los medios de transporte, ni, sobre todo, la capacidad de respuesta del enemigo, creyendo ingenuamente que en este otoño de 1936 siguen siendo válidos los fundamentos estratégicos de la guerra de 1808, en la que la sorpresa, el entusiasmo, la capacidad de improvisación y la colaboración del pueblo consiguieron grandes victorias.

—Si queremos ganar esta guerra todavía debemos aprender algunas cosas. No podemos permitirnos tanta descoordinación —se lamenta Tena, como si me hubiera leído el pensamiento.

En efecto, da la impresión de que solo somos capaces de trazar tácticas parciales y chapuceras y que, en cambio, ellos van cumpliendo una estrategia global muy meditada y planificada en el tiempo y en el espacio, que aplican de un modo inflexible. Cuando les surge un contratiempo, como el de nuestra ofensiva, se detienen sin prisas y empeñan todos sus esfuerzos hasta recuperar lo perdido, para entonces caminar de nuevo hacia sus objetivos.

—Y nosotros no tenemos otra consigna que la de resistir, la del «¡No pasarán!» que cada noche le oímos gritar por la radio a la Pasionaria.

Hablamos unos y otros, desalentados, acordes en las razones de este fracaso. Incluso el teniente Noguero, que camina unos pasos por detrás de nosotros, parece tener la misma opinión, aunque su disciplina de militar lo obligue a callar.

—Pero nosotros no hemos elegido resistir. Resistir es una respuesta defensiva a sus movimientos —replica Tena.

—Ellos sí saben qué itinerario seguir y qué destino buscan —dice Mangas.

—¿Qué destino? —le pregunto.

—Madrid, para cortarles la cabeza a todos los miembros del Gobierno.

Seguimos avanzando bajo la luna creciente, ahora por la carretera que conduce directamente al Puente del Jinete y al Montón de Trigo. Somos los supervivientes de un ejército derrotado que en la noche se aleja del campo de batalla. Por delante nos ha precedido el camión con los cadáveres.

Marta camina entre nosotros, en silencio. Sus ojos brillan en la oscuridad como si estuvieran llenos de lágrimas. Cuando se retrasa, me detengo con cualquier excusa para que vaya delante, como si por el simple hecho de ir tras ella pudiera protegerla, cuando la realidad es que no podría hacer mucho. La mano derecha se me ha hinchado como un globo por el veneno de las procesionarias y tengo dificultades para introducir el índice en el guardamonte y apretar el gatillo. Me pica, me escuece y al mismo tiempo la siento adormecida y ardiendo. Por fortuna, los regulares no vienen tras nosotros, como si no tuvieran prisa y prefirieran avanzar paso a paso, porque no les resultaría difícil aplastar una columna desmoralizada y exhausta que retrocede sin demasiado orden.

El primer sol del día se abre paso entre una cortina de nubes rizadas y nerviosas y diluye las sombras cuando por fin llegamos al Montón de Trigo, arrastrando con nosotros al retén que había quedado en Silencio, y volvemos a sentirnos fuertes, con la seguridad que nos da el terreno conocido. Nuestras viejas trincheras siguen como las dejamos y ocupamos espontáneamente las posiciones en espera de los facciosos, porque nadie duda de que vendrán contra nosotros, aunque tarden uno, dos, tres días.

Nuestros camiones nos están esperando en el Puente del Jinete y el comandante Guedea, tras una breve reunión con sus oficiales, ordena organizar de nuevo la defensa y colocar las ametralladoras en sus nidos. Montada la guardia, a los demás nos permiten regresar a Breda, a proceder sin tardanza al entierro de los cadáveres. Sin mirar hacia atrás, Marta se sube enseguida en el camión que nos lleva hasta allí.

Aunque se trataba de una ceremonia civil, nadie protestó cuando desde lo alto cayó la primera campanada del duelo. Entre la mayoría de los asistentes, que no tenían creencias religiosas, tampoco sabía nadie de quién había surgido la iniciativa de doblar por los muertos, pero en aquel momento pareció natural que la campana del Mausoleo, en su primer acto público, homenajeara a los soldados y milicianos. Su tañido tan claro, tan nítido, adquirió una fúnebre solemnidad en los toques pautados que, entre un revuelo de nubes y palomas, sobrevolaron Breda.

En las refriegas anteriores también había habido víctimas, pero nunca habían sido tan numerosas. Guedea no quiso pasar por alto una acción tan cruenta y decidió que todos los cadáveres, ya con riesgo de iniciar su descomposición, fueran inmediatamente enterrados en el cementerio, en una fosa común, un poco más ancha que la altura de un hombre y lo suficientemente amplia como para que todos cupieran codo con codo, sin amontonar uno encima de otro, respetando su espacio. No permitió que fueran arrinconados en el área reservada para los neonatos y los suicidas. Para guardar su memoria, se talló una lápida común, en mármol negro, con sus nombres y una sencilla leyenda: CAÍDOS POR DEFENDER LA LIBERTAD Y LA JUSTICIA.

La ausencia de los cuerpos, sin embargo, no impidió la celebración de un funeral posterior, al que asistían militares, voluntarios y habitantes de Breda y de la zona, unos murmurando una plegaria, otros mascullando entre dientes una amenaza, otros, en fin, agradeciendo seguir vivos. La mayor parte de los caídos provenía de fuera y no tenían allí a nadie de los suyos, pero algunos de los milicianos eran de Breda o de la comarca y la presencia de sus familiares contagiaba el dolor y las lágrimas. En segunda fila esperaban respetuosos, en silencio, los habitantes de la villa —Camilo el herrero y su hija Luz, Martín Cupido, la numerosa familia Paraíso, el barbero y su hermosa mujer...—,

luciendo esa limpieza con que la gente de campo asistía a ese tipo de ceremonias, tan esmerada como cuando acudían a sus fiestas. Y cualquiera que levantara los ojos hacia la ventana principal del Palacio podría distinguir tras los cristales la figura inmóvil de Jerónimo de las Hoces contemplando el funeral.

Marta estaba en primera fila, con la viola en las manos, de pie entre los compañeros que habían venido de Madrid, pero junto a ella seguía Gema, que resultaba el apoyo más eficaz para tomar decisiones sin caer en el aturdimiento. Sin tener mucho en común, ambas se habían hecho muy amigas.

El comandante Guedea subió a un pequeño estrado donde ondeaba la bandera tricolor y elevó una voz más emocionada que reflexiva, más personal que militar:

—Hoy es un día muy triste para todos nosotros, pero no es un día que esté transcurriendo en vano. Hoy, a pesar de todo, hemos dado otro pequeño paso en la defensa de la justicia y de la libertad. Cuando vinieron aquí, estos combatientes muertos sabían a lo que se arriesgaban. Eran como el leñador que entra en el bosque y corta troncos y apila maderos para alimentar un fuego que tal vez no verá, para calentar a unas gentes que tal vez no conocerá y en un invierno en el que tal vez no vivirá, y sin embargo no retrocede al emplear el hacha. Tampoco estos compañeros vuestros retrocedieron ante el fuego del enemigo. Yo os aseguro que su sacrificio no será estéril y que su recuerdo aumentará nuestro valor en la lucha contra sus asesinos. Hasta ahora, los generales traidores habían hecho la guerra contra el pueblo, pero el pueblo ha comenzado ya a hacer la guerra contra los generales. Nadie nos detendrá hasta derrotarlos.

Guedea bajó del estrado sin decir nada más, sin gritos ni consignas. Por primera vez se le veía personalmente decepcionado, dolorido y furioso, cercano al odio. Aquel militar profesional, honesto, católico y patriota, que había colocado su lealtad al orden legítimo de la República por encima de amistades, corporativismos y recelos íntimos hacia las arbitrariedades del Frente Popular, aquella tarde sentía en carne propia el dolor por la traición de sus compañeros. Aunque era un buen orador, se había quedado sin palabras. Su rabia y su indignación eran más fuertes que su capacidad para soportar las

muerdes de sus hombres, muchas de ellas causadas por tropas extranjeras y mercenarias traídas desde África para atacar a los españoles, como decía a menudo.

A una señal de Noguero, Marta se adelantó unos pasos, se detuvo ante la bandera tricolor y encajó la viola en el cuello. No se oía nada cuando el arco se deslizó sobre las cuerdas y comenzaron a oírse las notas del *adagio* del *Concierto para cuerda en Do mayor*.

Había repasado la obra una hora antes, sola en la habitación del Mausoleo, y había comprobado que apenas necesitaba mirar la partitura, porque el lenguaje de su dolor y la música de Schubert eran tan parecidos que no necesitaba ensayo previo. Desde niña se había sorprendido gratamente cuando se descubría eligiendo una tonada para las cartas entre las que viajaba en el vagón de correos, o, más tarde, poniéndole música a sus propios sentimientos cuando estaba sola y nadie podía oírla, con notas que nacían en su cabeza espontáneamente y a las que no les concedía mayor importancia, del mismo modo que algunas de sus compañeras fantaseaban historias con personajes inventados o derramaban sobre un papel colores o dibujos para expresar sus estados de ánimo. Con el paso del tiempo comprendió que aquella facilidad para la improvisación estaba llena de posibilidades creativas, pero que aún no había llegado el momento de desarrollarlas. Ya lo haría cuando hubiera alcanzado la suficiente habilidad como intérprete como para que ninguna invención quedara prematuramente malograda por falta de técnica. Mientras tanto, se limitaba a tocar lo que los grandes maestros habían compuesto. Aunque estaba convencida de que la música contribuía decisivamente a hacer más llevadero el transitar del hombre por el mundo, no era personalmente ambiciosa: en el corpus musical que los grandes maestros habían dejado en herencia ya había suficientes obras geniales como para encontrar siempre la pieza adecuada para cada estado anímico, sin ninguna necesidad de su aportación personal.

En aquel momento, en la explanada, la expresión de los asistentes se dulcificaba con la melodía del *adagio*, que penetraba sin resistencia en sus oídos y desde allí la sangre la transportaba hasta el corazón, ya predispuesto a

recibirla, de modo que cuando cinco minutos después terminó su interpretación, todos quedaron en silencio, sin moverse hasta que ella regresó a su sitio, al lado de Gema.

—Era la novia de uno de los muchachos muertos. —Oyó Rubén que alguien susurraba tras él.

Tras la ceremonia, Marta abandonó la explanada con el último grupo y, al llegar al Mausoleo, se encerró en el cuarto de las muchachas. No había nadie en la habitación y se tumbó en la cama, con el rostro dirigido hacia la pared. La muerte de Marcelo abría un inmenso vacío que, como un agujero negro, engullía todas sus fuerzas y le dejaba una tristeza demoledora y una insoportable sensación de frío que, de un modo extraño, terminaba provocándole una punzante y dolorosa presión en los oídos.

Se removió para taparse los riñones y los muslos con la manta militar y cuando acomodó de nuevo la cabeza en la almohada se dio cuenta de que estaba llorando. Ahora que ya no estaba Marcelo, lo echaba de menos más que cuando lo tenía cerca, en ocasiones incluso demasiado pendiente de ella. De hecho, lo había matado su ofrecimiento para sustituirla en la retirada frente a los obuses del cañón. Aquellas cualidades que más admiraba en él —la honestidad, la fortaleza, el valor, la firmeza en sus creencias y la exactitud con que cumplía sus compromisos, cierta visión caballeresca de la vida y aquella maravillosa capacidad para resolver problemas materiales: todo lo que Marta necesitaba comenzaba a aparecer en sus manos cuando él estaba cerca— eran las que lo habían llevado a la muerte. En esos momentos prefería que hubiera sido un cobarde vivo a un héroe muerto. Su sacrificio le pesaría toda la vida, se dijo sin hablar, gimiendo, con una desesperación profunda y sin consuelo, mientras se enfrentaba a la certeza que había logrado eludir hasta entonces: si ella no hubiera cambiado su actitud hacia él, si no se hubiera vuelto fría y distante desde que conoció a Rubén, en especial desde aquella tarde en la cueva de las pinturas rupestres, ¿habría muerto? Su valentía personal no bastaba para explicar la ciega temeridad que ya había mostrado en los días anteriores, sobre todo en el asalto a Silencio, como si pretendiera demostrar ante ella unos méritos de los que ella no dudaba. Quizá todo era así de sencillo, terrible y vulgar.

Las lágrimas mojabán su antebrazo, pero no sabía si lloraba por Marcelo o por sí misma. Aturdida, sentía remordimientos y al mismo tiempo justificaba su conducta. Necesitaba que alguien razonable y todopoderoso la juzgara y repartiera la culpa y la inocencia de forma tan ecuánime que el veredicto quedara claro para siempre. Y si ella era condenada a cumplir un castigo, lo asumiría sin protestas hasta quedar absuelta y recuperar la serenidad.

La puerta de la habitación estaba cerrada y alguien, con suaves golpes, pedía permiso para entrar. Antes de que se abriera supo que era Rubén, porque cualquiera de sus compañeras habría pasado sin llamar. Lo había estado evitando en los días anteriores y no quería hablar con él. No sabía qué decirle y temía que cualquier cosa que él dijera contribuyera a ahondar la confusión. Si había alguien que no debía estar allí ahora, era precisamente él, pero al mismo tiempo solo él podía prestarle consuelo, puesto que era la única persona que sabía que su dolor contenía también una dosis de culpa.

—Pasa —murmuró.

Rubén cerró la puerta a sus espaldas y se sentó en la cama que había frente a ella, inclinado hacia delante, con los dos codos apoyados en las rodillas.

—Lo siento mucho —dijo.

Marta no respondió, siguió inmóvil y en silencio, sin mirarlo.

—Tú no tienes culpa de nada —añadió con una voz tan ronca que parecía salir de un lugar más profundo que la garganta.

—No lo sé —respondió al fin, haciendo un terrible esfuerzo para fijar su pensamiento. No quería mirarlo, pero al mismo tiempo deseaba desesperadamente que fuera junto a ella y la abrazara. La angustia, la debilidad y la molestia en el oído le hacían sentir que flotaba en el vacío sin dirección ni orden, fuera de sitio, como si la fuerza de la gravedad hubiera desaparecido de la tierra.

—Aquella bomba pudo haber caído en cualquier sitio, unos segundos antes o unos segundos después. No lo has matado tú —se atrevió a añadir Rubén, aunque cualquier palabra equivocada podía alterar la delicada situación en que se encontraban.

—Si yo no me hubiera empeñado en venir aquí, él no habría muerto. Marcelo no quería venir al frente. Se alistó porque yo me había alistado antes. ¿No te acuerdas del primer día en que nos vimos?

—Claro que me acuerdo, Marta. Pero esa no es la causa. No mueren todos los que se alistan. ¡A Marcelo lo han matado los fascistas!

Afuera sonó la corneta con el toque de llamada para el relevo de guardia y Rubén se dio cuenta de que era la segunda vez que lo oía, pero que hasta entonces no había pensado en lo que significaba.

—Tengo que irme —se levantó—. Es mi turno.

Salió de la habitación y cruzó el Mausoleo, donde algunos soldados y milicianos dormían en los camastros, fatigados por las guardias nocturnas o recuperándose de la fallida ofensiva. Fuera, dos camiones al ralenti esperaban a que terminaran de subir a las cajas los relevos para el Montón de Trigo.

En su cuarto, Marta no se movió. La conversación con Rubén había relajado una parte de la tensión emocional que la contraía. Oyó pasos y supuso que él volvía para añadir un último argumento, pero se trataba de una compañera, que se acercó hasta ella, puso una mano en su hombro y le dijo:

—Toma, tienes una carta.

Era de su casa, reconoció la letra firme, noble y anticuada de su padre. Había sido matasellada en Alcalá de Henares tres semanas antes y en la dirección, tal como les habían indicado, no figuraba Breda, sino la oficina de reclutamiento a la que pertenecían. Luego la habían hecho llegar hasta Breda por el servicio de estafetas que mantenía Guedea. Se sentó en la cama, se limpió los ojos para que los restos de las lágrimas no enturbiaran su visión y comenzó a leer:

«Querida hija:

»¿Cómo estás? ¿Te encuentras bien? Como hace mucho tiempo que no recibimos carta tuya, tu madre está preocupada, sobre todo después de conocer que crecen los combates en todos los frentes. Ya sabes lo nerviosa que es. Yo le digo que una zona no es mejor ni peor que otra, que por desgracia hay batallas por toda España y que, por las noticias y rumores que nos llegan, las peores crueldades no se están cometiendo en las líneas del frente, sino en las retaguardias. Le digo también que tú te has alistado para

llevar música a los soldados que combaten, no para disparar con un fusil en una trinchera. Pero, al fin y al cabo, no tenemos más que una hija, y no se quedó tranquila hasta que fui a la oficina de alistamiento y me dijeron que estabas bien, puesto que no había ninguna novedad sobre ti ni tu nombre figuraba en ninguna lista de heridos ni de bajas. Si hubiera ocurrido algo malo lo sabríamos enseguida, me dijeron.

»Nos quedamos más tranquilos, y aunque deseamos que estuvieras aquí, con nosotros, al mismo tiempo nos sentimos orgullosos de que estés contribuyendo a defender la ley y la libertad. Cuídate mucho, por favor, por ella y por mí, pero sobre todo por ti.

»Nos tienes que contar cómo es eso de tocar para la tropa. ¿Sois muchos en el grupo? Hemos leído noticias de escritores y artistas que recitan versos y hacen teatro, pero de vuestro grupo no hemos oído nada.

»A propósito de la música, no sé si te acuerdas de Miguel Castro, un muchacho que iba contigo a clases de solfeo y que luego abandonó los estudios. Ahora está afiliado a las Juventudes Comunistas y creo que incluso tiene algún cargo en el partido. Pues bien, hace unos días se presentó en casa. Preguntó por ti y cuando le dijimos que estabas en el frente, que te habías alistado como voluntaria, le brillaron los ojos de entusiasmo. Venía cargado con un montón de partituras y nos pidió que te las diéramos de su parte, que nadie las aprovecharía mejor que tú. Estaban usadas y habían sido estudiadas muchas veces, porque tenían anotaciones al margen. Añadió que, si te daban un permiso, vendría a oír cómo tocabas. Le pregunté de dónde las había sacado y enseguida me di cuenta de que no debí habérselo preguntado, porque se puso tenso y respondió vagamente. “De por ahí”, dijo. Me resistí a aceptarlas, pero él insistió mucho. Las he guardado esperando a que vuelvas.

»Nosotros estamos bien. No nos sobra nada, pero tampoco nos falta. Ya sabes la ventaja que tenemos los ferroviarios para llevar y traer cosas. Y tu madre hace milagros cuando escasea algún producto. Por lo demás, todo sigue más o menos igual. Alguna vez han pasado por aquí sus aviones y han soltado alguna bomba, pero no han logrado impedir que nosotros sigamos haciendo circular nuestros trenes. Y esto es importante, porque comienzan a llegar desde muy lejos convoyes cargados con muy buenas noticias para la República. No puedo darte más detalles.

»Te echamos mucho de menos. Hace solo unas semanas que no te vemos, pero nos parece que ha pasado muchísimo tiempo. ¿Cuándo te darán un permiso para venir a casa? Dinos también si hay alguna posibilidad que hacerte llegar alguna cosa que necesites.

»No seas perezosa y escríbenos.

»Tus padres, que te quieren.

»P.D.: No olvides que tienes a tu tío Miguel en Ciempozuelos. Si estás por ahí cerca, pasa un día a visitarlo. Ya sabes cuánto te quiere. Se alegrará mucho de verte».

En la carta no le preguntaban por Marcelo, porque no lo conocían. Sabían que había comenzado a salir con un muchacho en Madrid, pero estaban a la espera de que ella les contara los detalles cuando lo creyera oportuno si la relación se consolidaba. Ahora ya no existía posibilidad de contarlo.

Tampoco podía decirles cuándo iba a volver a casa de permiso. De momento nadie les había comunicado nada sobre ese tema. Aunque el frente de Breda no era hermético, resultaba arriesgado ir desde allí a Madrid atravesando una zona enemiga por una razón tan poco justificada como un permiso. Por otro lado, la guerra no tenía trazos de terminar pronto. Cada día oían por la radio noticias que hablaban de nuevos enfrentamientos y de un mayor encono entre los dos bandos.

Abrió su mochila, arrancó una hoja del cuaderno y comenzó a escribir:

«Queridos papá y mamá:

»No os preocupéis por mí, estoy muy bien. Aunque este lugar, Breda, se...».

Se interrumpió al darse cuenta de que les revelaba un dato prohibido. Su padre, que presumía de conocer a fondo la geografía de España, no pararía hasta encontrar Breda en el mapa, con lo que se daría cuenta de lo lejos que habían ido y de la peligrosa situación en la que se encontraban, encerrados en una bolsa en zona enemiga. Arrancó la hoja y comenzó una nueva.

«Queridos papá y mamá:

»No sabéis cuánto me ha alegrado recibir vuestra carta y comprobar que estáis bien. No os preocupéis por mí, yo también lo estoy. Aunque nos hallamos relativamente cerca del frente, no estamos pegados a la línea de combate. Hasta aquí no llegan las balas ni las bombas. Y como esta zona ha quedado un poco arrinconada y no tiene importancia estratégica, no les merece la pena enviar aviones a bombardearnos, como esos que tú mencionas que atacan tus trenes.

»Tienes razón: a las trincheras van los soldados de reemplazo y muchos milicianos, pero a los músicos nos destinan a otras tareas. Por las tardes, o a veces por las noches, tocamos para ellos pequeñas piezas fáciles. Otras veces colaboramos con algunas obras de teatro o, también, en algún baile por cualquier motivo festivo. La guerra no impide que la gente tenga deseos de bailar, de reírse, de divertirse. Por supuesto, también hay momentos duros. Esta tarde he tenido que interpretar el *adagio* de Schubert en el funeral por unos compañeros caídos. Ha sido muy doloroso, pero es el precio que nos hacen pagar por defender la ley y la libertad, como vosotros decís.

»Nos han instalado en una especie de palacio de un aristócrata local. Es un lugar muy seguro, cómodo y de paredes anchísimas. Aunque estamos un poco apretados, porque somos muchos, no podemos quejarnos ni del alojamiento ni de la comida. En el campo no se dan las carencias que cuentan de las ciudades. No es que esto sea la tierra prometida, pero muy cerca corre un río y en las huertas se cultivan frutas y hortalizas. Hace unos días, como faltaba carne para alimentar a tanta gente, unos milicianos subieron al monte y cazaron dos ciervos. No, no estoy mal y no puedo quejarme. ¡Si hasta nos han puesto duchas!

»Mamá, a veces me acuerdo de cómo te enfadaste cuando te dije que me había alistado como voluntaria. También me acuerdo de esa frase que, al enterarse, te dijo una vecina: “Hay que ser muy dura para ir voluntaria a la guerra”. Te sorprendiste tanto que no supiste qué responder. Ahora ya sé la respuesta. Si te cruzas con ella por la calle, dile que la guerra es la que nos endurece.

»No creáis que porque no haya escrito antes no pienso en vosotros. Al contrario, todos los días os echo de menos. Os envío mil besos y un abrazo fortísimo.

»Marta.»

Releyó la carta, las pequeñas mentiras que incluía para no preocuparlos. Además, había logrado no apiadarse de sí misma. Dobló la hoja y solo entonces advirtió que no tenía ni sobre ni sello, necesarios para cuando el estafeta depositara las cartas en el servicio de correos del otro lado. Se estiró la ropa arrugada, ordenó su aspecto frente al espejo del aseo, limpió de sus ojos las huellas de las lágrimas y salió del Mausoleo hacia el centro de Breda, donde estaba el estanco. En el trayecto se cruzó con algunos compañeros que la habían oído tocar y que la saludaron con esa sonrisa afectuosa destinada a quien ha sufrido una desgracia. Cerca de la plaza preguntó por el estanco a una chica de unos dieciséis años que le resultó conocida.

—Yo también voy allí.

Por su acento, era de Breda: una de esas muchachas de pueblo más sanas que guapas, con una mirada franca y un aire de nobleza que no podía ocultar. Caminaron juntas y al cabo de un minuto la chica comentó en tono tímido y amistoso:

—Tocaste muy bien el violín en el entierro.

—Es una viola —corrigió, y enseguida se arrepintió de su hosquedad, porque añadió—: Gracias.

—¿Es muy difícil tocarla?

No era el momento más adecuado para dar explicaciones de ningún tipo, ni musicales ni personales, pero la naturalidad y el franco interés de la muchacha y el hecho de que no le hablara de Marcelo, ni de la guerra, ni de sí misma, sino de la actividad que más satisfacciones le había proporcionado durante los últimos años, la empujaron a ser amable:

—Al principio, como todas las cosas. Pero cualquiera puede aprender si se lo propone. ¿Te gusta la música?

—Mucho.

—¿Y tocas algún instrumento?

—Yo no. A mi padre le gusta mucho el tambor.

—¡Ah!

—Yo creo que nunca aprendería con la viola —añadió con una candorosa franqueza mientras se miraba las manos.

—¿A qué te dedicas?

—A nada. Mi madre murió cuando yo era muy pequeña y ayudo a mi padre con la casa y a veces en la fragua.

—¿Tu padre es herrero?

—Sí. También funde campanas. Nosotros hicimos la campana del Mausoleo.

—Bueno, una campana es un instrumento musical. Y debe de ser muy difícil conseguir que suene bien.

—Es aquí —abrió la puerta de una casa en cuyo dintel había un letrero: ESTANCO—. Pasa.

—¿Qué quieres, Luz? —le preguntó el dueño con familiaridad.

—Un paquete de picadura y un librillo.

—Picadura sí queda, pero los librillos se han terminado. ¡Con tanta gente en Breda! Y adviértele a tu padre que la picadura no tardará en agotarse.

—¿Cuándo traerá librillos?

—¡No lo sé! Con la guerra..., no lo sé.

La imagen de Marta tocando la viola en el funeral ocupaba su mente mientras regresaba a la fragua con el paquete de picadura. Aunque no lograba recordar la melodía, aún se emocionaba con la escena que había humedecido las mejillas de los soldados y milicianos, hombres fuertes, rudos incluso en su aspecto poco cuidado, de pelo revuelto y barba sin afeitar. ¡Cuánto le gustaría parecerse a ella! En los pocos minutos que habían caminado juntas se había fijado en lo guapa que era, en la armonía con que todos sus rasgos se unían alrededor de los ojos pardos, con gránulos verdosos, y en sus manos de dedos finos, pero fuertes, tan distintas de sus manos anchas y endurecidas por ayudar a su padre con el carbón y el hierro.

En la fragua, su padre acababa de herrar varias mulas del ejército que le habían traído con las pezuñas astilladas. Los soldados que las conducían le pagaron unas monedas, se montaron en ellas con cierta desconfianza y se marcharon.

Siempre solía haber alguien en el taller, bien para distraerse con un poco de charla o informarse de las noticias, rumores o percances, bien para calentarse al arrimo del fuego del carbón. Ese día, el funeral por los combatientes había sido un acontecimiento muy trágico —nunca se habían visto tantos cadáveres en Breda—, al que había asistido una buena parte de los habitantes, unos por simpatía, otros por precaución y otros simplemente porque habría sido una falta de respeto dedicarse a cualquier tarea mientras la campana del Mausoleo doblaba por los muertos. Y algunos habituales de la fragua habían acudido a comentar lo ocurrido, dejándose arrastrar por el hipnótico repique del martillo moldeando sobre el yunque cualquier pieza de hierro al rojo vivo: Antonio Paraíso, el dueño de la imprenta; Martín Cupido, que con la mayor vigilancia en la frontera de Portugal y con el embolsamiento militar de la comarca había visto drásticamente reducidos tanto sus viajes

oficiales como los del contrabando; y Botín, el capataz de la familia De las Hoces. Los tres estaban sentados en el banco observando el trabajo de Camilo. Luz se acercó a él y le entregó el tabaco.

—Pero no hay librillos —dijo—. Se han terminado.

Sin esperar a que se lo pidiera, Martín Cupido sacó un librillo y se lo pasó al herrero, que detuvo el martilleo.

—Ya se ve la hoja roja —advirtió.

—Quédatelo. Creo que llevo otro en la guantera.

—¡Lo que no lleves tú en el camión! —dijo Paraíso, que rehusó el ofrecimiento. Había dejado de fumar y a la mínima oportunidad les hacía un relato exhaustivo de los cambios que la abstinencia provocaba en sus pulmones, en su paladar y en sus sistemas nervioso y circulatorio.

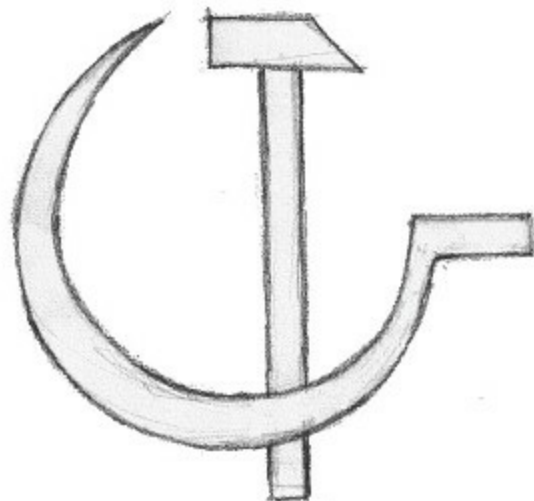
—Pronto empezarán a faltar más cosas —dijo Botín, que apenas podía disimular su simpatía por los militares, aunque no se atrevía a manifestarlo.

En la puerta apareció Magro, que ya apenas paraba por allí desde que lo habían nombrado sargento de milicias. Llevaba en las manos un papel doblado y se acercó hasta el herrero.

—Te traigo un encargo.

—Qué.

—Esto.



Camilo abrió la hoja y todos vieron el dibujo cruzado de la hoz y el martillo, que se había hecho familiar al aparecer en algunas paredes de la villa ilustrando consignas como ¡NO PASARÁN! O MUERTE AL CAPITALISMO INTERNACIONAL, que allí, en Breda, quedaban un poco fuera de lugar.

—¿Qué ves? —le preguntó Magro.

—Yo aquí solo veo dos herramientas cruzadas.

—¿Qué herramientas?

—Un martillo y una hoz.

—Pues queremos que nos hagas un hierro con este dibujo y estas proporciones.

—¿Un hierro? ¿Para qué? —preguntó con ironía.

—Para marcar vacas.

—¿Con el martillo y la hoz?

—Con la hoz y el martillo, sí.

—¿Para marcar vacas? —repitió Martín Cupido, extrañado. Terminó de liar su cigarrillo, ensalivó la goma y lo prendió con una brasa del fogón.

—Sí. Se las hemos requisado a Cuaresma. Cien vacas. Estamos encerrados en la comarca y comienzan a faltar algunos suministros. No podemos permitirnos que los combatientes... y que los pobres sin recursos no estén bien alimentados —explicó con un discurso voluntarioso al que las frases hechas restaban eficacia.

Sin embargo, los cinco hombres sabían que se trataba de algo más, que no era solo el valor de las vacas, de la leche o de la carne, sino de poder ejercer al fin una revancha que habían esperado durante siglos y que por fin abordaban como el explorador que penetra en tierras vírgenes y hostiles, llenos de esperanza pero al mismo tiempo recelosos de los peligros.

—Así que ya no os conformáis con repartir las encinas. Ahora también queréis repartir las vacas —dijo Botín.

—Solo mientras duren el cerco y la lucha. Luego se las devolveremos a su dueño —concedió.

—Pero se las devolveréis marcadas.

—Con una hoz y un martillo —apuntó Cupido sin poder contener una sonrisa.

—Un mal menor —dijo Magro.

—Claro, porque la carne y la leche tendrán el mismo sabor, sean de una vaca comunista o de una vaca falangista —rió Antonio Paraíso.

—¿Con qué las vais a alimentar? —preguntó Botín.

—Con los pastos comunales de la dehesa.

—A lo mejor las vacas también se acostumbran —dijo Cupido.

—¿A qué?

—A verse unas a otras con esa marca en las ancas y a la libertad de la dehesa, y luego no quieran volver al redil de Cuaresma.

—Correremos ese riesgo.

—O tal vez luego no quieran dar leche al dueño que no les cante *La Internacional* —continuó Paraíso con la broma.

—Las cien vacas comunistas —repitió Botín.

—¿No habéis pensado en ofrecerles alguna compañía? —preguntó Cupido.

—¿A las vacas?

—Para que no se aburran. He oído decir que cuando están contentas dan más leche.

—¿Qué tipo de compañía?

—No sé... Algo como un rebaño de cabras... Aunque seguramente las cabras tengan ideas anarquistas.

—Sí, siempre tirando al monte, individualistas, con poca disciplina de grupo y poco interés por las granjas de explotación colectiva —apuntó Paraíso.

—O un rebaño de ovejas —sugirió Botín.

—¿Ovejas? ¿Cuándo has visto tú una oveja que no sea de derechas? —replicó Martín Cupido.

—¿Estás haciendo ahora algo urgente? —le preguntó Magro al herrero.

—Estoy fumando un cigarrillo.

—Cuando termines, ¿crees que podrías dedicar un par de horas a fabricarme este hierro?

—Las vacas están impacientes. —Cupido no pudo soportar la risa, porque los cinco hombres eran amigos desde niños, cuando se ejercitaban en las calles de Breda en la rivalidad, en las peleas y en el compañerismo de los juegos infantiles, y en momentos así, en que soltaban la tensión acumulada

durante los últimos días, estaban seguros de que unas vacas ajenas marcadas por uno u otro hierro no podrían destrozar, al menos no todavía, una amistad que había sobrevivido a enfados, luchas, descubrimientos.

—Creo que ahora sí podré dedicarte ese par de horas —dijo Camilo arrojando la colilla al cubo de las cenizas.

Es extraño pernoctar en el Mausoleo cuando acabamos de asistir a un funeral. Nosotros, los vivos, aquí, al amparo de estos gruesos muros que cobijan nuestro reposo después de varios días durmiendo a salto de mata; y en cambio los muertos en una fosa común, lejos de este lugar que les hemos usurpado. Pero estoy tan exhausto que la extrañeza no me impide hundirme en un sueño benefactor que todo lo borra de mi cabeza: la guerra, la muerte de Marcelo, la tristeza de Marta y su huidiza frialdad conmigo, la pintura, que tan abandonada tengo. Cuando nos despiertan por la mañana me da la sensación de que acabo de acostarme, pero ya han pasado ocho horas. Si he soñado con algo, no lo recuerdo.

Tras el desayuno los camiones nos llevan otra vez al Montón de Trigo. Marta no viene. Quizá sea mejor así. Yo sigo con la mano hinchada y soportando picores por el veneno de las procesionarias, a pesar de aplicarme una pomada que ayer me dio el médico y que no parece demasiado eficaz.

En el trayecto ya no hacemos bromas, como las primeras veces. Nos parece que ha transcurrido mucho tiempo desde entonces, aunque solo han pasado unas semanas. Los rostros de quienes me rodean en la caja del camión están curtidos por el aire libre, el esfuerzo, el miedo y la ansiedad. Si esta guerra dura un año, cuando termine todos seremos viejos.

En el Montón de Trigo los facciosos también han retomado sus antiguas posiciones, pero no nos atacan, se lo toman con calma ahora que han recuperado lo perdido. Sin duda están todavía analizando nuestra ofensiva, preguntándose cuáles eran nuestros objetivos y, en consecuencia, reforzando sus puntos débiles para que no se repita. Pero no tardarán en golpearnos, en cuanto comprueben que nuestro avance no ha sido un gambito ni conlleva una trampa. El propio Guedea ha estudiado de nuevo nuestras posiciones y ha revisado los cálculos de armamento, de modo que nos han reforzado con otra

ametralladora pesada y dos morteros. También se están ahondando desde ayer las trincheras, cambiando la orientación de algún recodo y alargando algunos brazos hasta la doble línea para que podamos alcanzarlos con nuestras armas y al mismo tiempo protegernos mejor de sus obuses.

Nos ponen a cavar y a llenar sacos de tierra, a ensanchar la protección de los nidos y, con tantas manos, no tardamos mucho en cumplir lo exigido, a pesar de que a veces nos hostigan con disparos de fusilería. Al atardecer hemos terminado y nos dejan descansar en las tiendas de campaña instaladas a este lado del Puente del Jinete, a poco más de un kilómetro del frente.

Durante todo el día han ido bajando del noroeste oleadas de ásperos nubarrones que no logran doblegar del todo al sol y que consolidan el otoño con una considerable bajada de la temperatura. Ahora mismo, ante mí, cúmulos de todos los colores y tamaños se agrupan en el horizonte para levantar una arquitectura de palacios imposibles habitados por animales fantásticos que me gustaría pintar. Sin darnos cuenta, girando en este torbellino que nos arrastra desde julio, el año ha ido abandonando los días en las cunetas y ya estamos inmersos en el frío que habita en los madroños, en las bellotas de las encinas, que brillan marrones, bruñidas, humildes.

Me toca la segunda guardia de la noche, en un puesto adelantado. Todo está envuelto en un profundo silencio, pero poco a poco se van escuchando algunos ruidos y recuerdo las palabras de Viriato sobre el millón de animales que bullen alrededor, en la dehesa. A la luz de la luna crecida distingo una lechuza que vuela de una encina a otra. Oigo el sordo murmullo de una violenta pelea entre algún depredador y su presa, en la que se adivina una seca e implacable violencia.

—Otra vez están ahí —dice Tena—. Han seguido llegando durante la noche.

Nos pasa los prismáticos y vemos cómo ocupan con cautela sus posiciones, como si temieran alguna trampa, alguna bomba preparada para estallar, antes de mirar hacia nosotros y disparar los primeros tiros. Ya sabemos reconocerlos de un vistazo. Pertenecen a tres cuerpos: los soldados de tropa, los regulares y los moros que Franco sigue trayendo de África y que

en Éufrates fueron lanzados contra nosotros. Incluso sin prismáticos se les puede distinguir por sus ropas: el color caqui de los militares, el blanco de las chilabas y el color garbanzo de los uniformes de los regulares. La radio dice que luego, tras ellos, llegan la Guardia Civil y los falangistas ocupándose de imponer en la retaguardia su nuevo orden.

Se van recolocando en las trincheras sin premuras, con el optimismo de habernos arrojado de Matapán y de Éufrates, con esa arrogante indiferencia que les da saberse superiores, convencidos de la victoria final. Tras el desconcierto inicial que les causó nuestra ofensiva, que no esperaban tan profunda y decidida, han reunido sus recursos y, como la serpiente a la que pisan la cola, se han revuelto para morder y recuperar lo perdido.

Por nuestra parte, ya hemos dejado de mirar hacia el sur, ya no esperamos ninguna ayuda de esa Columna Fantasma que ha hecho honor a su nombre. En su lugar han aparecido los regulares, también envueltos en ropajes claros, aunque mucho más dañinos.

Los primeros obuses de mortero caen a primera hora de la tarde, pero de nuevo comprobamos que aquí arriba no pueden hacernos mucho daño. Estamos en una cota más elevada y las reformadas trincheras nos protegen con eficacia: si estallan delante, los sacos de tierra y los parapetos detienen su onda; si estallan detrás, lo hacen un poco más lejos. Siempre cabe la posibilidad de que una bomba acierte dentro, pero no es probable, porque hemos estorbado sus trayectorias de tiro.

Después del bombardeo, tal vez creyendo que no resistiríamos, como sucedió en Éufrates, han ensayado un asalto y les hemos dado tan fuerte con las ametralladoras que enseguida han retrocedido. Luego les hemos dejado retirar sus cadáveres.

En la refriega han ocurrido entre nosotros pequeños actos de valentía y de miedo, de los que ya me cuesta hablar, porque la acumulación de relatos de anécdotas bélicas no puede expresar la verdadera naturaleza de esta guerra, cuyo confuso sentido no reside solo en la acción de los fusiles y de los cañones. Pero también surgen entre nosotros pequeños gestos miserables motivados por la incomodidad, el cansancio o las carencias. Poco después del asalto ha surgido entre dos de los nuestros una violenta pelea y hemos tenido que separarlos. Uno acusaba al otro de haberle robado un cigarrillo en un

descuido, y el otro respondía que antes a él le había robado su pastilla de jabón. Y hablando de jabón, la obsesión de Guedea por la limpieza al menos ha impedido que aparezcan en nuestras literas los parásitos.

A última hora, en el silencio después de la batalla, grita una voz:

—¡Eh, rojos!

Tras unos segundos de sorpresa, Mangas le pide el megáfono a Magro y responde:

—¿Qué quieres, faccioso?

—Hoy habéis luchado bien. Para ser rojos, tengo que reconocer que habéis luchado bien. Pero si os entregáis ahora y pedís perdón, no os lo tendremos en cuenta.

—¿Quién eres tú, que hablas de perdonar? ¿El cura manco?

—No. Soy un soldado de España.

—No sabemos el camino hasta la iglesia. Ven tú a buscarnos.

—No dispararemos a quienes se pasen a nuestras filas esta noche — insiste.

—Yo te conozco —replica Mangas—. Conozco tu voz.

—No lo creo. Seguro que no frecuentamos los mismos ambientes. No suelo ir a las pocilgas.

Mangas imita el sonido de un cerdo y luego añade:

—Sí, he oído tu voz muchas veces.

—¿Cuándo?

—Cuando iba a visitar a tu hermana.

En boca de Mangas, su comentario adquiere de pronto una sorprendente comicidad que aligera la tensión y provoca nuestras carcajadas. Al otro lado, en cambio, la reacción es de ira y después de un disparo aislado nos caen nuevas raciones de balas que apenas nos hacen daño.

Poco después los relevos ocupan nuestros puestos y nos retiramos a descansar a Breda. Allí nos dicen que uno de los aviones alemanes de Franco ha arrojado tres bombas buscando el ayuntamiento. Dos de ellas han estallado cerca de la plaza, sin provocar víctimas, pero la tercera ha hundido el tejado de una casa y ha matado a sus tres ocupantes: una mujer y sus dos hijos. Sin dejarnos bajar de los camiones, nos llevan hasta el centro para ayudar a

apagar el incendio que se retuerce sobre los muros de la casa y que expande en torno un insoportable olor a carne quemada. Parece que empiezan a tomarnos en serio.

En el Mausoleo no veo a Marta, que ya está descansando en la habitación de las mujeres. Me duermo pensando en ella.

Al amanecer, otra vez a las trincheras, donde unos y otros vamos afinando la puntería de los fusiles y causamos y sufrimos bajas de quienes asoman demasiado la cabeza. Pronto hemos aprendido a caminar en cuclillas, a disparar por una mínima grieta entre dos piedras.

El estampido del cañón que tanto daño nos hizo en Éufrates nos sorprende poco después de la comida. Lo han traído hasta aquí, reconocemos su voz como la de un viejo enemigo. Dispara a intervalos cortos, variando un poco el ángulo en cada tiro, de izquierda a derecha, buscando la primera línea de trincheras. Cada una de sus potentes bombas levanta piedras, raíces, pellas de tierra, pero ahora ya sabemos cómo protegernos. Nos incordia durante dos horas y luego los moros saltan de sus posiciones y avanzan de refugio en refugio, amparados desde sus líneas por una cortina de fusilería que nos obliga a agachar la cabeza. Sin embargo, los esperamos con las ametralladoras asentadas en nuestra ventajosa posición y los abatimos como perdices que entran en un campo de trigo. Retroceden y el cañón vuelve a tronar. En un nido logra colarse uno de sus obuses y mata a dos de los nuestros.

Al final de la tarde vuelven a atacar en tromba y logran acercarse más que nunca, pero retroceden de nuevo cuando nosotros ya dudábamos en mantener la primera línea. El capitán Méndez organiza la retirada de los heridos y los muertos y se dispone a sustituirnos.

La voz del faccioso vuelve a oírse, empujándonos a desertar con la promesa de que no habrá ningún castigo para quienes lo hagan. Mangas no puede resistirse a responderle:

—¡Yo quiero pasarme a vuestras líneas!

—De acuerdo, de acuerdo. No dispararemos.

—Solo pido una condición.

—¿Cuál?

—Que esté ahí tu hermana esperándome para recibirme con un beso. Seguro que se alegrará de verme.

La mención a la hermana del portavoz es de nuevo la señal para que recomience el tiroteo.

Hoy no nos dejan ir a Breda, nos retiramos a la vaguada de las tiendas de campaña, al otro lado del puente, al pequeño campamento levantado como una avanzadilla en el *limes* contra los bárbaros, donde al fin reina el silencio. Ha sido un día muy duro y nos miramos y hacemos recuento con gestos de alivio por seguir todavía vivos. Sentados en la tierra, Viriato señala hacia arriba, hacia el cielo claro y frío. Ahora que ya no se oyen disparos han aparecido varios buitres muy arriba, haciendo rueda en el cielo del atardecer. Me tumbo y me dejo hipnotizar por sus vueltas hasta que comienza a escapar la luz y las aves se alejan volando suavemente hacia sus refugios. Entre nosotros nadie quiere irse a dormir, como si tuviéramos miedo de que los regulares atacaran y nos sorprendieran inermes, ahora que ya han demostrado que no cejarán en su ofensiva, que no se conforman con mantener las líneas como estaban.

—¡Hace frío! —se expresa João con un estremecimiento.

Viriato se levanta a ayudarlo y entre ambos avivan la mortecina fogata con la coscoja y las ramas secas de las encinas. Sentados alrededor, aparece una botella de coñac que nos vamos pasando de mano en mano. Con un profundo sentimiento de solidaridad, los miro beber, charlar y reír, sus rostros levemente deformados a través del humo y de las llamas. Ellos me enterrarán, si mañana muero. Si mañana muero, también me gustaría que Marta tocara para mí la música que tocó para Marcelo. Cansado, voy a la tienda y elijo mi sitio en un rincón. Desde hace unos días este es nuestro ritmo: luchar y dormir, luchar y dormir. Cierro los ojos y entro en el sueño como en un refugio.

El sol del amanecer saca reflejos de los cientos de casquillos que salpican la tierra, delante, dentro y detrás de las trincheras. A pesar de las horas transcurridas, no ha desaparecido del aire el olor a pólvora, se mantiene agarrado a las vainas de los fusiles y de los obuses, a la tierra quemada por las explosiones. Siempre en cuclillas, avanzamos hasta nuestras posiciones y elegimos el mismo sitio que los días anteriores, porque nos sentimos más seguros en los lugares conocidos. Y hoy más que nunca necesitamos esa seguridad cuando comiencen los latigazos del cañón.

Impaciente, ya llega el silbido que anuncia la explosión, lo que indica que también el ataque de su infantería será puntual y brioso. Pero va transcurriendo la mañana sin que hayan intentado acercarse. Solo el cañón sigue lanzándonos diez o doce proyectiles cada hora para que no nos relajemos. Hemos comprobado que tardan al menos cinco minutos entre disparo y disparo y aprovechamos esos intervalos para desplazarnos por las trincheras, para defendernos o para protegernos mejor. El capitán Méndez ha identificado el cañón: un Schneider de 105 mm contra el que no encontramos un antídoto.

—Una pieza dañina y muy eficaz, de largo alcance, que no se romperá fácilmente —nos dice—. De modo que solo nos queda agachar la cabeza y esperar a que se le acaben los proyectiles.

A media mañana aparece Marta en la trinchera. Llega también un grupo de refuerzo, que cubrirá las bajas y que nos llena de ánimo cuando más decaídos estamos.

—¿Cómo estás? —le pregunto.

—Bien.

No sonrío, pero tampoco se lamenta. En esta durísima semana ha adelgazado un poco y se le notan las ojeras, como cuando alguien enferma. Se ha cortado el pelo, la melena oscura, y los pómulos se le han endurecido, pero así no está menos guapa.

Después de un nuevo estampido del cañón llega otro pequeño grupo de refuerzo. Nos sustituyen y nos ordenan regresar a la vaguada de las tiendas, donde nos sorprende encontrar al comandante Guedea. Formamos en filas y él se sube a una roca para que podamos verlo mientras nos habla. Vigilados por dos milicianos, bajan de un camión dos soldados con las manos atadas a la espalda.

El comandante confirma la noticia que esta mañana ha corrido por las trincheras: anoche dos soldados de reemplazo intentaron pasarse al otro lado aprovechando la oscuridad. Al parecer un tercer implicado se arrepintió a última hora y los delató. En todas partes brotan los mismos miedos, las mismas traiciones. Los sorprendieron en flagrante delito de deserción y van a ser fusilados.

Todos permanecemos en silencio, mirando a los dos soldados que se mantienen en pie, con la cabeza agachada. Uno de ellos es un cabo, dicen que simpatizante de Falange, a quien la guerra ha sorprendido en el bando para él equivocado. El otro es un muchacho de dieciocho años que hace unos meses se alistó voluntario en el ejército, tal vez para escapar de un destino de trabajo en el campo, a juzgar por su aspecto de campesino, no muy diferente ahora mismo de cualquiera de nosotros.

—A mí también me resulta duro lo que ahora debemos hacer —nos dice el comandante con ese acento reflexivo que ya le oímos desde el primer día y que no parece el de un militar, explicando una decisión que a todos nos estremece—. Pero no podemos luchar por la victoria y, al mismo tiempo, tener compasión con los desertores. Si la tuviéramos, tarde o temprano ellos dispararían contra nosotros. Hoy debemos renunciar a la paz y a la piedad si queremos servir a la nación. Mañana, entonces, tendremos una nación que nos dará paz y piedad.

El capitán Méndez dirigirá el pelotón de fusilamiento, formado por diez soldados y milicianos elegidos entre los que estamos presentes, cuyo número de alistamiento termine en 4, según ha decidido el azar.

Mi número termina en 4. Llevo el 814 grabado en la chapa metálica que cuelga de mi cuello. Los elegidos salimos de las filas y nos agrupamos a un lado mientras los demás se dispersan sin volver la cabeza, contentos de haber escapado de un asunto tan escabroso, sin mirar a los dos hombres que van a morir ni a quienes vamos a ejecutarlos. Al alistarnos, los diez que esperamos en silencio éramos conscientes de que llegaría un momento en que tendríamos que disparar contra un enemigo abstracto y anónimo a quien nunca le veríamos el rostro. Lo que nunca imaginamos es que nos tocaría disparar contra unos compañeros a quienes hemos visto de cerca, con quienes hemos caminado y compartido la comida y que ahora están ahí delante, con las manos atadas a la espalda.

Sin detenerme a pensarlo, me rasco furiosamente, me clavo las uñas en la mano derecha, que se hincha y enrojece y parece a punto de sangrar. Entonces me acerco al capitán Méndez.

—No puedo disparar —le digo.

—Nadie puede y todos podemos —replica.

—Es la mano —insisto mostrándole la palma enrojecida, los dedos hinchados.

—¿Qué te ha pasado?

—Aplasté un nido de procesionarias sin darme cuenta.

—¿Cuándo?

—En Éufrates, hace tres o cuatro días.

—¿Y hasta ahora no lo has dicho?

—Lo dije y me dieron una pomada. Pero no me hace efecto. Apenas puedo introducir el dedo en el guardamonte.

—Pero has estado en las trincheras —aduce todavía. Los demás nos miran hablar y esperan.

—Allí puedo ser útil.

—¿Y aquí no?

—No puedo apuntar bien —le digo, sugiriendo que podría causar un sufrimiento innecesario.

—Para esto no se necesita mucha puntería —no acepta mis excusas, sin duda sospecha que estoy mintiendo—. Ah, y otra cosa: busca un pico y una pala y ven con nosotros.

Cojo unas herramientas de las que utilizamos para cavar las trincheras y sigo al capitán y a los elegidos, que avanzan muy serios, con la cabeza agachada, avergonzados de lo que van a hacer. A medio kilómetro nos detenemos junto a una encina vieja y corpulenta. Méndez le tapa los ojos al más joven, pero el falangista sacude la cabeza y no acepta la venda. El capitán vuelve junto a nosotros y da órdenes con rapidez y eficiencia, como si no fuera la primera vez que lo hace. Levantamos los fusiles y apuntamos. La primera descarga cae sobre el muchacho más joven, que muere en silencio. El falangista muere con valentía, gritando en voz alta y desgarrada:

—¡Arriba España!

Las dos ejecuciones han sido muy rápidas. Había pocos metros de distancia y las diez balas han acertado. Por fortuna, no ha sido necesario el tiro de gracia.

Intento pensar en ellos como enemigos, pero al ver sus cuerpos acribillados no puedo considerarlos como tales. ¿Quién puede asegurar que ambos no eran unos buenos muchachos, cariñosos con sus amigos y familia,

con una broma siempre en los labios para hacer reír a los demás? Tal vez ni siquiera pedían mucho: un oficio tranquilo, una mujer con quien vivir la vida, unos hijos con quienes renovarla. Ya nunca lo sabremos. Fusilados por deserción, a una edad demasiado temprana para morir. Y yo también he disparado contra ellos.

Los disparos no se habrán distinguido entre los estampidos que siguen estallando ahí detrás. Nadie le dará demasiada importancia a lo ocurrido y no tardarán en olvidarlo: dos desertores ejecutados de forma sumaria en el frente de combate que serán sepultados en una fosa anónima, bajo unas encinas jóvenes cuyas raíces absorberán su alimento, porque estamos en guerra y no podemos permitirnos prescindir de un camión, del tiempo y de los hombres necesarios para trasladar los cadáveres al cementerio de Breda con los trámites reglamentarios.

—Hay que enterrarlos muy hondo —dice con voz sombría el soldado que se queda conmigo para cavar la fosa.

—¿Por qué?

—En el campo a los cadáveres hay que enterrarlos muy hondo —repite sin más explicaciones.

No sé si está hablando del miedo al futuro o de sugerencias escatológicas en las que no quiero pensar, pero en cualquier caso cavamos lo suficiente para que ninguna alimaña pueda llegar hasta ellos. Después colocamos encima unas pesadas piedras que sirvan de rudimentaria señal.

En el Montón de Trigo nuestra cota en las trincheras ha sido molida a bombazos, pero, desplazados un poco más atrás, aguantan Tena, Mangas, Viriato, João, Gema y Marta, que me mira y me dice:

—Ha sido un día espantoso.

—Están cambiando de táctica —explica Magro—. Ya no van disparando de un sitio a otro. Han pasado del fuego graneado a concentrar sistemáticamente los disparos del cañón sobre un objetivo e insisten sobre él hasta machacarlo y desalojarnos. Tuvimos que retroceder hasta aquí.

—Han traído refuerzos —dice Mangas.

Ahora los proyectiles caen con una imperturbable regularidad sobre la zona izquierda y se diría que están comprobando nuestra reacción antes de tomar decisiones.

Nadie hace mención al fusilamiento. No quieren hablar de ese tema, pero cuando nos quedamos solos, Marta me pregunta:

—Y tú, ¿cómo estás?

—Bien.

Le cuento brevemente cómo ha sucedido todo. Que el capitán no aceptó la excusa de mi mano hinchada por el veneno de las procesionarias y que he disparado contra ellos, aunque nunca creí que podría hacerlo. Que luego también me ha tocado enterrar los cadáveres en una fosa anónima.

—Estamos empezando a imitar algunas cosas de los sublevados de las que, hasta hace unos días, nosotros mismos nos creíamos incapaces —le digo con voz turbia—. Pero nos falta valor, nadie nos ha enseñado cómo...

—Yo también tengo miedo. Sobre todo desde que mataron a Marcelo —dice.

—Miedo tenemos todos, Marta. No me sorprende el miedo. Lo que me sorprende es que haya tanta gente valiente. Pero menos mal que no lo somos todos. Tal vez un héroe sea imprescindible en un ejército, pero muchos héroes juntos causarían un desastre. Imagínatelos. Nadie podría manejarlos. Basta con un héroe y con cien soldados como nosotros que, aunque estemos muertos de miedo, nos limitemos a cumplir las órdenes.

—Lo único que sé es que nos presentamos voluntarios creyendo que se trataba de poco más que una algarada, en todo caso de una lucha breve, y ahora nos estamos convirtiendo en soldados profesionales —murmura.

Como los días anteriores, a esta hora, al atardecer, volvemos a oír la voz del faccioso que nos empuja a desertar:

—¡Eh, rojos!

—Te escucho —grita Mangas, que parecía estar esperándolo.

—¿Todavía resistís ahí? Creía que ya habíais huido.

—Ese cañón vuestro hace mucho ruido, pero poco daño. ¿Por qué no le pedís a Franco que os envíe algo más potente?

—Porque no tenemos ninguna prisa por mataros. Podemos seguir así todo el otoño. Nosotros os lanzamos los obuses y vosotros os los coméis.

—No te preocupes, sabemos digerirlos. Ya sabes que los pobres tenemos buen estómago. Solo les sientan mal a algunos que quieren irse a vuestro lado a vomitar. ¿Los estabais esperando anoche?

—¿Por qué lo dices?

—Por aquí había dos que tenían muchas ganas de ir a saludaros, pero a última hora los convencimos de que no valía la pena.

Al otro lado tardan unos segundos en responder.

—No serán los últimos. Habrá más.

—Hemos visto que habéis traído refuerzos —dice Mangas.

—Sí. Este es un buen destino y se nos presentan muchos voluntarios. Saben que aquí no hay peligro, que vosotros sois incapaces de hacer daño.

—¿Por qué no me avisaste de que iban a venir esos amigos tuyos?

—¿Por qué iba a contártelo? Te estoy tomando cariño, tengo muchas ganas de verte cara a cara y no quiero que te asustes y salgas corriendo.

—Les habría pedido que trajeran a tu hermana para hacerle una visita. Seguro que ya me echa de menos —replica Mangas.

Sin embargo, hoy no despierta en nosotros ninguna risa.

Esta noche tampoco nos han dejado ir a dormir a Breda, pero la mañana comienza en las tiendas con el aroma maravilloso del café portugués que está colando Gema y que a menudo, en su afán de agradar, estropean al servirlo espeso como alquitrán y nos irrita el estómago. A João, por su trabajo en los ferrocarriles, de un lado a otro conduciendo una locomotora, le llegan a menudo esos regalos. Como ahora mismo está de guardia en las trincheras, Magro le dice a Gema:

—Dale las gracias a tu novio por el café.

—Se las daré —contesta con una sonrisa—. El pobre se siente todavía culpable porque en una ocasión, antes de que los facciosos unieran las dos zonas, tuvo que conducir un tren lleno de armamento y municiones que Franco le enviaba a Mola. Los suministros entraban por la frontera de Huelva, subían en ferrocarril por Portugal y los entregaban en la frontera de Salamanca.

Nos viene bien recuperar fuerzas con un estupendo desayuno, porque el día amenaza de nuevo con ser infernal. Tal como nos temíamos, los sublevados han reanudado pronto el bombardeo. Están impacientes por expulsarnos de aquí y a media mañana nos embisten con furia. En nuestro flanco izquierdo su artillería abre una brecha y por ella empuja un pelotón mixto de moros y soldados que nos expulsa de esa cota y que, al amparo del cañón, consolidan unas posiciones muy cercanas a las nuestras. La situación se vuelve muy delicada, porque ahora sus tiradores están ahí al lado, casi a la misma altura que nosotros, y sus ametralladoras pueden segarnos la cabeza en cuanto seamos un poco imprudentes.

Pero llega la tarde y renuncian a seguir con sus ataques, tal vez más fatigados que nosotros mismos. Hoy su portavoz no nos habla y Mangas tampoco puede provocarlo. Se lo han llevado a Breda con una herida de bala en el hombro, pero no es grave.

Nos sustituye el turno de noche y volvemos a descansar a las tiendas, pero con la prohibición de desvestirnos y de abandonar el fusil porque temen que en cualquier momento se produzca un nuevo ataque. Así que nos tumbamos sin descalzarnos, vestidos y tapados con una manta. Ha vuelto a caer la temperatura y se ha levantado un viento húmedo que hace chasquear las lonas de las tiendas.

Cuando abro los ojos no sé dónde estoy, pero el fusil que ya lleva Viriato en las manos enseguida me lo recuerda. Desayunamos el café que aún queda de ayer y guardamos el trozo de pan, el bacalao seco y la lata de sardinas que nos dan de ración. Llenamos de agua las cantimploras y otra vez a las trincheras del Montón de Trigo, donde también han madrugado los de Franco. El Schneider 105 comienza a bombardearnos.

Es evidente que, sin ayuda, no podremos aguantar aquí mucho tiempo. De la Columna Fantasma y su anunciado apoyo desde el sur ya nos hemos desengañado definitivamente. Tena nos confiesa que el capitán Méndez está comunicando con Guedea para preparar la retirada en caso necesario, una disciplina bélica en la que nos estamos convirtiendo en expertos.

Desmoralizados, tememos que un ataque en firme nos obligue a huir, pero a veces da la impresión de que los sublevados no quieren avanzar antes de que todos estemos muertos.

Mis compañeros, acurrucados cada vez que suena el silbido de un nuevo proyectil, parecen avejentados, con el pelo sucio de polvo, con gestos de fatiga y de desconcierto. Demasiado ingenuos, habíamos venido a las trincheras como si fuéramos a las barricadas urbanas, creyendo que en caso de apuro siempre se abriría en la calle una puerta de una casa para protegernos de un enemigo que mostraría contención, pero aquí, en campo abierto, nada nos protege de unas tropas brutales que se encrespan con el contacto de la sangre y la esperanza del botín.

—¡Escuchad! —exclama Viriato.

En efecto, suenan explosiones y una intensa fusilería al otro lado del Puente del Jinete, al otro lado del Lebrón, en la zona de las tiendas.

—¿Qué estará ocurriendo?

Tena retrocede de prisa y observa con los prismáticos desde lo alto de la loma. Al regresar, nos dice:

—¡Mierda! Hay lucha al otro lado del río. No sé cómo han podido llegar hasta allí.

La respuesta nos la dan unos minutos después dos soldados que llegan retrocediendo hasta nosotros:

—Los regulares han avanzado desde Silencio, han tomado por sorpresa la vaguada y pelean al otro lado del puente. Parece que han matado al capitán Méndez.

—Eso significa que...

—Que intentan coparnos —dice Magro, que ahora mismo es el cargo más alto en esta trinchera.

Llegan corriendo otros combatientes y nos dan nuevos detalles que confirman la noticia, mientras el cañón y sus fusiles nos siguen presionando por delante.

—Si toman el puente no podremos retroceder por ahí. Nos dejarían aquí encerrados, con los facciosos enfrente y el Lebrón a nuestras espaldas —dice Tena.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta Marta—. Aquí no podremos resistir mucho tiempo. Nos tendrán entre dos fuegos.

Magro observa con los prismáticos la zona del puente y decide con precipitación:

—Hay que retroceder.

Comienza a dar órdenes, pero la confusión, las prisas y su falta de experiencia le hacen improvisar y contradecirse. Sin ceder al impulso de salir corriendo, vamos abandonando en orden nuestras posiciones y cargando con todo el armamento, dejando aquí solo los casquillos vacíos que parpadean en el suelo.

—¡Deprisa, atrás! —grita Magro a nuestras espaldas, porque los facciosos comienzan a avanzar al descubrir que retrocedemos.

Corremos loma abajo, hacia el río, en desbandada, buscando protección tras las encinas hasta que llegamos a la orilla. Medio kilómetro corriente abajo se ven los cinco ojos del puente y las figuras que corren por encima, en una confusión que impide saber dónde están nuestras posiciones, si es que todavía se mantienen.

—¡Al río! ¡Hay que cruzar el río!

Pero muchos de los nuestros no saben nadar y preguntan angustiados cómo hacerlo, por dónde, quién sabe de algún vado, si abandonar o no las armas y las mochilas. Magro y Viriato conocen el terreno y señalan corriente arriba, donde el cauce se ensancha, pero muchos temen alejarse del entorno conocido del puente y solo Marta, Tena y yo los seguimos sin dudar y sin mirar atrás, oyendo disparos que no sabemos de dónde proceden, desorganizados y hundidos en el caos ocasionado por el pánico. Caminamos deprisa por la orilla observando la corriente crecida con las lluvias y el aporte de las primeras nieves, el agua oscura y mansa que no deja ver la profundidad. Detrás de nosotros, los más impacientes ya lo están cruzando a nado, algunos intentando mantener en alto los fusiles para que no se mojen. Los disparos suenan cada vez más cerca y apenas resistimos el impulso de lanzarnos al río.

Busco a Marta con la mirada. Sigue aquí, con nosotros, con el grupo que conoce, pero faltan João y Gema, que han desaparecido en algún momento de la huida, tal vez hayan logrado cruzar de otro modo. Los más hábiles y rápidos ya han alcanzado la otra orilla, vacían de agua sus calzados y corren ladera

arriba sin esperar a nadie, definitivamente entregados al miedo que también nos empuja a nosotros, pero otros se hunden y manotean con desesperación en la corriente.

Magro y Viriato dejan atrás un tramo del río donde la profundidad se oculta bajo una aparente mansedumbre y entran en el agua, con los fusiles por encima de la cabeza, por un punto donde la corriente es más rápida.

—¿Vamos? —le pregunto a Marta.

—Vamos.

—¿Sabes nadar?

—Sí.

—Yo voy detrás.

El agua fría nos estremece, nos corta las ingles y avanzamos deprisa, notando cómo los pies se apoyan en piedras o se hunden en el fango, pero sin necesidad de nadar. Mantengo el fusil por encima de la mochila, pero Marta se desequilibra y tiene que soltar el suyo para no hundirse. Cuando estamos llegando a la orilla oímos detrás los disparos de los regulares, que se están acercando. Salimos del agua, tiritando y helados, y corremos a buscar refugio tras unas rocas, pero enseguida nos lanzamos ladera arriba, camuflándonos entre las retamas y las encinas, que ahora nos parecen más pequeñas, como si también ellas se hubieran acurrucado para protegerse de las balas. En la huida nos hemos quedado solos, separados de los demás.

—¡Mira!

Marta señala hacia atrás al llegar a lo alto del cerro, lejos del alcance de los disparos. En la otra orilla del río distinguimos las figuras blancas de los marroquíes, que no se atreven a cruzarlo con sus chilabas para continuar la persecución. Más abajo, a dos kilómetros queda ya el Puente del Jinete y, tras él, se inclina el sol entre el humo residual de la pólvora quemada. Los facciosos, con su ataque simultáneo sobre ambas cabezas, han logrado barrer definitivamente nuestras defensas.

—¡Mira! —Marta señala ahora el puente que cruzan un coche y un camión.

—¡Tenemos que llegar a Breda antes que ellos! —le digo—. Pero debemos alejarnos de la carretera.

Escurrimos nuestras ropas y nos secamos como podemos. Marta tiene todavía el pelo mojado, pero el baño frío ha reanimado su piel y ha puesto color en sus mejillas. Tenemos una mochila, nada de comida, unas pocas municiones que no sé si servirán y un fusil. Breda queda a quince kilómetros por la carretera, pero debemos dar un rodeo para llegar allí contorneando la margen derecha del Lebrón por las Huertas de la Abundancia. Sin demorarnos más comenzamos a caminar con cautela, asustados, mirando hacia todos los lados, porque ellos saben que muchos de nosotros hemos logrado cruzar el río y es probable que hayan enviado patrullas a peinar la zona. No tenemos un conocimiento preciso del terreno y echamos de menos a Magro, a Viriato o a algún compañero de la comarca que nos guíe por el camino más rápido y seguro.

Sin esperar a que caiga la noche ganamos terreno avanzando a tirones, siempre con el mismo procedimiento: buscamos un lugar desde donde observar si un tramo está despejado de peligro y asegurarnos de que no hay nadie a la vista. Sólo entonces nos lanzamos de prisa hacia el punto elegido, siempre buscando camuflaje, aunque nos arañemos con las ramas de los arbustos o con las uñas de las zarzas. Mientras estamos planeando un nuevo avance vemos a una figura que también camina mirando hacia los lados, tan perdido como nosotros, y reconocemos a Rocha, el más veterano de los voluntarios encuadrados en nuestra sección, que vino a interpretar teatro en las trincheras y cuyas dotes de actor tampoco han sido utilizadas. Lo llamamos y viene a reunirse con nosotros.

—Los militares controlan la carretera en las cercanías del puente y están lanzando a los marroquíes a recorrer los campos. Nosotros éramos tres y nos han dado el alto, pero yo no me he detenido, sé cómo se las gastan. Ya estuve luchando contra ellos en África. He tenido suerte, porque desde lejos he visto cómo los mataban. No quieren prisioneros.

Como si se confirmara su testimonio oímos varios disparos de fusil no muy lejanos, todos muy seguidos, y luego, tras un silencio, una sola detonación aislada y fúnebre.

No nos atrevemos a movernos y nos acurrucamos en una tupida mancha de jaras, un parapeto frágil como un biombo, pero que nos protegerá mientras no nos vean. Allí dejamos pasar un tiempo hasta que de nuevo se asienta el

silencio a nuestro alrededor. Luego otra vez nos ponemos en marcha en dirección a Breda, sintiéndonos un poco más seguros por el simple hecho de ser tres. No tardamos en divisar desde una loma la mancha blanca de Breda iluminada por los últimos rayos de sol de la tarde.

Esperamos un poco y, al borde de la oscuridad, seguimos caminando cuando estamos seguros de que no hay nadie emboscado esperándonos. Después de saltar una pared de piedra Marta exclama:

—¡Nueces!

En efecto, en el pequeño huerto a trasmano encontramos un botín suculento que nos recuerda que estamos hambrientos: un nogal con pocas nueces, pero gordas como huevos de gallina, con las que llenamos nuestros bolsillos. Hay también otros árboles frutales, pero excepto unos membrillos, incomibles al estar crudos, no queda nada en las ramas, como si alguien hubiera pasado por aquí antes que nosotros. Al recolectar la comida parecemos nómadas que hubieran retrocedido miles de años en el tiempo. En otros huertos cercanos distinguimos algunas siluetas de pequeñas casas aisladas, pero decidimos ocultarnos para comer en un sembrado de maíz, cuyas hojas secas, anchas y crujientes, afiladas como espadas, ofrecen un escondite perfecto. Luego, Rocha saca de su mochila unas esquirlas de bacalao seco que resultan un postre exquisito.

—Tenemos que seguir —les digo poniéndome en pie. Ya es completamente de noche.

—¿Hacia dónde? —pregunta Marta.

—Hacia allá —señalo el norte.

Evitamos los caminos y buscamos las lindes de las fincas y de los huertos. Con la oscuridad todos parecen haberse retirado a sus refugios, los nuestros y nuestros enemigos, excepto los guardianes que velan el descanso de sus compañeros. A veces, si aceleramos el paso, Marta se queda atrás, muy cansada.

—No tardaremos en llegar —cojo su mano para ayudarla a cruzar un arroyuelo—. Ya debemos de estar cerca.

Y, en efecto, al terminar de subir una cuesta larga y suave vemos a unos tres kilómetros las luces de Breda flotando en la oscuridad, agrupadas como si también ellas tuvieran miedo de separarse. Nos agachamos entre los olivos,

porque de pronto suenan en torno a la villa un tiroteo nervioso y ladridos de perros.

—Quizá también haya llegado alguna avanzadilla de los facciosos —dice Rocha.

Pero los disparos no se repiten, así que digo:

—O quizá temen que cualquiera que se acerque sea un faccioso y, tal como está la situación, disparen antes de preguntar.

—¿Qué hacemos? —duda Marta.

—Me parece peligroso intentar cruzar de noche —opino—. No conocemos el terreno, no sabemos la contraseña.

—Tienes razón. Será mejor esperar a que nos vean las caras —dice Rocha.

En la oscuridad distinguimos la silueta de una construcción y al acercarnos vemos que se trata de una caseta agrícola. Abrimos el cerrojo y Rocha ilumina el interior con el mechero: pasto almacenado y unos sacos de arpillera vacíos.

—Dormid un poco si queréis. Yo hago el primer turno de guardia —se ofrece.

Sale fuera y se sienta un poco alejado a mirar las luces de Breda.

—¿Aquí estaremos seguros? —pregunta Marta.

—Sí.

—No cierres la puerta.

Nos tumbamos en el suelo mullido por el pasto, en el rectángulo que ilumina la luna, agotados por el esfuerzo físico y la tensión, y le ofrezco mi mochila como almohada, pero ella apoya la cabeza en mi hombro. Está tiritando, le duele un oído y se queja:

—¡Qué frío hace!

—Espera.

Aunque nuestras ropas siguen húmedas, los sacos de arpillera con que nos cubrimos nos ayudan a conservar el calor.

Marta se acurruca entre mis brazos y noto la caricia de su pelo en mi mejilla, su respiración acelerada y un temblor que se va calmando poco a poco. Incluso cerrados, el trazo de sus ojos sigue siendo inmenso. Sin abrirlos, murmura:

—¿Tú crees que podremos resistir?

—Sí —respondo sin ningún derrotismo.

—Algo debemos de haber hecho mal.

—Tenemos buenos soldados, pero quizá no tenemos buenos generales —
pienso en el abandono en que nos han dejado desde Madrid.

Nos quedamos en silencio, compartiendo el creciente calor de nuestros cuerpos, viendo por la puerta abierta la luz de la luna y la punta roja de la brasa del cigarrillo que Rocha esconde en el hueco de la mano. Se oyen algunos ruidos, pero no son de enemigos, sino de animales que, como los hombres, vagan en la oscuridad en busca de comida, de apareo o de vigilancia de su territorio. Poco a poco la respiración de Marta se va serenando y, a pesar del frío y del miedo, se queda dormida, lo noto en el peso con que abandona su cabeza en mi hombro. Sin pizca de sueño, excitado, no puedo olvidar lo cerca que están sus labios de mi boca. El día no ha sido ni apacible ni hermoso ni radiante, pero estos momentos alivian su terrible discurrir. Ahora mismo soy el único soldado feliz de las tropas republicanas de Breda.

No sé cuándo me he quedado dormido, pero todavía es de noche cuando Rocha me despierta con suavidad. Marta sigue en la misma postura. En ese aspecto, dormir con ella es como dormir solo: su respiración casi imperceptible, su inmovilidad, su sosiego son tan profundos que podrían hacer pensar que no está, que se ha marchado, pero sigue aquí conmigo, apoyada en mi hombro. Me separo de ella muy despacio y salgo a sustituir a Rocha, que se tumba a descansar en un rincón. Todo sigue en silencio y las luces eléctricas de Breda brillan ahí cerca.

La aurora parece nacer de la garganta de unos pájaros madrugadores, de canto ferviente y espasmódico, y solo entonces los despierto y espero unos minutos a que recuperen el tono de los músculos entumecidos por el frío. Luego comenzamos a caminar como el día anterior, tras haber comprobado la seguridad del tramo que vamos a recorrer. Con todo, nuestra vuelta a Breda resulta más fácil de lo que creíamos. Los facciosos rondarán cerca, pero no han podido organizar su acoso. Los nuestros nos reconocen en cuanto nos acercamos, porque están prevenidos, esperando a quienes venimos huyendo del desastre del Montón de Trigo.

Hace unos días por fin dio señales de vida la Columna Fantasma con un enérgico ataque que obligó a los militares de Franco a desplazar efectivos hacia el sur para contenerlo. Su ofensiva ha llegado tarde para nosotros, pero al menos nos ha servido para aliviar la presión que amenazaba sobre Breda. Después de sus razias por las vegas del Lebrón, pero sin efectivos suficientes para controlar el territorio, los sublevados han decidido asentar sus posiciones y fortalecerse en el Puente del Jinete, cuyos dos extremos controlan ahora, a la espera de inyectar desde allí las tropas y el armamento necesario para aplastar definitivamente la resistencia en Breda y su comarca.

Aunque también llega con retraso, la ofensiva ha coincidido con otra buena nueva. Desde Madrid tal vez den las órdenes adecuadas para el desarrollo de la guerra, pero las ejecutan tarde y sin aportar los recursos necesarios, porque un nuevo convoy de mulas cargadas con armamento, guiado por gente de la comarca, ha logrado traernos en una operación audaz y arriesgada las municiones que tanto necesitamos y que nos hacen sentirnos más seguros.

Tena, fiel a las consignas comunistas de luchar en las trincheras y al mismo tiempo elevar la moral de las tropas, nos transmite dos noticias favorables que ha logrado captar:

—Se confirma que a Yagüe lo han retirado del frente desde finales de septiembre.

—¿Por qué?

—Se ha puesto enfermo y Franco lo ha mandado a casa a recuperarse.

—¿Qué le pasa?

—Se le han podrido los pulmones de todo el humo de pólvora que tragó mientras mataba gente en la plaza de toros de Badajoz —dice Mangas, que se recupera de la herida de bala en el hombro.

—¿Y la otra buena noticia?

—Ya no suena el cañón. O se lo han llevado a otras posiciones, o lo han reventado de tanto usarlo, o se han quedado sin proyectiles. Llevan tres días sin soltar un bombazo.

Así que las posiciones se han estabilizado. Seguimos encerrados en la comarca, con las espaldas apoyadas en las cumbres del Volcán y del Yunque. Por el flanco oeste aún somos dueños de unas serranías sin demasiado interés

económico ni estratégico, cuyos habitantes parecen esperar con cierta indiferencia la resolución de un conflicto que perturba sus hábitos de vida y restringe sus movimientos; por el este nos defiende el cauce del Lebrón, que baja desde Gredos, antes de que el río decida cambiar de dirección y, con una gran curva de ballesta, se incline hacia poniente tras dejar atrás el Puente del Jinete, ahora ya en manos de los facciosos, convencidos de que en ese punto está la llave para conquistar toda la comarca. En el centro se levanta Breda, la vieja villa desde donde trepan hacia el norte las faldas de las sierras y los bosques de El Paternóster, mientras a sus pies se desenrollan las hondas dehesas y las fértiles vegas del río hasta llegar a la verde cenefa de las Huertas de la Abundancia. En estas zonas bajas están nuestros mejores prados, nuestros graneros y nuestros huertos, y de ahí nos abastecemos de leche y de cereales. La dieta se complementa con los frutos del bosque que nos ofrece la sierra: no solo los regalos del otoño que no exigen abonos ni cultivos, también la carne de la caza con que Viriato surte los fogones del Mausoleo en cuanto notamos su carencia.

Ahora que ellos han recuperado lo perdido y con la inercia de su avance han ganado enclaves importantes, se diría que ya no tienen prisa. Una vez reducido y neutralizado nuestro territorio, parece que de nuevo se limitan a esperar su final, como el médico que aísla y venda un absceso para impedir su desarrollo y espera a que el paso de los días lo vaya secando sin necesidad de utilizar el bisturí. Saben que desde aquí ya no podremos hacerles ningún daño, que pasó en vano nuestra oportunidad para desequilibrar sus posiciones.

Definitivamente, con un gesto de desdén, Franco nos ha dejado a un lado para intensificar su ataque sobre Madrid, después de haberse detenido para atender con éxito la desesperada petición de auxilio lanzada por el coronel Moscardó desde el peñasal del Alcázar de Toledo. Para atacar la capital defendida por un gobierno republicano que no puede permitirse más fracasos, necesita empeñar todos sus recursos, por lo que ha dejado frente a nosotros las fuerzas imprescindibles para inmovilizarnos, convencido de que, una vez resueltas sus prioridades, volverá a caer sobre Breda, como el cirujano que al cabo de los días vuelve al absceso que acotó para eliminar definitivamente sus últimas secreciones y adherencias.

La situación, pues, nos tranquiliza, por más que el comandante Guedea y el teniente Noguerol intenten mantener la tensión del combate. Hoy nos han enviado, bajo una lluvia fría y pertinaz, a cavar trincheras en torno a Breda para fortificar el cinturón defensivo con mayores garantías. Con la experiencia del Montón de Trigo, trazan en zigzag líneas de cal, calculan ángulos y cotas para no dejar puntos muertos. Comenzamos a trabajar en silencio, al ritmo de los golpes de los picos, de los siseos y chapoteos de las palas al cortar la tierra y amontonarla delante.

—¡Más hondo! —nos exige el teniente.

—No me gusta nada todo esto —protesta Mangas cuando se aleja Noguerol.

—Ya sabía yo que no ibas a aguantar ni una hora doblando la espalda sin que comenzaras a maldecir —dice Tena.

—No es por el trabajo.

—¿Ah, no? Entonces por qué.

—Si nos hacen cavar trincheras es porque piensan que vamos a estar aquí mucho tiempo.

—¿Y qué?

—Que eso significa que no hay intención de atacar, solo de defendernos. Y si no atacamos, dime tú cómo vamos a ganar esta puta guerra.

—De momento estamos obligados a defendernos. Y cuanto más nos fortalezcamos...

—¡Y una mierda! —lo interrumpe Mangas con una hostilidad extraña en él. Desde que lo hirieron está deprimido—. Ya no estamos en la Edad Media, cuando ganaba quien mejor sabía protegerse, porque un castillo en lo alto de una roca podía ser defendido por muy pocos hombres frente a una legión de atacantes. Hoy, con las armas que tenemos..., ¡no!, mejor dicho, con las armas que tienen ellos, unos pocos hombres pueden destrozar un castillo protegido por muchos defensores. ¡Y si no estás de acuerdo piensa en ese cañón de los facciosos que nos viene corriendo a bombazos desde Éufrates!

—Si eres tan listo —se enfada Tena—, corre a contarle todo eso al comandante y dile a él cómo tenemos que luchar. Mientras tanto, yo sí seguiré cavando. ¡No pasarán! —exclama mientras hunde con furia el pico en la tierra,

repetiendo la frase que por las noches oímos en la radio a Pasionaria y que se ha hecho muy popular.

—¡No pasarán, no pasarán! ¿Ese es el mejor lema que habéis sabido inventar los comunistas?

—¿Qué tiene de malo?

—¡Que es la peor consigna posible! No sé por qué estáis tan orgullosos de ella. Decir ¡No pasarán! en una guerra es comenzar a perderla. Es como decirle al enemigo que tú no piensas atacar, que te vas a quedar esperando a que él te ataque.

—Por ahora es lo mejor que podemos hacer. Ya llegará nuestro momento.

—¿Cuándo? ¿Cuando todos estemos muertos?

—Cuando empiecen a ayudarnos los países europeos enemigos de Hitler y de Mussolini, tal como ellos están ayudando a Franco. Cuando lleguen de una vez los camaradas extranjeros del Partido que ya...

—¡El Partido! ¡El Partido! —lo interrumpió—. ¡Creéis más en el Partido que en vosotros mismos! No me hables tanto del Partido. Soy capaz de comprenderte a ti, Juan Tena, sin necesidad de que mientes todo el día al Partido... Ya lo sé, ya lo sé —continuó sin dejarlo replicar—. Ya sé que los comunistas, si estáis en una trinchera y ataca un faccioso, no disparáis contra él si antes no lo ha ordenado el Partido, si antes no os habéis organizado en un sindicato de soldados y si antes no habéis comprobado que vuestro fusil es de fabricación soviética. Pero al menos dejadnos a los otros que disparemos antes de que se nos echen encima y...

—¡Vale, vale, vale! ¡Cállate ya! Ya llegará nuestro momento en esta lucha. Mientras tanto, resistir es vencer —insiste con otro de sus lemas, sin la afectuosa espontaneidad de sus anteriores discusiones. Todos estamos demasiado tensos.

—¡Claro que no! Resistir es... —Mangas deja de cavar y busca una palabra que explique lo que intuye, hasta que de pronto exclama—: ¡Resistir es dolor!

Todos, también Tena, nos callamos y solo se vuelve a oír la percusión de los picos y el áspero deslizarse de las palas. Tal vez tenga razón Mangas. Los miro y por un momento me parece que, en lugar de una trinchera, estamos cavando una tumba.

Marta está enferma, padece una otitis que le provoca fiebre y un intenso dolor en el oído izquierdo. La enfermería ha sido habilitada en los bajos del ayuntamiento. Veo al médico de Breda cuando abandona la sala de las pacientes ingresadas y le pregunto por ella.

—Si la infección no remite en dos días —me explica al ver mi gesto de preocupación—, puede tener consecuencias graves.

—¿Qué consecuencias?

—Sordera.

—¿Por una otitis?

—Es algo más que una otitis. Padece una mastoiditis, que afecta a todo el oído de un modo más grave.

—¿Y cómo...?

—¿Cómo surge? Por frío, por un golpe, por una otitis mal curada...

La extraña palabra de pronto me asusta más que la guerra que nos amenaza alrededor. Ahora recuerdo que uno de los hijos del rey Alfonso la ha padecido, y si él, con los mejores medios a su alcance, no pudo librarse de sus devastadores efectos, no será fácil que Marta pueda eludirlos. También el médico parece recordar la imagen del infante sordomudo comunicándose con gestos de mímica con sus padres, los reyes, con ese frenesí expresivo de los sordos, poco antes de embarcar camino del exilio italiano.

—Si la infección no remite en cuarenta y ocho horas, habrá que drenar el oído.

—¿Y podría hacerlo aquí?

—En caso necesario, sí, pero sería preferible intervenir en un hospital con más medios —alza los hombros con resignación, porque resulta imposible salir de aquí con alguien enfermo.

Vuelvo a la habitación de las enfermas. Marta está recostada sobre su derecha, porque el dolor en el oído izquierdo le impide apoyarse de ese lado. Lleva el pelo recogido en una cinta que deja libre su oreja, cuyo pabellón está enrojecido e hinchado, muy despegado de la cabeza. Al oírme llegar abre los ojos, demasiado brillantes, y se intensifica su expresión de sufrimiento, pero extiende la mano hacia mí. Los dedos le arden, la fiebre ha llegado hasta ellos.

—Estoy muy fea con esta oreja de soplillo —susurra bromeando.

—No es verdad —le digo en voz baja—. ¿Te duele mucho?

—La cabeza más que el oído.

Intenta sonreír, pero cualquier movimiento muscular que implique el lateral del rostro la molesta, de modo que vuelve a quedarse quieta, mirándome con una expresión de debilidad y desamparo.

—Estoy acostumbrada a los dolores de oído, los he padecido desde niña. Pero este es el peor.

—No hables.

Cierra los ojos, aturdida por la fiebre, y la miro sin saber qué hacer frente a su dolor físico.

Llega una enfermera, le toca la frente y la refresca con un paño húmedo. Luego disuelve en un vaso de agua una cucharada de polvos blancos y la ayuda a beberse.

—Ahora tiene que descansar —me dice.

Me despido de ella con unas palabras de ánimo y regreso al Mausoleo, bajo las campanadas del reloj enloquecido de la torre de la iglesia, cuyo número no cuento. Ahora mismo todo lo que no es Marta me resulta secundario: la guerra y la paz, la revolución y la patria, los ricos y los pobres. Lo único importante es esa muchacha a la que amo y que sufre en un lecho de dolor lleno de puñales y de brasas. Con asombro, como si lo observara desde fuera, veo crecer este sentimiento, que nunca había experimentado con tan abrasadora intensidad.

Cuando llego, me cruzo en la puerta con Viriato, que me dice:

—Te están buscando. El comandante quiere hablar contigo.

—¿El comandante? Me extraña que conozca siquiera mi existencia.

—Que vayas a su oficina.

Regreso hacia el Palacio y me identifico ante el cabo de guardia, que enseguida me conduce hasta el despacho de Guedea, en una amplia habitación de la planta baja, con una ventana que asoma a la fachada parcialmente protegida con sacos terreros. Una mesa, varias sillas, una bandera republicana y, en la pared, un gran mapa topográfico de Breda y su comarca con algunas chinchetas clavadas. Con él está el teniente Noguero, que me ordena:

—Pasa.

—¿Rubén Cobos Pumar? —me pregunta Guedea.

—Sí.

—¿El pintor?

—Sí.

—Queremos que hagas un trabajo especial.

Me dice que han revisado los expedientes de los voluntarios que vinimos de Madrid y está pensando en aprovechar mejor nuestras aptitudes.

—Los que os alistasteis en la sección de Apoyo y Propaganda..., ¿no se puede decir de vosotros que no hayáis peleado con coraje! Pero ahora que el frente está más calmado, quiero que descanses de las trincheras cuando no sea absolutamente necesario y que, en cambio, hagas otra tarea útil para todos tus compañeros. Me han informado sobre ti y aseguran que eres un buen pintor. Han gustado mucho los carteles que hiciste —dice.

Agradezco su elogio sin saber adónde quiere llegar.

—Para mantener la moral, el soldado también necesita que se reconozcan sus méritos con algo más que medallas o palabras. En Madrid y en otros frentes hay poetas que cantan nuestra lucha, fotógrafos que la recogen con sus cámaras e informan al mundo... Aquí, en Breda, ¿no vamos a ser menos! —añade sonriendo como para aligerar la seriedad de sus palabras anteriores, consciente de que sus elaborados discursos van perdiendo eficacia a medida que se ve obligado a repetirlos—. Quiero que te dediques a pintar —concluye precipitadamente.

Lo escucho con asombro, me cuesta creer lo que me propone, porque no es necesaria una gran experiencia militar para saber que en el ejército la concesión de beneficios o privilegios es directamente proporcional al grado del escalafón. Y yo ocupo el último peldaño.

—Muchas gracias —acierto a decir, aunque en realidad no sé si es una orden o un regalo—. Sería estupendo, pero aquí apenas dispongo de...

—¿Materiales? —me interrumpe—. Trajimos algo hace unos días, con el segundo convoy. Pinturas, pinceles, disolventes... Están guardados ahí detrás —señala hacia el interior del Palacio—. Espero que encuentres todo lo necesario.

—¿Y los lienzos?

—No, no pintarás en lienzos. Pintarás un mural, como están haciendo en otros sitios... En México, en Estados Unidos, en Rusia. Es la mejor forma de que lo vea mucha gente.

—¿En qué paredes?

—En las del Mausoleo.

Al ver mi gesto de sorpresa, continúa explicando:

—¡Ahí tienes tu lienzo! El edificio es de reciente construcción y las paredes están vacías y en buen estado. Quiero que lo llenes con lo que has visto en estos meses de guerra, con los rostros, con las expresiones de tus compañeros, las de los vivos y las de los muertos, con los disparos, con las trincheras... Pero no quiero que olvides al pueblo que está en la retaguardia, a los trabajadores que alimentan a los soldados, a las enfermeras que los cuidan... ¡Pinta todo lo que creas conveniente! Solo te exijo una condición: que reflejes este tiempo de guerra y de conflictos. Todo lo demás, la forma o la técnica que elijas, será decisión tuya. Te dejaremos trabajar en paz, tendrás una libertad absoluta para organizar las escenas, los modelos, el estilo... Sé que los artistas sois muy celosos de vuestra independencia.

Desconcertado por el maravilloso regalo que me está ofreciendo, surge un problema que no sé cómo mencionar, pero Guedea se anticipa:

—No te preocupes tampoco por el dueño del Mausoleo. Le hemos pedido que nos deje pintar las paredes.

—¿Y ha aceptado?

—Se negó en un principio, pero aceptó con la condición de que fueras tú quien lo pintara. Dice que conoce y aprecia algunos de tus cuadros.

—Fue una casualidad. Compró dos lienzos míos en una exposición en Madrid.

—Mejor así. Él tampoco te molestará.

—¿Cuánto tiempo tendré?

—¿Tiempo? Todo el que sigamos aquí, y espero que sea mucho, aunque, por desgracia, eso no puedo asegurártelo. Trabaja sin prisas, pero sin demorarte.

—Necesitaré un ayudante —le digo, porque ya he aceptado su propuesta. La tarea primordial de un pintor es pintar y no puedo rechazar una oferta semejante. Cómo podría negarme si ese es el sueño de todos nosotros: que nos entreguen no un papel, ni un lienzo, ni una tabla, sino un muro de piedra protegido del sol, del viento y de la lluvia, que durará más de lo que duren los pigmentos ¿Qué mejor soporte podría pedir?

—Cuenta con él. Elígelo tú mismo entre tus compañeros. Cuando lo hayas decidido, díselo al teniente —señala a Noguero.

—De acuerdo.

—Si tienes alguna otra necesidad o si surge algún problema, intentaremos solucionarlo.

—Muchas gracias de nuevo.

Voy a marcharme, pero Guedea todavía añade:

—Queremos que la obra que pintes se convierta en un motivo más por el que merezca la pena defender este lugar.

—Lo intentaré.

Regreso de prisa hacia el Mausoleo. No hay nadie dentro y todo duerme en ese doble silencio de los lugares muy concurridos cuando quedan vacíos. Los ocupantes están en el frente, o cavando trincheras, o en la villa. Subo a la estrecha pasarela que recorre la circunferencia por encima de las hornacinas y, como el primer día que entré aquí, siento que no hay mejor lienzo que esta pared blanca y circular, sin principio ni fin, para llenarla con todo lo que en estas semanas he visto o he imaginado. Aquí no hay caballete, ni bastidor, ni marco para aprisionar o sostener en pie las figuras y para que no se desmoronen pared abajo por debilidad o por falta de talento. Aunque el interior no es demasiado luminoso, la luz que llega es blanca, sin reflejos, y las ocho ventanas del lucernario garantizan su flujo regular durante todas las horas del día. Apoyo las dos manos en el muro y cierro los ojos buscando la vibración de la tierra, el íntimo contacto con la piedra de los primitivos que, muy cerca de aquí, dibujaron las figuras rupestres y los dos soles de El Paternóster. Su textura es uniforme, rigurosamente maestreada, y no se aprecia ninguna humedad. El granito de fuera lo protege con una coraza impenetrable para la lluvia e impide los cambios bruscos de temperatura. La capa de yeso es sólida y profunda, fue adherida a la piedra siendo masa viva y en ella quedarán bien fijados los pigmentos.

Sé que estoy ante la oportunidad que tantas veces he soñado. Aquí seré como un antiguo pintor de corte amparado por un mecenas que me facilitará todos los medios: el escenario, los modelos, los recursos accesorios —casa, comida, materiales— que regalan tiempo y tanto facilitan el trabajo y un soporte más sólido que las telas o las tablas, que no arderá como ellas, como

ardió la *Maternidad* por decisión del comprador caprichoso y neurótico que, paradójicamente, hizo construir estos mismos muros en los que ahora me permite pintar, como si pagara una deuda. Si con tantos privilegios no logro una obra perdurable, el fracaso solo podrá ser achacado a mi falta de talento y de carácter, a mi carencia de unos buenos músculos capaces de soportar la fatiga y a mi incapacidad para hacer de la pintura carne de mi carne, como hicieron los antiguos maestros. No puedo dejar pasar esta ocasión. No quiero ser como mi viejo profesor, que, con diferentes excusas, fue postergando su autorretrato para morir al fin sin haber dejado más que un cuadro inconcluso, eternamente corregido, en el que era imposible reconocer sus rasgos. En esta pared haré una obra diferente de todo lo que he hecho hasta ahora, aunque todavía no sepa cómo: aunque Guedea me ha pedido que dé testimonio de la guerra, yo no soy un pintor de batallas. Como los artistas de corte, reflejaré la guerra en algunas escenas para poder dibujar luego otras escenas de paz. Mi mayor fracaso sería pintar este solemne muro circular como si estuviera dibujando carteles con figuras de proletarios de brazos fuertes y mandíbulas cuadradas, con la estética de la metalurgia, entregados a la lucha o a labores fabriles, con un fusil o un martillo en las manos mientras en sus rostros brilla la decisión de servir a la causa justa. Me aplaudirían por eso y tal vez el comandante me concedería una recompensa que ni busco ni he pedido ni deseo. Pero no es eso a lo que aspiro. No aprecio la pintura que se basa en valores extrapictóricos, ni la literatura que presume de valores extraliterarios, ni la música que exhibe valores extramusicales, del mismo modo que no amo a Marta por su forma de vestir, ni por su profesión, ni por sus ideas políticas, sino por ser como es. Por lo mismo, tampoco será una pintura impresionista con escenas de apacibles meriendas sobre la hierba, a la sombra de los sauces, con variaciones del color y de la luz. Excepto con Van Gogh, me resulta muy difícil recordar los rostros de los personajes de los cuadros impresionistas, y en cambio recuerdo con nitidez los rostros de Velázquez, de Rembrandt, de Goya. Los pintores impresionistas son como las amantes fugaces que se han tenido, de quienes se recuerda con intensidad las emociones que provocaron, pero no el rostro. Y aquí, en este mural, pintaré personajes con rostro. No quiero que la expresión de Marta quede difuminada por los reflejos de la luz. No, no quiero que mi pintura se limite a predicar

ideología, ni a reflejar la realidad como un notario, ni a rellenar un muro con colores idílicos que intenten ocultar el *horror vacui*. No quiero ser un predicador, ni un fotógrafo, ni un millonario. Solo quiero ser un pintor. Un pintor. Pintaré lo que veo ahí fuera y dejaré huecos para reflejar mis estados de ánimo. Solo puedo despertar emociones ajenas si expreso de manera convincente mis propias emociones.

A los penachos de humo que se elevaban de las hogueras de los vivaques en los dos extremos del Puente del Jinete, a los cambios de guardia tras dar la contraseña, al ruido de motores de los vehículos que recorrían los puestos de vigilancia para llevar suministros o municiones, a algunas refriegas breves y poco sustantivas con que los mandos mantenían la tensión de la tropa, pero que no modificaban las líneas del frente ni la capacidad bélica del enemigo..., a poco más había quedado reducida la guerra en el frente de Breda a finales de noviembre del treinta y seis, un mes después de la frustrada ofensiva republicana que, a la postre, apenas había servido como maniobra de distracción para que la columna de los africanistas que se dirigía hacia Madrid volviera la mirada hacia atrás durante unos días con un gesto de desdén, sin apenas detener su marcha, solo dedicándole las fuerzas imprescindibles para rechazar su ataque y mantener las líneas sin apenas variaciones. Desde finales de octubre Franco por fin había lanzado sus mejores tropas contra la capital, decidido a no distraer en la conquista de aquella comarca unas energías muy necesarias en otros puntos más prestigiosos, convencido de que el frío del invierno y la carencia de medicinas y municiones irían madurando la resistencia de los combatientes y minando su moral, sin duda ya maltrecha por el fracaso de sus objetivos, hasta que con la llegada de la primavera aquella verruga roja en la piel azul del territorio militar se pudriera por su propia debilidad. La comarca quedaba aislada de cualquier otro frente, sin ninguna importancia estratégica ya, y los propios republicanos, quemadas sus cartas en un farol sin fruto, parecían haber renunciado a ella, una vez más condenada al olvido. Sin embargo, el ya proclamado Generalísimo del ejército sublevado tendría que reconocer que los informes sobre aquellos días de lucha en lugares de los que nunca habría oído hablar —Puente del Jinete, Montón de Trigo, Silencio, Éufrates, Matapán

— demostraban que aquella tropa mixta de soldados y milicianos mantenía una férrea capacidad de resistencia, a la que sin duda no era ajena la dirección de su comandante, Fermín Guedea, un tipo algo intelectualoide, pero buen estratega, a quien había tenido bajo su mando en una breve etapa en el Rif. Y sospechaba que aquellos pocos centenares de combatientes allí encerrados no se entregarían, puesto que sin duda ya conocerían la suerte corrida por sus iguales en situaciones semejantes. De momento era necesario negarles la posibilidad de ser heroicos y de atraer hacia ellos la admiración de una defensa numantina. Unas semanas antes había comprobado en Toledo, con la actuación de Moscardó, cuánto seducían a la opinión pública —y a los manuales de Historia— las gestas de asedio y defensa desesperada. Y ya bastante trabajo tenía su oficina de propaganda para contrarrestar las informaciones filtradas por los corresponsales de la prensa internacional sobre las atrocidades cometidas en la plaza de toros pacense o sobre los crímenes en un cerro de olivos de Granada.

Mientras contemplaba el vivaque donde confraternizaban soldados y falangistas, Ugarte pensó que, en efecto, aquella se estaba convirtiendo en una época fecunda en asesinos. Según los datos que llegaban de una y otra zona, por cada combatiente muerto en la batalla moría un civil víctima de la represión. Por cada trinchera cavada se cavaba una fosa común.

Sin embargo, no sentía compasión por las víctimas. Su muerte era un paso necesario para restituir a España la grandeza que había ido perdiendo desde que se instauró aquel sistema parlamentario que burlaba las leyes sagradas de la patria, desde que cayó en manos de políticos corruptos, inútiles y charlatanes que empinaban los labios y trompeteaban al hablar, que se interrumpían a sí mismos con digresiones innecesarias tras las cuales no recordaban ya lo que estaban diciendo. No, no tendría compasión. En ellos vengarían el asesinato de José Antonio en la cárcel de Alicante.

Sus muchachos se habían puesto a cantar de pronto, alegres y confiados, con el brazo extendido y la mano abierta al frente y el mentón alzado, tal como él les había indicado, desdeñando la palabra barbilla que resultaba tan poco marcial, tan poco apropiada para describir la rotundidad de los mentones falangistas. Sonrió al ver la fe con que cantaban y una vez más no tuvo ninguna duda de que ganarían la guerra. Contra su valor y su disciplina nada podría el

confuso e improvisado ejército republicano. A pesar de la resistencia en Breda, mayor de la esperada, en su experiencia había comprobado que para derrotar a los milicianos bastaba con ser constantes y tener paciencia. Se portaban bien con las primeras veinte balas que disparaban, pero si con esas veinte balas no conseguían resultados palpables, con frecuencia terminaban por abandonar los fusiles y salir corriendo. No, no les temía a los milicianos... ni a aquellas brigadas internacionales de las que comenzaban a hablar.

Al otro lado del frente, los sitiados no tenían grandes dificultades para mantener su situación. El segundo convoy había logrado traer suministros y municiones y aunque escaseaba el tabaco y comenzaba a racionarse el café, en cuanto a los alimentos, las Huertas de la Abundancia seguían en su poder y en El Paternóster bramaban ciervos suficientes y hozaban abundantes jabalíes para impedir una carencia de proteínas.

Dada la situación de tregua, sin las urgencias de la acción, el anónimo miliciano que hace guardia y observa a lo lejos las fogatas enemigas tiene tiempo de sobra para pensar en la guerra. En la noche, mientras fuma un cigarrillo con la brasa oculta en el hueco de la mano, se pregunta por su enemigo: ¿También cree que la razón y la justicia están de su lado, como lo cree él? ¿Qué edad tiene el otro? ¿De qué lugar procede, de dónde ha venido hasta recalar aquí, en esta villa cuyo nombre nunca había oído? ¿Se conocerán acaso, habrán cruzado unas palabras en alguna fiesta, en una oficina, en una taberna? ¿Estará ahora pensando en su enemigo, como lo está él mientras da una última calada a la colilla que, de tan corta, le quema los labios? ¿También se estremece de remordimiento cuando ve caer a un adversario atravesado por la bala que acaba de disparar?

En las últimas semanas Jerónimo de las Hoces se despertaba muy temprano, incluso cuando se había acostado tarde. También ahora llevaba varias horas despierto, aunque sin fuerzas para levantarse de la cama. Desde que merodeaban por el cielo los aviones alemanes, el comandante Guedea había prohibido encender por las noches las luces eléctricas, como si los aviones volaran en la oscuridad y fueran a desperdiciar las bombas de Hitler o

de Mussolini en aquella comarca a trasmano de cualquier ruta y por donde no se iba a ningún sitio. Y aunque en alguna ocasión, incapaz de permanecer en la cama, había cerrado las ventanas y corrido las cortinas para leer a la luz de las bombillas o para contemplar su colección de cuadros, que tanto sosiego le procuraban, no quería tener problemas si alguno de los militares republicanos que habían ocupado la planta baja del Palacio descubría un resquicio de claridad que pudiera ser malinterpretado. Tal como se habían ido encrespando los ánimos, cualquier pequeña desobediencia podía servir de excusa para provocar una tragedia. Hasta Breda habían llegado huidos de otras zonas cuyas familias o amigos habían sido asesinados y el deseo de venganza se advertía claramente en sus miradas, en sus gestos, en sus expresiones. Así que, en los frecuentes insomnios, solía leer a la luz de la lámpara de la mesilla — los ojos, fatigados, le escocían pronto— o bien recorría con una palmatoria en las manos su pinacoteca privada, aunque aquellas condiciones no fueran las adecuadas para apreciar la belleza de sus lienzos.

No aguantó más tiempo acostado, se levantó y se acercó a la ventana, en la que, por fortuna, se conservaban todos los cristales engatillados en los marcos. Todo estaba oscuro aún, pero pronto comenzaría la agitación. Desde sus dependencias había aprendido a adivinar lo que ocurría en la planta baja. Aguzaba el oído y se tranquilizaba si abajo sonaban los ruidos habituales: los pasos no siempre marciales de los soldados, las llamadas con los nudillos solicitando permiso para entrar, la lluvia del tecleo de una máquina de escribir.

Reconoció el ruido de la puerta del cuarto de su vieja asistenta, lo que significaba que en pocos minutos estaría preparado el desayuno. Mientras tanto, siguió esperando en pie, envuelto en el albornoz, contemplando a través de la ventana el oscuro cielo de Breda donde aún brillaban las constelaciones. Sabía que en algún momento se produciría la ofensiva de los militares y entonces correría el riesgo de que todo aquello que había levantado el primer Jerónimo de las Hoces en el siglo XVII, al volver de Flandes, aquel edificio que había servido, sucesivamente, de castillo, fortaleza, atalaya, palacio y museo fuera derribado por la furia estúpida y ciega de la guerra para cumplir con su última función de campo de ruinas. Al instalar su cuartel general en el Palacio, los republicanos lo habían convertido en objetivo preferente donde

concentrar el fuego enemigo. Y también el Mausoleo corría peligro, puesto que allí se albergaba una parte de la tropa, incluso ahora que el pintor estaba decorando sus paredes.

Sentía una enorme curiosidad por ver lo que estaba dibujando, pero hasta dos horas más tarde no iría a averiguarlo. Esperaba no salir decepcionado. Por experiencia sabía que en el arte con frecuencia se peca de optimismo y que no son extrañas las decepciones ante una obra de creación que ha generado grandes expectativas. No dudaba del talento de Rubén —las dos naturalezas muertas que le había comprado en Madrid y la *Maternidad* que había ordenado destruir porque reflejaba de un modo insólito la imagen de Adriana y de su hijo enfermo lo demostraban—, pero sí desconfiaba de la temática que le podían haber impuesto. Y ni el Mausoleo era el escenario adecuado para representar imágenes de guerra ni Adriana desearía contemplar un paisaje bélico desde su lecho eterno.

—Todavía un poco de paciencia, amor mío —susurró mirando el cielo, que ya comenzaba a descubrir por levante una cenefa de luz que ablandaba el perfil de los tejados.

Y con el atisbo del amanecer también despertaban los ruidos. En la parte de atrás alguien abría el portón de la cochera y arrancaba un automóvil que apareció poco después ante la fachada, con los faros encendidos. Algunos soldados ya entraban y salían, iban y venían desde el Palacio a Breda o al Mausoleo. Una carreta de ruedas anilladas se acercaba al paso lento del caballo: el lechero con los cántaros de leche para el consumo de la tropa. Con él se cruzó un miliciano, que apuró de una calada una colilla y la arrojó al suelo despreocupadamente antes de soltar un escupitajo.

Si le disgustaba la República no era solo por apego a la tradición familiar, ni porque los republicanos reclamaran una imposible igualdad entre las clases sociales, sino por su incapacidad para mantener el orden y por su falta de estética. Lo desconcertaba el caos originado en pocos meses, desde las elecciones de febrero, por aquella precipitada mezcolanza de leyes aprobadas por el Frente Popular y por el posterior alzamiento de los militares. Siempre había creído que, a pesar de las dificultades, la sociedad podía organizarse en una convivencia racional —y de hecho lo había conseguido en muchos periodos del pasado— sin necesidad de todo aquel tumulto del

sufragio universal y de aquel carrusel de cambios de gobierno. Los partidos políticos, por cuya causa hombres serenos e íntegros en otros aspectos de su vida discutían a gritos y enviaban a sus jóvenes cachorros a discutir a puñetazos, cuando no a tiros, no conducían a ninguna parte, al menos en España. Durante siglos, la propiedad privada había servido para ordenar de un modo estable y eficaz las riquezas del mundo, la posesión de la tierra y de sus frutos, las viviendas, las obras de arte, al tiempo que responsabilizaba a cada dueño de su conservación, delimitando claramente las pertenencias y la función de cada cual. Si ahora desaparecía por decreto, aumentaría aquel caos sin contornos donde cada cual cogería algo y lo soltaría luego, iría y vendría sin saber adónde ni para qué, dejaría sucio el lugar que abandonaba. Si en su mano estuviera, concedería a los republicanos todas sus reivindicaciones de libertad del individuo —religiosa, civil, sexual...— siempre que renunciaran a un régimen que generaba fealdad y caos. Todo para los republicanos pero sin República. Solo así se evitarían atropellos como la usurpación del Mausoleo de forma tan drástica e injusta, carente de todo derecho. Los había visto escupir y arrojar en el suelo de mármol las colillas encendidas, plantar sin ningún miramiento en las paredes las suelas embarradas de las alpargatas, emborronar a brochazos de pintura negra un óleo de un paisaje solo porque en él se representaba una ermita. Habían convertido el Mausoleo, levantado para cobijar el reposo de una mujer muerta y para tributar un homenaje a su recuerdo, en un dormitorio comunal lleno de olores ecuatoriales, de mochilas amontonadas bajo las literas, en un peligroso arsenal. No, él no podía ser republicano por razones de orden y de estética. La civilización había necesitado varios miles de años para ordenar la tierra en que vivían. Claro que era un orden incompleto, precario y con frecuencia injusto, aún no se había alcanzado una armonía general, pero aun así era preferible a aquella barbarie que lo destruía sin ser capaz de sustituirlo por otro mejor. Ni los revolucionarios con sus incendiarias algaradas, ni los políticos con su incompetencia, ni los militares con sus obsesiones represoras tenían derecho a provocar aquellas avalanchas de cascotes y a mancharlo todo de sangre.

La voz de su hijo llamando al aya atrajo su atención. Había cumplido tres años y ya no lloraba desconsoladamente por las noches, pero seguía despertándose con frecuencia y entonces llamaba al aya o se levantaba para ir

hasta su cama, en el cuarto contiguo, donde ella le daba un vaso de agua o ahuyentaba su pesadilla. Qué sería de ese niño, de salud quebradiza, se preguntó con impotencia. ¿Qué haría con él en el futuro, cómo lo educaría cuando la guerra terminara y hubiera que tomar decisiones?

Se frotó los ojos cansados, como si así pudiera borrar sus pensamientos, porque al enfrentarse a sus asuntos personales no acertaba a actuar y sus dudas le generaban incertidumbre y angustia. Con Adriana al lado habría sabido qué hacer, porque ella siempre elegía la mejor opción. Era quince años más joven que él, pero a pesar de su juventud tenía una sabiduría emocional de mujer adulta. En cambio, no se ocupaba para nada de obligaciones domésticas, delegaba en sus manos o en las de los criados todas las decisiones de intendencia. Pero él había amado incluso esa indiferencia suya por los trabajos terrenales, porque así la picaresca del día a día, los roces de la convivencia no podían contaminar su seguridad de sentirse querida por todos los que la rodeaban, su risueño optimismo, la inocencia que la protegía de las preocupaciones y miserias cotidianas. ¡Ah, sí, cómo deseaba que terminara la guerra para poder sacarla del panteón provisional que ocupaba en el cementerio, en contacto con el dolor ajeno! Hacía un mes que habían enterrado cerca de ella a un numeroso grupo de combatientes republicanos muertos en el Montón de Trigo e imaginaba que hasta sus oídos llegaban los lamentos de los milicianos, los quejidos de dolor por sus heridas y mutilaciones, la desesperación por su soledad, lejos de los suyos.

El estallido de la guerra había impedido el traslado de su cadáver. Solo había logrado colgar en el Mausoleo los primeros cuadros, algún mueble auxiliar y la campana con la hermosa leyenda grabada en su labio, VIVOS ADMONEO, FUNERA PLANGO, con su limpio y tierno tañido inaugural el día en que la instalaron. Le gustaba imaginar que con aquella primera campanada Adriana se había despertado y removido en su tumba, esperando a que por fin él fuera a buscarla, que oía su voz rogándole: «Ya te oigo, amor mío, ya sé que estás ahí. Por favor, no tardes mucho». Desde entonces había sido paciente y en silencio aguardaba el momento de cumplir su palabra.

La claridad había conquistado definitivamente el cielo y se incrementaban los movimientos en la entrada y en la planta baja. Fue a la cocina y, en efecto, el café y la leche del desayuno se mantenían calientes

sobre la cocina de forja y todo estaba dispuesto sobre la mesa: la servilleta de hilo, el pan blanco y el buen aceite que había logrado salvar de las requisas, porque el asedio iba aumentando poco a poco las carencias. Apareció la asistente con la intención de servirle.

—No, déjalo —le ordenó—. Yo me sirvo. Prepárame el baño y ropa de paseo. Voy a salir.

—Enseguida, señor.

—¡Ah, un detalle! No saques ropa demasiado elegante. Que sea algo sencillo, acorde con el ambiente —señaló hacia fuera con un gesto vago.

—Sí, señor.

Terminó el desayuno y, sin levantarse de la mesa, fumó uno de sus cigarrillos de importación. También se estaban acabando y había reducido su consumo. Luego se dirigió al cuarto de baño, pero tuvo que esperar a que la asistente trajera el agua caliente para cerrar la puerta y dedicarse al aseo con su habitual meticulosidad. Posiblemente nadie apreciara su limpieza, tal vez ni la advertirían, pero sin ella nunca lograba sentirse cómodo.

De un vistazo comprobó que la asistente había elegido el atuendo adecuado, extendido sobre la cama: un traje negro y austero, aunque la tela era de tal calidad que no ocultaba la elegancia de su portador. Vestido, se miró al espejo del armario y en ese movimiento el recuerdo de su mujer volvió a estallar con una incontenible persistencia. En su lenta fermentación y descenso hacia el olvido, su memoria seguía generando en los momentos más inesperados burbujas que ascendían hacia la superficie para seguir manteniendo su presencia. En el fondo de aquella luna se había mirado Adriana cientos de veces, al levantarse por las mañanas, al peinarse, al dudar sobre la ropa elegida para una fiesta o una cena, probándose prendas que iba desechando y que amontonaba revueltas sobre la cama para volver al fin a una de las desechadas. La recordó vistiéndose y desnudándose afanosa junto a él, que ya había decidido su traje, una noche en que recibían a invitados. Se probaba vestidos sin llegar a sentirse satisfecha, le parecía que uno ya estaba pasado de moda, que otro le hacía parecer gorda y señorona, que otro tenía el talle demasiado bajo y ya no le sentaba bien. Los invitados no tardarían en llegar y él trató de convencerla de que estaría preciosa con cualquier elección: ni su cara era demasiado ovalada, ni sus pechos demasiado pequeños, ni sus

piernas necesitaban unos centímetros más de longitud ni sus tobillos unos centímetros menos para ser una mujer esbelta. Entre aquel vestirse y desnudarse, abrochar una cremallera en la espalda o un botón en la cintura, habían terminado haciendo el amor mientras los invitados llamaban a la puerta.

Se alejó del espejo como si se alejara de tierra firme en un frágil navío, salió del Palacio y caminó hacia el Mausoleo, donde nadie le impidió la entrada. En la puerta lo recibió un intenso olor a aguarrás y a pintura. Habían reducido el número de literas, que ahora ocupaban el centro, y en un rincón vio una gran mesa con botes y brochas y grandes láminas de papel en las que se distinguían bocetos y dibujos en carboncillo, todo revuelto en ese desorden propio de los estudios de los pintores. Unos andamios sujetos a la barandilla de la pasarela alcanzaban las zonas más altas de la pared. En la sección donde el pintor trabajaba habían tendido una ancha tela para impedir que se viera el resultado, para guardar el secreto, proteger la sorpresa y evitar comentarios hasta que estuviera terminado, pero en aquel momento la habían descorrido.

Rubén estaba encaramado a media altura en el andamio, ajeno a su presencia, pintando con trazos sueltos, rápidos, casi furiosos, una figura femenina previamente silueteada a la que le faltaba en la mano levantada un objeto que, por el gesto, podía ser tanto una flor como un arma o una herramienta. El rostro, todavía un borrón, no permitía adivinarlo. De las Hoces siguió observándolo en silencio y advirtió que le habían bastado unos minutos y unos retazos de pintura para quedar atrapado por lo que veía.

Como todo coleccionista, cuando compraba un cuadro de un pintor joven solía preguntarse si treinta o cincuenta años más tarde, cuando él ya no viviera, sería considerado una obra de arte y si su autor se habría consolidado como un maestro, si el tiempo terminaría confirmando los signos de talento que él descubría en esa pieza de juventud. Aunque hacía solo unos meses que había comprado los dos bodegones en Madrid, al ver ahora aquellas figuras en la pared, algunas solo abocetadas e incompletas, al observar la expresión de los personajes ya terminados, la energía de sus movimientos y, al mismo tiempo, el equilibrio de las escenas, supo que había acertado y que estaba ante

un pintor excepcional. Incluso la gran superficie del Mausoleo, que habría amedrentado a cualquiera, no parecía fuera del alcance de la decisión y fortaleza con que movía el pincel sobre la pared.

Rubén debió de oír algo, porque volvió de pronto la cabeza y el aristócrata vio el chispazo de enfado en sus ojos porque alguien lo espiara mientras trabajaba. Duró solo un segundo, su gesto retrocedió enseguida al reconocer la figura elegante del intruso y apagó el reproche que le acudía a los labios. Al fin y al cabo, el muro que estaba pintando era de su propiedad, y aunque Guedea le había dicho que contaba con su aprobación, no pudo evitar sentirse como el muchacho que emborrona una pared con una brocha y un cubo de pintura y de pronto es sorprendido in fraganti por el dueño. Para ocultar esa sensación se volvió de nuevo hacia el muro y aplicó sobre el contorno del rostro femenino unos pocos trazos precisos y vivaces. Luego se echó hacia atrás para observarlo y, satisfecho, dejó la paleta y el pincel en el suelo de tablonés. Solo entonces intervino De las Hoces con una pregunta que parecía anular el tiempo transcurrido desde la última conversación entre ambos, a mediados de julio en Madrid:

—¿Una pintura de guerra?

Con las mismas o parecidas palabras, con la misma voz seca, había intentado justificar entonces la quema de la *Maternidad* en la acera de la galería, pero ahora su tono no denotaba ningún malestar. La irritación que Rubén había sentido aquel día contra él había desaparecido al conocer la trágica muerte de su mujer al ser derribada por el caballo tras dar a luz a un niño de naturaleza enfermiza.

—No, no será una pintura de guerra —respondió—, pero aparecerá la guerra. Con lo que está ocurriendo alrededor, ¿cree que puedo evitarla?

De las Hoces tardó unos segundos en responder.

—Precisamente porque todo alrededor está contaminado por la guerra, aquí dentro sí se puede prescindir de ella.

Algo doloroso en su voz, apenas perceptible en el tono educado y distante, en su aristocrática carencia de énfasis, obligó a Rubén a matizar:

—En cualquier caso, su presencia no será lo único importante.

—Esa figura que está pintando...

Rubén miró de nuevo hacia el muro. Frente a él, a su misma altura y un poco mayor de tamaño, quedaba la mujer para la cual aún no había inventado un rostro, con el brazo levantado ofreciendo o enarbolando algo.

—Sí.

—¿Qué llevará en la mano?

—Pan —respondió, porque temía que estuviera pensando en un fusil.

De las Hoces hizo un gesto de asombro, como si no lograra imaginar la armonía entre ambas imágenes: la enérgica actitud de la mujer avanzando con el brazo levantado y el pan en su mano.

—¿Quiere ver la escena completa?

—Me gustaría mucho.

Rubén se descolgó desde el andamio hasta la pasarela para descorrer la tela que tapaba aquella parte del muro y desveló la escena que, aun a falta de los últimos retoques, revelaba toda su lógica: una mujer joven se dirige caminando hacia tres hombres que trabajan en un campo de trigo. Dos de ellos están agachados, segando, pero el tercero se ha erguido, ha dejado la hoz en el suelo, junto a una gavilla, y sonrío a la mujer que les trae la comida. Tras ellos, otro hombre se aleja conduciendo una carreta llena de cereal, en la que van subidos dos niños.

Por el tema, la escena podría haber pertenecido a un cuadro costumbrista de treinta años antes, un equivalente regional a lo que pintaban Sorolla o Zuloaga, pero el estilo la diferenciaba de aquella corriente. Las figuras habían sido sometidas a una tensión expresionista que las deformaba sin perder lo figurativo, alejándolas de las pinturas recocidas en las salsas provincianas del costumbrismo, de modo que los personajes en movimiento resultaban un tanto convulsos para su gusto, aunque no retorcidos de forma violenta. Faltaban algunos otros detalles —unos pies sin acabar, un arbusto descabezado de sus flores, un camino que dudaba entre dos trazados diferentes—, pero a pesar de todo aparecía como una escena tan completa que daba la sensación de que el espectador podía subirse a la pasarela, hundirse en el muro y confundirse entre los personajes de la pintura, acompañarlos en su trabajo o intervenir en su conversación. Todo estaba lleno, pero sin abigarramiento, sin los forzados puntos de fuga con que los malos pintores resolvían una perspectiva que no habían sabido resolver de forma natural. No caía en la tentación de llenar

huecos por encima de las figuras con un fondo de paisajes borrosos e infinitos. Al contrario, todo era cercano, actual, palpable y reconocible en la luz de Breda de 1936.

Siempre le había apasionado la pintura y presumía de estar reuniendo una valiosa colección, pero la muerte de Adriana había cambiado su mirada. Desde entonces, tanto como placer, esperaba encontrar consuelo y olvido en los cuadros, y había peregrinado por galerías y subastas buscando aquellas obras que expresaran lo que sentía y no siempre era capaz de visualizar. Durante esas búsquedas el dolor había vuelto su pupila más penetrante, más lúcida y selectiva, la había afilado para detectar la impostura de un lienzo, para señalar la debilidad de un cuadro brillante y novedoso a primera vista, pero que en una contemplación más sosegada revelaba que no contenía otros méritos que brillo y novedad.

Al ver ahora la escena completa no tuvo ninguna duda de que, si el resto del mural mantenía aquella tensión, al término de la guerra se encontraría con una bellísima obra de arte entre las manos. Las piezas que conocía de Rubén, tan diferentes —la *Maternidad* quemada en un arrebato del que a veces se arrepentía, porque, de un modo lacerante, el cuadro le recordó a Adriana y a su hijo enfermo, los dos bodegones y la escena que ahora señalaba desde la pasarela—, ya le permitían afirmar que era un pintor sorprendente, poseído por una gran capacidad para expresar sus emociones independientemente de cuál fuera el tema, el género, la técnica o el modelo que pintara. Había visto láminas de murales de Rivera y de Alfaro Siqueiros —de quien había oído decir que había venido a España a alistarse como voluntario republicano y que andaba disparando en el propio frente extremeño de Las Villuercas— y sabía que el mural exigía una técnica más dificultosa y compleja de lo que en principio parecía. No consistía en llenar de pintura una pared sin dejar un solo hueco, sino en seducir al muro para que aceptara a los inquilinos y en que, al mismo tiempo, los inquilinos se sintieran cómodos en el muro. La amplitud del soporte exigía un brazo solvente y muy fuerte, capaz de controlar las proporciones, y un espíritu generoso dispuesto a entregar todo lo que sabe, sin guardar nada en la reserva. Estaba condenado al fracaso el pintor que se

enfrentara con miedo a un espacio tan grande, pero también un artista envalentonado y arrogante con los metros cuadrados corría el riesgo de caer en una obra monótona de grandes planos vacíos.

Sus ojos descubrieron el sol que brillaba en lo más alto e instintivamente bajó la mirada para comprobar el ajuste y la dirección de las sombras. «No, no puede ser», se dijo, «no es posible que también sepa esto de nosotros, que lo haya asimilado en tan poco tiempo.» Porque de las figuras, iluminadas desde dos focos diferentes, emanaban dos sombras. De las Hoces volvió la cabeza, pero a sus espaldas el muro todavía estaba vacío. Sin embargo, no tuvo ninguna duda de que allí detrás brillaría el segundo sol de Breda.

No, no quedaría mal el Mausoleo si persistía en aquel estilo y no se agotaba su invención de motivos. Contra lo que había temido —unos carteles revolucionarios en soporte de piedra—, Rubén había mantenido su independencia frente a la propaganda. Había amaestrado las mandíbulas de los campesinos, las había aclarado de esa tópica oscuridad rural que nunca sabía bien si surgía de la propia piel, de la barba sin afeitar o de la suciedad, y no había prescindido del lirismo en el paisaje. Aunque unos minutos antes había afirmado que también sería una pintura de guerra, la guerra aún no había estallado allí dentro. Sin duda más adelante, cuando avanzara el mural, aparecerían con toda su agresividad banderas al viento, mensajes sociales, fusiles y cañones, combates y víctimas, pero incluso esas imágenes podrían ser asumidas si mantenía la belleza de la composición.

Así que, a pesar de todo, aquel expolio temporal y la decisión de pintar sus paredes tal vez no tuvieran un mal desenlace. Por encima de todo, el Mausoleo era suyo y solamente suyo, y cuando volviera la calma también le sería devuelta su propiedad. Sabía que por muy armoniosa que fuera su forma, el edificio no pasaría a la historia de la arquitectura. Ese tipo de construcciones eran anónimas hasta que encontraban a su pintor. Y De las Hoces intuía que lo había encontrado del modo más sorprendente. El resultado final, pues, no se alejaría tanto de lo que él mismo había proyectado.

También los días anteriores había alcanzado el lecho del arroyo cortando por el pequeño talud y no siguiendo el cauce, por donde ya corrían las aguas del otoño, porque su instinto le decía que, a pesar del camuflaje que le brindaba la fronda de las orillas, aquel era el mejor itinerario para eludir a los humanos. Una vez más, desde su posición en lo alto de la barranca, bajo un roble y entre brezos, olió los aromas dulcísimos del maíz y del gasoil y, embriagado, notó cómo se activaban sus papilas y su boca se inundaba de espuma que le escurría por los colmillos cortantes y larguísimos. Sin embargo, contuvo el hambre y el deseo, receloso porque aquellos dos succulentos regalos estuvieran a su alcance sin pagar nada a cambio. Era demasiado viejo y experto como para no saber que cualquier don que viniera de los hombres o escondía unos dientes de acero o estaba cargado de veneno o era un señuelo para ponerlo al alcance de sus plomos. Durante todo el día aquellos olores habían flotado en el ambiente y no había logrado esperar a la caída de la noche para abandonar su refugio en lo más hondo de la malla de zarzas y dirigirse hacia el lugar donde de nuevo lo esperaba la comida dulce, asombrosa y escasa y el misterioso líquido que lo limpiaba de garrapatas y parásitos. Se removió impaciente, afiló una última vez los colmillos en el tronco del roble, apoyó el hocico en la tierra y olisqueó, y luego lo levantó hacia el cielo y olisqueó, porque creía haber percibido en algún remoto sensor de su olfato un jirón de olor a humano. Sus ollares se abrieron y se cerraron hacia el viento, húmedos y nerviosos, los ojos sin mirar a parte alguna... No, no era de humano, o era de un humano tan parecido a una alimaña que no dejaba rastro de su paso: ni el caliente perfume del caucho de sus pezuñas ni el olor a fuego de sus ropas al rozar una rama. Debía salir ya, porque en la búsqueda de comida siempre era necesario asumir algún riesgo si no quería que se le anticiparan otros animales tan hambrientos como él. La seguridad de los pesebres quedaba reservada para los animales domésticos, algunos de ellos sus parientes, que habían aceptado el yugo del hombre y el sacrificio a fecha fija —con la llegada del frío ya resonaban sus alaridos de terror cuando el cuchillo entraba en sus gargantas— a cambio de una vida regalada. Pero su estirpe no, no su estirpe.

El sol no terminaba de ocultarse y ya le resultaba insoportable el hambre, a la que contribuían la carencia de cultivos, los estruendos de disparos y la movilidad de los hombres armados que se habían establecido en posiciones cercanas al río y en enclaves de paso, y que a la menor oportunidad daban muestras de su indomable inclinación a matar. El viento había cambiado ligeramente de dirección, porque los aromas del maíz y del gasoil le llegaban más nítidos. Levantó otra vez la cabeza, olisqueando, sin percibir nada extraño o desconocido, ningún dato de peligro inventariado en su memoria. Dio unos pasos y, por primera vez, asomó el hocico redondo y húmedo fuera de los huesudos brezos. A partir de allí la tierra descendía hasta el arroyo sin árboles ni apenas arbustos para camuflarse, pero cedió al hambre y bajó hasta los granos que brillaban como pepitas sobre la tierra oscura. Comenzó a devorarlos casi absorbiéndolos con la trémula aspiración de sus ollares, produciendo un ruido nasal que no sabía evitar.

Por el tamaño y la profundidad a la que se hundían sus pezuñas, las delanteras un poco más que las traseras, sabía que era un animal poderoso, de diez arrobas, un macho adulto y experto del que no descartaba que llevara algo de plomo enquistado bajo la dura piel, como muestra del fracaso de otros cazadores y de su inteligencia zoológica. En las tres jornadas que llevaba tras él no había logrado verlo, aunque lo había esperado dos noches en el revolcadero donde había encontrado sus huellas. Por eso al bajar de El Paternóster el segundo amanecer, somnoliento y fatigado y con las manos vacías, cedió a la tentación y antes de ir a casa se acercó a la cochera de Martín Cupido.

—Necesito que me vendas seis litros de gasoil —le pidió.

Martín Cupido lo miró con extrañeza.

—Creí que tú no necesitabas recurrir a esos trucos para cazar un jabalí.

—Este es especial. Y en el Mausoleo tienen hambre y están aburridos de comer carne de ciervo.

—¿Aburridos de comer carne? ¡Que algunos no te oigan decir eso! Me queda muy poco combustible —añadió.

—No lo necesitas. Con este bloqueo no puedes viajar muy lejos.

—Pero se lo podías pedir al comandante —protestó, aunque ya estaba descolgando de un gancho en la pared un embudo. Debajo de una lona sacó una pequeña garrafa de cristal protegida con una funda de tiras de castaño.

—¿Crees que me lo daría si le digo que es para cazar?

—No, no te creería. ¿Cuánto necesitas?

—Seis litros.

—Tendrás que arreglarte con tres.

—Cinco y te quedas con un cuarto trasero.

—De acuerdo.

Llenó la garrafa del gasoil que guardaba en un bidón y cuando Viriato fue a entregarle unas monedas, Martín Cupido se negó a aceptarlas:

—Guárdate eso. Ya me pagas demasiado. Y que no te lo vean: está prohibido comerciar con combustible. ¡Y suerte!

—Eso espero, aunque ahora están en celo, con el olfato más afilado que nunca.

—¡Bueno, tú hueles como ellos! —bromeó.

Por la tarde volvió a subir a El Paternóster y desparramó el maíz junto al revolcadero. Al lado, en una pequeña poza que la erosión había cavado en una gran roca de granito, mezcló arena y barro con la mitad del gasoil. Luego se escondió en un lugar desde donde podía verlo y, bajo una luna gorda y amarilla que se había levantado por encima de los robles, pasó toda la noche al aguardo, escuchando algunos ruidos, pero sin que se acercara a la trampa más que un bermejo adolescente y atrevido al que le permitió escapar con vida. Incapaz de cualquier crueldad malsana y sin beneficio, era piadoso con los animales hasta que la piedad reñía con la necesidad.

Dejó pasar otra jornada y otra vez la claridad del amanecer lo descubrió con una hora de camino hacia El Paternóster. Era un día húmedo y frío y la pujanza de una niebla caprichosa invadía el campo, sin ninguna lógica ni preferencia por aposentarse en los valles o faldear por los cerros. Llegó al revolcadero y vio otra vez las huellas grandes y profundas de las pezuñas unguladas, muy abiertas las posteriores, como si hubiera estado esperando a que él se fuera para volver a revolcarse. Repitió la operación del maíz y del gasoil, comprobó la dirección del viento y buscó un camuflaje donde no fuera detectado.

A medida que avanzaban las horas la niebla se fue haciendo intermitente, hasta que al mediodía fue definitivamente desgarrada por el sol y solo quedaron algunos jirones blancos enganchados en las ramas de las encinas y los robles. La mañana lechosa había dado paso a una de esas tardes de bronce que prestigian el otoño. Se quedó un tiempo adormecido bajo la tibia caricia del sol, aunque su sopor no fue tan profundo que no lo despertara el mínimo ruido, tendido en el suelo, impregnándose de los olores del bosque y ocultando su olor. No sentía ninguna impaciencia ni deseos de moverse: reservaba la movilidad para los momentos importantes. Estaba tan quieto que vio a un petirrojo que se posaba en una rama frente a él y se ajustaba la corbata con el pico mientras lo observaba preguntándose si era un hombre o una alimaña. En caso necesario lograría sobrevivir sin ayuda de nadie en aquellos terrenos de El Paternóster llenos de caza y de vegetación, donde se podía caminar durante horas sin encontrar una sola pared o alambrada que delimitara la tierra. En el monte sabía en cada momento lo que necesitaba y sabía dónde encontrarlo.

En todo el día no había oído ningún ruido humano, hasta allí arriba no habían llegado ecos de disparos ni de explosiones. Solo estaban ellos dos, él y el gran jabalí, los dos igualmente sabedores de que perdería el primero que cediera al hambre, a la impaciencia o al deseo.

Fue en ese momento del crepúsculo en que se combinan la retirada de las aves del cielo y el descanso de los rumiantes con la silenciosa aparición de los murciélagos y de los depredadores nocturnos cuando vio moverse al otro lado del arroyo las ramas de unos brezos y asomar una mancha oscura que enseguida dejó de ser sombra para adquirir la compacta figura del jabalí, la oscura pelambre prehistórica con reflejos cobrizos. Su cálculo no lo había engañado: un macho poderoso y fuertemente armado que antes de exponerse al terreno franco de la barranca miró alrededor con una desconfianza africana. Y algo, un hilo de amenaza debió de barruntar, con ese último instinto que detecta lo que no se oye ni se huele ni se ve, porque dio dos pasos atrás y volvió a ser sombra entre los brezos. Pero no transcurrió más de un minuto antes de que, seducido por los olores, cediera a la tentación y saliera caminando con un trote cochinerero de sus cortas patas que enfilaban hacia el cauce.

Tenía el fusil cargado para que ningún ruido lo alertara, pero no disparó todavía. Observó al jabalí que llegaba hasta el maíz y todavía olfateaba brevemente el aire, aunque allí abajo cualquier olor humano se habría licuado en el escandaloso olor del combustible. Luego agachó la cabeza y engulló los granos diseminados por la tierra antes de caminar hacia la poza donde la arena empapada en gasoil lo reclamaba. Se revolcó en ella derretido, ciego de placer, cerrados por el cosquilleo los ojos diminutos, borracho de bienestar, sumido en una embriaguez que anulaba todas sus precauciones, ávido de limpieza contra las garrapatas que, hinchadas de sangre, se desprendían de sus orejas al contacto con el combustible.

Viriato levantó el fusil y apuntó contra la pieza desprevenida y fácil. La tuvo en el punto de mira unos largos instantes en los que, como al reo a quien se le conceden sus deseos en su última cena, le permitió que hozara hasta hartarse, antes de tumbarlo con un seco balazo en el pecho.

Salió del escondite convencido de que el calibre de la bala y la precisión del disparo lo habían matado, pero no había dado diez pasos cuando, con el fusil descargado, lo vio levantarse con un hilo de sangre colgando de los colmillos, con la crin erizada por la cólera, descubrirlo y, obediente a sus instrucciones genéticas, iniciar contra él una carrera furiosa y rectilínea, aunque cada paso le suponía perder un chorro de sangre.

Apenas tuvo tiempo de introducir otra bala en la recámara y, sin tiempo para apuntar, detener su última embestida con un nuevo disparo, ahora en la frente, cuando ya llegaba hasta él la furiosa vaharada de gasoil y sangre caliente.

Marta llegó a temer por su vida. Obligada a permanecer en cama, sin fuerzas, atenazada por el dolor de oído, por la fiebre y por el malestar general, hubo momentos en que pensó que moriría allí, en Breda y sola, lejos de su mundo y de su familia. El dolor la aturdí y no sabía bien qué ocurría alrededor. Si apoyaba el oído derecho en la almohada, para no rozar el izquierdo —el más cercano a la viola cuando tocaba—, inflamado y sin apenas audición, no le llegaba más que el sordo y confuso murmullo del mundo. Procuraba no levantarse, mareada por el vértigo, y se inmovilizaba en un sopor febril, con los ojos cerrados hasta que la enfermera llegaba con los medicamentos o con un caldo que a menudo terminaba vomitando. En sus pesadillas volvían las imágenes de los combates y de la huida por las vegas del Lebrón y soñaba que seguían retrocediendo y que los sublevados tomaban Breda, y a ella y a todos los demás los condenaban a muerte. Se despertaba aterrorizada pensando en Marcelo y recordaba el momento de la explosión y su muerte entre sus brazos. Al padecimiento físico se unía un estado depresivo que la hundía en una tristeza inconsolable.

Rubén iba a verla la mayoría de los días, pero procuraba no agobiarla y no se quedaba demasiado tiempo, para respetar la intimidad de su dolor. No la despertaba si estaba dormida, pero, si no, la tranquilizaba contándole que habían logrado detener a los facciosos y que nunca llegarían a Breda. Si ocurría alguna anécdota en el Mausoleo o en las trincheras, o si oía alguna noticia curiosa por la radio, la guardaba en su memoria y se decía: Esto se lo tengo que contar a Marta, seguro que le gustará escucharlo. Y luego, en efecto, la distraía con alguna novedad o con pequeños chascarrillos, cómicos o triviales, que hubieran sucedido entre los milicianos, o con la última discusión

entre Tena y Mangas, o, si ella le preguntaba, le hablaba de cómo evolucionaba el mural, de las dificultades que encontraba y del modo como intentaba resolverlas.

Comprobó que muy poca gente acudía a visitar a los enfermos o heridos alojados en la planta baja del ayuntamiento, porque incluso en aquella situación de guerra los sanos tendían a rehuir a los enfermos y corrían a deshojar su bienestar en otro sitio. Una tarde, al oír a Marta quejándose en sueños, acurrucada en posición fetal y ardiendo por la fiebre, echó de menos a un dios con el poder de transferirle a él la enfermedad al menos durante un tiempo. Impotente para calmar su dolor y con miedo a las devastadoras secuelas de la mastoiditis, advirtió que un enfermo siempre está solo a la hora de enfrentarse al padecimiento corporal. Los demás, los sanos, pueden acompañarlo, ayudarlo, consolarlo, compadecerlo, pero el dolor físico es intransferible: puede ser aliviado o explicado, pero no compartido. La madre que vela junto a la almohada de su hijo entre un aroma a fiebre y a jarabe puede arroparlo y con una canción o un beso arrancarle una sonrisa, pero no puede trasladar el malestar a su propio cuerpo. El amante que apaga la luz y blindo una burbuja de silencio no puede llevar a su cabeza la migraña que atraviesa las sienes de la amada. El padre anciano no puede arrancar el cáncer que devora las entrañas de su hija para injertárselo en sus cansadas entrañas. Velando junto a Marta, Rubén supo que para siempre, en su memoria, más que los gritos desgarrados, los llantos o las heridas de la guerra, la imagen del dolor sería la de una mujer sola que, acostada en el lecho en posición fetal, como si así pudiera soportarlo mejor, espera que no se repitan los vómitos y que pase el dolor, que pase ya.

En los momentos en que los analgésicos aliviaban su malestar, Marta, agradecida a sus esfuerzos y a sus cuidados, sentía ganas de levantarse de la cama y abrazarlo, pero estaba tan débil y tenía tanto miedo al vértigo que se limitaba a extender su mano y a coger la de Rubén para quedarse así unos minutos.

A mitad de la segunda semana en cama comenzó a mejorar, después de una tarde en que una nueva embestida de la fiebre y unas supuraciones más densas hubieran amenazado con un agravamiento. Primero fue bajando la temperatura y luego, poco a poco, remitieron el dolor y la inflamación hasta

reducirse a una molestia soportable. Volvió a dormir sin interrupción durante toda la noche, durante diez o doce horas en las que el cuerpo exhausto le agradecía que le entregara todas las fuerzas disponibles de sus veintiún años para dedicarlas a expulsar definitivamente la infección. La oreja fue volviendo a su sitio y, aunque seguía supurando, perdió el color rojo de los días anteriores.

Y una mañana se despertó acostada sobre el lado izquierdo sin sentir dolor y notó cómo volvía el vigor a sus brazos, cómo su juventud y su naturaleza la reintegraban al ritmo de vida que durante dos semanas le había robado una insidiosa bacteria. Al sentirse bien, Marta hundió el rostro en la almohada y lloró de alivio y de felicidad. Por el oído afectado aún no le llegaban del todo limpios los sonidos del mundo, pero cuando el médico la examinó, dijo que todo estaba bien, que no había daño interno y que recuperaría toda la audición en cuanto drenara las últimas excrecencias. Luego le dio el alta.

—Cuídate, porque no quiero volver a verte por aquí —le dijo con un inocultable cariño. Había temido que se produjera una tragedia y se sentía aliviado y satisfecho de haber contribuido a su recuperación.

Marta no encontró palabras para agradecerle sus cuidados. Para alguien que trabajaba con muertos, con combatientes a quienes amputaba un brazo o una pierna, con heridas profundas a las que limpiaba la pus de la metralla, una enfermedad del oído no era lo más trágico y sin embargo se había preocupado por ella como si fuera su paciente en estado más crítico.

Ya en la calle pasó por las oficinas militares del Palacio para entregar el parte de alta y comunicar que de nuevo podía ser útil. Tal vez en otras circunstancias le habrían concedido el habitual permiso de convalecencia con que el ejército calmaba su mala conciencia por los sacrificios que exigía, pero seguían encerrados en la comarca y para ir a Madrid había que atravesar la zona enemiga siguiendo el hilo con que aún mantenían una frágil línea de suministros o bien dar un rodeo por las rutas de contrabandistas que conocía João, pasar la frontera con Portugal y desde alguno de sus puertos alcanzar un puerto republicano. Ninguna de las dos opciones era fácil. Y aunque nada deseaba más que volver a casa con sus padres, tuvo que quedarse en Breda a la espera de acontecimientos.

Cuando llegó al Mausoleo, vio en el andamio a Rubén, que, de espaldas, pintaba concentrado en la pared. No quiso interrumpirlo y estuvo un tiempo observándolo mientras trabajaba. Al agacharse a coger un bote de pintura, Rubén la descubrió. Se limpió las manos con un trapo, se despojó del pañuelo con que se protegía el cabello de las manchas y bajó hasta ella.

—¡Qué alegría verte otra vez aquí! Te echábamos mucho de menos.

—Yo también a vosotros.

Marta le contó lo que le había dicho el médico.

—¿Y qué vas a hacer ahora? —le preguntó Rubén con una precipitación que revelaba cuánto había pensado en ella—. ¿Te han dicho algo?

—No, nada. Me han dado unos días para que descanse y me recupere.

Rubén dudó unos segundos antes de proponerle:

—Necesito una persona que me ayude con el mural. No es una tarea difícil, aunque puede ser fatigosa, porque hay mucho trabajo, es una superficie muy grande. El comandante me ha permitido que elija a quien quiera. He pensado en ti.

—¿En mí?

—Sí.

—¡Pero si yo no sé nada de pintura! Solo sé un poco de música.

—Pues toca música mientras yo pinto.

Marta se quedó pensativa unos instantes, recuperándose de la sorpresa.

—¿De verdad quieres que yo sea tu ayudante?

—Me gustaría mucho.

—¿Y lo aceptaría el comandante?

—Sí, ya te lo he dicho. Puedo elegir a quien yo quiera.

—¿Qué tendría que hacer?

Rubén le explicó por encima las tareas.

—Déjame un día para pensarlo.

Aunque desde el primer momento se sintió halagada por la invitación, Marta dudó en aceptarlo. La experiencia de participar en el mural la atraía mucho y, en cambio, incorporarse al frente, adonde le ordenarían regresar en cuanto acabara su recuperación, la amedrentaba profundamente después de todo lo sufrido. Mientras había estado ingresada, Rubén había despertado su interés contándole lo que pretendía pintar. Y quedarse allí, en el Mausoleo,

ayudando a mezclar los colores, a limpiar brochas y pinceles, a hacer cualquier recado, era preferible a volver al torbellino de las trincheras, donde el creciente frío y la lluvia, la incomodidad y la suciedad, los disparos, las explosiones, las inevitables heridas le traerían recuerdos insoportables, sin Marcelo y sin Rubén a su lado para contrarrestarlos. Vestir el blusón de la bohemia sería mucho más cómodo que ceñirse de nuevo los correaes de la guerra. Allí dentro podría asistir al nacimiento de los personajes del mural, ver cómo la pared blanca se iba llenando de colores y de vida. No tenía ni idea de pintura, pero sí se consideraba capacitada para apreciar la belleza. Sabía hasta qué punto su contemplación aportaba consuelo en momentos de desdicha al demostrar que uno no estaba solo en el mundo con su dolor, que otros seres humanos habían pasado antes por el mismo trance, habían soportado el mismo sufrimiento y habían logrado sobrevivir para contarlo. La tentación, pues, de participar en esa experiencia y ver cómo Rubén convertía el redondel del Mausoleo en algo hermoso le resultaba muy atractiva, porque no tenía ninguna duda de su talento.

Sin embargo, no podía dejar de pensar en Marcelo y sabía que aceptar la propuesta sería una traición a su memoria. Durante dos años Marcelo había formado parte de su vida y si destruía su recuerdo también destruiría una parte esencial de sí misma, tan influida por su bondad. Marcelo había llegado hasta el momento de su muerte sin perder la inocencia, cuando la mayoría de la gente llegaba a ese instante manchada por la mentira, la deslealtad, la cobardía. Si no hubiera muerto, no aceptaría el trabajo, no defraudaría su nobleza y su generosidad. Pero su muerte y la reciente enfermedad la habían vuelto vulnerable y necesitada del amparo, el consuelo y la fortaleza que ahora le ofrecían Rubén y las sólidas paredes del Mausoleo.

A la mañana siguiente se acercó al andamio donde Rubén ya estaba pintando.

—De acuerdo, seré tu ayudante —le dijo—. ¿Qué tengo que hacer?

—Me alegro mucho. Ven. Mira.

Desde el primer momento le fue enseñando el trabajo, comenzando por lo más elemental: lavar las brochas y pinceles, cuidar los botes de pintura para que no se secan, porque no sería fácil conseguir más, evitar que se manchara

el mármol, retirar o acercarle las cosas necesarias cuando él estaba subido en los andamios.

No fueron necesarios muchos días para que Marta comprobara la condición terapéutica del trabajo y hasta qué punto la beneficiaba un horario fijo de esfuerzo, de comidas, de descanso. La satisfacía sentirse partícipe de la creación del mural que iba cubriendo la pared a buen ritmo. Nunca había imaginado que el punzante olor del aguarrás o de la pintura pudiera resultar agradable o que, al terminar una jornada intensa de trabajo, de la que salía como si hubiera pasado bajo una ducha de serpentinas y confeti, las manchas de pintura en las manos, en el gorro o en el mono de miliciana pudieran favorecerla tanto con su casual armonía de colores. Pronto aprendió a anticiparse en sus funciones de ayudante al elegir el pincel adecuado o al limpiar un tramo de pared, y a asumir tareas más delicadas, como raspar un mal dibujo o pintar una base neutra en el espacio que Rubén le acotaba. Y una tarde de la tercera semana volvió a tocar la viola.

Rubén le había dicho que aquella tarde no necesitaba su ayuda. Había terminado la figura de una hilandera que iba dejando manar de la rueca un fino chorro de lana, la última imagen de una composición laboriosa que le había presentado muchas dificultades en su intento de reflejar lo que había visto en las calles de Breda y al mismo tiempo huir de todo lo rancio que siempre encontraba en el costumbrismo: un grupo de esas mujeres de campo, vestidas de oscuro, que nunca al sentarse han cruzado una rodilla sobre otra. Quería que aparecieran relajadas al sol, cosiendo, charlando o peinándose unas a otras los cabellos grises recién lavados antes de colocarse el pañuelo negro o un alto y extraño sombrero de paja con un pequeño espejo en el frontal.

Marta aceptó la oferta de descanso y fue al dormitorio femenino. Sacó la viola del armario que compartía con Gema. Al abrir las presillas de la funda, escapó de dentro el viejo y entrañable olor a madera noble y a resina. Encajada en el hueco, cómoda en su forro interior de terciopelo rojo, esperaba dormida a que la sacara de allí. Marta desprendió el arco de su enganche en la tapadera, tensó las crines y las frotó con la pastilla de resina. Solo entonces extrajo la viola y se colocó la almohadilla en el cuello, junto al oído izquierdo que casi había llegado a perder.

Nunca había pasado tanto tiempo sin tocar y acarició la madera oscura y deslizó los dedos, todavía tensos, sobre el mástil. Al ajustar la barbada y girar la cabeza parecía que, más que sujetarla, apoyaba en ella su mejilla, como si escuchara sus quejas o esperara su beso. Luego levantó el arco y lo deslizó sobre la cuerda de La. El tiempo transcurrido la había distendido y sonaba desafinada, así que comenzó a ajustar los sonidos, muy despacio, como si fuera la primera vez que la tocaba.

Terminó la afinación y se detuvo un momento, pensando en la primera obra que le gustaría interpretar después de su enfermedad. La última que había tocado, el *adagio* de Schubert, evocaría de un modo insoportable la muerte de Marcelo.

De pronto, sin que hubiera intervenido la voluntad, apareció Telemann y su *Concierto n.º 1*, que había tocado muchas veces. Su contundencia armónica, su sencillez, su serena perfección dejaban muy atrás la tristeza de Schubert. Comenzó a tocar y notó en la yema de los dedos la dureza y el grosor de cada cuerda, la tensión del arco. Aquella música templada calmaba sus estratos emocionales más profundos, alojados allí donde no llegaba ni la pintura de Rubén, ni la literatura, ni los prodigios de la naturaleza que había contemplado en algunos atardeceres, los aireaba y los limpiaba de contaminación sentimental. Sus manos poco a poco iban transfiriendo los posos de su angustia a la viola y la sencilla melodía la disolvía en el aire, convertida en una tristeza serena y soportable.

En un mes he avanzado mucho en el mural. De nuevo he comprobado que trabajar con una fecha fija de entrega no me bloquea y que, apremiado por el tiempo, mi inspiración fluye con mayor soltura que cuando el encargo queda fiado a largo plazo. Las imágenes acuden puntuales a la pared y al lugar oportuno. Pocas veces había trabajado con tanta fluidez, dando rienda suelta al brazo y a los ojos que se deslizan por los muros del Mausoleo para fijar todo lo que he visto en Breda en estos meses: imágenes de la tierra y de sus frutos, de los rostros de sus habitantes y de la guerra, que acuden a borbotones a mi cabeza para que los plasme en el yeso que embebe los pigmentos. Aunque los colores no adquieren el brillo del óleo, se hacen perdurables sobre la piedra. Con la ayuda de Marta avanzo en varios frentes a la vez, salto de uno a otro andamio dibujando, esbozando en papel o estarciendo, corrigiendo y pintando, de modo que poco a poco se va completando la configuración general del mural. En ocasiones, y a pesar de todos mis cálculos, los estudios y bocetos que he hecho en papel no siempre encajan bien en la pared y surgen desviaciones que me obligan a corregir, pero nada me detiene.

El trabajo me excita y me fatiga al mismo tiempo. Algunas tardes, cansado, siento pereza de subir al andamio, pero luego, rodeado por los rostros tan cercanos de las figuras, por los detalles que quiero completar, el cansancio desaparece y aprovecho ese impulso para seguir adelante. Obedezco la consigna que mi antiguo maestro no supo aplicarse a sí mismo: «Pinta cada cuadro como si fuera el último de tu vida, como si te fueras a morir mañana». Si existe la inspiración, es algo muy similar a ese furor expresivo que a veces siento allí arriba, durante horas olvidado de todo, de beber y de comer, de descansar y de dormir, hasta que de pronto vuelve la fatiga y descubro que ha transcurrido mucho tiempo.

Me levanto temprano por las mañanas, en cuanto se marchan los compañeros, porque soy incapaz de seguir en la litera mientras ellos van a enfrentarse a una tarea más dura y peligrosa que la mía. Desayuno lo que hayan dejado en las cocinas del anexo y sin demora me pongo a trabajar. Hasta que llegó Marta estaba solo, observado por los milicianos que regresaban de un turno y también por algunos paisanos de Breda que venían a curiosear. A varios de ellos les he pedido que posen como modelos y se han prestado con entusiasmo y asumen con seriedad su función. Permanecen inmóviles en la postura o en la actitud que les indico, encantados luego de reconocer su rostro en la pared, de analizar su parecido. En otras ocasiones, en cambio, los curiosos me distraen con sus observaciones y comentarios sobre una escena o sobre el boceto de un personaje:

—¡Eh, pintor! ¿Necesitas a alguien más que haga de modelo? Me ofrezco si me sacas favorecido —decía un miliciano.

—Es imposible que tú salgas bien en un retrato —replicaba otro.

Para evitarlo hice colgar de los andamios unas grandes telas que ocultan el trabajo hecho y me permiten aislarme de modo que pueda mantener la concentración y el secreto necesario sobre el contenido del mural. Todos lo han asumido sin protestas y, aunque curiosean por el tramo que mantengo abierto para recibir toda la luz, me dejan trabajar tranquilo. Por otra parte, Noguerol, que se ha tomado muy en serio la orden del comandante de procurarme todo lo que necesite, no les deja permanecer aquí dentro durante el día si no es por un motivo importante. Así que normalmente llegan por la mañana y al atardecer, olfatean, pero no protestan por el olor a pintura y echan un vistazo ya sin demasiada curiosidad, una vez perdido el interés por lo nuevo.

Todo mural es un relato. También el mío: un conjunto de escenas desplegadas en un paisaje democrático, sin ninguna jerarquía. Aquí no habrá un pantocrátor preeminente y central, rodeado de nubes de *putti* gordinflones y asexuados, que organice todas las secuencias y al que se dirijan todas las miradas y todos los puntos de fuga. Lo he organizado en tres partes distintas, cada una con el mismo espacio y la misma entidad. No habrá separación física

entre ellas, se pasará de un ambiente a otro con una suave transición. En el primer bloque, que llevo muy adelantado, se ven escenas de la villa al margen de la guerra, imágenes de sus habitantes y de sus oficios, de sus calles, del Palacio. Aunque me dedico con preferencia a esta primera parte, no siempre sigo el orden previsto y cuando me surge una nueva idea o cuando el espacio circular o las miradas que entre sí comienzan a cruzar los personajes lo requieren, salto a esbozar en otro lugar de la pared, a lápiz, líneas o secuencias de los otros dos bloques. De pronto recuerdo un nogal de las Huertas de la Abundancia o imagino una manada de ciervos y dibujo en un papel el boceto que luego trasladaré a su lugar en el muro. O bien me asalta una visión de los días de lucha en las trincheras del Montón de Trigo y dejo lo que estoy haciendo para fijar la imagen antes de que pueda perderla. Así, la pared se ha ido poblando poco a poco de figuras acabadas y de fantasmas, de objetos sólidos y de sombras, unos llenos ya de color y expresión y otros apenas perfilados en sus siluetas, transparentes y vacías, sin rostro aún.

En el segundo bloque ya aparece la peculiar naturaleza de Breda, el monte y los campos de cultivo, en un recorrido que descenderá desde las montañas del Yunque, el Volcán y El Paternóster hasta las vegas del Lebrón y el Puente del Jinete. Ahí comenzará a desplegarse la tercera parte, en la que ya asoman apuntes de la guerra, pero en la que voy más atrasado.

Como enseguida advirtió De las Hoces, los tres ambientes estarán iluminados por los dos soles del parhelio, colocados uno frente a otro, de modo que no habrá un perfil de sombra y un perfil de luz. No, no será un mural tenebroso. Así resuelvo, de paso, el complejo problema técnico derivado de disponer de un único foco de iluminación en un soporte circular e incorporo a la pintura esa creencia fantástica, incompatible con cualquier realismo, que los habitantes de Breda aceptan sin titubeos y defienden apelando a la tradición, a no sé qué estribillos de viejas canciones folclóricas y a los dos soles de las pinturas rupestres que vi aquella tarde con Marta. Al parhelio le atribuyen su carácter extremo, lleno de contradicciones, a medio camino entre el valle y las serranías sin que nunca haya terminado de imponerse el agreste y levantisco del monte ni el sedentario, apacible y avaricioso de la llanura. Sin su presencia no se sentirían representados por el mural.

Esta mañana no está conmigo Marta, ha ido a una revisión con el médico, acompañada por Gema. Mientras pintaba en lo alto del andamio, colgado como una araña, ha entrado un soldado a coger algo y ha pasado los ojos sobre mí sin verme, mimetizado entre las figuras de la pared. Me ha parecido un buen presagio y he seguido trabajando lleno de confianza.

El soldado ha dejado la puerta abierta durante su recado y por ella ha entrado otra visita: un gorrión despistado que tal vez buscaba refugio contra el frío y que, al chocar con el olor a pintura, ha intentado huir por la linterna, pero ya no ha encontrado la salida. Después de darse varios golpes contra los cristales, aturdido, ha renunciado a escapar y ha estado un tiempo revoloteando y, se diría, examinando las paredes como si inspeccionara mi trabajo. Luego, más tranquilo por lo que ha visto en ellas, se ha posado en un andamio frente a mí y desde allí me ha estado observando mientras pintaba. Por un momento sentí la tentación de dibujar unas uvas, como Zeuxis, para comprobar si era capaz de engañarlo.

Al cabo de un par de horas me he tomado un descanso. Le he abierto la puerta y enseguida ha escapado con un revoloteo alegre y satisfecho.

Yo también he salido a despejarme, porque paso demasiado tiempo bajo la cúpula, respirando los vapores algo alucinatorios de la pintura, que a veces me provocan un leve dolor de cabeza. Sin pensarlo me he dirigido hacia el jardín renacentista de la parte posterior del Palacio, a contemplar las estatuas de las hornacinas. Mientras acariciaba el mármol blanco me preguntaba quién las habría tallado, qué artista esculpió el hermoso y dolorido rostro de Andrómeda, la expresión de perplejidad con que contempla ahora, a finales de 1936, lo que ocurre en el jardín, la guerra tan cercana, como si descubriera que después de treinta siglos los hombres seguimos siendo igual de torpes, desdichados y ruines que cuando ella fue encadenada a la roca: un pobre animal que presume de su postura bípeda, de su pulgar prensil y de sus treinta y dos dientes, pero que, a poco que se descuida, no se sostiene en pie, tiene las manos vacías y no puede comer sino papillas. Tengo mucho que aprender de su creador, de su acierto al elegir a la mujer que le sirvió de modelo, de su seguridad al empuñar el cincel, de su convencimiento en el valor de su obra.

Regreso hacia la explanada al oír ruido de motores, que siempre traen novedades. Frente a la puerta del Mausoleo aparcen un coche y un camión militar. Del coche baja el teniente Noguerol, y de la caja del camión una veintena de soldados y milicianos, arrastrando el ya inconfundible olor a cordita. Se les ve silenciosos y apagados, con los rostros ennegrecidos por la barba, el polvo y el humo de la pólvora quemada. La causa de su silencio son los tres cadáveres que vienen alineados en el suelo, cubiertos con mantas. Al acercarme oigo las quejas de los heridos, a quienes les han hecho en el frente una cura de urgencia. Uno de ellos lleva un brazo en cabestrillo, otro tiene vendada la mitad de la cabeza, a un tercero le gotea sangre de una herida en la pierna. Indemnes, Mangas, Tena y Viriato miran cómo el camión arranca con los heridos y con los cadáveres hacia el ayuntamiento, donde está instalada, junto a la enfermería, una especie de morgue donde se organiza la parte administrativa de la muerte.

—Hoy nos han dado bien. Los fascistas no se cansan de disparar —me dice Mangas.

—A ellos no se les acaban las balas —se queja Viriato.

No hay ningún reproche en sus palabras, no es una alusión a mi cambio de las trincheras por las paredes protectoras del Mausoleo, pero no puedo dejar de pensar que ya no estoy con ellos en el frente. Alguien ha tenido que ocupar el hueco que yo he dejado y es posible que sea uno de los muertos o heridos que se alejan en el camión.

—Cada día andamos más escasos de municiones —confirma Mangas—. Antes nos daban dos peines al día. Ahora, uno para dos días.

Al entrar al Mausoleo llegan dos soldados y comienzan a desmontar en silencio otra de las literas. Ya no es necesaria.

Hoy es sábado y, como todos los sábados, ha venido el barbero a afeitarse y a cortar el pelo a quien lo desee. Se sigue negando a cobrar, aunque se pasa horas en pie, disimulando su leve cojera y soportando el cansancio que le provocará permanecer tanto tiempo en esa postura. Usa las tijeras con una increíble habilidad y precisión. No dejan de oírse, como en un tic nervioso,

los rápidos chasquidos al aire mientras duda sobre el siguiente tijeretazo. Alterna esa tarea con el afeitado de los clientes a quienes su hermosísima mujer ya ha enjabonado la cara.

Alguien ha sacado una radio a la puerta, bromeando en este ambiente jocoso que surge en las horas de aseo semanal:

—Para oír el parte, porque hasta aquí no llegan los periódicos de Madrid.

Logramos sintonizarla entre relinchos y carraspeos y al fin brota la voz del poeta Rafael Alberti, que resuena con un aire de bóveda, como si estuvieran transmitiendo desde un sótano o desde un refugio antiaéreo. Recita con ese tono apocalíptico que desde el principio de la guerra han adoptado los poetas republicanos y que más parece predecir una tragedia que animar a la lucha por la victoria:

Guerra a la guerra por la guerra. Vente.
Vuelve la espalda. El mar. Abre la boca.
Contra una mina una sirena choca
Y un arcángel se hunde, indiferente.

Cuando termina el poema empieza una esgrima de palabras entre dos tertulianos que discrepan sobre la mejor estrategia para conducir la lucha, pero ya no los escuchamos y alguien busca una emisora con canciones y algunos se lanzan entonces a bailar con las pocas milicianas que hay entre nosotros o, los menos afortunados, entre sí. Veo a Marta contenta y por primera vez después de estas semanas ríe y bromea con Gema y con otras compañeras y muestran esos atrevimientos y bromas con los hombres que se permiten las mujeres cuando están en grupo y que nunca se atreven a hacer estando a solas. La saco a bailar en disputa con João, que de algún modo misterioso capta las vibraciones de la música a pesar de su sordera. La seriedad rimbombante del poeta queda olvidada ante estas menudencias con que nos divertimos, ante el humor que de pronto surge de la nada, activado por jóvenes a quienes la guerra no puede impedir que se sientan limpios, hermosos y optimistas. Los mensajes de miedo no anulan los deseos de bailar.

Cuando llega mi turno de afeitado me siento en la silla y Julia, la mujer del barbero, enjabona mi cara. Resulta extraño verla desempeñando este oficio, pero la guerra está borrando algunas de las separaciones más arraigadas entre las tareas de los hombres y las tareas de las mujeres. Sus dedos se posan en mi frente y en mis pómulos, noto la suavidad de sus yemas en mi piel y compruebo que desde cerca resulta tan hermosa como parece desde lejos. Es amable y de sonrisa fácil y sigue las bromas descaradas de Gema, pero al mismo tiempo mantiene tal complicidad con el barbero que hace imposible tomarse con ella cualquier libertad excesiva.

El barbero está terminando de afeitarme cuando apagan la radio y se pide silencio. En efecto, se oye el ruido lejano de un motor y enseguida miramos al cielo, porque ya hemos aprendido a reconocer el sonido pegajoso de los aviones, emitidos en una frecuencia más alta. Por el cielo del oeste aparece volando muy bajo un aparato que alguien identifica como alemán, aunque parece difícil desde tan lejos.

—¡A esconderse! —grita uno de los milicianos, que corre a protegerse en el Mausoleo, con el rostro cubierto de espuma.

Pero enseguida otras voces lo corrigen:

—¡Está averiado!

—¡Va a estrellarse!

En efecto, del motor derecho sale un humo negruzco y hace que el avión se incline y vaya virando hacia ese lado. Pasa por encima de nosotros, perdiendo altura, y desaparece más allá de los tejados de Breda. Parece inevitable que se estrelle en algún lugar de las vegas.

No han transcurrido cinco minutos cuando llega a la explanada el coche del teniente seguido por un 3HC. Noguero baja y nos ordena:

—¡Rápido! Vosotros, venid conmigo, que tenemos que ir tras ese avión.

Cojo un fusil y subo al camión, que arranca rebuznando, malhumorado y con voz agotada. Es el mismo que hace dos días trajo a los heridos en las trincheras y, aunque han lavado la sangre del suelo de tablones, aún permanecen las manchas oscuras. Seguimos al coche, que baja con rapidez hacia las vegas hasta que se detiene en un cruce, dudando, antes de girar hacia el río por un camino secundario. Vuelve a detenerse más adelante, cuando llegamos a la altura de un hombre que labra con una yunta de mulas, ajeno a

todo lo que no sea la semilla y la tierra. Noguero sale del coche, lo llama y le pregunta por la pequeña columna de humo negro que ahora distinguimos a dos o tres kilómetros. El hombre hace gestos con la mano indicándole cómo llegar. Avanzamos de nuevo y no tardamos en descubrir el avión, que no se ha incendiado, como habíamos temido. El humo sale del motor derecho, pero no afecta al resto del aparato, porque el piloto ha logrado aterrizar sin demasiado daño en el mismo camino de tierra por el que nosotros hemos llegado, en el que se distinguen las rodadas. Como la recta se le ha acabado antes de detenerse, el avión ha continuado avanzando campo a través, por fortuna en terreno despejado, hasta detenerse muy cerca del río.

Bajamos del camión, pero no nos acercamos demasiado. El teniente organiza nuestros movimientos:

—El piloto o los ocupantes pueden estar dentro, aunque también pueden haber logrado salir e intenten defenderse. ¡Tened cuidado y que grite el primero que vea algo!

Avanzamos en arco, muy separados, hasta llegar junto al Junker. La rueda derecha del tren de aterrizaje está partida y del motor, aunque no arde, sigue saliendo un humo negro.

—¡Hay alguien y parece muerto! —grita uno de los nuestros que se ha acercado por la cola.

—Este ya no tirará más bombas —dice Noguero observando al copiloto, cuyo rostro, brutalmente aplastado por el choque, no deja entrever sus rasgos.

También hay manchas de sangre en el asiento vacío del piloto y en la puerta abierta, lo que indica que sus heridas no le han impedido huir. Nos desplegamos para buscarlo y unos minutos después oigo los gritos muy cerca de mí, junto a la orilla del Lebrón, como si el compañero que lo ha encontrado estuviera más asustado que el huido:

—¡Aquí! ¡Aquí!

Lo está encañonando cuando llegamos junto a él y el piloto levanta el brazo izquierdo, porque el derecho le cuelga ensangrentado y roto junto al costado. Aunque no viste de uniforme, como suelen hacer para ocultar la intervención oficial de Alemania en nuestra guerra, como si nosotros no nos bastáramos para destrozarnos mutuamente, en el pecho de su cazadora brilla una cruz gamada. Nos mira en silencio, sin poder ocultar el miedo, buscando a

alguien con galones o estrellas que controle a este grupo de nativos malencarados y con atuendos variopintos que formamos y contra los cuales le deben de haber advertido en su academia de Múnich o de Luneburgo. Es muy joven, como todos nosotros, y muestra un inconfundible aspecto de alemán: la tez clara, picoteada por algunos granos, el pelo rubio, los ojos profundamente azules y la nuca afeitada casi hasta la coronilla. Al verlo en tierra, indefenso, desarmado, con el brazo roto, cuesta creer que nos haya estado acribillando desde el aire y que haya lanzado aquellas bombas contra la población civil de Breda. Al salir del avión ha huido instintivamente hacia el río, hacia el refugio verde de los chopos y los alisos de las orillas, tal vez con la intención de cruzarlo a nado, pero el brazo roto y la fuerte corriente del Lebrón se lo han impedido. Siento un atisbo de piedad que se corta bruscamente cuando pienso en todos los nuestros que ellos han matado, también en los dos desertores que fusilamos.

—Si hubiera logrado escapar, en un par de semanas estaría de nuevo bombardeándonos —dice alguien a mi lado, como si hubiera estado pensando lo mismo que yo.

Regresamos con él hacia el avión, donde Nogueroles está señalando algo:

—¡Que nadie la toque!

—¿Qué es?

—Una bomba capaz de destrozar media Breda.

En efecto, en sus tripas se ve una bomba de doscientos cincuenta kilos, gorda y lustrosa como un delfín, que, contra todo pronóstico, no ha estallado.

Al regreso dejamos encerrado al piloto en lo que llaman cárcel, dos celdas en el semisótano del ayuntamiento, con un ventanuco con barrotes y una gruesa puerta de madera reforzada con un cerrojo.

Es nuestro primer prisionero y al día siguiente la noticia se ha extendido por Breda y la comarca. Hombres y mujeres acuden a ver al extranjero rubio que ha pasado de los cielos al sótano, se asoman a la pequeña ventana y lo observan con curiosidad mientras evocan viejas leyendas locales que hablan de invasores franceses de Napoleón presos en el mismo lugar antes de ser ajusticiados o arrojados a los pozos. En cambio, los muchachos de la villa sienten mayor interés por el avión derribado y, a pesar de la prohibición paterna, escapan en pandillas hasta el Lebrón para ver el Junker, de donde se

ha retirado la bomba. Nadie sabía bien qué hacer con ella y Guedea decidió explosionarla: la alejaron del aparato arrastrándola con largas cuerdas y, con la ayuda del herrero, activaron la espoleta. La explosión, tremenda, hizo temblar la tierra. Así que ahora ya los muchachos suben al avión varado, ocupan la cabina y juegan a ser pilotos y paracaidistas. Sea por ellos, sea por los adultos, poco quedaba de él cuando me acerqué hasta allí para sacar unos bocetos, reducido a su estructura una vez que han ido arrancando cables, relojes, barómetros, brújulas y hasta los asientos manchados de sangre. En ese despojo de piezas cuyo uso y utilidad ignoran hay algo del supersticioso deslumbramiento del primitivo ante los espejuelos, algo de su ciega usura por los frutos de la técnica, como si al apropiarse de esos objetos mágicos se apropiaran también de sus virtudes, de los secretos que hacen poderosos a sus dueños. A la postre, el Junker ha quedado junto a la orilla del Lebrón hundiéndose poco a poco en la tierra, a la espera de no se sabe qué: el caparazón vacío de un insecto gigante y venenoso.

Por otro lado, se diría que la caída del avión alemán ha elevado nuestra moral de resistencia, como si lo hubiéramos derribado nosotros. Aunque todo indica que se ha debido a un fallo mecánico, más de uno en las trincheras se ha atribuido la hazaña al asegurar que le dispararon cuando pasó sobre ellos, que alguna de sus balas alcanzó algún mecanismo sensible y provocó el incendio del motor.

El Mausoleo está vacío y nada perturba mi trabajo, pero ya no avanzo tan deprisa en un frente tan amplio. Estos días de diciembre, tan breves y con el cielo nublado, solo dejan entrar por las ventanas del lucernario una luz húmeda y tristonera que me obliga a encender las lámparas eléctricas que he pedido. Un electricista ha traído dos focos que puedo mover y colocar en puntos diferentes para ajustar la claridad como si fueran los dos soles del parhelio, aunque dos soles débiles que enmudecen de pronto, que se apagan con cualquier avería. A veces Marta me ayuda acercando uno de ellos cuando cae la oscuridad y necesito dibujar algún detalle muy preciso.

Los días son cada vez más fríos y todos buscamos el sol, como los perros. En las tardes despejadas aprovecho con usura la rica luminosidad de las siestas hasta que, con el sol bajando, salgo afuera, buscando los últimos rayos junto a los soldados y milicianos que se echan mantas por los hombros y encienden fogatas para calentarse las manos y, directamente sobre las llamas, las suelas de sus botas o alpargatas, que solo retiran cuando comienza a oler a caucho quemado. En el interior, voy abrigado con calcetines y con un jersey grueso de los que nos han tejido las mujeres de Breda. Su color amarronado no es muy bonito, pero su lana da un calor seco, cordial, delicioso.

A pesar de todo, el mural sigue avanzando. Una secuencia me lleva a otra, un personaje a su contrario. Voy y vengo por lo alto de las paredes como una araña, apoyado en el entramado de los andamios. Salto de un paisaje a un oficio, de un ciervo a un avión derribado. Dibujo y pinto, esbozo y corrijo hasta que el brazo se me cansa o huye la luz. Y aunque no soy yo quien debe decirlo, por riesgo de parecer presuntuoso, me gusta el resultado, me satisface ver cómo se van completando las escenas, con qué fluidez se produce la transición entre unas y otras, cómo laten ahí arriba los trozos de vida que voy arrojando sobre el muro circular.

He tenido que enterrarme bajo esta bóveda y empaparme en el líquido amniótico de las pinturas para descubrir que, frente a lo que había pensado, soy mejor pintor de escenas en movimiento que de situaciones estáticas. He tenido que hundirme en este edificio, construido como albergue de una mujer difunta, para comprobar que mi mano fluye mejor sobre cuadros vivos que sobre naturalezas muertas. Mientras trabajo he recordado a veces la respuesta del viejo y sabio Cézanne cuando le preguntaron, sin duda con desdén, por qué solo pintaba bodegones en los últimos años de su vida: *Un cadavre? Ça bouge!* Ahora sé lo que solo intuía: que no merece la pena pintar bodegones si no vibran de tensión. También recuerdo lo que le dije a Marta la tarde en que subimos a ver las pinturas rupestres de la cueva: «Solo somos capaces de pintar animales muertos». Yo me he entregado al mural y el mural me ha obligado a pintar el movimiento y la vida con una destreza que ignoraba poseer.

También, sin embargo, hay otros momentos en que no me gusta el resultado, en que no encuentro lo que busco: no acierto con el perfil de un campesino que labra una tierra mientras por el camino pasa un camión militar lleno de soldados que se dirige hacia una columna de humo, o me resulta forzada la postura de una mujer arrodillada en la orilla de un arroyo donde lava una camisa blanca con manchas rojas de sangre, de esa sangre que siempre resulta bellísima en los cuadros. En esas ocasiones bajo del andamio y ensayo bocetos en las grandes cartulinas que me ha proporcionado la imprenta Paraíso hasta que logro perfilar la imagen convincente. Entonces vuelvo arriba a copiarla o a estarcirla en la pared.

Ahora mismo oigo pasos y antes de mirar ya sé que es Marta quien llega. En estas semanas he aprendido a reconocer su modo de caminar y su costumbre de pararse siempre un poco antes de llegar a donde quiere llegar, como si no quisiera llamar la atención. Nunca viene con prisas, se mueve con una discreción que no puede confundirse con sigilo.

—¡Has traído la viola! —exclamo al descubrir el estuche.

—Sí.

—Ya era hora —le digo sonriendo.

Algunas veces le había pedido que tocara aquí, que la música sonaría bien en el Mausoleo, como en las iglesias, que la cúpula acunaría las notas. No necesito su ayuda en todo momento y, en cambio, creo que ella no puede estar tanto tiempo sin ensayar. Marta no se negaba —«Otro día», me decía—, pero siempre he sospechado que detrás de su resistencia aún seguía presente el recuerdo de Marcelo, como si le guardara una suerte de luto musical. Por eso me agrada tanto verla aquí ahora, abriendo con dos chasquidos las presillas de la funda de la que extrae la viola y el arco.

—¿Conoces a Telemann? —me pregunta.

—No.

—Quizá suene bien aquí. Telemann compuso mucha música sacra y este lugar se parece a una iglesia.

—A una iglesia civil —matizo.

—¡Mejor entonces! Porque lo que voy a tocar no es una pieza religiosa. ¿Es cierto que el dueño lo construyó para guardar el cadáver de su mujer? —pregunta mientras tensa el arco y frota la crin con la pastilla de resina.

—Sí.

—¿Cómo murió?

—Se cayó de su caballo favorito... O el caballo la derribó. La gente dice que el animal estaba celoso del hijo que ella acababa de tener.

—¿Qué edad tenía?

—Era muy joven. Veintitrés años.

Marta se queda pensativa, mirando la viola.

—Nadie merece morir con veintitrés años —dice, pero enseguida hace una reverencia algo teatral, como si estuviera ante un patio de butacas y ante un público muy amplio, y anuncia—: Para ustedes, primer movimiento del *Concierto n.º 1 en Sol mayor*, de George Telemann.

La observo con miedo por lo que pueda venir a continuación, pero se coloca la almohadilla en el hombro izquierdo y comienza a tocar sin preámbulos, mirando la partitura que ha abierto en un atril desplegable mientras se balancea suavemente al compás de esta música serena y dulce, casi bailable, que no le exige un gran despliegue físico.

En efecto, la viola suena muy bien aquí dentro. Nunca había imaginado que el sonido de un instrumento tan pequeño pudiera llenar un espacio tan amplio. La había oído tocar aquella primera tarde en el Retiro, y en la explanada el día del entierro de Marcelo, pero en esos lugares abiertos las notas escapaban por el aire, se disolvían hacia el cielo. Aquí, en cambio, se demoran bajo la cúpula, dan vueltas por las paredes circulares antes de apagarse y dejar su sitio a los nuevos acordes que las sustituyen. Y al mismo tiempo que el Mausoleo se llena con la música, el silencio se hace más profundo ahí fuera, como si todo callara alrededor para escucharla. No llega ningún eco de la guerra, ni voces, ni ruidos de motores de coches, de animales. Todo está silencioso e inmóvil y solo dispongo a mi alrededor de las imágenes de las paredes para asociarlas a la música, porque sé qué frágil es mi memoria auditiva y temo olvidarla si no la fijo en un soporte tangible antes de que termine y vuelva el silencio. Y no quiero olvidar esta melodía en la que Marta se mece, con los ojos cerrados en algunos momentos, como si estuviera en armonía con el deslizarse del universo, como si los movimientos de ida y vuelta del arco la elevaran sobre el bronco discurrir de estas semanas. Ha elegido la pieza adecuada para romper con las desgracias pasadas, una música

sencilla que amortigua la intensidad trágica y emocional del *adagio* de Schubert. Tal vez por eso tengo la seguridad de que ya no está tocando para Marcelo, ni siquiera para sí misma. Marta está tocando para mí.

—¡Has tocado muy bien! —es lo único que sé decirle cuando termina y me mira sonriendo, esperando mi opinión.

—¡Para el tiempo que llevo sin practicar...! —asiente, y acaricia la viola agradeciéndole su sonido—. Es una pieza que he interpretado mil veces, pero no estaba segura de que me saliera bien. Porque no es solo una cuestión de habilidad o de estudio, no creas. Muchas veces no logro tocar más que con las manos, moviéndolas de las muñecas a las uñas, y el resultado entonces no vale para nada. En cambio, otras veces, como ahora, aunque apenas haya estudiado, noto que todo mi cuerpo se va incorporando a la interpretación: los codos, los hombros, el cuello, la cabeza, el estómago... Hasta que siento que soy yo entera quien está tocando.

—Como ahora —le digo.

—Sí, como ahora.

Marta no tiene instinto para el uso de los colores. Me observa cuando tiño con un dedal negro un azul demasiado claro, y luego, si le pido que lo repita, intenta ajustar la proporción de la mezcla, pero en general debo corregir sus medidas. ¡Tampoco puedo esperar que haga bien todo lo que hace!

—Hoy voy a pintarte —le digo sonriendo, porque, si acepta, no quiero que pose con seriedad, como posaban los papas y los reyes para sus pintores de corte, hinchados como pavos, pendientes de su imagen para la posteridad.

—¿En un cuadro?

—No. Ahí arriba —señalo los andamios.

—¿En el mural?

—Sí.

—¿Ya me conoces? Dijiste que solo me harías un retrato cuando me conocieras.

—No, no te conozco lo suficiente —admito—. Pero nada me gustaría más. No solo aquí, en el Mausoleo, o ahí fuera. También me gustaría verte cuando estás con los tuyos, con tu familia. O cuando tocas con tu grupo de

música. Y también me gustaría mucho ver cómo es tu rostro cuando duermes.

—Eso parece una proposición —sonríe Marta.

—Lo es —replico en su mismo tono.

—¿Y con qué aspecto me dibujarías? ¿Con el de una miliciana, una campesina...? ¿Quién seré?

—¿Quién te gustaría ser?

—No lo sé —duda—. Y tú, ¿también vas a pintarte?

—Sí. Cerca de ti —sigo bromeando entre sus risas.

—¿Y qué serás?

—Tampoco lo tengo decidido. Pero elegiré algo que me favorezca. A lo mejor sigo la tradición y me pinto pintando.

—¿Y no es muy difícil un autorretrato?

—No, ¿por qué?

—Porque uno nunca se ve a sí mismo como es realmente.

—¿Y los demás sí ven cómo eres?

Marta vuelve a dudar.

—Algunos sí te ven, no todos. Hace algún tiempo tuve un amigo que pintaba muy bien. Me pidió que posara para él y lo hice varias veces.

—¿Pero si me dijiste que nunca te habían hecho un retrato!

—Es que no me lo han hecho nunca. Siempre pintó partes de mi cuerpo: las manos, el tronco, desde el cuello a los muslos, la espalda... Pero nunca me pintó el rostro...

—Entonces es que tu rostro no le interesaba.

—¿Tú crees?

—Sí, lo creo. Si nunca pintó tu rostro es porque no halló su secreto o su carácter, porque en el fondo eras una desconocida para él.

Me mira con seriedad, como si no le gustara lo que le digo.

—Eso me hace recordar a un maestro que tuve —añado—. Se pasó toda su vida persiguiendo un autorretrato que reflejara su alma. Nunca quedaba satisfecho, lo abandonaba o lo raspaba y, al cabo de un tiempo, volvía a pintar encima. Al final murió sin haberlo terminado.

—A lo mejor tu maestro no era un buen pintor.

—Sí, sí lo era. Pintó otros cuadros excelentes, de valor reconocido incluso por aquellos a quienes no les gustaba su estilo, algo arcaico para la época. Pero cuando miraba hacia sí mismo..., no sé, se bloqueaba.

—Quizá es que no le gustaba lo que veía y por eso decidía cambiarlo.

Nunca lo había pensado hasta que Marta lo ha dicho ahora.

—Puede que tengas razón. Quizá lo normal sea lo que le ocurrió a mi maestro y no lo que consiguió Rembrandt, que se conocía tan bien que se dibujó más de ochenta veces y en todas ellas era Rembrandt.

Se abre la puerta y entran el teniente Noguerol, Magro, Camilo el herrero, Martín Cupido y cuatro milicianos que portan herramientas: picos, martillos, sierras, cuerdas muy gruesas y un juego de poleas y polipastos. Observan con interés y gestos de asombro las pinturas por los huecos donde las telas dejan ver algunas escenas.

—Esto va muy adelantado —me dice el teniente.

—He logrado mantener un buen ritmo.

—Entonces no pasará nada porque descanses hoy. Tenemos que interrumpirte.

—¿Qué ocurre?

Noguerol mira la campana que se entrevé por la trampilla del suelo del lucernario. Todos los demás también levantan la cabeza.

—Tenemos que descolgar la campana.

—¿La campana? ¿Por qué?

—Necesitamos el metal para fabricar balas. Nos estamos quedando sin munición y los fascistas no dejan de disparar —dice Magro.

—¿Fundir la campana?

—Sí —confirma Noguerol.

—¿Lo sabe el dueño?

—El dueño ahora es el Estado —replica Magro.

—Es una requisa. Cuando la guerra termine se le compensará como es debido —dice Noguerol, que parece incómodo empujando fuera de la boca las palabras que parece traer aprendidas de memoria—. Necesitamos ese metal y no hay otra forma de conseguirlo.

—Y en cambio aquí no se necesita ninguna campana. No se usa —dice Magro—. Esto no es una iglesia.

Todos vuelven a mirar hacia lo alto, hacia la campana, sí, pero también hacia la bóveda que sí evoca un templo.

—¡Vamos! —ordena el teniente.

Los soldados comienzan a apartar algunas literas y despejan el centro del Mausoleo, dejando el hueco necesario para descolgarla. Magro, el herrero y uno de los milicianos desaparecen por la puerta del edificio anexo, desde donde acceden a la cúpula por la escalerilla de metal acoplada en el exterior. Unos minutos después se asoman por la ancha trampilla y arrojan desde arriba una soga para subir los polipastos.

Varias horas más tarde, tras los golpes de pico y de martillo que han hecho caer algunos cascotes al horadar el suelo del lucernario y liberar el yugo del muro donde estaba encastrado, y tras las operaciones necesarias para fijar las poleas, comienza el laborioso descenso de la campana hasta el suelo, cubierto de gruesos tablones.

El herrero ha bajado del campanario y todos obedecen sus indicaciones. Las gruesas sogas se tensan por el peso, chirrían las poleas y la campana comienza a descender muy despacio, según el herrero va pautando el movimiento a los hombres que, con las piernas ancladas al suelo y las manos aferradas a las sogas, con una vuelta dada en las muñecas, ceden centímetro a centímetro:

—¡Abbb... bajo! ¡Abbb... bajo! ¡Abbb... bajo!

Cuando por fin llega cerca del suelo, a la altura de un hombre, el herrero detiene el descenso y, con un gesto de pesar por la inminente fundición, acaricia la perfección de la campana y la leyenda escrita en el interior del labio: VIVOS ADMONEO, FUNERA PLANGO. Advierto a los vivos, lloro por los muertos. Y la firma: CAMILUS ME FECIT. BREDÁ, ANNUS DOMINI MCMXXXVI.

Por fin la campana se apoya en los tablones. Aquí abajo parece más grande y más pesada, pero ya no tienen problemas en hacerla rodar hacia fuera y en subirla por una rampa al camión de Martín Cupido, que poco después arranca hacia la fragua, donde morirán su llanto y su advertencia, muda, convertida en munición.

Hoy es Nochebuena y aunque se trata de una fiesta religiosa, la hemos celebrado como si también fuera un rito pagano. Se han retirado las literas — cuyo número sigue disminuyendo poco a poco— hacia las paredes y se ha despejado el centro del Mausoleo para colocar los grandes tableros de las comidas colectivas y los fatigados bancos que trajeron de la iglesia, puesto que nos han ofrecido un banquete especial. En las trincheras, los facciosos no han disparado ni un solo tiro en todo el día y nosotros se lo agradecemos respetando una tregua que nadie ha pactado.

Todos estamos de buen humor, a pesar del frío y de la carencia de algunos símbolos navideños que echamos de menos. No ha habido turrón, pero nos han servido una cena deliciosa. Han sustituido las escudillas por platos y nos los han llenado con un guiso succulento de patatas y carne de cordero que nos ha hecho olvidar tanto la correosa monotonía de la caza como esa sopa de las últimas semanas que, cuanto menos densa de condimentos, más caliente se servía. Lo hemos engullido sin demasiada educación: más que elevar las cucharas a las bocas, nuestras bocas se agachaban hambrientas buscando las cucharas para luego masticar vigorosamente los pedazos de carne. También nos han traído naranjas de sangre que nos han llenado la boca de zumo y de saliva. Recogidas en las Huertas de la Abundancia, resultaban un poco ácidas, pero su pulpa era muy jugosa y las hebras rojizas le daban un sabor peculiar que el paladar agradecía. Por último hemos disfrutado de un postre delicioso, parecido al mazapán: una tierna masa de azúcar, huevo y almendra cruda a la que por aquí llaman técula mécula. Al comerla, ya saciados, sonreíamos con la boca llena, notando cómo el organismo agradecía el calor del azúcar, como si paliáramos una carencia de la que no éramos conscientes. Un paisano ha traído una garrafa de una bebida engañosamente dulzona que llaman gloria y, como también João ha conseguido colar por la frontera algo de tabaco portugués, se puede decir que no nos ha faltado de nada.

Luego algunas muchachas han comenzado a cantar un villancico tradicional de pastores. Ha habido algunos titubeos por el tema de la letra, pero la tradición, la nostalgia y los recuerdos de la infancia se han impuesto sobre las reticencias religiosas y todos nos hemos unido al estribillo, negándonos a que esa musiquilla sea patrimonio exclusivo de los creyentes.

Gema le ha pedido a Marta que toque algo con la viola y esta vez no se ha hecho de rogar. Dudo que los facciosos hayan disfrutado una fiesta así en el Puente del Jinete.

Con el humo del tabaco y de los braseros y las puertas cerradas, el ambiente está muy cargado.

—¡Casi no se puede respirar! —se queja Marta, temerosa de las agresiones que todavía puedan afectar a su oído.

—¿Salimos a despejarnos un poco? —le propongo.

—¿No hará mucho frío?

—Sí —digo, pero cojo una manta de la litera.

Fuera, una resplandeciente luna llena perfila la silueta de la cúpula y a lo lejos deja ver las moles oscuras de la sierra. Los cuchillos de algunas nubes raspan su costra y derraman esquirlas de plata sobre la tierra oscura y gélida. Entre el Yunque y el Volcán se cuele un suave y frío viento del norte que limpia nuestros ojos y nuestros pulmones. Marta se ha cubierto con un gorro que le protege los oídos. Cada uno cogemos un pico de la peluda manta del ejército y caminamos juntos, tocándonos los hombros, las caderas. Sin pensarlo, llegamos al jardín italiano, donde brilla el mármol blanco de la estatua de Andrómeda, aterida en su hornacina en el muro, con su sólida y turbadora desnudez. A pesar de la oscuridad se distinguen las cadenas que la atan a la roca. Hundido en el césped, un pegaso de granito parece esperar una orden suya para salir volando.

—¿Por qué está encadenada? —me pregunta.

—Por vanidad. Era hija de un rey griego y las hijas de los reyes están acostumbradas a que todo el mundo las alabe como las muchachas más hermosas. Andrómeda lo creyó, se volvió vanidosa y, como castigo, el dios Poseidón la encadenó a una roca en medio del mar, donde la vigilaba un monstruo marino de tres cabezas. Así pasó mucho tiempo hasta que un día llegó un héroe llamado Perseo, montado en un caballo volador...

—¿Y ella todavía era joven?

—¡Claro que sí! Las ninfas nunca envejecen... Perseo le cortó las tres cabezas al monstruo y la liberó.

—Supongo que después de ese susto ya no sería tan vanidosa.

—Supongo que no.

Marta se queda mirando la estatua durante un rato. Luego dice:

—¡Lástima que tengamos que aprender tantas cosas a fuerza de dolor!

No le pregunto a qué se refiere y los dos seguimos allí, en pie, compartiendo la áspera manta militar, estremecidos por el frío y el contacto que, de un modo instintivo y pudoroso, hemos evitado hasta hoy, hasta que sin hablar comenzamos a besarnos. Tiene la cara y los labios helados y respira agitada. Nos abrazamos contra el frío de fuera antes de volver a besarnos.

—Te quiero —me dice sin despegar sus labios de los míos.

Oigo sus palabras dulcísimas vibrando dentro de mi boca y las saboreo, y su lengua no pesa sobre mi lengua. Excitados, buscamos cobijo en un rincón del jardín.

—¿Quieres que volvamos? —le pregunto después.

—Todavía no, espera un poco.

Recostados contra el muro, contemplamos el negro carámbano del cielo donde continúan con sus reyertas las estrellas, brillantes y melladas por el frío. Al mirarlas con fijeza durante un minuto se tiene la impresión de que algunas desaparecen, de que se les para de pronto el corazón, dejan de palpitar y se apagan para siempre.

Caminando muy despacio, regresamos hacia el bullicio y las risas del Mausoleo, donde la fiesta se alarga hasta la mitad de la noche, pero me levanto al amanecer, con el turno de guardia, para no perder la inercia del trabajo que tan buenos resultados me da. Aparecen varios soldados que envía Noguero para restablecer la limpieza y el orden. No espero a que terminen para ponerme a dibujar en papel el boceto de la escena que luego trasladaré al muro: un grupo de hombres que sujetan con fuerza las maromas enlazadas a las poleas con las que hacen descender una campana de lo alto del Mausoleo, de modo que coincidan el escenario real y su representación. A pesar del cansancio, los trazos fluyen jubilosos de mis manos, sin esfuerzo, en ese estado de gracia en que todo lo que sucede a mi alrededor contribuye a mejorar el mural, estimula mi imaginación y respalda las decisiones técnicas que he tomado, con tanta facilidad que me pregunto si todo esto no resultará demasiado superficial. Pero de momento aparto las dudas y continúo pintando,

sin la ayuda de Marta, que duerme en la habitación de las muchachas y solo aparece horas más tarde y me abraza el tiempo suficiente para recordar todo lo que sucedió anoche.

Subo a los andamios y pinto. Con escenas así, el Mausoleo, antes vacío, se va llenando de hombres, mujeres, niños y animales que pululan por los muros, que entran y salen de las paredes, que acechan tras una loma o se acercan por un camino. Cuando al fin Marta y yo nos quedamos solos, durante un momento tengo la impresión de que aquí estamos fuera del mundo, vagando por el espacio en una extraña Arca de Noé en la que ella y yo somos los pilotos, los navegantes protegidos por este casco invulnerable, mientras afuera ruge la tempestad de la guerra y la tierra se inunda de barro.

—¿Ya has terminado de fundir la campana? —preguntó Antonio Paraíso.

—Sí.

Camilo acababa de herrar un caballo en el patio de atrás y apartó con la escoba los excrementos que acudían a picotear las gallinas. Aún quedaba en el aire el olor a uña quemada que provocaba el contacto de la herradura al rojo vivo con la pezuña del caballo.

En la puerta apareció Botín.

—Poco trabajo, ¿eh?

—Ninguno —respondió Paraíso con desaliento—. ¿Quién necesita una imprenta en tiempos de guerra? Además, apenas tenía papel y lo empleé para los calendarios del treinta y siete y... ¿tú crees que alguien los compra?

Botín hizo un gesto de duda.

—Nadie —se respondió a sí mismo.

—¿Para qué van a comprar un calendario del próximo año si no saben si para entonces van a estar vivos? —preguntó Martín Cupido.

—Espero que al menos te quede papel para imprimir esquelas —dijo Camilo.

—¿Has terminado ya con la campana? —preguntó Botín.

De una pequeña lata sacó una hoja seca del tabaco que se cultivaba en las Huertas de la Abundancia, la desmenuzó entre las manos y fue ofreciendo picadura y papelillos. Aceptaron todos excepto Antonio Paraíso:

—No, gracias. Ya te he dicho que lo he dejado.

—Es verdad, no me acordaba. Y eso que todos los días nos haces unas descripciones detalladas de lo que va pasando en tus pulmones y en tu paladar.

Camilo se sirvió unas hebras en la mano ancha y gris de limaduras y comenzó a liarlas mientras respondía a la pregunta de Botín:

—Sí. Y ya se han llevado parte de la munición.

—A lo mejor los milicianos tienen más puntería ahora que usan balas comunistas y ya son capaces de darle a algún moro de Franco —comentó Paraíso.

—No se puede negar que la Revolución está en marcha —ironizó Botín, que no podía ocultar su antipatía hacia la República.

—No te entiendo.

—Primero hicisteis comunistas a las encinas —fue contando con los dedos—. Luego marcasteis las vacas de Cuaresma con el hierro de la hoz y el martillo y también las vacas pasaron a ser comunistas. Y ahora habéis fundido la campana de De las Hoces y habéis repartido entre todos los milicianos el metal convertido en balas. ¡Si eso no es la Revolución...!

—Hoy estás muy ingenioso —lo interrumpió Martín Cupido.

—Aunque, pensándolo bien, falta otro paso.

—Qué.

—Falta el reparto. Y no estoy seguro de que todos los campesinos acepten ni su encina ni su vaca.

—¿Cómo que no?

—¡Como que no! —repitió—. Yo sé de más de uno que renunciará a ellas con tal de no aguantar las exigencias posteriores de producción de cuotas y de planes quinquenales.

El reloj quemado de la iglesia dio una primera campanada y todos callaron para contar el número. Al detenerse, Camilo exclamó:

—¡Seis! ¡Ha acertado!

No se dieron cuenta de que Chon Cuaresma había entrado en la fragua hasta que la oyeron preguntar por su marido.

—Hoy no ha aparecido por aquí —dijo Camilo.

—Si viene, decidle que vaya a casa cuanto antes.

—¿Algún problema? —preguntó Botín.

La mujer dudó un momento, pero al fin se decidió a hablar:

—Sí. Con las vacas que nos confiscaron.

—Las cien vacas comunistas —ironizó Martín Cupido.

—¿Qué ocurre ahora con ellas? —preguntó Botín.

—Creo que ya hasta han aprendido a mugir *La Internacional* marcando el ritmo con los cencerros.

—¡Seguro que esas vacas nunca se habían divertido tanto! —Paraíso y Martín Cupido no podían contener las risas y Chon Cuaresma los miró con severidad.

—Se las habían llevado a pastar a la dehesa comunal, pero no han tardado en comerse todo el pasto. Como tenían hambre y conocían el camino, han saltado la pared y se han metido de nuevo en nuestro cercado.

—Han vuelto a la querencia.

—Pero si dicen que las vacas ya no son mías, yo no tengo por qué alimentarlas. Que las alimenten sus dueños. He ido al ayuntamiento a reclamar —explicó con aquel acento claro y autoritario que siempre hacía pensar que no repetiría lo que acababa de decir y por el que resultaba antipática.

—¿Y qué te han dicho?

—Que no puedo reclamar nada porque las vacas también son mías.

—¿Pero no te las habían confiscado? —preguntó Martín Cupido.

—No solo confiscado, también marcado con ese hierro —añadió Botín.

—Eso les he dicho yo, pero dicen que las vacas pertenecen a toda la comunidad. Y que como yo formo parte de la comunidad, no puedo reclamar contra mí misma.

—Según la ley, en eso tienen razón —dijo Paraíso.

Chon Cuaresma lo miró de nuevo con severidad.

—¿Quieres decir que de verdad las vacas también son mías?

—Sí.

—¿Tan mías como para dejarlas morir de hambre sin que nadie venga luego a multarme?

Ninguno de los hombres supo qué contestar y apuraron los cigarrillos mirando hacia las ascuas del fogón, como si entre sus chispas pudieran encontrar una respuesta.

—En cuanto lo veáis, decidle a mi marido que vaya a casa. Tenemos que tomar una decisión sobre esas dichosas vacas que antes eran nuestras, luego eran de otros, y ahora parece que también son nuestras —rezongó antes de marcharse.

—Creo que Cuaresma va a tener dos problemas —dijo Paraíso.

—Sí. Y el de las vacas no será el peor. Ese siempre podrá solucionarlo con un poco de paciencia —dijo Botín.

—No estés tan seguro de eso —dudó Martín Cupido.

—Ya lo verás. En unas pocas semanas recuperará sus vacas, aunque sin duda un poco más flacas.

—Y si fuera así, según tú, ¿qué harán con la marca que llevan en las ancas?

—La borrarán. No van a dejar que cien animales pasten por ahí llevando propaganda revolucionaria —dijo Paraíso.

—¡Claro que la borrarán, aunque tengan que arrancarles un buen trozo de piel! Porque tampoco van a sacrificar a cien pobres vacas inocentes solo porque a Magro se le ocurriera marcarlas con la hoz y el martillo.

—Bueno, a lo mejor no es tan fácil. A lo mejor esa señal imprime carácter —ironizó Paraíso.

—¿Qué quieres decir?

—Que quizá las vacas hayan adquirido conciencia social después de pasar por tantas manos y oír tantos discursos y ahora se nieguen a dar leche si su dueña sigue vendiéndola a precios abusivos y jurando que contiene un litro cuando todos saben que está bautizada con agua del Lebrón.

—Esto del comunismo es muy complicado —concluyó Camilo.

—¡Ahora sí! —exclama Tena, que vuelve del Palacio a primera hora de la mañana—. Me lo han confirmado los de transmisiones.

Mangas, Gema, Viriato y los demás de la sección, que descansan después de haber pasado la noche de guardia, lo escuchan sin demasiado interés. Todos forman un grupo compacto, unido por el peligro y los esfuerzos que comparten día a día. Como ya no voy con ellos a las trincheras, a veces me siento un poco al margen, aunque ninguno lo manifiesta y procuran incluirme en sus charlas y diversiones y mantenerme al día con las novedades.

—¿Qué ocurre? —le pregunto.

—Que por fin se prepara una ofensiva en serio.

—Eso lo han dicho tantas veces que ya no nos lo creemos —dice Mangas.

—Ahora es cierto, no se trata de un simple rumor. Le han enviado información al comandante. En Madrid han tardado mucho en reaccionar, porque nadie esperaba que se unieran a la rebelión tantos militares. Toda la estructura del ejército quedó en julio patas arriba, pero al fin Largo Caballero está tomando la iniciativa. Le ha encargado al coronel Rojo...

—¿Quién es el coronel Rojo? —lo interrumpe Viriato, que, paradójicamente, como nos pasa a todos, conoce mejor a los generales sublevados que a nuestros propios generales.

—¿Rojo? ¡El mejor de los militares de la República! Él y el general Miaja han organizado la defensa de Madrid contra la que se han estrellado los facciosos. Y Rojo conoce bien cómo piensan los sublevados, porque a muchos de ellos les dio clases en el Alcázar de Toledo.

—Pues muy bien no debió de enseñarles lo que era la disciplina y la lealtad —dice Gema.

—He oído hablar de él —dice Mangas.

—Rojo va a lanzar definitivamente una ofensiva aquí, en el frente de Extremadura, para descongestionar la presión sobre Madrid.

—Eso ya lo intentamos nosotros hace más de tres meses y nos dejaron con el culo al aire —protesta de nuevo Mangas.

—¿No es un poco tarde? —pregunta Gema.

—Hace tres meses no se pudieron reunir hombres ni materiales. Ahora ya sí los hay. Los camaradas rusos están enviando tanques y municiones que cada día entran por el puerto de Valencia.

—Valencia está muy lejos y los tanques son muy lentos —dice Gema.

—Si tú sabes todo eso —Mangas insiste en su recelo—, ¿cuánto crees que tardará Franco en saberlo también?

—Ya lo sabrá. Por eso han vuelto a traer el cañón —se anticipa a responder Viriato.

—Ya lo has oído. Así que dile a tu coronel Rojo que venga de prisa a rescatarnos antes de que otra vez nos destrocen con su artillería.

La artillería y los aviones, porque ayer nos bombardearon desde el aire. Un nuevo avión alemán apareció volando muy bajo en el horizonte. Los disparos de su ametralladora venían arando la tierra de la explanada y apenas tuvimos tiempo de escondernos. Sobrevoló Breda y cuando ya creíamos que se marchaba, dio la vuelta y lanzó varias bombas sobre nosotros. Una cayó aquí, en el Mausoleo, pero apenas causó daños exteriores en el sólido muro de la cúpula, un rasguño en la piedra que debió de frustrar sus dañinas intenciones. Espero que de ese fracaso no saquen conclusiones. Otra destrozó uno de nuestros camiones aparcados en la explanada.

Lo cierto es que todo indica que están pasando de nuevo a la ofensiva, ahora que, a finales de febrero, los días comienzan a alargarse. En el Puente del Jinete también nos siguen causando bajas. Una de las últimas ha sido la de Rocha, el miliciano actor con el que huimos del desastre del Montón de Trigo y que posó para el mural como modelo para uno de los segadores. Ya no interpretará más, el de soldado fue su último papel, ni siquiera de protagonista. Es la tercera víctima de entre quienes están pintados ahí arriba y temo que, si la lucha continúa, el mural se irá llenando de retratos de gente muerta. Rocha era muy hábil, parecía que nadie podría cazarlo, pero una bala le acertó en la frente y cuando cayó al fondo de la trinchera ya estaba muerto.

Lo hemos enterrado en la zona civil del cementerio, que a este ritmo no tardará en quedarse pequeña. Como en otras ocasiones, el comandante Guedea ha ordenado recordarlo en la lápida colectiva, que se va ampliando sin más indicaciones que una fecha junto a cada uno de los nombres grabados.

A mediodía comienza a caer una lluvia sólida y fría que no tiene visos de parar. El día está muy oscuro, el cielo es una sola nube, muy baja y sin contornos, que se deshace en millones de gotas sin que por eso disminuya su densidad y genera una luz cenicienta y eclesial apta para cuadros de martirios de santos, pero poco apropiada para las escenas de este mural iluminado por dos soles. Sin embargo, Nogueroles no quiere ver a nadie tumbado en las literas o ganduleando aquí dentro durante el día y saca a todo el mundo del Mausoleo para asistir a no sé qué charla teórica en el ayuntamiento.

Marta llega del estanco, adonde ha ido a comprar un sello para enviar una carta a sus padres, que, a pesar de las dificultades, alguien sigue pasando a la otra zona. Ella, sin embargo, está preocupada porque desde hace algún tiempo no ha recibido noticias suyas. Viene con el pelo empapado de lluvia, pero no me importa mojarme al abrazarla y no me resisto a seguirla hasta la habitación que comparte con Gema. Cierro la puerta sin importarme que luego alguien proteste y la ayudo a secarse el pelo, a quitarse la ropa mojada. Como tiene los dedos ateridos, soy yo quien separa los botones de sus tajos y abro su blusa. Se deja desnudar y voy acariciando despacio la piel que se revela, sus pechos duros y pequeños, sus afrutadas rodillas, que beso y muerdo como se muerde una naranja, sus caderas firmes y redondas, suavemente tapizadas de carne, el tacto algo rasposo de sus piernas ahora que ya no encuentra cera con la que depilarse. Tendida en la cama boca arriba, su vientre es tan plano que los huesos de la pelvis tensan el elástico de las bragas blancas y dejan dos estrechas ranuras, sin ceñirse a la piel. Las aparto y froto entre mis dedos el rizado suave y crujiente de su pubis mientras su sexo comienza a abrirse como un tulipán sedoso y húmedo. Beso en su cuello la marca, tan parecida a un chupetón, que otra vez le ha producido la viola y noto sus manos en mi espalda, apretándome contra ella. Cierro los ojos y me encierro en su carne.

Pinto y amo. Es lo único que hago en estos días, podría prescindir de todo lo demás: de la comida, del descanso, del sueño. Voy del mural a su cuerpo, y de su cuerpo vuelvo a la pintura, inspirado y feliz. Amo y pinto, solo o ayudado por Marta, que también se reserva su propio tiempo para su ocio o para tocar la viola. Me gusta mucho esa cualidad suya de estar cerca sin ser agobiante, de tener su propio mundo sin ser indiferente al mundo de los otros. Dormimos juntos en una pequeña habitación que Noguerol nos ha permitido ocupar y ya sé también cómo es su rostro cuando duerme. Por eso no me ha resultado difícil pintarla y ahí arriba, entre el centenar de figuras de campesinos afanados en sus labores, de soldados que defienden un puente o una trinchera, de mujeres que se peinan unas a otras, entre encinas y nubes, entre campos de trigo y huertos de hortalizas, entre bueyes que arrastran una carreta, también se esconde el rostro hermoso e irregular de Marta.

Para pintarla le hice subir al andamio y sentarse inmóvil frente a mí mientras dibujaba su rostro en la pared. La he colocado en la segunda sección, la de paisajes y exteriores de Breda, apartada de la gente de la villa que trabaja o baila, pero también lejos de la guerra. Está sentada en la hierba, bajo un roble, entre un pequeño grupo de mujeres que han extendido en el suelo un mantel y, sobre el mantel, comida. En la escena aparecen también un niño y un hombre y todos charlan de algo agradable. He copiado un recurso de los clásicos y, al fondo, he incluido un alto muro de rocas en el que se ve no tanto una cueva como un refugio, porque le he quitado profundidad al original para evitar la oscuridad de las guaridas. Si se observan desde cerca los detalles de esta escena, se distinguen en la pared en sombra del refugio los trazos diminutos de las pinturas rupestres tal como las copié aquella tarde, con los cazadores, los ciervos y los dos soles del parhelio. He querido dejar constancia, de un modo privado y escondido, del lugar y la tarde en que me enamoré de ella. Pero eso solo lo sabemos nosotros dos, desde abajo las pequeñas figuras apenas se aprecian. Marta tiene la espalda apoyada en el tronco, de modo que queda frente al espectador, en el hueco que dejan dos muchachas de espaldas. Gira un poco la cabeza para mirar o escuchar al hombre que está a su izquierda, cuyo rostro queda parcialmente tapado por una de las mujeres, por lo que no se sabe quién es, aunque sin duda se trata de alguien que le resulta agradable, puesto que sonrío levemente al escucharlo,

sin jocosidad ni asombro. Está confiada y atenta, con el gesto relajado de quien se encuentra entre gente a quien aprecia o en quien confía, de quien escucha algo ya conocido que siempre resulta agradable recordar. He prescindido en su aspecto de cualquier indicio de malestar, de la enfermedad y de los sucesos luctuosos por los que ha pasado y he intentado que el espectador que contemple su cara piense: «¡Qué afortunado el hombre al que así mira!». En el pelo lleva una diadema o una cinta que no se ve, oculta entre las ondulaciones de su abundante cabellera, de la que escapan hacia la frente los cabellos más cortos. Tampoco se ven sus codos, pero sí sus manos elevadas hasta la altura del pecho, que muestran la elegante armadura de los dedos, finos y de uñas limpias y cortas. Juguetean con algo que no se distingue del todo: un pequeño objeto metálico, un llavero o tal vez un anillo que se ha quitado de algún dedo, puesto que no se ve en ellos ninguna joya ni adorno. Sí se ve en el cuello un fino cordón de cuero, aunque tampoco se aprecia lo que cuelga de él, tan cerca de su pecho. Yo, que la pinté y que la he visto desnuda, sé que solo se trata de su chapa de identificación, pero no he querido mostrar ese detalle bélico. Del lóbulo del oído derecho, puesto que el izquierdo queda oculto por el giro de la cabeza, pende una pequeña mancha blanca del tamaño de una perla, aunque de figura geométrica, aristada. Las cejas, amplias, algo depiladas, cobijan los ojos cálidos y risueños, estirados por los altos pómulos, atentos al interlocutor invisible que le habla. Tanto me esforcé en su retrato que ni siquiera prescindí de un granito rojo, algo irritado, en la frente. Tampoco de las tres pequeñas arrugas que, al sonreír, se le forman en la comisura exterior de los párpados y que no la envejecen. La nariz no es grande, tampoco es una nariz de muñeca. Los ojos que observan no se detienen en ella, los atrae la cercanía de los labios frescos y entreabiertos, entre los cuales asoma la sombra blanca y nivelada de los dientes.

Nada amargo, pues, queda en su retrato, donde solo se fijan estas últimas semanas de felicidad. He borrado las huellas del dolor y en su lugar he pintado cierta complacencia en su sonrisa: la de la muchacha que, tras superar un duelo y una enfermedad, se sabe recuperada y hermosa, la de la mujer que ha crecido más despacio y descubre lo viejos que a su alrededor se han vuelto todos de repente.

Como si ambos tuviéramos miedo de que todo esto pase y nos deje de lado, abandonamos el trabajo a medias, sin horario, y nos encerramos en la habitación. Unas veces nos amamos despacio, como peces ahítos, saboreando las caricias, la tibieza de los besos, pero en otras ocasiones rugimos de deseo y jugamos a mordernos con la misma seriedad con que en el zoo se muerden los cachorros de león, como si estuviéramos enfadados. Entonces noto sus incisivos en mi hombro, sus uñas en mi espalda hasta que la piel gime. En la dulce fatiga del final amo el jugoso brillo que queda en sus ojos, la humedad de sus labios, su cabello revuelto en la almohada, su piel erizada como si tuviera frío.

He tenido aventuras anteriores con otras mujeres, con quienes fui más o menos feliz, más o menos desdichado. He disfrutado historias de amor en las que entraban en juego los sentimientos o el sexo, la diversión y las risas o el desafío de la seducción y la conquista, pero nunca había tenido una experiencia donde todo eso se ofreciera al mismo tiempo, como lo ofrece Marta: el amor junto al placer más intenso, el sosiego de la rutina junto a la exaltación de la aventura que nos resulta la vida en el Mausoleo, entre el cielo y la guerra que continúa ahí fuera.

Hay días, sí, en que las nubes bajan de las sierras pataleando y sacudiéndose el agua y nos atosiga la lluvia, pero a menudo, en un brusco cambio, tras una mañana gris y cenicienta despeja al mediodía y tras las nubes aparece un sol que oreo las encinas engrasadas por la niebla. Ayer mismo estalló una vistosa tormenta primaveral. Las horquillas de los rayos pincharon las nubes y sus globos llenos de agua se derramaron a chorros sobre la tierra. Pero hoy, en cambio, ha subido la temperatura bajo un sol que se demora en el cielo y caldea poco a poco el ambiente. Aunque el tibio calor aún no despierta los aromas de la naturaleza, lo dispone todo para un estallido inminente. La dehesa respira a fondo y en este tránsito hacia la primavera cada mañana nos saluda con una nueva oleada de verdor. Con la combinación de tierra húmeda y cielo caliente casi se ve cómo se va hinchando el grano en las espigas, que

de un día para otro parecen llenarse de pan, cómo ante nuestros ojos el color verde va brotando de las yemas de los chopos en las densas choperas del Lebrón.

Todo este espectáculo no parece distraer a los facciosos, que continúan con su sordo e incansable hostigamiento, provocándonos un desgaste que, si no recibimos pronto la ayuda que anunciaba Tena, no tardará en acarrear consecuencias. Cada día muere alguno de los nuestros y siguen desmontándose poco a poco las literas. Empiezo a tener miedo de que no seamos capaces de contener otra posible ofensiva y de que acaben estos robustos días de marzo, tan llenos de felicidad.

¡Qué contradictorio ser dichoso en medio de la guerra!

Por fin, a finales de abril, después de cinco meses de un trabajo intenso, a veces febril, Rubén le dijo a Noguerol que ya podían desmontar los andamios y realizar una profunda limpieza de todas las huellas y manchas de pintura, de las excrecencias del trabajo. El mural estaba terminado.

Guedea fijó la inauguración para tres días más tarde. Y a la mañana siguiente, en cuanto los milicianos abandonaron el Mausoleo, aparecieron varios albañiles para llevarse andamios y maderos y, tras ellos, Marta y Gema acompañadas por un grupo de mujeres de la villa armadas con escobas, cubos y trapos de limpieza, entre las cuales estaba la hermosísima esposa del barbero.

Tal como les había pedido, al anochecer habían terminado la tarea y todo, excepto las telas que lo ocultaban, se veía limpio y recogido. El comandante Guedea había hecho especial hincapié en que la inauguración no se viera afectada por la guerra. Desde el principio se había implicado personalmente en el proyecto y ordenó que todo se desarrollara como en la vida civil, con el mismo espíritu entre cultural y festivo con que se hubiera celebrado en tiempos de paz, en un desesperado intento de demostrar que todo iba bien, que la guerra no se estaba perdiendo.

Desde primeras horas del día previsto se retiraron las telas y no se le permitió a nadie la entrada en el Mausoleo, a la espera de que a las seis, todavía con sol, pero ya sin el peligro de bombardeos de los aviones alemanes, acudieran a la inauguración los oficiales, soldados, milicianos y combatientes libres de guardia y los habitantes de Breda, que habían sido invitados sin ninguna excepción.

Marta no había visto a Gema y la esperaba algo alejada de la puerta, junto a Luz, la hija del herrero, y un grupo de muchachas de la villa que se habían acercado a su arrimo. Aunque Rubén había insistido en que estuviera a

su lado, puesto que ella había participado directamente en la pintura, prefería huir de la primera fila y contemplar desde un rincón el avance imperial de las autoridades, seguidas por el inevitable cortejo de aduladores que solían acudir a estos actos, incluso con los mandatarios menos proclives al boato. Por otra parte, aunque conocía el mural a trozos, quería descubrir qué sentía al contemplarlo desde fuera y todo al mismo tiempo, al hundirse en su vientre de colores como una espectadora más. Desde su posición esperó a que entrara toda la gente, los invitados principales, los milicianos que habían servido como modelos, las mujeres de Breda y los hombres que, antes de entrar, tiraban al suelo los cigarrillos y los aplastaban meticulosamente. Dentro vio a Rubén que explicaba algo señalando las figuras, mientras Guedea, el discreto alcalde de Breda y otros oficiales asentían con gestos concentrados.

Dejó que avanzaran sus compañeras y se detuvo sola en el centro del Mausoleo. Incluso conociendo el mural y conociendo a su autor, ahora, al verlo en perspectiva, despejado de telas y andamios, se sintió embargada por una intensa admiración. Giró sobre sí misma, muy despacio, buscando un comienzo y un final, pero todo era un paisaje continuo, sin marcos que lo limitaran, un cinturón de colores poblado de decenas de figuras, desde la pasarela hasta la cúpula, que la rodeaban como si estuviera ante un espacio abierto y real. No había principio ni fin, pero Rubén había reflejado con exactitud el mundo de fuera, en un riguroso orden geográfico y temático del que hasta ese momento ella no había sido consciente. El norte en la pintura coincidía con el norte geográfico, y el sur, con el sur, como los otros puntos cardinales, de modo que el interior se correspondía con la realidad de fuera. Breda y su comarca habían sido concentradas en aquel recinto circular, se reconocía su luz, su paisaje, la tierra y sus frutos y los rostros de quienes la habitaban, pero no desde un realismo plano y notarial, sino desde una estética levemente deformada por un vigoroso expresionismo que eludía todo folclore costumbrista. Para pintar un árbol, Rubén no había ido al campo cargado con tela, atril y caja de colores a asediarlo desde todos los puntos de vista, para «captar su esencia», como le había dicho con ironía en más de una ocasión. Marta observó los dos soles del parhelio que lo iluminaban todo para que nada quedara en sombras. Bajo su luz se desarrollaban escenas en las Huertas de la Abundancia y en la margen derecha del río, en la amplia curva donde el

Lebrón comenzaba a barrer hacia el oeste. Desde allí un carro de ruedas anilladas arrastraba la vista hacia las calles de Breda, pobladas de niños jugando, de mujeres —unas vestidas de negro, otras de un traje festivo de brillantes colores— sentadas en sillas de anea, peinándose unas a otras en la calle, de hombres que elevaban una campana hasta una cúpula con la ayuda de cuerdas y poleas. Después de aquello, en la zona que correspondía al norte, se levantaba El Paternóster y, tras él, el telón de las montañas, enmarcado entre las cumbres del Yunque y del Volcán, los dos nombres que había oído repetir tantas veces que ya le parecían inmortales. Bajo un roble se veía a un grupo de muchachas, acompañadas por un hombre y un niño, sentadas en la hierba, alrededor de un mantel con comida para una merienda campestre. La más cercana giraba la cabeza sonriendo y miraba a los espectadores como invitándolos a participar en la merienda. Los rayos de luz se colaban por los embudos de las hojas y veteaban de verde los rostros, entre los cuales Marta se reconoció de nuevo. Separado de las montañas, pero unido a la villa por una suave transición de prados y por un muchacho que conducía con un palo una punta de vacas, el oeste albergaba un paisaje de encinas colosales bajo cuyas copas la luz de los dos soles se resquebrajaba en brillantes fragmentos que parecían picotear algunas palomas posadas en sus copas o que andaban a gatas por el suelo en busca de bellotas. Antes de que aparecieran las imágenes de guerra —que tanto esfuerzo le habían costado a Rubén— en el Puente del Jinete y en el Montón de Trigo, se veía la carcasa de un avión derribado sobre el que se habían subido unos muchachos señalando la cruz gamada en el ala rota. Y un poco más allá, a un grupo de campesinos con sandalias de cuero y suela de neumáticos a quienes les habían puesto en las manos un fusil que no parecían saber utilizar y que sopesaban con un gesto entre voluptuoso y asustado, como si acariciaran a una mujer, con una torpeza que revelaba su falta de familiaridad con las armas de guerra. Todavía ahí la dehesa conservaba esa paz que permitía el idilio que mantenían las palomas con las encinas y todo era aún tan apacible en la pintura que Marta sintió el impulso de pasar la mano por el suelo enyerbado, como si pudiera notar su frescura. Sin embargo, un poco más allá, de pronto los brillantes colores del cielo y de los campos se batían en retirada, sustituidos por tonos sombríos, por el humo de las explosiones y el gris plomo de las armas, por el negro del cañón que

parecía tronar en la pared al disparar contra un grupo de milicianos y soldados que resistían en una trinchera. A sus espaldas, dos enfermeros transportaban en una camilla a un soldado herido en una pierna, dirigiéndose hacia un claro en la retaguardia con tiendas de campaña, y se cruzaban con un oficial que dirigía a una patrulla conduciendo a dos prisioneros con las manos atadas a la espalda. En aquella parte todo era movimiento, tensión y desgarró y, como si Rubén hubiera adivinado el hastío del espectador tras contemplar las últimas escenas, donde nada quedaba en reposo, de nuevo conducía sus ojos hacia las riberas del Lebrón y cerraba el círculo volviendo al sosiego de las Huertas de la Abundancia.

Marta respiró profundamente. Todo aquello solo podía haberlo creado un pintor extraordinario. No estaba al alcance de cualquiera levantar un mundo tan personal y emotivo en el que, sin embargo, los demás se sintieran representados. Abstraída en medio de la gente, cuyas conversaciones le llegaban amortiguadas, comparó su oficio de músico con el oficio de Rubén: «Hay músicos que nos dicen cómo es el mundo: Vivaldi, Albéniz. Y hay músicos que nos dicen cómo somos nosotros: Bach, Schubert, cada vez que tocas una pieza suya sientes que la compuso pensando expresamente en ti. Esa misma sensación la he tenido ahora, delante del mural. Al hablar de sí mismo, Rubén está hablando de todos nosotros».

Conmovida, volvió a buscarse en la pared, bajo la sombra del roble rota por los pellizcos del sol, y se sintió satisfecha y orgullosa de estar allí.

—¡Eh, despierta! —era Gema, que, al descubrir lo que miraba, añadió—: Te ha sacado muy guapa. Ni en la pintura puede disimular cuánto le gustas.

—¡No seas exagerada!

—¡Qué voy a serlo! Ya me gustaría que alguien me sacara tan favorecida en un retrato. ¡Pero ni con cámara de fotos! —sonrió abriendo mucho sus ojos azules y luego añadió en voz baja—: Te he estado buscando, pero no te veía. Tengo que contarte una cosa. João me ha pedido que todavía no se lo diga a nadie, pero a ti no puedo ocultártelo.

—Dime.

—¡Vamos a casarnos! ¡El muy pánfilo, hasta ayer no se decidió a pedírmelo!

—¡Enhorabuena! —Marta la abrazó—. Quiero ser tu... como se diga, dama de compañía... o lo que sea eso.

—Creo que no vas a poder —lamentó.

—¿Por qué?

—Porque nos casamos en Portugal. Dice que aquí..., que ahora están las cosas aquí muy complicadas y que es mejor que nos vayamos una temporada... sobre todo si queremos tener un niño —confesó.

—João tiene razón.

—¡Con lo que me gustaría que tú tocaras la música en mi boda!

—Te prometo que luego, cuando volvamos a vernos, lo celebramos y toco algo especial para vosotros.

—Te tomo la palabra, ¿eh? Además, la boda será en Portugal porque João quiere que nos casemos por la iglesia —dijo con vergüenza.

—Bueno, cada cual tiene sus ideas.

—¡Si no es por él! Es por su madre, que está enferma. Le daría un gran disgusto. Ha hablado con mi padre y las dos familias están de acuerdo. ¡Muy republicanos, sí, muy republicanos..., pero cuando se trata del matrimonio de una hija, todos los hombres vuelven a lo tradicional! Me iré a vivir allí con él. Me da mucho miedo que esté cruzando la frontera para acá y para allá. Se está poniendo muy difícil el paso por La Raya.

—Haces bien —Marta intentó tranquilizarla—. Yo haría lo mismo en tu situación, con un novio que me quisiera tanto.

—¡Pero si lo tienes! —Gema soltó una carcajada—. No hay más que ver lo guapa que te saca en las pinturas.

—¿Cuándo será la boda?

—Dentro de un mes. Sus hermanas se están encargando de preparar todos los detalles. João se fue ayer para ayudarlas —dijo antes de alejarse con las compañeras que la reclamaban.

Rubén seguía hablando con Guedea y agradeciendo los elogios de quienes se acercaban a felicitarlo. Pero de vez en cuando la miraba como si quisiera escaparse hacia ella y no se lo permitieran, con un gesto que parecía decirle que también a él le gustaría estar en las últimas filas, entre los parientes pobres que acuden a las bodas. Marta oyó los comentarios de asombro que hacían todos, vio los gestos de satisfacción de quienes se

reconocían en el mural, de complicidad al identificar un paisaje o al recordar una escena similar, de admiración ante alguna figura cuyos ojos los seguían por todas partes. Ella misma comenzó a descubrir detalles que, si aislados no tenían sentido, en relación con el conjunto se llenaban de resonancias. Muchos le resultaban conocidos, pero, iluminados por Rubén, adquirían matices que no había apreciado. Era como si hubiera estado viendo ese mismo mundo de un modo borroso, con un velo de niebla, que de pronto él había retirado para mostrárselo con toda claridad, diáfano y luminoso.

Ahora las imágenes desbordaban la pared e implicaban a los demás sentidos. Notaba la aspereza de las camisas de arpillera de los campesinos y la frescura de la hierba, en la que apetecía recostarse, el filo de las hojas de las hoces y el tacto granuloso de la luz bajo las copas de las encinas cargadas de palomas con el buche lleno de bellotas. Se podía oler la acidez del rayo que caía sobre un roble en El Paternóster, el tufo de los pies alpargatados de los campesinos y el sudor en las cabezas hirsutas de los pastores, con el pelo chamuscado por el sol, tan duro, resistente y protector como el mismo pelo de las cabras o la lana de las ovejas. Se oían las voces de los hombres que guadañaban en las riberas del Lebrón una hierba tan alta que les llegaba a la cintura mientras, tras ellos, un grupo de mujeres se afanaba reuniendo las gavillas. Apetecía, en fin, morder el fresco sabor de la sandía que comía un rapazuelo.

Todas aquellas escenas habían pasado por sus ojos sin fijarse demasiado, sin haberlas incorporado a la memoria de sus pupilas hasta que los pinceles de Rubén le descubrían todo lo que veía sin ver.

Conmovida, Marta recordó de pronto una anécdota que, para animarla en uno de sus peores momentos, le había contado el médico que le curó la mastoiditis. En una ocasión llegó a su consulta un anciano que en los últimos años había ido perdiendo poco a poco la audición, tanto que ya apenas distinguía las voces que le hablaban ni los cantos de los pájaros, menos aún los murmullos del viento. No le quedaban muchas esperanzas de volver a oír. El médico estudió sus oídos con lentitud y delicadeza y le pidió que no se moviera, aunque sintiera una molestia, que iba a limpiar algo. Cuando le extrajo con agua caliente las excrecencias negras y endurecidas, el mundo volvió a ser audible y el anciano no pudo contener las lágrimas.

En aquellos momentos Marta sentía algo parecido al comprobar que todo lo que la había rodeado en Breda aquellos meses, terribles y prodigiosos, quedaba fijado en el mural, inmune a las tinieblas del olvido. Por primera vez se sintió orgullosa de haber colaborado en aquella obra, aunque su aportación solo hubiera sido la del más humilde y bisoño ayudante.

La tarde de la inauguración del mural fue la última en que los combatientes de Breda aún creyeron que era posible la victoria. El día siguiente amaneció con un fuerte ataque de los sublevados y a partir de esa jornada tuvieron que asumir que estaban definitivamente encerrados en la comarca, que el Gobierno de Madrid nunca lanzaría la ofensiva prometida y que no les iba a ser fácil escapar de allí.

Al cañón de 105 mm que tanto daño hacía en las trincheras republicanas se unió una batería de morteros que incrementaron la lluvia de metralla desde la orilla derecha del Puente del Jinete. A la misma hora, una compañía de legionarios atravesó el Lebrón unos kilómetros más arriba de las Huertas de la Abundancia, con la ayuda de unas barcas que habían logrado trasladar hasta allí. El río estaba lo suficientemente crecido por las lluvias primaverales como para que los sitiados se durmieran en la vigilancia de aquel tramo de aguas profundas. Sorprendidos entre dos fuegos, las tropas republicanas no resistieron los golpes cruzados y al atardecer habían retrocedido hasta los arrabales de la villa para defenderse en las trincheras cavadas unos meses antes y que hasta entonces no se habían utilizado.

Refugiados tras una defensa mixta de trincheras y casas, sin quintacolumnistas que los hostigaran desde dentro, la resistencia de los republicanos era más eficaz dentro de la villa que en campo abierto, como había ocurrido en Éufrates. Sin embargo, su moral de combate, erosionada por las bajas, por la carencia de víveres ahora que ya no podían salir a los campos y por la escasez de municiones, solo se mantenía en pie por la conciencia de la represión que les esperaba. Sin nada que ofertar en una improbable negociación de entrega, los más significados políticamente y cualquiera que hubiera tenido alguna responsabilidad militar preferían morir combatiendo

antes que acabar con las manos atadas a la espalda ante un pelotón de fusilamiento. Y esa convicción dotó a la lucha en aquellos últimos días de una ferocidad numantina que exigió esfuerzo y valor en los dos bandos.

Guedea aplicó a la defensa sus últimos recursos disponibles y de esa forma Rubén y Marta volvieron a empuñar los fusiles, reincorporados a la sección de Magro, donde Tena, Viriato y Mangas los saludaron como si nunca se hubieran alejado.

Si los sitiadores, tras completar la última corona del cerco sobre Breda, no hubieran cortado el suministro de la luz eléctrica, alguien tan reservado como Viriato no se habría decidido a hablar, pero en la oscuridad nadie podía verle el rostro cuando preguntó:

—¿Qué vais a hacer si logran entrar?

Nunca solía llevar la iniciativa en la conversación, se limitaba a intervenir cuando aludían a él o le preguntaban y ahora los demás tardaron unos segundos en reaccionar.

—¿Y tú? —le preguntó Mangas, que había liado varios cigarrillos y los fue repartiendo. Los encendieron agachándose para ocultar el brillo de la brasa. Se oyó un lejano cruce de disparos, pero enseguida volvió el silencio.

—Yo no me creo lo que dice esa hoja.

Esa tarde el avión alemán —ya sabían que era siempre el mismo y habían deducido que sus insistentes ataques respondían a la venganza por el derribo del Junker— de nuevo había sobrevolado Breda, pero en lugar de bombas había soltado centenares de octavillas en las que exigían la rendición con la promesa de no ejercer represalias sobre los combatientes que entregaran las armas y no tuvieran delitos de sangre.

—Tal vez sea cierto —dijo Mangas. Era la primera vez que lo veían flaquear—. No pueden matar a todo el mundo.

—No te matarán si aceptas alistarte en sus filas —dijo Tena.

—¿Vosotros no tenéis miedo? —preguntó Mangas a Marta y a Rubén, que no habían respondido.

—Yo sí. Mucho —contestó Marta.

Rubén dudó un momento antes de precisar:

—No tengo miedo mientras estoy disparando. Pero siempre lo tengo cuando se detiene la lucha.

—No te entiendo.

—¿Qué pasará si al final toman esta villa? ¿Qué pasará si tiene el mando alguien a quien nosotros le hemos matado a un hijo..., o a un hermano? ¿Qué les impedirá ser crueles?

—Lo serán —respondió Viriato.

—¡Claro que lo serán! —dijo Tena—. ¿Conocéis algún frente donde no lo hayan sido? Por cualquier daño que les hayamos infligido se sentirán justificados para cometer cualquier barbaridad.

—Si ganan, la victoria tal vez les haga ser generosos —sugirió Marta.

—No —replicó Viriato, que estaba sorprendentemente comunicativo—. Yo los he visto. No pasarán nada por alto. Incluso pagarán nuestros hijos la lucha de los padres.

—¿Tienes hijos? —se extrañó Marta.

—Sí.

—¿Aquí, en Breda?

—No, están con su madre, en un pueblo de Toledo. Huyeron de Badajoz —se limitó a contar.

Nunca lo había mencionado y todos quedaron callados hasta que Tena dijo:

—Franco tendrá que dialogar. Aunque tenga a su lado a Alemania y a Italia...

—Y a Portugal —precisó Rubén.

—Y a Portugal. Las demás naciones lo obligarán al diálogo —insistió con aquella credulidad que se debía tanto al optimismo de su partido sobre el avance de los pueblos hacia la Revolución como a la ingenuidad de quien aún no había cumplido veinticinco años y era incapaz de aceptar que solo era posible un desenlace trágico.

—Franco no entiende de diálogos —negó Viriato.

No tardó en amanecer y, al mismo tiempo que la luz, les llegó una tromba de plomo y de metralla. Los sitiadores, deseosos de terminar de una vez por todas con aquella resistencia que se había prolongado más de lo esperado, empleaban con contundencia todos sus efectivos. El asalto más feroz se produjo sobre el flanco noroeste, en los alrededores de la Fuente de Chico Cabrera, en un paraje que creían bien defendido y de poco valor estratégico.

Ante su empuje, los defensores retrocedieron hasta las primeras calles de la población. El coronel Guedea pensó que el ataque continuaría incidiendo sobre la brecha abierta y derivó hacia allí ayuda para contenerla, aunque el cañón y los morteros seguían percutiendo sobre la carretera del sur. Apoyados por la artillería, los regulares hicieron añicos la resistencia de unas exhaustas trincheras donde apenas quedaban defensores. A partir de ahí se desencadenó una desbandada general y comenzó la toma de las calles de Breda.

A pesar de los temores de los vencidos, no se produjo una de esas sangrientas luchas finales en las que la defensa del último reducto y el ansia de botín provocan una carnicería. En general, los combatientes republicanos tiraron las armas al suelo y se entregaron prisioneros. Algunos se escondieron y, si los encontraron armados, fueron fusilados en el mismo escondite. En el desorden del sálvese quien pueda, el grupo de Rubén fue retrocediendo instintivamente hacia el centro de la villa, pero cambiaron de dirección cuando alguien sugirió refugiarse en el Mausoleo, el terreno que mejor conocían y de cuya fortaleza ya habían tenido una clara evidencia. En un momento de caos, al mirar tras de sí, Rubén no vio a Marta con ellos y por esperarla se quedó junto al teniente Noguero para recoger de los depósitos del Palacio las últimas reservas de dinamita y munición, granadas de mano y dos ametralladoras pesadas. Miraba a la explanada confiando en que apareciera de un momento a otro, con los últimos huidos que corrían a encerrarse en el Mausoleo. Cuando al fin llegaron allí, un grupo de milicianos fortificaba la entrada con sacos de tierra.

Antes de que cerraran la puerta miró todavía, angustiado, hacia atrás. Ya se veían aparecer entre las casas de Breda los tarbuches de los regulares y los disparos sonaban cada vez más cercanos.

—¡Entra!

Viriato lo agarró del brazo y tiró de él.

—¡No ha llegado Marta!

—¡No podemos esperar más! —ordenó Noguero.

Terminaron de colocar los sacos de tierra delante de la puerta, dejando una tronera para emplazar una de las ametralladoras.

—Toma —Viriato le ofreció un peine de balas para el fusil.

—No. A mí me quedan todavía. Y a ti te serán más útiles.

—Pues coge esto —le entregó dos granadas de mano.

Rubén las aceptó mientras insistía:

—Marta no está aquí.

—¡Hijos de puta! —se limitó a mascullar Viriato antes de acercarse a Noguero, que los reclamaba para organizar la defensa.

Marta corría junto a sus compañeros hacia el centro, con la intención de refugiarse en el ayuntamiento o en la iglesia, a la espera de que los jefes pactaran la inevitable rendición, cuando en un cruce de calles vio aparecer al fondo una avanzadilla de los regulares, inconfundibles por sus gorros rojos y sus uniformes color garbanzo. El recuerdo de sus figuras fantasmales en la carretera de Éufrates la tarde en que mataron a Marcelo la aterrizzaba y, en el brusco cambio de dirección, sufrió la caída que lo cambió todo: resbaló al pisar algo deslizante y cayó al suelo trastabillando, desesperada porque veía cómo su grupo se alejaba corriendo. Mientras se levantaba y descubría la causa de su caída —un casquillo vacío disparado en su huida por algún miliciano—, varios disparos rebotaron en la pared, por delante de ella, como si, más que hierla, pretendieran detener su carrera. Entonces se vio obligada a retroceder unos pasos hasta la bifurcación que le permitía escapar por otra calle, aunque eso suponía perder el contacto con sus compañeros.

Aterrada, sola, sin nadie en quien apoyarse o que la aconsejara, corrió espoleada por el miedo por la calle desierta y ondulada, sin saber adónde conducía. Sin aliento, sin detenerse, miró hacia atrás: no la seguía nadie, pero no tardarían en aparecer los regulares o los legionarios, de modo que se escondió en el hueco de una puerta, intentando pensar. Empujó la madera, pero estaba cerrada, como todas las que había visto en su desesperada carrera, y aunque llamó palmeando, nadie respondió. Cerró los ojos, sin saber qué hacer. Por delante, todos sus compañeros habían desaparecido, más rápidos que ella en reaccionar a un imprevisto. No tenía ninguna duda de que Rubén la estaría buscando, pero él tampoco podía hacer nada para ayudarla. Por detrás ya no se oían disparos, todo había quedado en silencio, aunque sabía que los asaltantes no tardarían en asomar por cualquier lado de la calle. Estaba tan tensa que saltó desde el umbral al percibir a sus espaldas un levísimo

movimiento, pero vio con alivio que habían abierto la puerta desde dentro. Se precipitó al interior esperando encontrar a alguien, pero no había nadie en la penumbra. Cerró a sus espaldas y, cuando sus ojos se adaptaron a la escasa luz, distinguió un zaguán en cuyos laterales había dos puertas cerradas. Sin embargo, frente a ella, como si le indicaran el camino, se abría un pasillo y, al fondo, una puerta entreabierta que dejaba entrar una cuchilla de luz. Corrió hacia allí y al asomarse vio un patio con algunos utensilios agrícolas, con un viejo carro junto a la alta pared del fondo y dos cabras que fijaron en ella sus extraños y truculentos ojos amarillos. Paralizada de nuevo, sin saber qué hacer, salió y buscó un hueco, un montón de paja o de heno que le sirviera de refugio o escondite, cuando oyó los golpes tras ella, en la puerta de la calle. No lo dudó. Subió al carro y desde el carro alcanzó lo alto de la pared. Al otro lado había un huerto con unas pocas higueras y un pozo, una especie de solar al que daban las paredes traseras de algunas casas. No había nadie allí, pero tampoco era el mejor lugar para hacerse invisible mientras pasaba la primera furia de las represalias, la borrachera de la búsqueda de botín. Se colgó el fusil en la espalda, se dejó caer al otro lado y atravesó el huerto corriendo hacia una pared más baja, que podría saltar. Tras ella había un patio con una pila de carbón y un montón de escoria, de hierros oxidados y retorcidos entre los cuales picoteaba una docena de gallinas. Parecía la parte trasera de un almacén de chatarra o de una herrería y allí podría encontrar un escondite con menos dificultad que en el huerto desnudo. Saltó la segunda pared sin hacer ruido. Volvió a empuñar el fusil y, con enorme cautela, avanzó muy despacio hacia el portón que daba acceso a la herrería hasta que oyó en el interior un ruido parecido a un sollozo. Marta habría huido si hubiera encontrado una salida, pero no podía retroceder hacia el solar de las higueras. No sabía si defenderse o entregarse ante la primera amenaza, como aconsejaban las octavillas arrojadas por el avión, y al cabo de unos segundos asomó la cabeza por el portón. Sus ojos se enfocaron sobre lo único que se movía en el interior, unos pies femeninos sobre los que se agitaba algo confuso, cubierto con una tela. En su resistencia, uno de los pies había perdido el zapato y el talón sangraba por una herida producida al haberse cortado o rozado contra algún trozo de hierro del suelo. Se maldijo por haber tardado

tanto tiempo en comprender la escena y dudaba en huir cuando descubrió, tirado a unos metros, el máuser que el marroquí había abandonado para tener las manos libres.

Años más tarde Marta habría podido justificar su comportamiento diciendo que pensó en la muchacha cuya resistencia comenzaba a ceder y que pensó en la mujer —sin saber por qué, imaginaba que había sido una mujer— que unos minutos antes le había abierto la puerta de la casa, pero lo cierto es que asumió el riesgo porque no tenía otra salida. Avanzó unos pasos apuntando con su fusil. Las manos le temblaban y temía que, al disparar, pudiera herir a la muchacha, pero no había otro modo de neutralizar al marroquí ni sabría qué decirle o qué hacer frente a él. Se apartó un paso hacia un lado y entonces la muchacha la vio y Marta reconoció a Luz, a pesar de las lágrimas y de los mechones de cabello que le caían sobre la cara. El regular debió de notar algo, porque giró la cabeza cuando el disparo ya le alcanzaba la espalda y lo arrojaba a un lado.

Marta se agachó junto a la muchacha, que reaccionó cubriéndose el vientre con la falda y comenzó a llorar con desconsuelo.

—Ya pasó. Ya pasó. Ya pasó —repitió varias veces, acariciándole el pelo y procurando calmar sus convulsiones.

Con un gesto brusco y temeroso Luz miró hacia atrás, como si el cadáver todavía pudiera levantarse.

—¡Tranquila, ya pasó! Ya no podrá hacerte nada. ¿Estabas sola? —le preguntó, por miedo a que hubiera otras víctimas de su familia.

—Al principio estaba con mi padre. Se lo llevaron preso. Luego, ese volvió.

—Olvídate de él. Ya no le causará daño a nadie.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

Estaban las dos solas y, por primera vez, Marta tenía que tomar una decisión de ese tipo sin disponer de ayuda ni consejo. Miró el cadáver y no sintió ningún escrúpulo por haber disparado.

—Tenemos que esconderlo —reaccionó—. ¿Hay algún sitio que nos sirva?

Luz pensó un momento antes de señalar el montón de carbón en el patio.

—¿Ahí? De acuerdo. ¿Podrás ayudarme?

Le estaba exigiendo mucho, porque sin duda le dolían las heridas, pero aunque el disparo se hubiera confundido entre los que sonaban aquí y allá, algún compañero del marroquí podría regresar a buscarlo. Con dos palas abrieron un hoyo en el carbón y en pocos minutos ocultaron el cuerpo y borraron las manchas de sangre. No parecía probable que alguien se pusiera a escarbar en la hulla sin tener la seguridad de que allí había algo oculto.

A Luz, la necesidad de actuar con urgencia la había obligado a dejar de lado el asco y el dolor, pero al terminar volvieron con mayor virulencia. Deseaba lavarse a fondo y esconderse en algún sitio oscuro, sin hablar con nadie, sin que nadie la viera, avergonzada de lo ocurrido. A pesar de su angustia, pensó en la situación de Marta y la recordó tocando la viola en el funeral de su novio. Ella también sabía lo que era el dolor. Y si volvían los facciosos y la sorprendían allí, lo pasaría muy mal, puesto que era una combatiente. Con un sentimiento de pánico dedujo que no se conformarían con hacerle lo mismo a ella.

—¿Y tú? ¿Qué vas a hacer?

—Necesito esconderme.

Las dos se miraron desconcertadas, manchadas todavía del carbón removido.

—Ven. —Cogió del suelo una pequeña platina de hierro—. Hay un sitio donde no te encontrarán.

—¿Puedo lavarme un poco? No soporto esta sangre —le mostró las manos manchadas y repegosas.

—¡Después te llevo agua! Ahora te tienes que esconder.

La condujo enseguida hasta un rincón del patio ocupado por un gallinero de tela metálica.

—Entra —señaló la puerta abierta, de apenas un metro de altura.

—¿Ahí? —se extrañó, porque no venía ningún hueco ni trampilla en las paredes o en el suelo, sucio de los excrementos grises y verdosos de las aves.

—Ven.

Asustando a las gallinas entraron en aquel espacio de apenas tres por tres metros, con unos palos cruzados en lo alto que servían de aseladeros y unos cajones de madera con lechos de paja como ponederos. Luz se agachó junto al

rincón, palanqueó con el hierro hasta levantar una puertecilla de madera camuflada por la suciedad, el plumón y el paso del tiempo, de modo que desde fuera era imposible advertir nada.

—Aquí había un viejo cuchitril que servía para encerrar a algún animal que estaba enfermo o que había parido —explicó—. Cuando mi padre instaló el gallinero, lo tapó con esta madera de forma provisional para que las gallinas no se colaran dentro, pero luego nunca se ocupó de cambiarla.

Marta miró con prevención el interior oscuro.

—No estarás muy cómoda, pero no tengas miedo. Hasta no hace mucho tiempo yo me escondía ahí, jugando con mis amigas, y nunca me encontraban. Ven.

Luz pasó la primera.

—Tenemos que darnos prisa. Puede aparecer alguien en cualquier momento. Entra. Yo voy a traer algunas cosas.

Marta pasó al interior y se quedó acurrucada, porque la altura del techo apenas le permitía estar de pie, hasta que Luz regresó con un cubo de agua, una escoba, una estera de esparto y una manta vieja. Mientras Marta se lavaba, ella barrió del interior la suciedad más gruesa y extendió en el suelo la estera.

—Colócala como te parezca —dijo.

Se fue de nuevo y volvió con una toalla y un cubo de agua. Un minuto después volvió a encajar la puerta y cruzó sobre ella unos palos. Se agachó y le preguntó a través de las rendijas:

—¿Me oyes?

—Sí. Y te veo.

—Más tarde te traeré otras cosas. Aguanta un poco y no te preocupes. De pequeña nadie me encontró nunca —repitió.

—Vale.

Acercó los ojos a la rendija y la vio cerrar la puerta de alambre y desaparecer en la herrería. Aunque temía que el encierro en aquel tabuco le provocara angustia, con aquel ácido olor a amoníaco que le picaba en la garganta, el miedo quedaba mitigado por la posibilidad de salir ella sola empujando el tablón. No, se dijo, no está mal del todo. Allí estaría a salvo unas horas o unos días, hasta ver en qué paraba todo aquello.

—¿Adónde vas?

—Voy a España —respondió João con un gesto, señalando hacia el este.

—No llegarás nunca. Ningún tren pasó jamás por ahí.

João siguió caminando con la carretilla de carbón, sin hacer caso, obsesionado con la idea que la noche anterior le había venido a la cabeza. Gema le había hecho llegar con uno de los contrabandistas un mensaje angustiante. Le decía que no fuera a Breda, que no podría pasar, que era peligroso. Los sublevados habían incrementado la ofensiva y estaban cerrando todos los pasos, no solo para evitar que alguien entrara, también para evitar que escapara alguien cuyo nombre figurara en sus listas. Que se quedara quieto en Torres Albas, que ella se las arreglaría hasta que todo volviera a la calma.

Encendió la caldera con alguna dificultad y echó dentro paletadas de carbón hasta que la aguja del manómetro comenzó a despertarse. Mientras se calentaba limpió de los mandos y de los cristales los últimos restos de polvo. Era una vieja y rechoncha locomotora inglesa a la que la llegada de las nuevas máquinas diésel había reducido al ostracismo. Aparcada en el cobertizo de una vía muerta, había comenzado a deteriorarse: el orín iba ensanchando su orla sobre la pintura negra de las chapas. João desenrolló la tela blanca que había mandado comprar a sus hermanas y con ella rodeó el frontal de la locomotora, como una cinta blanca de boda en su pecho de acero. Luego cogió algunas de las flores que también le habían traído y las fue prendiendo en la tela, entre los intersticios de las chapas, de los cristales.

El manómetro había subido hasta el nivel adecuado y comprobó que todo estaba bien antes de iniciar el arranque. La máquina respiró como una fragua, tembló y parecía que no quería moverse, que toda la fuerza se le iba por la chimenea.

—¡Venga! Demuestra que es cierto lo que dicen: que a los trenes les gustan los amores —la animó emitiendo unos ruidos guturales que a él le parecieron comprensibles y dando una palmada sobre el panel de los mandos.

Como si la máquina lo entendiera, la vieja osamenta de cilindros y pistones se estremeció con unos chirridos oxidados, despertaron las bielas dormidas y, muy despacio, fue despegando su beso con las toperas. Volvió a respirar lanzando al aire un humo viejo y negro de excrecencias y, poco a poco, al ralentí, el avance se hizo estable. La máquina abandonó la vía muerta y pasó ante la pequeña y hermosa estación de paredes de azulejos. A la salida, João la detuvo, se bajó y empujó la palanca del cambio de agujas que nunca se había usado. La palanca no cedía, encasquillada por el abandono y el olvido, y João cogió una piedra del balasto y la golpeó hasta lograr despegar los raíles.

Sus compañeros lo contemplaban perplejos, comentando entre sí.

—¿Adónde va João? No va hacia el oeste, ni hacia el norte, no va hacia Gavião ni hacia Guarda.

—Va a España.

—¿A España? ¡No llegará nunca!

—Ningún tren pasó jamás por ahí, y esa es una máquina demasiado vieja.

La nebulosa memoria del más anciano —un técnico de Madrid que se quedó a vivir a ese lado de La Raya al casarse con una muchacha portuguesa — se estremeció al evocar el antiguo proyecto de construcción de un ferrocarril que atravesara la frontera por aquella zona, las negociaciones entre los dos gobiernos, los lejanos discursos que oyó o soñó haber oído al ministro español para el que trabajaba, antes de comenzar el siglo que nadie imaginaba tan febril y enloquecido. En su memoria, diezmada por el tiempo, la realidad y el sueño borbotearon mezclados en un pasado mítico:

—El Oeste también existe, ya está bien de mirar solo hacia el Mediterráneo. Que sea abierta una vía hacia el poniente, por el camino más corto entre las dos capitales, que también el Oeste nacional tenga su oportunidad histórica. Al otro lado ya están de acuerdo, abramos nosotros una vía que enlace con la red de los Caminhos de Ferro de Portugal.

—Tardaremos años, señor ministro, será una obra babilónica.

—Que comience ya, que los topógrafos señalen con cal blanca la línea por donde ha de herir el hierro, que se horaden túneles en la roca madre de los cerros más altos y que se abran en canal los oteros suaves, que la pala y la pólvora vayan allanando un camino entre las montañas de la sierra, que el pico vaya entrando en la pizarra, la pizarra es la piel dura de la tierra, capas que pueden arrancarse sin demasiado esfuerzo.

—Pero aquella es también tierra de granito, y las rocas de granito son como verrugas que le salen a la carne y es arduo arrancarlas sin un poco de sangre.

—¿Sangre de quién, del hombre o de la tierra?

—Sangre de los dos, señor ministro.

—No importa un poco de sangre si llegamos a Lisboa. Que sean iniciadas ya las obras, repito, que los picapedreros comiencen a machacar la piedra del balasto, que se talen los árboles necesarios para las traviesas, que un grabador vaya diseñando una moneda que conmemore la inauguración.

—¿Qué trenes pasarán por allí?

—Los trenes vendrán luego.

Pero los trenes nunca llegaron. Se fueron a Lisboa por un paso abierto cien kilómetros al sur, de geografía menos ardua y tormentosa. Aquí quedó un centenar de kilómetros de vía estéril que a ningún sitio llevaba, un tramo en Portugal y otro en España que nunca llegaron a utilizarse, que nunca sintieron el latir de una locomotora ni vieron aparecer su humo negro por encima de una loma. Los túneles terminaron usándose para encerrar por las noches hatos de vacas o rebaños de cabras y en las casas de los ferroviarios pernoctaban a veces trashumantes y gitanos.

João volvió a subir a la locomotora, desplegó una bandera de humo al aumentar la presión y enfiló hacia las montañas que servían de frontera. Hacía varios siglos que en aquellos cerros se había desarrollado una batalla entre ambos países, con esa furia que solo puede surgir entre vecinos que desahogan en unas horas de violencia todas las desconfianzas y ofensas, todos los recelos históricos acumulados en siglos. Y todavía, cuando los campesinos hundían la reja del arado en el barbecho, encontraban restos —la punta oxidada de una lanza, un virote, una anilla de un cinturón, el racimo de huesos de una mano— que si ya no mantenían viva la enemistad, sí al menos el recuerdo del

enfrentamiento. Así, los muchachos de ambos lados se habían convertido en los guardianes de una memoria de lucha más alimentada por la tradición que por ninguna antipatía personal contra el vecino. En otros años, retarse en la conquista de una cota fronteriza fue motivo de peleas entre los dos bandos, a menudo regadas con sangre cuando una piedra acertaba en la cabeza de alguno de los adolescentes, que peleaban con una seriedad que desde hacía siglos habían olvidado sus mayores.

Pero toda aquella enemistad había quedado tan atrás que João se arriesgaba por ir a ayudar a una muchacha del otro lado.

—No tardaré mucho tiempo —se dijo, aunque sus pensamientos no eran pronunciados por su garganta—, faltan apenas quince minutos para llegar al túnel. Uno deja la luz en Portugal, entra en la oscuridad y vuelve a salir a la luz en España, es casi un parpadeo, parece mentira que algo tan corto separe tanto.

La vista de la frontera volvió a traerle a la memoria las primeras veces que la cruzó, cinco años antes, cuando aún no era empleado del ferrocarril y estaba empezando con el contrabando heredado de su padre. Trabajaba asociado a Martín Cupido, que por entonces aún no había comprado el camión. Los dos se movían en unos caballos rápidos y resistentes que cargaban con fardos de café. João recordó una tarde en que tenían que pasar un alijo hasta Breda. Si todo iba bien, luego se quedaría invitado un par de días en su casa, porque eran las fiestas.

—¿Estás seguro de que habrá muchachas bonitas en la fiesta? —le preguntó entonces, con unos gestos que Martín Cupido no tenía dificultad en comprender.

—Si no lo estuviera no te invitaría a mi casa.

Llevaban de la mano los caballos, briosos y rápidos en la carrera, con memoria para recordar las veredas oxidadas de la sierra y con un fino olfato para detectar los olores de los caballos del cuartel, olores a garañón violento y a cuero sudado, de los que huían a galope tendido, abandonando los fardos con un solo corte de las cuerdas que los sujetaban. Si los sorprendían, siempre era preferible perder la carga que perder la libertad.

João recordó que detuvo el caballo ante la bifurcación de la vereda: un camino subía definitivamente hacia la cota; el otro bajaba hacia el túnel.

—¿Por dónde pasamos? —preguntó.

Martín Cupido observó el cielo de abril, nublado y bajo, denso como si fuera de estaño. Algunos galayos verticales, de cuarcitas blanqueadas por las heces de los buitres, parecían tallos de coliflores sosteniendo los cúmulos blancos.

—Vamos por la vía. Hoy hace frío y a ellos les gusta la frescura del túnel solo cuando el calor aprieta.

Aceleraron el paso hacia los viejos edículos arruinados, desiertos y silenciosos, construidos cuarenta años atrás para albergar una futura aduana que nunca se abrió. Antes de llegar se detuvieron de nuevo y observaron con cautela la boca negra. Nada se movía. Los caballos, nerviosos, se resistieron un poco a penetrar en la oscuridad, pero al patear las primeras traviesas, todavía bien conservadas por la brea, emprendieron un paso ligero que solo terminó cuando atravesaron el túnel y dejaron también atrás los no menos arruinados edificios aduaneros del lado español. João volvió a sentir, como siempre que cruzaba La Raya, la inquietud de la clandestinidad atornillándole la boca del estómago.

Entraron en Breda de madrugada, escondieron las cargas y, agotados, se tumbaron a descansar. Cuando João despertó, por la tarde, en una habitación de la casa, olía a fiesta y por la ventana entraba una alegre música de flauta, tambor y algo que parecían chasquidos de palos que entrechocaban con armonía. En la cocina la madre de Martín lo saludó cariñosa y les puso la comida en la mesa. Al terminar, les trajo en una bandeja de peltre una copita de aguardiente y técula mécula.

—¿Qué tal esos trenes? —le preguntó el abuelo. Cada vez que lo veía le hacía la misma pregunta. Él también había trabajado en la construcción de la vía y después de cuarenta años seguía preguntándose por qué la obra más grande que había visto era también la más estéril.

—Marchan —respondió con un gesto, ondulando la mano en el aire.

—Aquí dejamos la vía hecha, pero los trenes nunca llegaron —repitió una vez más.

Después de asearse salieron a la plaza.

—¿Y esa bandera? —A João le extrañó ver en el balcón del ayuntamiento una enseña tricolor, con la banda inferior de color morado.

—¿No te has enterado? Es la nueva bandera de la República.

Aunque João sentía simpatía por el nuevo régimen, movió la cabeza, porque no sabía cómo explicar con gestos: «¡Los españoles nunca estáis satisfechos con lo que tenéis!».

Ya caía la tarde y la fiesta hervía de gente, al reclamo de la bebida y de la música. Algunos cohetes estallaban en el cielo y los arpegios de un acordeón culebreaban en el aire. Olía a vino y a alcanfor, a tierra labrada y a perfumes baratos. Una pareja de guardias civiles, encapotados en sus verdes capas españolas, cumplía su servicio bajo los soportales, aislada de la fiesta.

Poco después, una muchacha alta vino a buscar a Martín y se lo llevó a bailar. João se quedó solo, acodado en la barra de tablones que olían a vino, mirando alrededor. Al fondo vio a dos muchachas que bailaban enlazadas, pero él solo se fijó en una de ellas: tenía la piel clara, el pelo largo, color de arena, y se movía con gestos nerviosos y vivarachos, como un pájaro. Su boca era grande y sus ojos, muy azules. Llevaba un vestido floreado con los mismos tonos arenosos que su pelo. João hizo un esfuerzo para despegar de la barra su timidez de extranjero y fue hacia ella.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó por señas mientras bailaban.

—Me llamo Gema —contestó humedeciendo sus palabras con una risa limpia de ironía que no parecía extrañarse de su mudez.

«Su cara acepta bien la risa», pensó João mientras sentía la cintura tibia debajo del vestido y, al rozarse con los movimientos del baile, el palpitar de los pechos, como si los hiciera vibrar una leve corriente eléctrica.

—Los portugueses no sabéis bailar —sonrió Gema mirando sus pies que no terminaban de acoplarse al ritmo del pasodoble.

—Pues dejemos de bailar y paseemos —le propuso con fáciles gestos.

—Vale.

Cuando comenzaron a caminar, João aún no lo sabía, pero sus primeros pasos con ella, fuera de la plaza, anunciaban ya la liquidación de su clandestinidad.

Ahora el tren llegó al túnel y de nuevo se le vinieron a la cabeza las palabras de Martín Cupido: «A ellos les gusta la frescura del túnel solo cuando el calor aprieta». No hacía calor, aunque la primavera ya se encaminaba decidida hacia mayo. João redujo presión y velocidad y miró

hacia delante: no se veía a gente armada vigilando el paso, nada se movía en las casetas fronterizas y todo lo dominaba el silencio. Solo se oía el rítmico carrete de las ruedas y el bum bum de los pistones.

Al salir del túnel, João levantó la cabeza y observó el paisaje solitario y libre de uniformes. España lo atraía y lo amedrentaba al mismo tiempo. Aquella zona fronteriza era una tierra dura, de cielos tostados y saltamontes en busca de trigo, de cerros apretados como si un dios furioso los hubiera comprimido entre las manos, y, cada cierto tiempo, estremecida por un tifón de locura, provocaba el afán de dispersión en sus habitantes. Pero bastaba al día siguiente un crepúsculo tranquilo bajo una encina —le había dicho en una ocasión Martín Cupido— para que uno se sintiera satisfecho de haber nacido en ella.

La locomotora siguió adelante sin obstáculos, abriendo la cremallera de la vía, a veces quejándose del mal estado de los raíles oxidados, de algunas eclisas sueltas, de los arañazos de las zarzas que la invadían. «Vieja es la vía, vieja es también esta locomotora y marcha, parece que se entienden, deben de tener la misma edad», se dijo, para distraer su impaciencia por llegar.

Una hora más tarde, detrás de una curva que no hacía presagiar nada, apareció Breda. João frenó al llegar a un pequeño apeadero con un lazo para cambiar de sentido, con un barracón de donde, de pronto, atraídos por el ruido de la máquina, comenzaron a salir algunas mujeres y hombres armados. Le extrañó que hubiera tanta gente allí reunida, como esperándolo, pero al detener la locomotora y comprender los atropellados comentarios supo que Gema no había exagerado sus temores: la ofensiva de los facciosos se había intensificado y estaban a las puertas de la villa: en los rostros flotaba algo parecido al miedo del marino que hace equilibrios sobre la plancha pirata. Al verse entre desconocidos que lo observaban con asombro, echó de menos a la gente de su grupo, a Tena y a Mangas, a Viriato, a Magro y al pintor del Mausoleo y, en el desconcierto que le provocaban tantos labios hablando contra su sordera, creyó que le preguntaban: «¿Qué hace aquí una vieja locomotora portuguesa derramando colores, qué hace aquí esta locomotora que viene en son de paz en este día de guerra, mirad los velos blancos y las

flores que la adornan, cómo ha podido llegar por esta vía que ningún tren recorrió nunca a pesar de nuestras esperanzas e ilusiones? Es un mal día para inauguraciones».

Dos hombres armados, a quienes conocía de vista, se acercaron a él y João descendió de un salto.

—¿Cómo has podido llegar? —le preguntó el que llevaba unos galones de sargento cosidos en las hombreras.

—La vía estaba libre y nadie me lo ha impedido —explicó, aunque no estaba seguro de que comprendieran sus gestos.

—No es un buen momento para fiestas —dijo el otro.

—Vengo a buscar a una mujer —intentó decir, pero no sabía con qué gestos. Los que hubiera podido utilizar para describir a una mujer no le servían para identificar la singularidad de Gema.

La necesidad de dar explicaciones estaba haciendo rebrotar aquella incómoda y ya desaparecida sensación de clandestinidad, de sentirse extranjero, cuando vio con alivio que Martín Cupido se acercaba corriendo.

—¡Estás loco! Has elegido el peor momento para venir, es muy peligroso.

—¿Y Gema? —le preguntó con un gesto.

—Viene ahí detrás.

João miró por encima de su hombro y la vio acercarse corriendo desde el fondo del andén.

Antes de llegar hasta él, Gema se detuvo a recuperar el aliento, resistiendo el deseo de saltar a sus brazos delante de toda la gente, subir a la máquina engalanada y marchar buscando la sombra fresca y pacífica de un túnel. Los ojos azules se le habían empañado con las lágrimas y sentía un nudo en la garganta que le impedía hablar, un madroño agridulce que no podía tragar, como si también ella hubiera perdido la voz: «Te quiero tanto ahí junto a esa máquina vieja que has cubierto de flores y velos para venir a buscarme... Pero ahora tenemos preocupaciones más urgentes», le dijo con los ojos por encima de los fusiles. «Nada es más urgente que mi amor, sube y vayámonos.» «No puedo, los facciosos están a las puertas de Breda.» «No nos encontrarán aquí, sube.» «No puedo, João, no ves que no puedo.»

A los disparos que volvían a sonar se añadían las explosiones de los morteros, tan cercanas que algunos de los que estaban en el andén corrieron a esconderse en el barracón de donde habían salido. Martín Cupido, que había estado hablando con los dos hombres, le gritó a Gema:

—¡Sube al tren antes de que cierren el cerco! Tú serás la primera pasajera de esta vía que algún día abriremos. Esto no puede durar mucho tiempo y cuando vuelva la calma podréis regresar con nosotros. Ninguna muchacha puede rechazar una declaración semejante —concluyó señalando la locomotora.

Los disparos se intensificaban y el equilibrio se iba rompiendo: los estampidos de los fusiles parecían de fogueo frente a las broncas explosiones de la artillería.

—¡Sube y márchate ya, quizá más tarde no puedas! —le ordenó el sargento.

Gema tomó la mano que le tendía João, dio un beso rápido a Martín Cupido y subió con su fusil a la locomotora. João cebó la caldera con nuevas paletadas de carbón, cambió de sentido en el lazo y emprendió el regreso, mientras desde el andén los despedían antes de enfrascarse en el tiroteo que se recrudecía.

Un tiempo después llegaron sin ningún contratiempo a las casetas semiderruidas de la inútil frontera y ya veían la boca acogedora del túnel cuando João cogió la mano de Gema y la miró sonriendo desde su mudez: «Sería hermoso parar ahí dentro y amarnos entre los dos países, ahí donde nadie puede decirnos: Tú eres extranjero, en ese subterráneo que no es de nadie, es tuyo y mío, nadie marcó una raya blanca en mitad del pasadizo». Y ya entonces sintieron los picotazos de las balas antes de oír las detonaciones, el golpe infligido sin haber amagado, las ráfagas de ametralladora chocando contra las chapas negras. La pedrea de plomo atravesó la tela blanca y las ventanillas y Gema cayó hacia atrás con el pecho partido por una bala. João expulsó un grito ronco que resonó por los montes cercanos. Los restos de batallas enterrados en la cota reconocieron la voz universal y antigua del dolor y se removieron inquietos bajo las raíces. João se arrodilló y la abrazó. Había un hueco entre los dos pedazos del corazón y poco tiempo ya para ocuparlo,

porque la locomotora estaba llegando al túnel. Cogió el fusil y disparó contra las figuras que veía moverse por encima de la boca hasta que las balas calientes y pesadas volvieron a encontrar la carne.

La vieja locomotora no se detuvo, ella sola atravesó a empujones el túnel, huyendo de un territorio que a su paso exigía tal tributo de sangre. Cuando, al salir a la luz, el terreno comenzó a declinar, su velocidad aumentó: un caballo negro desbocado, a galope tendido, al viento los velos blancos donde fulguraban purpurones de rosas o de sangre.

Poco a poco la carbonilla fue poniendo negros los crespones blancos.

—¿Sabes lo que echo de menos aquí? —me pregunta Mangas.

—¿Qué?

—Un cañón como el suyo —responde Magro.

—Echo de menos la campana. Me pondría a tocarla hasta que me reventaran los tímpanos con tal de demostrarles que no les tenemos miedo, que volveríamos a hacer lo que hemos hecho y que hasta el final esto será una fiesta —dice, pero creo que lo hace para engañarse a sí mismo o para darse valor.

Yo echo de menos a Marta de un modo insoportable. Quiero creer que ha sido apresada junto a los compañeros que no han conseguido refugiarse aquí dentro. Su ausencia me resulta atroz y la incertidumbre por lo que le haya ocurrido me provoca una angustia de la que solo me distrae la necesidad de defendernos.

Estamos los tres y Viriato en lo alto del Mausoleo, apostados en una de las ocho ventanas de la linterna, hasta donde accedemos por el interior, por la pequeña plataforma que, a guisa de ascensor, se utilizó para subir y bajar la campana y que hemos vuelto a utilizar aprovechando el juego de poleas. No disponemos de un cañón, pero tenemos balas en los fusiles y granadas de mano, porque desde aquí se defiende bien la puerta de entrada y todo el perímetro del edificio. Bastaría con dejar rodar las granadas por la cúpula para que estallasen abajo. En otra ventana hay otro grupo que sirve a una ametralladora pesada, de modo que no podrán asaltar fácilmente este último reducto donde nos hemos encastillado. Esta es nuestra Numancia, nuestra Sagunto. Alrededor, todo lo demás es suyo. Breda entera ha caído en sus manos y, aunque resulta doloroso aceptarlo, sin duda hay entre sus habitantes gente feliz de que así sea. También es suyo el Palacio.

Para acercarse hasta nosotros deben atravesar la explanada, donde podemos batirlos con fuego cruzado desde aquí arriba, desde la puerta y desde un nido instalado en una tronera del edificio anexo, que, a pesar de ese refuerzo, sigue siendo nuestro flanco más débil. El arquitecto que diseñó este edificio posiblemente nunca pensó en sus cualidades defensivas de cara al exterior, sino en un espacio cerrado para concentrar las miradas hacia dentro, pero nos resulta una fortaleza inexpugnable.

Y sin embargo todos los que estamos dentro sabemos que hemos perdido y que solo nos queda la rendición, como ha sugerido Magro, o la muerte, esas dos palabras grandilocuentes que tantas veces habíamos pronunciado en los juegos de niños y que ahora son una trágica realidad. Con la rendición se salvarían los soldados de reemplazo y los civiles limpios de cualquier significación política, pero los demás no tendrían ninguna escapatoria. Sabemos bien lo que ocurre en todos los lugares que van conquistando, lo hemos oído en boca de las nubes de combatientes vencidos que han llegado hasta aquí, supervivientes de las plazas de toros y las cunetas. Unos, como Viriato, se quedaron en esta zona y otros continuaron hacia Madrid, con la intención de calmar el dolor que sentían por sus familiares muertos con la venganza hacia los facciosos vivos. Y todo eso ha influido en nuestros propios excesos.

No, no supimos adivinarlo, pero este es el desenlace que nos esperaba desde que fracasó nuestra ofensiva sobre Éufrates y Matapán. Puesto que desde Madrid nos habían dejado en la estacada, teníamos que habernos retirado hacia Madrid cuando aún era posible. Hemos sido unos ingenuos, no hemos sabido ver que ni la Columna Fantasma avanzaría desde el sur ni nosotros les importábamos demasiado. Una vez derrotados en el Puente del Jinete y cada vez más alejados de las líneas republicanas, a medida que Franco las ha ido empujando hacia la capital, todo estaba perdido..., a menos que se produjera un giro radical en el discurrir de la guerra que hasta hoy no se ha producido. En esta zona occidental ellos han ido ganando todas las batallas. Y temo que lo sigan haciendo, porque saben bien contra quién luchan, mientras que nosotros solo sabemos bien por qué luchamos. Pero nos cuesta

mucho reflejar ese porqué en el rostro de un enemigo. Aunque imaginemos el de Yagüe, o el de Franco, muchos de nosotros no nos atreveríamos a abofetearlo.

¡Qué atrás ha quedado aquel entusiasmo que sentíamos al llegar aquí, exaltados por la camaradería y seguros de vencer al enemigo antes de que cayera la noche, convencidos de que en dos o tres semanas regresaríamos victoriosos a Madrid, donde los gobernantes nos recibirían con coronas y con medallas y las muchachas con flores y con besos, como a los héroes que vuelven de una lejana expedición con la que toda la sociedad saldría ganando! ¡Qué defraudados nuestros ideales, nuestra ingenua locura al creer que podríamos arreglar el mundo con cuatro tiros!

—Ahí están otra vez —avisa Viriato.

En efecto, los tarbuches de los regulares asoman tras la esquina del Palacio, el edificio más cercano desde donde desencadenan sus ataques.

—¡También vienen por el arroyo! —grita a nuestras espaldas uno de los soldados.

Preparamos los fusiles y las ametralladoras y avisamos a los de abajo por la trampilla interior.

Pululan también por el fondo de la explanada, donde comienzan las casas. Allí se detienen, dejándose ver, porque no podemos gastar munición contra objetivos lejanos, mientras esperan la orden de atacar y se despliegan con un alarde que trata de amedrentarnos. Conmigo al menos consiguen su objetivo y, al tiempo que miedo, como siempre me ocurre, me siento impaciente por que avancen y podamos romper esta tensión.

Vemos cómo adelantan un cañón, que nos parece el mismo que nos destrozó en la carretera de Éufrates, pero lo detienen antes de que nuestras ametralladoras puedan alcanzar a sus servidores, lo ceban con esa soltura que da la práctica, ajustan y disparan contra la puerta del Mausoleo. El proyectil se queda un poco corto. El segundo obús impacta contra la pared, un poco a la izquierda, pero no nos preocupa demasiado. Hemos protegido la puerta con dos filas trabadas de sacos de arena, de modo que van a necesitar algo más que sus obuses para derribarla. El tercer proyectil acierta en los sacos, que amortiguan sus efectos sin consecuencias que no podamos reparar enseguida. A la izquierda, tras las esquinas del Palacio, y a nuestras espaldas, tras la

tapia del patio posterior, esperan que se abra alguna brecha para lanzarse al asalto. Pero como no nos hacen un daño irreparable, se impacientan y vienen contra nosotros.

Contenemos el impulso de disparar hasta que suena la primera ráfaga de la ametralladora de la puerta. Entonces truenan todas las armas de que disponemos y los vemos caer o retroceder en una desbandada general.

—¿Cómo vais aquí arriba?

Es el teniente Noguero1, que sube con los compañeros que nos sustituirán en el turno. Lleva los prismáticos colgados al cuello.

—Bien —dice Magro.

—Mientras resistamos aquí arriba no podrán acercarse —insiste, porque es el único argumento que nos queda—. Su cañón no alcanza esta altura. Y dentro podemos aguantar mucho tiempo.

Noguero1 se precia de conocernos a todos por nuestros nombres, pero me mira unos segundos con simpatía y me dice:

—No te preocupes, pintor. No van a poder hacerle daño a tu mural.

Yo no estoy tan seguro, pero no me atrevo a contradecirlo.

—Bajad a comer algo y a descansar.

Abajo alguien está comentando que, al entrar los sublevados en Breda, muchos de los soldados de la tropa se entregaron al contactar con ellos, con la seguridad de que su uniforme era un salvoconducto. Y, en efecto, quedan muy pocos aquí dentro. La mayoría de los cincuenta o sesenta combatientes somos milicianos que hemos confluído en este último refugio desde los distintos frentes de la villa o de la comarca. Algunos están tumbados en las literas, en silencio, procurando dormir, o mirando las pinturas de las paredes, o comiendo tacos de queso o lonchas de unos jamones que alguien, no sé cómo, ha conseguido traer hasta la mesa. Por el hueco de la puerta se ven los sacos de arena que la protegen.

Mangas, que ha seguido mi mirada, se lamenta:

—Ellos no pueden entrar, pero nosotros tampoco podemos salir.

Tena deja de masticar y replica:

—Saldremos. Los obligaremos a pactar y saldremos.

No sé si lo cree de verdad o si su optimismo es solo una respuesta refleja a su entrenamiento ideológico. En cualquier caso, se aferra a las consignas con una ingenuidad inquebrantable y las réplicas ajenas no hacen sino reafirmarlo en sus opiniones. Como otros comunistas que he conocido, tiene una fe ciega en sus credos y la absoluta certeza de pertenecer al partido correcto, ambas tan firmes como su extrañeza de que los demás no advirtamos en todo momento que solo esa es la ideología justa o que podamos militar sin remordimientos en otro tipo de causas.

Por la tarde vuelve a tronar el cañón, batiendo ahora sobre el edificio anexo, pero sin mayores estragos que durante la mañana. El ataque de su infantería, en cambio, incide esta vez sobre la espalda del Mausoleo. Cubiertos por la fusilería que concentran sobre la linterna y que nos impide maniobrar con soltura, saltan la tapia del patio posterior y algunos de ellos logran llegar hasta un rincón muerto que forma el Mausoleo con el anexo. Aunque allí no los alcanzan nuestras balas, los desalojamos con varias granadas que arrojamos al hueco desde arriba.

Con el atardecer se extiende alrededor un profundo silencio, que resulta más amenazador que los disparos. Parecen resignados, sin ganas de hostigarnos, y con los prismáticos los vemos al fondo de la explanada y más allá del Palacio, caminando a pie de un lado a otro y, en alguna ocasión, en automóvil. En una tapia de las primeras casas distingo una pintada, ARRIBA ESPAÑA, que apenas logra ocultar las grandes letras negras de la pintada anterior, BIENBENIDOS MILICIANOS. Algunos se detienen a mirar hacia el Mausoleo como buscando el medio final de derrumbarnos, otros se dirigen hacia el centro de Breda y otros, en fin, caminan ebrios y sostienen en sus manos botellas de vino, agarradas por el gollete como si fueran péndulos, celebrando anticipadamente la victoria.

Tena baja de la linterna en la plataforma y sube unos minutos después con uno de los jamones que aún guardamos.

—Ayúdame —le pide a Mangas.

Se sube en sus hombros y cuelga el jamón en lo alto, donde estaba el yugo de la campana, de modo que su silueta se recorta contra el cielo, muy visible desde todos los ángulos.

El tibio sol de abril se está escondiendo bajo las faldas del Volcán, su sombra cae sobre la explanada y sobre los tejados de la villa, pero aquí arriba la claridad se demora un poco más. Antes de que desaparezca, me tumbo boca arriba y saboreo esta luz dulce, templada y amarilla. Luego cierro los ojos y pienso en Marta. Cuando de nuevo los abro, el aire ya se ha oscurecido.

El amanecer ha sido tranquilo: no nos han despertado los estruendos de los cañonazos. Comienza nuestro turno y volvemos a subir a la linterna.

—¡Mirad! —Mangas señala una esquina del Palacio, donde agitan una bandera blanca.

Desde abajo también la han visto, porque nos gritan que no disparemos cuando se asoma un oficial del ejército junto a otro militar que sostiene un trapo blanco. Ambos avanzan muy despacio hacia la puerta, pero les hacen detenerse hasta que sale Guedea, que no les permite la entrada para que no obtengan información sobre nuestros efectivos o nuestra defensa. Desde aquí arriba tenemos una visión privilegiada de lo que ocurre, aunque no podemos oír lo que dicen. Voy a la plataforma y pido que me bajen, porque necesito saber qué ha ocurrido con los nuestros que no han logrado llegar hasta aquí, qué ha ocurrido con Marta. Me abro paso hasta la tronera y escucho la conversación entre Guedea y el emisario.

—¿Qué más tiene que decir?

—Una propuesta de rendición. Entreguen la plaza antes de que aumenten los daños. Habrá un juicio justo para los militares profesionales y para los civiles que se hayan significado políticamente. No se ejercerán represalias sobre quienes no tengan delitos de sangre.

—¿Qué entenderán por delitos de sangre en medio de una guerra? —murmura con ironía alguien a mi lado.

—Voy a hacerle una corrección a la propuesta de su coronel —replica Guedea—. Dígale que acepto el juicio a los mandos militares si se cumplen todos los requisitos del derecho militar. Pero exijo que la tropa y todos los civiles queden eximidos de cualquier acusación. Durante su estancia aquí, bajo mi mando, ninguno de ellos ha cometido delitos de sangre. Se han limitado a cumplir mis órdenes.

—No tengo atribuciones para aceptar ninguna otra condición. Se le conceden dos horas para dar una respuesta.

—Sin la promesa de exculpar a los civiles y a la tropa, capitán, creo que no hay nada más que hablar. No necesitamos esas dos horas.

En el silencio estalla el taconazo con que el oficial saluda antes de marcharse. Cuando pasa a nuestro lado sin mirarnos, Guedea parece haberse hecho viejo de repente y no resulta difícil comprender por qué. Como cualquier militar, incluso el menos apasionado por la acción, en muchas ocasiones a lo largo de su carrera se habría imaginado rindiendo una plaza enemiga después de un largo asedio y comportándose con generosidad con los vencidos: un Spínola impidiendo que Nassau se arrodille ante él. En cambio, ahora se ve obligado a mendigar piedad para sus soldados, a los que ha conducido a la derrota. Desaparece en las habitaciones interiores, pero media hora después su ordenanza sale para llamar a Noguero y a los otros dos o tres oficiales. El tiempo del cónclave no es superior al tiempo que ha estado reflexionando a solas. Casi nos sorprende su salida seguido de los otros. Como siempre, aparece meticulosamente rasurado y avanza hacia el centro del círculo, se sube en una silla y reclama nuestra atención.

—Supongo que todos conocéis ya la propuesta que nos han hecho. Un indulto, como si nosotros hubiéramos cometido algún delito al defender el Gobierno legal de España. Para los que no la habéis oído, su oferta es muy clara... Muy injusta y muy clara: no habrá represalias para los civiles sin significación política y sin delitos de sangre ni para los soldados de tropa, aunque sin duda os obligarán a alistaros en sus filas. En cambio, los mandos, oficiales, suboficiales y demás civiles seremos juzgados por tribunales militares.

—Ya sabemos cómo son sus juicios —murmura alguien—. Contra la tapia del cementerio.

—Solo hay una cosa que Franco odie más que a los republicanos: a los militares que se han puesto al lado de los republicanos —nos dice Tena en voz baja—. Los matarán.

Guedea hace un gesto con la mano pidiendo silencio.

—Ahora no os hablo como comandante del ejército español. Ahora os hablo como si fuera uno más entre vosotros. ¡Escuchadme! —exige para cortar el murmullo que se eleva—. No voy a obligar a nadie a quedarse aquí dentro. El que quiera salir, puede hacerlo, no voy a impedirselo. Tal vez tenga suerte. Que deje aquí las armas y la munición y salga antes de que se agote el plazo que nos han dado.

Nadie habla, nadie se mueve, todo queda en suspenso, tan paralizado como las figuras que nos contemplan desde las paredes, como si con ellas formáramos parte del mural. Guedea baja de la silla y regresa a su habitación para no ver quién se marcha, para no presionarnos.

Cuando cierra la puerta resurgen poco a poco los rumores. Los soldados rasos dejan sus armas en el suelo y comienzan a recoger sus pocas pertenencias con gestos decididos, como si ya lo hubieran pensado antes. Nadie les reprocha nada, aunque su desertión nos debilita un poco más, disminuye las escasas posibilidades que aún nos quedan de mantener aquí dentro una resistencia tan fuerte que los obligue a pactar la rendición.

Oigo ruido a mis espaldas y observo perplejo que Magro se está despojando de la pistola que, como suboficial, le corresponde.

—¿Qué...? ¿Qué? ¿Te vas? —le pregunta Tena, incrédulo.

—Sí. Y creo que es lo que deberíamos hacer todos. Aquí no tenemos escapatoria. Yo no he cometido delitos de sangre, me he limitado a obedecer órdenes y a disparar en las trincheras.

—No es poco —dice Mangas.

—Pero habrá un juicio y, aunque sean duros en la sentencia, es la única posibilidad que nos queda.

—¿Duros? —replica Tena, irritado—. Todos sabemos lo que los militares entienden por la palabra dureza.

—Yo soy de Breda. Todos me conocen y podrán atestiguar que no he matado a nadie —insiste.

Viriato, que ha escuchado en silencio, se levanta y por un momento temo que haga algo irremediable, pero nos da la espalda y se dirige hacia la plataforma para subir a la linterna.

Magro se une a los soldados y a algunos otros milicianos. Tena mira la pistola que ha dejado en el suelo y hace un gesto de cogerla, pero Mangas le sujeta el brazo.

—No merece la pena, se encargarán ellos mismos —le dice.

Uno a uno desaparecen por el resquicio de la puerta.

Bueno, aquí está, ha llegado el momento. Esto es lo que nos espera. Yo también, como Magro, tengo miedo y creo que si estuviera solo ahora mismo tiraría el fusil y saldría ahí fuera aun sabiendo que haber pintado el mural podría comprometerme. No pasarían por alto la acusación de propaganda subversiva, proselitismo o algo así. Pero al igual que nos contagió el miedo en la desbandada en el Montón de Trigo, ahora nos contagia el valor de todos los que se quedan. Nunca he depositado flores a los pies de las estatuas, ni he colgado banderas en balcones o mástiles, ni he cantado himnos en grupo, y sin embargo ahora mismo soy incapaz de entregarme y abandonar a quienes me rodean. Me resulta extraño que alguien tan tibio como yo esté aquí defendiendo con un fusil unas ideas que antes no había defendido con gritos ni con canciones ni con símbolos, formando parte de ellos, con una camaradería que a mí mismo me sorprende. Al menos entre nosotros, entre este pequeño grupo, hemos roto esa imagen desoladora de ejércitos de soldados que avanzan contra el fuego enemigo sin que a ninguno le importe que otro soldado muera. Nosotros nos miramos unos a otros para acordar juntos si levantamos las espadas o si las entregamos y nos vestimos de luto.

No lo había apreciado hasta este momento, rodeado por el acre olor a cordita de tanta pólvora quemada desde que estamos encerrados, ese olor que a Marta le recordaba el olor de los gatos, pero estas dos horas de tregua han permitido que emerja de nuevo el familiar aroma a pintura que todavía impregna las paredes. Nunca me detengo a analizar un cuadro que ya he entregado a su nuevo dueño: lo hice lo mejor que supe y ahí está. Me arrepiento de algunas cosas que pinté y no quiero vanagloriarme de otras, pero ahora mis ojos recorren el mural juzgándolo desde fuera. Sé que es lo mejor que he pintado nunca y sin embargo puede que nada de esto sobreviva, me digo con un escalofrío de terror. Aunque aprecien en estas imágenes algún

mérito, no será suficiente para salvarlas. No es una pintura de guerra, pero cuando entren aquí se reconocerán en las escenas bélicas y no podrán soportarlo.

A mediodía consumimos nuestra ración de comida y de miedo. Han sacado de las cocinas un guiso de carne de cordero viejo que sabe a lana, pero el hambre nos hace engullirlo con placer, a tenedorazos rápidos y violentos, ayudándolo con un vino de madera, tan duro que rebota en la lengua y raspa la garganta. Poco después los facciosos han lanzado contra nosotros un coche cargado de dinamita, pero desde el lucernario lo han hecho detonar antes de que alcanzara la puerta. Yo estaba abajo, adormecido, y me han contado después los detalles. Por el fondo de la explanada apareció un vehículo en cuyo interior dos hombres manipulaban algo. Luego comprendimos que estaban inmovilizando el volante y colocando algún artilugio en el pedal del acelerador para que marchara solo contra la puerta del Mausoleo. Al principio iba dentro el conductor, pero se arrojó del coche en marcha cuando faltaban trescientos metros y enseguida fue recogido por otro hombre con una motocicleta, en la que huyeron a escape libre. Nosotros tardamos unos segundos en reaccionar, siguiendo las instrucciones de Noguero de no disparar hasta tener cerca el objetivo, y cuando quisimos darnos cuenta ya se alejaban mientras el coche enfilaba contra la puerta.

Alguien advirtió a tiempo lo que pretendían y sin esperar órdenes comenzó a disparar contra el automóvil. La explosión, tremenda, me despertó y noté cómo todo vibraba alrededor.

El fracaso los ha enfurecido y han vuelto a sacudirnos con toda su potencia de fuego, pero hemos aguantado a pesar de las bajas. Estas paredes de piedra de un metro de anchura tal vez no hubieran resistido la explosión de los trescientos kilos de dinamita que han calculado que llevaba el coche —sus restos desperdigados por toda la explanada—, pero la fusilería y la artillería no pueden hacerles mucho daño.

—Construyeron este edificio para albergar a los muertos, pero es perfectamente adecuado para defender a los vivos —dice Mangas.

El intento de utilizar esa novedad del coche bomba indica hasta qué punto están desconcertados por nuestra resistencia y desesperados por no saber cómo abatirla.

Por la mañana subo a cumplir con mi turno y ya encuentro arriba a Tena y a Viriato. Por encima de nuestras cabezas aún cuelga el jamón, acribillado a balazos, como si su visión despertara su peor furia.

—¿Qué intentarán hoy? —señalo a lo lejos, donde se mueven algunos hombres.

Ninguno de los dos me responde. Viriato está apuntando con su fusil, con esa intensa concentración con que se aísla antes de disparar contra un objetivo difícil. Espero hasta que suena el estampido y miro a lo lejos esperando ver a un enemigo que cae, pero esta vez solo provoca que se protejan quienes han notado cerca el soplo de la bala. Como sucedió ayer, está fallando disparos que antes no fallaba y me pregunto si no es un síntoma de que también a él comienza a afectarle el miedo y le tiembla su pulso de piedra.

—No se mueven mucho. Parece que esperan algo —al fin responde Tena. Media hora después nos saca de dudas el conocido rumor del avión.

—Estaba tardando demasiado —dice Tena—. Ya lo echaba de menos.

Desde aquí arriba vemos cómo avanza hacia nosotros, con prevención, sin bajar demasiado, y aun así nos parece distinguir la silueta del piloto. A pesar de las instrucciones sobre ahorro de munición, Mangas comienza a dispararle sin ningún efecto. Como en ocasiones anteriores, el avión, que se sabe inmune ante nuestra carencia de antiaéreos, en una primera pasada identifica el objetivo y las posiciones y calcula su descarga. Luego se va empequeñeciendo en la lejanía hasta que da la vuelta y de nuevo se engrandece poco a poco. Lo vemos acercarse completamente horizontal en el centro del cielo, seguro de sí mismo y de sus brújulas. Agacho la cabeza sin dejar de mirarlo y así distingo cómo arroja la bomba. Desciende muy deprisa, pero veo las imágenes con una extraña y brillante nitidez, sobreexpuestas a la luz, como cuando en el cine se estropea el proyector y la cinta pasa muy despacio antes de que la incendie el calor del foco con una llamarada. Por eso puedo reconocer su forma y su tamaño: es idéntica a la que llevaba el Junker

que cayó junto al Lebrón, que no llegó a explotar: un delfín gris y lustroso que viene nadando por el aire hasta que cae sobre el tejado del anexo y todo estalla con un bramido insoportable...

Despierto con algo húmedo y caliente en mi mejilla: mi mano vuelve roja de sangre de la herida producida por algún cascote. La explosión se ha producido entre el Mausoleo y el anexo, que al derrumbarse se ha llevado consigo parte del muro circular que los unía y ha abierto grietas dentadas y destrozos aquí arriba. Tampoco se ve el jamón. No sé cuánto tiempo he pasado inconsciente, pero al asomarme al balcón interior veo avanzar a los regulares entre las ruinas y los cadáveres de la brecha, disparando contra todo lo que se mueve, sin nadie ahí abajo que ya pueda detenerlos.

Nuestra ametralladora parece la única que resiste, pero se ha encasquillado y Tena me pide ayuda. Intento liberar el peine, pero el metal ardiente me quema las manos. A Viriato se le han acabado las balas de fusil y lo arroja contra los atacantes, que también entran por la puerta. Tendido en el suelo, creo que estoy a cubierto, pero siento un fuerte golpe en la cabeza que no sé de dónde ha venido. Sin embargo, mantengo la consciencia: sé quién soy, sé dónde estoy y sé por qué tengo un fusil. Intento ponerme de rodillas, pero los brazos no me sostienen y caigo y me quedo mirando hacia lo alto, hacia el hueco donde estuvo la campana por donde se ve un cielo azul purísimo. Luego la luz del sol se apaga y se enciende con una rápida intermitencia, pasando de la más negra oscuridad a destellos de un resplandor insoportable. No oigo nada, ni voces ni disparos. Tengo los ojos abiertos y sin embargo no veo nada.

Había llegado a amar profundamente aquella vida: la guerra, las armas al servicio de la patria, los soldados levantándose antes del amanecer, las toses en los edificios de las escuelas donde se alojaban o en las tiendas de los campamentos que montaban o desmontaban en media hora, el ruido de los cascos de los caballos martilleando el empedrado de las calles al entrar en los pueblos silenciosos y el de las mulas que cargaban con los pertrechos, el de los motores de los camiones y, también, el de cacerolas y sartenes en las que se preparaba la primera comida del día con los suministros conseguidos durante la marcha: patatas si había patatas, café si había café, un puñado de harina si no había levadura. Luego, el olor a tabaco o al hachís que los moros fumaban en pequeñas pipas artesanas y que nadie les prohibía, porque les hacía perder el miedo en el combate y morían soñando con su Paraíso, con los ojos enrojecidos y brillantes, satisfechos con el botín de un reloj o de unas pocas monedas, de una joya cualquiera, de un puñado de dientes de oro que guardaban en el bolsillo interior de las chilabas. Y si estallaban combates a lo largo del día, ¡qué dulce el olor de la pólvora! ¡Qué armónica la melodía del tableteo de los fusiles y de las ametralladoras! ¡Qué luminoso el silbido de la bala del cañón antes del estampido! ¡Qué perfección la de la bala, como aquella que siempre llevaba en el bolsillo y que ahora sopesó en su mano! Ese pequeño trozo de un metal áspero y tosco que apenas servía para fabricar otras cosas, que ni era duro ni resistente, ni hermoso ni brillante, aquel pequeño trozo de plomo que pesaba doce gramos, esculpido en forma de ojiva para penetrar mejor en la carne, atravesaba la piel y con frecuencia abandonaba su trayectoria dentro del cuerpo y tomaba cualquier dirección, como el vagabundo que cambia de opinión, de modo que, para extraerla, primero era necesario encontrarla... Sí, también por su amor a las balas ellos estaban ganando la guerra.

En la ventana del despacho que ocupaba en la planta baja del Palacio, las primeras luces del día borrraban ya la turbiedad de la noche, en la que, por primera vez en todos aquellos meses, hasta él se había dejado llevar por la embriaguez de la victoria. La toma de Breda, que tanto esfuerzo y tiempo había costado, bien merecía una recompensa y, tras la gran explosión que derribó el Mausoleo, habían dado permiso a los hombres para que, por turno, vaciaran las bodegas. Durante dos días había estado oyendo en el patio del Palacio los ruidos del retén que recogía el armamento de los republicanos y amontonaba los fusiles como si amontonara huesos; y fuera del Palacio, los gritos y los cánticos de los vencedores, en ocasiones interrumpidos por alguna descarga del pelotón de fusilamiento.

Se acercó a los cristales y observó el enorme montón de ruinas a que había quedado reducido el Mausoleo.

—Adelante —dijo, sin moverse, cuando llamaron a la puerta.

Era el sacerdote, que ya venía de cantar misa. Su rostro desbarbado hasta el contorno de la mandíbula, con los afilados huesos estirando la piel, con la severidad clavada entre las cejas, aparecía especialmente enjuto y seco después de la noche en vela atendiendo a los que habían sido fusilados. No le preguntó por ellos, porque su atención se había desviado hacia el recuerdo de la copla que cantaban los soldados:

Con la cruz y la pistola
de este sacerdote manco,
alcanzarán la victoria
los falangistas de Mola
y los soldados de Franco.

Algún día tendría que ir a escuchar su homilía, para ver cómo se las arreglaba para conciliar la denominación de *cruzada* con que siempre se refería a la guerra con la ayuda de los herejes rifeños.

El sacerdote también se acercó a la ventana y observó las ruinas.

—Creo que incluso habían colgado en lo alto una campana, aunque no era una casa de Dios —dijo con aquella voz que parecía un entrechocar de huesos.

—Sí.

—Ese es el destino de todo lo sacrílego, ser fulminado por un rayo del cielo.

—Más bien por un rayo de los alemanes, padre. Fue una bomba de un cuarto de tonelada lanzada por un Junker.

—Guiada por la mano divina.

—Sí, tal vez —reconoció para no entrar en discusiones teológicas, mientras se limpiaba las lágrimas que asomaban a sus párpados—. Hasta ese momento yo no tenía demasiada confianza en la puntería de los pilotos de Hitler. En una ocasión ametrallaron a mis hombres, pero han aprendido practicando contra los rojos, porque aquí no podrían haber atinado mejor. La bomba cayó en la unión de la planta circular del Mausoleo con el edificio auxiliar y actuó como un abrelatas derrumbando toda aquella parte de la construcción —le explicó.

A partir de entonces se desencadenó el asalto, penetraron por la brecha y acabaron con la última resistencia de los atrincherados en el lucernario. Y cuando el humo se hubo evaporado y se asentó el polvo, sus hombres quedaron asombrados ante aquellas paredes agrietadas que parecían mantenerse en pie sujetas por los personajes pintados en ellas. El mural era extraordinario. Él hubiera podido perdonar la tensa expresión de las figuras de campesinos que trabajaban en tareas agrícolas —segar la mies, arrancar el corcho del tronco despellejado y sanguinolento de los alcornoques— y que en el trabajo parecían crear nuevos músculos, o la evidente simpatía hacia los humildes, pero no podía transigir con las escenas de guerra en las que ellos se reconocían como invasores que destruían y bombardeaban aquel paisaje y a sus habitantes, sus camisas azules mano a mano con las chilabas blancas de los marroquíes. Por eso había apoyado la decisión del coronel de dinamitarlo para que de todo aquello no quedara piedra sobre piedra.

—Ojo por ojo y diente por diente —insistió el sacerdote—. Provocaron al Dios de la vida y despertaron al Dios de la muerte. No lo han destrozado las bombas —repitió—. Lo ha destrozado Dios. No era un lugar puro. Aunque parecía una basílica, con cúpula y campana, no había sido consagrado y por eso no ha podido escapar a la cólera divina.

Observó las ruinas con severidad, como si de entre los escombros aún pudiera salir una serpiente, y, al mirarlo, Ugarte detectó un efluvio a suciedad, a falta de higiene. Vestía la misma sotana raída, con la manga vacía de la carne que había perdido al intentar salvar las imágenes en el incendio de la iglesia seis años antes. Al comprobar de nuevo su fanática, inquebrantable determinación, de nuevo supo que con hombres así, que aceptarían la muerte antes que la derrota, era imposible no ganar la guerra. En él se reunían el soldado y el sacerdote y a menudo no sabía cuál de ellos era más piadoso o más inflexible, puesto que ambos no tenían dudas de estar en posesión de la verdad. Lo había visto absolver a los que iban a ser fusilados con la misma mano con que una hora más tarde repartía la comunión en la misa; lo había visto disparar en las trincheras de Éufrates, apoyando el fusil en el muñón, con la misma mano con que ahora repartía chocolate a los niños de Breda que salían a su encuentro y la besaban sin dejar de mirar la manga vacía con el rabillo del ojo.

—¿Vamos? —le preguntó, porque tenían asuntos que resolver.

Después de haber tomado Breda, el grueso de la tropa se marcharía enseguida hacia el encasquillado frente de Madrid, que tantos refuerzos necesitaba, y en la comarca quedarían los guardias civiles y los falangistas para ordenar el nuevo gobierno municipal y para limpiarla de las últimas adherencias republicanas. De acuerdo con la doctrina Yagüe, las órdenes de arriba eran tajantes: no dejar a las espaldas elementos subversivos que pudieran reorganizarse y hostigar el territorio conquistado. La guerra no estaba ganada y resultaba imprescindible mantener limpia la retaguardia del oeste, por si un día fuera necesario retirarse hacia el vecino Portugal.

—Vamos —dijo el sacerdote.

Al salir del despacho se encontraron en el zaguán con un grupo de niños de diez a doce años que llevaban en los zurroneos algo que producía un ruido metálico. Agarró a uno de ellos por el brazo y le preguntó:

—¿Qué lleváis ahí?

El muchacho quedó paralizado por la autoridad de la voz, por la leyenda de la camisa azul, por el interés con que también esperaba su respuesta la otra figura negra y mutilada.

—¿Qué lleváis ahí? —repitió.

—Nos ha mandado el señor —respondió.

—¿Mandado? ¿Adónde?

—Al Mausoleo... A las trincheras... Al Montón de Trigo.

No comprendía nada y cogió el zurrón donde brillaba un buen puñado de casquillos de balas de fusil y de ametralladora. Vio el gesto con que uno de los muchachos escondía su botín y se lo quitó de las manos. Pesaba un poco más porque había conseguido una pieza mayor: la pretina de un proyectil de artillería, el cobre lleno de arañazos. Aquellos niños recogían los mismos cartuchos de las balas que unos días antes tal vez habían disparado sus padres... o habían matado a sus padres.

—¿Él os ha enviado?

—Sí.

—Nos paga por traerlo —dijo otro de los muchachos.

—¿Dónde lo entregáis?

—Ahí dentro.

—Vamos.

Atravesaron el zaguán tras ellos y llegaron al patio posterior utilizado para las cocheras. Aún no habían retirado el esqueleto de un camión que había ardido en un bombardeo aéreo. En un edículo al fondo del patio un empleado del Palacio dejó lo que estaba ordenando y esperó a que llegaran los muchachos. Fue pesando cada entrega en el platillo de una romana, pagó unas monedas y luego arrojó el metal en un montón que poco a poco iba aumentando, como si fuera una cosecha de trigo, de aceitunas o patatas en la que se mezclaban distintos calibres: los pequeños casquillos de pistola recogidos en las tapias del cementerio, los alargados de los fusiles, las grandes carcasas de la artillería desenterradas en el Montón de Trigo.

—¿Para qué quiere todo esto? —le preguntó al empleado cuando se fueron los niños.

—Para fundir la campana.

—¿Fundir una campana con...? —señaló, perplejo, los casquillos.

El empleado les contó sucintamente la historia, a veces dudando entre la obligación de hablar que imponían la camisa azul y la sotana y la lealtad al patrono: la primera fundición de la campana y su instalación en el Mausoleo el

mismo día en que estallaba la guerra; la segunda fundición para convertirla en munición cuando escasearon las municiones en el cerco de Breda. Y el intento actual por volver al principio.

Ugarte escuchaba en silencio, dudando de la legalidad de aquella recogida. No sabía si todo aquel metal brillante y quemado que se amontonaba en el chiquero y que aún expandía el dulce olor de la pólvora podía ser utilizado por un civil para sus intereses particulares.

—Solo trato de recuperar lo que era mío —oyeron la voz a sus espaldas, como si respondiera a sus dudas.

Volvieron la cabeza y allí estaba el aristócrata, alto y elegante, haciéndoles sentir que podían instalar sus cuarteles en dependencias de la familia De las Hoces, y entrar y salir cuando quisieran, y poner guardia en la puerta, pero que todo aquello era suyo y que solo él volvería a mandar en sus propiedades cuando terminaran aquellas molestas ocupaciones.

—Fundieron mi campana para fabricar sus armas. Quiero devolver las cosas a su sitio.

Ugarte comprendió entonces qué lo había llevado a presentarse a primera hora del día anterior en la pequeña y abarrotada cárcel del ayuntamiento para sacar de allí al herrero y al dueño de un camión que habían trabajado para él. El capitán responsable de los presos se había negado en rotundo a liberarlos. No sabía a quién había dirigido De las Hoces una de las primeras llamadas telefónicas tras la restauración de la línea, en qué despacho de Burgos o de Sevilla alguien descolgó el teléfono y escuchó su solicitud, pero por la noche llegó un telegrama en el que se ordenaba atender su petición. Los dos hombres debían ser liberados y nadie debía volver a importunarlos.

—Pero ambos han apoyado a los rojos —había protestado uno de sus hombres al leerlo—. Tenemos constancia de que ese herrero les ha reparado más de un fusil y de que ayudó a explosionar una bomba que llevaba un avión alemán que cayó por aquí. Y el dueño del camión, además de contrabandista, ha transportado armas y a milicianos cuando se le requería.

Ugarte lo había mirado antes de responder:

—La disciplina consiste precisamente en obedecer incluso cuando las órdenes no son comprensibles.

El falangista miró a De las Hoces sin saber qué actitud adoptar. No sabía dónde ubicarlo en aquella España partida a cuchillo en dos zonas, en las que todos debían llevar su anillo, sus galones o su carnet. Lo desconcertaba aquel aristócrata viudo, púdico y solitario que no parecía tener más pasión que recordar a su mujer muerta, obsesionado por ella y por el hijo enfermizo que apenas salía de los muros del Palacio, que tomaba el sol en los patios interiores y de quien se decía que no era como los demás niños. Lo desconcertaba su renuncia a continuar con la tradición bélica mantenida durante siglos por sus antepasados y sus iguales, los grandes poseedores de la tierra que en aquellos nueve meses de lucha no solo apoyaban la causa militar con dinero, comida y alojamiento, sino que en ocasiones también se subían a un coche o a un caballo y empuñaban un arma y no tenían reparos en manchar de sangre sus delicadas manos. Lo desconcertaba que no se pareciera a los suyos, a los señoritos que vivían de sus tierras, pero que nunca habían trabajado la tierra, que dilapidaban en francachelas urbanas las rentas que generaban sus fincas rurales, que tenían una excelente puntería con las armas porque desde niños habían sido entrenados en la caza, que podían llevar una pistola en la cintura, pero nunca una llave en el bolsillo porque siempre había un criado despierto para abrirles la puerta de sus casas a cualquier hora del día o de la noche... Bien, si él decidía no emprender ningún acto que enalteciera su estirpe, si no quería contribuir a la lucha por la nueva patria que estaban forjando, que al menos se apartara a un lado, que no se inmiscuyera en sus asuntos con caprichos de campanas para que las escucharan los muertos y que no les estorbara en su misión de ganar una guerra que le permitiría mantener sus privilegios.

Se preguntó si De las Hoces sabría quién era él y al instante se respondió que no. Separados por una diferencia de diez años, habían nacido y vivido en la misma villa, pero en ambientes tan alejados que el aristócrata nunca se habría fijado en un muchacho con quien se había cruzado algunas veces, porque nada suyo necesitaba.

—Una campana no es un mal destino para los cartuchos gastados, siempre que cuelgue en un lugar sagrado. —La voz seca del sacerdote lo sorprendió—. A Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.

Aunque no comprendía la relación entre la recogida del cobre y la frase bíblica, Ugarte decidió callar.

—Ayer solicité la liberación de dos hombres —dijo De las Hoces.

—Sí. Los soltaremos ahora.

—Se lo agradezco.

Se despidieron de él y se dirigieron hacia el ayuntamiento. El falangista se sentó en la silla vacía del alcalde y leyó una nota manuscrita y sin firma que habían dejado sobre la mesa.

—La gente empieza a colaborar —murmuró con desdén, porque no le gustaban los anónimos.

Un asistente llamó a la puerta.

—Tenemos abajo a las mujeres —anunció.

—¿Cuántas?

—Tres. La mujer del médico, la mujer del barbero y la dueña del estanco.

—Bien. Las quiero aisladas hasta la tarde. Que no hablen con nadie, ya han hablado demasiado. Y dais un pregón convocando a toda la gente para que acudan a la plaza. A las cinco, como a los toros. Quiero verlos a todos esta tarde ahí abajo.

—De acuerdo.

—Otra cosa —añadió, pensativo.

—Sí.

—¿Has dicho la mujer del barbero?

—Sí.

—Entonces, traed esta tarde también a su marido.

—Lo traeremos.

—¿Vamos? —preguntó al sacerdote.

Los dos guardias que vigilaban las celdas los saludaron militarmente. Ugarte ordenó con un gesto que abrieran el cerrojo.

Aunque también entraba luz por un ventanuco lateral, le costó distinguir las formas de los veinte o veinticinco prisioneros que se apiñaban sentados en el suelo, apoyados unos contra otros. Al abrir la puerta se pusieron en pie y una vaharada de sudor y de miedo le golpeó el rostro, como si se hubiera asomado a una madriguera y sintiera el tufo de la fiera al removerse: aquellos

hombres estaban retrocediendo a la condición animal. No distinguía bien sus caras, pero era muy probable que algunos fueran sus conciudadanos y que durante años, antes de la época en que estuvo alejado de Breda, hubiera convivido con ellos. Tal vez se habían peleado por cualquier nimiedad en un lejano juego infantil, tal vez habían sido amigos y juntos habían cazado pájaros o habían obligado a fumar a los murciélagos. Sin embargo, ahora se sentía un extranjero ante ellos.

—¡El herrero! —llamó el sacerdote.

Nadie se movió, como si lo hubieran pactado, como si supieran de qué modo terminaban aquellas llamadas —unos nombres, unos gritos, a veces unos golpes sordos o un llanto, unos pasos y, poco después, el ruido de un coche o de un camión tras cuya marcha nadie volvía a saber nada de los elegidos— y se negaron a colaborar en cualquier identificación. Ni siquiera hubo un giro de cabeza o una mirada que revelara a quién buscaban.

—¡Camilo el herrero! ¡Y Martín Cupido, el conductor!

Sin embargo, al oírse citados al mismo tiempo, los dos dieron un paso adelante y Ugarte reconoció al primero. Se vio siendo un niño que llevaba al herrero las tijeras de costura que su madre le había encargado afilar y escuchando sus palabras sobre la inminente llegada de la luz, aun sin comprenderlas del todo, porque en la infancia los oídos oyen y los ojos ven lo que la cabeza aún no entiende, sin sospechar que su memoria las recordaría con frecuencia y siempre le provocarían una sacudida física. Mientras se enjugaba el asomo de dos lágrimas que en la penumbra nadie había advertido, de nuevo lamentó que su memoria siempre reservara el hueco más grande y más visible para aquellos años de su primera adolescencia que habían marcado su vida de un modo tan indeleble, en los que habían confluído con una dolorosa intensidad el fracaso definitivo de su padre, su muerte y los amores clandestinos de su madre con el técnico. Tal vez solo fuera una cuestión de carácter. Del mismo modo que otros recordaban los acontecimientos más alegres o las anécdotas más divertidas, su memoria siempre desplegaba ante él la cara de la desgracia.

—¡Salid! —les ordenó—. Por esta vez estáis de suerte, pero vais a tener que trabajar duro y demostrar que no se equivoca quien os ha protegido.

Ambos se miraron sin ocultar su sorpresa y, por su expresión, Ugarte comprendió que ignoraban a quién se refería. Pero no iban a preguntarlo delante de todos los demás y permanecieron en silencio, con una dura y serena insubordinación, con un orgullo que ya había visto en otros presos y que no desaparecía ni ante el pelotón de fusilamiento ni ante la pistola que se apoyaba en la nuca en una cuneta en medio de la noche, en una escena solo iluminada por los focos de un coche para que el verdugo no errara el disparo.

—Coged lo que tengáis y salid.

Si tenían algo lo dejaron para los otros prisioneros y salieron de la celda con una breve despedida hacia los que se quedaban.

—Tú tienes trabajo. Te vas ahora mismo a la herrería, enciendes la fragua y esperas a que llegemos —le dijo a Camilo. Luego se dirigió a Martín Cupido—: A ti, de momento no quiero ni verte. Por supuesto, no puedes salir de Breda, y mucho menos hacia La Raya. Quiero que estés siempre disponible y con el camión a punto por si lo necesitamos. ¿Entendido?

—Sí —respondieron.

—Pues andando.

Los dos hombres comenzaron a caminar hacia sus casas mientras a sus espaldas oían la voz del falangista que volvía a dirigirse a los presos:

—¿Quién de vosotros es Magro? Nos va a tener que contar esa historia tan divertida de las cien vacas comunistas.

Cuando salían de la plaza, Martín Cupido preguntó:

—¿Quién habrá sido?

—De las Hoces —supuso el herrero.

—Sí —dijo el conductor al cabo de unos segundos—. No imagino a nadie más de los suyos interesándose por nosotros dos a la vez y con el poder suficiente para mandar sobre todos estos. ¿Pero por qué?

—Por la campana.

—Le gustó cómo sonaba la que fundiste —se atrevió a bromear sin sonreír—. O tal vez aquella leyenda que te encargó que le grabaras y que hablaba de los vivos y de los muertos. ¿Cómo era?

—VIVOS ADMONEO, FUNERA PLANGO —recordó el herrero.

—Querrá otra.

—¿Para instalarla dónde? Ya no hay Mausoleo.

—El Palacio es muy grande.

Llegaron a la casa de Martín Cupido y aunque Camilo estaba impaciente por ver a su hija, se demoró unos segundos y ambos se dieron un abrazo. Apenas podían creer que estaban libres: dos sombras que, a pesar de la derrota, sabían lo que era el orgullo, la lealtad y la amistad y no iban a renunciar a ellas, aunque tuvieran que callar delante de hombres armados.

El herrero aceleró el paso hacia la fragua, situada a las afueras de la villa. Había visto a su hija unos segundos el día anterior, cuando ella le llevó la comida junto a otros familiares de presos, pero no había podido abrazarla ni consolar la pena insoportable que le asomaba al rostro. El portón estaba cerrado y llamó procurando que los golpes no sonaran perentorios. A sus espaldas oyó el roce de una ventana al entreabrirse y supo que algún vecino se alegraba de verlo libre, pero que el miedo le impedía felicitarlo. Al otro lado del portón oyó la voz de Luz:

—¿Quién es?

—Soy yo.

Su hija abrió rápidamente y ambos se abrazaron después de cerrar la puerta. Luz estaba temblando y Camilo detectó en su forma de aferrarse a él una nota de intenso dolor, un atisbo de tragedia.

—Me han soltado —dijo.

—Tenía mucho miedo. Temía que te hicieran daño, aunque tú no hayas luchado contra ellos.

—Eso no les importa mucho —susurró—. Allí dentro han quedado otros que no saben lo que es un fusil, pero que formaron parte de alguna lista en las elecciones... Me han soltado porque quieren que trabaje para ellos.

—¿Qué trabajo?

—No lo sé todavía. Ahora vendrán a decírmelo. Tengo que encender la fragua. ¿Y a ti? ¿Te han molestado?

La muchacha agachó la cabeza y ocultó el rostro entre las manos. Incapaz de soportar la tensión durante más tiempo, la estremeció un sollozo incontenible. Camilo la abrazó de nuevo.

—¿Qué te han hecho?

Luz no respondió, sin fuerzas para sustituir el llanto por unas palabras que no solo no había oído nunca, sino que nunca había imaginado que tuviera necesidad de pronunciar. Protegida por los fuertes brazos de su padre, dejó que las lágrimas expresaran el dolor y la afrenta mejor que cualquier frase.

—¿Quién ha sido? —preguntó al fin.

La apretó contra sí esperando una respuesta, aunque no sabía qué podría hacer con ella, puesto que, a pesar de toda su fortaleza física, nunca había tenido capacidad para la violencia o la venganza ni contaba con nadie alrededor con menos miedo que él y lo suficientemente violento o vengativo a quien pedir ayuda.

—Fue al poco rato de que te llevaran. Uno de ellos volvió aquí. Yo estaba sola.

Con frases entrecortadas le fue contando su sorpresa al verlo allí dentro, y luego la incomprensión y el espanto, mientras Camilo la escuchaba con ese dolorido asombro del hombre apacible ante la brutalidad de sus iguales. Aunque él no había participado directamente en la lucha, sabía que la victoria de los sublevados le acarrearía algún problema, pero no esperaba que le causara tanto dolor.

—Intenté defenderme —murmuró Luz, como si necesitara disculparse—, pero me amenazó con disparar si gritaba... Luego..., luego, cuando..., apareció ahí detrás aquella muchacha que tocó la viola en el entierro de su novio...

—¿Apareció...? ¿Quién? —Camilo no sabía a quién se refería.

—Apareció ahí detrás... y él notó que había alguien y al volver la cabeza ella...

—¿Ella?

—Marta le disparó...

—¿Quieres decir que...?

—... le disparó en la espalda... Pero no la vio nadie.

—¿Y dónde...?

Sin volverse, su hija señaló hacia el patio posterior.

—¿Quieres decir que el cadáver todavía está ahí? —preguntó con una creciente perplejidad porque en dos días hubieran ocurrido tantas cosas.

—Sí. Debajo del carbón. Lo escondimos entre las dos.

—¿Entre las dos? ¿Es que ella...? ¿Dónde? —preguntó, y ya estaba mirando alrededor, como si en cualquier momento pudiera salir del escondite.

—En el gallinero, donde yo me escondía de niña —señaló hacia el patio.

Había dejado de llorar y ahora parecía orgullosa de haber encontrado ella sola la forma de protegerla.

—¡Espera, espera!

Los otros no tardarían en llegar y el herrero limpió las cenizas frías, prendió con unas astillas el fogón y avivó las brasas con unos enérgicos soplidos del fuelle. Aquellas pequeñas manipulaciones con sus materiales de trabajo contribuían a calmar su angustia. En el montón de hulla no apreció nada extraño. Su hija y la muchacha escondida habían actuado bien, incluso colocando encima la pala y el capacho, pero ya habían pasado dos días y tendría que cambiar de sitio el cadáver antes de que comenzara a descomponerse. En aquel momento no tenía tiempo. Su hija había entrado ya en el gallinero y vio cómo llamaba suavemente en los tablones que ocultaban el hueco.

—¡Marta! —susurró.

—Sí.

—Está aquí mi padre, lo han soltado. Le he hablado de ti. Ahora todo será más fácil, ya verás.

—Sí, lo estoy viendo. Me alegro muchísimo.

—Ahora no puedes salir, porque va a venir gente. Pero no te preocupes por nada. Él nos ayudará.

—¡Luz!

—¿Sí?

—Lo estarán buscando. ¿No han aparecido por aquí?

—¿A quién?

—A...

—No —la interrumpió antes de que encontrara la palabra adecuada para nombrarlo—. No ha venido nadie. No debió de contar lo que pretendía.

Camilo intervino:

—Ahora no podéis seguir hablando. Pueden llegar en cualquier momento. Y es mejor que encuentren todas las puertas abiertas.

Antes de salir del gallinero Luz se agachó y cogió tres huevos blancos, aún tibios, que las gallinas acababan de poner. Camilo la miró y aquella imagen cotidiana de su hija lo serenó de un modo inesperado, como si las esquivas, nerviosas gallinas también fueran sus cómplices y contribuyeran con su esfuerzo a la aparente rutina de las tareas diarias, a camuflar mejor el escondite.

—Vete arriba y no bajas si no te llamo.

Tardaron más de lo previsto, y cuando por fin llegaron, la hulla chisporroteaba en la fragua caliente, expandía aquel calor tierno y uniforme que Camilo preparaba con el mismo esmero con que un campesino limpiaba y abonaba un campo fértil para sembrar unas semillas valiosas. Ugarte y el sacerdote entraron sin llamar y avanzaron hasta el fogón, ambos muy parecidos en sus gestos, ambos muy delgados, fanáticos y severos, como si la guerra los hubiera homogeneizado. Los escoltaban dos muchachos falangistas —las camisas azules remangadas hasta el codo, el detente bordado en el bolsillo del pecho, los pantalones anchos, el pelo engominado, la pistola en la cintura como si por el simple hecho de estar afiliados a Falange ya tuvieran permiso para ir armados—, dos jóvenes y disciplinados cachorros que los seguían con una atenta sumisión. Uno de ellos llevaba un saco de arpillera con algo pesado dentro. Por último, y casi invisible, un soldado de baja estatura, con manos de uñas negras y mirada de anciano, con el aspecto de padecer alguna deficiencia.

—¿Está listo el fuego? —preguntó Ugarte.

—Sí.

—Vas a hacer dos trabajos.

El sacerdote extrajo del bolsillo de la sotana una petaca metálica para guardar bebidas. Había sido atravesada por una bala.

—La llevaba en el bolsillo de la camisa —explicó con su entrecocar de huesos o de palos ardiendo, señalando al soldado, que escuchaba con un gesto de extrañeza y pasividad, como si le costara comprender todo aquello y no supiera bien qué hacían allí él y su petaca agujereada, pero que cabeceó al sentirse aludido—. La petaca lo salvó al parar la velocidad de la bala que buscaba su corazón. Solo quedó herido. Era un pobre borrachín, pero ya no bebe.

—Ya no —susurró el soldado sin demasiada convicción, como si no se atreviera a contradecir al sacerdote. Pero algo en su expresión sugería que lamentaba mucho no tener a mano su vieja petaca y en perfectas condiciones para echar un buen trago.

—Dios lo salvó. Lo hirieron gravemente en el Montón de Trigo y soportó el sufrimiento varias horas hasta que pudieron atenderlo. El aguardiente se mezcló con su sangre y desinfectó su herida. Dios lo salvó. Ahora pide convertir ese metal en una cruz que llevará en el pecho para recordar lo que Dios hizo por él.

—Una cruz —repitió el soldado.

—Dios lo ha señalado con Su dedo. Ha escuchado sus oraciones y conoce su arrepentimiento. No le enviará más balas de advertencia —habló no hacia el herrero ni hacia los falangistas, sino hacia el pequeño y oscuro soldado, como si no lo viera del todo convencido y necesitara repetirle una vez más su decisión—. ¿Cree que podrá hacerlo?

—Sí —respondió observando la petaca agujereada que le había entregado el sacerdote—. Saldrá una cruz pequeña, pero no será difícil.

Camilo apartó a un lado la petaca y esperó el segundo encargo, aunque adivinaba de qué se trataba.

—¿Conoces esto? —le preguntó Ugarte.

Hizo un gesto al muchacho que llevaba el saco de arpillera, que extrajo de él el hierro con la hoz y el martillo que había fundido para marcar las vacas de Cuaresma.

—Sí —reconoció.

—Tengo que reconocer que te salió bien la figura. ¿De quién fue la idea?

—No lo sé.

—¿No lo sabes? ¿Tú hiciste el hierro y no lo sabes?

—No.

—¿Quién te lo encargó?

El herrero recordó el día en que Magro llegó con la hoz y el martillo dibujados en un papel. También estaban en la fragua Martín Cupido, Antonio Paraíso y Botín. No era necesario que Martín Cupido hubiera estado con él en la celda para saber que no diría algo que pudiera perjudicarlo. De Paraíso

tampoco temía nada, era un hombre silencioso y reservado que nunca denunciaría a nadie. En cambio, era posible que Botín hubiera revelado quién le hizo el encargo. Aun así, respondió:

—Creo que fue alguien de fuera. Me dieron un papel con el dibujo y me dijeron que lo hiciera.

Ugarte sonrió negando con movimientos de la cabeza, como si estuviera seguro de que esa era la respuesta que iba a oír.

—No, no fue alguien de fuera. Tienes mala memoria, pero ya te ayudaremos a recordar otro día —dijo mordiendo precipitadamente dos lágrimas que habían bajado hasta su boca—. De momento te voy a dar un papel con otro dibujo, aunque en esta ocasión el trabajo te resultará un poco más complicado. Tú verás cómo te las arreglas. El caso es que tenemos cien vacas inocentes marcadas con una hoz y un martillo a las que la gente llama las cien vacas comunistas, aunque nunca hasta hace unos meses habían oído hablar de ideas políticas y menos de esa palabra. Como comprenderás, ni podemos permitir que continúen con esa propaganda y esos insultos a los pobres animales, ni tampoco podemos sacrificarlas, con la necesidad de leche que sufren los niños de Breda desde que la República decidió que nadie tenía que trabajar. Vas a hacer otro hierro.

—¿Con qué dibujo?

—Con este.

Extrajo del bolsillo una pequeña libreta y fue pasando varias páginas con dibujos en los que la hoz y el martillo quedaban camuflados bajo el yugo y las flechas de Falange. Los primeros intentos estaban tachados, porque el resultado era deficiente, pero en las hojas siguientes se veía el símbolo comunista imbricado con una V y una R y un extraño icono.

—Es un v́ctor —explicó—. Un signo del imperio romano que estamos recuperando, porque también nosotros llevaremos a España a una época gloriosa. Como verás, hay algunas similitudes con el hierro que tú hiciste. Ahora tendrás que apañártelas para que esta nueva marca oculte la anterior en la piel de las vacas.

Camilo cogió la libreta, hojeó los últimos bocetos y no necesitó girarlos ni calcular mucho para saber cómo lo haría, de modo que las nuevas líneas imperiales enterraran en la sufrida piel vacuna los símbolos proletarios.

Desde niño había sido así: no existía una pieza mecánica cuyo uso y función dentro de una maquinaria quedaran ocultos a su comprensión del movimiento o de la fuerza, a su prodigioso instinto para advertir simultáneamente las tres dimensiones de cualquier volumen. Le bastaba estudiarlo unos instantes para saber dónde encajaba y qué papel desempeñaba. Esa misma capacidad era la que en ese momento le permitía atender a la petición de Ugarte y al mismo tiempo estar pendiente de su hija, de la muchacha escondida a unos metros de allí y del cadáver bajo la hulla. Podría terminar los encargos en unas pocas horas, pero también necesitaba tiempo para atar todos los cabos que quedaban sueltos alrededor. Así que dijo:

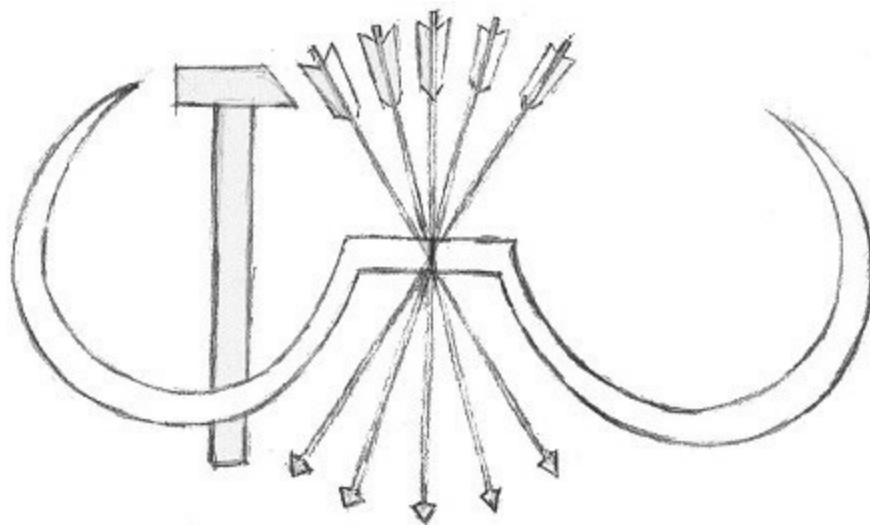
—Tendré que dibujarlo a la misma escala y luego buscar unas pletinas de la misma anchura antes de soldarlas. Necesitaré tiempo para hacerlo bien... y para fundir la cruz —añadió.

—¿Cuánto tiempo?

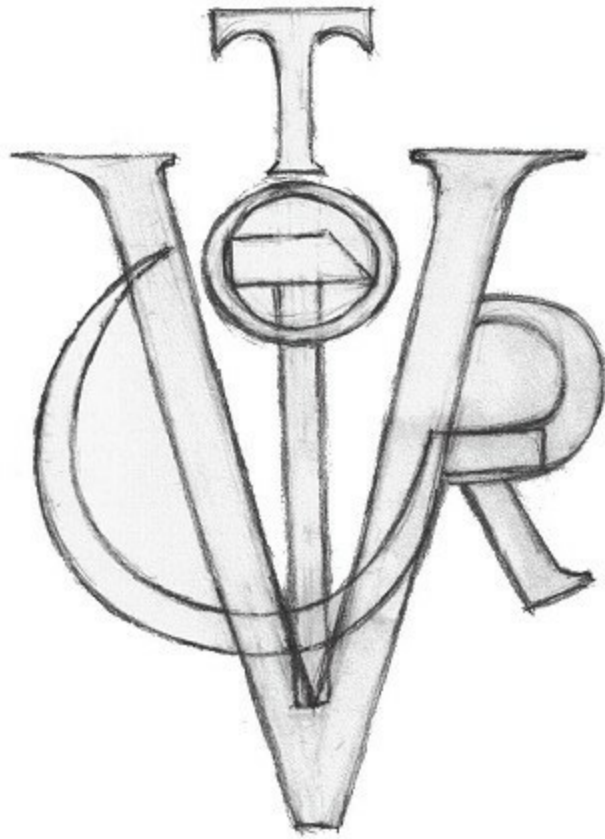
—Dos días.

—No. Vendremos a recogerlo mañana. No vamos a tener a esas cien vacas llevando en el lomo por toda Breda esa propaganda bolchevique. ¡Mañana!

El herrero los vio salir y durante unos minutos estuvo observando los torpes dibujos de la libreta, que primero habían intentado en vano camuflar el símbolo comunista bajo el yugo y las flechas:



Y luego, en las siguientes páginas, el símbolo romano entre cuyos trazos quedaban ocultos con mayor acierto:



Componer aquel hierro no le supondría ninguna dificultad y estaba calculando los detalles cuando entró Luz, que había esperado a que los otros se marcharan.

—¿Qué querían? —le preguntó.

De nuevo tenía en su expresión un gesto de miedo tan intenso que Camilo temió que se hubiera fijado en su rostro para siempre, que la violencia la hubiera incapacitado para ver a los hombres como los ven las vírgenes de dieciséis años, puesto que había conocido antes que la caricia el puño, el asco antes que el deseo, el grito antes que el gemido, los dientes sucios antes que los labios. Temió que su hija estuviera herida definitivamente no por el desgarrar de la carne, porque la carne olvidaría el dolor y la piel adolescente ocultaría las cicatrices, sino mutilada para la esperanza cuando algún día unas nuevas manos intentaran acercarse a ella.

—Quieren que funda una cruz y un hierro para marcar animales.

Le explicó que le resultaría fácil y que aprovecharían la excusa de los ruidos y del trabajo para enterrar el cadáver. Correrían un riesgo, pero no podían demorarlo.

Esa misma noche no quiso que ella lo ayudara a remover el montón de hulla y en el mismo lugar cavó una tumba que quedó oculta bajo el combustible. Las ropas ardieron en el fogón que fundía el metal de la petaca para verterlo en un pequeño molde con forma de cruz. A las tres, por fin, comenzaba a preparar los hierros para la marca cuando dos guardias civiles llamaron a la puerta, atraídos por el ruido del martillo. El encargo de Ugarte justificó el trabajo. Los guardias se marcharon y no volvió a oír nada hasta que, poco antes del amanecer, el motor de un coche rompió el silencio de la calle.

Había amanecido cuando hundió el vóctor en el cubo de agua y escuchó el siseo con que se apagaba con un olor a humo quemado. Por fin terminaba aquel larguísimo día. Había salido de la celda cuando no lo esperaba, había cavado una tumba y enterrado un cadáver y había fundido una cruz y forjado una figura de hierro con la forma de un símbolo de quienes habían podido matarlo. Se frotó los ojos cansados y se miró las manos a la luz que ya entraba por el portón: negras de hulla, húmedas de sudor, agrietadas por el hierro, pero capaces de hacer su trabajo con maestría. Su oficio lo había salvado. Ahora le faltaba consolar a su hija y salvar a la muchacha escondida tras las tablas del gallinero, que tal vez en esos momentos estaría despertándose con el canto del gallo que esponjaba su garganta a apenas un metro de sus oídos.

El reloj quemado de la iglesia dio siete campanadas a las cinco de la tarde y muchos de los obligados a asistir al auto de fe en la plaza desearon que el reloj estuviera en lo cierto y ya hubiera terminado aquella hora de la humillación y la crueldad. Pero solo eran las cinco y todos los habitantes de Breda que creían en la eficacia del castigo, y los tibios que temían verse señalados si faltaban, y los no afectos que no habían logrado esconderse o justificar su ausencia con una tarea insoslayable esperaban en la plaza, alrededor de un círculo vacío en el que únicamente se veían tres sillas.

Las tres mujeres fueron sacadas de la celda del ayuntamiento y el choque de la luz las deslumbró al salir al exterior. Ese día había subido de repente la temperatura y, bajo un calor sucio y arrogante, avanzaron con pasos amansados por el estrecho pasillo de miradas hasta llegar al centro del círculo.

En ese momento comenzaron a oírse las burlas, los primeros insultos, las frases sombrías de venganza de quienes ocupaban las primeras filas y habían tenido hijos o hermanos que habían sido víctimas de la represión del otro bando, pero también las de los coros que ya empezaban a organizar sus planes, a sustentar sus coartadas, a acumular méritos.

—¡Sentadas! —ordenó Ugarte.

De las tres mujeres, la mayor, de unos cincuenta años, era la esposa de un médico a quien la sublevación había sorprendido en Valencia y, de ese modo, se había salvado del destino que esperaba a quienes habían encabezado una lista electoral de un partido republicano. Las otras dos, más jóvenes, rondaban los veinticinco años. Una de ellas era la dueña del estanco y nunca había ocultado sus ideas anarquistas y su libertad para vivir con el hombre que amaba sin necesidad de que nadie les diera permiso. La otra era Julia, la bellísima mujer del barbero.

—¿Y el barbero? —preguntó Ugarte.

—Han ido a buscarlo.

Por la ventana de la barbería vio cómo se acercaban dos guardias civiles, empujaban la puerta y pasaban sin llamar.

—Vamos, que tienes trabajo.

—No —dijo.

El puñetazo lo tumbó en el suelo y desde allí oyó el ligero roce de la pistola al salir de la funda de cuero. El guardia le estaba apuntando a la pierna sana.

—Levántate y coge los trastos de rapar. Te están esperando y te aseguro que ellos tienen menos paciencia que nosotros. Tu mujer también está impaciente por verte.

El barbero se levantó del suelo, se tocó la boca y comprobó que no tenía sangre. Cogió la cartera que utilizaba para los servicios a domicilio, a gente inválida o en cama, o para cumplir la rigurosa costumbre de Breda de asear el rostro y el cabello de los muertos antes de ser enterrados.

No vio a nadie en las calles, pero la plaza estaba llena, recorrida por un murmullo de tensión. La gente abrió un pasillo para dejarles paso hasta llegar al hueco donde esperaban sentadas las tres mujeres, con la cabeza agachada, como quien espera un golpe. El silencio que se hizo al aparecer él debió de advertirles de su llegada, porque Julia levantó los ojos y lo miró. Si el barbero hubiera detectado un mínimo reproche en su expresión, no habría seguido avanzando hacia ella, cojeando, arrastrando ligeramente la pierna que nunca le había pesado tanto. Pero sus ojos estaban llenos de amor, los unía su condición de víctimas.

—¿No afeitabas gratis a los rojos? —gritó alguien a sus espaldas—. ¡Pues sigue haciendo gratis el trabajo!

Un empujón por la espalda le hizo trastabillar hasta las sillas, detrás de las cuales esperaba Ugarte. Recordó que lo había atendido en alguna ocasión, en el tiempo que mediaba entre su regreso a Breda y el estallido de la guerra, y que le gustaba copiar el estilo de su líder, la estética falangista de pelo engominado y rostro limpio, sin barba ni bigote.

—¡Empieza a rapar! —le ordenó.

Sacó la maquinilla de la cartera y manipuló el nivel de corte.

—¡Al cero! —oyó de nuevo la voz dura, tranquila, de quien no necesitaba gritar para ser obedecido—. A ella la primera —señaló a Julia.

—No.

El tercer golpe volvió a tumbarlo en el suelo e inmediatamente una patada lo obligó a levantarse.

—Podéis llamar a otro barbero —pidió.

—No. Tú le has permitido un comportamiento subversivo, así que asume ahora las consecuencias.

—¿Qué te pasa? ¿Te da miedo de que te zurre luego, cuando lleguéis a casa? —intervino otro.

—Ella la primera —repitió Ugarte.

—No te preocupes por mí —habló entonces Julia con una voz tan serena como si estuvieran ellos dos solos en la plaza y nadie los oyera—. Empieza ya, antes de que a ti también te destrocen. Lo mejor es que termine cuanto antes.

Cogió la maquinilla y se colocó a su espalda. Julia volvió la cabeza y le sonrió, ajena a todo lo demás, a los gritos, a los insultos, a las órdenes. Aunque estaban rodeados de enemigos, ella convertía el castigo en un acto de amor, consciente de que sería la única forma de soportar su recuerdo cuando pasara el tiempo.

—Perdóname —dijo antes de empezar.

—No tengo nada que perdonarte —sonrió.

Puso la mano en su hombro y acercó la maquinilla a la cabellera que tanto le gustaba acariciar. Los primeros mechones cayeron al suelo, formando una corona negra, mientras en la plaza los últimos gritos se fueron apagando hasta que solo se oyó el suave traqueteo de la maquinilla, como si ellos mismos se avergonzaran de lo que estaban haciendo. Algunos espectadores, turbados, terminaron por dar un paso atrás, abandonando la primera fila para no verse obligados a asistir a la doble humillación.

Enseguida notó cómo la tensión le agarrotaba la mano y perdía velocidad al manejar la maquinilla, pero aumentó la delicadeza para no darle ningún tirón, tocándola como si la acariciara, hasta cortar los últimos mechones.

Había terminado. La cabeza blanca, infantil, brilló bajo el sol de la tarde, dejando al aire las pequeñas orejas que, curiosamente, aumentaban la absoluta fascinación que provocaba su belleza. Dos lágrimas asomaron a los ojos de Julia, brillaron un momento a punto de desbordar sus párpados, pero no llegaron a verterse: enseguida desaparecieron, evaporadas por el ardor de la rabia o de la vergüenza.

—Así está mejor —oyó a sus espaldas la voz de Ugarte—. Quizá ahora por fin, sin el estorbo del pelo, le entre en la cabeza lo que debe hacer y lo que no debe hacer.

Solo cuando terminó de rapar a las otras dos mujeres les permitieron marcharse, pero ya nadie les gritó cuando salían de la plaza y pasaban entre la gente, tan deseosos como ellos de que todo terminara, mudos y avergonzados bajo el único sonido del tableteo de las nuevas banderas que habían izado en

el balcón del ayuntamiento. Con los mechones que quedaban pisoteados en el suelo también habían caído por tierra algunas palabras —generosidad, nobleza, libertad, igualdad, dignidad, España— que muchos de ellos habían soñado incorporar al vocabulario cotidiano de sus vidas y que ya nunca podrían utilizar, porque habían sido contaminadas por ellos, moldeadas a su antojo, cargadas con un significado que no podrían compartir.

La bomba había estallado cuando el muchacho trató de arrancarla del suelo: un obús de mortero que, por algún defecto o azar, no había detonado al caer en la tierra esponjosa y fértil, muy cerca de la Fuente de Chico Cabrera, en el cinturón de trincheras que había sido la última oportunidad de defensa de la villa. Si el muchacho no la hubiera encontrado, espoleado por las monedas que ganaban vendiendo el metal al dueño del Palacio, habría seguido hundida en la tierra hasta que algún arado la hubiera removido volteando por los aires arado, mulas y campesino, en un revoltijo de hierro, carne y sangre.

El muchacho fue enterrado al día siguiente y en el libro de registro se estampó la frase «Muerto por heridas de guerra» para describir la causa del fallecimiento, las repetidas palabras que se aplicaban a los fusilados. La bomba lo había destrozado y apenas pesaba el pequeño ataúd blanco que Jerónimo de las Hoces hizo traer urgentemente de la capital para enterrarlo bajo una lápida de mármol que destacaba entre las toscas cruces metálicas de los últimos meses.

Sin embargo, el aristócrata no prohibió que los muchachos siguieran rebuscando casquillos por las líneas del frente o entre las ruinas del Mausoleo, porque aún no había acopiado el metal suficiente para refundir la que sería la campana más teñida de sangre de la tierra, según rumoreaba la gente. Pidió precaución a los chicos y les encareció que aumentaran su seguridad, pero siguió comprando los casquillos que le traían. Fueron las madres asustadas quienes lo impidieron, pero puesto que había que comer y cualquier animal con o sin pezuña, de sangre fría o caliente, y cualquier planta no venenosa servía para calmar el hambre, pocos días después cuatro muchachos de entre diez y doce años salieron a media tarde con los reteles de pescar cangrejos y, como cebos, unas chupadas raspas y cabezas de sardina

recogidas en la basura del acuartelamiento. El calor templaba la tierra, por las paredes soleadas ya trepaban los lagartos, sus destellos verdes huyendo al acercarse los humanos, y por el cielo un viento vivaracho y sin orden provocaba ese ir y venir de grandes nubes que tan a menudo forma hermosísimos espectáculos en los turbulentos días de mayo.

Esa tarde no hubo mucha pesca, porque aún estaban en el inicio de la temporada, pero ya estaban saliendo de las cuevas los cangrejos y algunos cayeron confiados en los reteles. Al atardecer, de vuelta a casa frente a un horizonte que, como un pavo real, exhibía ante ellos una cortina de nubes coloreadas por el sol, la cena de cuatro hogares se vio ligeramente incrementada, aunque no tanto como para saciar el hambre.

De modo que volvieron al arroyo tres días después. Ya iban cinco muchachos y el mayor reprochó al recién incorporado, señalando al perro:

—No tenías que haberlo traído. Espantará a los cangrejos.

—No. Solo hace lo que yo le digo. No se moverá de mi lado. Mira. ¡*Topo*, aquí!

El perrillo avanzó y se sentó ante su dueño, inmóvil, esperando.

—Espantará a los cangrejos —repitió el mayor.

—A lo mejor caza alguna liebre —intervino un muchacho de pelo rojo.

—¿Y para quién sería?

—La repartimos entre todos.

Bajaron la voz antes de llegar al arroyo y observaron desde unos metros las grandes piedras de la orilla en las que se distinguían, calentándose al sol, las pequeñas manchas pardas.

—Hoy han salido muchos —susurró otro.

—Así pescaremos más.

—Si no los espanta el perro —insistió el mayor.

El arroyo formaba una cadena de oscuras y profundas pozas que no dejaban ver el fondo, en las que se remansaba la corriente. En las orillas se alternaban grandes piedras con rincones de cañas y de juncos entre los cuales el croar de las ranas celebraba la llegada del calor. En silencio y evitando que sus sombras cayeran sobre el agua, introdujeron el cebo en los dos reteles y con las largas pértigas los dejaron hundirse suavemente en las zonas más hondas. Luego se sentaron a esperar en la hierba con una tensa concentración

de adultos, inquietos no solo por el posible botín de la comida o por el atávico afán del pescador por cobrarse la pieza más grande, sino porque atrapar animales —pájaros o peces, reptiles o mamíferos— era una actividad sin cuya superación ninguno de ellos podía ascender un escalón hacia la vida adulta, en unos años en que todos los muchachos querían ser adultos.

—¿Los sacamos ya? —preguntó en voz baja el más pequeño al observar agitación en los reteles.

—Espera.

—¿Ya? —preguntó el pelirrojo.

—Espera —repitió el mayor.

—Ayer no tardamos tanto.

—¿Tanta hambre tienes?

—Ayer no...

—Espera. ¿Dónde está el perro?

No lo veían alrededor, pero su dueño no se atrevía a llamarlo por miedo a espantar a los cangrejos.

—Estará cazando una liebre.

—Si la trae, la repartimos entre todos.

El mayor se levantó en silencio y los demás lo imitaron. Con suavidad pasó la horquilla de la pértiga por la cuerda y elevó el retel con rapidez, mientras los cangrejos desprevenidos se aferraban con las pinzas a la red e intentaban escapar a base de frenéticos coletazos.

—¡Hay muchos! —gritó uno de ellos.

—No está mal. Esta noche tu padre te dejará cenar.

Cuando sacaban el segundo retel oyeron a sus espaldas:

—¡*Topo*, aquí! ¡*Topo*!

El dueño del perro, desentendiéndose de la pesca, se había alejado a buscarlo. Los demás muchachos vaciaron los reteles en el cubo de cinc y observaron la masa furiosa y agitada, ciega y sedienta de los cangrejos que pugnaban en vano por aferrarse a las paredes del cubo para escapar, desorbitados por el pánico los ojos como pequeños cuernos, produciendo con el roce de las pinzas sobre el metal un áspero y desagradable chirrido.

—¡*Topo*!

El perro apareció por la orilla con el pelo chorreando.

—A *Topo* también le gustan los cangrejos —dijo el pelirrojo.

Al acercarse vieron que traía entre los dientes una cadena plateada, como si hubiera aprendido de su dueño a recoger cualquier objeto metálico y brillante que se pudiera cambiar por unas monedas.

—¡Es una cadena de plata! —gritó otro.

El mayor se agachó y la sacó de la boca del perro.

—No es de plata —dijo.

—¿Por qué lo sabes?

Limpió con el dedo la chapa militar y leyó en voz alta los números grabados en ella.

—A mi padre le dieron una igual —contó en voz baja. Luego miró hacia el perrillo, que lo escuchaba con la misma atención que los niños y que, al sentirse observado, movió ligeramente la cola. Se agachó hacia él y lo acarició mientras le preguntaba—: ¿Dónde lo has encontrado, *Topo*?

El perro levantó la cabeza mirándolo y luego miró a su dueño, sin comprender qué esperaban de él, anhelando ser útil.

El dueño del perro cogió la cadena y se la mostró:

—¡Llévame, *Topo*, llévame!

El animal dio la vuelta y corrió por la orilla sin detenerse a comprobar si lo seguían. Cien metros más abajo el arroyo se remansaba en una última charca, más ancha y profunda que las pozas. Se detuvo ante unos juncos agitando la cola espasmódicamente, ladró hacia el agua y miró hacia los muchachos que llegaban.

El cadáver flotaba de espaldas en el límite entre los juncos y el agua, junto a un nenúfar blanco que se inclinaba a besarle la herida en la nuca. Los muchachos se quedaron en silencio, sin que ninguno hiciera un gesto para acercarse a él, obedeciendo la orden materna más repetida en los últimos tiempos ante cualquier contingencia de aquel tipo: «Tú nunca te metas. Te callas, te das la vuelta y te vienes a casa. Y si te preguntan, no has visto ni has oído nada». Tampoco parecían muy sorprendidos. Lo habían oído repetir tantas veces, en la escuela, en la radio, en las conversaciones de los mayores, que ya creían que así era la vida y que aquello era la patria: los escombros, los casquillos de balas, la escasez, los himnos diferentes y aquí y allá algunos cadáveres.

—Vamos —pidió el mayor.

Lo siguieron sin protestar y solo el perro se quedó inmóvil en la orilla, mirándolos alejarse y luego mirando el cuerpo que quedaba abandonado en el agua, incapaz de comprender con su primitiva, elemental, ingenua inteligencia el absurdo, complejo y mudable carácter de los humanos, que a veces lo golpeaban por cumplir lo que el día anterior le habían exigido. Luego, también el perrillo los siguió hacia las pozas donde el muchacho mayor, sin hablar, observaba el cubo donde los cangrejos seguían con su áspero, irritante chirrido de pinzas contra el metal. Cogió el cubo por el asa, se acercó a la orilla y los devolvió al agua.

La mujer vestida de negro cogió la cruz de hierro que le entregó Camilo: una cruz sencilla para colocar sobre una tumba en la que solo habían grabado un nombre y dos fechas.

—¿Quieres que te la lleve luego?

—No es necesario, gracias, puedo yo sola. Toma —le entregó al herrero un billete.

—No —lo rechazó.

—Toma.

—No. Ya me lo darás otro día.

La mujer volvió a guardarse el dinero y salió de la fragua cargada con la cruz. Camilo se quedó inmóvil, mirando sin ver las brasas del fogón, hasta que oyó a sus espaldas la voz de su hija. Luz siempre había sido una muchacha ruidosa, que a menudo chocaba o tropezaba con lo que se encontraba en su camino y que siempre se anunciaba por la sonoridad de sus pasos, pero en pocos días se había afantasmado, se movía con sigilo y no era la primera vez que lo sorprendía.

—¿Otra cruz?

—Sin ella no los dejan enterrar en el cementerio.

—¿Quién era?

—La mujer..., la viuda de Magro. Ayer tarde unos chicos encontraron su cuerpo en unas pozas mientras pescaban cangrejos.

Luz también se quedó en silencio, mirando, como él, las brasas tiernas y apacibles, del color de las cerezas. En la fragua se acentuaba el parecido entre ambos, porque ella hacía entonces los mismos gestos que el padre: sacar la punta de la lengua ante un cálculo difícil, o montar el labio inferior sobre el superior cuando la tarea exigía esfuerzo físico. Luego señaló el magnífico coche que habían traído para que su padre lo arreglara. Camilo no conocía el modelo, un Dodge lujoso y potente, ni había visto nunca otro igual, pero había reparado la avería porque aún nadie había fabricado una pieza a la que no le encontrara utilidad dentro de un mecanismo. Al terminar el arreglo Luz lo había lavado a fondo, por dentro y por fuera, y, sin saber por qué, se había quedado con dos pequeños objetos que había encontrado bajo las alfombrillas: una bala de pistola y una tarjeta con una leyenda: LUIS PLA – BADAJOZ.

—¿No han venido a recogerlo?

—Han venido a preguntar si estaba arreglado, pero no a recogerlo. Hay que llevárselo a Yagüe.

—¿Llevárselo? ¿Adónde?

—A Ciempozuelos, un pueblo cerca de Madrid.

—¿Tú?

—Sí. Son las órdenes. Quiere que lo lleve el mecánico que lo ha arreglado para comprobar que marcha bien y que no hay ningún problema con la avería. Yagüe se ha encaprichado de él y no quiere que lo conduzca nadie inexperto.

—¿Pero por qué te obligan a ti? Ellos también tienen mecánicos.

—Yo mismo sugerí que podía hacerlo cuando les oí adónde había que llevarlo.

—A Madrid.

—Ella —Camilo señaló hacia el patio interior— ha comentado que tiene familia en Ciempozuelos.

—Sí —dijo Luz, que empezaba a comprender.

—Pedí, y me lo han concedido, un salvoconducto para dos personas. Para mí y para mi hija. Les dije que no podía dejarla sola... Ella no aguantará ahí encerrada mucho tiempo —añadió—. ¿Puedes comentárselo?

Durante el resto de la mañana Luz oyó resonar en su cabeza las últimas palabras de su padre, que también había detectado la impaciencia de Marta por dejar atrás el olor a gallinero y escapar de aquel encierro que no mitigaban las salidas nocturnas.

Aunque Marta se pasaba el día oculta, sin más distracción que las visitas de Luz, la lectura de un par de libros que podía leer con la claridad de la rendija que ensanchaba entre las tablas y la escritura de un diario que había iniciado, había comenzado a salir por las noches. Con todo cerrado, abandonaba su agujero y se aseaba, cenaba con ellos en la cocina y dormía en un jergón instalado en la habitación de Luz, siempre vigilante por si llamaban a la puerta y había que apartar la silla de la mesa, retirar el plato o el jergón y correr a esconderse. Pero esas distracciones no calmaban la angustia del encierro. Echaba de menos a su familia, de quienes no sabía nada desde su última carta varios meses antes, añoraba noticias de sus compañeros, anhelaba caminar al aire libre, hablar en voz alta, tocar la viola, notar las vibraciones del arco y las cuerdas. Y sobre todo pensaba en Rubén. Encerrada en el cuchitril, ahogada en el olor a gallinaza a pesar de la higiene que cuidaba Luz, en algunos momentos sentía que lo necesitaba para respirar como los árboles necesitan a sus hojas.

Camilo había tardado unos días en revelarle que Rubén había muerto en el Mausoleo, pero había terminado diciéndoselo, temeroso de que concibiera falsas esperanzas cuyo desengaño sería más terrible que la verdad. Se lo había contado Tena cuando coincidieron en la celda del ayuntamiento. Marta recordó la terrible explosión que había oído dos días después de estar escondida y que le había hecho encogerse en la oscuridad.

Sin la ayuda de Camilo y de Luz sabía que no habría podido resistir. Nunca la dejaron sola. La propia Luz se escondía con ella muchos ratos, le hablaba de su infancia, de cómo echaba de menos no haber conocido a su madre. Y para distraerla, Camilo hasta resucitó su viejo tambor con repiques amortiguados y su antigua oratoria para contarle historias de cómo llegó la luz eléctrica a Breda, de las influencias del parhelio o de aventuras de contrabando en la frontera.

Marta agradecía enormemente sus esfuerzos, pero no podía tenerlos siempre a su servicio. Solo tenía contacto con ellos dos... y con las gallinas, que le seguían provocando un rechazo instintivo: no exhibían un canto armonioso y eran aves nerviosas y resentidas, más que por su fealdad por el expolio permanente de sus huevos al que las sometían los humanos. A pesar de todo, en aquellos pocos días se habían ido acostumbrando a ella y ya no huían en desbandada cuando removía las tablas para salir. Sin importarles su presencia, ponían con regularidad, y siempre en los tres o cuatro niales en los rincones, a los que se retiraban como a pequeños refugios de pudor y de donde se levantaban satisfechas y aliviadas. Una mañana, sin embargo, observó desde su escondite un hecho de una extraña violencia: una de las gallinas comenzó a picotear con furia el huevo que acababa de poner, como si se hubiera vuelto loca o hubiera descubierto en él una tara que Marta no apreciaba. En la soledad de su encierro, y en el estado de ánimo tan apagado en que se hallaba, con tanto tiempo para pensar e influida por la violencia del entorno, imaginó que la gallina adivinaba para el futuro polluelo un porvenir tan trágico que se negaba a dejarlo vivir. Rota la cáscara, la yema y la clara quedaron esparcidas entre los excrementos y las demás aves vinieron enseguida a engullirlo todo.

Después de hablar con Camilo, Luz había esperado con calma la hora de la comida y, con la puerta de la calle cerrada, entró en el gallinero y se introdujo en el escondite.

—A mi padre le han dado un salvoconducto para ir a Ciempozuelos. Tiene que llevar un coche para un general. El salvoconducto es para dos personas, para él y para su hija. Hemos pensado que tú podrías hacerte pasar por mí.

—No te entiendo.

—¡Pues está muy claro! Tiene que llevar un coche que él mismo ha arreglado. Entonces, al hablar de Ciempozuelos, recordó que tú nos habías contado que tienes familia allí. Y por eso pidió un permiso para que lo acompañara su hija.

—¿Como si yo...?

—Sí. Tú te puedes hacer pasar por mí. Nadie me conoce fuera de Breda.

—¿Yo su hija?

—Sí. Con lo delgada y paliducha que te estás quedando no aparentas mucho más de dieciséis años.

—¡Pero es muy peligroso! Si me descubrieran, no solo yo pagaría las consecuencias. También tú y tu padre.

—Y permanecer aquí también es peligroso. ¿Cuánto tiempo aguantarás encerrada?

Marta no encontró una respuesta a esa pregunta y Luz insistió:

—Mi padre dice que la guerra va a durar todavía mucho tiempo. Ha oído por la radio que los rusos nos están ayudando con tanques y aviones y que la situación se ha estabilizado. Si no aprovechamos esta oportunidad, tal vez ya no aparezca otra.

—Y mientras tu padre esté fuera, ¿tú qué harás?

—Esconderme hasta que vuelva. Además, solo faltará una noche. Al día siguiente ya estará aquí. Lo tiene todo pensado.

—Me da mucho miedo —repitió Marta.

—Lo sé, porque yo también lo tengo —replicó. De nuevo se sentía mayor que aquella muchacha de ciudad que solo sabía tocar la viola, que se asustaba de las gallinas como si fueran buitres y que no podía coger un trozo de hierro sin que las aristas le hirieran la piel—. Pero es que no podemos elegir. Si fuera por nosotros, puedes estar aquí todo el tiempo que quieras, ya lo sabes. Es más, a mí me gustaría que te quedaras, porque ya me he acostumbrado a ser tu amiga. Además, tú y yo tenemos un secreto que nunca puede conocer nadie. Pero quedarte aquí no es la solución. ¿Cómo dijiste que se llamaba tu tío, el hermano gemelo de tu padre que vive en Ciempozuelos?

—Miguel.

Les había hablado de él algunas veces. Su padre y su tío Miguel eran hermanos gemelos. La evolución de la guerra había terminado por separarlos: su padre seguía en Alcalá de Henares, trabajando en la estación de trenes, y su tío vivía en Ciempozuelos, que había sido tomada por los sublevados. En su infancia, Marta había pasado algunas temporadas con sus primos. Si lograba llegar hasta su casa, sin duda la protegerían de peligros. La propia naturaleza de la misión de aquellos meses en Breda impedía que alguien supiera que había estado combatiendo en la zona como miliciana.

—Pero tendrás que prometerme una cosa —dijo Luz.

—Sí.

—Que un día, cuando todo esto termine, volverás a Breda. Entonces podremos hablar en voz alta y salir a pasear, y te oiré tocar la viola.

—Te lo prometo —dijo Marta, abrazándola para que no viera sus lágrimas.

Así que aceptó el riesgo de viajar dos días después. Con la excusa de avanzar un buen trecho antes de que los aviones republicanos despegaran con la luz, salieron en mitad de la noche, cuando aún estaban en la cama quienes podrían reconocerla. Yagüe se había encaprichado de aquel Dodge y había que llevárselo en perfectas condiciones. A la salida de Breda pasaron el primer control militar y Camilo mostró el salvoconducto para sí y para su hija, una hermosa y tímida muchacha que temblaba levemente, contagiada del ralenti del motor, y que apenas se atrevía a levantar los ojos del lujoso salpicadero para mirar a los soldados que, tras su paso, comentarían lo felices que serían de poder estar un par de horas junto a ella. Pasaron sin problemas un segundo control en el Puente del Jinete y desde allí alcanzaron la carretera nacional sin que nadie volviera a detenerlos hasta Talavera de la Reina. A partir de entonces los controles se hicieron más frecuentes, pero enseguida les cedían el paso al ver el sello y la firma y escuchar las palabras del herrero —«Llevo este coche para el coronel Yagüe»—, como si el mismo Dodge negro, severo, lujoso y brillante también formara parte del salvoconducto.

A media tarde llegaron al cuartel de destino, donde ya los estaban esperando, y el herrero no solo recibió la felicitación de un capitán, también una gratificación que superaba con creces los gastos de alojamiento y de transporte de regreso a Breda.

Abandonaron el cuartel todavía con luz y acompañó a Marta hasta la vivienda de sus familiares. Era una casa de dos pisos con una fachada estrecha y discreta, ubicada en el centro de la ciudad. Marta la reconoció con facilidad, embargada por una aplastante melancolía despertada por muchos momentos de la infancia en los que allí había sido feliz. Llamó a la puerta cerrada con miedo de que no hubiera nadie, porque entonces todo el riesgo y todos los esfuerzos no habrían servido para nada: se había afiliado como miliciana, y había ido a Breda, y había luchado y perdido, y había visto morir a gente a la que amaba, y ella misma había matado a un hombre de un disparo en la

espalda. Si en ese momento no se abría la puerta, no sabría qué más hacer ni adónde ir, porque no había imaginado una tercera posibilidad que la salvara de seguir escondida tras las tablas de un gallinero. En la última carta que había recibido de sus padres le pedían que, si tenía una oportunidad, pasara a visitar a su tío Miguel en Ciempozuelos.

En eso pensaba cuando oyó una voz apagada al otro lado de la puerta, sin que ningún ruido de pasos la hubiera anunciado:

—¿Quién es?

—Soy Marta.

El herrero y ella se miraron expectantes y confiados. Oyeron girar la llave y deslizar el cerrojo y enseguida apareció un hombre que se parecía extraordinariamente a Marta, tanto que Camilo habría pensado que se trataba de su padre si no fuera porque sabía que era su gemelo.

—¡Marta! ¡Pasad! —se apartó a un lado para que entraran y cerró de nuevo. Solo entonces le dio un larguísimo abrazo, protegiéndola por encima de la ropa prestada por Luz, que le quedaba un poco grande.

—Nadie sabía dónde estabas —le dijo al fin—. Temíamos que te hubiera ocurrido algo.

—Estoy bien —se sorbió las lágrimas que inundaban sus ojos—. ¿Y mis padres?

—¿No lo...?

—¿Qué?

—¿No lo sabes? Creíamos que...

—¡No! ¿Qué les ha pasado? —gimió. No sabía qué palabras quería oír, pero no eran aquellas.

—Los mató una bomba cuando los aviones alemanes atacaron la estación de trenes de Alcalá el ocho de enero.

Tercera parte

Los muertos

(19, 20, 21 de noviembre de 1951)

No sentía preferencia por ninguna estación del año, pero sí por los finales de las estaciones. Le gustaba la dorada luz de septiembre bajo la que se enfriaban los escombros del verano y empezaban a curvarse las hojas de los árboles; los días de mediados de marzo en los que el invierno se disolvía bajo los rayos de un sol cada vez más ocioso y persistente; las últimas semanas de la primavera, cuando la variación de los colores en las dehesas de Breda alcanzaba todos los matices, abandonado el imperio absoluto del verde; y sobre todo le gustaba el declive del otoño, como el de ese día, cuando la naturaleza, exhausta de servir a flores y frutos, a pájaros y a insectos, aceptaba su derrota anual, agachaba la cabeza y, rendida ante el frío y la brevedad con que los días zigzagueaban hacia el final del año, se disponía a dormir su trimestral retiro.

En esos días, con frecuencia lluviosos, la barbería se llenaba de clientes. El agua impedía salir al campo y los hombres, con el cereal ya sembrado y en espera de que madurara la aceituna, se dedicaban a pequeñas tareas de mantenimiento de casas y cobertizos, a levantar paredes y portillos caídos de las tapias, a acopiar leña, a reparaciones que les dejaban tiempo libre para acudir a cortarse el cabello, a afeitarse o simplemente a charlar un rato.

Pero sobre todo noviembre le recordaba la marcha de Julia, aunque, contra lo que algunos pensaban, ese mes y sus recuerdos no llegaban con un cuchillo entre los dientes. Julia se había marchado, sí, y él estaba solo desde entonces, pero cuando pensaba en ella se sentía afortunado por haberla amado.

A menudo el barbero pensaba que se utilizaba aquella prodigiosa palabra con demasiada ligereza. «Porque a lo sumo», se decía, «no creo que nadie pueda amar más de una vez en la vida, y eso solo los afortunados. La mayoría nos inventamos historias, fantasías e ilusiones para creer que amamos y que en nuestra vida está sucediendo algo importante.» Algo impulsaba a la gente a

sincerarse en la barbería, y había escuchado tantas palabras y relatos, tantas confesiones, tantas murmuraciones y secretos, tantas noticias y confidencias, bromas y amenazas, baladronadas y desafíos que había llegado a la conclusión de que muchas personas ignoraban lo que es el amor, y en particular quienes más presumían de sus aventuras. Ya sabía que un hombre o una mujer es tanto más conquistador cuanto menos capacidad para enamorarse tiene, de modo que las mismas urgencias que sintió por conquistar las siente por abandonar lo conquistado. Otros, más tibios, decían que sí, que querían a alguien, que una persona les gustaba, que la echarían de menos si les faltara, que en su presencia se sentían contentos..., pero el barbero creía que un sentimiento así era solo un sucedáneo, carente del fuego interior de la pasión que todo lo abrasa y todo lo consume. Por último, en otro extremo estaban quienes se confesaban incapaces de sentirlo y sospechaban que en realidad el amor no existía, que eran solo bobadas inventadas por los poetas amontonando hipérbolos y con cuyos espejismos habían logrado engañar a millones de incautos. Si les faltara, estos hombres añorarían la vida en pareja por todas las comodidades que les reportaba tal estado —compañía, sexo, hijos, proyectos comunes, también cariño...—, y no tanto por la ausencia de la mujer única. En cambio, a los enamorados todas esas circunstancias les resultaban accesorias, porque solo añorarían a la mujer amada, y no les importaba ninguna otra situación con tal de estar con ella. «Sí, el amor es un sentimiento reservado a unos pocos afortunados, como otros son agraciados con belleza, o ingenio, o simpatía, o fuerza física. No todo el mundo posee la suficiente delicadeza emocional para asumir su exigente y depredadora grandeza», concluía. ¡Ah, qué afortunado había sido él entonces por haber vivido aquellos años con Julia, él, un hombre marcado por un defecto físico y sin ninguna otra dote excepcional para compensar aquella tara! Ningún don podía compararse a la felicidad que ella le había dado. Dinero, poder, gloria..., nada valían frente a una caricia o una promesa suya, nada frente a su cuerpo desnudo cuando lo abrazaba, nada frente a su imagen alejándose en la calle después de darle un beso y, al volverse a mirarlo, regresar para volver a besarlo. Por lo mismo, ningún dolor podía igualarse al de su pérdida, y ni el dinero ni el poder ni la gloria servirían de consuelo, porque las heridas de amor nunca se curan ni prescriben y, después de sufrirlas, ya nadie puede ser igual que antes. «No, el

amor al que me refiero no termina nunca y sus heridas nunca dejan de hacer daño, siguen siempre escociendo», se decía. ¡Qué equivocada toda aquella tradición que animaba a buscar el olvido de la amada iniciando una nueva aventura, qué gastada la recurrencia a refranes de manchas sobre manchas y clavos sobre clavos! El herido de amor, el abandonado o traicionado, por más que la vida lo llene posteriormente de dones, siempre sentirá su llaga. Y el que se cura y olvida es que nunca supo lo que es el amor, solo conoció sus derivados.

No, no la había olvidado, y no quería olvidarla, y cada noviembre le escribía una carta que emanaba amor y que ella respondía al mes siguiente desde Argentina, con unas pocas líneas para desearle de todo corazón que fuera feliz en el nuevo año.

Las gotas de la lluvia ya no rebotaban contra el suelo de la calle y acercó la cabeza al cristal de la ventana para observar las nubes que saltaban veloces de tejado en tejado, en una tregua entre dos chaparrones.

—Pero volverá a llover —murmuró para sí.

Como si también hubiera esperado el fin de la lluvia, su sobrino Daniel apareció por la puerta interior que comunicaba la barbería con la casa. Conducía con los pies un balón de cuero y con un malabarismo lo elevó del suelo y comenzó a dar pequeños toques, sin dejarlo caer.

—Te he dicho muchas veces que no juegues aquí dentro —le riñó, afable.

El muchacho cogió el balón con las manos, pero, incapaz de estarse quieto, comenzó a pasárselo por la espalda.

—No te preocupes, tío, no se me va.

—Un día vas a romper algo —insistió señalando vagamente la austera decoración: el viejo y pesado, casi solemne, sillón de barbero, colocado frente a un ancho espejo sin marco; el aguamanil, con algunas toallas y trapos blancos, muy bien doblados; un reloj de pared con la hora exacta; la repisa con vaporizadores, navajas, tijeras, peines, suavizador, bacía y un sólido aparato de radio; el maletín de cuero donde guardaba los útiles para los servicios a domicilio o para adecentar algún cadáver; y junto a la pared, varias sillas.

—No se me va —repitió—. Lo controlo muy bien. Ayer di cien toques seguidos sin que se me cayera.

—¿Cien toques? Y el ciento uno irá directamente al espejo. Tú no te das cuenta de la fuerza que tienes —lo miró conciliador: un muchacho de diecisiete años, pero con la mentalidad y la inocencia de un niño de diez, muy fuerte, excelente deportista, que aún no había terminado de crecer y que cada día ocupaba más espacio.

—No le riñas, el chico tiene que entrenar —pidió Cuaresma, que acababa de llegar de la calle y había oído las últimas frases—. Es nuestro mejor jugador. ¿Cuántos goles vas a meter esta tarde a los portugueses, Daniel?

—Dos... No, por lo menos tres.

—Una goleada.

Cuaresma dejó el paraguas en un cubo junto a la puerta y fue a sentarse en el sillón. Había engordado desde que de nuevo era alcalde —o desde que lo era su mujer, Chon Cuaresma, como se comentaba maliciosamente—, pasados los años de hierro en los que Ugarte y sus falangistas habían ocupado todos los cargos. Era un hombre de aspecto redondeado y vulgar, ancho, pero no fuerte, de manos cortas y dedos asalchichados, con el labio inferior algo descolgado, y una cortina de pelo cruzada de oreja a oreja con la que trataba en vano de ocultar su calvicie. Sin edad ni carácter definidos, era presa fácil de las caricaturas, y un pésimo orador con dificultades para expresar con claridad su pensamiento: cuando pretendía hablar un lenguaje solemne, se aturullaba y la lengua le chapoteaba entre los labios excesivamente húmedos. Se le calificaba como «un tipo bonachón», que nunca se había manchado de sangre y que intentaba en vano buscar justificaciones para los actos de sus predecesores. Un hombre que cerraba los ojos ante determinados documentos municipales y que se lavaba las manos con frecuencia, como si no fuera posible salir limpio después de hojear los libros negros, sin sospechar que por ese silencio cómplice la historia le haría pagar —a él y a otros como él— unas deudas que habían contraído otros. Un hombre para quien la principal ofensa sufrida en toda su vida había sido la confiscación y marca de cien de sus vacas con un hierro con una hoz y un martillo, un símbolo que luego, tras la victoria, habían intentado borrar imprimiendo sobre la piel quemada de las ancas la imagen de un víctor que no lograba ocultar del todo la marca original, por lo que había tenido que esperar pacientemente a que las vacas fueran muriendo una a una

para olvidar el conflicto. Todavía, catorce años después, quedaban algunas supervivientes, muy envejecidas y sin apenas capacidad reproductiva, de las que nunca hablaba. Ahora de nuevo se sentía satisfecho en su sillón de alcalde, con su vara de mando, bajo el amparo de un régimen donde no existía oposición política y donde no era necesario mantenerse alerta. En Breda conocía a casi todo el mundo, sabía lo que podía esperar de cada uno y, por tanto, no era receloso ni desconfiado. Sabía quiénes eran los suyos y procuraba no conocer sus defectos, y sabía quiénes no lo eran y al menos procuraba minimizarles el daño. En ese momento llevaba el rostro ennegrecido por una barba de tres días —solo se afeitaba jueves y domingos—, pero por la tarde debía mostrar un aspecto impecable.

—¡Anda, anda, goleador! Deja ya el balón y barre todo esto —ordenó el barbero.

Cogió un trapo limpio, lo desdobló con un seco movimiento del brazo y, siempre cojeando ligeramente, se acercó al sillón donde esperaba Cuaresma.

—Mal día —señaló hacia fuera, donde iba y venía el ruido de la lluvia.

—Pero no podemos cambiar el programa. Ya han ensayado los bailes de los coros, que actuarán después de la misa, en la explanada del Palacio. Luego, por la tarde, los muchachos de Breda disputarán un partido de fútbol contra un equipo portugués de la guardia que trae Salazar. El deporte siempre es beneficioso para la juventud. ¡Daniel!

—Sí —había dejado de barrer cuando el alcalde mencionó el partido y escuchaba con atención.

—¿Cuántos goles vas a meter esta tarde?

—¡Tres!

—O cuatro, con un poco de suerte.

—Sí, cuatro goles.

—¡Así me gusta!

—¿El terreno está preparado? —preguntó el barbero.

—Ya he pensado en todo eso —respondió Cuaresma—. Desde primera hora tengo una patrulla trabajando con palas y azadas para allanar el terreno y cavar unos hoyos donde colocar unas porterías reglamentarias en el campo que está junto al cementerio. En efecto, hay irregularidades y no quiero lesiones. ¡Imagínate! Podrían provocar un altercado diplomático.

—Sí, claro —asintió el barbero sin disimular el tono irónico que le permitía esa especie de bula concedida a los de su profesión—. Hay que evitar cualquier incidente. Hoy debe ser un día de fiesta.

—Y tenemos que ganar el partido para brindarle la victoria. Me han dicho que le gusta mucho el fútbol.

—Yo también lo he oído —hizo una pausa en el batir de la espuma en la escudilla para señalar el aparato de radio—. Pero creo que lo que le gusta, por encima de todo, es ganar.

—¡Pues ganaremos, eh, Daniel!

—¡Por goleada! —dijo el muchacho.

—Luego, al atardecer, encenderemos los fuegos artificiales y comenzará la fiesta. Nada del otro mundo: una verbena en la plaza, si esta maldita lluvia se para de una vez. Nos han dicho que él no asistirá, que quiere estar descansado para madrugar al día siguiente... Además, no le gustan los bailes, es un hombre austero, un militar entregado a la defensa y grandeza de la patria —discurseó imitando la práctica habitual de los medios de comunicación de mezclar la información con la propaganda.

—Debería usted decirle todo eso.

—¿Cómo?

—Le agradecería oírlo. Nada le gusta más a un militar que un civil elogie su trabajo.

Cuaresma se quedó pensativo unos instantes.

—Creo que tienes razón. Añadiré ese comentario al discurso de esta tarde..., aunque él no pueda venir y no lo oiga... Pero quizá alguien se lo contará luego.

—Seguro que alguien se lo contará luego.

La alusión de Cuaresma le había hecho recordar de nuevo la delación. Nunca llegó a saber quién la denunció, pero muchas veces había imaginado a alguien con gesto reconcentrado y furtivo que entra en el cuartel de los vencedores a una hora discreta, pregunta al soldado de guardia por un oficial o por el jefe de escuadra y luego, en su presencia, susurra tres nombres de mujer y va describiendo con detalles destilados por el odio, el despecho o la venganza sus comportamientos sospechosos o simpatizantes con las ideas de los vencidos. Ahora, los ruidos de los camiones, de los coches de alta

cilindrada circulando por las calles, los caballos, la presencia de militares, la algarabía de los falangistas, las miradas de los guardias civiles, recelosas y tensadas por la responsabilidad eran muy parecidos a los de aquella tarde del treinta y siete. Sin embargo, Julia ya no estaba en Breda y por tanto no había motivo para tener miedo ni para que lo implicaran personalmente.

—La fiesta se celebrará aunque él no asista —seguía parloteando el alcalde, con la cara enjabonada, ajeno a la poca atención que le prestaba el barbero mientras afilaba la navaja en el suavizador con ágiles movimientos de ida y vuelta—. Sus acompañantes y nuestros amigos portugueses merecen un buen trato. Y en Breda siempre hemos sido buenos anfitriones.

—Estoy de acuerdo con usted. Siempre hemos dado mejor trato a quienes nos visitan que el que nos damos entre nosotros.

Sus últimas palabras apenas se oyeron, tapadas por un ruido de cascos de caballos, lentos, poderosos y amenazantes al mezclarse con el ruido de la lluvia, que arreciaba de nuevo. Cuaresma alzó la mano para pedirle silencio y miró el reloj de pared.

—¡Los caballos! Ya le llevan los caballos que ha pedido. No queremos que tenga ninguna queja de nosotros.

—No la tendrá. Hay que reconocer que usted ha pensado en todos los detalles. Puede que incluso lo felicite por su eficacia —dijo mientras comenzaba a afeitarse una mejilla.

Aunque a veces no podía refrenar su tendencia a la ironía, el barbero nunca se extralimitaba en las chanzas ni llegaba al sarcasmo. Sabía medir bien sus palabras para no caer en el mal gusto ni, mucho menos, en la provocación. Nunca rivalizaba con nadie. Cuando asomaba la posibilidad de una discusión, se retiraba del enfrentamiento, más por su carácter apacible que por debilidad, aunque sabía que podría ser interpretado así.

—¿Eso crees? —preguntó cuando al fin el barbero se detuvo para limpiar de la navaja la espuma pigmentada de negro—. ¡Sería un orgullo para toda Breda!... Si la lluvia no lo impide. Seis meses sin caer una gota... y de repente este temporal.

—Pero es bueno para la tierra.

—¡La tierra puede esperar a que él se haya ido! Si no escampa, mañana lo tendrán difícil para salir a cazar.

—¡Con todo El Paternóster lleno de ciervos!

La fotografía con que esa mañana ilustraba su visita el periódico regional lo mostraba vestido con traje de cazador y con corrajes demasiado brillantes después de una jornada de campo, tocado con un sombrero tirolés con una pluma, una pierna calzada con bota pisando las ancas de un corzo abatido cuya boca olía un perro y en las manos un rifle con mira telescópica. Los ayudantes y corifeos se habían retirado unos pasos para dejarlo solo frente al fotógrafo.

—Y con los animales confiados. Desde que nos anunciaron su visita no hemos permitido que se cazara ni uno solo. ¡Ni uno solo! Paseas por allí dentro y prácticamente te vas cruzando con ellos.

La puerta se abrió de golpe y a través del espejo vieron entrar a dos militares seguidos por dos guardias civiles.

—Buenos días —saludó el más joven, con galones de teniente, con lo que el más viejo, un comandante, y los dos guardias civiles se sintieron eximidos del saludo.

Los cuatro se sacudieron el agua de las gorras y de las capas con movimientos enérgicos que asperjaron gotas por el suelo mientras Cuaresma y Daniel los miraban perplejos y el barbero contenía un presentimiento de tragedia. La súbita intromisión de cuatro uniformes en la pequeña barbería le produjo un amedrentador efecto de invasión que corroboró el comandante al avanzar hasta el sillón y afirmar, más que preguntar:

—Es usted el barbero.

—Sí.

—¡Prepárese para salir inmediatamente a cumplir un servicio oficial!

Por el tono, cuya aspereza no lograba ocultar un atisbo de amaneramiento, parecía molesto por algún trastorno físico, porque fruncía el ceño como si soportara una dolencia provocada por alguna vieja herida de guerra, una llaga en la boca o una contracción muscular que le hacía encoger aún más su baja estatura.

—Pero debo terminar con mi cliente —se resistió el barbero—. No puedo dejarlo a medias. Será solo un minuto.

—Su cliente puede esperar, nosotros no. Prepárese. Recoja todo lo necesario para un trabajo completo.

Cuaresma, que había escuchado sorprendido el requerimiento, reaccionó irguiéndose un poco en el sillón e intentó conciliar:

—A sus órdenes, mi capitán. Perdóneme, pero...

—¡Comandante! —lo corrigió irritado, mostrando unos dientes algo excesivos—. ¡Comandante!

—Sí, sí, mi comandante... Perdóneme. Soy el alcalde de esta villa... No tardará nada en...

El comandante se adelantó unos pasos y le arrancó el paño del cuello. Con dos secos movimientos le limpió la espuma que aún le cubría la mitad del rostro, de modo que su cara quedó mitad blanca mitad ennegrecida por la cerrada barba. Cuaresma, asustado por su desafortada reacción, se sentó de nuevo. Daniel retrocedió hasta la silla donde había colocado el balón y lo ocultó con su cuerpo, como si pudieran quitárselo. Solo el barbero permaneció inmóvil, porque ya había comprendido para qué habían venido a buscarlo y a quién debía afeitar y cortar el cabello, en un servicio completo, como había dicho el comandante. En silencio, se acercó a la repisa y fue introduciendo en el maletín sus utensilios: su mejor navaja, suavizador, brocha, jabón y escudilla, tijeras, peines, paños limpios, vaporizador, espejo de mano. Comprobó que no faltaba nada y se dispuso a seguirlos. Antes de llegar a la puerta, el joven teniente le preguntó:

—¿Así?

—¿Así? —repitió el barbero mirando el maletín y la mano vacía antes de advertir que no se había desprendido de la bata blanca, en la que se apreciaba el sarpullido de los pelos. Se despojó de ella y cogió una limpia, que se echó doblada al brazo.

Afuera, la lluvia había remitido, sujeta a las intermitencias otoñales, y el suelo absorbía el agua entre los intersticios de los gorriones redondeados durante milenios por la corriente del Lebrón, porque había llegado tras uno de esos tardíos calores de noviembre que tanto desconciertan a la naturaleza, en uno de esos caprichos del clima de la comarca, sin transición ni obediencia a las estaciones, que de igual manera podía ofrecer un cálido y primoroso octubre como, en los primeros días de junio, desencadenar una racha de frío que obligaba a sacar de nuevo los abrigos que ya se alcanforaban en los armarios. En la puerta, el barbero dudó en coger un paraguas, pero desistió al

descubrir en la esquina de la calle un coche oficial al que ya se dirigía el comandante. De espaldas, parecía más viejo y tal vez su molestia le atacara las rodillas, porque avanzaba con ese andar oriental de algunos ancianos que arrastran las piernas muy deprisa, pero sin apenas levantarlas del suelo, lo que hace temer que tropiecen en cualquier momento, como si se movieran, más que por un dictado de la voluntad, por la inercia de décadas caminando. El barbero lo siguió con su leve cojera, esforzándose por no quedarse atrás, y tras él, como si lo llevaran preso, seguía el teniente, que había despedido con un gesto a los dos guardias civiles. Al llegar al automóvil le ordenaron que subiera delante, junto al chófer.

Unos minutos después se detuvieron ante la fachada del Palacio. Al descender no pudo evitar mirar hacia la izquierda, donde había estado el Mausoleo. Durante los catorce años transcurridos desde su destrucción, los habitantes de Breda y la misma corporación municipal habían ido recogiendo piedras y materiales que reutilizaban para otras construcciones, privadas y públicas, de modo que ahora por toda Breda estaban repartidos hilachas y vestigios del mural. Había oído en la barbería que en la tapia de un corral podían verse dibujadas las patas de un ciervo, que en la alcoba de una casa reconstruida se distinguía un rostro femenino, o que en el muro levantado en la Fuente de Chico Cabrera podía verse el brazo de un miliciano, con un tatuaje de una hoz y un martillo, que empuñaba un fusil. Al barbero le habían llegado ecos de que más gente guardaba otros restos en secreto, sillares o planchas de mármol, un pecio con la pintura oculta tras un revoco o colocada en el suelo boca abajo, una columna camuflada en un rincón, un cascote de yeso con un rostro que sirvió de modelo, conservados con un sentimiento de clandestinidad, esperando que algún día un futuro piadoso permitiera sacarlos de nuevo a la luz, como el arqueólogo saca de las profundidades del tiempo los añicos de un ánfora o las teselas de un mosaico. Un ojo, una pierna, un puñado de espigas, uno de los dos soles del parhelio: por toda la villa se escondía la descuartizada memoria de lo que fue el Mausoleo. Solo eso quedaba. Todo lo demás era polvo y vacío, olvido y silencio, escombros de fantasmas.

—¡Venga! —lo urgía ya el comandante, que se había bajado antes de que el chófer le abriera la puerta y caminaba hacia la entrada del Palacio, donde los dos guardias civiles que vigilaban el acceso se cuadraron ante ellos.

Atravesaron el zaguán y, seguidos por un cabo ayudante, subieron hasta una amplia habitación de la primera planta, iluminada por dos altas ventanas, amueblada con un armario y una cómoda, un aguamanil, un espejo, un escritorio, una descalzadora y varias sillas.

—Este será su lugar de trabajo —dijo el comandante—. Enséñeme el maletín.

El militar observó los instrumentos con una mirada vigilante y tensa.

—¿Sabe a quién va a servir?

—No —mintió.

—¡Al Generalísimo! —elevó la voz como si hubiera mucha gente alrededor y necesitara gritar para que lo oyeran—. ¡Al Caudillo!

A pesar del énfasis con que pronunció los dos títulos, había algo ridículo en el comandante —su pequeña estatura, por la cual tal vez había sido elegido por Franco, su actitud de lacayo medieval anunciando al monarca, o simplemente la exhibición dentaria que no lograba ocultar, como si utilizara una dentadura postiza más grande que sus maxilares— que tiñó el anuncio de un irremediable tono grotesco, lo que no impidió que el propio comandante y el cabo se cuadraran con unos secos taconazos que parecían querer taladrar el suelo. El barbero observó, en cambio, cierta actitud remisa en el teniente y él mismo tuvo dificultades para mantener una postura militar debido a su pierna más débil.

—Nos han asegurado que usted es un buen profesional, y que no es necesario insistir en el cuidado, en el mimo con que deberá cumplir su servicio. El Caudillo siempre ha sido muy exigente con sus barberos. Seguridad, higiene y precisión. Esas son sus normas. ¡Seguridad, higiene y precisión! Al afeitarse, no variará ni un milímetro las líneas de las patillas ni del bigote, pero tampoco se quedará corto ni dejará pelos sin afeitarse. El Caudillo exige un rostro limpio de sombras y hoy será usted el responsable de su aspecto. Recuerde que su imagen está grabada millones de veces en papel y en metal, en el bronce y en el mármol de las estatuas de las plazas de España y no debe ser modificada ni un ápice.

Su actitud, más propia de la vida civil que de un ambiente castrense, recordaba la figura del viejo mayordomo dueño de todas las llaves y conocedor de dónde se guarda el ajuar de la casa, del leal criado que se niega a retirarse del servicio a su señor, quien tampoco se decide a agraviarlo con un despido después de largos años de ciega admiración e inquebrantable fidelidad, de un comportamiento tan mansurrón y obsequioso con el amo a quien sirve como arisco y desagradable con las personas ajenas. Incluso mostraba esa untuosidad algo femenina que muchos asistentes van adquiriendo con el tiempo. La guerrera en sus hombros encorvados y estrechos parecía una chaqueta de camarero, y sus manos de dedos blandos y cortos, más adecuados para preparar una bebida o elegir el vestuario que para manejar un arma en caso de agresión. También ahora controlaría todo a su alrededor y el barbero sospechó que De las Hoces no vería con buenos ojos su ubicua presencia merodeando por todo el Palacio, apareciendo de pronto en cualquier rincón.

—Piense en su responsabilidad —continuó—. Un pequeño corte en un labio o en una mejilla podría causar una cicatriz, y una cicatriz en el rostro del Caudillo sería algo irreparable. Podría darle un aspecto... frágil. Y él es invulnerable, no le exagero si le digo que las balas en África y durante la Cruzada se desviaban para no tocarlo. ¡La baraka!, ¿comprende?, ¡la baraka! No tiene ni una sola cicatriz... ¡Piense en su responsabilidad!

—Perdóneme —protestó el barbero, aturdido por la cháchara del comandante—. Soy un simple barbero y no estoy acostumbrado a trabajos tan delicados. Le ruego que me eximan de esta...

—¡No! ¡No! No es posible. El Caudillo siempre viaja con su barbero particular, pero ha enfermado de repente y no ha podido acompañarnos. Nos han asegurado que usted trabaja bien. De modo que lo sustituirá sin que tengamos que echarlo de menos.

—Haré todo lo posible —aceptó resignado.

Con un gesto, el comandante le ordenó al cabo que saliera. Se acercó con sus pasos cortos y arrastrados hasta una de las ventanas y durante unos segundos observó el exterior. Luego bajó la voz hasta hacerla confidencial, aunque en la habitación solo estaban ellos dos y el teniente.

—Tengo, además, que advertirle de un pequeño detalle... Lo que voy a revelarles es secreto de Estado y no podrá salir de sus labios si no quiere sufrir un duro castigo.

—No se preocupe, puede confiar en mí.

Se sentía desconcertado. Por un lado, advertía una grotesca comicidad en la situación, pero por otro comenzaba a asustarse, abrumado por todo lo que le estaba sucediendo en la última hora, por unos hechos que nunca había imaginado. Había alcanzado una mediana edad y estaba convencido de que lo más intenso y emocionante de su vida había quedado muy atrás en el tiempo. Vivía resignado a ver pasar los años, uno tras otro, repetidos en una acumulación de días iguales, convencido de que ya conocería a pocas personas nuevas y de que ninguna de ellas lo sorprendería demasiado, seguro de que ya no oiría nada asombroso que no hubiera oído antes. Él hablaba de cualquier cosa con sus clientes, sí, pero nunca aludía a sí mismo ni refería historias personales. Y nadie lo juzgaba ni se interesaba por su conducta para aplaudirla o criticarla. Quienes podrían haberlo hecho estaban muertos o ausentes, de modo que tampoco tenía a nadie a quien hacerle confidencias. Incluso su nombre de pila había ido perdiéndose en la memoria de la gente, innecesario bajo el apelativo de su profesión. Se habían acostumbrado a verlo siempre en el mismo sitio, desempeñando la misma tarea y con el mismo aspecto, sin familia directa y sin vida social, y habían ido olvidando las anécdotas de su pasado, lo que había sido y lo que había hecho. Así que habían acertado al elegirlo, porque sabía guardar un secreto, a pesar de que los barberos tenían fama de hombres lenguaraces e indiscretos, que hablaban demasiado porque oían demasiado y no sabían callar lo que oían.

—El Caudillo tiene una verruga —susurró el comandante.

—¿Una verruga? —repitió, porque no estaba seguro de haber oído bien.

—Una verruga, sí. No demasiado grande, y por eso no se ve, oculta por el cabello, pero tampoco pequeña. En la parte posterior de la cabeza, un poco por encima del occipucio —siseó como si fuera algo vergonzoso.

—¿Occipucio?

—En la parte posterior de la cabeza, le he dicho. Usted sabe que nacen en los sitios más inesperados. Y oculta, bien oculta. Se lo advierto porque podría ocurrir que, al pasar las tijeras, hiriera esa protuberancia.

—¿Protuberancia? —repitió una vez más la última palabra, antes de advertir definitivamente la comicidad de la conversación, que, sin duda, el teniente captaba, porque sorprendió en su rostro una expresión divertida. Ciertamente, el entorno no propiciaba un ambiente de comedia, pero la sucesión de pequeños detalles ridículos lo hacían derivar hacia el esperpento.

—¡La verruga! Como una bolita, no tan grande como una canica, no tanto, pero sí como un pequeño garbanzo. Tendrá que localizarla antes de empezar a cortar el cabello. Pero, al mismo tiempo, debe usted fingir que no sabe nada de ella, que no la nota, que no está allí. Ni siquiera debe mencionarla, el Caudillo no lo permite. La verruga es secreto de Estado. ¡Imagínese qué ocurriría si se enteraran tantos enemigos como nos acechan! Los buenos españoles se preocuparían por una posible complicación de su salud, pero también sabemos que en el extranjero no faltarían las burlas, las chanzas, los titulares en los periódicos: «A Franco le ha salido un grano en la cabeza». O «Algo se esconde a espaldas de Franco»... ¿Pero qué estoy diciendo? —se acercó a la puerta y la abrió con sigilo para comprobar que nadie estaba escuchando. Luego continuó—: No, no quiero ni pensar en un accidente. En la Navidad del treinta y siete, en plena Cruzada, un barberillo imprudente lo hirió ahí y la herida sangró mucho, nos costó contener la hemorragia. En aquellos días perdimos Teruel, aunque volvimos a recuperarla en cuanto el Caudillo volvió a ponerse al frente de la lucha. Desde entonces lleva su propio barbero. Pero ya le he dicho que ha caído enfermo y que a usted le toca evitar cualquier percance. ¡Nunca lo han herido! —repitió.

—¡La baraka! —el barbero fue incapaz de contener la ironía, como un modo de encarar el miedo.

—La baraka, sí. Cualquier herida lleva, además, un riesgo de infección. ¿Sus instrumentos están limpios?

—Sí.

—Los desinfectaré de nuevo con alcohol. ¿Alguna duda?

—Creo que no.

—Por lo demás, le repito que no podrá comentar nada de lo que oiga o de lo que vea mientras hace su trabajo.

—No se preocupe, sé guardar un secreto.

—Eso espero. El teniente estará cerca de usted para darle instrucciones en caso de algún imprevisto. Yo debo encargarme también de otros asuntos.

—Un detalle —dijo el barbero.

—¿Sí?

—Si voy a trabajar en esta sala, necesitaré el sillón para que el Caudillo se sienta cómodo.

—De acuerdo, haré que se lo traigan.

Había dejado de llover, pero en la explanada quedaban charcos que la tierra inundada se negaba a absorber. Bajo la luz tristona que sudaban las nubes vio pasar, al fondo, junto a las primeras casas, a un campesino montado en un mulo y cubierto con una manta que regresaba, empapado, de alguna tarea improrrogable. Con él se cruzaron dos mujeres de edad indefinible, vestidas con faldas negras, largas y plomizas, sobre el fondo de una tapia en la que, recordó, quince años atrás alguien había escrito con grandes letras de alquitrán la pintada BIENBENIDOS MILICIANOS. Tras ellas aparecieron dos coches, uno con matrícula española y otro, portuguesa, que al circular deprisa sobre un charco levantaron banderas de agua que mojaron a las desprevenidas mujeres. Los coches se dirigieron hacia el Palacio, pero antes de que sus ocupantes pudieran verlo, se retiró de la ventana y, al volverse, observó el sillón que ya le habían traído, que, en la amplia sala y bajo las cinco poderosas bombillas de la lámpara, cobraba un aspecto más solemne del que ofrecía en la barbería. El barbero contuvo un estremecimiento porque, de pronto, sus brillos metálicos, su anchura y solidez, sus robustos apoyos de cuero para los brazos y la cabeza mostraban un inquietante parecido con un sillón de ajusticiar.

La puerta se abrió y entró el teniente.

—Una bonita profesión la suya.

El barbero lo miró con prevención, temiendo que continuara aquel esperpéntico diálogo que antes había mantenido con el comandante, pero en la expresión del teniente no advirtió ningún residuo irónico, así que contestó:

—Y útil. En España somos muy necesarios los barberos.

—¿Más necesarios que otras profesiones?

—Creo que sí.

—¿A cuento de qué?

—Si me permite decirlo... —dudó.

—Hable con tranquilidad.

—Somos un país de gente malencara..., mal afeitada. Nos dejamos crecer la barba demasiado, vestimos con descuido, no siempre nos preocupamos por mantener un buen aspecto.

—Y para corregirlo están ustedes, los barberos.

—Sí. Mejoramos el semblante, compensamos las carencias y los excesos de los rostros, intentamos ocultar las cicatrices...

El teniente lo escuchó con interés.

—Usted habló antes de guardar secretos —recordó—, pero los de su oficio se llevan la palma como charlatanes.

—No estoy muy seguro de eso. Charlatanes los hay en todas las profesiones.

—¿A qué secretos se refería?

—A nada importante... A costumbres, a apariencias, a la intimidad de cada uno.

—¿Qué quiere decir con intimidad?

Tal vez perteneciera a alguna sección de inteligencia o vigilancia militar, sospechó el barbero ante su insistencia por informarse, por interpretar cada una de sus palabras sin conformarse con medias respuestas. ¿Estaría al servicio personal de Franco, como informador o escolta de seguridad, y por eso analizaba a fondo a quienes se acercaban a él, vigilaba lealtades y prevenía traiciones, descubriría las debilidades y defectos de quienes lo rodeaban? Aquella palabra, secretos, que él había pronunciado sin reparar en ella, había alertado la curiosidad del oficial, que no parecía dispuesto a conformarse con cualquier excusa. Por eso respondió:

—Si a alguien se le despoja de su cabellera, es como dejarlo desnudo.

—No acabo de entenderlo —exigió tras reflexionar unos instantes.

—Quiero decir que, para un barbero, el cabello es el reflejo del alma. Trabajamos tanto tiempo en esa única tarea que observando el cabello de un hombre podemos adivinar muchas cosas de él.

El teniente se pasó la mano por la cabeza.

—¿Significa eso que, si yo le pidiera que me cortara el pelo y me afeitara, podría saber cómo soy?

—En algunos aspectos, sí. Puedo deducir algunas costumbres del cliente: si es un hombre aseado o sucio, si se lava o no la cabeza, si limpia o no de cera sus oídos. Si es humilde o presuntuoso, seguro de sí mismo al mostrar su calvicie o inseguro al tratar de ocultarla con la forma de peinarse. En ocasiones, incluso se puede advertir alguna enfermedad.

—¿Qué más? —preguntó, interesado, cuando el barbero, con algo de temor, dudó en continuar.

—Puedo adivinar la profesión.

—¿Sabría que yo soy militar?

—Creo que sí.

—¿Qué más?

—Con el grado de oficial. La gorra de plato que se ha quitado al entrar le ha dejado marcada una línea inconfundible en la ondulación del cabello. En la frente todavía se le nota un poco la señal, pero en el cabello permanece más tiempo. También...

—Sí —lo animó el teniente, que se había ido tocando el pelo y la frente según hablaba el barbero, buscando confirmar con el tacto sus conjeturas.

—Su rostro se ve bronceado hasta donde se cubre con ella, la piel se ve más pálida en el resto... Por lo mismo, se puede adivinar quién trabaja bajo techo o a la intemperie, quién se cubre la cabeza y con qué, con boina o con sombrero, con teja o con tricornio, con gorra o con montera, con corona o con un simple pañuelo anudado en las esquinas, y quién la lleva al aire.

Con una sonrisa divertida, el teniente se acercó al espejo, se buscó los dos perfiles y se alisó el pelo donde, en efecto, aún se distinguía la marca de la gorra. Luego miró al barbero por el cristal y dijo:

—Creo que a partir de ahora elegiré con sumo cuidado en manos de quién me pongo cuando me afeito.

—Además —continuó el barbero, animado por el buen talante con que el oficial acogía sus comentarios—, nunca es igual un hombre visto desde su misma altura que visto desde arriba, como lo ve un barbero. Desde arriba siempre parecen menos importantes.

Con un gesto rápido el teniente se volvió hacia él y lo miró sin la intermediación del espejo. Su expresión se había vuelto recelosa cuando lo interpeló:

—Así que ustedes nunca miran de frente a sus clientes. Los espían desde arriba, o desde un lado, o a través de los espejos. ¡Pero nunca de frente! Quizá el comandante se haya equivocado al elegirlo y no sea el hombre adecuado para este servicio. Supongo que en Breda hay más barberos.

—Sí, hay otros.

—Todavía estamos a tiempo de ir a buscar a alguno. Siempre he desconfiado de los graciosos que creen que por ser graciosos les está permitido ser impertinentes.

—Perdóneme si lo he molestado, no era mi intención. Creo que conozco la diferencia. Y respecto a los otros barberos, hacen muy bien su trabajo, mejor que yo, son buenos profesionales. Cada dos meses yo mismo me convierto en cliente de uno de ellos, y otros días ellos vienen a mi casa.

—¿Y también a ellos les habría adivinado su profesión? —preguntó el teniente con algo de burla.

—Lo más llamativo no siempre está en el cabello.

—¿Quiere decir que hay más adivinanzas?

—La piel.

El teniente cabeceó varias veces con una incredulidad que no anulaba el interés que le despertaban los comentarios del barbero y que, al menos, le ayudaban a pasar el tiempo hasta que llegara Franco. Se sentó en una de las sillas y cruzó las piernas en actitud de espera.

—Veamos.

—En la piel quedan marcados durante días los golpes, los arañazos, los mordiscos. Una irritación o un herpes, unos dedos que aprietan y hacen daño, incluso unos labios demasiado apasionados...

Se calló un momento al recordar, con aquella concentrada luminosidad con que siempre le llegaban los recuerdos de aquellos meses, una anécdota ocurrida un día en que Julia y él cortaban el pelo y afeitaban junto a la puerta del Mausoleo a los voluntarios republicanos. Mientras cortaba las puntas del cabello de una muchacha miliciana había descubierto en su cuello una marca similar a la que dejan unos labios que sorben la piel. Él mismo la interpretó

erróneamente y no dijo nada, pero alguien más que esperaba su turno también la vio e hizo una broma sobre retozos y encuentros nocturnos que la muchacha, sonrojada, negó tajantemente. La marca se debía a la práctica de tocar la viola. Las risas finales entre las que se disolvió el equívoco eran la prueba del buen ambiente que reinaba entre todos y de la libertad con que allí se manifestaban las emociones, al menos antes de que comenzaran los combates y la guerra impusiera sus tribulaciones.

—¿Sí? —lo urgió el teniente.

—Un buen barbero tiene que observar todo eso para no levantar la costra de una herida, para esquivar una inflamación con la navaja, o un grano, o un pelo enquistado..., o una verruga. Tiene que saber en qué punto no presionar si hay daño o cuándo no puede exigirle a un cliente que gire o agache la cabeza.

—Con todo eso, la de barbero no parece una profesión fácil.

—Ninguna lo es si quiere hacerse bien. Seguro que usted ha conocido a barberos que a la mínima te cortan en dos el labio, pero también a albañiles que arreglan un tejado y cuando vuelve a llover todo vuelve a mojarse.

—Es usted un barbero listo y parlanchín —dijo el teniente, sospechando que en alguno de sus comentarios había una segunda intención. Sin embargo, no parecía arrepentido de haberlo animado a hablar, como si quisiera saber y al mismo tiempo no saber.

—Pero eso es lo que todos esperan de un barbero: que no deje de hablar. Desconfiarían de un barbero mudo.

—Pero usted es un charlatán y sin embargo no cuenta nada de sí mismo. Solo habla de los otros, de lo que ve alrededor. Creo que empiezo a conocerlo y que antes sugería algo que no se atrevía a decir claramente. Se refería a nosotros, a los militares, ¿verdad?

—A la profesión militar. Supongo que tampoco es un oficio fácil. Estar siempre vigilante; dar órdenes a los de abajo y castigar si no se cumplen, pero obedecer a los de arriba; convivir con armas... Y eso si no se presenta alguna tarea más grave.

El oficial necesitó de nuevo unos segundos para interpretar sus palabras y preguntar:

—¿Más grave? Matar, por ejemplo. ¿Por qué no lo dice claramente?

—De acuerdo. Matar. Aún no hace demasiado tiempo que todos ustedes estaban en las trincheras.

—¡Claro que sí, en las trincheras! ¡Defendiendo a la patria! Y apostaría algo a que su pierna no está así por una herida de guerra —su enfado fue mayor que el pudor que en otras circunstancias le habría impedido aludir a un defecto físico.

Al oírlo, el barbero había inmovilizado sus manos, que reordenaban sobre la cómoda sus utensilios, sorprendido de aquella mención, como si hiciera muchísimo tiempo que no la oía. No necesitó mirar su pierna, ni moverla para saber que sus limitaciones eran visibles para todos: un poco más corta y un poco más delgada, un poco más cortos los huesos y más delgados los músculos, aunque no tanto como para llevar muletas ni otra prótesis que una pequeña alza en el calzado. No volvió la cabeza para responder en el mismo tono tranquilo con que había hablado hasta entonces:

—Tiene razón. No está así por una herida de guerra.

Unos golpes en la puerta se superpusieron sobre sus últimas palabras.

—Adelante —dijo el oficial.

—Mi teniente —era un ordenanza—. El comandante ordena que todo esté preparado en tres minutos.

—Lo estará.

El ordenanza saludó y se marchó con la mirada fija en la silla de barbero, que brillaba en el centro de la habitación.

—¡Ah, una última cosa! —dijo el teniente.

—¿Sí?

—Cada vez que se dirija a él o responda alguna de sus preguntas, lo llamará «excelencia».

—Excelencia.

—Es muy exigente con esos detalles.

—Lo recordaré.

—Entonces, afile sus navajas y esté preparado —ordenó antes de salir.

Al quedarse solo, el barbero comprobó que llevaba abrochados todos los botones de la bata y que, en el espejo, su apariencia era correcta. Se acercó al sillón y, como si Franco ya estuviera sentado en él, lo giró unos grados hasta colocarlo con exacta perpendicularidad frente al espejo. Bajó un centímetro su

altura pisando el pedal y luego, tras dudar unos segundos, volvió a subirla. En eso estaba cuando entró el ordenanza con una jarra de agua muy caliente, humeando vapor, que vació en el aguamanil antes de desaparecer con una nueva mirada de recelo hacia el sillón. El barbero eligió una de las navajas, la más vieja, pero también su favorita, y observó su hoja de buen acero, que recogió en varios destellos la luz de las bombillas. Alguna imperfección debió de ver en su filo, porque comenzó a deslizarla por el suavizador con elásticos movimientos de muñeca.

A pesar de lo que le había dicho al teniente unos minutos antes, nunca había sentido curiosidad por el comportamiento privado de los demás. Nunca volvía la cabeza en la calle para observar de espaldas a alguien con quien acababa de cruzarse, ni para ver quién llegaba tarde a una reunión o la abandonaba antes de terminar, pero en aquella habitación la gente entraba y salía y él estaba continuamente sobresaltado, por lo que se volvió nervioso cuando la puerta se abrió con rapidez, casi con violencia, y dos miembros de la guardia mora, con uniforme rojo y capa blanca, entraron y se colocaron en las jambas.

Tras ellos avanzó Franco con la barbilla erguida, como si así quisiera compensar su baja estatura, similar a la del barbero. Vestía una guerrera concienzudamente adornada con medallas y unos pantalones que se abombachaban en los muslos y se ajustaban en las rodillas, por encima de las botas de caña alta. Lo seguía el comandante.

—Esta provincia siempre me trae buenos recuerdos —venía diciéndole—. En su capital fui proclamado Generalísimo de todos los ejércitos españoles.

Su voz sonaba en vivo más aguda y blanda que en las emisiones radiofónicas y si el barbero no hubiera conocido su historia, tal vez se habría dejado engañar por su aspecto inofensivo, que parecía la parodia de un militar: la voz atiplada, la estatura baja, la ausencia de vigor, la cabeza redonda y las mejillas melifluas, los ojos bonachones. Su imagen había cambiado desde el fin de la guerra y, al tiempo que consolidaba el acierto de una política que la evolución del mundo parecía ratificar, en sus calculadas intervenciones públicas ya no daba la impresión, como entonces, de que acababa de llegar de un consejo de guerra donde había firmado algunas penas

de muerte. A pesar de aquella imagen inocua, bien manejada por sus hagiógrafos en todos los medios de comunicación, el barbero era consciente de sus métodos, que no conocían el perdón y que habían ido extendiendo entre sus adversarios la certeza de que quien se enfrentaba a él de un modo u otro terminaba perdiendo.

Al descubrir al barbero, Franco se detuvo unos segundos, observándolo con un brillo de astucia reconcentrada en el fondo de sus ojos, pero sin alterar la expresión confiada, como si su aspecto, su edad y su estatura lo complacieran. Su gesto solo cambió al ver en su mano el suavizador y la navaja y, en la cómoda, los instrumentos pulcros y brillantes, casi amenazadores. Se acercó a ellos y cogió una de las tijeras.

—Herramientas delicadas para manos inexpertas. ¿Cuánto tiempo lleva usted en su profesión?

—Veinticinco, excelencia. Desde los catorce años.

—Es una buena edad para aprender un oficio. A los catorce años entré yo en la academia militar.

Soltó las tijeras, cogió el espejo de mano y se sentó en el sillón. Bajo las luces que caían directamente sobre él se apreciaba la necesidad de un afeitado. Al desabrocharse el cuello de la guerrera y mostrar el cuello desnudo y blanquecino, bajo el rostro algo bronceado y una sombra de barba en las mejillas, con los codos apoyados en los brazos del sillón, por un momento perdió toda apariencia militar y pareció un reo en un sillón de garrote vil. Fue solo un instante, que no se fijó en la consciencia del comandante ni, mucho menos, en la de Franco, demasiado ufano de sus méritos, demasiado convencido de su respetabilidad y demasiado seguro de su invulnerabilidad.

—Con su permiso, excelencia.

—Adelante.

El barbero le colocó un immaculado paño blanco para protegerlo de cualquier mancha y solo entonces cogió el peine y las tijeras.

—¿Cómo lo desea su excelencia?

—¡Corto! Un militar siempre debe llevar el cabello corto. Sin melenas, sin patillas, sin flequillo.

—Sí, excelencia.

El barbero comenzó por el lado derecho. Con el peine levantaba y medía para que las tijeras cortaran los pequeños mechones agrisados que iban cayendo al suelo.

—Por desgracia, he perdido mucho pelo.

—No tanto, excelencia.

—Pero conservo toda la dentadura... Y una vista excelente, sin necesidad de gafas.

—Sí, excelencia.

—Y mis oídos captan bien lo que se habla alrededor.

—Sí, excelencia —repitió el barbero, que no comprendía por qué le contaba todo aquello, en un tono que continuaba la grotesca conversación anterior, las mismas frases esperpénticas dichas con la mayor naturalidad.

—Su excelencia vivirá mil años —el comandante, que permanecía en pie, algo apartado, pero presto a atender cualquier necesidad, intervino con una sonrisa dientuda.

Terminó de cortar el cabello del lado derecho y dio un paso atrás para tomar perspectiva. No vio nada que corregir, había sido un corte perfilado y exacto con el que Franco parecía satisfecho. Ahora continuaría con la parte posterior, donde estaba oculta la verruga. Vio ponerse tenso al comandante y, contagiado por la tensión, no advirtió que seguía tableteando las tijeras en el aire, con un tic profesional del que no era consciente.

—¡Detenga ese ruido! —Franco lo miró a través del espejo y, ante su gesto de incompreensión, añadió—: Me pone nervioso ese chasquido.

—Perdón, excelencia.

—Ahora debe tener mucho cuidado. Mucho cuidado —levantó el espejo de mano a modo de advertencia—. Ahí detrás no puedo ver bien lo que usted hace.

—Lo tendré, excelencia.

Ya había localizado la verruga, como le había ordenado el comandante. Acostumbrado a detectar cualquier irregularidad en el cabello, había advertido enseguida la pequeña ondulación de unos mechones, como una apenas perceptible moña de torero, pero evitó centrar en ella la mirada. Avanzó el paso que había retrocedido y fue deslizado el peine desde la coronilla y cortando por encima con movimientos rápidos y suaves hasta

llegar a la altura de la verruga. Solo se oía el chic chac de las tijeras. Los hombros de Franco se tensaron y se envaró su cuello, y aunque el barbero volvió a sentir una punzada de temor, su enorme dominio de las herramientas le permitió seguir cortando sin tropezar ni herir, sin que tijeras ni peine entraran en contacto con la verruga, como si no hubieran encontrado ningún obstáculo en su camino, y dejar el cabello con la misma longitud que el resto.

Terminó y por fin se relajaron el cuello y los hombros y se oyó un suspiro del comandante, que seguía en segundo plano, de pie, con las manos cruzadas delante, a la altura de las caderas. El barbero inició el gesto de inclinarle la cabeza de modo que pudiera precisar el contorno de la nuca, pero no se atrevió y sus dedos se detuvieron en el aire antes de tocarlo. Si advirtió el gesto, Franco no hizo ninguna intención de facilitarle la tarea y el barbero tuvo que agacharse. Flexionó las rodillas y en esa incómoda postura sostuvo el peso del cuerpo sobre la pierna sana, la otra solo le servía para apoyarse en ella al caminar. Así estaba cuando llamaron a la puerta. El comandante abrió y el teniente avanzó unos pasos observando con interés la escena.

—¿Da su permiso, excelencia?

—Diga.

—Su excelencia me ordenó que le comunicara personalmente cualquier incidente sobre la cacería de mañana.

—¿Qué ocurre ahora?

—La Guardia Civil ha detenido a un furtivo cazando en los puestos reservados para su excelencia.

De nuevo se tensaron los hombros y el cuello, que ahora se veía más delgado y más frágil, con una estrecha banda de piel blanca antes cubierta por el cabello. Apenas tuvo tiempo de apartar las tijeras cuando su cliente, envuelto en el paño blanco, se puso bruscamente en pie sobre el soporte del sillón y desde aquella tribuna elevó una escala la agudeza de su voz, afilada por la irritación:

—¿Un furtivo? ¿Un furtivo? ¿Cazando mis ciervos? ¿Cómo lo han permitido?

—Conoce muy bien la zona y esquivó los controles. Pero lo sorprendieron minutos después de disparar. Un solo tiro, con un viejo fusil.

—¿Y acertó?

—Sí, excelencia.

—¿Una hembra? —preguntó esperanzado.

—Un macho, excelencia.

—¿Grande?

—Dieciocho puntas.

—¿Dieciocho puntas? ¿De los reservados para mí?

Con cada pregunta iba aumentando su cólera.

—Me temo que sí, excelencia.

—¿Cómo se ha atrevido? ¿Dónde está ahora?

—Abajo. Tiene... algunas heridas.

—Que terminen el trabajo. Y que envíen enseguida la cabeza a Madrid.

El comandante había escuchado en silencio toda la información, negando con gestos como si le costara aceptar lo que ocurría, pero al oír sus últimas palabras, que debían de resultarle incomprensibles, se atrevió a intervenir:

—Perdóneme, excelencia. ¿Enviarla a Madrid, así..., sin ningún... procedimiento?

—¡Claro que sí! ¡Dieciocho puntas! En el pasillo de casa todavía quedan algunos huecos.

Al barbero le habría gustado no estar allí en aquel instante, asistiendo como invitado de piedra a una escena propia de una farsa si no fuera porque ya había surgido una primera víctima, cuya identidad imaginaba. Oyó que el teniente, como si fuera el único entre todos ellos cuyo pensamiento seguía su mismo derrotero, preguntó:

—¿Y el furtivo?

—Haga con él lo que sea la costumbre —despachó.

El oficial se retiró con un saludo y Franco volvió a sentarse, mascullando entre chasquidos:

—¡Furtivos! Es imposible acabar con ellos. A veces..., a veces me dan ganas de poblar los montes con lobos en lugar de ciervos, a ver si así dejan de cazarlos.

Nadie replicó. El barbero siguió cortando el cabello de la parte izquierda, en silencio, pensando en la tristeza de aquellos tiempos en los que alguien debía hacer algo peligroso o ilegal para conseguir un poco de comida.

Pero no levantó los ojos de la cabeza de su cliente, que poco a poco se iba relajando. Cuando al fin terminó, sacudió con un cepillo los pelos de los hombros y le mostró el resultado sosteniendo otro espejo a su espalda.

—¿Queda todo bien... tapado?

—Sí, excelencia.

—Vayamos entonces con el afeitado.

El barbero se acercó al aguamanil y hundió dos dedos en el agua. Había perdido temperatura, ya no humeaba, pero aún conservaba el calor suficiente y una tibieza y claridad impecables que le parecieron inmerecidas por el hombre que iba a recibirlas. Echó un poco en la escudilla y batió el jabón con la brocha hasta levantar una espuma suave y cremosa, sin dar nunca la espalda a Franco y al comandante mayordomo, que observaban todos sus movimientos calculando su pericia, la firmeza de su pulso y su precisión con la navaja.

—Aquí, en esta villa... —Franco titubeó, pero nadie se atrevió a ayudarlo—. No recuerdo su nombre.

—Breda, excelencia —dijo el comandante.

—Breda. ¿Aún no tienen servicio de agua corriente?

—Aún no, excelencia —respondió el barbero.

—¿De dónde la sacan?

—De los pozos. Es una tierra seca en la superficie, pero el subsuelo debe de ser una laguna, porque basta cavar unos pocos metros para que brote.

—¿Y es potable? —insistió con desconfianza—. ¿No está contaminada?

—No, excelencia. Todos bebemos de los pozos sin problemas.

—Pero los pozos no aseguran el progreso. Tendremos que arreglar esto. Recuérdeme este asunto cuando regresemos a Madrid —se dirigió al comandante—. ¡Un pantano! ¡Construiremos un pantano en ese río que cruzamos al venir!

—El Lebrón —dijo el barbero.

—¡Lebrón! —repitió Franco, y animado por la sonoridad del nombre, su voz adquirió un timbre de guiñol, el tono grandilocuente de quien no escucha a nadie, satisfecho de escucharse a sí mismo—: Levantaremos en él un gran pantano para traer agua a este y a otros pueblos y para regar sus tierras. ¡Y para aumentar la caza! A los ciervos les gustan mucho los pantanos: agua siempre abundante para beber al atardecer. ¡Agua para el pueblo y caza para

sus líderes...! Caza sin furtivos, por supuesto. ¡Para el progreso de España no hay nada mejor que los pantanos! ¡Regadíós, ciervos y salmones! Sí, pantanos es todo lo que estos pueblos necesitan.

—Sí, excelencia —aplaudió el comandante con su sonrisa excesiva.

Satisfecho, Franco apoyó la cabeza en el respaldo y miró al barbero, que se acercó con la escudilla rebosante de espuma.

—¿Da su permiso, excelencia?

—Adelante.

El barbero le enjabonó el rostro hasta los pómulos y regresó junto a la cómoda. Cogió su vieja navaja y la pasó por última vez por el suavizador.

—¿Está bien desinfectada esa navaja?

—Sí, excelencia.

—¿Bien afilada? ¿Es suave?

—Muy afilada, excelencia. Muy suave.

—En Marruecos las afilábamos en los correaes del uniforme. ¿Lo recuerda, comandante?

—Sí que lo recuerdo, excelencia.

—Mordíamos el extremo del cinturón entre los dientes y sujetábamos la hebilla con la mano. En la primera línea del frente no siempre había barberos y nos afeitábamos nosotros mismos. Tampoco había jabón, ni apenas agua. Aquellos eran tiempos heroicos, incluso para los barberos —se dejó llevar de nuevo por la vanagloria de quien participó en la batalla y la ganó y sobrevivió para contarla.

El barbero, en cambio, no pudo evitar pensar en los que perdieron y desde entonces nunca hablaban, en las frases dejadas a medias por algunos clientes ante la llegada de un tercero, en el temor con que amortiguaban sus pasos algunas mujeres al pasar por delante de determinadas casas y edificios, en los gestos bélicos con que otros todavía, doce años después, aún alardeaban de su victoria, como si la guerra no hubiera terminado y fuera imprescindible continuar con los castigos, en la arrogancia con que unos mostraban sus gloriosas cicatrices de guerra y en el cuidado con que otros debían esconder sus mutilaciones, en la ostentación que unos hacían de águilas, yugos y vítores mientras otros debían borrar cualquier huella de sus creencias. Pensó en Julia, que alzaba la voz para gritar sus ideas y que había

sido forzada a hacer las maletas hacia otro país, y pensó que él estaba afeitando a su verdugo precisamente por haber callado. ¿Qué opinaría ella si ahora lo viera haciendo a favor de su enemigo lo que mejor sabía hacer, respondiendo a sus comentarios con frases tranquilizadoras, como si nunca hubiera ocurrido nada?

—No se preocupe, excelencia. Este es un buen acero, sin mella ni mancha. No notará nada.

—¿Por dónde va a comenzar?

—Por las patillas, excelencia.

—Cortas. Me gustan muy cortas, casi a la altura superior de la oreja. Las patillas largas son de bandoleros —se quedó en silencio, pensativo, y luego preguntó de repente—: ¿En esta comarca hay maquis?

—Ya no, excelencia. Los hubo hasta hace tres o cuatro años. Se escondían por la zona de El Paternóster.

—¿En El Paternóster? ¿Donde yo iré a cazar mañana?

El barbero ya había visto unos minutos antes el mismo recelo apareciendo en su rostro de militar acostumbrado a anticiparse a los inconvenientes. En aquel viaje surgían demasiados imprevistos que debían de ofuscarlo —la enfermedad de su barbero, el furtivo, la lluvia persistente, los maquis ahora—, acostumbrado a que todo a su alrededor estuviera sometido a un meticuloso control. Pero también el barbero se sentía desconcertado por aquellos cambios de comportamiento y sospechaba que de ambos extremos podían surgir más problemas que de una actitud más moderada: cuando Franco pretendía ser cómico, solo lograba ser grotesco, y temía que cuando quisiera ser justo, fuera vengativo.

—La Guardia Civil los mató a todos en una emboscada.

—¿A todos? Muy bien. Habrá que premiar al oficial que lo organizó... Esta tierra es... Maquis y furtivos... Usted, con esa pierna —señaló—, no es cazador.

—No, excelencia.

—¡No puede imaginar las emociones que se pierde! Tener a un ser vivo al alcance de tu arma y elegir el momento de apretar el gatillo... Ahora te mando los perros o ahora te permito escapar... Ahora invado tu territorio o ahora lo rodeo y dejo que des vueltas acorralado en él, buscando una salida

que no hay... Ahora te llega el fin o ahora prolongo tu agonía... Ahora te disparo o ahora te perdono la vida... ¡Ah, la caza! ¡Y esa satisfacción de haber eliminado de la tierra lo que estorbaba o no era necesario!

Luego calló de pronto, como si el instinto le advirtiera lo terrible de lo que acababa de decir y detectara que de algún modo podría ser utilizado en su contra.

—Creo que lo entiendo, excelencia —dijo el barbero.

Aprovechó su silencio para afeitar la segunda mejilla y, antes de comenzar con el bigote, limpió la espuma ensuciada por diminutos puntos negros.

—Tenga mucho cuidado.

—Sí, excelencia. ¿Permite?

Y, en un gesto de atrevimiento que no habría osado hacer quince minutos antes, el barbero le pinzó delicadamente la nariz con dos dedos y lo obligó así a levantar la cara para afeitar con cuidado el labio y el contorno de la boca, que emergió de entre la espuma con un rictus de desdén. Al terminar, Franco se miró en el espejo de mano que no había soltado en todo el tiempo.

—Muy bien, muy bien —ponderó.

—Gracias, excelencia.

—¿Cómo aprendió su oficio?

—Lo aprendí con mi padre. Y él con el suyo. Vengo de una familia de barberos.

—¿Y sus hijos? —insistió con otra pregunta, sin apenas darle tiempo a pensar.

—No tengo hijos, excelencia.

El barbero se apartó hasta la cómoda y de nuevo afiló la hoja en el suavizador, con rápidos movimientos que impedían que sus manos temblaran.

—¡Pues debería tenerlos! Aún no hemos recuperado a todos los buenos españoles caídos durante la Cruzada. Aunque en esta zona, una vez transcurridas las primeras semanas, no hubo muchos combates.

—Pero sí hubo víctimas, excelencia.

—Siempre hay víctimas en una guerra. Para eso precisamente se hacen. Y por aquí había que unir las dos zonas nacionales. Fue una decisión mía.

—Y un gran acierto, excelencia —apoyó desde atrás el comandante.

—¿Su excelencia lo decidió?

—Contra la opinión de algunos de mis colegas, que no confiaban en esa estrategia —respondió, halagado por el interés del barbero—. Pero yo sabía que era imprescindible unir con urgencia el ejército de África desembarcado en Andalucía con las tropas que bajaban de Castilla, antes de que el enemigo comprendiera su importancia. Desde el momento en que conectáramos ambas zonas, habríamos comenzado a ganar la guerra. Y cuando el ejército rojo quiso reaccionar ya era demasiado tarde y no tuvimos problemas para anular alguna contraofensiva suya por estos mismos terrenos. Luego actuamos con contundencia para que sirviera de lección para otros sitios.

—Y por eso, aunque no hubo grandes batallas, sí hubo tantas víctimas.

—En la guerra no se pierde nada cuando un enemigo muere.

El barbero seguía afilando la navaja sin levantar la vista, de nuevo estremecido por la siniestra normalidad con que hablaba sobre combates y muertos, con el mismo tono con que mencionaba la altura de las patillas o la línea del bigote. Al fin se volvió para continuar el afeitado y dijo:

—Su excelencia tiene razón. Si me permite, me atrevería a añadir que no se habría perdido nada con que algunas personas ni siquiera hubieran nacido.

Por un momento Franco pareció desconcertado, como si le costara comprender aquel comentario que sin embargo tanto se parecía a lo que él mismo había dicho. Observó con curiosidad al barbero y pareció que iba a añadir algo, pero su única reacción fue comprobar con un dedo que aún quedaba espuma en su barbilla y apremiarlo:

—Continúe. La espuma se está secando.

El barbero se acercó a él mientras fuera del Palacio cobraba intensidad un murmullo que unos momentos antes era tan tenue que lo había confundido con la lluvia.

—¿Qué es eso que se oye? —preguntó Franco.

El comandante se acercó a una de las ventanas y espió el exterior. Abrió un poco una de las grandes hojas y por el hueco entró nítido y veloz un clamor creciente:

—¡Franco! ¡Franco! ¡Franco! ¡Franco!

—Es el pueblo, excelencia, que se acerca hasta aquí de forma espontánea para saludarlo y manifestar su lealtad. Gritan porque quieren ver a su Caudillo.

—¿Verme ahora? Todavía no estoy presentable. Ya me verán más tarde.

—A pesar de la lluvia cada vez llega más gente —insistió el comandante, mirando alternativamente a Franco y a la explanada, con la docilidad del perro que, para moverse, espera impaciente un gesto de su amo—. No pueden contener su entusiasmo.

—Está bien, está bien. Al pueblo hay que concederle de cuando en cuando algún capricho. Que lo preparen todo.

—A la orden, excelencia —salió de la habitación con sus pasitos orientales, rápidos y arrastrados, siempre a punto de tropezar.

El barbero se acercó a Franco, que por fin recostó la cabeza en el respaldo almohadillado, cerró los ojos y ofreció el cuello.

¡Qué extraño le pareció que un hombre tan cauto, tan desconfiado y receloso, se entregara así ante un desconocido! Tal vez la conversación mantenida hasta entonces lo había relajado y se sentía satisfecho de su discreción y de su pericia. Por otro lado, su propio aspecto —la delgadez, la leve cojera— no lo amedrentaba. Con dos dedos, el barbero le empujó con suavidad la frente hacia atrás, con lo que la sotabarba cubierta de espuma parecía más grande.

—Con el mismo cuidado —dijo Franco sin abrir los ojos—. Cualquier corte o herida roza luego con el cuello del uniforme y tarda en cicatrizar.

—No se preocupe, excelencia, trabajaré con delicadeza.

Pero durante unos segundos se mantuvo todavía completamente inmóvil, ocultando la acelerada velocidad con que le latía el corazón. De pie junto al sillón, cuyos correajes y brillos metálicos ofrecían matices funestos, en la mano izquierda la escudilla y en la derecha la navaja, con el brazo ligeramente extendido hacia atrás, calculó su siguiente paso. Ya no estaba el comandante en la sala, solo los dos guardias moros permanecían a ambos lados de la puerta, mudos como dos estatuas, más como un ornamento exótico y lujoso que como una verdadera protección, y en el silencio —ya no llegaba de fuera el murmullo de aclamación, como si la multitud se hubiera tomado un descanso en sus gritos, esperando el resultado de su requerimiento— la habitación, de

techos muy altos y tan poco acogedora a pesar de la excesiva luz que derramaba el racimo de bombillas, le pareció fúnebre como una morgue. Si Franco hubiera tenido la cabeza erguida y los ojos abiertos, habría advertido la insoportable tensión que padecía el barbero, estremecido por recuerdos tristísimos, torturado por el descubrimiento de que en ese instante nada mediaba entre él y el dictador inerme, que entre el acero y la piel no había escudo ni pantalla, y que sin embargo él, un barbero cojo debilitado por la palabrería y derrotado por la carencia de abrazos, nunca había tenido ni tenía suficiente coraje.

Y luego, sin que ningún gesto lo anunciara, dio un paso adelante y comenzó a afeitar muy despacio. Al deslizar por el cuello la afiladísima navaja solo se oía el húmedo susurro del rapado. Y algo en su pulso o en la presión de sus dedos debió de notar Franco, porque abrió bruscamente los ojos para preguntar:

—¿Algún problema?

—No, excelencia.

—Parecía que usted temblaba.

—No es nada, excelencia. He creído ver un pelo enquistado y temía... Pero no es nada. Nada más que una sombra.

Aunque quedaban pequeños copos de espuma en torno al cuello, había terminado. El barbero lavó la escudilla, echó dentro un poco de agua, apenas tibia, desdobló con un movimiento experto un impoluto trapo blanco y después de humedecerlo limpió con él los últimos restos de jabón. Por último, masajeó brevemente el rostro con un chorro de loción. Al fin, puso el espejo detrás y esperó su beneplácito.

—Está muy bien —concedió Franco—. Ha hecho usted un buen trabajo.

—Gracias, excelencia.

—Creo que voy a recomendárselo a Salazar, por si tampoco ha traído a su barbero.

Cuando llamaron a la puerta, el barbero esperaba el regreso del comandante, pero apareció el teniente. Venía sudando y respiraba con dificultad, y miró la escena con alivio.

—¿Le ocurre algo, teniente? Viene usted corriendo.

—No... Nada, excelencia, todo está en orden. Quería regresar a su servicio cuanto antes.

—¿Solucionó esos pequeños problemas?

—Sí, excelencia. El furtivo...

—¡El ciervo, el ciervo! —lo apremió.

—La cabeza ya está de camino hacia Madrid. He enviado un telegrama al taxidermista y la estará esperando para empezar a trabajar con ella en cuanto llegue.

—Muy bien.

Franco se acercó a la ventana y, elevándose de puntillas, observó por la ranura del postigo a la gente de fuera, que de nuevo había elevado el volumen de sus gritos. Por lo que captaba en la prensa y en los noticiarios, el barbero dedujo que le gustaba mucho ser aclamado por las multitudes y que preparaba cuidadosamente sus apariciones públicas para que resultaran aglomeradas y contagiosas. Siempre se hacía esperar unos minutos para despertar impaciencia y luego no se demoraba en balcones, plataformas y estrados excesivamente altos y distantes, de modo que lo vieran fugazmente y desde lejos y se reforzara así su imagen de hombre inaccesible y entregado al servicio de la patria.

Mientras barría los cabellos esparcidos por el suelo, el barbero oyó al teniente:

—Perdone, excelencia. Es sobre ese hombre, el furtivo.

—¿Qué ocurre? —preguntó sin dejar de mirar por el resquicio de la ventana.

—Disparó al ciervo sin saber que su excelencia venía de caza. Me gustaría...

—Sí.

—Solicitar su perdón.

No respondió enseguida. Volvió a elevarse de puntillas, como si algo junto a la entrada del Palacio atrajera más su interés que lo que ocurría dentro. Luego, de pronto, se dio la vuelta, muy serio, molesto por tener que ocuparse de algo latoso que no merecía su atención y replicó, sin rastro de su anterior tono de guiñol:

—¿Perdonar? ¿A alguien que caza mis ciervos? ¿Perdonar?

—Solo buscaba un poco de comida, excelencia. Tiene varios hijos.

—¿Perdonar? No, teniente. No podemos permitir que alguien que ha cometido un delito quede impune. Hemos logrado levantar una nueva España a base de castigo, no de perdón.

—Pero en este caso...

—¿Va a contradecirme, teniente? —lo interrumpió con crudeza.

—No, excelencia.

El oficial agachó la cabeza y se dirigió hacia la puerta, pero antes de llegar apareció el comandante, seguido del ordenanza, que cargaba con una pequeña tarima de madera. El comandante le indicó con un gesto que la colocara junto a la ventana.

—Espere un momento, teniente —ordenó Franco.

—Sí, excelencia.

—Lo estoy pensando mejor. En honor a su familia, voy a hacer una excepción. Le daré una oportunidad a ese furtivo.

—Gracias, excelencia.

—No, no me lo agradezca todavía. La oportunidad no es solo para el furtivo, es también para usted. Dejaré que usted tome una decisión. Y hay dos opciones.

—Sí, excelencia —dijo, impaciente y al mismo tiempo temeroso.

—Ninguna falta puede quedar impune si no queremos que se repita, siempre tiene que pagar alguien por lo que se ha hecho mal.

Su tono ya se parecía más al de un predicador que al de un militar, revelando que su voz tenía dos capas y que bajo la envoltura aguda se ocultaba un sonido más duro, más frío, más severo. Había desaparecido definitivamente cualquier acento grotesco y todos lo advirtieron y quedaron inmóviles esperando a que terminara de hablar: los estáticos guardias moros, el ordenanza que había colocado la tarima junto a la ventana, el comandante, que al cerrar los labios apenas llegaba a cubrir los dientes excesivos, el teniente y el barbero, que había terminado de barrer.

—O castiga a ese hombre y sigue usted en el ejército, ascendido a capitán —continuó al fin—, o lo deja libre y entonces asume usted su culpa y entrega ese uniforme. Usted decide.

Le dio la espalda sin permitirle hablar más, de modo que todo aquel asunto quedara liquidado sin que él se hubiera manchado las manos, dejándole al teniente la decisión de ser cruel o ser cobarde, sin término medio. El joven oficial echó hacia atrás los codos, saludó y salió de la habitación. El comandante corrió a abrir de par en par la ventana y el murmullo exterior se convirtió en rugido. Franco se subió a la tarima y se asomó para saludar, levantando el brazo derecho mientras, bajo la lluvia, vitoreaba el bramido de la multitud:

—¡Franco! ¡Franco! ¡Franco! ¡Franco!

Al regresar, algunos clientes estaban esperándolo en la barbería, porque nadie quería ofrecer ese día un mal aspecto, y apenas había logrado encontrar un hueco para sentarse a comer un bocado. Cuando terminó con el último, cogió la escoba y barrió el suelo, donde se amontonaban cabellos de longitud y colores diferentes. Aún no había podido descansar y la pierna debilitada por la polio lo molestaba mucho. Estaba dudando si cerrar cuando se presentó Cuaresma. La mitad de su rostro aún seguía negruzco, porque el alcalde, requerido por distintas urgencias, tampoco había tenido tiempo para terminar el afeitado que había quedado a medias unas horas antes. El barbero sonrió ante el contraste que ofrecía según mostrara uno u otro perfil: el atildado de la mañana, o el oscuro, porque era de esos hombres que cuando están un solo día sin afeitar parece que van sucios, aunque acaben de salir de la bañera y vistan ropa limpia. Con la cortina de pelo aplastada sobre la calvicie, en aquel momento ofrecía más que nunca una estampa para una caricatura.

Se sentó en el sillón, que enseguida habían devuelto del Palacio, y el barbero pisó el pedal para bajar la altura. Luego comenzó a batir el jabón en la escudilla de un modo tan mecánico y preciso que ni siquiera fue consciente de hacerlo hasta que vio a Cuaresma observándolo absorto, como si fuera una maniobra difícil y admirable.

—¿Cómo te fue esta mañana? —preguntó impaciente el alcalde.

—Bien. Todo normal.

—No es normal disfrutar del... privilegio de afeitar al Caudillo. ¡Tocar su cabeza, su cara! Deberías estar orgulloso.

—Sí —contemporizó mientras le enjabonaba la mitad ennegrecida del rostro.

—¿Cómo es? —insistió buscando una complicidad que el barbero rehusaba.

—¿Franco?

—El Caudillo. ¿Cómo es?

—Es bajo.

—Eso sí. Pero no me refiero a su estatura.

—Es más bien regordete.

—No, tampoco te pregunto por su peso. Me refiero a su carácter, a su... autoridad, a su... prestancia —dijo con enorme esfuerzo, como siempre que abandonaba el tono coloquial y pretendía discursar.

—Tiene la voz fina, pero su autoridad... Sí, tiene usted razón. Cuando da una orden se tiene la certeza de que será implacable si no se le obedece.

El barbero se sorprendió de la simpatía con que pensó en el joven teniente. No le gustaría hallarse en su lugar, desgarrado por la duda, forzado a elegir entre lo que parecía la elección natural de su carácter y la obediencia, entre el castigo al furtivo y el castigo a sí mismo, consciente de que, adoptara la decisión que adoptara, terminaría perdiendo. Franco lo había colocado ante el dilema de decidir si un militar debe cumplir como soldado una orden que le repugnaría como simple ciudadano.

—Y hace bien en ser implacable con los levantiscos —estaba diciendo Cuaresma—. No, no podemos volver a las andadas, todos debemos empujar en la misma dirección. Yo mismo, en cuanto llegaron esta mañana, cedí inmediatamente mi turno para que usted fuera a atenderlo.

—Sí.

—Y hoy debemos dejar bien alto el nombre de Breda y hacerle agradable la estancia, para que regrese cuando quiera. Claro que..., el episodio de esta mañana nos avergüenza a todos. Viriato...

—Entonces, ¿se trataba de Viriato? —confirmó lo que había supuesto en cuanto hablaron de un furtivo. Nadie como él conocía los senderos y rincones de El Paternóster, los refugios de los ciervos y los revolcaderos de los jabalíes, lo que le había permitido sobrevivir a la falta de trabajo y mantener a una familia numerosa. Aún recordaba cuando, en los primeros años tras la

guerra, lo obligaron a ir recogiendo en las procesiones los excrementos de los caballos de la Guardia Civil que las escoltaba, y lo hizo sin hundirse, sin que lo vieran derrotado, convencido de que un padre no debía permitir que sus hijos lo vieran llorar.

—¿De quién si no? Tendría que recibir un castigo ejemplar.

—Lo extraño es que lo hayan pillado. Nadie se mueve por El Paternóster como él.

—Por eso nos había burlado tantas veces. Pero como vive apartado, sin apenas tratar con nadie, ahora no sabía que venía el Caudillo y no imaginaba que había un vigilante detrás de cada encina. Merece un buen escarmiento. En el cuartel ya estaban comenzando con él cuando surgió el problema.

—¿El problema? ¿Con Viriato?

—Con el teniente. Con ese teniente que vino esta mañana.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con interés, porque desconocía lo ocurrido después de su salida del Palacio.

—¿No lo sabes? Tú estuviste con ellos.

—Pero no sé nada desde entonces.

El alcalde demoró la respuesta hasta que terminó de afeitarse su mejilla.

—El teniente se presentó en el cuartel e hizo que detuvieran el castigo hasta que recibieran nuevas instrucciones.

—¿Por iniciativa propia?

—Sí. Al parecer había ido antes a casa de Viriato a comunicarle a su mujer que lo habían detenido. Habló con ella y vio a ese montón de hijos que tienen... y esa chabola en la que viven... ¡Y se dejó engañar y solicitó al Caudillo que lo perdonara! ¡Como si les faltara comida con todo lo que caza!

—¿Quiere decir que le dio lástima?

—Quiero decir que lo engañaron con el cuento de las lágrimas y de la miseria... cuando puedo asegurar en voz muy alta que en esta villa de la que soy alcalde ninguna familia se muere de hambre —afirmó, ofendido, como si considerara un insulto que alguien sospechara lo contrario.

—¿Y qué le ha ocurrido al teniente?

—Tendrá que tomar una decisión. Me han dicho que el Caudillo, con su habitual generosidad, le ha permitido elegir, a pesar de su enfado por el ciervo muerto. Si sigue adelante con su obligación, lo ascenderán a capitán. En

cambio, si decide indultarlo, el teniente deberá asumir su culpa, aunque de una forma diferente: será apartado del ejército... Y es un favor que le concede en honor a su apellido. Al parecer, viene de una antigua familia militar que sufrió bajas durante la guerra. Su padre sirvió en Marruecos con el Caudillo.

—¿Cuándo debe tomar la decisión?

—El plazo acaba esta noche.

—Es decir, que no le deja ninguna posibilidad de ganar —dijo con voz amortiguada.

—¿Ganar? ¡Por supuesto que sí! El Caudillo premia a quienes le guardan fidelidad. ¿Acaso ser ascendido a capitán no es un premio para alguien tan joven?

—No si el ascenso no se consiguió por méritos propios. Cada vez que se viera las estrellas en las mangas tal vez recordara que las ganó contra un oponente con las manos atadas a la espalda.

Cuaresma se levantó del sillón y movió a un lado y a otro la cabeza con amable desaliento, como si, conociendo al barbero y su habilidad para decir siempre la última palabra, se negara a seguir hablando con él. Afeitado, parecía más ingenuo y bonachón. Sacó una moneda del bolsillo y se la puso en las manos. Luego miró el reloj de la pared.

—Por fortuna ha parado de llover. En media hora comenzará el partido de fútbol.

—Cuídeme al chico.

—No te preocupes. Es nuestro mejor jugador y lo necesitamos en las mejores condiciones para ganar a los portugueses.

—¡Por goleada! —bromeó.

—Y con juego limpio, como corresponde a esta época tranquila. Hoy ha sido un día complicado, pero ya está todo dispuesto, todo está en orden —suspiró, y desde la puerta, como si recordara algo que le costaba verbalizar, añadió—: Es curioso... Cuando venía hacia aquí, miré alrededor y me dije: Tantos guardias en las calles y tantos hombres armados, ¡y ni un solo tiro! ¡Al fin hemos conseguido en España la paz definitiva!

Al quedarse solo, el barbero comenzó a lavar y a ordenar sus instrumentos. Se detuvo para escuchar el tamborileo de la lluvia en la calle, que de nuevo volvía a caer con fuerza, y los borborismos que provocaba en

los canalones, y entre la lluvia distinguió unos pasos que se acercaban, de modo que no se sorprendió al abrirse la puerta, pero sí al ver al teniente, que entró chorreando agua como si acabaran de sacarlo del río. Se quitó la gorra de plato y se sacudió el uniforme.

—¿Se puede? —preguntó, aunque ya estaba dentro. Pero el barbero agradeció su gesto, que no había existido por la mañana, cuando irrumpió acompañando al comandante.

—Usted por aquí. ¿No va a ver el partido?

—No, demasiado alboroto. ¿Y usted?

—¿Al fútbol? ¿Con esta pierna?

La respuesta del barbero le hizo pensar en la conversación de la mañana que había interrumpido la entrada del ordenanza.

—Esta mañana, en el Palacio, me dijo que no fue a causa de una herida de guerra.

—No —recordó enseguida—. Fue la polio, cuando era niño.

—¿Qué edad tenía?

—Siete años.

El teniente asintió, arrepentido del golpe bajo, que no formaba parte de su estilo. Estuvo a punto de pronunciar una disculpa, pero se limitó a farfullar:

—No debió de ser fácil.

—Uno termina acostumbrándose a todo —respondió sin ningún dramatismo—. Nadie olvida nunca lo que de verdad le hace daño. Siempre está ahí la herida, que nunca cicatriza, y un leve roce, una alusión al pasado, una referencia a alguien a quien le ocurrió algo parecido, una broma que sin embargo hace que te sonrojes... vuelven a abrirla y la hacen sangrar. Pero si se quiere sobrevivir, uno termina acostumbrándose a todo. También al dolor... ¡Bueno, quien va a jugar es mi sobrino, no yo!

—Al venir, temí que estuviera ocupado con algún cliente.

—Ya no. Ha sido un día duro, pero parece que ya están todos satisfechos de su aspecto. Muchas horas sin sentarme —estiró un poco los hombros hacia atrás para descargar la espalda con discreción y esbozó un gesto de dolor—. Hoy nadie quería ser visto con barba de varios días o con el cabello descuidado. ¿Desea usted afeitarse? —se le ocurrió de pronto.

—¿Afeitarme? —el teniente se tocó la cara, donde asomaba una sombra de barba—. No, no es necesario.

—Si permite la opinión de un barbero charlatán, es precisamente en los momentos complicados cuando más necesaria resulta una buena apariencia.

—¿Se lo han contado, verdad? —preguntó el teniente ante su alusión—. En estos pueblos, las barberías son como las salas de prensa.

—Me lo han contado, sí.

—¿Y le sorprende?

—Sí.

—A mí también —reconoció—, yo fui el primer sorprendido. No podía creer que estuviera allí, en el cuartel, ordenando que dejaran en paz a ese furtivo... con ese nombre tan extraño que tiene. ¡Un nombre de héroe! ¿No podían haberle puesto uno normal?

—Viriato.

—Viriato. Él tampoco irá a ver el partido de fútbol —murmuró con una sonrisa vencida.

—Ha arriesgado usted mucho.

Se preguntó por qué había venido el teniente a la barbería y dedujo que no habría encontrado en Breda otro lugar más adecuado donde pensar sobre la decisión que debía tomar en unas pocas horas. Al buscar un refugio lejos del Palacio, habría pensado en él, en el barbero cojo y lenguaraz con quien, durante aquella jornada, había cruzado más palabras que con nadie y con quien había discrepado en varias opiniones, resueltas, sin embargo, con un final amistoso. Su experiencia le había enseñado que hay personas que se aturden en la soledad y que, en cambio, se aclaran al hablar con otros y en la charla encuentran respuestas a las que a solas serían incapaces de llegar. El barbero sabía que era uno de esos interlocutores que facilitan las reflexiones de quienes se hallan en esa tesitura. Tenía la habilidad de impedir los silencios sin necesidad de hablar del tiempo ni de decir banalidades; sabía interpretar cualquier noticia o incidente con humor y con sorprendentes puntos de vista. El joven oficial lo había comprobado por la mañana y tal vez acudía en busca de alguien con quien cotejar su confusión. Calculó que no sobrepasaría los veinticinco años y, por tanto, no podía reprocharle que fuera impulsivo, inseguro y obediente a los dictados de una familia dedicada desde antaño al

oficio de la guerra, donde se valoraba la tradición y el apellido y se repetía la profesión militar como repiten sus telas las arañas; y si, como la araña, alguno de sus miembros intentaba variarla, se encontraría apartado e incapaz de diseñarse un futuro distinto. No, no le sería fácil escapar a su amparo y dominio, al rango y prestigio adquiridos durante generaciones por unos antepasados que habrían hecho juramentos de custodiar el honor de la estirpe y que se considerarían centinelas de la patria caminando por sus altos adarves y murallas.

—No lo pude evitar. La casucha en la que viven y esa interminable tropa de niños... La verdad es que lograron irritarme. ¿Cómo pueden vivir así? Me acordé de la forma en que mi padre solía describirlos, con una mezcla de piedad y de enfado. Él hablaba de campesinos que trabajaban como mulos, procreaban como conejos, vivían como alimañas y de vez en cuando se divertían con borracheras y violentas peleas de mono en las que brincaban las navajas mojadas en vino. Y en verdad parecía una escena de otro siglo. Imaginé la cantidad de comida que tendría que llevar a la mesa cada día para alimentar a tantas bocas... No pude evitarlo y volví al cuartel. Lo tenían atado a una silla. Le pregunté por qué lo había hecho, por qué se había arriesgado de esa forma. No me contestó.

—Conozco a Viriato y no me extraña. Para arrancarle unas palabras a un tipo tan testarudo se necesita algo más que golpes, se necesitaría una yunta de mulas tirándole de la lengua. Pero yo hubiera podido darle la respuesta. Viriato solo caza para comer.

—Les ordené que lo dejaran en paz.

—Entiendo su reacción —dijo el barbero, para quien la piedad efímera y sin actos no servía para nada, y estaba más al servicio de quien la sentía que de quien la provocaba. Solo la piedad que desarrolla mecanismos para aliviar su causa era digna de elogio.

—Además, no estaban claras las órdenes, usted se hallaba presente. El Caudillo... Franco dijo que se hiciera con él lo de costumbre.

—En este país y en estos tiempos esa es una orden muy clara. La costumbre no es precisamente dejar impune a nadie —se atrevió a decir lo que no hubiera dicho pocas horas antes, cuando aún no lo había conocido, cuando

solo era un joven oficial vestido con un uniforme que le hacía parecer mayor de lo que era, en realidad poco más que un muchacho.

—Sí, es una época confusa, con normas extrañas. Actúas de acuerdo a lo que se proclama en voz alta y te acusan de haber actuado ilegalmente.

—Y ahora, ¿qué va a hacer?

—No lo sé. Debo tomar una decisión dentro de tres horas y aún no lo sé. Si dejo que se aplique la costumbre, creo que nunca podría volver por aquí. No podría volver a mirar a la cara a ese furtivo.

El barbero asintió con movimientos de cabeza casi imperceptibles, sorprendido de escuchar en boca del teniente lo que él había pensado cuando tenía su edad, las palabras acalladas durante catorce años. Por un momento volvió a ser el hombre joven que había sido en abril de 1937, cuando no tuvo fuerzas ni coraje para desobedecer una orden indigna.

—Sé lo que quiere decir. Cumples una orden injusta y algo de esa injusticia se te queda pegado para siempre. Te ensucia durante toda la vida.

—En cambio, si lo dejo libre, no podré volver a vestir este uniforme. — El teniente, absorto en sus dudas, ignoró su comentario.

—¿Tanto lo echaría de menos?

—Sí, porque no se trata de ambición, ni de prestigio, ni de dinero. Todo eso es secundario.

—¿De qué se trata?

Mostró las manos vacías y alzó los hombros para decir:

—Soy militar y me gusta serlo. No sabría hacer otra cosa. Usted dijo antes que hay gente que se pasa toda la vida ejerciendo un oficio y nunca llegan a desempeñarlo bien. Eso me ocurriría a mí en cualquier otro.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Adelante.

—Esta mañana, cuando salió para resolver ese asunto... Al regresar, venía corriendo, preocupado.

—Es cierto.

—¿Por qué?

—Por un momento temí que en el Palacio estuviera ocurriendo algo irremediable. Usted había despertado mi curiosidad: un barbero demasiado perspicaz en este lugar perdido. Y les pregunté a los monteros que cortaban la

cabeza del ciervo. Al principio se resistieron a hablar, pero uno de ellos terminó contándome su historia. Que a usted lo obligaron a...

—Sí —lo interrumpió—. No lo engañaron. Han pasado ya catorce años, pero veo que no soy yo el único que recuerda.

—¿Entonces es cierto?

—Sí.

—Pero usted me dijo que aquí, en Breda, hay otros barberos.

—Y también los había entonces. Pero ellos decidieron que tenía que hacerlo yo.

—¿Por qué? ¿Por qué usted?

En silencio, el barbero comenzó a secar con un paño los instrumentos que había lavado, porque ya no esperaba a nadie más. Durante toda la jornada había hablado mucho, pero se resistía a mencionar aquel suceso.

—Creo que será mejor que me calle —dijo.

—Al contrario, ahora es cuando debe seguir hablando —el teniente recuperó el tono exhortativo—. ¿Por qué lo eligieron a usted?

—Porque así el castigo resultaba más doloroso —respondió al fin, y al observar su gesto de asombro, añadió—: No debe extrañarse, esas ideas no han cambiado mucho desde entonces... Usted mismo lo oyó hace unas horas: «No podemos permitir que alguien quede impune» —repitió las palabras de Franco, pero no imitó su tono de voz.

—Lo pensó, ¿verdad? —preguntó el teniente después de un larguísimo silencio—. Pensó utilizar esa navaja.

—Sí, lo pensé. Me acordé de ella y lo pensé, aun sabiendo que sería incapaz. Yo no soy un soldado, como usted —dijo, y si sus palabras podían sugerir un reproche, no lo sugería su tono—. Solo soy un barbero. ¿Le contaron los detalles?

—No, no les di tiempo. Al oír la historia pensé que alguien me tenía que haber advertido de todo eso cuando me encargaron buscar a un barbero. O que yo mismo tenía que haber indagado. Por eso volví corriendo hacia el Palacio. ¿Cómo fue?

—Una denuncia. Estos, como usted dice, son tiempos confusos, regidos por leyes extrañas. Pero aquellos, además, eran tiempos terribles, muy aptos para las venganzas.

—¿Quién lo denunció?

—Quién. Nunca lo supimos. Siempre he sido un hombre tranquilo. He huido de las discusiones, de los gritos, de las protestas en público. Pero Julia no, Julia no. Ella era..., y tal vez lo siga siendo, ya hablo de ella como si hubiera muerto... Ella era muy impulsiva y no sabía callar cuando lo conveniente era estar callado. Quién. Pudo ser cualquiera, cualquier vecino que nos odiara o nos tuviera envidia. ¡Un barbero cojo con una mujer tan bella! No lo sé. Si algún día salieran a la luz las denuncias nos llevaríamos muchas sorpresas. Porque también pudo ser alguien —añadió con ironía— a quien no le gustó cómo le corté el pelo, o a quien le hice involuntariamente una pequeña herida en la barbilla. Usted es demasiado joven, pero entonces, en la guerra, cualquier excusa se convertía en una razón para denunciar. Sé que dijeron que en casa escuchábamos las emisoras del Frente Popular.

—No eran esos los mejores programas.

—Media España los seguía. ¿Había que castigar por eso a media España?

—No.

—Se nos acusó, además, de apoyar sus consignas.

—¿Y era cierto?

—Sí. Julia no engañaba a nadie cuando le preguntaban por sus simpatías políticas, aunque nunca llegó a participar activamente en la organización o en la propaganda. ¡Todo lo que hicimos fue cortar el pelo y afeitarse a los soldados republicanos! Pero la simpatía ya constituía para ellos un delito grave. Tras su victoria, el dominio que impusieron exigía una completa sumisión, no solo indiferencia.

—¿Y usted?

El barbero le dio la espalda y recolocó en la encimera las herramientas ya ordenadas, corrigiendo su alineación unos milímetros, antes de responder:

—Yo pensaba como ella. Y era mi mujer.

—Lo entiendo.

—Se presentaron aquí de madrugada. Todos venían armados, como si acudieran a un lugar peligroso. Sin decirme nada, me apartaron de un empujón y se la llevaron. Volvieron por la tarde y me obligaron a ir con ellos a la plaza, adonde habían convocado a la gente, porque no solo querían castigar a las

tres, querían también que su castigo sirviera de amenaza colectiva: Mirad lo que haremos a quienes se comporten como ellas. Allí en medio, sentadas en sillas, un poco separadas, estaban dos mujeres y Julia. Entonces, delante de todos, me ordenaron que yo, que era el marido de una de ellas, comenzara a raparlas.

El teniente movió la cabeza, negando lentamente. La luz de la tarde que entraba por la ventana había ido menguando, oscureciendo la habitación y facilitando el relato del barbero, que, vestido con la bata blanca, le pareció un inofensivo y bondadoso fantasma del pasado. Sin embargo, sus confidencias no parecían antiguas, ni falsas, ni tramposas. No eran como las mugrientas anécdotas de guerra que sus mandos o sus compañeros más viejos repetían en las noches de guardia, relatos en los que los suyos siempre se comportaban como héroes y los rojos como tipos corruptos, cobardes y malvados, o, en el mejor de los casos, como personas débiles de carácter y equivocadas que en el fondo estaban deseando pasarse a la zona nacional. Las palabras del barbero ardían de convicción y, después de lo ocurrido ese día, adquirirían una tensa actualidad.

—Sí —susurró para animarlo a continuar.

—Me negué a obedecer. Un golpe me tumbó en el suelo y una patada me obligó a levantarme. Julia me rogó que los obedeciera, que no me preocupara por ella, que prefería que fueran mis manos las que tocaran su cabeza antes de que otras la mancharan. Todavía les rogué que buscaran a otro barbero. «¿Qué te pasa? ¿Te da miedo que te zurre luego, cuando lleguéis a casa?», me gritaban. A los golpes y a los empujones se unían algunas burlas. «Tú le has permitido un comportamiento subversivo, así que asume ahora las consecuencias», me decía otro. Me coloqué a sus espaldas y Julia volvió la cabeza para sonreírme, ajena a todo lo demás, a los gritos, a los insultos, a las órdenes. «Perdóname», le pedí. Julia seguía sonriéndome. «No tengo nada que perdonarte. Empieza ya, antes de que a ti también te destrocen. Lo mejor es que termine cuanto antes.»

—Y la gente, ¿qué hacía?

—En los primeros minutos, cuando las sacaron de los calabozos, hubo reproches, burlas, también insultos. Siempre hay gente que aplaude a otros por algo a lo que ellos no se atreven, o que pretende hacer méritos frente a los

poderosos, o simplemente por miedo a que también a ellos los señalen e intentan desviar hacia los demás la sospecha y el peligro. Aunque había otros que agachaban la cabeza avergonzados y en sus rostros el miedo se mezclaba con el odio por lo que estaban presenciando, porque habían obligado a todo el mundo a asistir en corro a lo que consideraban un espectáculo... Pero la gente no me interesaba, porque nadie podía ayudarme. Recuerdo bien cómo me miraba ella mientras iban cayendo al suelo los mechones de su melena, que tanto me gustaba acariciar. Solo me miraba a mí, ignoraba a todos los demás, a los matones y a sus cómplices, como si no existieran, como si estuviéramos los dos solos... «Mi pelo volverá a crecer», dijo sonriéndome, «esto es solo una pesadilla que pasará pronto.» De repente me di cuenta de que la plaza había quedado en completo silencio, únicamente se oía el tableteo de las nuevas banderas en el balcón del ayuntamiento y el traqueteo de la maquinilla, como si a medida que la rapaba ellos mismos se sintieran avergonzados de lo que estaban haciendo.

—Como si la hubieran desnudado —susurró el teniente.

—Como si la hubieran desnudado y luego no soportaran verla desnuda. Por muy... salvajes —dudó con la palabra que debía usar ante el teniente, pero hizo un gesto como si tampoco esa le pareciera la más adecuada— que fueran, creo que comprendieron que habían llegado demasiado lejos, que habían traspasado un límite, una frontera que todo hombre encuentra en el cuerpo de una mujer y que no se atreve a profanar... Cuando terminé, le brillaba la piel blanca de la cabeza, que siempre había estado protegida del sol y de la intemperie por lo tupido de su cabellera y que en ese momento, en cambio, parecía enormemente frágil, como la de una niña. A mí me pareció que aumentaba su belleza. Dos lágrimas asomaron a sus ojos y brillaron un momento a punto de desbordar sus párpados, pero no llegaron a verterse. Desaparecieron evaporadas por el calor de la rabia o de la vergüenza... El que mandaba en todos ellos todavía levantó el brazo al frente y gritó «¡Arriba España!», pero solo le respondieron unas cuantas voces. Levanté la cabeza y vi que el hueco en el centro de la plaza se había hecho más grande, como si todos hubieran retrocedido unos pasos y nadie quisiera permanecer en la primera fila o, turbados, desearan huir. Pero los obligaron a quedarse hasta que terminé de rapar a las otras dos. A partir de entonces la plaza se vació

enseguida y solo quedamos los cuatro, ellas tres sentadas, con la cabeza agachada y las coronas de cabellos esparcidos alrededor, por el suelo, y yo. Las otras dos mujeres no tenían allí a nadie que pudiera consolarlas. A sus familiares o amigos les habrían impedido ayudarlas, o estarían huidos, o encarcelados, o muertos, o muertos de miedo. Julia me tenía a mí, sí, pero era yo quien había rapado su pelo, quien no había tenido las fuerzas ni el coraje suficientes para desobedecer una orden tan atroz.

—¿Y ahora dónde está ella?

—Muy lejos, en una ciudad de Argentina. Después de aquellos días, y puesto que Breda era ya una zona pacificada, todo fue volviendo a la normalidad, al menos aparentemente. Los campesinos volvieron a trabajar los campos y los artesanos volvieron a sus oficios, los muchachos siguieron jugando al fútbol y cazando pequeños animales para demostrar que ya eran adultos. Por las noches, en las tabernas los hombres tal vez bebían un poco más de vino, pero bebían en silencio. Y poco a poco los vivos iban borrando las trazas de los muertos. Como Julia había dicho, su magnífico cabello volvió a crecer, y si no fuera por el modo en que algunas veces se peinaba, demorándose mucho tiempo ante el espejo, sin hablar ni mencionar nunca lo ocurrido, hubiera pensado que lo había olvidado. Pero no, no lo olvidó, ¿cómo iba a olvidarlo? No volvió a pasar nunca por la plaza. La plaza es un buen lugar para que los ciudadanos puedan hablar y mirarse a la cara sin obstáculos. Está ubicada en el centro de Breda, al alcance de todos, es abierta y amplia y tiene varias entradas y salidas. Pero Julia nunca volvió a pasar por allí, y si la encontraba en su camino, daba un rodeo para evitarla. Tampoco volvió a entrar aquí, en esta habitación, ni a tocar ninguna herramienta relacionada con mi oficio. Los paños, las batas que antes dejaba blanquísimos y planchados, ordenados ahí —señaló un lugar de la repisa extendiendo el brazo, como si se hallara muy lejos—, dejaron de estar a su cuidado. Cada tarde, al cerrar, yo me lavaba a fondo y me cambiaba de ropa, para que nada, ni el aspecto ni el olor a jabón de afeitarse, le recordara mi trabajo. Luego fueron pasando los días, y las semanas y los meses. A veces los imaginaba como filas de caravanas que pasaban de largo de esta villa mientras Julia los veía alejarse con un gesto de tristeza, como si deseara marcharse con ellos. Tampoco volvió a escuchar las emisoras de la República, cada vez más

difíciles de captar, al tiempo que aumentaban las noticias con las victorias de los militares. Cuando terminó la guerra su cabello ya había vuelto a crecer. Y no mucho después, una noche me pidió que le firmara un permiso de viaje.

—¿Quería irse?

—Se ahogaba en Breda, le parecía que siempre era de noche. Tras la guerra, pronto se hizo evidente que la situación iba a durar mucho tiempo, porque los vencedores, al prolongar el uso de la fuerza, habían logrado convertirla en poder. ¡Y Julia, después de haber soñado con todo lo que prometían los años anteriores...! Hay gente que ya no puede volver atrás cuando ha entrevisto la luz, que no se resigna a vivir de nuevo en penumbra, a cerrar los ojos y sonreír como si fuera una máscara. Cuando alguna vez hablábamos de aquello, me pedía que no me sintiera culpable, que ella no tenía nada que reprocharme. Me repetía que era lo menos que le podía haber pasado, porque, después de todo, al menos seguía con vida. Se acordaba mucho de una amiga que tenía, Gema, a quien mataron en la frontera, cuando estaba a punto de huir a Portugal. Y de algunos otros que fueron fusilados por aquellas mismas fechas, a los pocos días de tomar Breda. Todavía ni siquiera se sabe dónde los enterraron... Julia se ahogaba aquí. Hay humillaciones que no se pueden olvidar... Mis manos... ¿Usted está casado?

—No.

—Pero tendrá novia.

—¡Y espero seguir teniéndola cuando...!

—Entonces, aunque yo no sepa explicarme bien, podrá comprenderme. Quiero decir que una pareja funciona cuando cada uno hace brotar del otro lo mejor que lleva dentro.

—Sí.

—Para ella nuestra relación era una tierra yerma, en la que no crecía nada de lo que se arrojaba. Estaba quemada, contaminada, seca. Tal vez otro tipo de mujer se habría resignado a una situación así, pero Julia no.

—¿Le firmó el permiso?

—Sí, lo firmé. ¿Para qué iba a negarme? Ella tenía una hermana en Argentina y le concedieron el visado.

—¿Y cuánto tiempo ha pasado desde entonces?

—Diez años. Al principio, sus cartas eran muy largas y llegaban con regularidad. Me decía que me echaba de menos, que no se acostumbraba a aquel país, donde todo parecía igual pero donde tantas cosas eran diferentes, la comida y la luz, la densidad del aire, las estaciones y el clima asociado a los puntos cardinales, muchos nombres y apellidos de la gente. Me describía hasta los detalles más pequeños, contaba que las heridas allí le tardaban más en curarse y que el corazón le latía al revés, aunque no sabía explicarlo bien... Luego, poco a poco, fue cambiando y decía que se iba encontrando mejor, que ya respiraba sin dificultad. Llegamos a comentar la posibilidad de que yo también me marchara para reunirme con ella y cumplir así, al menos, uno de los sueños con que a veces habíamos fantaseado, aun sabiendo que no lo alcanzaríamos nunca: el de visitar juntos ciudades lejanas, habitadas por millones de personas y cruzadas por grandes ríos... Pero con el paso del tiempo las cartas fueron distanciándose y haciéndose más breves. Ya apenas tenía novedades que contar y, en cambio, iban apareciendo nombres que nunca había mencionado, sobre todo se repetía el de un hombre con apellido italiano. Al mismo tiempo, en su escritura había aparecido un tono cosmopolita, con referencias a otros países, a libros y a películas que aquí no llegaban, a escritores y a actrices internacionales, a acontecimientos que en España eran ocultados. Yo incluso identificaba algunas alusiones al régimen, veladas o en clave para evitar la censura. Y a mí me parecía que era yo quien, sin darme cuenta, me había quedado sin nada que contarle, cada vez más fuera de juego, más ignorante, sí, más aislado, un barbero de una oscura localidad española de interior, adormecida en el sopor de una provincia donde nunca pasaba nada, que había protagonizado un viejo sainete entre rural y militar... Hasta que un día, después de varios meses sin recibir noticias tuyas, me escribió para contarme que se iba a vivir con un hombre. Un año más tarde me enteré de que tenían un hijo... Desde entonces sé que nunca volveré a verla. Que nunca volverá a entrar por esa puerta.

El teniente no dijo nada, respetó el silencio con que el barbero había cerrado su relato. Si se sentía capacitado para replicar a las alusiones a su ideología o a su oficio, para aducir razones que defendieran su postura sobre los vencedores y vencidos de la guerra y para discrepar de un barbero rural cuyo pensamiento siempre se anticipaba unos segundos a lo que él estaba

pensando, en cambio, en el terreno de las experiencias personales y de las emociones se sentía en franca desventaja, atezado por el pudor que le producía ver a un hombre quince años más viejo confesando sus sentimientos.

Acostumbrado a que las confidencias se intercambiaran entre camaradas de edad similar, con cierta complicidad ideológica y amistosa, lo desconcertaba el relato de un barbero melancólico y charlatán a quien no había conocido hasta unas horas antes, que le confiaba sus secretos con la seguridad de que no los utilizaría en su contra y en quien, a pesar de sus diferentes creencias, había encontrado afinidades personales que no encontraba entre sus camaradas.

—Ahora en Argentina es primavera —le oyó decir, respondiendo a la lluvia que había estado cayendo, con breves treguas, durante toda la jornada.

—Habrán sido unos años duros para usted.

—A veces. Algunos días que se hacen larguísimos, algunas noches que no logro dormir. Pero uno termina acostumbrándose a todo, ya se lo dije antes, aunque nada se olvida ni se cura, diga lo que diga la gente sobre los efectos benéficos del paso del tiempo. Pero, en fin, nada de aquello tiene ya remedio. Además, todo esto —señaló alrededor— me ha ayudado.

—¿Su oficio?

—Sí. No se puede usted imaginar cuánta gente siente necesidad de hablar. Incluso esos campesinos con los que se habrá cruzado, de los que hablaba su padre, tan herméticos con los forasteros, llegan aquí, donde los han atendido desde niños y donde se afeitaron el bozo por primera vez, y terminan contándole todo lo que les ocurre: por qué vienen precisamente ese día a cortarse el cabello, a quién van a ver o por qué han tardado tanto, como justificándose. Para ellos este lugar es importante. A veces, el del barbero es el único dinero que gastan en toda la semana... No, no crea, no me queda tanto tiempo para estar solo.

—¿Nunca le falta trabajo?

—Casi nunca. Siempre llegan días de fiesta, bodas, bautizos, entierros. Y todos quieren estar presentables en esas ocasiones. Y los muertos.

—¿También los muertos? —preguntó con curiosidad.

—Aquí conservamos esa costumbre. Siempre que un hombre muere se llama al barbero para adecentarle el rostro. Nunca lo enterramos con un mal aspecto.

—No creo que al difunto le importe mucho eso.

—Pero sí nos importa a los vivos, que creemos que los muertos tienen derecho a ser enterrados con todo el decoro y a que se les recuerde con su mejor semblante.

—¿Qué se oye? —el teniente señaló de pronto hacia la calle.

Escucharon con atención y, al principio muy tenue, pero enseguida aumentando su volumen, distinguieron ladridos y gruñidos de perros.

—¡Perros! —se respondió el teniente, asomado a la ventana.

—Es la tercera reala que pasa hoy. Será un milagro si sobrevive algún animal en El Paternóster..., con los portugueses compitiendo por ver quién dispara mejor. ¿Es verdad lo que dicen?

—¿Qué?

—Que Franco contará con tres secretarios para cargarle las escopetas, para que no tenga que perder tiempo en otra cosa que no sea disparar. Que pretende batir el récord de piezas cobradas en un solo día.

—Sí, es cierto. He visto las armas y la munición que han traído. ¡Suficientes para una batalla! Y se le nota impaciente por salir.

—A usted no le gusta la caza —dedujo el barbero de su tono.

—No, no me gusta. Pero no se equivoque: tampoco me gustan los furtivos.

—Parece extraño en un militar. ¿Puedo hacerle un comentario?

—¿Otro? —bromeó—. No lo sé, es usted peligrosamente curioso.

—Cosas del oficio, ya sabe.

—Adelante.

—No parece usted un soldado, ni incluso vestido con esa ropa. Sus colegas están tan acoplados al uniforme que cuando van de paisano se les nota la incomodidad. Como a los sacerdotes cuando no llevan sotana. Parece que les sienta mal cualquier otra ropa. Pero usted no encaja dentro de esa apariencia. ¿Por qué se hizo militar?

—Vengo de una familia de soldados. Mi abuelo sirvió en Cuba y mi padre, en Marruecos. Durante un tiempo coincidió con el Caudillo, aunque siempre ha sido muy reservado al opinar sobre él. Y puedo asegurarle que de las cicatrices que ambos tenían en la piel aprendí muchas cosas que me han servido en la vida, lecciones sobre la bondad y el coraje, sobre la lealtad y el sacrificio, sobre el honor y la honradez. Mi hermano mayor también era militar y murió en la guerra cuando tenía dieciocho años. Me tocaba a mí llenar su hueco —explicó sin añadir más pormenores.

—¡Pero elegir una profesión por la familia...! Es como elegir a tu futura mujer porque le guste a tus padres.

—Usted adivina cómo es la gente no solo al observar su cabello.

—No lo crea. Pero usted no encaja con ellos, permítame que insista. Por lo que acaba de decir, no parece que su mayor ambición consista en dar órdenes y en adoctrinar a adeptos para una causa, sino más bien en servirla usted mismo —comenzó a contar con los dedos—. No le gusta la caza. No endurece la voz para mandar ni va al fútbol con todos ellos a gritar... —se interrumpió al oír un rumor de pasos y de voces en sordina y se acercó a la ventana—. El partido debe de haber terminado, porque la gente regresa del campo de fútbol.

—¿Tan pronto?

—Pero no hablan, vienen muy serios. Quizá hayan perdido... Ahí llega el alcalde y parece preocupado. Voy a preguntarle.

El teniente se quedó solo, escuchando el ruido de los pasos. Se anudó el botón superior de la guerrera ante el espejo, muy despacio, irguió los hombros y se golpeó el pecho, comprobando su resistencia, como si temiera que el cristal reflejara únicamente su apariencia visible y por dentro estuviera vacío. El barbero había regresado sin hacer ruido, porque lo sorprendió su voz:

—Han suspendido el partido poco después del descanso.

—¿Por qué? ¿Se han peleado con los portugueses?

—No, no. Han encontrado cadáveres.

—¿Dónde?

—En el campo de fútbol.

—¿Cadáveres? ¿En el campo de fútbol? ¡¿Cadáveres?!

—Estaban enterrados. Entre los espectadores había algunos familiares de desaparecidos y han identificado algunas de sus cosas: unas ropas, unos zapatos, un cinturón, una medalla...

—¿Cadáveres? —insistió, perplejo, el teniente.

—Se los llevaron hace catorce años, en las mismas fechas en que a Julia...

—¿Y desde entonces no se sabía nada de ellos?

—Nada. Se sabe que lo hizo gente de fuera, aunque también colaboró alguno de aquí. Esa era una práctica común. Tú en mi pueblo y yo en el tuyo. Así, tipos que no se atrevían a disparar, pero empujaban a que disparasen los otros, evitaban después el contacto directo con las víctimas y no tenían que desviar la mirada al cruzarse con sus deudos. Sabíamos que hubo disparos cerca del cementerio, pero nadie sospechaba que estuvieran enterrados tan cerca. Ahora, con las obras que el alcalde ha ordenado hacer para corregir la ligera inclinación del terreno y con toda esta lluvia que tanto ha reblandecido el suelo... Estaban junto a una portería. Dos jugadores han entrado con fuerza a disputar el balón y han hundido las botas en el barro. Uno de ellos ha sido Daniel, así que debo ir a buscarlo y ver cómo se encuentra. ¡Pobre muchacho! —comenzó a despojarse de la bata blanca, sin dejar de hablar—. No han necesitado remover mucho la tierra para que asomaran los huesos de una mano, que había quedado enterrada cerca de la superficie. La Guardia Civil ha intentado controlar la situación, pero la gente los ha desbordado. Llevaban demasiado tiempo esperando la aparición de esos cadáveres para poder enterrarlos con decencia. Los portugueses se han retirado espantados mientras algunos de nuestros jugadores se han unido a los familiares y han comenzado a cavar con palos y con piedras, con las manos. Cuando los refuerzos de guardias han logrado apartarlos ya habían aparecido tres cráneos que limpiaban de barro con cuidado, como si los reconocieran.

—Es espantoso lo que hemos hecho con este país —susurró el teniente—. Hemos contaminado hasta los campos de juego.

—Después, aunque se han resistido, la Guardia Civil se ha quedado con los restos, como si otra vez los apresaran, como si los huesos fueran culpables y tuvieran que pedir perdón por ser tan resistentes, por tardar tanto en descomponerse.

La puerta de la calle se abrió con brusquedad y Daniel entró corriendo. Venía empapado de barro y en sus manos el balón, pinchado, era una piltrafa de jirones de cuero.

—¡Tío!

—¿Qué ha pasado?

El muchacho se estremeció, empapado y sin más abrigo que la camiseta y el pantalón corto.

—¡Había cadáveres enterrados en el campo de fútbol! Yo hice una entrada dura a uno de ellos... Íbamos perdiendo y estaba rabioso...

—Tranquilo, chico, tranquilo —dijo el teniente.

—Entonces vi en el barro los huesos de una mano, junto a mis botas... También los vio la gente que estaba cerca y algunos entraron y comenzaron a desenterrarlos... Y ahora, por mi culpa... —gimió remarcando la incongruencia de su mentalidad de un niño de diez años encerrada en un poderoso físico de adulto.

—No es por tu culpa, chico —repitió el teniente.

—¡Los han detenido! Tío, ¿crees que también vendrán a buscarme? —miró temeroso hacia la puerta.

—No, nadie vendrá a buscarte, no te preocupes —el barbero le pasó un brazo por los hombros.

—Tranquilo, tú no tienes ninguna culpa —repitió el teniente por tercera vez.

Daniel se fue serenando, protegido por las palabras del barbero y del joven oficial. Sus ojos bajaron hasta el balón destrozado que tenía en las manos.

—En medio del alboroto, una mujer... —balbuceó, como si no comprendiera lo ocurrido y no acertara a explicarlo— sacó unas tijeras y lo rajó varias veces. Lo acuchilló como si fuera..., como si fuera...

El barbero le quitó el balón de las manos y lo arrojó al cubo de los cabellos cortados. También a él la maldad gratuita le puso un nudo en la garganta, a punto de convertirse en un gemido, porque ya había conocido catorce años atrás, en la voladura del Mausoleo, ese ciego impulso destructor

del ser humano hacia las obras, las ciudades, los objetos hermosos que hacían felices a los demás y que uno no poseía o no sabía disfrutar, pero ante Daniel y el teniente debía ocultar su turbación.

—Sube a lavarte y a cambiarte de ropa antes de irte a casa —le pidió—. Que no te vea así tu madre.

—¿Qué harán ahora con ellos? —preguntó el oficial cuando se quedaron solos.

—Supongo que volverán a enterrarlos sin identificar. Y esta vez se asegurarán de que nunca vuelvan a encontrarlos. Lo contrario sería aceptar que esos asesinatos ocurrieron —añadió ya sin ninguna cautela ni necesidad de disimulo ante el teniente. Podía imaginarlo cometiendo algunos pecados: el del orgullo, el de la ambición, también el de la cólera, presionado por las circunstancias... Pero no el de la traición. No lo imaginaba siendo desleal con quien le había otorgado su confianza.

—Con los detenidos —lo corrigió el teniente—. ¿Qué van a hacer con ellos?

—Supongo que lo que se hace por costumbre: unos cuantos golpes, unos días de aislamiento y unas amenazas para que nunca se vuelva a mencionar esta historia.

—¡Por costumbre! Como sucedió con el furtivo —se quitó la gorra y luego, despacio, también se despojó de la guerrera—. Deben de estar muy enfadados con todo lo que está ocurriendo. Primero el ciervo muerto, a pesar de toda su vigilancia, y ahora este nuevo escándalo con Franco aquí, delante de los portugueses y de los periodistas.

El barbero vio cómo se alzaba las mangas de la camisa.

—¿Así que ya se ha decidido?

—Sí.

—¿Y está seguro de no equivocarse?

—¡No, no estoy seguro! Todo es demasiado complejo como para no estarlo. Los militares de mi entorno quieren que sea como ellos y que desprecie a los vencidos..., y no es la primera vez que los vencidos quieren llevarme a su terreno y que desprecie a los militares. ¡Estoy en medio de unos y de otros, sin saber adónde ir! Pero ahora mismo no puedo volver allí... Lo conozco. Él nunca olvida nada, siempre cobra sus deudas. Y sé que su

siguiente orden sería la de encargarme de la desaparición definitiva de esos huesos. Y no quiero que nadie me imponga esa tarea, porque sospecho que durante algún tiempo todavía seguirán apareciendo fosas así. Ahora tengo que sacar del cuartel a ese furtivo. Viriato.

El barbero asintió, de acuerdo con él, pero al mismo tiempo inquieto por las consecuencias que aquella decisión acarrearía. Ya oscurecía fuera y de nuevo le pareció que en aquel día habían sucedido miles de acontecimientos. En aquellas doce horas, desde que se levantó por la mañana y abrió la barbería para que entrara el primer cliente, el alcalde Cuaresma, había visto más cosas de las que nunca esperaba ver.

—¿Me permite una última sugerencia?

—Ya sabía yo que no iba a poder marcharme sin que usted tuviera todavía algo que añadir. ¿Qué?

—Sin afeitarse, no tiene usted buen aspecto para esa entrevista. Y una buena apariencia siempre ayuda —le señaló el sillón—. No tardaré nada.

El teniente aceptó. Se sentó, relajado, y el barbero comenzó a enjabonarle la cara.

El alumno de la tarde de los lunes se marchó tras dejar el dinero sobre la mesa y Marta se asomó a la ventana que daba al Garona. Los corpulentos plátanos de las orillas, en esa época casi pelados, aún conservaban algunas hojas rabiosamente obstinadas en seguir siendo verdes. Vivían no demasiado lejos del centro, en un piso de tres habitaciones, una de las cuales habían destinado a estudio, donde impartía sus clases particulares. Desde allí, cuando se marchaban sus alumnos y aún no habían regresado sus hijos del colegio ni Émile del trabajo, le gustaba contemplar el río siempre caudaloso, incluso en verano, la corriente que avanzaba impaciente y culpable a pagar su deuda con el mar. El clima y la costumbre prohibían la siesta y a las cinco de la tarde terminaba lo que consideraba su jornada laboral y le quedaba una hora para ella sola. En aquel país todo iba adelantado respecto a España: dos horas en el quehacer cotidiano, dos años en cualquier novedad técnica, dos siglos en el pensamiento ideológico que habían anticipado con la Revolución.

Como a tanta gente con intensas aficiones privadas, a Marta también le parecía un desperdicio ocupar esa hora de soledad con labores domésticas y la dedicaba a oír la radio, con la que perfeccionaba el idioma mejor que hablando con Émile o con otros franceses, a leer o a tocar la viola si sus alumnos no habían sido ese día demasiado torpes y no estaba cansada de música, o simplemente a contemplar la corriente enérgica e incansable del Garona. Pero esa tarde sabía que al final iba a rendirse al reclamo de la carta que esperaba sobre la cómoda y a la que ahora daba la espalda, como si la atemorizara el sobre amarillento con el rostro del dictador en el sello, con la paradoja de un franqueo pagado por quien lo había combatido con tanta entereza y convicción. En el remite figuraba solo una palabra, Tena, sin ningún

otro dato ni dirección. Ese sobre, que aún no había abierto, le había llegado dentro de otro más grande franqueado en Lavelanet, una población fronteriza de los Pirineos franceses.

Después de catorce años, Tena había pensado en ella, la había localizado desde allí abajo, había averiguado su dirección y le había escrito una carta que, por el grosor, debía de contener varias cuartillas. Conmovida por la sorpresa, su primer impulso fue el de abrirla, y una esquina quedó mordida por ese gesto, pero enseguida se detuvo y se negó a continuar, temerosa de la tristeza que pudiera provocarle. Una carta así solo podía traer malas noticias.

Al acallarse el fragor de la guerra mundial, en los primeros años de paz europea, había asistido a algunas reuniones de exiliados españoles, a charlas informativas sobre la resistencia interior de los maquis o sobre los pies de barro de la dictadura, a lecturas de informes y de cartas pensadas como inyecciones de esperanza que, sin embargo, terminaban convertidas en desoladas sesiones de pesimismo. Marta no participaba activamente en la organización y al observarlos desde cierta distancia advertía el creciente cansancio de unos hombres que habían empuñado el fusil en el treinta y seis y no lo habían soltado hasta una década más tarde, cuando ya se les había pasado la juventud y se les había hecho tarde para muchas cosas. A pesar de sus declaraciones en voz alta, de sus desgastadas proclamas y de sus votos, en el fondo ya se daban por vencidos y apenas lograban ocultar la desgana y la derrota. Aunque en un principio se negó a reconocerlo, tuvo que aceptar que era un exilio deprimido que conservaba las ideas, sí, pero ni el entusiasmo ni la esperanza con que unos años antes las habían defendido en España ni el vigor con que habían intentado llevarlas a la práctica. Todo lo más eran capaces de pelear por sus ideas en terreno urbano, en manifestaciones y barricadas, pero desde la frustrada invasión del Valle de Arán estaban definitivamente inhabilitados para lanzarse a luchar como soldados en campo abierto. En las reuniones hablaban siempre en español y eran tremendamente españoles, incapaces de vislumbrar ese internacionalismo del militante revolucionario que predicaban a gritos. El odio a Franco los unía por encima de las diferencias ideológicas entre comunistas y anarquistas que a veces todavía provocaban agrias discusiones y alguna riña. Gentes que habían sido solidarias en el combate descubrían que no resultaba tan fácil ser solidarios en

la derrota. Quienes habían compartido los peligros de la lucha, las carencias en las trincheras o la angustia y el terror en las cárceles, en ocasiones se volvían hostiles entre sí en la decepción, competían con ferocidad por un pequeño privilegio en la asociación o por un trabajo humillante en una fábrica y se acusaban mutuamente de no haber contribuido lo suficiente a la resistencia. Estaba presente, además, la pequeña facción de los arrepentidos, de los que sentían que habían sido engañados por las proclamas y carteles, por la fácil euforia de los mítines, y que, a pesar de su arrepentimiento, tenían en su cargo algún antecedente que les impedía regresar. Aunque a veces Marta se sentía cansada de todos ellos, de sus discusiones interminables, de su estéril nostalgia, siempre le causaban una profunda lástima y terminaba admirando su tenacidad de apátridas y su capacidad para resistir en tierra de nadie. Ellos eran todo lo que sobrevivía de aquella desventurada República con la que habían soñado. ¡Qué atrás quedaba el optimismo de los primeros años de exilio, a pesar de la amenaza alemana, qué atrás la confianza y el brío con que se afiliaron a la Resistencia y la alegría con que celebraban las victorias aliadas cuando comenzó a cambiar el rumbo de la guerra! ¡Qué lejos también los primeros meses de posguerra, cuando creían que, en cuanto se juzgara definitivamente a Alemania en Núremberg, Europa entera volvería los ojos hacia España para ajustar las cuentas pendientes! Hacia España y hacia el olvidado Portugal de Salazar que tanto había contribuido a la victoria de Franco. ¡Qué muerta la esperanza de que la Península Ibérica, ese bolsón de cuero de toro que colgaba en el costado occidental de Europa, fuera vaciada de sus sanguinarios ocupantes en cuanto se apagaran los últimos rescoldos del conflicto mundial!

Para Marta todas aquellas esperanzas habían quedado atrás y veía envejecer a los exiliados entre una excesiva palabrería, poco a poco incapaces de hablar con rigor de la guerra y con objetividad de la posguerra, mientras las fotos que llegaban de los jefes de Franco los mostraban cada vez más jóvenes, más satisfechos, más descansados, más sonrientes. Ella misma no había perdido la fe en las ideas socialistas, pero había deducido que ser revolucionaria ya no consistía en seguir luchando ingenuamente por las utopías, sino en aceptar que las utopías no se realizarían nunca, que el ser humano estaba genéticamente incapacitado para alcanzarlas y que, por tanto, lo

verdaderamente revolucionario era conformarse con establecer la dignidad, el bienestar y la justicia en las pequeñas parcelas de la vida cotidiana y entre las personas que la rodeaban. Así que cuando se quedó embarazada de su primer hijo dejó de acudir a sus reuniones, a pesar de que Émile la animaba a no perder contacto con sus compatriotas, con su idioma, con su pasado.

Se retiró de la ventana con un movimiento brusco, como si algo la hubiera deslumbrado, y en cinco pasos llegó hasta el mueble. A sus dedos de violista les estaban prohibidas las uñas largas, así que introdujo el índice por la esquina mordida y desgarró el sobre. Como había supuesto, contenía varias cuartillas, escritas por las dos caras con una aguada tinta azul muy apropiada al lugar de donde procedía, con esa letra ancha, redonda y laboriosa de quien no tiene demasiada seguridad en su caligrafía. Algunos trazos habían sido marcados con tanta firmeza que habían estado a punto de horadar el papel. Volvió junto a la ventana, se sentó en la silla desde donde escuchaba a sus alumnos y comenzó a leer:

«Querida Marta:

»¿Cómo estás? Soy Tena, tu viejo compañero en las trincheras de Breda. Estoy seguro de que no necesito darte más datos para que me recuerdes. Hace unas semanas, un compañero que vive en tu ciudad te citó casualmente. No puedo decirte su nombre, son las consignas de arriba. Me dio tu dirección, pero creo que no me hubiera atrevido a escribirte si no se hubiera producido unos días más tarde otra extraordinaria casualidad: después de catorce años sin saber nada de él, me encontré en la calle con Mangas. No sé por qué, pero yo había llegado a creer que estaba muerto, porque no podía ser que no hubiera vuelto a oír ninguna referencia de alguien que hablaba tanto y que se hacía notar dondequiera que estuviera. Esas dos novedades han hecho que estos días me acuerde mucho de todo lo que nos ocurrió allí, en Breda, en aquel lugar que ahora, si a mí me parece muy lejano de Madrid, a ti te parecerá que está en otro planeta. Sin embargo, ¿no te gustaría volver algún día? ¿Te acuerdas del teniente Noguerol? ¿Y de Magro? ¿Y de Rubén, del mural en el que nos pintó? ¿Te acuerdas de João, el portugués, y de Gema, de lo bien que se entendían aunque él era mudo? ¿Cómo estarán el herrero y su hija, y aquel barbero cojo que tenía una mujer tan guapa..., si es que todos

ellos siguen viviendo todavía? ¿Te acuerdas de Viriato y de las veces que nos hizo ganar aquella apuesta de que podría levantar por encima de su cabeza a cualquier persona, animal o cosa, viva o muerta, que se estuviera quieta unos segundos y que no pesara más del doble que él? ¿Te acuerdas de cómo nos reíamos algunas veces, a pesar de todo lo que nos rodeaba? Yo nunca he podido olvidar aquellos meses, me acuerdo de todo, de lo grande y de lo pequeño, de lo triste y de lo alegre, del pánico que nos provocaba el cañón de los fascistas y de las frases tontas con que algunos milicianos hablaban con sus fusiles para afinar su puntería. Me acuerdo de Marcelo y de quienes murieron combatiendo. Pero tú, ¿cómo estás? Me han dicho que tienes dos hijos y un marido francés, pero no sé nada más. ¿Sigues siendo tan guapa? ¿Sigues tocando la viola? Tendrás que escribirme para contarme todos esos detalles.

»Mangas también ha preguntado por ti y me pide que te mande un abrazo. Te decía antes que me encontré con él en la calle, por el mercado Maravillas, cuando yo acababa de descargar como un animal un camión de patatas. No nos veíamos desde el treinta y siete, cuando estábamos en Breda. Los dos nos quedamos sorprendidos, parados, dudando si debíamos saludarnos, porque ya tenemos miedo de todo y de todos. Después de unos segundos sin decir una sola palabra dimos un paso y nos fundimos en un abrazo en mitad de la acera, sin hacer caso de la gente que nos miraba, unos con curiosidad, otros con recelo. Había adelgazado mucho, como si pasara hambre o estuviera enfermo. Las ropas anchas y tupidas contra el frío ocultaban sus brazos escuálidos y su pecho hundido. Se había achicado y no tenía demasiadas ganas de hablar. ¡Con lo que hablaba entonces, que no había forma de callarlo! Lo único que no han podido domarle es ese espeso pelo rojo de la cabeza que le hace parecer un gallo. Parecía no catorce, sino veinte años más viejo, y yo pensé que tal vez él también me vería a mí de ese modo, un viejo prematuro por haber pasado el último tercio de su vida en la cárcel, con mala alimentación, sin tomar el sol necesario y debilitado por el insomnio y la desgana.

»Entramos en un bar y pedimos una botella de vino y dos vasos, porque a pesar de todo debíamos celebrar el reencuentro y el hecho de estar vivos. No, no hablamos de anécdotas de cuartel ni recordamos batallitas de trincheras. Yo le hablé de mi condena y de cómo la ayuda del Partido me había sostenido dentro y el buen comportamiento me había facilitado el indulto y la salida dos

años antes. Le conté lo mismo que a ti te estoy contando ahora: las dificultades del día a día y el callejón sin salida a que nos llevó la derrota, somos los vencidos y nada podemos esperar de los vencedores. Incluso tenemos miedo de nosotros mismos, de que al reunirnos atraigamos nuevas represalias para las que no habría indulto posible.

»Para sobrevivir, hago un poco de todo, pequeños trabajos que van saliendo: de albañil, de barrendero, de animal de carga y de descarga. A veces, cuando no encuentro nada, me pongo mi mejor ropa y voy a los Jerónimos o a cualquier iglesia donde se celebre alguna ceremonia especial, una boda, un bautizo, una novena a alguna de sus vírgenes, cualquiera de sus ritos. Vendo claveles en la puerta y luego me los arreglo para volver a cogerlos de las peanas y revenderlos de nuevo. No creas que siento remordimientos. Al contrario, sé que estoy arrancando algo de las manos de quienes se han enriquecido acaparando y traficando con las mercancías que siempre escasean tras las guerras. En fin, Marta, que hago cosas así, a medio camino entre el trabajo y la picaresca, en ese margen que siempre se nos ha dado tan bien a los españoles.

»Y Mangas me contó cómo transcurre la suya, por suerte de un modo más estable que la mía: trabaja como *croupier* en una especie de casino medio ilegal. Cuando los militares entraron en Madrid desmantelaron un local de juego que había en la Gran Vía. Pero uno de sus jefecillos se las arregló para quedarse con las ruletas, las mesas, los tapetes, las cartas y fichas... Y poco después, cuando la situación se fue calmando, montó otro casino clandestino, por la carretera de La Coruña, permitido por sus autoridades, que hacen la vista gorda. Su horario es nocturno y me dijo que eso era lo mejor del trabajo, porque le permite vivir alejado de todo. De noche hay menos ruido, me dijo, no se ve a gente conocida por las calles, no suena la radio en todas partes voceando sus discursos. Aunque es cierto que en el camuflado negocio tiene que soportar con frecuencia la chulería, el alarde, las protestas y el mal perder de una gente acostumbrada a ganar, también lo es que recibe un sueldo aceptable, que luego engordan las propinas.

»No ha olvidado sus ideas anarquistas, si es eso lo que estás pensando. En voz baja susurró que aún sigue creyendo en esa ingenua utopía de la fraternidad universal, pero está convencido de que habrá que esperar todavía

mucho tiempo y de que él no verá su triunfo. Al sacar ese tema volvió a ser durante unos minutos el Mangas de entonces, que no callaba, tan individualista y tan testarudo, tan charlatán, moviendo la lengua a una velocidad que apenas daba tiempo a seguir su discurso. Conserva una memoria excelente y su cabeza es un almacén de recuerdos. Habíamos terminado con la botella de vino y solo entonces nos dimos cuenta de cuánto tiempo habíamos estado hablando. Se nos había hecho tarde y tenía que irse corriendo hacia las obras de los Nuevos Ministerios, donde lo recogería el automóvil que cada tarde lleva a los empleados del casino. Aún tuvimos tiempo para darnos la dirección y para mencionar a otros compañeros de Breda. Hablamos de ti, claro está, y aunque no teníamos ninguna certeza, él temía que estuvieras muerta. Nadie te había visto en los días que pasamos hacinados en los calabozos de Breda y, por otra parte, a una muchacha como tú no le habría resultado fácil sobrevivir a aquella ofensiva final de moros y soldados, me dijo. Así que imagínate la alegría que sintió al saber que habías logrado pasar a Francia.

»Y así vivo, Marta, y así van pasando los días y se amontonan las semanas sin nada especial que hacer sino sobrevivir. Conservar la moral, nos decimos a veces, en nuestros ocasionales encuentros del Partido, es la única venganza que nos queda contra los vencedores, pero es solo una frase bonita, no resulta fácil mantener la esperanza cuando los ves cada día más firmes y asentados en sus poltronas, y a la gente cada día más conforme con algunos progresos materiales. No, no hay antídoto contra la derrota a corto plazo, como afirma Mangas con su hablar de enfermero. De momento, todo sigue en contra nuestra. Perdimos y contra la derrota no hay remedio. Ellos son los que mandan. Los sargentos que nos dispararon son ahora capitanes, y los capitanes de entonces ahora son generales y no van a retroceder ni un milímetro de las posiciones que conquistaron. Así que nos toca aguantar la situación en espera de algo que aún no vemos, al menos no desde aquí abajo, bajo una censura que impide cualquier noticia desfavorable para el régimen. No sé si desde ahí veis la situación de otra manera.

»Mientras tanto, ayudan algunas conversaciones con los viejos camaradas para recordar lo que fuimos, lo que pudimos ser y no hemos sido. Pero hablamos en pocas ocasiones. Los que no participaron en la guerra hablan demasiado de ella, y los que de verdad participamos no queremos hablar.

Hace unos días yo mismo me sorprendí desviando la mirada cuando un compañero se puso a mostrarme las heridas que la metralla le había dejado en un brazo. Nadie quiere seguir viendo cicatrices. Ayudan, también, algunos libros muy baratos que encuentro ratoneando en las bibliotecas o en librerías de viejo, hundidos en cajones hasta donde no han llegado las manos de los censores por miedo al polvo acumulado y a un ataque de tos. Y ayudan mucho, ahora, estas páginas que te escribo con toda mi alegría por saber que estás viva y que estás bien. Estoy seguro de que a ti también te alegra recibir noticias de tus viejos camaradas.

»Si, como espero, te llega esta carta y quieres responderme, sigue el mismo procedimiento por el que la has recibido. Envíala a la dirección de la localidad francesa que figura en el sobre exterior. Ellos se encargarán luego de pasarla por la frontera sin que nadie curioseee lo que va escrito.

»Con un abrazo enorme, se despide de ti

»Tena.

»P.D. ¡A pesar de todas las dificultades, seguimos trabajando por la derrota del fascismo!»

Entre lágrimas, Marta inclinó hacia atrás la cabeza y le pareció que su nuca tardaba mucho tiempo en encontrar apoyo en el respaldo de la silla. La carta de Tena la había conmovido de un modo profundísimo, más de lo que creía que algo de allí abajo todavía pudiera conmoverta. Había ido abandonando el contacto con los exiliados por la gastada rutina de sus quejas, por la poca credibilidad de sus esperanzas, por el aire de derrota que aplastaba sus hombros, incluso los de invitados o compañeros de otros países y ciudades que llegaban para dar una charla sobre lo que sucedía entre los exiliados de otras tierras y exigían unión y un frente común. Pero las palabras de Tena no sonaban en el vacío, evocaban implicaciones personales y la mayor de ellas era la intencionada discreción al mencionar a Rubén. Lo imaginaba con la pluma en la mano preguntándose si al escribir su nombre no estaría renovando un dolor que tal vez ella intentaba eludir.

Porque aún dolía, aunque su intensidad hubiera remitido. Solo se habían amado durante unos meses, desde aquel primer beso en las cuevas con las pinturas del parhelio hasta la víspera de su muerte, pero tenía la sensación de haber pasado en su compañía una buena parte de su vida. En los meses que sucedieron al parto necesitaba tanto su presencia y estaba tan sola que se arriesgó hasta lograr cruzar las líneas y pasar a Madrid. Y allí, la ausencia de Rubén era una herida abierta que la llenaba de una rabia y de un odio que la empujaban hasta las primeras posiciones en las trincheras de Titulcia. Disparaba contra cualquier cosa que se moviera al otro lado hasta agotar sus municiones y se comportaba temerariamente en cualquier escaramuza, porque el dolor la volvía osada e imprudente. Sentía la necesidad de vengarlo y en una ocasión se presentó voluntaria para formar parte de un pelotón de fusilamiento, ante el asombro del oficial que lo dirigía, que no encontró suficientes argumentos para negarse a su solicitud. Tras la ejecución de los tres soldados sorprendidos cuando se disponían a desertar, Marta estuvo dos días llorando, aturdida por el remordimiento, por la conciencia de ser una asesina: aquellos tres soldados, de su misma edad o más jóvenes que ella, no habían matado a nadie, su único delito había sido el de intentar salvar su vida pasándose al bando que resultaría vencedor en pocos meses.

Pero también aquel episodio fue quedando enterrado con el paso del tiempo. Poco a poco el recuerdo de Rubén se había ido haciendo menos lacerante. Ya no se despertaba todas las noches añorando su abrazo ni siempre que miraba sus labios en un espejo pensaba en sus besos. Se fue calmando, pero no desaparecía de su alma. Sentía siempre su memoria gravitando alrededor de ella como un satélite gravita alrededor de su planeta, brillante cuando le daba de lleno la luz de un recuerdo, de una anécdota, de una frase, flotando invisible en la oscuridad en otros momentos, pero sin alejar nunca su órbita, sin hundirse en el fondo oscuro e infinito del tiempo.

Un atardecer del último otoño de la guerra, conmovida bajo un cielo silvestre lleno de nubes con ciclistas y caballos, al contemplar las vegas del Jarama desde las lomas de esparto de Titulcia, se dijo que la tierra era hermosa aunque no estuviera allí al lado Rubén para contemplar tanta belleza. Cuando una hora después regresaba a Madrid en uno de los camiones que trasladaban a los relevos del frente, coincidió con un muchacho holandés que

apenas conocía cuarenta palabras de español, y de ellas, veinte eran vocabulario militar. La dificultad para comunicarse no fue obstáculo, sin embargo, para que se convirtieran en amantes esa misma noche. Durante meses mantuvieron una relación extraña e impúdica, de encuentros improvisados en los que se amaban sin apenas preámbulos ni palabras, sin aplazar nunca una cita porque no fuera adecuado el lugar o el momento, y en la que Marta hallaba una profunda satisfacción que serenaba su espíritu y su carne. Follaban con desesperación, sin apenas cautelas, sin engañarse sobre lo que ambos perseguían. Porque no era amor. El amor era un prodigio regido por leyes incomprensibles y caprichosas, refractario a las leyes y a la lógica, que solo sucedía en contadas ocasiones. Marta lo había sentido por Rubén, pero él ya se había hundido en el vacío y entre ambos soplabla el viento helado de la muerte. Era posible que nunca más gozara ese privilegio.

Y ahora, de pronto, la carta de Tena, a pesar de su recuento de dificultades y miserias, también evocaba lo mejor de los primeros tiempos pasados en Breda, cuando se creían héroes y se alistaron sin preguntarse qué podían ganar alistándose, sino cómo podrían contribuir a la ganancia de todos, cuando tenían de sí mismos la imagen de unos jóvenes que iban con sus mejores galas a una guerra en la que no tendrían que disparar o, si lo hacían, no sería apuntando sobre un semejante atado con las manos a la espalda y con una cinta tapando sus ojos, sino a las nubes o a los árboles para advertir al enemigo que no siguiera avanzando; cuando confiaban en una rápida y limpia victoria, porque era imposible que incluso los militares más cerriles no comprendieran su error al rebelarse; cuando se veían con veinte, veintiuno, veintidós años, todavía sonriendo, antes de ser obligados, unos meses más tarde, tras un doloroso bautizo de sangre, a realizar con sus manos acciones que no toleraba su conciencia. ¡Con qué rapidez había virado todo hacia la tragedia, degenerando en una masacre sucia y cruel que sacaba lo peor que todos ellos llevaban dentro! El conflicto se había convertido enseguida en una lucha fea, en una guerra sin prestigio, como había adivinado Rubén en una de las primeras caminatas de entrenamiento, cuyo pesimismo había enfadado a Marcelo. Ni siquiera fue una guerra con belleza, si es que la belleza cabía en alguna guerra, al menos tal como de pequeños se las habían narrado o habían leído en libros ilustrados: no hubo jinetes galopando en hermosos caballos en

una carga a sable, ni hubo fiel y ordenada infantería avanzando con la cabeza agachada y sin mirar atrás entre los estallidos de los obuses, ni hubo aviadores subiendo hacia las nubes aun sabiendo que uno de cada cuatro no regresaría de su vuelo. Se habían alistado para contribuir a un país más limpio y en cambio el país los había ensuciado con manchas indelebles. Al margen de las primeras semanas en Breda, las imágenes de lucha que Marta conservaba ofrecían siempre algo sórdido y obscuro, un exceso de cadáveres, un sudor campesino y una escasez de ropa raída en las trincheras, una estética dura de milicianos sin afeitar, de manos negras y uñas atizonadas curvadas sobre los gatillos, un malhumor permanente en las noticias de generales malencarados, un tufo rancio de sotanas y de uniformes militares en la clínica donde curaban a los heridos y donde dio a luz. Por eso valoraba tanto la pintura con que Rubén había llenado las paredes del Mausoleo, porque no estaba contaminada de todo lo que vino después. En aquel enorme mural todo era luminoso. Sí, ya aparecía el conflicto y asomaba el terror en algunos detalles, en las bocas abiertas y llenas de dientes de los caballos montados por los militares, en los artilleros que servían el cañón, en la turbia amenaza de los regulares, en el herido que se desangraba en una camilla, transportado por sus compañeros... Pero incluso esas escenas estaban llenas de la briosa luz de los dos soles del parhelio, no se rendían al tenebrismo por el que siempre había sentido querencia una parte sustancial de los mejores pintores españoles.

Sonó el timbre de la puerta y Marta miró el reloj de pared. ¡Qué rápido se le había pasado el tiempo recordando! Antes de abrir ya los oyó hablando en el rellano, las voces infantiles tan francesas, en las que no había rastro de acento español, aunque desde pequeños les había enseñado también su idioma. Jean-Luc, el menor, se precipitó a contarle un conflicto que había tenido en el colegio y que había terminado en pelea, esperando su aprobación. Los dos se parecían mucho a Émile, de quien habían heredado la piel clara y los mansos ojos azules, y Marta solía bromear sobre la escasa fortaleza y contundencia de su herencia genética, invisible en sus hijos al menos en el aspecto físico, aplastada bajo las apariencias paternas. Pero ellos dos justificaban su vida y la sostenían en pie en los momentos difíciles.

—¿Qué vamos a cenar? —preguntó Marc, que, con nueve años, comenzaba a tener un apetito insaciable que le hacía clavar el tenedor con fuerza en la comida cuando estaba hambriento y que luego se transformaba de repente en el centímetro que crecía de la noche a la mañana.

—No lo sé, todavía es temprano. ¿Tenéis deberes?

—Sí.

—Os ponéis a hacerlos y yo preparo algo rico.

Con la carta se le había olvidado todo lo demás. Se dio cuenta de que la había escondido instintivamente al sonar el timbre, para mantenerlos al margen de aquel pasado de guerra y de penuria del que ella había escapado al llegar a Francia y que no sabría cómo explicar sin provocarles inquietud y pesadillas. Por fortuna, sus hijos vivían en el centro de un país que hacía del orden y de la lógica virtudes a las que aspirar, en una amplia vivienda con ventanas a un río que nunca se secaba y con las necesidades básicas cubiertas. No podía introducir en sus vidas los episodios más trágicos de la biografía de su madre.

Se sentó con ellos a la mesa, revisó sus tareas escolares y le pidió a Marc que ayudara a su hermano si le surgían dudas. En la cocina guardó la carta entre las páginas de un libro de recetas y comenzó a limpiar los champiñones.

En eso estaba cuando oyó que Émile abría la puerta y la encajaba con su habitual delicadeza. Siempre había un intervalo de silencio entre una y otra acción suya, siempre se tomaba un segundo antes de responder a una pregunta o de replicar a un argumento con el que no estaba de acuerdo. Todo en él era apacible, y si en ocasiones podía encresparla su lentitud, su costumbre de mirar varias veces las cosas antes de decidirse por una u otra, a cambio le aportaba serenidad al afrontar cualquier contratiempo y sus comentarios tendían a reducir la gravedad de cualquier percance. Era un buen hombre, en el que había encontrado un remanso de paz donde sosegar las turbulencias de sus últimos años en España.

—¡Qué bien huele! —dijo besándola, acercándole aquel peculiar olor a trenes que tanto le recordaba el oficio de su padre.

Fue a lavarse y al volver abrió una botella de vino y sirvió dos copas. Alzó una de ellas, observó su color y se la pasó a Marta mientras la sustituía junto al fogón.

—Ya sigo yo.

Siempre agradecía aquellos detalles suyos, su laboriosidad tranquila y eficiente, la diligencia con que se lavaba las manos y se ponía a preparar una ensalada, aunque acabara de llegar de un viaje en tren desde Marsella, el cuidado con que los fines de semana arreglaba el trozo de jardín que les correspondía en el patio interior del edificio, la puntualidad con que cambiaba una bombilla fundida, porque sabía que ella no soportaba la escasez de luz. Con su generosidad, Émile le estaba diciendo que se consideraba afortunado por estar con ella y que nunca le exigiría ninguna deuda por ser él el anfitrión y ella una exiliada, como había ocurrido con algunas parejas formadas por nativos y españoles. En una ocasión había asistido abochornada a una de esas escenas, a una discusión que había estallado en una fiesta al aire libre a la que habían sido invitados. La mujer, francesa, que había bebido en exceso, se encrepó con su marido español por alguna razón. Su furia y su rencor chisporroteaban con el mismo ardor con que en la barbacoa se quemaban las costillas y las salchichas que la mujer atendía y a quien, mientras gritaba, nadie se atrevía a pedirle las pinzas. «¿Dónde estarías tú ahora si no me hubieras encontrado? Te abro mi casa, te entrego mi vida, ¿y así es como me lo pagas? Nunca pensé que pudiera existir alguien tan desagradecido. ¡Vuélvete a tu país de mierda y olvídame!», vociferó antes de alejarse hacia la casa, entre la incomodidad y el bochorno de los invitados. Nadie se atrevió a romper el silencio hasta que Émile, que nunca era el primero ni el último en hablar, por una vez tomó la iniciativa, no para eludir el desagradable episodio, sino para pedir perdón a todos los que hubieran podido sentirse ofendidos.

No era un hombre personalmente brillante ni atractivo —uno de esos franceses larguiruchos sin ser altos, de pelo escaso sin ser calvos, con el maxilar inferior un poco más corto y la nariz un poco más larga de lo habitual — ni tampoco tenía ninguna relevancia intelectual o social: le importaba más el bienestar hogareño de los suyos que el bienestar colectivo de su comunidad. A pesar de haber coincidido muchas tardes en el tren, posiblemente nunca se habría fijado en él si no hubiera ocurrido el robo.

Sentada ante la mesa de la cocina, bebiendo la copa de vino que Émile le había servido, mientras veía su espalda al remover los champiñones y aspiraba el aroma de la salsa volcánica del tomate que empezaba a burbujear

en una cazuela, recordó las circunstancias en que se habían conocido.

Al poco tiempo de llegar a Toulouse, a Marta le habían ofrecido impartir unas clases de viola y de solfeo a dos hermanos que vivían en un pueblo cercano. Todos los sábados, al mediodía, al salir del trabajo en la fábrica textil, subía al tren y recorría los diez kilómetros hasta Labège. Allí estaba tres horas, una para la clase individual de cada hermano y la tercera para la clase común de solfeo. Al terminar, volvía a subir al tren y regresaba a Toulouse, satisfecha porque después de tanto tiempo alguien le hubiera vuelto a pedir que tocara la viola. Aunque las clases suponían un esfuerzo extra, resultaban una tarea mucho más gratificante que estar sentada ante la máquina de coser. Además, le pagaban muy bien.

Ya llevaba algunos meses yendo y viniendo los sábados y, aunque en ocasiones le había entregado el ticket para su control, aún no había reparado en aquel revisor educado y de aspecto anodino, a quien no habría reconocido luego en la calle, vestido de civil. Y tampoco aquella tarde lo habría mirado a los ojos, y solo habría atendido a su figura avanzando por el pasillo, para olvidarla inmediatamente, si no fuera porque al hundir la mano en el bolsillo del abrigo no encontró el monedero donde guardaba el ticket y el dinero de las clases. Asustada, buscó por toda la ropa y en la funda de la viola hasta comprobar que no lo tenía. Con la esperanza de que se le hubiera caído, se inclinó a mirar bajo el asiento, pero tampoco estaba allí debajo. El revisor terminó con otro viajero y se acercó a ella mientras la angustia le lanzaba al rostro una oleada de sangre. La sensación de ruborizarse la aturdió aún más y comprendió que le resultaría muy difícil encontrar las palabras adecuadas para explicar que había comprado su billete de ida y vuelta, como todos los sábados, pero que había perdido el billete y el monedero, de modo que ni siquiera podría pagarlo de nuevo, con el recargo correspondiente, para que no la bajaran del tren en la próxima estación: una extranjera tramposa que se colaba sin pagar en los trenes franceses. El temor al bochorno ante el revisor y los demás pasajeros agudizaría sus dificultades con el idioma en aquellos primeros meses en los que hablar francés le resultaba agotador. Aunque tenía oído para discriminar sonidos que no existían en castellano, las peculiaridades de la sintaxis, el orden de las palabras y las concordancias no le eran fáciles.

—*Votre billet, s'il vous plaît, mademoiselle.*

—*Je ne le trouve pas* —murmuró, consciente de que el nerviosismo endurecía su acento y lo volvía incomprensible.

Y como para apoyar su afirmación, se puso en pie y repitió la búsqueda hundiendo las manos en los bolsillos del abrigo y en el compartimento lateral de la funda de la viola, cerrado con cremallera, donde guardaba las partituras y en algunas ocasiones también el dinero.

—*J'ai perdu le... le...* —balbuceó sin encontrar la palabra francesa—. *J'ai perdu l'argent, les billets* —añadió cada vez más turbada, incapaz de sospechar un robo, consciente de las miradas de recelo de los pasajeros más cercanos a ella, alguno de los cuales ya farfullaba algo mientras removía la cabeza con desaprobación hacia una excusa que tenía apariencia de mentira: los profundos bolsillos del abrigo, de los que era difícil que algo se saliera, sus espasmódicos movimientos de búsqueda, la casualidad de perder al mismo tiempo el billete y el dinero, la justificación demasiado manida. Y entonces, al mirar a los limpios ojos azules del revisor, se dio cuenta de que la estaba creyendo. Su impresión se vio ratificada cuando le preguntó en español, hablando muy despacio y separando exageradamente los labios, como si se dirigiera a un sordomudo:

—¿Usted es española?

—Sí —respondió aliviada porque al menos no tenía el obstáculo del idioma para explicar lo ocurrido.

—¿Usted ha perdido su billete?

—Sí. Este mediodía compré uno de ida y vuelta hasta Labège. Lo guardé bien y lo tenía al llegar a la estación, en el monedero, junto al dinero del trabajo. No sé si usted estaba hoy en el tren —añadió esperanzada, porque su rostro le resultaba vagamente familiar.

—No, trabajaba otro compañero. En cambio... —dudó.

Marta esperó su decisión, creyendo que su silencio se debía a que él no encontraba las palabras españolas para explicarse. Hasta unas semanas más tarde no descubrió que en realidad se debía a su pudor, a su timidez para contar delante de los demás pasajeros que la recordaba de otras tardes de sábado como aquella, de regreso a Toulouse: una mujer joven que le entregaba el ticket sin hablar para no revelar que era extranjera, con los ojos bajos como si también en ellos pudiera leerse su condición, y que siempre buscaba dos

asientos vacíos para colocar en uno de ellos el violín, sobre cuya funda apoyaba protectoramente una mano. A pesar de sus prevenciones, había descubierto que era española por el acento con que respondió en alguna ocasión a un saludo de otro viajero o a una disculpa al sentarse. Pero en ese momento, ante su silencio, Marta solo acertó a ofrecer:

—Puedo pagar el billete en Toulouse. Puedo ir corriendo a casa y volver antes de que...

—No, no se preocupe. Usted lo paga el próximo día. Por esta vez no será necesario —respondió continuando con su trabajo para no obligarla a insistir en el agradecimiento.

Así había sido su primer encuentro con Émile, que se había alejado por el pasillo dándole la espalda como se la daba ahora mientras preparaba la cena, siempre confiado. Esperó impaciente durante toda la semana y al subir al tren el sábado siguiente llevaba en las manos el billete de ida y vuelta y el dinero del viaje de la semana anterior. Sin embargo, el revisor no era el mismo que le había perdonado la multa. Impartió en Labège las clases y al regreso lo vio entrar en el vagón. Advirtió cómo también él la descubría al fondo, ocupando dos asientos, uno para ella y otro para la viola. Comprobó los billetes de los demás pasajeros y al llegar junto a ella, Marta le entregó su ticket y el dinero correspondiente a la semana anterior.

—No, por favor, usted no puede pagar dos veces —se negó a aceptarlo, hablando muy despacio, como si contara la sílabas—. Sé que era cierto todo lo que dijo.

A partir de entonces sí se fijó en él, en el modo meticuloso con que taladraba los billetes y controlaba en la planilla la ocupación de los asientos según el trayecto, en su amabilidad cuando alguien le pedía cambiar de sitio para ir junto a un familiar o por simple comodidad cuando los huecos lo permitían, en su forma de caminar sin chocar contra los respaldos, en su habilidad para mantener el equilibrio en las curvas o en los frenazos, abriendo las piernas, de modo que no necesitaba sujetarse a nada. Comenzó a esperar su aparición en los viajes de regreso. Al entrar en el vagón, Émile la localizaba enseguida con una mirada fugaz y sus pequeños gestos —las cejas que se alzaban, el atisbo de sonrisa— servían al mismo tiempo para saludarla y para

revelar su satisfacción al verla. Era un hombre tímido, discreto, puntual, ordenado y con un rudimentario sentido del humor: en otra ocasión en que ella no encontraba su billete, le preguntó sonriendo:

—¿No habrá perdido otra vez su monedero?

Sábado a sábado Marta se fue acostumbrando a esa aptitud suya para el sosiego y el orden—incluso en un lugar tan proclive a la agitación y a las incidencias como un tren— que en otras circunstancias no la habría atraído. Sus últimos cinco años habían sido una intensísima aventura de la que se sentía, al mismo tiempo, satisfecha, fatigada y arrepentida cuando pensaba en su primer hijo, al que nunca vio el rostro. Había luchado en una guerra y la había perdido, había escapado al terror escondida tras las tablas de un gallinero, se había quedado embarazada y había entregado a su hijo, había salido de su país y vivía en un país extranjero donde debía trabajar duro y aprender un nuevo idioma. El revisor, Émile, de algún modo le ofrecía una posibilidad de descanso. Su trayecto de los sábados también terminaba en Toulouse y una tarde aceptó esperarlo cinco minutos para entregar los partes y volver juntos caminando desde la estación. Émile la invitó a un café y ella le dio su dirección. Acordaron verse al día siguiente por la mañana, domingo.

Émile era todo lo contrario a Rubén, y también era muy distinto a Marcelo, quien ya le parecía a Marta doblemente lejano en su vida. Sentía mucha afición por el deporte y aunque recorría largos trayectos en bicicleta y ocasionalmente formaba parte del equipo de fútbol de su barrio, su verdadera pasión era el remo. Salir a palear en piragua o en canoa por los remansos del Garona y dejarse mecer con suavidad y en silencio por la corriente siempre fresca y renovada le transmitían una paz inefable frente a las prisas, la agitación, la dureza y el ruido de los trenes, frente a la sequedad del hierro y del balasto, frente a la rancia tapicería de los asientos. Incluso remar a contracorriente, con movimientos firmes, sudando, le producía un agradable desahogo de la fuerza física que no podía canalizar en el ir y venir entre vagones.

Se besaron por primera vez en una orilla del Garona, después de un paseo fluvial y una merienda muy francesa bajo los anchos árboles de la orilla. Sentados en la hierba, escuchó sus comentarios sobre los tipos de canoas, sobre el adecuado manejo de los remos, que obligaba a coordinar

movimientos diferentes en una especie de baile, sobre cómo medir con la propia pala la profundidad de las aguas y la fuerza de las corrientes. Una hora antes, haciendo caso omiso de sus protestas, le había entregado un remo al subir a la estrecha canoa. Émile se había colocado detrás y le fue corrigiendo algunos detalles mientras se acompañaba a su ritmo. Y luego se habían sentado a merendar mientras él le hablaba de los ríos en Francia y de que cualquiera, con un pequeño bote, podría salir de Toulouse y recorrer todo el país a través de la tupida red francesa de ríos y canales hasta aparecer a los pies de los Alpes, o bajo un puente del Sena, o en una lejana ciudad de Normandía.

—Francia es un país de ríos caudalosos y de arroyos que atraviesan las ciudades y los pueblos y que, por fortuna, nunca se secan —le dijo—. Y yo creo que esa riqueza, el disponer siempre en abundancia de algo tan imprescindible como el agua, al alcance de la mano, sin necesidad de ir a buscarla cada día a sitios alejados, temiendo que se acabe, ha influido en nuestro carácter y en ese chauvinismo que nos reprochan.

—¿Y no es cierto?

—Bueno, no tenemos la culpa de estar en el centro de Europa —respondió con su peculiar sentido del humor.

—¿Y cuando hay inundaciones?

—Casi siempre es menos dañina una inundación que una sequía —replicó sonriendo después de pensar unos segundos.

Émile no tenía secretos y, por lo mismo, no ofrecía sorpresas. Era un hombre sencillo, transparente, sin demasiada imaginación y con una manifiesta incapacidad para cualquier tarea creativa que superara las destrezas del bricolaje. No mostraba un interés especial por las actividades artísticas, cuyas manifestaciones más audaces contemplaba con cierta desconfianza. No tenía pudor en admitir su dificultad para conmoverse ante un cuadro abstracto o ante un poema sin claridad expositiva y sin la regularidad del verso alejandrino que había aprendido en el instituto. Pero le ofrecía a Marta todo aquello de lo que disponía, sin guardarse nada en exclusiva. Marta sabía que no podía esperar de él en cada conversación un comentario chispeante o ingenioso que le hiciera reír, ni una iniciativa sorprendente cada día, pero al menos organizaba con precisión todos los detalles y procuraba todos los recursos necesarios para llevar a buen puerto los proyectos ajenos. Además, había algo

fresco y encantador en su sencillez: hacía mucho tiempo que no había encontrado a alguien que no le hablara, con o sin excusa, de Hitler y de Stalin, del fascismo y del marxismo, de Pétain y de Franco, de la Resistencia y de la Guerra Civil. Émile, en cambio, le hablaba de las ciudades que conocía por su trabajo en el ferrocarril, de los vinos o de lo pesada que se hacía la digestión del *cassoulet*, de los ciclistas que corrían el Tour y de los puertos que ascendían, de la habilidad y fortaleza de los remeros del Garona, de alguna película que habían visto, de las diferencias entre el sonido de la guitarra española y el del acordeón a cuyos sonos la había invitado a bailar en las verbenas del 14 de julio. Sus amistades —compañeros de trabajo en el ferrocarril o de los equipos deportivos— tampoco eran excesivamente brillantes ni originales, pero esa normalidad ahuyentaba las tensiones, rivalidades y discusiones interminables en las que nadie daba su brazo a torcer de los ambientes que ella había frecuentado en sus años de Madrid.

Sí, era cartesiano y profundamente francés, y tal vez por eso también compartía la tendencia nacional a acoger a huidos de otros países por razones políticas o humanitarias. Su primer impulso de protección hacia Marta se convirtió en un amor incondicional desde que comenzó a hablar con ella. Su horario de trabajo variaba según los turnos y el trayecto, pero generalmente recorría la línea Burdeos-Marsella, lo que a veces lo obligaba a pernoctar fuera. En esas ocasiones solía regresar con alguna menudencia para ella: unos dulces autóctonos, o una botella de Saint Emilion que bebían juntos, o uno de los innumerables quesos del país, o un bibelot ingenuo y no siempre artístico, o un complemento para la ropa, como la boina que le regaló por su cumpleaños, porque, según fotos que había visto en revistas, dedujo que una muchacha artista no estaba completa sin ese toque bohemio.

Una tarde, y a pesar de sus protestas, Émile la eximió de pagar el ticket.

—No, no voy a pedirte el ticket si yo estoy de turno. Tú necesitas el dinero para cosas más urgentes. Francia no se va a arruinar porque tu viajes en un trayecto tan breve sin pagar.

—No quiero que te metas en un lío por mí —insistió.

—Si tú no se lo dices a nadie, nadie tiene por qué enterarse.

Disimulaba cuando lo veía llegar por el pasillo revisando la planilla, guardando sin aparente dificultad el equilibrio a pesar de los vaivenes y pasando por delante de ella sin pedirle el billete, como si fuera un viajero que venía de más lejos, de Marsella o de Nîmes o de Carcasona. En la media hora que duraba el trayecto encontraban algunos minutos para charlar en un pasillo, o entre dos vagones, o, si estaba solo, la invitaba a entrar en el pequeño habitáculo de los revisores, donde hablaban de cualquier cosa, saltando de uno a otro idioma, cada vez más relajados y ágiles en su comunicación. Al terminar el viaje, a veces la acompañaba hasta su casa, o tomaban un café en un bar. Marta comentaba alguna anécdota que le hubiera llamado la atención, o le preguntaba por alguna costumbre francesa que la sorprendía o por la identidad de un personaje que había oído mencionar en la radio. También se interesaba por la evolución de la guerra con Alemania, aunque no afectaba mucho a la vida en Toulouse, pues hasta allí apenas llegaban los tentáculos nazis ni las acciones de la Resistencia, los sabotajes ni las represalias. Como ferroviario, Émile estaba exento de ser llamado a la primera fila de combate, pero temía que un agravamiento de la situación cambiara aquella tensa tregua. En cambio, no le gustaba hablar de sí misma, de su pasado en España, que poco a poco iba quedando atrás. Al transcurrir del tiempo se añadía la carencia de noticias.

Una de las tardes en que el tren venía inusualmente vacío, Marta le preguntó:

—¿También lleváis el correo en este tren?

—Sí.

—¿Dónde?

—Ahí atrás. ¿Por qué te interesa?

—Cuando era niña viajaba a veces en ese vagón.

Aunque ya siempre conversaba con él en francés, necesitó volver a su idioma para contarle aquellos recuerdos. Habló tanto para Émile como para sí misma al evocar el trabajo de su padre en los trenes y su casa en la estación de Alcalá de Henares donde vivían y desde donde se desplazaba dos veces por semana para estudiar en el Conservatorio de Madrid.

—Mi padre me subía en el vagón correo, con la complicidad de sus compañeros, entre cientos de sacas ásperas y verdosas, de lona encerada, que tenían un olor peculiar a sudor y a papel viejo. El tren las había ido recogiendo en todo el trayecto desde Barcelona. Algunas mañanas yo me moría de sueño y a veces me recostaba en ellas y me quedaba dormida a pesar de la aspereza de la lona, pero, eso sí, siempre abrazada a la funda de la viola que no soltaba ni en sueños, tan concienciada estaba de su valor. En algunas ocasiones, cuando no había podido ensayar todo lo necesario, sacaba la viola y estudiaba adaptando el ritmo de la pieza al ritmo de las ruedas del tren sobre las vías, que me servían como una especie de metrónomo. Otras veces miraba las sacas llenas de cartas y siempre me extrañaba que hubiera tanta gente separada de los suyos y que tuvieran tantas cosas que contarse como para llenar cada día un vagón entero con noticias de muertes o de nacimientos, de promesas o de rechazos, de deudores que solicitaban una prórroga en sus pagos o de acreedores que amenazaban con un desahucio. Si curioseaba en alguna saca abierta, veía sobres dirigidos a personas a quienes yo nunca conocería, miles y miles de personas desconocidas que esperaban o temían una carta como la que en ese momento yo tenía en las manos, leyendo la dirección bajo el sello con el rostro del rey español Alfonso XIII, o con el dibujo del Palacio de Comunicaciones, o con el símbolo de la Cruz Roja. Todavía recuerdo aquellos sobres, la mayoría de tamaño corriente, unos blancos y otros de color marfil, cada uno de ellos con una caligrafía diferente, tantas como rostros, me parecía increíble que, siendo tan pocas las letras y obligatoriamente tan similares, pudieran existir tantas formas diferentes de escritura.

—¿Tú echas mucho de menos esos años? —le preguntó en voz baja, iniciando la frase con el pronombre que nunca elidía.

—Sí, mucho —dijo, y añadió—: En la infancia siempre hay alguien que te quiere incondicionalmente.

—Bueno, también hay terrores infantiles —discrepó Émile.

—Aunque haya terrores infantiles.

Émile se quedó callado unos segundos antes de ofrecerle:

—¿Tú quieres verlo ahora?

—¿El vagón correo?

—Sí.

—Me gustaría mucho.

—Ven.

Cogió la viola y lo siguió hasta el último vagón. Era muy parecido al que recordaba de su infancia: los mismos montones de sacas en el suelo y en las anchas estanterías fijas, si bien estas eran de color azulado. Y el franqueo de las cartas llevaba, en lugar del rostro de Alfonso XIII, escenas deportivas, o un gallo, o la mujer tocada con el gorro frigio a quien llamaban Marianne.

Pero el olor era el mismo, un intenso olor a papel y a lona encerada. Solo habían pasado doce años, pero le pareció que habían pasado siglos desde que era una niña encaramada sobre las sacas que arrancaba de la viola las melodías que consideraba apropiadas para los diferentes destinatarios. El tiempo no había logrado borrar aquellos recuerdos, que volvían puros, convocados por un escenario similar, sin que las tragedias ocurridas desde entonces los hubieran desfigurado. Se volvió hacia Émile para agradecerle aquel nuevo gesto de generosidad con que se hacía cómplice de su nostalgia, pero él se había ido hacia la puerta entreabierta para ver si venía alguien. Marta comprendió su impaciencia y se precipitó a salir de aquel espacio prohibido a los pasajeros. Sin embargo, aquella tarde, al regresar caminando desde la estación, terminaron en su habitación hablando de su vida en España, sobre la que siempre había sido tan hermética.

Desde su salida de España Marta había vivido en un estado de letargo sentimental. No salía con ningún hombre, pero tampoco lo echaba especialmente de menos. Había cortado de raíz los acercamientos de algunos compatriotas y, por lo demás, los hombres no detectaban en ella ninguna predisposición al idilio. Algunos fines de semana, harta de estar encerrada, salía a pasear sola por Toulouse y se daba cuenta de que, de pronto, todas las chicas eran más jóvenes que ella. Solo tenía veinticinco años, pero sentía su juventud enterrada en España.

Sus relaciones con Émile comenzaron de un modo natural, sin resistencia, pero sin ninguna precipitación. Desde sus primeros encuentros Émile se comportaba de un modo delicado y lento, sin excesivos ardores ni efusiones, como si el amor fuera uno más de los placeres de la vida, como una comida o un vino exquisitos o un paseo en canoa *quand la Garonne était douce*. A

Marta, acostumbrada a un sexo más intenso y apasionado, en ocasiones espasmódico, la sorprendía y le resultaba agradable su serena templanza. Al terminar, Émile ni se levantaba precipitadamente a limpiarse ni saltaba a trabajar en el mural, como solía hacer Rubén, siempre excitado por el acelerado discurrir del presente, temeroso de que se le acabara el tiempo. Al contrario, le gustaba quedarse en la cama y hablar. Le preguntaba por sus recuerdos de infancia, que escuchaba con interés y asombro. Sentía por su cuerpo una curiosidad inagotable, antes y después de hacer el amor. Observaba con lentitud y complacencia sus axilas depiladas, acariciaba las pequeñas estrías de su vientre sin sospechar la dilatación que las había causado, admiraba el fuste de sus muslos cuando en la cama sus rodillas se elevaban más que sus caderas. Si Marta se tumbaba de bruces, se sentaba a horcajadas sobre sus muslos para masajear sus hombros, tensos de tantas horas manejando en la fábrica textil la máquina de coser, o estudiaba su espalda o sus nalgas, acariciándolas sin decir nada, del mismo modo que un viajero al caminar a solas por una ciudad adquiere un conocimiento más íntimo y personal del espacio que cuando un guía lo dirige y señala monumentos consabidos y rutas repetidas. Y todo le parecía bien, y la amaba. Émile era cinco años mayor que ella, y ella cuatro años mayor que cuando estaba en Breda, y por primera vez Marta se preguntaba si, a la larga, tomar decisiones teniendo en cuenta el mundo exterior en lugar de los propios sentimientos no sería un buen modo de afrontar la madurez. En contra de todo lo que se afirmaba sobre ese tema, de toda la literatura leída y todas las óperas que había escuchado, comenzaba a sospechar que la pasión no es un ingrediente indispensable para la felicidad. A fin de cuentas, la pasión propia y la de quienes la habían rodeado le habían procurado más momentos de dolor que de dicha. La pasión había matado a Marcelo, la pasión la había dejado embarazada, los frutos de la pasión de Rubén habían acarreado su propia destrucción.

Émile la escuchaba hablar, esperaba sin prisas y sin interrumpirla a que encontrara la palabra francesa que se le resistía cuando le contaba una anécdota de sus padres o un recuerdo de la guerra, compartía su angustia cuando evocaba sus días en Breda oculta en el gallinero y admiraba su valor para emprender la huida con la identidad de Luz, la hija del mecánico. Se

interesaba por los pormenores de sus clases de música. Y con la misma serenidad con que la escuchaba resolvía asuntos administrativos o domésticos que la afectaban y contribuía a que Marta se fuera asentando en la ciudad extranjera de un modo estable. ¿Cómo, pues, no iba a estarle agradecida y a aceptar sus invitaciones al cine o a un paseo por los alrededores de Toulouse donde todo era verde? ¿Cómo no iba a aceptar su propuesta de matrimonio, seis meses después de estar saliendo juntos? Estaba segura de que sería un marido mejor de lo que lo hubiera sido Rubén, aunque no lo amara del mismo modo. Por eso aún demoró su respuesta durante una semana, por eso y porque, aunque habían pasado cuatro años desde su muerte, temía ser una de esas mujeres casadas en segundas nupcias que, sin embargo, no logran olvidar a su primer marido. Pero más tarde, tomada la decisión, ¿cómo iba a negarse a tener con él un hijo, a pesar de haber jurado que nunca más volvería a concebir?

Cada cierto tiempo Marta volvía a sufrir la misma pesadilla, aunque a veces se actualizaba en sus sueños con los ingredientes de sus últimas preocupaciones. Heredada de un juego infantil, sin embargo le provocaba una intensa angustia. Siempre se soñaba formando parte de un corro de niñas que giraban alrededor de sillas colocadas en círculo. A una señal —una palmada, un silbido, pero a veces un disparo—, cada una corría a sentarse y, como siempre había una niña más que sillas, la última en hacerlo quedaba eliminada. En la crueldad de la pesadilla, Marta siempre perdía. Siempre se quedaba de pie, desconcertada y girando alrededor del círculo, sin hallar un asiento mientras todas sus compañeras o todos los adultos que la rodeaban encontraban un lugar seguro y confortable donde instalarse.

En las variaciones más terroríficas del sueño Marta llevaba en brazos un bebé de pocas horas. Por una parte, el bebé entorpecía sus movimientos y le restaba libertad, pero, por otra, la obligaba a conseguir un asiento para que no se lo arrebataran, pues por alguna regla de juego que ella misma aceptaba no podría amamantarlo hasta haber encontrado un refugio.

Cuando, al huir de Breda, llegó a la casa de su tío en Ciempozuelos, estaba embarazada de Rubén, pero aún no lo sabía. La tensión de las semanas previas a la derrota y los angustiosos días aclocada en el escondite del gallinero, sucia, asustada como un conejo que oye los disparos de los cazadores y los ladridos de los perros en la puerta de su madriguera, habían mantenido alejada de su cabeza cualquier idea ajena a la guerra o a su supervivencia. Enseguida su tío y sus primos la trataron con delicadeza y montaron coartadas verosímiles para justificar su estancia entre ellos ante cualquiera que preguntara, puesto que no podía estar siempre encerrada.

A los pocos días de llegar se despertaba una mañana en la cama cuando la despertó el estruendo de una bomba que un avión republicano había arrojado sobre el pueblo. Había caído tan cerca que notó cómo la casa entera se tambaleaba. Saltó de la cama y otra explosión, aún más cercana, rompió los cristales y le hizo acurrucarse en un rincón con los brazos protegiéndose el vientre. Así esperó unos minutos, y cuando volvió el silencio ella siguió en la misma posición, con la repentina certeza de estar embarazada. Se protegía el vientre con los brazos y se palpaba como un ciego que intentara reconocer un rostro, más aterrorizada por el miedo al embarazo que por el miedo a las bombas. Así la encontró su tío, que entró para ver cómo estaba y comprobar si había daños.

De nuevo sola en su habitación buscó un calendario y comenzó a recordar fechas, a hacer recuento de momentos de placer y de dolor que le parecían enormemente lejanos, mientras en la calle el silencio que había seguido a las bombas era poco a poco sustituido por los ladridos de los perros, que tardaban en reaccionar ante un peligro que llegaba desde el cielo, por voces excitadas y gritos de dolor, por el motor de un coche que aceleraba. No pudo determinar un cálculo exacto, pero llegó a la conclusión de que llevaba un mes de retraso con la regla, demasiado tiempo para tratarse de una alteración provocada por la tensión y el miedo.

Volvió a tocarse el vientre con un renovado sentimiento de pánico. Recordó las últimas veces que había hecho el amor con Rubén, intentando descubrir qué error habían cometido, en qué precaución se habían relajado para que ahora, en el peor momento, pudiera ocurrir aquello, pero los recuerdos se le escurrían entre los dedos y huían antes de concretarse.

Camuflada en la zona tomada por los militares, sin sus padres, muertos en el bombardeo de la estación de Alcalá de Henares, sin Rubén a su lado, sin una mujer a quien consultar sus temores y sus dudas, ¿cómo iba a tener un hijo?

—Marta, ¿estás bien?

Su tío llamó de nuevo a la puerta, todavía preocupado por lo cerca que habían caído las bombas, confirmando la peligrosa situación de la casa en la parte alta del pueblo, cerca del ayuntamiento.

—Sí, sí —ocultó el calendario bajo las sábanas de la cama aún deshecha, porque le parecía que con cualquier indicio todos se darían cuenta de lo que ella había tardado tanto tiempo en advertir.

No pudo comer nada ese día y su tío lo achacó al miedo provocado por las explosiones, al desconcierto de sentirse atacados indiscriminadamente por los suyos, al asombro de comprobar hasta qué punto la violencia y la crueldad son eficaces en la guerra.

Preocupados por su tristeza, sus primos comenzaron a salir a la calle con ella, a pasear hasta las orillas del Jarama para quemar energías, siempre dirigiéndose hacia el sur del pueblo, alejados de las líneas del frente. Pero nada la animaba ni calmaba sus insomnios ni su ansiedad. Un peso enorme, situado en la base del esternón, no por invisible menos opresivo, le impedía respirar a fondo. Algunas noches la oían caminar encerrada en la habitación y distinguían palabras sueltas e incomprensibles, la veían salir a la oscuridad lechosa del jardín y pasear de muro a muro hasta el amanecer. O la descubrían al alba en la pequeña terraza de la casa, con la mirada puesta en las colinas de Titulcia, por encima de los farallones del río, en las lomas secas y ásperas donde solo crecía el esparto, en la tierra caliza donde los republicanos habían cavado las trincheras desde las que soportaban con tenacidad las embestidas de los militares rebeldes, quienes, tras su paseo triunfal por Extremadura, habían sido parados en seco en aquellos cerros cercanos a Madrid.

En otros momentos, en cambio, Marta apelaba a la esperanza y quería creer que solo se trataba de un desarreglo pasajero, fruto de tanto miedo y tanta angustia, y que cualquier día, al despertarse, vería manchadas sus bragas y todo volvería a la normalidad. Repasaba lo poco que sabía del embarazo buscando detalles que justificaran su optimismo.

—No tengo náuseas por las mañanas —se decía—. Al contrario, me despierto siempre con hambre, con el estómago vacío.

Pero los días transcurrían sin novedades y entonces pensaba que su apetito era provocado por el futuro bebé, que consumía en su crecimiento las siempre escasas raciones de la cena. Su vientre no se movía, paralizado como las cercanas líneas de combate, que parecían haber entrado en una tregua tácita, con ausencia de sangre, solo de vez en cuando estremecidas por amagos de ataque. Habría dado cualquier cosa por consultar a un médico cómplice, y se acordaba del médico de Breda que le curó la mastoiditis, pero en Ciempozuelos no tenía a nadie de confianza a quien acudir. Si un doctor local confirmaba el embarazo y se hacía público, todo sería ya definitivo, irreversible.

Para no hablar con nadie, en los atardeceres, la peor hora, cuando la añoranza de Rubén y de sus padres se le hacía insoportable, subía a la terraza y miraba a lo lejos, hacia el norte, desde donde llegaban a veces los ecos de los cañonazos. Si estuviera al otro lado no sería difícil encontrar el modo de abortar, pero no veía el modo de atravesar unas líneas tan vigiladas.

Una mañana en que la radio anunció que varios soldados republicanos se habían pasado a las filas de los militares, le preguntó a su tío:

—¿Habría algún modo de cruzar el frente?

—Ninguno. Es imposible.

—Pero ellos sí se han pasado —insistió, convencida de que los nativos siempre terminan por encontrar vías para burlar la vigilancia de los ocupantes.

Su tío la miró con alarma. Sabía cuánto le costaba permanecer allí con ellos después de haber combatido en las filas republicanas, limitada en sus movimientos y obligada a disimular cuando salía a la calle y se cruzaba con militares o con falangistas, sin nada que hacer, sin ni siquiera la viola para ocupar su tiempo o buscar en la música una pizca de consuelo. La veía deprimida, inquieta y desconcertada, pero no imaginaba la verdadera causa.

—Es imposible, Marta —susurró, como si también dentro de la casa corrieran peligro—. Ahora mismo es imposible moverse, aunque tal vez la situación cambie pronto. En la radio del Gobierno dicen que están llegando a Albacete miles de voluntarios que acuden de todo el mundo para defender la República. Y que Stalin los está equipando con armamento moderno.

—Eso mismo ya lo han repetido muchas veces antes.

—¡Pero ahora es cierto! Mira cómo han parado a los rebeldes ahí mismo, cuando creían que iban a entrar en Madrid al día siguiente, como si fuera un paseo. En cuanto se organicen mejor podrán desplegar una contraofensiva y entonces sí, entonces Ciempozuelos será uno de los primeros pueblos liberados. Pero todavía hay que tener paciencia. No nos queda otro remedio que tomarnos todo esto como unas largas vacaciones.

—Más bien como una larga prisión —replicó, aunque enseguida se arrepintió de haberlo dicho y de parecer desagradecida.

Las semanas siguientes terminaron por certificar su embarazo. Algunas mañanas ya le costaba desayunar. El estómago le ondulaba y aunque se frotaba los dientes con furia no lograba borrar el mal sabor de boca. El vientre comenzó a crecerle, al principio imperceptiblemente, de forma ostensible con el paso de los días, mientras un cosquilleo le hormigueaba en los pezones. Se vestía con ropas amplias, de colores viejos y humildes, confiada en que la ausencia de una mujer en la casa demorara el descubrimiento, en que los ojos masculinos no advirtieran el resplandor de sus pómulos, su creciente dificultad para agacharse, su facilidad para las lágrimas, la forma en que desviaba la mirada cuando se hacía alguna referencia al futuro. A solas, observaba desnuda en el espejo la creciente redondez de su vientre, los pechos que se ensanchaban preparándose para la maternidad, la leve aspereza de los pezones, la suave línea de sombra que bajaba desde el ombligo al pubis.

A veces barajaba la posibilidad de terminar con todo y recordaba los métodos brutales que en una ocasión había oído contar a Gema, concedora de aquellas supersticiones y costumbres rurales. Con un sentimiento de pavor y compasión se ponía en lugar de otras mujeres que utilizaron emplastos de perejil y canela, que se aplicaron cambios bruscos de temperatura, que forzaron movimientos y posturas que ella no se atrevía a repetir. Su vientre y ella no tenían nada en común y soñaba con un desenlace producido de forma natural que la despertara una mañana ensangrentada y vacía, aunque tuviera que cargar con el remordimiento, porque no sentía ningún deseo de ser madre. El instinto materno que había oído mencionar a tantas mujeres, el indomable impulso hacia la procreación sin cuyo cumplimiento ninguna mujer podía

considerarse realizada, o no existía en ella o ella era aún demasiado joven para albergarlo. Si ahora tenía un hijo, sin padre reconocido ni ceremonia oficial, madre soltera en un régimen que trataba con mayor desprecio y repugnancia a las mujeres libres sin la bendición matrimonial de la Iglesia que a los propios comunistas, todo habría terminado para ella: un futuro digno, la música, el ir y venir con gente de su edad, los estudios y los viajes, los últimos restos de su inocencia. Tarde o temprano tendría que buscar trabajo en un ambiente de rechazo donde solo se le ofrecería lo peor, sin nadie que la apoyara. Y luego la lactancia entre tantas carencias, las noches sin dormir, el lavar pañales, los llantos inconsolables de los bebés, tan difíciles de calmar, la penuria sin la ayuda de un padre, porque no podía exigirle más sacrificios a la familia de su tío, bastantes dificultades sufrían ya ellos para sobrevivir en medio de las sospechas y los racionamientos, y la más absoluta soledad para afrontar tantos problemas. Veía el embarazo como una carga superior a sus fuerzas, como una tragedia que reducía a escombros sus sueños, por mucho que el embrión llevara viva la sangre derramada de Rubén.

Una mañana, mientras tendía la colada en la terraza, sintió la primera patada, un saludo cariñoso y brutote que demostraba que ya no había marcha atrás. El embrión, que hasta entonces imaginaba como un botón informe y vegetal, se había convertido en un feto con vida y movimientos propios. Apoyó la mano en su tripa, donde había notado el golpe, y de nuevo, como si le respondiera, notó el saludo del pequeño ser que aleteaba dentro. Oyó ruido a sus espaldas y vio cómo la observaba su tío.

—¿Estás embarazada, verdad? —le preguntó, pero no le miraba el vientre, sino a los ojos.

—Sí —respondió sin retirar la mano.

Su tío sonrió.

—Nada me hubiera alegrado más que oír esa noticia en otras circunstancias.

—Lo sé.

Marta avanzó unos pasos y se refugió entre sus brazos. Eran los mismos que los de su padre, duros y cohibidos, con la misma torpeza ante los misterios femeninos, con la misma bondad de los hombres.

—Estoy muy asustada.

—No te preocupes —solo acertó a responder.

Marta advirtió de pronto una diferencia con los brazos de su padre: ahora en ellos había también miedo, el mismo que ella sentía y que los contagiaba a todos y los volvía prudentes y asustados, el miedo de no poder predecir quién sería la siguiente persona que llamaría a la puerta. Todo el que tenía algo que ocultar intentaba pasar desapercibido, no atraer la atención, permanecer inmóvil y en silencio para no despertar a las fieras. Y pocas cosas resultaban más escandalosas que una muchacha soltera embarazada, pocas más difíciles de encubrir que el llanto de un bebé en el silencio militar de la noche. Su tío había recibido algunas visitas de los falangistas y en una ocasión lo habían convocado a su sede para informar sobre empleados sospechosos de otras ciudades y estaciones. Y aunque aquella hostilidad había quedado en nada, permanecía un poso de amenaza que revivía ante el nuevo problema: quién era el padre, de dónde había venido ella, dónde había estado antes para quedarse embarazada, porque en la zona liberada no ocurrían esos libertinajes. El miedo de su tío desprendía un olor que solo se apreciaba en su cercanía, en el temblor de sus manos en la espalda, en las dudas al elegir palabras que no resultaran ofensivas:

—¿De cuánto tiempo estás?

—De cinco meses.

—¿Y el padre? —preguntó tras unos segundos de cálculo, porque había ocurrido al otro lado de las líneas—. ¿Lo sabe?

—Murió.

—¿Era un soldado?

—No, no era un soldado. Pero se alistó como miliciano y lo mataron.

—A tu padre le habría gustado mucho ver que lo convertías en abuelo.

—Sí.

—¿Y tú cómo te encuentras?

—Tengo algunas molestias, pero son soportables.

—No te preocupes más, ya veremos cómo lo solucionamos —concluyó, pero en su voz había un poso de queja por haber sido tan imprudente, por haber jugado a personas adultas sin las prevenciones necesarias, por haberse dejado llevar por un impulso que ahora los comprometía a todos ellos—. De momento, lo primero es que te vea un médico.

Salió y una hora después estaba de vuelta, acompañado por un anciano doctor que la auscultó y, al conocer su situación, la remitió al sanatorio militar, el único que tenía potestad y medios para aquellos casos. Marta rechazó la sugerencia, confiada en la desaparición de las náuseas, en el repetido saludo del bebé cuando pasaba su mano sobre él, en el afilado crecimiento de la tripa, en la rutina con que comenzaban y se apagaban los días, siempre pautados por las esporádicas explosiones al otro lado del Jarama, en un frente que apenas variaba sus perfiles. Pero el seco tictac del reloj de su habitación le recordaba que transcurría el tiempo sin encontrar una solución, sin haber decidido nada.

Y una tarde, sin que nada lo hubiera anunciado, sintió un dolor agudísimo en el vientre. Aún no había cumplido siete meses y no podía ser el anuncio del parto. El dolor no se atenuaba pero, bajo el miedo a que algo estuviera mal dentro de ella, se colaba la esperanza de llegar por fin a un desenlace. Los pinchazos se agudizaron y, al notar humedad, descubrió una pequeña mancha rojiza. Aturdida por el dolor y los torpes tartamudeos de sus primos, no esperó más y decidió acudir al sanatorio. Su tío acababa de llegar y fueron caminando despacio, apoyada en su brazo. Temía que de un momento a otro se le desgarrara el vientre y el feto cayera en mitad de la acera, pero al mismo tiempo deseaba que ocurriera cualquier cosa que le impidiera llegar a la clínica.

En la puerta montaban guardia dos soldados, que charlaban con un enfermero vestido con una bata blanca. Antes de llegar hasta ellos oyeron el ulular de la sirena de una ambulancia. El enfermero gritó algo hacia el interior y enseguida aparecieron varios camilleros para trasladar a los heridos que llegaban. Eran dos soldados muy jóvenes y uno de ellos se quejaba con una voz aguda y lastimera. De su pierna escurría un hilo de sangre que fue dejando un rastro rojo en el pasillo.

El enfermero volvió con un cigarrillo apagado en una esquina de la boca y los descubrió esperando en la puerta. Miró el vientre hinchado, el gesto de dolor.

—Un momento, llamo a la encargada.

Regresó un minuto después siguiendo a una enfermera tocada con la boina falangista. Mientras se acercaba hacia ellos por el pasillo tuvo tiempo de observar a Marta y a su tío, de adivinar su parentesco y de ordenar a uno de los soldados de la puerta:

—Que limpien esa sangre.

Y enseguida, sin comprobar que la obedecían, se acercó hasta ellos. De cerca era más joven de lo que indicaban la bata abotonada sin encajes ni adornos, los zapatos demasiados brillantes para aquel escenario, el pelo rubio estrangulado bajo la mancha roja de la boina, el perfume severo, los ojos eficaces que miraban de frente.

—¿Qué ocurre?

—Me duele. Y estoy manchando.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace una hora.

—Sígueme.

La condujo hasta una habitación donde esperaba un médico que lucía en la bata los galones de capitán y que le ordenó:

—Quítese la ropa y tiéndase en la camilla.

Era la primera vez que se desnudaba así, ante un desconocido, y apartando el pudor se colocó de espaldas mientras respondía a las preguntas del médico, que anotaba los datos en una cartulina: nombre, edad, domicilio, fecha de la última regla, enfermedades. Cuando dijo que no estaba casada, el médico arrugó la frente y miró la tripa como si viera en ella un agravio personal.

—¿Nombre del padre?

—Está muerto —susurró.

Su desnudez, tumbada en la camilla, los galones militares del médico, la mirada inquisitiva de la enfermera le hacían arrepentirse de haber ido allí, a pesar del dolor que no se atenuaba.

—¿Nombre del padre? —repitió.

Desvió la mirada, de pronto consciente de que no debía revelar ningún dato sobre Rubén, porque a partir de él terminaría hablando de Breda y de su alistamiento como milicianos. Con su silencio se protegía ella y protegía su memoria y la pureza del amor que entre ambos habían levantado. No tenía

nada que hacerse perdonar ante ellos y si desvelaba su historia permitiría que la mancharan. En la espera resonó el impaciente chasquido de la lengua de la enfermera, que parecía interpretar mal su silencio, como si ni siquiera Marta supiera quién era el padre.

—¿Un soldado? —insistió el médico con gesto de resignación ante lo inevitable, mirándola como si fuera un enfermo desahuciado a quien no podía ayudar.

Marta buscó una respuesta que no la comprometiera. ¿Por qué todos creían, como lo había hecho su tío, que cuando una muchacha se quedaba embarazada y no aparecía el padre, siempre se trataba de un soldado? ¿Para obligarlo a asumir su papel, si era uno de los suyos, o para acumular cargos en su contra, si se trataba de un enemigo?

—¿No sabes quién es? —el médico cambió al tuteo.

Negó con la cabeza mientras la enfermera prolongaba un suspiro de reproche, de incuestionable superioridad moral.

—Vamos a verlo.

El médico se levantó con esfuerzo, se lavó las manos y se acercó a la camilla. Levantó sus piernas, tocó su vientre y la auscultó con un fonendoscopio. Luego manchó un algodón en la humedad de la vagina y lo observó en el microscopio.

—No es nada grave, todo está bien —diagnosticó al fin—. Solo necesitas reposo. No debes hacer esfuerzos ni movimientos bruscos. Tampoco cargar pesos. Quédate una semana en la cama, hasta que desaparezcan las molestias. Cualquier accidente a estas alturas del embarazo puede resultar peligroso para la madre y para el futuro bebé. Tómate esto ahora, es para el dolor —le dio una cucharada de jarabe mientras repetía—: No es nada grave. Sospecho que tu problema no es tanto el embarazo sino lo que vendrá después. ¿Vives con tus padres?

—No.

—¿Dónde están ellos?

—Murieron. Vivo con mi tío y mis primos.

—¿Alguna mujer cerca?

—No.

—Si sientes que rompes aguas, debes buscar enseguida a una comadrona.

—O venir directamente aquí, al sanatorio —intervino la enfermera, que, después de conocer sus circunstancias, mostraba hacia ella un atisbo de piedad.

El médico la miró sin decir nada y volvió a lavarse las manos, hizo resbalar la pluma por la ficha con las últimas anotaciones y salió de la habitación.

—¿Tu tío es quien te acompañaba? —preguntó la enfermera cuando se quedaron solas.

—Sí —respondió mientras se vestía la ropa que en aquellos minutos se había impregnado de un aroma tristón a sangre y a antisépticos.

—¿Es que no tienes otra familia directa?

—No. Mis padres murieron —repitió— y no tengo hermanos.

—Entonces, cuando nazca el niño, ¿quién te ayudará?

—No sé... Mi tío y mis primos.

—¿No conoces a alguna mujer de confianza?

—No —respondió con desaliento, cansada de sus preguntas.

—Recuerda lo que te ha dicho el doctor. Necesitarás ayuda de una comadrona para que todo salga bien..., o para evitar complicaciones —explicó, protectora y poniéndole una mano en el hombro que expandió de nuevo el aroma de su severo perfume, la mezcla de caridad y flores.

—No me importa que ocurra una desgracia —susurró sin fuerzas.

—¿Cómo que no te importa? —reaccionó enfadada—. Ahora eres responsable de tu futuro hijo. ¿Sabes lo que eso significa?

Marta agachó la cabeza para calzarse y para no enfrentar la mirada de la enfermera bajo la boina roja, la piel limpia de maquillaje que hacía más enérgico su reproche.

—¿Sabes cuántas mujeres desearían estar en tu misma situación? Ahí afuera hay muchas que te envidian y que darían todo lo que poseen por quedarse embarazadas. Tu hijo es un ser débil que necesita toda tu protección...

Oía la voz cayendo sobre su nuca mientras se decía «No, por favor, que no siga hablando. Que no me pida que lo proteja cuando yo misma siento tanta necesidad de protección. Que no repita que es débil cuando mi debilidad me

impide levantarme por las mañanas. Nadie puede exigirme que sea fuerte cuando ya he gastado todas mis fuerzas».

—¿Has preparado las cosas que necesitarás?

—¿Qué cosas?

—La canastilla. La cuna, los pañales, los biberones, algo de ropa.

—No, todavía no —respondió desconcertada, temiendo que la enfermera adivinara lo que escondía su falta de previsión: que no había preparado nada porque aún seguía confiando en que algo impidiera el nacimiento.

—Nosotras —ofreció remarcando el femenino, apartado definitivamente el médico, e introduciendo un acento de lástima y de complicidad, también una dosis de cálculo— podemos ayudarte. Pero es importante que te cuides y que todo salga bien. Si quieres, podríamos hacernos cargo de ti y, posteriormente, del niño.

El grito lejano de un enfermo o herido entró en la habitación y mantuvo el dolor durante unos segundos. Por el pasillo se oía un torpe tactac de madera contra el suelo, como si alguien estuviera aprendiendo a caminar con muletas.

—No sé, no lo he pensado. Ya veré —respondió, impaciente por salir de allí y tumbarse en la oscuridad de su habitación sin pensar en nada hasta que pasara el parto y aquella contradictoria sensación de tener el estómago vacío y el vientre lleno.

—Vuelve por aquí si continúan las molestias. O si no tienes a nadie cuando sientas que se acerca el parto. Aquí podemos ayudarte —repitió—. A ti y al niño. Nosotras podemos encargarnos de él.

—Gracias —dijo caminando hacia la puerta mientras el dolor comenzaba a remitir.

—Aún eres muy joven... y una muchacha muy bella. Aún tendrás muchas oportunidades, y en mejores condiciones, en cuanto la guerra haya terminado. Ya no tardará mucho.

No siguió escuchando todo lo que sugerían sus palabras y salió al pasillo, donde la esperaba su tío, tan desconcertado y temeroso como ella, sin duda echando de menos a su mujer muerta para orientarlo en aquel asunto de mujeres.

—¿Qué te han dicho?

—Que no es nada grave, que solo necesito reposo. Unas molestias pasajeras.

—¿Y el dolor?

—Me han dado un jarabe y se me está pasando.

—Vamos a casa.

Durante unos días su tío y sus primos no la dejaron moverse de la cama. Le traían la comida en una bandeja, algún libro y, en ocasiones, periódicos que informaban de las victorias de los rebeldes y anunciaban la inminente caída de Madrid. Marta leía las noticias y escuchaba la radio de ambos lados sin saber qué creer.

Los aviones republicanos continuaban con ocasionales incursiones sobre los acuartelamientos de Ciempozuelos, donde de nuevo se reagrupaban fuerzas para otra ofensiva. Al terminar los bombardeos, su tío y sus primos venían junto a ella, torpes y balbuceantes, mirando la tripa que había crecido con el reposo, inexpertos ante aquel misterio femenino que se veían obligados a cuidar sin apenas conocimientos y cuyo desenlace les parecía imprevisible.

En los peores momentos Marta se ponía las manos sobre el vientre, y como si el feto notara su calor, daba enseguida una patada de saludo y reconocimiento que la reconfortaba de un modo extraño. Lo notaba moverse, crecer dentro de ella con esa minúscula pero indomable fuerza con que los pollos salen del cascarón. Entre el deseo de acabar con todo y el remordimiento por haberlo deseado, racimos de lágrimas escapaban por los costados de sus ojos, mojaban sus abatidos pómulos y llenaban de mercurio sus oídos, y con el paso de los días iban generando un vino agrio que la mantenía hundida en una resaca de contradicciones. El embarazo le traía el recuerdo de Rubén y una nostalgia insoportable cerraba sus ojos caldeados por las lágrimas y proyectaba su rostro dentro de sus párpados, a veces con nitidez, pero a veces difuminado, desplazado por tantas imágenes intensas como había contemplado desde entonces. Evocaba frases suyas, gestos, detalles. Se veía a sí misma apartándole de la frente el pelo endurecido por alguna mancha de pintura y por las carencias de jabón, una tarde en que se había quedado dormido sobre una de las lonas que protegían el suelo del Mausoleo, en medio de aquel desorden propio de los estudios de los pintores. O lo veía en lo alto, encaramado en los andamios, en una postura forzada por

la curvatura de la pared, aislado de todo, también de ella, sin mirar atrás durante horas, como si el muro a medio metro de su rostro ofreciera un paisaje más apasionante que todo el espacio abierto a sus espaldas donde se desarrollaban la vida y la guerra, el amor y la muerte. Absorto en el mural, trazaba con decisión el gesto huidizo de un ciervo en El Paternóster, o esparcía en un recodo del Lebrón un polen de colores con el revoloteo de sus pinceles, o, menos inspirado, borraba e insistía hasta precisar la rugosa corteza del tronco de las encinas, su textura de patas de elefantes negros, y al conseguirlo por fin sonreía y miraba hacia atrás, hacia ella, que asentía consciente de que en aquellos momentos estaba saboreando la felicidad. Entonces Rubén bajaba del andamio y, sin tocarla con las manos manchadas de pintura, la besaba en silencio: era otra forma de decirle «Te quiero». Añoraba el sabor de sus besos, las huellas de sus dientes en su hombro y cómo, cuando estaban desnudos, el amor impedía que fueran soeces las palabras del placer, las limpiaba de toda la suciedad... Así lo recordaba y así le gustaba recordarlo, sucio de pintura, con el blusón que usaba manchado de un confeti de rayas y puntos de todos los colores.

—No me arrepiento de lo que ellos dirán que debería arrepentirme. ¡No, no me arrepiento! —se decía hablando sola, en voz alta.

Su futuro hijo era todo lo que le quedaba de él, porque habían estado tan absortos en su amor, su amor ocupaba tanto que apenas habían tenido tiempo de ocuparse de otros aspectos de su vida privada. No, sin el hijo que llevaba en el vientre nada le quedaría de Rubén... Pero una hora después se apagaba aquel murmullo de su corazón y volvía a lamentar su embarazo y a angustiarse ante un futuro que no ofrecía ninguna luz. Contra la opinión de su tío, estaba convencida de que sola y libre terminaría encontrando un modo de cruzar las líneas hasta el lado republicano y llenar sus pulmones con el aire nutricio de la libertad, lejos de aquel opresivo ambiente. Pero con un bebé sería imposible. Y entonces se acordaba de la enfermera falangista, de su boina roja incrustada en el pelo, de su poder y sus recursos, de su oferta para hacerse cargo de todo, de ella y del niño. Si se ponía en sus manos, todo resultaría fácil y cómodo, ni siquiera le impondrían la humillación de pedir perdón. Bastaría con fingir arrepentimiento y convencerlas de que no era ni tan inteligente ni tan virtuosa como ellas y por eso se había quedado embarazada

de no sabía quién: una chica guapa y sin recursos, alejada de su familia, ingenua y de moral atolondrada a la que estarían encantadas de perdonar y ayudar. Se ocuparían sobre todo del bebé, como si ya supieran a quién iban a destinarlo, y no indagarían más sobre su pasado, nadie le preguntaría si el padre era republicano ni ejercerían represalias.

Marta no habría aceptado su propuesta si no hubiera estallado en la plaza la bomba que mató a su tío. Tres aviones del Gobierno llegaron de repente desde las colinas de Titulcia, se abrieron en abanico antes de sobrevolar el pueblo y vaciaron sus bodegas llenas de bombas buscando sin demasiada puntería las concentraciones de vehículos y soldados que de nuevo reunía Franco para un asalto desde el sur, puesto que la cerrada defensa republicana impedía cualquier avance en la ciudad universitaria. El avión del carril central buscó la iglesia y una de las bombas cayó en la plaza. En ese momento no pasaba mucha gente, pero pasaba su tío, que había salido de casa unos minutos antes para intentar comprarle unas naranjas de Aranjuez, que tanto le gustaban desde pequeña, porque no quería que el bebé naciera, le había dicho, con un antojo de naranjas en la mejilla y se lo estuviera siempre reprochando.

Marta no tuvo naranjas y una hora más tarde sus primos apenas encontraron palabras para comunicárselo. Y aunque ninguno hizo la mínima alusión al motivo por el que su padre estaba en ese momento en la calle, ella no dejó de pensarlo.

Un dolor pasivo la paralizó a partir de entonces, ante la evidencia de que a su alrededor estaba muriendo demasiada gente: Marcelo, Rubén, sus padres y ahora su tío, para quien la muerte también había venido desde el cielo, igualando en su final a los dos hermanos gemelos. Dejó de salir de casa y, a fuerza de inmovilidad, comenzaron a hincharse las piernas. Para evitarlo, subía a menudo a la terraza, donde caminaba de un lado a otro contemplando las colinas que volvían a hervir con la nueva ofensiva de los sublevados y desde donde llegaba un retumbo sordo y sostenido que le hacía evocar los estampidos del cañón en las trincheras del Montón de Trigo.

—Ahora ya no hay nadie que sepa hacerme llorar —se dijo un día, asombrada de la esterilidad de sus ojos, de la dureza con que iba aprendiendo a soportar la pena.

Se acercaba el fin del año treinta y siete y el otoño dejaba llenos sus osarios, sus semilleros de huevos en letargo y daba el relevo a un invierno helador, que llegaba montado en un viento constante y lastimero que parecía quejarse de la vejez que arrastraba. El cielo era una plancha de plomo abollada a martillazos de la que se desprendían las punzantes limaduras de la lluvia. Pero en días más despejados se abrigaba bien y, en la terraza, paradójicamente convertida en su refugio, bajo restos de nubes que estriaban el cielo cobrizo, color bellota, hallaba algún sosiego contemplando el espectáculo de los atardeceres de Madrid, del sol final que volvía amarillo el verde del esparto de las colinas de Titulcia. A esa última hora todo quedaba envuelto en silencio, excepto la guerra, que se manifestaba en el lejano tronar de la artillería, en el vibrante sonido de alguna trompeta que pautaba el horario de los cuarteles, en el murmullo de algún coche y en los pasos de grupos de combatientes que regresaban o se incorporaban al frente ocupando las aceras y dejando vacía la calzada.

Claudicó una de aquellas tardes invernales. Una poderosa puesta de sol arrastró sus ojos hacia el oeste, hacia Breda, donde habían quedado Luz y Camilo el herrero, que arriesgó su vida por traerla a Madrid, y Mangas, y Tena, y Gema y João, y Viriato, y el comandante Guedea, y los cadáveres de Marcelo y de Rubén. Detrás de aquellos cielos del color de los calderos de cobre habían desaparecido aquellos en quienes creyó, con quienes compartió el pan y el agua y a quienes amó como nunca volvería a amar. Y ahora estaban todos vencidos. Todos vencidos. Su deuda era con ellos, con el pasado, no con el futuro que representaba el niño que pronto nacería y que sin duda se convertiría en la exigencia central de su nueva vida. Abandonarlos en el olvido sería la peor traición. Entregaría al niño, y aunque pagara la entrega con dolor, estaba segura de que sería bien cuidado, querido y más deseado por su nueva familia que por ella misma.

Encontró enseguida a la enfermera cuando al día siguiente acudió a la clínica.

—¡Marta! —la saludó amable, para hacerse perdonar la hostilidad de la primera consulta. Enseguida le hizo pasar a una habitación—. ¿Te encuentras bien?

—Sí.

—Me alegro mucho.

—He pensado en lo que me dijo el otro día.

—¿Y qué has decidido?

—Si entregara al bebé, ¿quién se haría cargo de él? ¿Lo cuidarían bien?

—¿Estás segura de esa decisión? ¿Lo has pensado con calma?

La sorprendió que la enfermera respondiera con otras preguntas, porque esperaba una rápida aceptación de su propuesta, un trámite corto y clandestino ante un médico y, todo lo más, una firma en un papel sin nombres.

—Sí.

—Porque luego no puede haber marcha atrás. No podemos hacer una promesa y luego no cumplirla. No podemos crear una ilusión en una familia y defraudarla luego.

—Estoy segura, siempre que el bebé esté bien cuidado.

—Lo estará, no te preocupes por eso, no le faltará nada. Estará más que cuidado: será un niño muy querido, hace tiempo que lo esperan en esa familia sin hijos. Son mayores que tú y lo han intentado con todas sus fuerzas, pero Dios no ha querido darles descendencia. ¡Lástima que no puedas conocerlos! Porque yo no puedo decirte más. Ni tú sabrás sus nombres ni ellos sabrán el tuyo. Nadie conocerá nunca nada de lo que ahora decidamos. Tampoco volverás a verlo: es gente de otra ciudad.

«Tendrás un hijo y será como si nunca lo hubieras tenido», iba diciéndose de regreso a casa de sus primos, convenciéndose de que había tomado la decisión acertada. Nadie era culpable de la desgracia y por tanto nadie debía ser castigado.

Al día siguiente recibió una grata sorpresa cuando un soldado llamó a la puerta de la casa para entregarle un gran ramo de flores y una cesta que contenía provisiones que a ella y a sus primos le costaba semanas conseguir: pan blanco, embutidos, una botella de aceite, unos saquitos de legumbres, latas de conserva y una botella de leche fresca, la misma que seguiría recibiendo cada mañana hasta que se produjera el parto.

El dolor la sorprendió un mediodía, a una hora que no imaginaba, porque siempre había asociado a los partos, como al amor, una cualidad nocturna. Preparaba la comida para sus primos —el mayor había entrado a trabajar como peón en un taller mecánico— cuando notó un pequeño latigazo en el vientre, de un calibre distinto a los que había sufrido anteriormente. Enseguida supo que había llegado el momento. Sin embargo, no se precipitó y cuando se repitió unos minutos después, contuvo el aliento y siguió rehogando las acelgas. Solo al terminar de cocinar fue a su habitación a cambiarse, pensando que al final todo se cumplía de un modo irremediable.

Una nueva contracción, más profunda, la obligó a sentarse en la cama y, aunque media hora antes su decisión era firme, volvió a dudar sobre sus siguientes pasos. Todavía podía quedarse allí, tumbarse sobre las sábanas y pedir a su primo que corriera a buscar a la comadrona, y así no entregar al bebé, que volvía a empujar con una determinación inquebrantable. Todavía podía parir en casa y luego dejar que el futuro la embistiera con todas sus amenazas, ya sacaría ella de algún lado las fuerzas y los recursos necesarios para enfrentarlas.

Se levantó con esfuerzo al notar humedad en los muslos, con miedo a manchar la cama. Estaba mojada, como si con la última contracción hubiera roto aguas. Se secó como pudo con una toalla mientras una nueva contracción la paralizaba y le hacía temer que el bebé naciera de golpe allí mismo, sin nadie para ayudarla. Llamó a su primo y le pidió que cogiera el bolso, donde había introducido un pijama, ropa interior, un peine y el cepillo de dientes. Apoyada en el brazo del adolescente, más asustado que ella misma, caminó hasta el sanatorio. A lo lejos seguían sonando los cañonazos. Para cruzar una calle tuvieron que esperar un minuto hasta que pasó una compañía de combatientes que avanzaban en dos filas, entre los que se veían diferentes uniformes: soldados, moros y, detrás, una escuadra de falangistas con boina roja y el detente bordado en las camisas azules. Todos la miraron con curiosidad, pero nadie detuvo la marcha para permitirles el paso, porque los negocios de la guerra eran más urgentes que una simple embarazada a punto de parir.

Los soldados que guardaban la puerta sí los dejaron entrar sin preguntarles nada. En el banco del pasillo no esperaba nadie y llamó con los nudillos a la puerta de la consulta. Al entreabrirse y reconocerla, el rostro de la enfermera cambió el reproche que llevaba en los labios por un amistoso gesto de acogida.

—¡Marta! ¿Ya?

—Creo que sí.

—¡Pasa, pasa! ¡Doctor!

Sentado tras la mesa, el médico anotaba algún dato de la mujer a la que atendía, pero se levantó ante el requerimiento de la enfermera, fue hacia Marta y palpó su vientre.

—Llévala a la sala y avisa a la comadrona. Voy ahora mismo.

En el paritorio, de paredes alicatadas con azulejos blancos, una ayudante ya estaba colocando dos almohadas sobre la cama. En la cómoda brillaban las toallas y los paños blanquísimos, que contrastaban con la penuria de medios en casa de su tío. Una segunda auxiliar entró con una jofaina de agua muy caliente, que arrojó en el aguamanil.

—No te preocupes, que todo saldrá bien. ¿Te duele mucho? —le preguntó al ver cómo Marta se contraía por un dolor más fuerte.

Pero ya estaba allí el médico calzándose unos guantes, disponiendo sus utensilios y midiendo el tiempo entre contracción y contracción. Llegó la comadrona y comenzó a hacerse cargo de todo con una desenvoltura que a Marta la llenaba de seguridad. Observó la tripa, calculó y midió la dilatación antes de levantar la cabeza hacia nadie para decir:

—Esto va a ir muy rápido. Si viene bien colocado, no tardará mucho.

Un nuevo zarpazo en las entrañas, dado de dentro afuera, como una descarga eléctrica que aumentara poco a poco la intensidad de la corriente, le arqueó la espalda. No quería gritar, pero no pudo evitarlo cuando sintió que se le abría el vientre, mientras la enfermera le enjugaba el sudor de la frente y del cuello.

—¡Empuja ahora! ¡Empuja fuerte ahora!

Las manos de la comadrona apretaron con firmeza en lo alto de la tripa y le provocaron nuevas contracciones, ya muy seguidas, sin apenas tiempo para recuperarse entre una y otra. Con la respiración agitada y las manos aferradas

a los barrotes laterales, en una pequeña tregua pensó que, puesto que el dolor no podía ser evitado, había que dejarse arrastrar por sus ráfagas y pasar por él lo antes posible. Cerró los ojos y empujó con fe y determinación, como le pedía la comadrona, hasta que de repente una contracción más profunda desencadenó una sensación de desgarró y liberación física que tardó unos instantes en ser asumida por su consciencia. El dolor y el agotamiento le adormecían la vagina, pero aun así un nuevo empujón la vació de todo lo que aún conservaba en su vientre.

Cuando creyó que todo había terminado, el tierno y furioso vagido le recordó que ahora comenzaba lo peor. Intentó levantar la cabeza, pero se lo impidió la mano de la enfermera en su frente y solo entrevió a la comadrona que salía de prisa de la habitación llevando entre los brazos un bulto envuelto en un lienzo blanco.

—¡Dejadme verlo! ¡No os lo llevéis todavía! —gimió intentando levantarse—. ¡Dejadme verlo, por favor! ¡Por favor! ¡Por favor, solo un segundo, por favor!

Trató de levantarse de nuevo, pero los brazos de la enfermera se lo impidieron apoyándose en sus hombros.

—Es mejor así, Marta. No debes verlo. Es mejor así.

Oyó que se abría la puerta y creyó que se apiadaban de ella y cedían a su ruego, pero solo era el médico, que regresaba seguido de una ayudante que traía una nueva jofaina de agua caliente.

—¡Quiero verlo, por favor! ¡Solo un segundo! —le rogó.

—Es mejor que no lo vea, créame. Ahora solo debe pensar en su recuperación.

El médico se acercó a la cama, se agachó ante sus piernas y algodoneó sus heridas con un desinfectante que le produjo un vivo escozor que luego calmaba con un trapo húmedo, atento solo a su labor, sin atender a sus ruegos. Ante su indiferencia, Marta intentó de nuevo incorporarse y de nuevo fue sujeta de un modo suave y firme por la enfermera. Al mirarla, vio que también ella estaba llorando.

La ayudante que había traído el agua le limpiaba ya los muslos y el vientre. Con pericia, cambió las sábanas y protectores, recogió la ropa manchada y salió. El médico y la enfermera no tardaron en seguirla. En pocos

minutos habían desaparecido las huellas del parto: no se oía el llanto del bebé y todo en la habitación alicatada con azulejos blancos volvía a estar limpio y ordenado. Marta, vacía, hueca, exhausta y sola, volvió la cabeza hacia la pared más cercana y se quedó inmóvil, susurrando:

—¡Perdóname, perdóname, perdóname, perdóname, perdóname!

¡Qué tortuosos eran, en efecto, los caminos de la memoria, capaces de conservar infinitas imágenes de un pequeño tramo de tiempo, lleno de paradas en las cunetas hasta conseguir que pareciera larguísimo, y en cambio, otras veces, atrochar a través de semanas, meses, años sin apenas recordar nada, como si todo se hubiera ido rompiendo a su paso, como si transitara con los ojos vendados por un desierto sin hitos ni referencias! ¡Qué caprichosos sus fermentos, que no obedecían a las leyes de la proporción ni del tiempo, de modo que unas veces producían luminosas explosiones y otras, vapores de niebla y humo que todo lo embadurnaban de olvido! Al margen de los episodios de la guerra, Marta recordaba muy poco de los años que siguieron al parto. Sí permanecían algunas fechas, algunas sensaciones: los largos meses de aquel invierno en casa de sus primos, hundida en el remordimiento por no haber querido a su hijo lo suficiente, tumbada en la cama en postura fetal, con las rodillas tan cerca de la boca que apoyaba en ellas los labios y se mordía hasta hacerse daño, con los pechos llenos deshinchándose poco a poco y las heridas cicatrizando, sin otra diversión que subir a la terraza a contemplar el espectáculo de los atardeceres que colgaban en el cielo, hacia Breda, y que le reportaban un extraño consuelo. Si salía a hacer una compra o un recado y veía a algunas embarazadas mostrando orgullosas su tripa, felices y panzudas, sentía una culpa tan intensa que, cuando la miraban, se ruborizaba incapaz de ocultar su dolor y su arrepentimiento, desdichada por no ser como ellas, que esperaban un hijo como el mejor regalo que podía ofrecerles la vida, que le hacían un hueco en el hogar, en el rincón más cálido y luminoso, donde no hubiera corrientes de aire, donde besarlo y amamantarlo. Si veía a una mamá o a una criada conduciendo un carrito, apartaba los ojos del bebé por miedo a

reconocer en él alguno de sus propios rasgos o de los de Rubén, aunque estaba segura de que la enfermera falangista no mentía cuando le dijo que los padres de adopción vivían en otra ciudad.

Cada noche, al acostarse, recordaba a su hijo, a pesar de no haber podido verlo. Guardaba como tesoros los mínimos detalles que le había dejado, las pequeñas sensaciones: la primera patada en el vientre cuando puso la mano en la tripa, como si la saludara, los movimientos con que reclamaba su atención si se sentía olvidado durante muchas horas, la resistencia con que sobrevivió a sus dudas y a su desdén, la indomable decisión con que salió a respirar, su furioso primer vagido mientras la comadrona se lo llevaba, como si también él solicitara el contacto con su madre y le reprochara su abandono... Aquello había pasado y el bebé ya nunca la miraría fijamente a los ojos, durante unos minutos maravillosos, mientras engullía su leche, ya nunca sentiría su leve peso, abrazado a ella como una ranita satisfecha, cuando después de amamantarlo lo dejara dormir sobre su pecho.

Sin que supiera por qué, reapareció de pronto una anécdota insignificante y olvidada desde los días escondida en el gallinero de la fragua: la imagen de la gallina que destrozó el huevo que ella misma acababa de poner y la conmoción que le había provocado al verla. Doblada sobre sus húmedas rodillas, Marta se dijo que ella no era mejor que aquella gallina al haber entregado a su hijo a manos ajenas.

Sentía que en unos pocos meses había perdido las últimas reservas de su inocencia, que se había convertido en una mujer adulta, mayor, vieja, a la que ya no le quedaba en la vida nada por ver, por conocer, por descubrir. Había combatido en una guerra y la había perdido; había amado a dos hombres y los dos habían muerto: uno, el más noble y valiente y generoso, el otro, el más tierno y creativo, y entre ambos solo ella había sobrevivido; había concebido a un hijo y lo había abandonado en otras manos y entregado a otras gentes que tal vez en aquellos mismos momentos ya le estarían enseñando a despreciar todo lo que Marta y los suyos representaban. La más dulce historia de amor había producido el fruto más amargo. En aquellos días se convenció de que ya no recibiría más regalos de la vida, puesto que parecía destinada a destruir todos los que llegaban a sus manos.

Miraba alrededor con la terrible certeza de que nadie en el mundo la necesitaba ni se alegraba de que estuviera viva. Se quedaba en la cama hasta muy tarde, exhausta, incapaz de levantarse, con la sensación de que, mientras dormía, le habían extirpado la columna vertebral con un bisturí y la habían cosido luego. Por eso se derrumbaba, las costillas sin anclajes no le sujetaban el corazón herido, caído a sus pies, o bien le apretaban de un modo angustioso los pulmones y le impedían respirar.

Al terminar la guerra, la idea de marcharse del país se convirtió en una obsesión. En España ya no le quedaba nada. No era una de esas jóvenes y hermosas viudas de guerra que hacían soñar a los hombres más jóvenes con gestos de amor y generosidad y que humedecían de piedad y de turbación los ojos de los viejos generales, quienes les abrían las puertas de un estanco o de un puesto en la administración. Esas imágenes quedaban reservadas para las viudas de los vencedores. Las viudas de guerra de los vencidos despertaban otros sentimientos, ambiguos cuando no inconfesables.

Y sus padres habían muerto en el brutal bombardeo de los Junkers sobre la estación de Alcalá de Henares el ocho de enero del treinta y siete. La casa había ardido por efecto de las bombas incendiarias y cuando, terminada la guerra, fue a verla, solo encontró un cascarón negro apenas sostenido sobre un montón de escombros. No, allí tampoco le quedaba nada. Abandonó España con la sensación de que en el país se había producido un cambio demográfico.

A las pocas semanas de llegar, Marta, que nunca había terminado de encontrarse bien instalada en el mundo, se dijo que Toulouse era una ciudad donde podría vivir. Por suerte, enseguida había encontrado trabajo en una fábrica de textiles, en los puestos que dejaban libres los hombres que se incorporaban a filas. Con el dinero que había rescatado de los ahorros de sus padres en España y algo de lo que logró reunir en el primer año, compró por un precio muy bajo una viola, una vieja Giuliani algo herida, pero con un alma firme que le daba un sonido limpio y sedoso. Incomprensiblemente, estaba en venta desde el primer año de la guerra, empeñada por alguien que había huido precipitadamente de Toulouse, de una forma parecida a como ella había huido de España: el dueño de la tienda mencionó la palabra *judíos* y habló de viajes

en tren a Alemania. Los motivos de las guerras podían ser distintos en cada lugar y en cada época, pensó Marta apartando el remordimiento, pero qué similitud había siempre entre las víctimas y qué iguales los mecanismos para defenderse o para eliminar al contrario.

Con la viola comenzó a recuperar algo que creía perdido: la infinita capacidad de consuelo que aportaban las Suites para chelo de Bach, adaptadas a su instrumento, las incursiones de Beethoven hasta el centro del corazón, la serenidad armónica de Telemann, el Capricho de Vieux-Temps o el *adagio* de Schubert, que siempre le hacía pensar en Rubén. Desde hacía cinco años no había vuelto a tocar y aunque atacaba con un golpe de arco decidido y enérgico, le faltaban fuerzas en los brazos desentrenados y el sonido pronto decaía y se volvía afónico. Había perdido algunos fundamentos de su técnica, que ya nunca recuperaría por completo, pero comprobó que aún perduraba en sus dedos una buena parte de su memoria musical y la suficiente capacidad emotiva para enseñar con eficacia a los alumnos que le iban llegando para recibir clases particulares. Siempre había sido una buena violista y, aunque no lo decía, sabía que no tocaba como algunos de sus compañeros, que en lugar de arco parecían tener entre las manos una sierra con la que partir en dos el mástil. Alguna cualidad especial dentro de ella le regalaba aquella habilidad. Con pudor y extrañeza, había comprobado que en ocasiones las personas más reservadas y cohibidas se emocionaban con sus interpretaciones.

Otro hecho contribuyó, además, a consolidar su satisfacción: se presentó a una prueba y fue admitida en la orquesta de la ciudad. Marta se incorporó a ella con entusiasmo, porque hacía aún más tiempo que no tocaba con otros músicos. Desde el 18 de julio en que estalló la guerra, en su último concierto en un teatro de la Gran Vía, no había participado en un grupo donde más de tres personas interpretaran la misma música con más de tres instrumentos diferentes. Tocar sola o acompañando a sus alumnos estaba muy bien, pero al entrar en la orquesta, al ensayar juntos, al compartir las dificultades y los éxitos en la actividad que mejor sabía hacer, por primera vez en mucho tiempo volvió a sentirse integrada en el mundo, a formar parte del grupo de quienes encontraban asiento en el corro de sillas. Entre los metales puros y las maderas nobles de los demás instrumentos, el sonido de su viola crecía y despertaba unos sonidos que permanecían dormidos cuando tocaba sola. Entre

las bengalas que arrojaba el clarinete y las nubes oscuras del fagot o la tuba, entre la timidez del oboe y el desparpajo de los saxos, entre las crestas del violín y los bordones de los chelos, Marta encontraba un sitio para su voz.

—Ya están los champiñones —anunció Émile.

—Voy a poner la mesa.

—¡Estoy hambriento! ¿Qué tal hoy con tus clases?

—Bien, son unos alumnos muy disciplinados.

—Hace mucho tiempo que tú no nos das un pequeño concierto.

—¡Es verdad! Déjame ensayar unos días y lo hacemos el próximo fin de semana.

—¿Tocarás el *adagio*? —preguntó, porque siempre había notado el sentimiento tan intenso con que lo interpretaba.

—Sí.

Iba a llevar la fuente a la mesa del comedor donde esperaban los niños cuando Marta lo detuvo.

—Espera un momento. Esta mañana he recibido una carta de España —la sacó del mueble y se la mostró—. Es de un viejo camarada, se llama Tena. Era comunista... y lo sigue siendo, aunque ahora allí abajo no puede decirlo.

Marta siempre había sido sincera con Émile. Solo le había ocultado su embarazo y la entrega de su hijo, porque aquellos recuerdos seguían atormentándola y llenándola de vergüenza. Pero le había hablado de su pasado con Rubén y con Marcelo, y cómo ambos habían muerto en la guerra y lo que eso suponía: su historia de amor no había terminado por cansancio ni por hastío, sino de forma trágica, y ambos sabían que las tragedias quedan grabadas para siempre en la memoria.

—Toma. Quiero que la leas.

—No es necesario.

—Quiero que la leas después, cuando los niños se vayan a dormir. Ahora vamos a cenar, que los tres estáis muertos de hambre. *À table!*

A ella, la impaciencia por contestar la carta le había quitado el apetito y mientras su cabeza elegía las palabras para Tena, extendió comida sobre su plato, se llevó a la boca unos pedazos que apenas pudo tragar y esparció los

restos por los bordes. Escuchó los comentarios de sus hijos sobre colegio y amigos, sobre injusticias en las calificaciones y peleas en el patio, y respondió a sus preguntas sin confundirse demasiado. Agradeció la prontitud con que Émile la sustituyó al observar su tenedor tintineando nervioso contra el plato y disimuló su impaciencia en los postres.

La carta de Tena revelaba la contradicción que arrastraba desde España. Cuando en momentos así veía a su familia, pensaba que ellos la habían salvado. La constancia de Émile para hacer planes y cumplirlos, la sencilla felicidad que destilaban los días al lado de sus hijos, su pasmo al comprobar que, aunque físicamente se parecían mucho a Émile, repetían los mismos gestos y manifestaban las mismas preferencias que ella recordaba de su infancia, la habían librado de la aflicción y del desamparo. Pero al mismo tiempo habían adormecido la pasión y la intensidad emocional de sus días de España. La carta de Tena le recordaba que ya no era posible recuperar nada de aquello, que había muchos nombres distintos para denominar la derrota, pero que todos eran tristes e irremediables.

Los niños estaban dormidos cuando Émile terminó de leer.

—Me resulta muy difícil comprender cómo es España —suspiró mirándola con sus ojos azules y candorosos—. Nunca deja de hacerse daño a sí misma. ¡Esas terribles fotografías de Franco con su guardia de moros...! Es como imaginar que De Gaulle o Leclerc atacaran París con tropas coloniales de Argelia o del Chad o del Senegal matando a franceses opuestos a sus ideas.

—De todo eso he podido alejarme gracias a ti —se inclinó hacia él y lo abrazó.

—Se ve que ellos te quieren —Émile señaló la carta con un gesto de la cabeza.

—Sí.

—¿No los echas de menos?

—A ellos, sí. Al país, no.

Desde la ventana, una hora después, Marta contemplaba la luna y las tibias luces amarillas que silueteaban el Garona, las calles dormidas del país extranjero que, al cabo de diez años, ya consideraba también suyo. Con la casa en silencio a sus espaldas, se sentó y comenzó a escribir:

«Querido Tena:

»¡Con qué enorme alegría he recibido hoy tu carta! Desde esta mañana, cuando la encontré en el buzón, la he leído y releído y me he emocionado con cada lectura, alegre por saber de ti y de Mangas y al mismo tiempo triste por las condiciones en que vivís. Desde que salí de Breda, hace catorce años, no había vuelto a tener noticias de ninguno de vosotros. En mis recuerdos todo iba quedando petrificado en una especie de retrato colectivo a cuyas figuras, ahora, tu carta ha dado vida y movimiento.

»Por lo que me dices, yo tuve allí mejor suerte que vosotros. Aquel último día me quedé aislada en medio de una calle, con los moros y legionarios avanzando por todas las esquinas. Cuando creí que todo iba a acabar, alguien abrió la puerta de una casa y una familia de los nuestros me escondió. Pasé muchos días oculta tras las tablas de un gallinero, hasta que mis anfitriones, asumiendo un gran riesgo, encontraron el modo de sacarme de allí.

»Lo demás ha sido un camino largo hasta llegar a Toulouse, hasta hoy, cuando he recibido tu carta. ¡Ojalá tengamos algún día la oportunidad de vernos y de contarnos cara a cara los detalles de lo que, en mi caso, no fue sino una larga huida!

»Me preguntas si me acuerdo de Breda. ¿Cómo no voy a acordarme? No olvidaré nunca aquel tiempo, el miedo que pasábamos en las trincheras cuando disparaba el cañón de los fascistas, el dolor por los compañeros muertos, la desesperanza final de la derrota... Pero en muchas ocasiones esos malos recuerdos desaparecen, barridos a escobazos por una brisa que parece venir de El Paternóster, de sus paisajes con ciervos, con rapaces en el cielo y con las pinturas rupestres del parhelio y baja hacia las vegas del Lebrón, hacia el Montón de Trigo y el Puente del Jinete. Y entonces queda flotando un aire limpio en el que aparecen las risas de los compañeros alojados en el Mausoleo, sus paredes poblándose con las pinturas de Rubén, las bromas con el sueño sonoro de los milicianos en las literas y el silencio y la oscuridad de algunas noches tranquilas en las trincheras, en las que solo se veían brillar las puntas rojas de los cigarrillos. Me acuerdo de la confianza en la victoria de las primeras semanas, de la obsesión del comandante Guedea por la limpieza, de la fuerza de Viriato y de la pericia del barbero que acudía una vez a la

semana para que no pareciéramos demasiado salvajes. Me acuerdo del amor con que miraba a Gema aquel miliciano portugués mudo, João, que solo disponía de los ojos y las manos para hablarle.

»Sí, tienes razón, desde aquí, desde este país, todo aquello resulta muy lejano en el espacio, pero no en el tiempo. Al contrario, a veces creo que sucedió ayer y que todavía estoy allí, aunque enseguida cualquier detalle me devuelve a la realidad, porque no hay ninguna similitud entre un ambiente y otro. ¡Qué diferentes son estos países, el país donde yo escribo esta carta y el país donde tú vas a leerla!

»Ese amigo tuyo que me conoce te ha contado que tengo dos hijos. Sí, es cierto: Marc, de nueve años, y Jean-Luc, de cinco. Son dos niños maravillosos y procuro educarlos como mejor sé, sin regatear esfuerzos ni sacrificios. Procuro inculcarles virtudes de las que estoy segura de que son virtudes y alejarlos de los defectos que sé que son defectos. A veces me piden: “Háblanos de España”. Y yo les cuento algunos de los sucesos que ocurrieron ahí abajo, les describo cómo vivíamos e intento explicarles por qué me fui. Y no creas que les exagero las cosas, al contrario, las suavizo porque son niños y lo primero que debo evitarles es la creencia de que el mundo es horrible. Ellos escuchan con una reconcentrada atención, con asombro, sin interrumpirme, y cuando termino me preguntan: “¿Por qué siguen viviendo allí? ¿Por qué no se vienen a vivir a Francia?”. Mis hijos son franceses y no conocen España. Algunas veces, Émile, mi marido, que trabaja en los ferrocarriles, me ha propuesto que viajemos a Madrid, que ahora soy también ciudadana francesa y que no habría problemas administrativos. Piensa que nuestros hijos deben conocer el lugar de donde procede su madre, y que él también debería verlo, porque así me conocería mejor, entendería de mí cosas que a veces no entiende. Pero siempre me he negado. No quiero que vayan mientras impere ese régimen violento, cruel y descarnado, no quiero que contemplen su indecencia, que se contaminen de ella. En los peores momentos, cuando llegan noticias de represalias y ejecuciones, si yo pudiera haría que borrarán el nombre de españoles de sus partidas de nacimiento y que ese calificativo desapareciera de su pasado.

»Pero creo que me estoy excediendo con estos comentarios que tal vez tú no compartas. Releo las últimas líneas y siento la tentación de tacharlas, pero decido mantenerlas al recordar las penurias que estáis pasando Mangas y tú, y supongo que otros muchos camaradas.

»Me preguntas en tu carta, además, cómo se ve desde aquí arriba la dictadura de Franco. Me resulta difícil comprender tanta crueldad cuando ya han transcurrido más de doce años desde el fin de la guerra. Puedo entender la violencia en la batalla, pero no la violencia en la paz. Si ya nos vencieron, ¿por qué siguen aplicando la represión con tanta saña? ¿Todavía no están satisfechos? ¿No tienen cautivos y desarmados a sus enemigos? Pues que disfruten de su victoria sin ejercer más represalias. En cualquier guerra hay héroes en los dos bandos, pero si al terminar la batalla continúa la violencia del que gana, ya solo hay verdugos armados y víctimas indefensas. Los más grandes vencedores del pasado fueron generosos con los vencidos, pero esta posguerra muestra que ellos carecen de grandeza, como antes, en la guerra, carecieron de piedad.

»Al escapar de Breda viví durante el resto de la guerra y hasta el año cuarenta bajo dominio de los militares. Y ahora vivo en territorio neutral, de modo que he tenido información de primera mano de lo que ocurría en ambos frentes, oí lo que en ambos se contaba del enemigo y leí lo que unos y otros afirmaban. Sí, es cierto, en los dos lados se cometieron salvajadas y hubo asesinos que mataron y miserables que se aprovecharon de esas muertes, pero los dos bandos no fueron iguales ni en ambos se ejerció la misma brutalidad. Quienes los igualan son siempre los vencedores, nunca los vencidos defienden tal similitud. Los republicanos no fuimos unos santos y podíamos tener experiencia en algunas maldades, pero no teníamos experiencia en matar. En eso ellos venían bien entrenados de Marruecos. Esa es una ventaja que siempre nos llevaron. Estábamos en guerra, sí, pero la mayoría de nosotros seguíamos pensando como civiles con ideas y creencias para los tiempos de paz. Ellos, además, continuaron ejerciendo una violencia estatal y organizada cuando ya la lucha había terminado. Y quienes estaban en la cima del aparato represor son los mismos que hoy continúan en el poder. ¡Qué bien lo dices en tu carta: los sargentos de entonces son ahora capitanes, y los capitanes de entonces son ahora generales, comandados por Franco, el general supremo!

¿Así que cómo no vamos a odiarlo? Lo extraño es que no lo odie también la mayoría de los españoles, todos los que juran amar a España por encima de todo, porque en la historia de nuestro país —¡y cuánto me cuesta ahora escribir ese posesivo!— ningún otro español mató a tantos españoles».

Marta se detuvo un momento, con el brazo cansado de aquella larga expansión. Siempre escribía en una postura un poco forzada, con el puño en exceso vuelto hacia dentro, como si protegiera su escritura de las miradas ajenas. La carta le estaba saliendo más seria, más discursiva de lo que pretendía, pero no iba a corregir su espontaneidad. Apoyó de nuevo el plumín en la cuartilla y continuó:

«En tu carta mencionas a Rubén. ¡Si supieras cuánto tiempo hace que nadie pronunciaba su nombre! Tú lo rescatas ahora de un silencio de catorce años.

»Solo con vosotros puedo hablar de él y revivir aquellos días que compartimos, solo con quienes nos conocisteis mientras estábamos juntos. Para el resto del mundo esta historia de amor no existió nunca. Y sin embargo, ¿cómo podría olvidarla? Su sangre es como esas gotas de lacre ardiente y rojo con que se cerraban las cartas antiguas y sobre el cual se imprimía el sello de un anillo. Su sangre cerró la carta donde se contaba nuestro amor y el sello, ¡ay!, el sello lo estampó Franco con esa frialdad y contundencia que le permite seguir en el poder sin remordimientos. No, nunca olvidaré su rostro, sus palabras unos pocos días antes del desastre. Acabábamos de perder el Puente del Jinete, ¿te acuerdas?, y muchos tuvimos que huir atravesando a nado el Lebrón. Rubén me abrazó y me dijo: “No te preocupes, que hay tiempo todavía”. Pero no, no lo había, nuestro tiempo ya se estaba acabando.

»Pero no sé si me estoy excediendo al hablar tanto del pasado, con el riesgo de que esta carta resulte demasiado larga, demasiado llena de rencor. Porque yo no tengo tantos motivos para quejarme como vosotros. Tal vez tengas razón y convenga callar a la espera de tiempos mejores. Callar todo lo que supimos, todo lo que soñamos, todo en lo que creímos... Lo que ocurre es que ni vosotros ni yo sabemos cómo hacerlo.

»No puedo ocultar que, a pesar de todo, he tenido suerte. Vivo en otro país, sin soportar vuestro miedo; hablo otro idioma con el que pronuncio y escribo palabras que a vosotros os están prohibidas; incluso he logrado armar en mi rostro una sonrisa para facilitar la convivencia cuando los anfitriones no son acogedores; estoy casada con un hombre bueno y tengo dos hijos maravillosos. Y, además, sigo tocando la viola.

»Pero todo eso no impide que me acuerde mucho de todos los que estuvimos en Breda. Por eso te pido que, cuando tengas ocasión, me escribas de nuevo y me cuentes más cosas de vosotros. Y si necesitáis algo que esté en mis manos satisfacer, por favor, no dejéis de pedírmelo.

»Cuídate mucho. Rompe esta carta después de haberla leído, no quiero que te cause algún problema.

»Dale un fuerte abrazo a Mangas y recibe tú otro de quien no os olvida.

»Marta».

—Ahí viene —dijo Teo.

Ricardo y Agustín se levantaron para mirar por encima de la roca tras la que estaban ocultos, obedeciendo el impulso adolescente de buscar refugio donde aislarse de los adultos, de su curiosidad, de sus requerimientos, de su desconfianza. Apoyadas en la piedra descansaban dos escopetas de balines. Era la primera hora de la tarde y desde donde estaban se veía Breda a poco más de un kilómetro. De algunas chimeneas salía un humo azulado, de leña seca, que ascendía velozmente hacia el cielo, en cuyo fondo se recortaban las cumbres del Volcán y del Yunque, levemente embadurnadas de niebla. En aquel lugar acababa el cinturón de huertos y parrales que rodeaba la villa y comenzaba la dehesa. Después de tres días de intensas lluvias, un aire sedoso y limpio embovedaba las encinas, entre cuyas ramas se oía un chisporroteo de gorriones y, de cuando en cuando, el mugir de una vaca llamando a su ternero. Más arriba valseaba una pareja de milanos.

—¿La has traído? —preguntó Ricardo.

—Sí —dijo Viriato. Abrió el saco de arpillera y sacó la escopeta. La montó con un golpe suave y preciso, exacto de fuerza, que reveló su pericia en el manejo y el cuidado con que estaba engrasada. Tenía trece años, pero aparentaba dos más.

—¿Te ha dejado tu padre? —preguntó Agustín.

—Su padre no está en casa —respondió Teo.

—Sí, ya está en casa —dijo Viriato.

—¿Lo han soltado?

—Un teniente del ejército. Cuando se fueron los otros.

Comenzaron a caminar entre las encinas, dando un rodeo para llegar sin ser vistos hasta las traseras del Palacio de De las Hoces, hasta el jardín renacentista.

—Sssssshhh —siseó poco después Agustín, que caminaba el último—.
¿No habéis oído un ruido?

—No.

—¿Qué crees, que son guardias civiles? —se burló Ricardo.

—No, pero debemos tener cuidado.

—Hoy no. Hoy están todos descansando después de los tres días que Franco los ha tenido sin dormir.

—¿Me dejaréis tirar? —preguntó Agustín.

—Si sobran balines —respondió Ricardo.

—Yo llevo una caja —dijo Teo—. Se la he cogido a mi hermano.

—Ya verás tú cuando vaya a buscarla y no la encuentre.

Viriato, que iba unos pasos por delante, en silencio, se detuvo de pronto e hizo un gesto a los demás para que se quedaran quietos. Sin extender el brazo, señalando únicamente con el índice, indicó unas retamas y susurró:

—Una perdiz, ahí delante.

Su escopeta, bien engrasada, apenas sonó al ser cargada.

—Ahora no —murmuró Teo—. Estamos demasiado cerca y alguien puede oír el tiro.

Viriato, sin embargo, avanzó unos pasos hasta el tronco de una encina y apuntó, incapaz de resistirse al atávico impulso de buscar comida. A Teo le gustaban los libros, el cine y la caza. A Ricardo, las chicas, los libros y el fútbol. A Agustín, unas veces el cine, otras no hacer nada y otras acompañar a sus amigos en aquellas excursiones que llamaban de caza, pero que incluían el conseguir cualquier tipo de fruto vegetal o animal. A Viriato solo le gustaba la caza durante todo el año. Había aprendido de su padre que, para ser un buen cazador, se necesitaban unas destrezas y virtudes —vista, paciencia, resistencia y un profundo conocimiento del entorno y de los animales— entre las cuales la puntería no era la más importante, pero también era un excelente tirador.

Un poco más atrás, inmóviles, los otros tres muchachos esperaban el seco descorche del disparo, tras el cual Viriato se acercaría a la presa abatida y, como otras veces, con el gesto del cazador que desde hace varios días no prueba bocado, mostraría un gorrión, una tórtola, un tordo, a veces todavía

defendiendo su vida contra el balín alojado en su pecho. Pero lo vieron humillar la escopeta y dar una fuerte pisada que convenció a la perdiz para salir volando, los frenéticos chasquidos de las alas rompiendo el silencio.

—¿Por qué no has disparado?

—Pueden oír el tiro —respondió, pero los otros tres pensaron en el miedo reciente, en el padre retenido y golpeado en el cuartel.

Siguieron caminando, esquivando los charcos formados por la persistente lluvia de los días anteriores que no lograba enjugar el sol amarillento del otoño. Rodearon un huerto de olivos nudosos, artríticos, donde un hombre con una larga vara azotaba las ramas y producía un tableteo que recordaba el crotorar de las cigüeñas, mientras a sus pies dos mujeres recogían las aceitunas. Pasaron bajo un grupo de anodinos, polvorientos eucaliptos y por fin allí estaba el arroyo, tras el cual se alzaba la tapia de piedra vista, más alta que ellos, que rodeaba todo el terreno posterior del Palacio, usado para huertos y corralizas.

—Lleva mucha agua —dijo Teo.

Se descalzaron para atravesarlo aprovechando unas piedras altas que servían de pasaderas. Luego volvieron a calzarse y se asomaron a la tapia. No se veía a nadie, todo estaba abandonado, sin cultivos, sin animales. Un gran nogal, con las hojas amarillentas y cansadas, apacentaba a otros frutales menores, sin frutos y sin poda.

Saltaron y caminaron hasta la tapia interior, más baja, tras la cual se llegaba ya al jardín renacentista. En el Palacio todo estaba en silencio, con las ventanas cerradas y el aspecto de una casa deshabitada. Los cuatro consideraban aquel escenario como un territorio enemigo: aunque nadie les hablaba del pasado, sabían vagamente que durante la guerra, después de la toma de Breda, había sido utilizado como cuartel de los militares y que en sus dependencias habían sido golpeados y encerrados algunos de sus familiares.

—¿Seguro que no está? —preguntó Agustín.

—Seguro —respondió Ricardo.

—Se ha marchado de viaje para ver a su hijo, que se ha puesto enfermo en el colegio donde estudia —informó Teo.

—Ese muchacho siempre está enfermo —dijo Ricardo—. Pero mi padre dice que se ha marchado para no coincidir con Franco.

—¿Y entonces por qué le dejó todo el Palacio a su disposición durante la cacería?

—Porque lo que Franco pide todo el mundo se lo tiene que dar.

—Pero Franco se fue ayer. ¿No habrá vuelto? —insistió Agustín.

—Por si acaso, que vigile las ventanas el que no dispare —dijo Viriato, que no había participado en la discusión.

Observaron el patio que fue jardín, el muro de sillares de granito que cortaba la inclinación de la ladera hacia el arroyo, en el que habían excavado media docena de hornacinas a la manera italiana. En las hornacinas había varias estatuas, pero la atención de los muchachos solo se dirigió hacia la Andrómeda desnuda y encadenada. El mármol blanco estaba astillado y ennegrecido a fuerza de balazos en el pubis, los pechos y la boca. El rostro herido adquiriría así una expresión de dolor insoportable. A la derecha del jardín, un poco más lejos, se veían los escombros del Mausoleo, punteados de hierbas y matojos, entre cuyas piedras sus hermanos mayores habían rebuscado cartuchos de bala, con cuyo metal De las Hoces había vuelto a fundir la campana.

Viriato fue el primero en cargar su escopeta, tan bien engrasada que apenas hizo ruido. Los otros lo imitaron y, con cautela, apoyaron el cañón de las armas sobre la pared. El dolor de la estatua, las ruinas, el color enfermizo del sol del otoño, la prohibición de traspasar las lindes del Palacio los llenaban de inquietud y de rebeldía, pero ninguno se atrevía a disparar. Cada uno esperaba un primer movimiento de otro, el estallido del aire comprimido al liberarse, casi simultáneo con el seco chasquido del balín sobre el mármol.

Sabían que unos años antes sus hermanos mayores también habían venido ante la estatua, algunos con las mismas escopetas y todos con el mismo temor y la misma turbación, y que habían disparado sobre la ternura inviolable de la diosa y a partir de entonces parecían más fuertes, invulnerables. Ahora les tocaba a ellos, que habían entrado en esa terrible edad en que nada de lo que hicieran tendría un valor auténtico si no conllevaba un peligro o transgredía una prohibición. A ellos les tocaba atravesar la línea de sombra tras la que habitaban los adultos para comenzar a incorporarse a su mundo.

Ricardo fue el primero en disparar y enseguida lo siguieron Teo y Viriato. Luego, antes de que se la pidiera, el propio Ricardo le pasó la escopeta a Agustín, como si le quemara en las manos. Volvieron a cebarlas y repitieron la descarga, aunque ninguno habría sabido explicar por qué disparaban.

Sin que los otros lo advirtieran, Viriato desvió el cañón hasta fijar la mira en el grillete que sujetaba la muñeca izquierda de la estatua a la roca marina. El pequeño proyectil apenas marcó un punto en el mármol. Luego, dobló la escopeta y murmuró:

—Ya está bien. Es un desperdicio de balines.

Guardaron las escopetas dobladas en el saco de arpillera y regresaron por el mismo camino, en silencio, con los ojos bajos, prematuramente desilusionados, ocultando el arrepentimiento y el asco por sí mismos, pensando en la estatua indefensa que hubieran deseado besar, en los años que tendrían que convivir con la vergüenza de aquel recuerdo, sin acertar a preguntarse si no había otra manera de protestar contra los adultos sin ensuciarse las manos.

—¿Creéis que nos han visto? —preguntó Agustín cuando ya estaban lejos, cobijados bajo las encinas.

—¿Quién?

—No sé. Alguien.

—No.

—Además, desde lejos estas escopetas no le hacen daño a la diosa — intentó justificar Teo.

—¿A qué diosa? Solo es una estatua. ¿O es que tú has visto que sangrara? —replicó Ricardo, irritado.

Llegaron al punto de partida. Con la tarde avanzada Breda parecía estremecerse y traía de vuelta a casa a hombres montados en mulos o en carros, a mujeres con una azada o un cubo que regresaban de sus huertos. Oyeron unos ladridos de perros y, luego, la furia irritada de un gallo protestando contra el cielo. Sin hablar, tomaron la callejuela que terminaba en las primeras casas, en el cruce con la carretera, donde iban a separarse.

—¿Salís mañana? —preguntó Agustín.

—No sé. Quizá —dijo Teo.

—¿A la laguna?

—No. Tráete el balón.

—Sí. Mejor fútbol mañana —aceptaron todos.

El ruido del motor del coche les llegó antes de que apareciera por la curva. El conductor ralentizó la marcha hasta detenerse junto a ellos, pero sin apagar el motor, que ronroneaba caliente y apacible. La cabeza asomó por la ventanilla abierta.

—¡Chicos!

Teo, Ricardo y Agustín se acercaron a él, pero Viriato se quedó un poco atrás, con el saco de las escopetas, como si temiera que pudiera reclamárselas.

—¿Sabéis dónde está el taller de un mecánico que se llama Camilo?

—Queda un poco lejos —Teo señaló con el brazo.

—¿Se puede ir en coche?

—Sí, pero hay que dar una vuelta.

—Se me ocurre una idea. Apuesto a que no habéis montado muchas veces en uno como este. ¿Por qué no subís y me vais guiando? —ofreció con una sonrisa ancha, seguro de su capacidad de convicción.

Se miraron un instante entre ellos y enseguida aceptaron. Teo, sentado delante, lo iba guiando. Los demás, desde atrás, observaron la nuca bien perfilada bajo el pelo frondoso, tan cargado de fijador que, a pesar del viaje, aún se notaba por dónde habían pasado las púas del peine. Al tomar una curva se oyó el ruido de las escopetas dentro del saco.

—¿Qué hierros lleváis ahí? —los observó por el retrovisor—. Apostaría algo a que son unas escopetas.

Desde atrás los muchachos miraron con desconfianza la banda de cristal donde solo cabían los ojos curiosos y burlones.

—Puedo oler el hierro y la grasa a un kilómetro de distancia. Es mi trabajo... Pero no, no os preocupéis, yo no soy guardia civil. ¿Qué tal la caza?

—Íbamos ahora —mintió Agustín.

—¿Ahora? ¿No es un poco tarde?

—Es ahí delante —indicó Teo, incómodo y con ganas de salir del coche, como si temiera que de un momento a otro el conductor empezara a hablar de la estatua del Palacio.

En cuanto aparcó, los muchachos bajaron y se despidieron señalando el portalón de la fragua de Camilo. El hombre apagó el motor, salió del coche descubriendo su alta estatura y encendió un cigarrillo emboquillado. Vestía un traje immaculado de color tabaco, como si al elegir aquel día su ropa hubiera pensado en la estación y el escenario. Su labio superior, grueso y ancho, montaba un poco sobre el inferior y le daba un aire de seriedad o de enfado que en realidad no existía, porque era un hombre afable. Esa expresión de rigor desaparecía en cuanto movía los labios para hablar, y movía los labios en cuanto aparecía alguien a menos de dos metros de él.

Dio dos caladas, desperdició el resto del cigarrillo y entró en la fragua. Camilo tensaba en ese momento los radios de una rueda de bicicleta alabeada y lo miró sin decir nada. Junto a él, con una herramienta en la mano, una mujer joven esperaba alguna indicación suya, pero el viajante solo se fijó en el herrero: un hombre fuerte, de poco más de cuarenta y cinco años, en esa edad de máximo rendimiento laboral, cuando se le saca el mejor partido a todo lo que se ha aprendido hasta entonces y aún se conservan todas las fuerzas, que ya no se dispersan en objetivos difusos.

—¿Camilo? —preguntó.

—Sí —respondió sin dejar el trabajo.

—Hablé con usted por teléfono hace dos días.

El herrero se detuvo y volvió hacia él la cabeza.

—¿El viajante?

—Sí.

—¿Así que al final se decidió a venir hasta aquí?

—Le dije que vendría.

—Con una carta hubiera sido suficiente.

La historia había comenzado tiempo atrás, cuando una empresa estadounidense de tractores había emprendido una potente campaña de expansión por todo el país, al rebufo de la creciente mecanización del campo. En paralelo a sus gestiones diplomáticas, había formado a un grupo de técnicos y de representantes comerciales para recorrer todo el territorio vendiendo sus maquinarias. Entre ellos había destacado por sus éxitos el viajante encargado de la zona de Breda, que desde su alta estatura sabía acercarse a los grandes propietarios sin avasallarlos. Sabía manejar la

vanidad caciquil de una aristocracia rural tan desconfiada de las ofertas de la capital como deseosa de copiar los usos y costumbres urbanos como forma de prestigio social. A los campesinos ricotes que recelaban de cualquier novedad, acostumbrados a que la eterna repetición de los ciclos diera siempre los mismos frutos, les hablaba sin ocultar su impecable acento capitalino, pero tenía la habilidad de elegir el vocabulario adecuado para que lo comprendieran. Había aprendido a mantener la calma cuando de pronto descubría un gusano, una abeja o un escarabajo posado en su piel o sobre su pelo, atraídos por los reflejos de la brillantina, sin sacudirse histéricamente como si estuviera en juego su vida. Sabía, en fin, agacharse ante ellos, hundir la mano en un surco sin miedo a mancharse las uñas blancas y sacar un puñado de tierra asegurando:

—Con este suelo y una buena maquinaria cualquiera haría milagros en las cosechas.

Una partida de tractores importados la primavera anterior traía un defecto de fábrica. Al viejo sistema de arrastre de los diferentes aperos —remolques, arados, rastrilladoras, cosechadoras— se le habían aplicado unas innovaciones con el objetivo de mejorar la transmisión y evitar el desgaste entre ambos cuerpos, pero algo no encajaba bien entre las dos fases y llegaba un momento en que, ante un bache o ante la resistencia de una raíz o de una piedra, la maquinaria se soltaba del tractor. La empresa había detectado pronto el defecto y había enviado a los concesionarios comarcales las piezas y la información técnica necesarias para sustituir y reparar el problema allí donde lo solicitaran.

Sin embargo, alguien en Madrid observó que había una zona de la que no llegaba ninguna reclamación: una escondida comarca del oeste, de tierras llanas y fértiles, pero no demasiado aprovechadas, en la que, contra sus previsiones, sí habían logrado facturar bastante maquinaria, siempre vendida por uno de sus mejores comerciales. Desde la central contactaron con el concesionario provincial y con algunos compradores. Todas las cartas venían con la misma respuesta: en efecto, había surgido el problema de arrastre y transmisión, pero desde el principio lo había solucionado un mecánico de un lugar llamado Breda, un tal Camilo que ni siquiera figuraba en el registro de talleres de la provincia. Por la comarca se había corrido la voz y todos los

tractores de las zonas limítrofes habían acudido a él, que resolvía el defecto con la aplicación de un sencillo e ingenioso ajuste en el tiro que ninguna carta acertaba a describir con precisión.

Desde Madrid habían llamado entonces por teléfono a algunos implicados, intentando precisar los detalles del ajuste, y la conversación en todos los casos era similar:

—¿Les ha surgido un problema con el arrastre? —preguntaban.

—Sí.

—¿Y entonces?

—¿Qué?

—No lo han reclamado, aunque se incluye en la garantía.

—No, no hemos reclamado. El tractor ya funciona sin problemas.

—¿Cómo?

—Lo arregló Camilo. Era más fácil llevárselo a él que reclamar y esperar hasta que alguien viniera a arreglarlo. La tierra no espera.

Cuando al fin los ingenieros estudiaron la solución aplicada, la calificaron como un prodigio de ingenio y eficacia. Así que desde Madrid enviaron al viajante para hablar con el hombre que ahora tensaba con delicadeza los radios de una rueda de bicicleta cuarteada. A su alrededor, una fragua donde crepitaban las brasas, un yunque, un torno, una fresadora, una afiladora, una recia mesa de trabajo y un puñado de herramientas básicas con las que reparaba averías mecánicas y fabricaba rejas, cerrojos, útiles caseros, aperos agrícolas. En la pared, un panel de madera con limas, martillos, tenazas, cortafríos. Hasta allí no había llegado la sofisticada técnica de los talleres centrales de Madrid y sin embargo, con tan elementales instrumentos, había sabido encontrar la solución más eficaz para un problema complejo.

—Queríamos felicitarlo personalmente por la forma en que arregló nuestras máquinas —continuó.

—Por aquí no había otro mecánico que se decidiera a hacerlo.

—¿Desde cuándo trabaja con motores?

—Desde que llegaron los primeros. Luego, durante la guerra, aparecieron por aquí muchos camiones y algunos coches. Algunos se averiaban. Y seguí aprendiendo.

—Pero los tractores...

—No hay tanta diferencia.

Pero no era cierto, el interés de Camilo venía de mucho más atrás. Había visto la primera fotografía de un tractor hacia 1925, en un folleto clandestino del Partido Comunista. Ignoró los textos y las consignas, las proclamas que animaban a la lucha del proletariado y que, tras el inevitable triunfo de la Revolución, prometían entregar tierras a los campesinos como los romanos entregaban tierras a sus centuriones veteranos. Pasó por encima del dibujo con la hoz y el martillo, de los carteles de obreros con llaves inglesas, de campesinos con azadas y de mujeres jóvenes levantando el puño cerrado y su atención quedó fija en un vehículo de aspecto monstruoso, como el de un animal prehistórico, con el morro alargado, con dos ruedas delanteras anchas, pero manejables, y dos posteriores altas y amenazadoras, capaces de avanzar por terrenos muy irregulares y de arrastrar un remolque que no arrastrarían diez mulas. Pero lo más admirable era la variada maquinaria que se le podía enganchar para que realizara en unas pocas horas labores agrícolas en las que un hombre emplearía semanas.

Como le había ocurrido el día en que la luz eléctrica llegó a Breda, a Camilo le pareció que estaba asistiendo a un nuevo paso hacia la independencia de los hombres de la insidiosa tutoría de los dioses. Si la noche en que se iluminó Breda les habían arrebatado el privilegio de manejar la luz, con aquellas todopoderosas maquinarias podrían anular el primer castigo a Caín. Manejando desde la cabina las rejas del arado o las cuchillas de segar, las aspas o los aspersores de semillas, las hiladoras o las empacadoras, todo el trigo de la tierra podía ser sembrado, cultivado y recolectado sin el bíblico sudor de la frente, sin dolor de espalda, sin mutilaciones en las manos. Con ayuda mecánica podía multiplicarse la extensión de suelo cultivado y acabar con las eternas carencias de pan.

Y así fue como desde la esperanza llegó a la técnica, desde la herramienta a la máquina. En los últimos tiempos le traían a la fragua mecanismos cada vez más complejos que necesitaban una reparación y que nunca devolvía sin arreglar, motores y vehículos con una pieza rota o dañada que era necesario sustituir. Camilo no tardaba en comprender el problema y, en consecuencia, en aplicar una solución. Le apasionaban aquellos retos. Resultaba mil veces más interesante cambiar la rueda de una motocicleta que

cambiar las herraduras de un caballo, arreglar un cigüeñal que afilar una herramienta campesina, ajustar la entrada de gasolina en el carburador que fabricar una reja de lanzas cien veces repetidas, desmontar cualquier artilugio moderno que componer anticuados trebejos. La fuerza, la energía y el movimiento de los motores no le resultaban complicados. Donde otros chocaban con misterios, él encontraba una ley física que ni siquiera sabía definir ni quién la había enunciado. Por alguna dote extraordinaria, adivinaba dónde encajaba una pieza sin necesidad de haber visto todas sus caras, deducía las últimas consecuencias de un movimiento en cadena, calculaba con precisión volúmenes y formas. Ni los camiones republicanos ni el Dodge de los hermanos Pla robado por el coronel Yagüe fueron los únicos vehículos que le tocó reparar durante la guerra, en un periodo de fructíferos aprendizajes mecánicos, hundido en sus tripas de hierro del mismo modo que los cirujanos del frente lo habían aprendido todo en las tripas de los soldados heridos. Él acariciaba los motores hasta que comenzaban a ronronear entre sus manos. En una ocasión, después de la toma de Breda, una patrulla alemana de la Legión Cóndor, que había tenido la primera base de su artillería motorizada en la capital de la provincia, le llevó para su arreglo una motocicleta BMW R12, que fue arrinconada en el taller a la espera de un repuesto imprescindible. Pasó el tiempo, no llegó la pieza y nadie la volvió a reclamar. A la postre, con el fin de la guerra, la motocicleta quedó abandonada y olvidada entre hierros oxidados, hasta que Camilo recuperó el motor de entre la escoria, cuando ya nadie lo recordaba, lo limpió, engrasó, encontró el repuesto y logró ponerla en marcha. Así que el siguiente paso no fue mucho más difícil. De algún sitio copió el modelo y los materiales y luego se los fabricó a base de forja y yunque, hasta que en el verano de 1946 una barca a motor, un armatoste tosco, pero de gran flotabilidad, sorprendió a todos los que se acercaban a las vegas del río, navegando donde la musculosa corriente del Lebrón se ralentizaba encadenada entre las densas, jugosas hileras de chopos, donde se hacía más profunda, perezosa y abundante de peces, que nunca habían visto las hélices de un motor agitando sus aguas. Una vez demostrada su eficacia, perdió el interés por ella y terminó vendiéndola a unos pescadores que también la utilizaban ocasionalmente para pasar gente de una a otra orilla.

—¿Trabaja usted solo? —siguió preguntando el viajante—. ¿No tiene empleados?

—Me ayuda mi hija Luz —la señaló con un gesto—. Aquí no hay mucha tarea.

—Encantado de conocerla.

El viajante ahora sí se fijó en ella: una mujer robusta y alta, poco atractiva, con la piel algo sudada, de rostro franco y saludable, de grandes ojos redondos y medievales, teñidos por una sombra de melancolía. El tipo de mujer de quien se espera que tenga los pies planos. Avanzó hasta ella y le dio la mano con una ligera inclinación.

—Suerte que esté usted aquí para escuchar la propuesta que he venido a hacerle a su padre.

—¿Qué propuesta? —Camilo lo miró sin soltar la rueda.

—Queremos que venga a trabajar con nosotros en la sede central de la empresa. Mis jefes me han enviado para comunicárselo personalmente.

—¿A Madrid?

—Sí. En la empresa necesitamos gente como usted, con talento e iniciativa. Los ingenieros han estudiado la solución que dio al arrastre, les ha gustado mucho y creen que su sitio está allí.

—¿En Madrid? —repitió.

—Con un contrato en firme, con un buen sueldo.

—¿Y cómo sería mi trabajo?

—Al principio, de mecánico, hasta que se familiarizara con las máquinas y materiales. Después..., ¡todas las puertas están abiertas, hasta supervisor de talleres! Por lo que sabemos, sus aptitudes son las adecuadas para un puesto así —dijo. Comenzaba a sentirse incómodo, aunque no sabía bien por qué, tal vez porque Camilo no hacía ningún gesto de aceptación. Al quedarse en silencio, su labio superior devolvía al rostro una expresión engañosa de enfado.

—Tendría que abandonar todo esto —Camilo miró alrededor, a la fragua, al patio posterior que se veía tras el portón abierto, donde se acumulaba un montón de hulla y otro de hierros viejos y oxidados. Luego miró a su hija.

Su mirada no pasó desapercibida para el viajante.

—El taller, sí. Allí trabajaría en otro mejor, con herramientas más modernas, casi todas eléctricas... Sobre su hija..., no he recibido indicaciones, pero me atrevo a sugerir que no sería difícil encontrarle un trabajo relacionado con la empresa. La empresa siempre busca lo mejor para los empleados. Estamos en plena expansión y se necesita mano de obra.

El viajante buscó entre su repertorio otros argumentos mientras maldecía su falta de previsión por no haber pensado en la familia del herrero —alguien le había dicho solamente que era viudo, pero los viudos también tienen hijos, maldita sea—, pero no acudieron a su boca otras palabras más convincentes. «Es como si ellos ya supieran lo que voy a decir», pensó. Demasiado tarde retiró la mano de la recia mesa corrida donde, nervioso, la había apoyado y advirtió que se había ensuciado de carbonilla y limaduras y que no tenía dónde limpiarse: si utilizaba su pañuelo blanco, quedaría inservible.

Camilo se levantó y le pasó un trapo:

—Límpiese.

—Sí, gracias —dijo frotándose la mano—. Es una oportunidad excelente, nadie en su lugar la desaprovecharía. El futuro está en las máquinas —al fin encontró una frase que siempre surtía efecto entre sus interlocutores agrarios, pero ahora de nuevo tuvo la sensación de repetir algo que el herrero ya sabía mejor que él y desde mucho tiempo antes, pero se forzó a continuar—: Y el primero que sepa utilizarlas adquirirá una ventaja sobre los otros que..., que los otros... ¿Entonces?

—Qué.

—¿Qué me dice? Una respuesta. Mis jefes en Madrid se alegrarían con su aceptación.

El herrero colgó de una horquilla la rueda arreglada y la hizo girar para comprobar que había corregido su alabeo. Luego miró a su hija, que asintió sin interrumpir su trabajo, pues comenzó a avivar las brasas de la fragua hasta que adquirieron un intenso color rojo cereza.

—Díales que les agradecemos su oferta, pero que tenemos que pensarlo.

—¡Pensarlo! Puedo darle más datos —insistió, disimulando la exasperación que notaba crecer en su interior. Había recorrido trescientos kilómetros desde Madrid, convencido de que cualquier mecánico de provincias a quien se lo propusiera dejaría inmediatamente su sucio mono de

trabajo, se lavaría las manos y la cara para estar presentable y sin apenas equipaje se subiría con él al coche antes de que se arrepintieran, deslumbrado por la oferta de la capital, por el prestigio de las dos palabras extranjeras de la marca y por la vanidad de que hubieran venido a buscarlo. Y ahora aquel tipo, que ni siquiera era mecánico, solo un herrero de mulas y azadones, con un tono que ya había oído en boca de los campesinos de la zona cuando no querían comprar su maquinaria y sin embargo no se atrevían a negarse, le decía que tenía que pensarlo, lo que constituía una forma elegante de rechazo. Vio con claridad que para moverlo de allí necesitaba algo más que la promesa de un buen sueldo, algo así como una orden de reclutamiento. Pero la guerra había terminado hacía ya muchos años.

Echó de menos el cigarrillo que había tirado casi entero antes de entrar y sacó el paquete del bolsillo, pero no encontró las cerillas.

—¿Fuma? —ofreció.

—Ya no, gracias. Lo dejé. Ya trago demasiado humo con la fragua.

—¿Tiene fuego?

Camilo cogió una brasa del fogón con unas tenazas y se acercó hasta él.

—Tiene que ser así.

—Sí, gracias, no importa —dio una lenta calada, pensativo, observando el humo del cigarrillo con filtro que se ensanchaba en una cinta gris.

Entonces el reloj quemado de la torre comenzó a dar campanazos: uno, dos, tres.

—¿Tres? Pero si ya son las...

—No haga caso al reloj. No va bien desde hace mucho tiempo.

«¿Y no han venido a pedirle que lo arregle?», pensó, pero únicamente dijo:

—¿Entonces?

—Déjenos un número de teléfono donde llamarlo, o una dirección.

—Mejor me paso mañana por aquí. Hoy ya me quedaré en Breda. Debo cerrar unos pedidos con unos clientes —mintió—. Mañana, entonces, la respuesta. Piénselo bien, es una oportunidad única —dijo, aunque ya sabía que era inútil insistir.

—Mañana.

Les dio la espalda y salió del taller. Se miró el traje buscando alguna mancha y se olió las mangas de la chaqueta, impregnadas de un acre olor a hierro y carbonilla. Antes de subir al coche y alejarse oyó los golpes potentes, cristalinos, del martillo en el yunque con que el herrero ya comenzaba a preparar la pletina para una podadera. Minutos después, el hierro rusiente siseó al hundirse en el agua.

—Cuando lo vi entrar creí que nos iba a proponer la fundición de otra campana —dijo Luz.

—Esa es una tarea muy gratificante, pero se agradece un descanso. Llevamos doce años fundiendo.

—¿Eso significa que aceptas su oferta?

Camilo soltó las tenazas y miró a su hija, a los ojos más redondos que grandes.

—¿Tú qué quieres hacer?

—No lo sé. No lo sé. Es una oportunidad que no volverá a repetirse. Y a ti te gustaría ese trabajo.

—No te pregunto qué harías tú en mi lugar, sino qué te apetece a ti. ¿Te gustaría ir a vivir a Madrid?

—No lo sé —repitió.

—Piénsalo.

—Tengo ya treinta años —respondió al cabo de unos segundos.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero que vayamos a Madrid y que trabajes en esa empresa. Seguro que lo harás mejor que todos ellos —su voz se desvaneció en las últimas sílabas, mientras le daba la espalda y buscaba un tornillo para ajustar el asa de un brasero.

El herrero se limpió con el trapo que había utilizado el viajante y apoyó una mano en su hombro. Notó el vigor que desprendía, lo poco femenino de su dureza.

—¿Qué te pasa, hija?

—Nada. Es el humo de la carbonilla que me irrita los ojos.

De un modo vago, primario, lamentó sus dificultades de comunicación con ella, su torpeza, su incapacidad para demostrar el amor que sentía, su retraimiento para los gestos de intimidad, que solo le permitió apretar su

hombro mientras le decía:

—No te preocupes por nada. Lo pensaremos y ya decidiremos lo que se hace.

—Sí. Ya decidiremos.

Al desaparecer Luz por la puerta interior que daba acceso a la casa, la fragua pareció quedar vacía hasta que la silueta de Martín Cupido se recortó en la entrada y avanzó hasta sentarse en el banco.

—¿No tienes hoy ningún viaje?

—No. Todos se han movido tanto en estos tres días, con tantos cazadores y militares alrededor, que ahora solo quieren descansar.

—Sí, todo está muy tranquilo.

—La única novedad es ese tipo con el que me he cruzado que salía de aquí fumando, tan elegante como uno de esos cigarrillos de tabaco rubio con filtro con que ahora nos intentan convencer de que no sabemos fumar —dijo liando su propia picadura—. ¿No llega con un par de días de retraso?

—No, no es ni militar ni cazador.

—¿Quieres decir que venía a verte a ti?

—Sí.

—¿Y qué le has hecho, que llevaba esa cara de ofendido?

—Es un vendedor de tractores.

—¿Y quería venderte uno...

—No.

—... a ti, que eres capaz de construir un barco y que no se hunda? —continuó Martín Cupido, que veía en los tractores una competencia desleal a su oficio con el camión.

—No.

—¿O quería convencerte para que tú los vendas mientras él se queda descansando en el hostel?

—No. Ha venido a ofrecerme un trabajo con ellos en Madrid.

—¿En Madrid?

—Parece que les ha gustado la solución que di a ese problema con el arrastre que traían sus máquinas.

—¡En Madrid! —repitió—. ¿Y qué le has dicho?

—Que mañana le daré una respuesta.

—¿Pagan bien?

—Sí.

—¿Con un contrato para asegurarte que no te despedirán en cuanto les resuelvas sus problemas?

—Sí.

—Entonces supongo que habrá que felicitarte. Es una oportunidad fabulosa.

—A mí me gusta esto —con un gesto vago señaló la fragua, el patio que se veía tras el portón del fondo, el pozo, el gallinero y los montones de hulla y de hierro, mirándolo todo con demasiada fijeza para tratarse solo de chatarra.

—Pero tal vez empiece a faltar el trabajo. Yo diría que ya han repuesto la mayoría de las campanas que se destruyeron entonces —bajó la voz con su último comentario.

—Siempre aparecen cosas nuevas.

—¿Quieres decir que no vas a aceptar?

—No, no voy a aceptar.

—¿Por qué? —gritó Martín Cupido, cuyo espíritu inquieto y viajero le impedía comprender su renuncia. Pero enseguida adivinó—: ¿Luz?

—Sí.

—¿Ella no quiere marcharse?

—No, aunque dice lo contrario. ¿Tú qué harías si fueras una mujer soltera, de treinta años y poco acostumbrada a hablar con extraños, que desprecia a esos bribones de Madrid con insignias en las solapas, y te propusieran que dejaras el lugar donde te sientes segura y libre para ir a encerrarte en el piso de una ciudad donde no conoces a nadie solo porque a tu padre...?

Martín Cupido pensó unos segundos, se ayudó con el humo a precisar su respuesta y al fin respondió:

—Le diría a mi padre que nos fuéramos a Madrid aunque estuviera muerta de miedo y deseando quedarme.

—¿Y qué harías entonces si fueras su padre?

—Creo que lo mismo que vas a hacer tú.

—Llegas justo a tiempo para un café —lo saludó Ugarte sin levantarse del sillón donde estaba incrustado—. También eso me han prohibido y tengo que conformarme con una de esas infusiones: una taza de agua en la que echan unas hierbas secas para hacerme creer que no es agua.

—Me alegro de verte —dijo De las Hoces estrechando su mano y desdeñando su comentario.

—Lo sé, lo sé. No hay mucha gente que se alegre de verme, aunque lo repitan dos veces. Noto cómo mienten. Pero sé que tú no eres como ellos.

Lo invitó a sentarse frente a él, ante la mesa del amplio mirador que se asomaba al patio interior de la casona, en el que crecían algunos cipreses, un magnolio y un naranjo, cuyas copas quedaban a la altura de la galería. La lluvia de los días anteriores había lavado sus hojas, que brillaban al sol, agradecidas y lustrosas. El falangista se cubría las piernas con una manta de viaje para contrarrestar el frescor que se colaba por la ventana abierta, por donde también entraba el desconsolado gorjeo de un mirlo. Los últimos rayos del tibio sol de noviembre iluminaban un polvo manso, en suspensión, que terminaba por morir en las baldosas y en los muebles incrementando ese sutil pelaje que, a pesar del servicio doméstico, adquieren las casas de los hombres solteros.

Aunque lo había oído, De las Hoces no recordó el nombre del extraño mal crónico que lo mantenía a temporadas en la cama, con los huesos pulverizados, con dolores y algunas escaras provocadas por la inmovilidad: una de esas enfermedades raras que lo envejecía a pasos agigantados y que, sin ser mortales, ningún médico sabía curar. Pasada una de sus crisis, Ugarte se recuperaba sin demasiadas secuelas y volvía a una moderada actividad, a escribir cartas, incluso a hacer algún viaje. Desengañado, había abandonado la participación directa en la política, pero le seguían consultando y pidiendo favores personales, porque su nombre aún pesaba a la hora de tomar decisiones. Retirado en aquella casona cuyos cristales tenían doble grosor que los habituales en Breda, ubicada en el centro de la villa y muy diferente de la humilde casa extramuros de su infancia, llevaba una de esas apacibles vidas sin secreto cuyo mismo retiro, sin embargo, las vuelve misteriosas. Sin familia, sin amistades íntimas, no había desempeñado otro trabajo que el de jefe local de Falange y concejal encargado de educación, cultura y

propaganda. Desde el fin de la guerra no había vuelto a hacer nada trascendente: no se había casado ni había tenido hijos ni había alcanzado un puesto de verdadera responsabilidad en la vida política más allá de lo comarcal, aunque el número de tres dígitos de su carnet de Falange le habría abierto muchas puertas. Y así envejecía, convertido en uno de esos hombres para quienes la guerra había sido el hecho más trascendente de sus vidas, su época de esplendor, que recordaban con mayor claridad que lo que acababa de pasar y en cuyo desempeño se habían quedado vacíos de sus mejores energías. Al pensar en él, en ocasiones el aristócrata lo comparaba con uno de esos insectos macho que ni producen ni cantan, ni laboran ni acarrear, adormecidos en una indolencia que solo rompen con furia cuando se les requiere para ir a la guerra, a cuya práctica se entregan entonces con admirable valor y sin escatimar fuerzas, arriesgándose a la inmólación.

Ahora se encontraba en periodo de convalecencia. De las Hoces observó sus rodillas afilando la manta rodillera, sus manos huesudas y pálidas, de dedos largos, desnudos de anillos, removiendo el azúcar de la infusión de la que lentamente tomó un sorbo, los abanicos de arrugas sobre sus ojos. La empleada llegó con una bandeja, se hizo hueco en la mesa apartando un libro, *Sonetos a la piedra*, y sirvió al invitado el café que había pedido. Esperó el permiso de Ugarte para retirarse y solo entonces De las Hoces preguntó:

—¿Cómo te encuentras?

—¿Que cómo me encuentro? ¡Ni yo mismo lo sé! No sé si las molestias son fruto de la enfermedad o lo son de la edad.

—¡Pero si eres muy joven!

—Solo en la partida de nacimiento.

—Yo te veo con buen aspecto.

—Estoy saliendo de una crisis y el médico y la cocinera me tienen aburrido de jarabes y de comidas insípidas que tomo sin protestar demasiado. Hasta el médico me dice que estoy siendo un buen paciente. Me paso aquí, en el mirador, las tardes enteras. Solo me muevo del sillón al cuarto de baño, y del cuarto de baño al sillón... Pero me niego a seguir hablando de mis males. ¡Si nos dejan, los enfermos somos las personas más aburridas!

—¿Nunca te cansas de disparar? —con tono irónico, De las Hoces señaló la escopeta de balines que había junto a sus pies y que hasta entonces no había advertido.

—Sí. Todo cansa, ya no me entretiene. Ya no puedo sostenerla mucho tiempo ni apuntar con firmeza a los gorriones —extendió la mano y mostró el temblor que la estremecía.

—¡Tampoco tienes por qué acabar con todos los pájaros! Tómatelo como un descanso.

Ugarte lo miró buscando en su rostro una segunda intención.

—¡Claro que sí, un descanso! Ya hicimos lo más difícil.

Por el tono, De las Hoces comprendió que sus neutras palabras habían tomado otro cariz, pero no lo eludió, porque había venido a hablar con él para un asunto relacionado con las consecuencias de la guerra. Miró el yugo y las flechas que, a pesar de todo, Ugarte seguía haciéndose bordar en sus camisas, fueran del color que fueran, y una vez más se preguntó por el misterio de aquella formación surgida con tanta fuerza entre los jóvenes cachorros que nacieron a la vida pública a partir del año treinta y uno. Nunca comprendió la evolución de aquella primera Falange enardecida y temeraria que en muy poco tiempo de guerra, después de un comportamiento heroico en las primeras semanas, se retiró de las primeras líneas de combate para aceptar encargarse del trabajo sucio de la represión, codo con codo con los militares y la Guardia civil. ¿Por qué lo hicieron? ¿Qué los empujó a la retaguardia, a librar una batalla mil veces más sucia que la que se libraba en las trincheras? Ni la prisión de José Antonio ni la temprana muerte de Onésimo Redondo, de los Miralles y de otros de sus líderes más queridos lograban explicar aquella metamorfosis que los convirtió en hombres con gran facilidad para tirar de gatillo. Él mismo había tenido un enfrentamiento con ellos, con un grupo llegado de Mayorga, y se había visto obligado a recurrir al propio Ugarte para imponerse. En los días que siguieron a la toma de Breda, en unas fechas nada proclives a la piedad, porque la misma piedad era sospechosa, había contribuido a salvar algunas vidas.

—¿... y qué querías? —se dio cuenta de que Ugarte le estaba hablando y él no lo escuchaba—. ¿Que nos quedáramos de brazos cruzados mientras acababan con la Patria? En cinco años de República estuvieron a punto de

destrozar lo que nos había costado cinco siglos construir. ¿Qué otra cosa podíamos hacer?

De las Hoces esbozó un leve gesto de dolor, porque habían afilado tanto la palabra *patria* que su contacto pinchaba. Llevada a esos extremos, cualquier patria era una diosa sanguinaria que perdonaba todos los delitos que los hombres cometían en su nombre para llevar hasta sus pies ofrendas que la satisficieran, una diosa brutal y sanguinaria que nunca preguntaba de dónde venían los regalos con tal de que la engrandecieran y contribuyeran a su prestigio. Eso eran las patrias, siempre sedientas de sacrificios de sus hijos y de cabezas cortadas de sus enemigos, siempre justificando las barbaridades que se ejecutaran bajo su advocación. El aristócrata recordó las atrocidades cometidas por Hitler y Stalin en nombre de sus patrias. Y sin embargo, divagaba para sí, un país debía ser algo muy sencillo: uno nace y vive en él, va y viene con libertad por su geografía, no hace nada si puede permitírselo o trabaja para comer, calla o habla con quien quiere, ama y vive solo o ama y vive en compañía, fuma o toca el tambor, usa boina o sombrero, lee el periódico o caza, monta en bicicleta o a caballo, elige como mascota al perro, al gato o el olor a trigo de los pájaros, acude al teatro o a la iglesia, muere y lo entierran o lo queman, entonces ya no importa, porque la vida ya no duele... Pero cuando los fanáticos convertían un país en una patria, todo comenzaba a ir mal.

—¿Dejar que la descuartzaran ante nuestras mismas narices? —continuaba Ugarte—. Ellos nos obligaron. Era necesario limpiar el escenario de bufones, de tunantes y de canallas... Aunque la única obra que después hemos sabido representar sobre las tablas limpias haya sido una farsa desdibujada de nuestros sueños —concedió en voz baja—. Sí, hicimos lo conveniente para salvar a la patria, pagando nuestra cuota de sangre. Y que nadie nos acuse de traidores al pueblo. ¿Acaso no habían sido ellos los primeros traidores cuando en el treinta y cuatro lanzaron a los mineros de Asturias contra el propio Gobierno de su República? Ellos mismos nos habían enseñado el camino.

—Pero fuisteis muy crueles..., fuisteis sanguinarios —discrepó—. Tú y todos los que identificáis la patria con la vida porque no tenéis otra cosa más importante por la que apasionaros.

—Sí —concedió de nuevo, con un suspiro fatigado—. Eso no me importa reconocerlo. Si ser cruel, como tú dices, es injustificable en épocas de paz, sin embargo es un mérito en tiempos de guerra. A un soldado en la guerra no se le reprocha que dispare, se le reprocha que no apriete el gatillo cuando tiene enfrente a un enemigo.

—Pero tú no necesitabas una guerra —insistió—. A ti te gustaba la lucha por sí misma.

Durante unos segundos Ugarte lo miró como si fuera a sonreír, hasta que algo le hizo removerse en el asiento con una mueca de dolor.

—Es cierto. La guerra y yo fuimos buenos amigos. ¿Cómo no serlo? Fue mucho lo que me dio. Nunca como entonces cantamos los himnos con tanta fe, en posición de firmes, con las manos sobre los muslos y el dedo corazón en la costura exacta de los pantalones... Sí, fue mucho lo que me dio.

—También te daría algo de lo que arrepentirte.

—¿Arrepentirme? —repitió como si no hubiera oído nunca antes esa palabra—. ¿De qué?

—De haber disparado.

—No, no me arrepiento de eso. Era mi obligación y cumplí con ella de la mejor manera que supe hacerlo. Ya te lo he dicho antes. Queríamos la victoria e hicimos todo lo necesario para conseguirla.

—¿A cualquier precio?

—A cualquier precio. Y no me vengas hablando de la belleza crepuscular de la derrota, del atractivo de los héroes perdedores. ¡A la mierda todo eso! Lo más hermoso de la guerra es la victoria —concluyó con una mirada orgullosa e indomable incluso en la enfermedad—. Solo me arrepiento de cómo la hemos desperdiciado después. No hemos sabido hacer la transición adecuada entre el frenesí de la guerra y el sosiego de la paz. Por eso España sigue hundida en el atraso. Han transcurrido doce años y todavía no hemos logrado consolidar aquel proyecto de nación y de destino...

—Estás hablando como en un mitin —lo interrumpió.

—Y de destino —repitió, desdeñando su comentario—. Tampoco hemos logrado incorporar a él a nuestros antiguos enemigos.

«A los que quedaron vivos y no pudieron salir corriendo», estuvo a punto de decir, porque con Ugarte se permitía discrepancias que con otro no se hubiera permitido. En un ambiente tan limitado intelectualmente, ambos mantenían esporádicas tertulias sin renunciar a lo que eran. En ocasiones De las Hoces había cruzado límites de crítica que nadie se atrevía a cruzar, dada su fama de ferocidad política, y el falangista no había reaccionado sintiéndose ofendido. Al contrario, parecía extrañamente satisfecho de hablar con alguien que no sentía temor ni se comportaba con prevención ante él, midiendo las palabras. A los dos los unía un cierto aire de tragedia, la sensación de haberse quedado suspendidos en el tiempo, sin nada importante que esperar ya. Los dos padecían la misma asfixia vital, la misma angostura de ideas generada por un entorno que había hecho de la inmovilidad un credo y de la sumisión un mandamiento, la misma condición de desclasados: De las Hoces, de una aristocracia con la que ni se relacionaba ni de la que era oveja negra; y Ugarte, de una Falange abducida por el poder en cuyos manejos no reconocía los viejos principios fundacionales. Esa mutua independencia prologaba sus conversaciones. Con él, el falangista nunca daba la sensación de estar esperando a que pasara el tiempo de cortesía y se marchara.

Una ligera brisa agitó las ramas del magnolio y de los cipreses, dando fe del otoño. La tarde estaba cayendo y una luz amarilla y deshuesada se desprendía de las copas, huyendo de la tierra hacia el cielo, mientras comenzaban a aparecer los primeros lotes de estrellas, las más brillantes. Frente a la ventana abierta cruzó el mirlo con silbos irritados, maldiciendo la brevedad creciente de los días.

—Quiero quitar de allí aquellas ruinas —le dijo.

Ugarte se sorprendió de la repentina sequedad de su voz, como si tuviera dificultades para vocalizar.

—Después de tanto tiempo... y no te permiten olvidarla, ¿verdad?

—No. No mientras sigan allí esas piedras. Quiero limpiar el terreno y restablecer las lindes de lo que es mío.

—Yo haría lo mismo. ¿Quién te lo impide?

—Ese alcalde vuestro, Cuaresma. Empieza a temblar de miedo en cuanto le proponen un cambio, una novedad, hundir una pala en el suelo. Se agarra a una norma de hace catorce años, cuando estalló aquel obús que mató a dos

muchachos en el Montón de Trigo que buscaban cobre para mí y prohibieron remover la tierra en zonas donde hubo combates.

—Pero el terreno que ocupaba el Mausoleo es tuyo. Empieza a limpiarlo sin pedir permiso y espera a que vengan a impedírtelo. No se atreverán.

—No, no quiero conflictos. Cuando insistí, Cuaresma me sugirió que lo consultara contigo.

—¿Conmigo? —se extrañó.

—Dijo que tú sabes mejor que nadie cómo está aquello. Los posibles riesgos. Tú estuviste allí.

—Yo ya no tengo nada nuevo que decir. Estoy enfermo y jubilado.

—Tú no te jubilarás nunca.

—Estás equivocado. Ya hice mi trabajo y ahora me pueden la enfermedad y el cansancio. Ni yo tengo ganas de intervenir en nada, ni ellos, esos camisas nuevas..., esos jovencitos primavera que no hicieron la guerra y que, sin embargo, levantan con bravuconería la cabeza, como si la hubieran salvado en las trincheras... Ni ellos tienen ganas de que yo intervenga.

—No es eso lo que dijo Cuaresma.

—Tampoco él manda mucho, no creas. Pero si quieres, hablaré con él.

—Sí quiero. Consígueme ese permiso para que me dejen trabajar en paz. No voy a reclamar nada. Ni creo que bajo las piedras quede algo que prefieran mantener oculto.

—¿Te refieres a cadáveres?

—¿Como los que aparecieron anteayer en el campo de fútbol? ¡No! Allí nadie enterró a nadie.

—Allí solo hay piedras —confirmó Ugarte.

—En ese caso, no habrá ningún problema en que pueda retirarlas y limpiarlo todo.

—Porque ya sacaste los casquillos, ¿no?

—Sí. En mayo del treinta y siete —respondió sin necesidad de calcular.

—Nunca entendí que compraras todo aquel metal para volver a fundir la campana. Habría sido más fácil...

—No —lo interrumpió.

—... comprar el cobre y el hierro en otro sitio.

—No. Con otros materiales no habría sido lo mismo. Al recuperar el metal que primero fue campana y luego balas y luego otra vez campana fue como si no hubiera sucedido todo aquello.

—Pero lo sucedido no puede... —repuso Ugarte, pero no terminó la frase.

—¿Ibas a decirme que no puede corregirse? ¡Claro que sí se puede! ¿Qué están haciendo, si no, quienes ahora mandan? También a ti te he oído repetir más de una vez que las cosas sucedieron de forma diferente a como las están contando.

—De acuerdo, de acuerdo —concedió Ugarte, fatigado—. Tienes razón. Pero si quieres que te den ese permiso, no lo vayas repitiendo por ahí. Hablaré con Cuaresma para que puedas limpiar aquellas ruinas para siempre. Y que no quede nada.

AGRADECIMIENTOS

A María Eugenia Matas, que puso en bellísimas palabras latinas —VIVOS ADMONEO, FUNERA PLANGO— lo que era una tosca frase en español. A Javier Arroyo, que me mostró cómo se pescan con retel cangrejos de río en un paraje especial para *El Lusitania Jazz Machine*. A Jorge Rey, que atendió mis consultas sobre música con paciencia y me mostró los secretos de la viola. A Miguel Costero por su exacta asesoría en asuntos de armamento. A Andrés Sánchez Marcos, por los dibujos. A Julio Gómez Santa Cruz y a Alfonso Rodríguez Grajera por sus lúcidos análisis de las relaciones y peligros entre ficción e Historia.

Si mañana muero

Eugenio Fuentes

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Ilustración de la portada: © *Music Appreciation*, de Felix Man. © Hulton Archive / Getty Images.

© Eugenio Fuentes, 2013

Reservados todos los derechos de esta edición para

© Tusquets Editores, S.A. - Diagonal 604, 1º 1ª - 08021 Barcelona

www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2013

ISBN: 978-84-8383-691-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S.L.L.